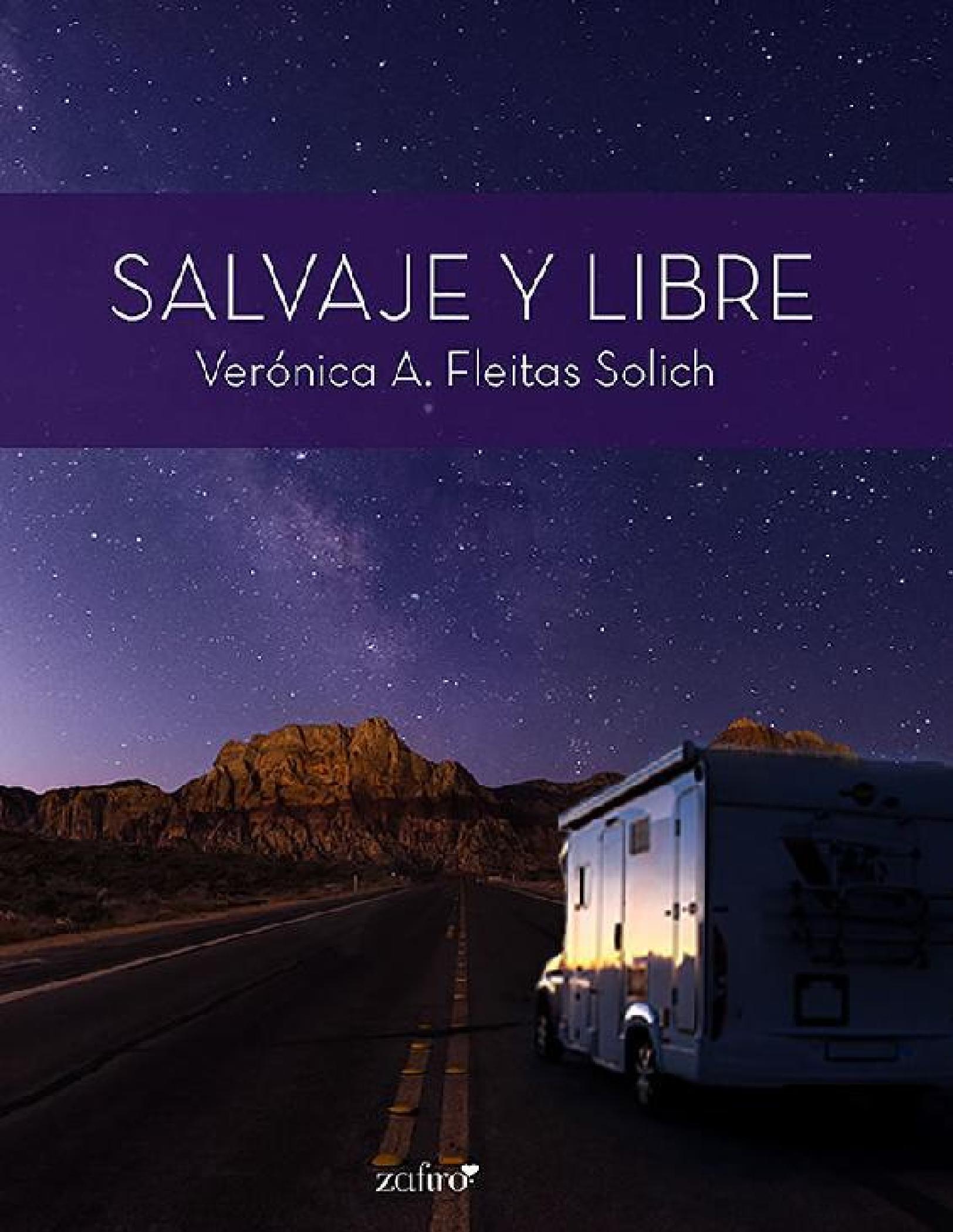


SALVAJE Y LIBRE

Verónica A. Fleitas Solich



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

1. Apuestas

2. Sangre

3. Demasiado tarde, demasiado temprano

4. El desierto

5. Recuerdos brillantes

6. Dormir con un ojo abierto

7. Ojos tranquilos

8. Conozco tus secretos

9. Mi camino

10. Lejos de casa

11. La otra cara de la luna

12. Milagro

13. La ciudad de sangre y polvo

14. Dime lo que ves

15. Emboscada

16. En el horizonte

17. Sobrevivir

18. Interrumpiendo el silencio

19. Misericordia

20. Un poco de paz

21. El superviviente solitario

22. Titanes y criminales

23. Todos los cielos

24. Salvaje y libre

Epílogo

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Cada ser humano debe librar distintas batallas.

Yolanda combatió la suya en la estéril habitación de un hospital. Parker Miller, en la guerra de Afganistán.

Algunas no dejan cicatrices, pero otras te marcan de por vida y sin piedad, impidiendo que el pasado quede atrás.

Dos personas completamente distintas coincidirán en Las Vegas e iniciarán mucho más que un viaje hasta una cabaña en el bosque. Juntos le demostrarán a la vida que todavía tienen mucho por lo que luchar y que están dispuestos a hacerlo.

Un amor nacido de una poderosa energía, una pasión tan fuerte que los ayudará a enfrentar las peores pesadillas, los fantasmas del pasado y una realidad que aterrará a cualquier otro mortal.

Un amor salvaje y libre, porque no se puede contener ni ocultar lo que se es durante demasiado tiempo.

SALVAJE Y LIBRE

Verónica A. Fleitas Solich

zafiro 

*Para Yolanda,
este viaje es tuyo*

Las mejores cosas de la vida son salvajes y libres.

1

Apuestas

Dejé las cartas sobre la mesa una vez más, sin lograr contener dentro de mí la sonrisa que vibraba en mi pecho desde hacía unos minutos.

El cuerpo me temblaba de entusiasmo.

Sostuve la vista en alto, centrada en mi principal oponente, un tipo rubio vestido al mejor estilo vaquero americano. Rondaba los cincuenta, tenía la piel curtida por el sol y barba y bigote manchados por el tabaco, que también había oscurecido los dedos de su mano izquierda.

No miró las cartas que acababa de colocar sobre la mesa; sus ojos azules se mantuvieron clavados en los míos, tan fijos como si me apuntase con las armas que, no me quedaban dudas, debía tener. Por suerte, el casino no permitía entrar armado, no al menos dentro de las salas de juego. Imaginé que, de otro modo, en ese momento una bala salida de su cañón estaría abriéndose paso dentro de mi cráneo y mi cerebro.

Su pecho tembló ligeramente.

¿Estaría a punto de darle un ataque cardíaco?

Motivos le sobraban; llevaba un buen rato perdiendo, por mi culpa básicamente, si bien había dejado que los demás ganasen otras manos para no despertar sospechas.

En esa partida, la suma que perdía era mucho mayor que en las ocasiones anteriores; supuse que ese último juego suyo tenía como propósito recuperar todo lo que llevaba perdido a lo largo de la noche.

Las puntas metálicas de su camisa debían de estar captando mi reflejo en este instante y, las que colgaban de los cordones del lazo en su cuello, las cartas sobre la mesa y todas las fichas que ya me pertenecían.

El tipo despegó los labios, pero nada emergió de aquella hendidura oscura con aliento a tabaco y alcohol.

El hombre, además de perder su dinero, parecía haber perdido el resuello también.

A mi izquierda, pegada a mi espalda, Daisy jadeó.

La mesa estalló en vítores.

Reí.

Acababa de ganar una suma de seis cifras que ni siquiera podía recordar exactamente, porque no cabía en mí de la emoción.

Uno de los jugadores al otro extremo de la mesa soltó un rosario increíblemente nutrido de insultos con un acento muy neoyorquino.

Otro más para quien ésa no era su noche de suerte.

Su inicial aspecto, acicalado y elegante, de camisa gris y traje negro, de pronto estaba desmejorado, arrugado y probablemente sudado, sobre todo en las axilas y en la espalda. Había llegado a la mesa con el cabello cuidadosamente peinado; a esas alturas, su melena, de color castaño claro, era un revoltijo digno del desierto que nos rodeaba cuando se levantan tormentas de polvo y viento.

Evoqué a mi madre regañándome cuando se me escapaban ese tipo de insultos, con su español tan distinto al de los latinos de Miami.

«¡Yolanda Ann Coleman! Te lavaré la lengua con lejía si continúo oyéndote hablar de ese modo. ¿Acaso en esta casa se te ha enseñado a hablar así? ¡Eso no lo has aprendido aquí! ¿De dónde has sacado ese vocabulario?! Que no vuelva a oírte soltar semejantes palabras.»

Pensé en mi madre y sonreí.

Por fin, con Daisy gritando como una loca desquiciada detrás de mí, bajé la vista a la mesa. Allí estaban mis cartas. ¡Había ganado! Todas esas fichas eran mías.

Imaginé a mi madre sonriendo, a mi padre respirando aliviado.

Inspiré hondo, aspirando el cargado aire a mi alrededor. Olía a perfume, a tabaco, a alcohol, a la felpa y la madera de la mesa, a las alfombras de todo el salón, que eran diariamente recorridas por una infinidad de pies que iban y venían del casino a las habitaciones, de las extrañas calles de Las Vegas al desierto.

El texano se pasó un dedo por el interior de su camisa blanca con bordados, con un gesto de angustia y preocupación.

Me permití lamentarlo por él solamente durante un segundo, y al cabo de éste centré otra vez mi atención en los gritos de alegría de Daisy a mi lado. Ella exclamaba mi nombre una y otra vez. Estaba como ida y no paraba de saltar.

Giré la cabeza y la vi, por encima del hombro, llorar de felicidad.

Cuando se percató de que la miraba, me abrazó por detrás sin parar de dar botes, por lo que me sacudió como si yo fuese una coctelera.

Sí, definitivamente necesitábamos unas copas.

El crupier me dio como la ganadora de aquella partida, la cual tenía clarísimo que sería la última, pues no necesitaba más; no podía darme el lujo de arriesgarme ni a seguir ganando ni a perder; no deseaba levantar sospechas y ya tenía más que suficiente.

El hombre me dijo algo sobre las fichas. Necesitaba reducir el volumen de éstas, si bien no pensaba seguir jugando. Mi idea era ir directamente a cambiarlas y, de allí, a recoger el cheque para ingresar el dinero en mi cuenta corriente, sin escalas.

Sabía que las chicas, aparte de Daisy, se volverían locas si se enteraban, que insistirían en que continuase jugando.

La mujer situada a mi derecha, embutida en un vestido rojo y maquillada como si la vida le fuese en ello, me miró fatal. Ella llevaba allí el mismo tiempo que yo, y la noche anterior también

habíamos compartido mesa durante un rato; en esa ocasión no había ganado tanto, se había tratado sólo de un entrenamiento para tantear el terreno. En cambio, acababa de hacer muchísimo más que eso: me había adueñado del terreno y del dinero de todos ellos..., y por ese motivo, por más que lo lamentase, tenía muy claro que debía abandonar el juego.

Mientras el crupier se encargaba de mis fichas, el texano le dio un golpe a la mesa y se apartó de ésta destilando rabia. Su mala suerte no acabó en el hecho de perder su dinero en fichas, que pasaron a mis manos, sino también en que se lo llevaran por delante, un sujeto y su bebida: un vaso de cerveza que empapó su camisa, sus pantalones y sus botas de cuero.

Vi al texano alzando los brazos, exasperado, y al hombre con el que acababa de chocar mirarme a mí en vez de prestarle atención a quien había bañado con cerveza.

Un par de ojos, entre azules y grises, quizá del color del cielo cuando está a punto de desatarse una poderosa tormenta eléctrica, estaban centrados en mi dirección, sosteniendo no sólo el peso de la imagen que captaban, sino también el de unas pobladas cejas, de un rubio oscuro, de las cuales tiraba su entrecejo, en una expresión críptica que no tenía demasiada razón de ser.

Al cabo de un parpadeo, mientras el tiempo me pareció que avanzaba más lento de lo normal, registré la rigidez de su marcada mandíbula, sobre la cual asomaba apenas un tenue brillo dorado de barba.

Tenía la piel bronceada, muy curtida.

La sombra de la barba, en su mentón, presentaba una interrupción en el lado izquierdo: una cicatriz de un blanco rosado en la cual no crecía vello. Sobre su ceja de ese mismo lado, otra huella de lo que debió de ser una herida considerablemente profunda, puesto que la línea blanca tironeaba de la carne y de la superficie de la piel hacia dentro, como si quisiese engullirlo todo.

Su frente se replegó, arrugándose.

No debía de tener más de treinta años; sin embargo, con aquella expresión, pese a su cabello rubio oscuro un tanto despeinado y la camiseta que se le pegaba al musculoso torso y a los anchos hombros, daba la impresión de ser alguien mucho mayor.

Mi vista descendió por su hombro izquierdo, más allá de la camiseta de manga corta de color azul oscuro que vestía.

La piel de su brazo estaba plagada de cicatrices, como si alguien le hubiese disparado un montón de trozos de cristal que se hubieran clavado en su piel.

Me estremecí de dolor, aunque no me atreví a imaginar lo que podría haberle sucedido para acabar con su brazo así.

Fuera lo que fuese, no me quedaron dudas de que aquello tuvo que doler, y mucho.

—¡Idiota! ¿Es que no miras por dónde vas? —gruñó el texano, y el tiempo volvió a circular con normalidad.

En la mano derecha de quien se lo había llevado por delante permanecía el vaso, casi vacío de cerveza.

—Disculpe. —Su voz sonó amable, ayudando a que su imagen recuperase algo de la juventud

que sin duda le pertenecía. Apartó sus ojos de mí para volverse hacia el vaquero, que estaba furioso.

—¿Disculpe?! ¿Eso es todo lo que tienes que decir? —bramó éste.

Daisy se colocó a mi lado.

—Lo lamento, señor, pero usted ha aparecido de la nada.

—¿No, de la nada, no! Estaba aquí mismo, ¡jugando!

—Sí —forzó una sonrisa de labios apretados mirando otra vez en mi dirección, registrando las fichas justo frente a mis manos—, ya lo veo. —Su mirada pasó fugazmente sobre la mía con confianza, como si nos conociésemos de toda la vida. Le faltó guiñarme un ojo.

El texano también se volvió en mi dirección.

—Lamento que no fuera una buena noche para usted.

El rostro del vaquero cobró un tono púrpura amenazador. Le adiviné toda la intención de saltar sobre el extraño. Imagino que se lo pensó dos veces. Ambos tenían más o menos la misma estatura; sin embargo, los músculos de quien había impactado contra él no eran para desmerecer y los veinte años menos seguramente debieron de pesarle también.

De pronto aparecieron dos hombres, vestidos con traje oscuro y con intercomunicadores en las orejas. Ambos mostraban cara de pocos amigos.

—¿Algún problema?

—¡Este idiota me ha bañado con su cerveza!

—Ha sido un accidente. Lo siento mucho, señor —declaró el extraño, en un tono sumiso. Me dio toda la impresión de que estaba haciéndose el tonto, como si jugase a ser quien no era, igual que si midiese veinte centímetros menos y sus brazos no tuviesen el diámetro de los dos brazos del texano juntos—. De verdad que no lo he visto llegar. Ha sido un desafortunado incidente.

—¿Desafortunado incidente?! Debería...

—Señor, tengo que pedirle que, por favor, se calme —le advirtió al texano uno de los agentes de seguridad.

—¡No pienso calmarme! Deberían tener más cuidado respecto a quién dejan entrar aquí. Este lugar...

—Si no baja la voz, nos veremos en la obligación de invitarlo a retirarse —le advirtió el otro hombre de seguridad.

—¡Pues claro que me voy! Este sitio se ha convertido en un asco —gritó, y varias personas se volvieron a ver qué sucedía, pese a que el barullo del casino eclipsaba las voces. Las campanillas de las tragaperras jamás dejaban de sonar.

Uno de los hombres amenazó con ponerle una mano encima al texano y éste se apartó, braceando como si un océano intentase succionarlo hacia sus profundidades.

—En serio que lo lamento muchísimo, no lo he visto llegar. Se ha movido muy rápido y... —continuó diciendo el extraño, poniendo una cara de inocente que no terminaba de cuadrar con él, como si la careta fuese demasiado pequeña para su rostro, por ser mucho mayor la malicia de su

cuadrada mandíbula y la altura de su amplia frente... y para qué hablar de la mirada en sus ojos azules. De inocente, él tenía tan poco como sus majestuosas manos o el ancho de su espalda... Si hasta su cabello gritaba una presencia poco difícil de pasar por alto—. Mil disculpas, señor. Si me permite invitarlo...

—¡No quiero que me invites a nada! —bramó el texano.

—Señor, tendrá que acompañarme —le indicó uno de los vigilantes de seguridad.

El otro intentó ponerle una mano en el brazo. El vaquero lanzó un golpe, pero no en dirección al guardia, sino al extraño.

Lo vi reaccionar esquivando el puñetazo como si hubiese vivido toda la vida encima de un ring y supiese exactamente qué hacer para evitar ser golpeado.

Retrocedió dos pasos, como haría cualquiera que en su vida hubiese lanzado un solo golpe ni tuviera intención de lanzarlo jamás. Dudé de que aquellos músculos se hubieran privado en toda su existencia de impactar el puño en el que acababan sus brazos contra alguna pobre y desgraciada mandíbula que tuviese la mala suerte de encontrarse frente a él.

Se armó un revuelo memorable. No sé de dónde, surgieron otros tres guardias de seguridad y un policía uniformado. Desde mi llegada allí, jamás había visto uno dentro del casino.

Se armó la Marimorena a allí dentro.

Agarraron al vaquero de los brazos mientras éste gruñía e insultaba.

Debido al gentío que rodeó nuestra mesa y que taponó el pasillo, los sonidos del casino cambiaron por completo.

La gente se mezcló; hombres y mujeres de mediana edad, personas mayores, jóvenes de ambos sexos... Las apuestas, de repente, ya no parecían importantes.

Hubo forcejeos y más insultos, y muy poco a poco, mientras los agentes de seguridad discutían con el vaquero, el extraño fue fundiéndose entre aquellos que estaban a su alrededor.

Sus hombros se internaron entre las cabezas de los presentes.

Se estaba escabullendo, no quería problemas; eso resultó más que evidente.

Lo seguí con la mirada, sonriendo; no me quedaron dudas de que el tipo no quería verse envuelto en una escena semejante, ni tampoco llamar la atención. Se estaba esfumando, por no decir que huía.

Mientras, los forcejeos y las discusiones continuaban; cuando apenas habían podido mover al texano unos pocos pasos en dirección a la salida, lo vi detenerse detrás de la primera fila de curiosos. Giró su rostro en mi dirección y sus ojos azules dieron con los míos. Al percatarse de que lo miraba y de que sonreía, sonrió también, ya sin poder fingir inocencia alguna. Definitivamente, no tenía un gramo de ingenuidad en aquella boca; esos labios, sin duda, habían nacido del pecado y para el pecado. No había forma de que, de una boca así, saliese nada santo o casto.

Alcé las cejas como preguntándole si de verdad tenía pensado largarse así, despacio, en silencio, y, ante mi mueca, su sonrisa se amplió, mostrándome una estupenda dentadura,

blanquísima, digna de un actor de Hollywood.

Quizá lo fuese; después de todo, no era extraño encontrar individuos de aquella tribu allí en Las Vegas, al estar a tan poca distancia de Los Ángeles, y mucho menos en esos días festivos del 4 de julio. La ciudad, durante esos días, era una sucesión interminable de celebraciones temáticas teñidas de azul, blanco y rojo; esa misma noche, el cielo iba a iluminarse gracias a los fuegos artificiales en medio del desierto.

—Increíble —susurré mientras él retrocedía todavía más, sin apartar su mirada de mí, sin dejar de sonreírme.

—¿Qué es lo increíble? —quiso saber Daisy, y en ese instante la situación se salió de control. Ya no quedaron más peticiones amables por parte de los hombres de seguridad. Volaron un par de puñetazos y patadas, sonaron unos cuantos gritos. La gente comenzó a retroceder. Vi al policía poner una mano sobre su arma, situada en el lado derecho de su cadera.

Cogí mis fichas, que medio se me escaparon de las manos debido a los nervios. Lo que menos me apetecía era terminar con una bala en mi interior y, con las cosas que sucedían cada tanto, no me parecía imposible que fuésemos a quedar en medio de un tiroteo.

—Larguémonos, Daisy.

Retrocedí y, sin querer, me la llevé por delante.

Debí de pisarla, porque ella se quejó de dolor.

—Perdón —le dije mientras la miraba, perdiendo de vista solamente durante un segundo el tumulto, que subía de volumen, porque por lo visto había otras personas que estaban de acuerdo con el texano en aquello de que el casino ya no solía ser lo que era y que algo no olía bien allí. Hubo gritos de quienes acusaron a los crupieres de estafar a los apostadores.

Comencé a sudar frío. Necesitaba largarme de allí antes de que a alguien se le ocurriese alzar un dedo en mi dirección.

De refilón, pesqué a la del vestido rojo a mi lado, todavía observándome con muy mala cara.

No podía enfrentar preguntas, ya que había cámaras dirigidas a nosotros —en realidad, las había por todo el recinto— y, si bien había procurado jugar sin levantar la más mínima sospecha, las fichas en mis manos no dejaban de representar una suma más que considerable que podía suscitar muchas preguntas.

Dirigí los ojos al frente otra vez y comprobé que los ojos de tormenta se habían esfumado... Ni rastro de su estupenda cabellera ni de su camiseta azul.

Mis ojos escanearon el salón mientras el barullo de discusiones e insultos se movía en dirección a la salida más próxima.

—Mejor nos vamos de aquí ahora mismo. —Supongo que Daisy detectó alarma en mi voz, que sonó apenas en un susurro... Ni falta que hizo que gritara, pues ella lo comprendió al instante, dio media vuelta y yo la seguí para alejarnos de la mesa, dejando atrás a todos los curiosos—. A la caja —le indiqué, señalando con la cabeza en dirección a ésta y avanzando delante de ella. No me

quedaría tranquila hasta que en mis manos tuviese un cheque que pudiese depositar en mi cuenta corriente.

—¿Todo bien? —me preguntó Daisy con temor.

—Espero que sí.

—¿Crees que habrás llamado mucho la atención?

Rodé los ojos, poniendo cara de alarma.

—Daisy, por favor.

Ella se encogió sobre sí misma, sin dejar de seguirme.

—No, no lo creo, pero se acabó el juego para mí. No volverán a verme en una mesa. No quiero arriesgarme a levantar sospechas. Ya has visto al texano, no estaba de muy buen humor por haber perdido, y la del vestido rojo tampoco me miraba como si fuese mi fan.

—Es que los has desplumado a todos. —Pasamos por entre dos mujeres que conversaban animadamente mientras sostenían sus vasos llenos de monedas de las tragaperras—. Has estado increíble. Envidio tu cerebro. De verdad que no sé cómo lo haces. Podrías hacerte rica dedicándote a esto.

—No, ni hablar, ya he tentado suficiente a la suerte. No puedo seguir ganando aquí.

—Podríamos ir a otro casino.

—Daisy, por hoy no puedo ni debo seguir jugando.

—Las chicas se volverán locas cuando se enteren de lo que has ganado.

—Sí, bueno... Intentemos no hacer demasiado alboroto.

—¿No hacer demasiado alboroto? ¿Eres consciente de lo que tienes aquí? —Con sus ojos castaños, apuntó en dirección a mis manos.

Lo que cargaba ahí era mi vida entera hasta ese mismo día... y también parte de mi futuro. Con eso tendría suficiente... Era mucho más de lo que jamás imaginé que podría llegar a tener.

—El hotel corre de mi cuenta. —Estaba muy nerviosa; quería disfrutarlo, pero me aterraba la perspectiva de que, de un momento a otro, alguien se me acercase por la espalda para tocar mi hombro y pedirme explicaciones. La suma que había ganado lo merecía, al menos desde mi punto de vista.

Toda esa cantidad de dinero...

Me temblaron las manos.

Lo había hecho.

Tenía la pasta.

El dinero iría a parar a mi cuenta bancaria y, de allí, a su destino final.

¡Joder, lo había conseguido!

«¡Mierda, lo he logrado!», exclamé mentalmente, conteniendo las ganas de ponerme a saltar de felicidad.

Con las manos sudándome debido a los nervios, me detuve un momento. Me costaba respirar, pero no porque algo malo fuese a suceder, sino por todo lo contrario, no podía sentirme más feliz.

—¿Yolanda? —Daisy se había detenido a mi lado y me miraba con pánico.

—Lo he logrado —musité.

Ella sonrió.

—Lo he logrado —repetí y sonreí—. ¡Lo he logrado!

Daisy soltó una carcajada.

—¡Claro que sí, eres una condenada sabelotodo y lo has conseguido! ¡Lo has hecho! —chilló, y yo chisté para que bajase la voz.

Ella se quedó dando saltitos sobre la espantosa alfombra de tan mal gusto. Todo allí me repateaba el estómago..., el dinero, la codicia, la falsedad de toda esa imagen que proyectaba. Las Vegas no era, definitivamente, mi ciudad favorita, y no veía la hora de largarme de allí para estar en el desierto. Quería cambiar las espantosas e hirientes luces de los carteles que invadían las calles por las de las estrellas allí fuera en el desierto; anhelaba el sonido de la naturaleza para acallar el bullicio de ese lugar.

Quería que fuese ya el día siguiente, para depositar el cheque y así quitarme de encima el peso que me había sofocado hasta ese día, que todavía me sofocaba.

La totalidad del agua que le faltaba al desierto fue a parar a mis ojos. Las lágrimas quisieron brotar todas a la vez, igual que todas las risas que quizá no había tenido demasiados motivos para emitir.

Iba a estallar de tanto sentir, de la libertad que sabía que tenía por delante.

Allí, justo frente a mí, en la ventanilla de la caja, estaba el billete a mi libertad; en mis manos, en lo que había hecho.

Sabía que ni a mi madre ni a mi padre les gustaría oír cómo había logrado ganar el dinero. Me matarían cuando supiesen que había estado jugando así de fuerte. Ellos no tenían ni la menor idea de cuáles eran los verdaderos motivos que me habían llevado hasta allí.

Las Vegas no representaba, simplemente, un sitio más que visitar. No había venido a la ciudad para pasar unos días de fiesta y desenfreno, y poco me importaba pasar horas y horas perdiendo la noción del tiempo en un sitio en el que dicen que todo está permitido.

Se me aflojaron las piernas.

—Supongo que podemos celebrarlo esta noche. Después de todo, es 4 de julio. Eso merece que veamos los fuegos artificiales en compañía de unas cuantas botellas de *champagne*, ¿no?

Daisy pegó un salto, soltando un efusivo «¡sí!».

—La fiesta de esta noche corre por mi cuenta. —Podía permitírmelo y me lo permitiría; después de todo, qué más daba si por ahí me pulía mil, dos mil o incluso diez mil dólares. Estas cantidades no significarían nada teniendo en cuenta lo que había ganado.

Sin parar de celebrarlo, caminamos hasta la caja, por fin actuando como lo felices que se suponía que debíamos estar después de ganar.

Solté todos mis miedos y liberé mi alegría, porque sabía que, hasta ese instante, había estado actuando demasiado como quien es culpable, y eso no me iba a ayudar en nada.

La empleada de la caja me atendió con diligencia y amabilidad, a diferencia del tedio que mostraba gran parte de los empleados del casino; si es que incluso me dio la impresión de que estaba dichosa por mí.

Fue de lo más clara al explicarme cómo podía cambiar las fichas que había ganado.

Daisy y yo estuvimos allí al menos quince minutos, porque, a diferencia de mi idea inicial, repartí mis ganancias entre un cheque, mi cuenta corriente asociada a una tarjeta de crédito y una pequeña parte en efectivo.

Al dar media vuelta, con el dinero ya a buen recaudo, fui testigo de primera mano de lo increíble que todavía me resultaba haberlo conseguido. Mi cuerpo no paraba de temblar de la emoción y no era capaz de recuperar mi pulso, mucho menos el ritmo normal de mi respiración.

—Vamos a buscar a las chicas, necesito salir de aquí.

Daisy asintió con la cabeza.

—Dijeron que estarían en las tragaperras.

—Bien. —Alcé la vista hacia los bajos techos de la sala. Nunca había sido claustrofóbica, pero no por eso me sentía menos encerrada y abrumada por la multitud que nos rodeaba y el espacio sin ventanas.

En los dos pasos siguientes que di, la sangre se escurrió de mi rostro.

Tuve que detenerme.

Daisy continuó andando, pero como mucho se alejó de mí tres pasos, hasta que se percató de que no la seguía. Estaba hablándome; sin embargo, yo no conseguía entender lo que me decía, ni siquiera la escuchaba.

Regresó a mí y me cogió de la mano.

—Estás helada.

—Necesito salir de aquí.

—¿Vas a desmayarte?

No logré responderle; quizá sí.

—¿Puedes ir a buscarlas...? A las chicas, me refiero. Necesito salir de aquí. Os espero en la recepción; iré a reservar una habitación, esta noche nos quedamos aquí. Yo invito.

El plan inicial era que nos alojásemos en una habitación de un motel barato de las afueras. No obstante, con el dinero ingresado en mi cuenta corriente asociada a la tarjeta, podía regalarnos a las cuatro una noche en una habitación desde la cual tuviésemos una panorámica de toda la ciudad y mucho más allá.

—Claro. Sí, no te preocupes. ¿Estás segura de lo de la habitación? Podemos buscar un hotel más económico. No es preciso quedarnos aquí.

—No, está bien. No creo que haya problema en que nos quedemos. Ya me han dado el dinero y nada malo ha pasado. Podemos permitirnoslo; a las chicas les gustará la idea.

—Más que gustarles, yo diría que se pondrán como locas de felicidad.

—Bien, entonces no se discute más. Voy a reservar una habitación. Os espero allí.

—Sí, perfecto. —Daisy hizo una pausa, en la que se quedó mirándome—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, tranquila. Son los nervios.

—No sé cómo lo has soportado; a mí por poco me da algo cuando has hecho la última apuesta. —Apretó los labios—. Esa montaña de fichas...

Cerré los ojos y la visualicé. Había tenido tanto miedo de haberme equivocado con las cartas que hasta el último momento había pensado que lo perdería todo.

No había perdido, sino que había ganado. ¡Había ganado!

—¿Te desmayarás? —me preguntó Daisy—. Nadie te lo reprocharía. No sé cómo es posible que todavía estés en pie.

—No, no me desmayaré; solamente necesito un poco de aire.

—Anda, ve. Buscaré a las chicas y nos veremos allí. —Mi amiga me sonrió con dulzura—. Lo has logrado —me dijo otra vez, a modo de felicitación—. Eres libre.

—Soy libre —balbucí, sonriendo de nuevo. La sangre volvía a correr por mi cuerpo.

—Venga, ve. Nos vemos en un momento. ¡Piérdete! —rio—, que me das asco. No sé cómo demonios puedes hacerlo. Largo, que me siento como una neandertal a tu lado.

Me reí.

—Piérdete de mi vista. Iré a buscar a las otras dos antes de que se queden sin un centavo.

Daisy me sonrió una vez más para después dar media vuelta y comenzar a alejarse de mí.

Inspiré hondo. Se me puso la piel de gallina.

«Lo he logrado», me dije a mí misma. Todavía no podía creerlo.

Sonreí como una idiota y di media vuelta para salir del casino.

Cogería, para las cuatro, una jodida habitación con todos los lujos, de esos que son de lo más excesivos; además, pediría *champagne* y mucha más comida de la que pudiésemos tragar. Asimismo, saltaría sobre la cama hasta destrozarla y gritaría de felicidad hasta que no me quedase voz.

¡Libre! ¡Libre de todas las malditas deudas! ¡Libre del pasado!

Volví a respirar con toda la capacidad de mis pulmones tras atravesar la puerta del casino y comprobar que ninguno de los hombres de seguridad que pululaban por allí tenía intención de detenerme, pese a que sabía que mi cara tenía la mueca de un convicto que se escapa de la cárcel saliendo por la puerta principal.

No sonaron alarmas, la policía no cayó sobre mí.

Nada sucedió. Solamente el cambio de las luces artificiales y el bullicio del casino por un ambiente más tranquilo y confortable que daba cuerpo a la ostentosa recepción del hotel, detrás de cuyas paredes de cristal caía el sol, impresionantemente rojo, del atardecer.

—Décimo piso, habitación mil diez —me informó el recepcionista, tendiéndome las cuatro tarjetas magnéticas pertenecientes a la misma habitación—. Que disfrute de su estancia aquí, señorita Coleman. ¿Quiere que envíe a alguien para ayudarlas con su equipaje?

—No, está bien. Mis compañeras están en el casino. Tenemos nuestro vehículo en el estacionamiento, iremos nosotras a buscarlo.

—No tiene más que solicitarlo y enviaré a alguien a acompañarlas para que les eche una mano con sus pertenencias. —El recepcionista me sonrió, inclinándose sobre el moderno mostrador—. No será ninguna molestia.

Retrocedí un paso porque me dio la impresión de que, de no estar el mostrador de por medio entre nosotros, el tipo estaría babeando sobre mí. El sujeto debía de tener más o menos mi edad. El estilizado traje que vestía lo hacía verse como uno de los tantos hombres adinerados que pululaban por ahí del brazo de más de una señorita, y su cabellera parecía recién salida de la peluquería. Sin duda tenía con qué seducir, pero, en los pocos minutos que llevábamos conversando mientras me adjudicaba mi habitación, no creía haberle dado pie a que intentara nada conmigo. Primero pensé que era amable, pero ya no me quedaban dudas de que debía ponerle un freno.

—Sé que no. Gracias, pero ya le he dicho que no será necesario. Nosotras solas podemos perfectamente. Además, no traemos mucho equipaje.

Porque, de hecho, a priori ni siquiera teníamos claro si pasaríamos o no esa noche en la ciudad. La noche anterior nos habíamos alojado en un motel que resultó ser un espanto y por eso lo dejamos al amanecer. Con las vacaciones y los festejos del 4 de julio, nuestras opciones económicas para pasar la noche allí se habían visto complicadas. Sin duda, eso era antes de que hubiese ganado en el casino; esa noche no dormiríamos en asquerosas camas de dudosa limpieza y no tendríamos que oír a los vecinos de la habitación de al lado follando como si estuviesen en celo.

—Bueno, siendo tu única velada en Las Vegas... supongo que asistirás a alguna fiesta.

Que me tutease me hizo dar un paso al frente, y no para decirle al oído dulces palabras.

—¿Sabes qué? No creo que sea asunto tuyo cuáles sean mis planes.

—No pretendía ofenderte, solamente pensaba preguntarte si querías ir conmigo a una fiesta. Podemos divertirnos en grande esta noche. Tengo un amigo que tiene una casa inmensa en las afueras. Habrá cerveza, música y fuegos artificiales. Puedes traer a tus amigas, no hay problema.

—¿Cerveza, música y fuegos artificiales? ¿Dónde es la fiesta?

Reconocí la voz y me di la vuelta. Por poco me llevo por delante al tipo cuya cerveza había empapado la ropa del texano.

En ese instante, cuando lo tenía a menos de medio paso de mí, tomé conciencia de que era mucho más alto de lo que había creído, y también mucho más llamativo. Visto de cerca, me fijé que, desde su nariz hasta sus ojos, pasando por sus labios de curvas sinuosas, perdían perfección para parecer mucho más humanas y hermosas. Era una pena que hubiese escondido su melena rubia debajo de una gorra de béisbol.

La cicatriz en su frente, la de su mentón... Mis ojos bajaron por su cuello hasta su hombro y, de allí, a su brazo. De cerca, las marcas en su carne tenían una apariencia todavía más dolorosa.

¿Cómo se habría lastimado así?

Imaginé sangre muy roja corriendo por la piel de su brazo hasta su mano, hasta la yema de sus dedos, en ese momento crispados. No me costó visualizarlo soportando el dolor con las mandíbulas apretadas, con sus mejillas tensas, sudando al intentar contener dentro de sí el padecimiento que debió de suponer tener el brazo atravesado por todo aquello que se clavó en su carne y, sin duda, también en su rostro.

El puño de aquella persona salida de la nada se apretó en un gesto poco amable. Alcé la vista para verlo mirarme. Sus ojos por poco me perforan el cráneo. No había sido muy amable o educado por mi parte quedarme escaneándolo así. Él se había dado cuenta de lo que yo había hecho y no pude recriminarle el enfado que atravesaba su entrecejo de un lado al otro.

—Entonces... ¿Dónde es la fiesta? —intervino de nuevo, mirándome primero a mí y luego al recepcionista, quien, ante el tamaño del recién llegado, recuperó por completo la verticalidad y la distancia que, sin duda, le habían enseñado que debía mantener tras el mostrador.

Ninguno de los dos le contestó.

—¿Debo entender ese silencio como que no estoy invitado?

—Lo siento, no sabía que estaban juntos.

—No estamos juntos —le solté al recepcionista—. Ni siquiera nos conocemos.

—Miller —se presentó el desconocido—, Parker Miller. —Me tendió su mano derecha, la cual no atiné a estrechar. Me sonrió. ¿De verdad me estaba sucediendo eso a mí? Parecía que tenía pegado a la espalda un cartel que decía «flirtea conmigo».

Sacudí la cabeza.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor?

—De hecho, lo que podías hacer por mí, ya lo has hecho. Solamente hacía falta que tomases distancia del mostrador.

De refilón, noté el modo en el que el recepcionista se ponía rojo de vergüenza.

—Bueno, a decir verdad, podrías apartarte un par de metros, eso no estaría mal.

—Yo no... —El chico no sabía dónde meterse.

—Nada de esto es necesario. Puedes ahorrarte la actuación de caballero para otra. Aquí estaba todo bajo control.

—Yo diría que él no sabe cómo controlarse. Estaba por allí, hablando por teléfono, y lo he visto avanzar sobre ti. —Con el entrecejo fruncido, movió los ojos hasta el recepcionista—. ¿Cómo es posible que todavía no te hayan despedido?

El susodicho se aclaró la garganta para, a continuación, pedirme disculpas y despedirse. Desapareció detrás de sus compañeros, al fondo de la recepción.

—Gracias, pero de verdad que no era necesario. Sólo me ha invitado a una fiesta y, antes de que llegaras, ya le había dicho que no.

—Imagino que esto te sucede a menudo.

Otro más que se lanzaba a la carga.

Suspiré, fastidiada.

—No, no suele sucederme porque intento no rodearme de idiotas. Ahora, si me disculpas... —

Di un paso al lado para esquivarlo y él se movió conmigo, como si fuese mi espejo.

—Estabas en el casino hace un rato.

—Y tú, derramándole tu cerveza al texano.

Chasqueó la lengua.

—Sí, un accidente muy triste. Realmente tenía muchas ganas de beberme mi cerveza.

—¿Por eso has desaparecido así de rápido? ¿Has ido a buscarte otra?

Sonrió, apretando los labios.

—¿Ha habido suerte en la mesa? Has debido de ser tú la que ha ganado, porque todos los demás tenían cara de funeral.

Forcé una risa.

—Sí, ok... Mira, no te ofendas, pero...

—No suelo ofenderme con facilidad —soltó, cortándose—. ¿Tú sí? He estado observándote mientras jugabas, parecías muy concentrada. ¿Se te dan bien las cartas?

—¿Y a ti se te da bien esto? —Nos señalé por turnos—. Mejor voy a buscar a mis amigas.

—¿Se te ha perdido la que estaba contigo? La chica bajita con cara de niña que estaba de pie detrás de ti, con expresión de terror. No parece que ella sea animal de casino, diría que estaba muy lejos del ecosistema al que pertenece. En cambio, tú...

Me envaré. Había estado observándome. ¿Sería posible que sospechase alguna cosa? ¿Acaso trabajaba para el casino? Sabía bien que los casinos tenían empleados que se mezclaban con los clientes, disfrazados como simples apostadores, a la caza de ladrones y estafadores.

Un tenso nudo trepó por mi garganta. En un parpadeo, me lo imaginé arrebatándome mi cheque, llamando a la policía. Pasaría la noche del 4 de julio en un calabozo. Lo único que les faltaba a mis padres era tener que pagar una fianza por mí.

Alzó las cejas en una mueca inquisitiva.

—Tranquila, no tienes que poner esa cara de pánico. No pasa nada. Ve a buscar a tus amigas y pasa una buena noche.

—¿Trabajas para el casino? —Las palabras se me escaparon. Sin duda no era muy buena para manejar los momentos de tensión.

Soné a estar delatándome a mí misma.

Él rio bajito.

—No, no trabajo en el casino. ¿Eres de aquí?

Negué con la cabeza.

—¿Y tú?

Imitó mi gesto para responderme y, a continuación, me tendió su mano otra vez.

—Parker, Parker Miller; Miller, como la cerveza.

—Ahora entiendo por qué la cerveza es un tema recurrente en ti.

—Y por segunda vez evitas decirme tu nombre —entonó, divertido—. Esto está difícil.

—Yolanda —dije, sin dar más datos; él no los necesitaba y yo no tenía ningún interés en dárselos.

—¿Yolanda? No es un nombre muy común.

—Sí, bueno, yo no había conocido a nadie antes que tuviese el nombre de una marca de cerveza.

—Quizá luego pueda invitarte a una.

Moví la cabeza de arriba abajo mientras tomaba aire. Él siguió de cerca ese movimiento en silencio.

—Bueno, la verdad es que no lo creo.

—¿Qué? —soltó con una gran sonrisa—. ¿No estabas asintiendo?

—No.

Se pasó los dedos de la mano izquierda por encima de la vieja herida en su ceja.

—Esto es confuso.

—Para nada. No estoy interesada en eso de que, lo que sucede en Las Vegas, se queda en Las Vegas, ni nada de eso.

—Ojalá así fuese, pero lo dudo: las cosas que haces te persiguen allá donde vayas. ¿En serio no me dejarás que te invite a una cerveza? Es 4 de julio y habrá fuegos artificiales y fiestas.

—Aquí casi siempre hay de eso.

—Sí, pero hoy es el Día de la Independencia.

—Sí, gracias por recordármelo. He venido con mis amigas. Agradezco tus atenciones y ese intento tuyo de caballerosidad frente al recepcionista, aunque en realidad no era para nada necesario.

—Era necesario para mí. No lo he hecho por ti, sino por mí. Quería pedirte que te vieras conmigo esta noche. Nada más.

—Lamento decepcionarte, eso no sucederá.

—¿Y qué tal mañana por la noche?

—No sé si estaré aquí mañana...

—La verdad es que yo tampoco.

—Perfecto. Adiós, entonces. —Hice una mueca e intenté esquivarlo por el otro lado, pero él volvió a moverse conmigo—. ¿Qué quieres? —gruñí, molesta. Realmente deseaba sacármelo de encima, pero no porque fuese desagradable ni nada de eso. Me gustaba; sin embargo, no me daba buena espina. Toda esa situación me incomodaba y no acababa de comprender por qué. Lo último que podía permitirme en ese instante era arriesgarme a que me robasen o estafasen, o a que me denunciaran sin haber hecho nada malo.

—Admirarte unos segundos más —replicó, con sus ojos flotando sobre mi rostro, poniendo cara de embobado.

—¿De qué va esta tontería? Espero que tengas muy claro que no sacarás un centavo de mí.

Mejor te apartas o empezaré a gritar.

Así, ante la mera mención de los gritos, dio un paso al lado.

—Gracias por estos deliciosos segundos, Yolanda.

Le puse cara de perro y comencé a alejarme.

—¡Feliz 4 de julio! —me deseó, con una llamativa exclamación, mientras yo continuaba distanciándome de él. Volví a ponerle mala cara con la intención de cortar cualquier futura intención que pudiese tener de volver a buscarme más tarde.

Supe que seguía allí parado, donde lo había dejado plantado cortando todo lo que no existía ni existiría entre nosotros, sin necesidad de volverme para ser testigo de su mirada todavía sobre mí.

Oí que alguien mencionaba mi nombre.

Volví mi rostro hacia la izquierda para ver a las chicas caminar en un compacto grupo en mi dirección. Avanzaban con un andar que era entre baile, marcha, saltos de felicidad y alegría contenida.

Rogué porque Daisy no les hubiese contado ni una sola palabra de la cifra que había ganado en la mesa. Ellas no podían saberlo, porque, en cuanto la cantidad sonase en sus oídos, comenzarían a formular preguntas.

No tenía ningún problema con ellas, pero ante todo eran amigas de Daisy, no mías. Es decir, las conocía y habíamos salido todas en grupo en incontables ocasiones, pero ellas no sabían demasiado de mí y así estaba bien. La nuestra no era una amistad de contarse problemas profundos ni nada por el estilo. De ellas había escuchado dramas amorosos de fin de semana, comentarios sobre sus trabajos o estudios... y hasta ahí llegaba todo. Con Daisy era diferente; ella era mi mejor amiga, por no decir la única de verdad, y lo sabía todo de mi vida, hasta el último detalle. Confiaba en ella y ella sabía que podía confiar en mí para lo que fuese, incluso para convencer a su padre de dejarme la autocaravana que le pertenecía para llevarlas hasta Las Vegas y, luego, acercarlas a Los Ángeles para finalizar sus vacaciones.

Rogué por que ella hubiese mantenido su promesa de no contar demasiado sobre lo sucedido en el casino.

Sandra soltó mi nombre en un alarido descomunal. Lanzó sus brazos a mi cuello y me obligó a saltar con ella.

—¡Te amo! —chilló en mi oreja derecha, dejándome sorda—. No puedo creer que vayamos a pasar la noche aquí. ¡Gracias! De ahora en adelante tienes mi más absoluta devoción.

—Gracias, Sandra. Aprecio tu desinterés.

Hasta sus ojos rasgados me sonrieron.

—No tenía idea de que fueses así de buena con las cartas —me dijo Alicia, llegando a mí.

—Suerte de principiante.

Daisy sonrió sin demasiada convicción.

—¿Seguro que puedes pagar una habitación aquí?

En respuesta a la pregunta de Sandra, alcé las cuatro tarjetas magnéticas doradas.

Sandra volvió a soltar un alarido.

—He pagado por el aparcamiento hasta mañana, de modo que podemos ir a buscar nuestras cosas para subirlas a la habitación.

—No puedo creer que vayamos a pasar la noche aquí —gimió Sandra, acompañando sus palabras con un gesto que fue una especie de rezo. Con la misma adoración que expresaba su ademán, admiró las tarjetas que, como un abanico, desplegué en mi mano—. Será el mejor 4 de julio de mi vida.

Le pasé una tarjeta.

—Es una *suite* en el décimo piso. —Le entregué una a Alicia y otra a Daisy—. He cogido una para cada una, para que sea más cómodo. Tenemos hasta las doce del mediodía de mañana para disfrutar del hotel, con desayuno incluido.

Sandra lo celebró con pequeños saltitos, haciendo que su corta y lacia melena, que no le pasaba de la altura de la nuca, volase a los lados de su cabeza cual si fuesen las alas de un cuervo atravesando una blanca nube. La nube blanca era su rostro, impolutamente níveo, que parecía de porcelana, el cual debía de ser producto de su genética proveniente de Japón.

—Gracias, Yo. Realmente no tenías por qué pagarnos una habitación aquí. ¿Tan bien te ha ido? Daisy no ha querido decirnos cuánto has ganado. Ha estado muy misteriosa al respecto.

—No ha sido tanto —mentí—, lo suficiente como para que terminemos con un broche de oro nuestra estancia aquí.

Ellas, excepto Daisy, no tenían ni la menor idea del alcance de la cantidad a la que ascendían las deudas que pesaban sobre mi cabeza.

—¿Cómo os ha ido a vosotras?

—¡He ganado mil doscientos treinta dólares! —exclamó Sandra.

—Yo he perdido ciento treinta —musitó Alicia—. No pienso volver a pisar el casino.

—No te preocupes, te lo compenso. Hemos llegado hasta aquí todas juntas, de modo que podría repartir mis ganancias con vosotras. —No era así, evidentemente, pero me dije que mil y pico dólares no harían la diferencia.

—No es preciso. —A Alicia medio se le borró la sonrisa—. Ya has pagado nuestra habitación.

—Pues yo puedo pagar un par de botellas de *champagne* para que comencemos a celebrarlo.

—No, definitivamente los gastos corren por mi cuenta. De verdad que me gustaría compartirlo con vosotras. Es justo, ¿no? —La sensación de sentirme como una farsante fue bastante fuerte, pero, de todos modos, no podía contarles la verdad de ninguna manera.

—Vamos, acepta, Alicia. —Daisy le pegó un codazo—. Anímate. Nadie tiene por qué salir perdiendo de esta situación. Yo acepto unos cuantos billetes, los que quieras darme —bromeó mi amiga.

Alicia me miró con cara de pocos amigos. Supuse que su cerebro se estaba dedicando a intentar estimar la cantidad que había ganado jugando a las cartas. Sus cálculos debían de realizarse en función de lo que podía costar una habitación en ese hotel, en lo que valdría el

champagne e incluso el parking de la autocaravana hasta la mañana siguiente. Un diner. Eso, sumado a lo que planeaba repartir entre las cuatro...

Desconfiaba de mí, se le veía en la cara. Ella era, de las dos amigas de Daisy, con quien menos relación tenía, y no era que nos llevásemos mal ni nada parecido, sino que no teníamos demasiado en común. Alicia había sido animadora en el instituto y líder de su clase de teatro en la universidad; era amiga de todos y no quedaba roca en este mundo que no supiese su nombre. Ella no tenía dificultades para conversar con la gente o para permanecer en lugares cerrados repletos de personas. Su tolerancia al alcohol era mucho más alta que la mía. Además, sabía bailar y lo disfrutaba, mientras que yo solamente pasaba vergüenza. Alicia combinaba el color de su esmalte de uñas con su ropa y no salía de la habitación si tenía un pelo fuera de lugar. Yo no me había peinado la melena esa mañana y, para más datos, tampoco la noche anterior. Ella hubiese dicho que sí a la invitación del recepcionista a la fiesta o a la cerveza que...

Giré la cabeza y lo vi ahí, todavía de pie, con la vista fija en la pantalla de su móvil.

Como si hubiese percibido el peso de mi mirada, Parker Miller alzó la cabeza y me miró directamente a los ojos para, a continuación, dedicarme una gran sonrisa a la que mi rostro reaccionó con una mueca de incompreensión. ¿Acaso no entendía que no había nada para él allí?

Parpadeó con sus ojos centrados en mí y, acto seguido, se fijó en las chicas.

El grupo que me rodeaba se quedó en silencio.

Dirigí la vista al frente para ver a Alicia sonreírle. Ahí estaba la certeza de que ella tenía mucha más pasta que yo para ese tipo de cosas. Bueno, eso sin contar con que esa chica no tenía miedo de ser estafada por nadie, porque su día en el casino no había sido nada bueno.

Mi cerebro, acostumbrado a analizarlo todo, estudió el rostro de ella, su postura, el modo en el que su piel estaba reaccionando a la situación.

Estaba casi segura de que mi piel no hacía lo mismo que la de ella frente a una presencia masculina; tampoco mis mejillas, y mucho menos mis labios.

Así sin más, volví a sentirme como años atrás, cuando me veía a mí misma como una especie de ratón de laboratorio. Yo no había crecido del mismo modo que ella. El entorno en el que llegué a la pubertad fue muy distinto. Ella debió de disfrutar de infinidad de celebraciones en casa de parientes, a las que sus padres viajaron los fines de semana, trasladándose a otro estado. Ella seguro que pasó veranos en la playa, muchos 4 de julio viendo fuegos artificiales. Alicia habría vivido fiestas de universidad y habría estudiado en cafés con amigos... y, en la actualidad, sin duda salía a comer con sus colegas de trabajo, con conocidos de la facultad...

Mis amistades podían contarse con los dedos de las manos y la mayoría de las personas en las que confiaba me doblaban la edad. De hecho, ellas tres eran las únicas amigas que tenía de mi quinta.

Me sentí patética, si bien los motivos que me hicieron crecer del modo en que crecí no eran, ni mucho menos, responsabilidad mía.

Sentí como si mi pasado me diese una patada en el culo en un intento de hacerme reaccionar,

porque sí que era mi responsabilidad la vida que llevaba en ese momento.

En realidad, la vida que llevaba no me disgustaba para nada, pues me agradaba tener a mi alrededor a la gente que tenía a mi alrededor y no me molestaba en absoluto que la mayor parte tuviese canas o título de «doctor en...» después de sus apellidos en las placas que colgaban de las puertas de sus despachos.

Amaba hablar con mis amigos de las cosas de las que hablaba. No obstante, en situaciones como aquella, me sentía completamente fuera de mi elemento. Yo no sabía hacer, ni me creía capaz de hacer, con la misma gracia que ella, lo que Alicia hacía con los ojos mirando a Parker Miller.

—¿Es ése el tipo que...? —comenzó a decirme Daisy. No le permití terminar la pregunta.

—Sí, es él.

—¿Soy yo o te estaba sonriendo?

Miré a Daisy sin responderle.

—¿Lo conoces? —disparó Alicia en mi dirección.

—Sí... bueno... no. Sí.

—¿Sí?, ¿no? —Alicia me escrutó sin piedad y luego, volviendo a sonreír, ladeó la cara otra vez en dirección al señor marca de cerveza.

—Ese tío se ha llevado por delante a alguien que estaba jugando en su mesa —le aclaró Daisy — o al revés, no lo tengo claro. El caso es que le ha derramado la cerveza encima. ¿Has hablado con él? —Eso último iba dirigido a mí.

—Sí, ha aparecido cuando estaba en la recepción.

—¿Se aloja aquí? —curioseó Alicia.

—Ni idea.

—¿No se lo has preguntado? —Ésa fue Sandra.

—No —contesté.

Mi cerebro podía ser muy rápido para otras cosas, pero, para gran parte de las relaciones humanas más simples, era un cero a la izquierda. De haber tenido que enfrentar un examen de comportamiento social aceptable, lo habría suspendido.

—¿Sabes cómo se llama?

—Parker Miller.

Ante mi respuesta, Alicia volvió a mirarme.

—¿Así, con nombre y apellido?

—Sí, así se ha presentado —le respondí.

—Y... ¿qué ha sucedido entre vosotros?

—Nada. —Sacudí la cabeza para bajar el rubor que me trepaba por el cuello.

—¿Nada y te sonreía así? —El siguiente codazo de Daisy fue para mí.

—No creo que sea de fiar.

Alicia se rio en mi cara.

—Y, eso, ¿por qué?

No pude responder.

—¿Ya habéis visto las cicatrices que tiene en el brazo? —nos preguntó Sandra, poniendo cara de dolor.

—Un hombre duro —canturreó Alicia—. Me gusta.

Su «me gusta» se me quedó atragantado.

—¿Habrá sufrido un accidente? Sin duda tuvo que dolerle.

—Que me haga sufrir a mí —bromeó Alicia—. ¿No le has preguntado cómo se hizo esas marcas?

—No, claro que no. He estado menos de cinco minutos frente a él y la verdad es que tampoco me hubiese parecido correcto formularle semejante... —Me interrumpí al ver a Parker bajar su móvil para guardarlo en el bolsillo de sus pantalones. Me sonrió otra vez. Sí, me sonrió a mí, porque sus ojos estaban sobre los míos y eso era innegable. Alzó su mano derecha y, con ésta, me saludó para, a continuación, alejarse de camino a los ascensores.

Las cuatro lo seguimos con la vista, idiotizadas. Lo sé porque a nuestro alrededor se formó una nube densa, quizá demasiado cargada de hormonas, con toques de curiosidad y el efecto que Las Vegas tiene en los seres humanos, por más que éstos tengan mucha disciplina y autocontrol. Además, puedo asegurarlo porque, por el rabillo del ojo, vi a una Daisy boquiabierta; a Alicia, con los ojos entornados y una sonrisa sexy en los labios, y a Sandra, con el rostro transfigurado de ansiedad... ¿Acaso estaba conteniendo el aliento?

Parker, Parker Miller; Miller, como la cerveza, se detuvo de frente a los ascensores para regalarnos la maravillosa imagen de su trasero enfundado en unos magníficos vaqueros.

Podía ser muy mala en las interacciones humanas, pero no por eso estaba ciega y, a pesar de que lo mío siempre habían sido más las ciencias que las artes, resultaba imposible pasar por alto aquello que tenía la perfección, la riqueza y la majestuosidad de un cuadro de Miguel Ángel. Parker Miller bien podría haber formado parte de las pinturas de la capilla Sixtina con ese trasero, esos hombros y esa espalda; al menos hubiese sido justo tenerlo como fuente de inspiración.

Para nuestra desgracia, las puertas de uno de los elevadores se abrieron y Parker se metió en la cabina, privándonos de la deliciosa contemplación de su cuerpo.

Oí a Sandra carraspear.

Pese a la distancia, hubiese podido jurar que su última mirada, antes de que las puertas se cerrasen, había sido para mí... No, solamente deliraba.

—Definitivamente debe de estar hospedado aquí. Tenemos que averiguar en qué habitación se aloja —soltó Alicia como si la vida le fuera en ello—. Vosotras adelantaos. Iré a preguntar a la recepción.

—Pero tenemos que ir a buscar nuestras cosas a la autocaravana. Me sentaría genial un buen baño —intervino Daisy.

—Me muero por ver la habitación. Seguro que es espectacular.

—Según me ha dicho el recepcionista que me ha atendido, lo es, y supuestamente tiene las mejores vistas.

—¡Voy a hacer reventar mi Instagram! —exclamó, feliz, Sandra.

Daisy y yo nos reímos.

—Vamos, recojamos nuestras cosas, que quiero despatarrarme en una cama que no huelga a humedad y darme una ducha en un baño sin pelos que...

Puse cara de asco.

—Por favor, ni me lo recuerdes.

Sandra me secundó con una mueca de quien vomita hasta las tripas.

A Alicia no le quedó más remedio que aceptar ir a por nuestras pertenencias al parking.

Sangre

Por tercera vez, comprobé la hora en mi móvil. Los números en la pantalla me indicaron que era momento de ponerme en pie.

Tenía menos de cinco minutos para entrar antes de la siguiente ronda de seguridad.

Salí de detrás de las sombras que me ocultaban.

Llevaba la cazadora negra, con la cremallera subida hasta arriba de todo, y la capucha echada sobre la cabeza. Había camuflado mi piel con una pátina negra, y las manos, con unos guantes del mismo color.

Llevaba un par de días observando el trabajo de los empleados del aparcamiento. No me había resultado difícil entablar conversación con ellos. Había estudiado sus rutinas, sabía qué programas de televisión veían, cuáles eran sus cuentas de Twitter y si tenían novias, esposas o vivían solos. Uno de ellos era un soldado retirado; había perdido tres dedos de la mano derecha; mejor dicho, se los volaron de un disparo. Tuvo suerte, o quizá no, no acababa de quedarme claro hasta qué punto llegaba la dedicación por su carrera. Si lo que él quería era seguir en el Ejército, pues mala suerte: un soldado que no puede apretar el gatillo no sirve de mucho. Si lo que quería era volver a casa, había tenido la fortuna de que la bala impactase en sus dedos y no en su cabeza.

En resumen, que, entre conversaciones superfluas, les había sonsacado, al pequeño grupo de agentes de seguridad que custodiaban el parking en el turno de noche, gran parte de su organización y funcionamiento.

No tenían ni idea de con quién hablaban cuando me contaron que las cámaras que grababan los ascensores que daban acceso a la calle llevaban dos días averiadas y que el técnico no aparecería hasta después del 4 de julio.

No sospecharon nada cuando, con una bandeja de café y una caja de donuts, aparecí esa mañana, consiguiendo escurrirme hasta la puerta de la sala de control del parking.

Mientras ellos reían, bebían y comían con la puerta entreabierta, logré descubrir dónde estaban el resto de las cámaras y cuáles eran los puntos ciegos de éstas.

En ese mismo instante me encontraba en uno; había llegado allí en un taxi que había cogido a tres calles de distancia. El taxista me miró con extrañeza cuando le indiqué con exactitud dónde debía detenerse, una ínfima porción de acera que ninguna cámara captaba, pues una de ellas chocaba con una esquina muy moderna del edificio, y el alcance de la otra se detenía en un cartel de señalización a medio metro por detrás de donde quedaba la puerta trasera del coche.

El taxi se fue y yo me quedé allí quieto, sin moverme, rígido, sin despegar ni medio centímetro

los brazos de mi torso. Esperé a que se perdiese por completo de vista, apenas espiando en su dirección por el raballo del ojo, pues no podía darme la vuelta porque detrás de mí sí había cámaras, las del hotel situado en la acera de enfrente.

Mi pulso no se alteró durante aquella espera. Hacía falta mucho más que un rato de inmovilidad para hacerme perder la compostura.

A paso normal, avancé hasta el edificio; di gracias por el parterre con plantas y arbustos. Quitar la reja de la ventilación del parking no había resultado tarea difícil, pues los tornillos eran de pésima calidad y prácticamente se aflojaron solos después de que les diese la primera vuelta.

El orificio de la ventanilla de ventilación a ras del suelo tenía el tamaño suficiente como para que pasaran mis hombros, pero de todas formas, por costumbre, me encogí. Fue extraño pasar por aquel agujero sin temer que se me cayese una roca encima o esperar a que alguien con la cara tapada por un pañuelo y un rifle apuntando en mi dirección gritase órdenes en un idioma muy distinto al mío y que, al mismo tiempo, me era muy familiar.

Como un eco lejano, percibí mi pulso cambiando de ritmo. La adrenalina ya corría por mis venas.

La reja del lado interior estaba floja, apenas sostenida por un tornillo y encajada a la fuerza en su marco para que no se cayese. Había sido yo quien le había quitado los tres tornillos que faltaban poco menos de diez horas atrás, cuando entré en el parking con un coche alquilado; automóvil que continuaba aparcado cinco puestos a mi derecha.

Empujé la reja y la giré un poco hacia arriba para poder escurrirme hasta el suelo del parking, comprobando que el Mercedes que ocultaba mi salida continuaba en su sitio y todavía con la goma completamente desinflada gracias a un navajazo..., navajazo que le había dado yo tres cuartos de hora antes, en un intento de asegurarme de que no moviesen el vehículo de allí muy pronto. Igual dudaba de que su dueño tuviese intención de irse muy lejos, porque no necesitaba desplazarse a ningún otro sitio para estar de fiesta.

Arrastrándome sobre el abdomen, giré un poco y coloqué la reja en su lugar otra vez para, a continuación, reptar hasta el siguiente coche. Pasé por debajo de éste y del siguiente y, desde ese último, divisé la autocaravana en la que habían llegado Yolanda y sus amigas.

Estaba allí, con los de seguridad, cuando el enorme y lujoso vehículo giró por el pasillo en busca de un lugar donde aparcar. Ella iba al volante, pero tenía entendido que ni siquiera recordaba haberme visto; yo sí la recordaba a ella.

Moviéndome gracias a la fuerza de mis brazos, caderas y pies, continué avanzando.

Pasé por debajo de la autocaravana y de los siguientes tres automóviles en los que finalizaba la fila. Al llegar al último, y ocultándome detrás del inmenso pilar que sostenía parte de la estructura del edificio, me agaché para, a continuación, ponerme en pie.

Me metí las manos en los bolsillos y, como si acabase de bajarme de mi automóvil, con la cabeza algo gacha, crucé hasta la siguiente hilera y, de allí, a la pared del otro lado, cruzando por

el carril de circulación de los coches. Ladeé la cabeza hacia la izquierda para evitar la cámara de seguridad que apuntaba por ese camino hacia la salida más próxima.

Le di la espalda a la cámara para seguir avanzando por entre los automóviles hasta los ascensores.

Mi objetivo no eran los ascensores, sino la escalera, pues, pese a tener cámaras, su vigilancia era mucho menos seguida que las de los ascensores. Rara vez la gente utiliza las escaleras.

Subí un único piso por éstas. Las habitaciones del hotel no comenzaban hasta dos pisos más arriba. En ese nivel había dos restaurantes y el bar de la terraza; en el otro extremo, la piscina.

El pasillo del primer piso era utilizado exclusivamente por el personal del hotel; sin embargo, la puerta no tenía cerrojo alguno. Tiré de la manija y eché un vistazo hacia el pasillo. Allí, a mi derecha, me esperaba un carro con una pila de toallas limpias casi tan alta como yo.

Igual que si fuese cosa de todos los días, extendí las manos hacia la barra que atravesaba el carro de lado a lado y empujé hacia abajo para destrabar su avance.

Escondido detrás de la pila de toallas, eché a andar hacia el fondo del corredor, cruzándome con otros empleados del hotel que estaban abocados a sus tareas o conversando entre ellos.

Nadie me preguntó hacia dónde iba o qué hacía allí.

Al fondo del pasillo estaba uno de los ascensores de servicio.

A mi derecha se abrió una puerta que permitió que se colase en el pasillo el bullicio de uno de los restaurantes.

Por la puerta aparecieron dos camareros, que charlaban animadamente. Ninguno de ellos reparó en mí; las toallas de la piscina no eran responsabilidad suya.

Probablemente sí que lo eran las cajas de *champagne* apiladas al otro lado de la puerta.

Detuve el carro al pasar las primeras líneas de cajas apiladas y me incliné hacia delante, alzando el pie izquierdo como si fuese a atarme los cordones de la bota o algo así. Espié hacia atrás. Los dos camareros avanzaban hacia el fondo del corredor; allí había una puerta que daba a una diminuta terraza de dos por dos que los empleados utilizaban durante sus descansos para salir a fumar.

Nadie estaba prestándome la menor atención.

De debajo del puño derecho, saqué la navaja y corté el precinto de la caja; sin siquiera terminar de abrirla, colé los dedos en el interior y cogí una botella, que metí dentro de mi chaqueta.

Puse ambas manos sobre la palanca del carro y volví a empujar para ponerlo en movimiento.

Mi camino se terminó frente al ascensor; presioné el botón y esperé.

Tardó unos eternos doce segundos en llegar; por suerte, lo hizo vacío.

Impulsé el carro con todas mis fuerzas para meterlo dentro del cubículo, pues necesitaba salir del pasillo cuanto antes, y me moví hacia delante enérgicamente, pero las ruedas se engancharon con la hendidura de acero de las puertas y por poco rompo la botella de *champagne* con la barra del carro al chocar. Éste chilló y se estremeció.

Otro empujón y las malditas ruedas pegaron un salto hacia atrás.

—Eh, amigo, ¿necesitas ayuda con eso?

—Mierda —gruñí por lo bajo. No podía permitir que nadie se me acercase. Si veían mi cara embadurnada de negro, mi plan se complicaría, y la idea era entrar y salir sin que nadie se diese cuenta—. No, lo tengo controlado. Siempre se traba aquí esta maldita cosa. —Empujé hacia abajo la palanca del carro para liberar las ruedas y para forzar la parte delantera de éste a levantarse al menos un poco para pasar por encima de los rieles de las puertas.

—Ah, claro. —Quien me había ofrecido su ayuda rio.

El carro pegó un salto y por poco se me va todo al carajo, incluida la botella de *champagne*.

Conseguí que rodara por el suelo del ascensor de servicio y, cuando les tocó el turno a las ruedas traseras, tiré de toda la estructura hacia arriba para evitar que se enganchara de nuevo.

El extremo del carro impactó contra la parte posterior del cubículo. Sin girar la cabeza, alcé la mano y, a toda prisa, presioné el botón de cerrado de puertas.

Con la cabeza gacha, atisé hacia los controles del elevador y presioné el botón de la decimoquinta planta.

Para camuflarme, me moví por el poco espacio que quedaba entre el carro y las puertas a mi espalda hacia el otro lado del montacargas. Si alguien subía, podría esconderme detrás de la pila de toallas.

De espaldas a la cámara que sabía que se hallaba en el ángulo de la cabina por detrás de mi hombro izquierdo, justo sobre los controles del ascensor, cogí una toalla de una de las pilas posteriores.

Siempre me habían dicho que era muy bueno improvisando; en realidad, era bueno intentando sobrevivir. Jamás puedes tenerlo todo planeado y por lo general, aunque hayas estudiado hasta el detalle más ínfimo, siempre hay algo que puede salir mal y debes tener una enorme velocidad de reacción para encontrar una solución, un camino.

Había llegado allí con un plan; sin embargo, las toallas, el *champagne* y la fiesta en la piscina me dieron una buena idea que probablemente me ahorrara un poco de fricción en lo que estaba por hacer.

Al alcanzar el séptimo piso, me dispuse a verificar mis herramientas. Todo estaba en su sitio y listo para ser utilizado en caso de necesidad.

Miré la hora en mi móvil otra vez.

Debía darme prisa si no quería tener complicaciones.

Conté los segundos hasta que, al fin, las puertas del ascensor se abrieron en la decimoquinta planta. Todavía de espaldas, bajé la palanca y tiré del carro para sacarlo del cubículo. En esa ocasión, conociendo los posibles obstáculos, dediqué todas mis fuerzas a evitar que se trabara de nuevo. No lo hizo.

De cualquier modo, allí el pasillo de servicio estaba mucho menos concurrido porque, para esa hora, el personal de limpieza ya no tenía tanto trabajo y, además, los camareros del servicio de

habitaciones probablemente estuviesen ayudando, en su mayoría, en las fiestas que daba el hotel en la piscina y en los distintos bares.

Gran parte de las habitaciones debían de estar vacías, con sus ocupantes en el exterior, celebrando el Día de la Independencia bajo las estrellas que cubrían el desierto, al filo de los límites de la ciudad.

Tiré del carro un poco más y lo dejé a un lado del corredor.

Abracé la toalla contra mi pecho y, con la cabeza todavía inclinada hacia abajo, recorrí el pasillo hasta la salida.

La puerta del mismo marcaba los últimos veinte metros que debía recorrer hasta mi objetivo.

Estrujé la toalla entre mis puños apretados, concentrando mis pensamientos en mis manos. Mejor que no pensara en otra cosa, que me convenciera a mí mismo de que, como mucho, en media hora quedaría libre de lo que debía hacer.

Para cuando los fuegos artificiales estallasen en el cielo, yo también sería libre; bien, al menos en parte, quizá durante unos meses.

Cerré ambos puños con todas mis fuerzas.

«No pienses en nada más —me ordené—. No pienses en nada más. Esto es lo que sabes hacer, eres bueno, muy bueno. No pienses en nada más.»

La puerta quedó ante mí.

Con una mano, saqué la botella de *champagne* de debajo de mi chaqueta.

A continuación, aunque fue complicado hacerlo con las manos enguantadas, logré quitarle el capuchón de papel metalizado dorado a la botella. Lo arrojé a un lado y fui a por el armazón de metal que mantenía el corcho en su sitio.

No me preocupó que quedase también en el suelo; después de todo, sabía que en algún momento alguien vería lo que la cámara de ese pasillo grababa en ese instante.

Hice girar el corcho, presionándolo hacia fuera.

La botella soltó aquel alegre sonido del *champagne* al ser descorchado.

Dejé la botella en el suelo y, tras desplegar la enorme toalla, me la llevé a la cabeza para cubrir con ella la capucha de mi chaqueta, parte de mi rostro y mis hombros. Luego la sostuve con una mano justo delante de mi boca para terminar de cubrirme.

Abrí la puerta y salí al pasillo dispuesto a interpretar mi papel.

Alcé la botella por delante de mi cara y permití que la puerta se cerrase detrás de mí sin siquiera mirarla.

Sabía muy bien hacia dónde debía ir.

Dejé que mis pasos fluctuaran de un lado al otro por encima del estridente estampado de la alfombra del corredor, como si la botella que sostenía en la mano fuese una de tantas de las que hubiese bebido en lo que iba de velada.

La alcé hasta mis labios, escondiendo el morro de la botella debajo del extremo de la toalla situada delante de mi cara. No bebí. No podía ni debía.

Simulé dar un largo trago, alzando la base del recipiente.

En el pasillo no había más ojos que los de las cámaras de seguridad.

Agradecí la poca iluminación que daban los focos que desde el techo dibujaban círculos dorados sobre la alfombra, uno cada metro y medio.

Mi objetivo estaba casi al fondo del pasillo.

Continué avanzando, simulando estar muy borracho..., un borracho que se había caído vestido a la piscina y que por eso en ese momento llevaba una toalla encima.

Unos pasos más y otro simulacro de trago.

«Concéntrate, concéntrate. Ha llegado la hora», me dije.

Estaba listo para actuar. Ése era el campo de batalla; el momento en el que la presión me aplastaba para sacar de mí lo único valioso de mi persona, lo único en lo que era bueno, para lo único que servía.

En cinco tambaleantes pasos, alcancé su puerta. Me coloqué de lado y alcé el cuerpo de la botella para que éste tapase lo que pudiese verse de mi cara.

Con el codo, le di un par de golpes a la puerta.

Para completar el efecto, volví a tambalearme y a llamar sin bajar la botella.

No contestaron.

Golpeé más fuerte con el codo.

—¿Quién es? —preguntó desde dentro una voz masculina.

—Soy yo. Abre, estoy empapado —solté, poniendo mi mejor voz de embriagado. Tenía experiencia de sobra en que me patinara la lengua por culpa del alcohol.

—Creo que se ha equivocado de habitación.

—Vamos, abre. Traigo una botella de un *champagne* excelente.

—Lo siento, señor, pero se ha equivocado de habitación.

—No, no me he equivocado. Abre de una vez, que quiero quitarme la ropa mojada.

—Debe de haberse equivocado de planta —me respondió.

—¡Claro que no me he equivocado de planta! Abre de una maldita vez, que también es mi cuarto. ¡Es el decimoquinto piso, ¿no?! Joder, abre. Me cambiaré y bajaremos a seguir celebrándolo.

—Sí, es el decimoquinto piso, pero ésta no es su habitación, señor. Se ha confundido. Ésta es una *suite* y no la comparto con nadie.

—¡¿Que no la compartes con nadie?! ¿Acaso estás con una chica? Mira, no puedes dejarme fuera, estoy chorreando agua. Necesito cambiarme... Al menos pásame algo de ropa...

—Ésta no es su habitación, señor.

—¡¿Cómo que no es la mía?! ¡¿Qué estupideces dices? ¡Déjame entrar, compañero! ¿Tal vez estás con alguien? —Continué actuando, arrastrando las palabras y trastabillando, por si acaso el tipo estaba observándome por la mirilla—. Te prometo que no tardaré mucho: me cambiaré la ropa en menos de cinco minutos y volveré a dejarte solo con tu compañía.

—Escuche, lo mejor es que se retire. Ya le he dicho que ésta no es su habitación.

—Claro que lo es, la mil quinientos diecisiete. Esta misma. ¡Abre la maldita puerta, que quiero cambiarme! Joder, si supiese dónde he dejado mi tarjeta... —murmuré, removiéndome como si estuviese buscándola.

Lo oí; la cerradura emitió un levísimo clic.

Acabé de agacharme como si estuviese rebuscando la tarjeta magnética para abrir la puerta y, en vez de eso, deposité la botella en el suelo. La toalla se deslizó por encima de mis hombros y cabeza al tiempo que la puerta se abría. Me enderecé al instante y, viendo de reojo la puerta medio abierta, lancé todo el peso de mi cuerpo contra ésta para llevarme por delante a quien estaba al otro lado. En el ínterin, lo oí decirme una vez más que ese cuarto no era el mío.

La frase se le quedó atragantada por culpa del golpe que le propiné al llevármelo por delante con la puerta.

El tipo retrocedió, apartándose de la entrada, pero enseguida intentó empujar la puerta para cerrarla, aunque volví a abrirla de una patada.

La puerta rebotó contra la pared y se me vino encima. La atajé. El tío reaccionó ante mi entrada, intentando pegarme un puñetazo que bloqueé con mi brazo izquierdo mientras le devolvía el gesto con mi puño derecho. Mi mano, enguantada, dio en su rostro, desequilibrándolo hacia atrás.

Cerré la puerta de otra patada.

Analiqué la escena en un parpadeo y no me gustó lo que vi. El tipo estaba desnudo y... a menos que estuviese a punto de entrar en la ducha...

Desde el interior de la *suite*, una voz femenina pronunció el nombre del sujeto con un indudable tono de alarma.

Había sido demasiado fácil llegar hasta aquí..., así que algo tenía que salir mal, el tío no estaba solo.

—Mierda —gruñí entre dientes cuando él se las ingenió para alertar a la mujer, llamándola por su nombre, mientras se agarraba la nariz, que suponía que le había partido con mi puñetazo. También le había reventado el labio superior, por el lado izquierdo.

Ya no podía detenerme.

Le propiné un golpe al estómago y luego una patada a la rodilla. El tipo primero se inclinó hacia delante y, a continuación, se tambaleó hacia atrás por culpa del segundo impacto. Soltó un grito, escupiendo sangre en todas direcciones.

No cayó. Me dije que estaba dándolo todo de sí porque había captado de qué iba todo aquello.

Me lanzó un gancho que esquivé moviéndome veloz. Su puño rozó mi hombro derecho. Le dirigí un nuevo puñetazo, que dio en el blanco, y otro más que lo empujó hacia atrás, pasando por encima de su ropa tirada en el suelo, junto con ropa femenina.

La habitación era inmensa, y había un carrito de comida en un lateral, sobre el que descansaban un par de botellas vacías.

Ésa habría sido su última fiesta.

Le lancé otro derechazo, más fuerte, a la garganta. Lo dejé sin posibilidad de respirar. Cayó hacia atrás, llevándose ambas manos a la base del cuello, boqueando como un pez fuera del agua.

Probablemente no debería haberme entretenido viéndolo caer... pues una botella reventó contra mi antebrazo izquierdo. Sentí como si la maldita hubiese destrozado mis huesos.

El dolor me subió desde el codo hasta el brazo, de allí al hombro, para trepar por mi cuello y estallar en mi cabeza. Quedé momentáneamente atontado, aunque no lo suficiente como para no atajar el siguiente botellazo que la mujer se disponía a propinarme para, a continuación, abalanzarse sobre el carrito de comida. Descubrí su objetivo antes de que ella lograra alcanzarlo.

Iba a por uno de los cuchillos que habían quedado sobre los platos con restos de comida.

La tipa medio tropezó con las sábanas caídas a un metro por detrás del hombre. Sus pies se enredaron en éstas. Trastabilló y cayó, con los codos por delante, sobre el carro. Todo lo que éste soportaba tintineó cual campanas..., ominosas campanas para ellos.

Con mi objetivo todavía ahogándose en el suelo, me tiré sobre ella, sacando un precinto de uno de los bolsillos delanteros de mi chaqueta.

Todo el peso de mi cuerpo se la llevó por delante, pero no fui lo suficientemente rápido. La mujer había pillado ya el cuchillo. El filo rozó el borde de la capucha y de mi garganta, arañándome la piel.

Gritó cuando la tumbé y volvió a chillar cuando caí sobre ella, con ella de lado, para terminar impactando los dos contra el enmoquetado suelo. Por supuesto, fue ella quien se llevó la peor parte, porque mi cuerpo no era precisamente liviano.

El cuchillo se le escapó de la mano, para rodar por el suelo hasta perderse debajo de uno de los sillones.

Reaccioné en un suspiro. Con ambas manos sujeté las suyas al tiempo que la obligaba a acostarse boca abajo. Pataleó y forcejeó; sin embargo, con mi rodilla en su espalda, no pudo hacer mucho. Até sus manos con el precinto por detrás de su cintura. Para ella, lo creyera en ese momento o no, terminar así resultaba una suerte. Dándome la vuelta, saqué otro precinto y fui a por sus tobillos.

Pataleó, me golpeó. Al menos fue menos doloroso que el botellazo. Todavía me dolía el brazo.

Sujeté sus piernas y, del suelo, cogí un sostén negro cuya presencia había registrado en cuanto me di la vuelta para ir a por sus tobillos.

Lo doblé por la mitad, enrosqué las tiras alrededor de las copas y, en un segundo, estuvo a la altura de su cabeza, para metérselo en la boca y evitar así que continuara chillando.

Ella se quedó allí, retorciéndose, llorando; su rostro estaba rojo, en una mezcla de furia y terror.

Mi objetivo consiguió ponerse a cuatro patas; tosía.

Sabía que no estaba para enfrentarme, no después del puñetazo en la garganta; de todos modos... mi presencia allí tenía un motivo.

Me detuve a medio metro de él y despegué mi bota derecha del suelo para lanzarle una patada directa a su costado derecho. Sus costillas quedaron a merced de la fuerza de los músculos de mi pierna.

Él cayó, dándose un buen trompazo en el rostro. Tanto daba, no podía romperse la nariz dos veces.

Bajé la pierna al instante para recuperar la estabilidad, aunque igualmente me medio tambaleé. Rogué que no notase la duda de mi pierna izquierda.

Retrocedí mientras él bufaba, colocándose de lado para poder verme. Encogió las piernas y los brazos contra su cuerpo para protegerse.

—¿Sabes por qué estoy aquí? —le pregunté, ya sin simular embriaguez.

No respondió.

Tosía y escupía sangre.

—Te he hecho una pregunta. —Le dije eso agachándome delante de él.

La mujer, situada detrás de mí, gimió, y su sollozo atravesó la mordaza que era su sostén.

—Harvey, te he preguntado si sabes por qué estoy aquí.

El hombre me miró. Se le escapaban las lágrimas por culpa del dolor y el ahogo.

Pesqué su muñeca izquierda y, con mi mano derecha, le retorcí el dedo meñique hasta notar el crujido de la articulación.

De su grito emergió poco, porque al instante lo solté y le tapé la boca con ambas manos, aplastando su nuca contra el suelo.

Mis manos enguantadas absorbieron el resto de su quejido.

Aparté las manos de encima de él y, al dejarlo libre, atrapó su mano dolorida con la buena.

—¿Dime si sabes por qué estoy aquí?

—No tengo el dinero —sollozó.

—Sé que no lo tienes. Quien te prestó aquel dinero quiere que sepas que lo has decepcionado. —Me odié a mí mismo por tener que hacer eso. Debía entregar el mensaje, era parte del encargo. No le veía sentido a todo aquello... En ese momento realmente ya ni siquiera sabía si iba a hacerlo, porque había imaginado que estaría solo con él y que sería terminar el asunto y listo, pero no estábamos solos y, desde luego, no me interesaba tener nada que ver con la mujer. Mi trabajo era él, no ella.

Odié que estuviera acompañado.

Ladeé un poco la cabeza y le lancé una mirada a ella. ¿Alguien la habría puesto allí a propósito? ¿Estarían vigilándome? ¿Sería una prueba para ver qué hacía en esa situación?

Mi pulso se aceleró, y me rompí.

«Nunca más, nunca más —me repetí mentalmente—. Nunca más. Sea lo que sea que suceda, no volverás a hacerlo.»

—Lo conseguiré. Conseguiré el dinero. Casi lo tengo —lloró el tipo—. Dile que se lo llevaré mañana mismo.

—Soy un mensajero de un solo sentido. No le llevaré tu recado. Ése no es mi trabajo.

—Por favor, no me mates —sollozó. Su rostro estaba empapado de una mezcla de lágrimas y sangre—. Tengo esposa y dos niños pequeños... Ellos no tienen ni idea...

Mi interior comenzó a caerse a pedazos.

—Tendré su dinero más un diez por ciento por el retraso.

No estaba allí para negociar... Estaba allí para acabar con su vida, con la lamentable existencia de uno de los tantos seres despreciables que invaden este mundo; una plaga difícil de exterminar. No me interesaba jugar al justiciero; sin embargo, sabía que el mundo no lloraría la pérdida de alguien que hacía un trabajo muy parecido al mío. Tampoco llorarían la mía.

Bueno, eso pensaba hasta unos segundos atrás..., alguien sí lo lloraría.

—Mi mujer y mis hijos... Si me matas, irá a por ellos. Dile que le devolveré la pasta. Le entregaré otro diez por ciento dentro de una semana, lo juro.

Metí la mano en el bolsillo izquierdo de mi chaqueta. La sangre no era lo mío y, si bien yo conservaba todos los dedos en ambas manos, prefería no tener que disparar.

Quizá debería; un disparo sería más limpio para ellos, aunque fuese más sucio para mí... pero, aunque tuviese un arma en ese momento, no podría usarla; tenía órdenes expresas de no hacerlo, de no ahorrarle sufrimiento alguno.

Una ola de bilis ácida trepó por mi garganta.

Saqué el dispositivo y tiré de la anilla para desplegar el cordón de alambre.

Mi rodilla izquierda tembló cuando el tipo soltó un desgarrador sollozo.

—Por favor. Por favor, no me mates. Te pagaré a ti también... Te daré el doble de lo que sea que te hayan pagado. Os compensaré a ambos, no abriré la boca. Él sabe que no diré nada.

Apreté los dientes.

El sujeto no tenía ni idea de nada.

—La maleta. —Con su mano buena sostuvo su mano izquierda para apuntar en dirección a una maleta plateada situada a un lado del ventanal—. Tengo diez millones ahí. Llévase los.

Tragué en seco.

—Son para él.

Me quedé observándolo.

—Por favor, no me mates.

—¡Mierda! —gruñí, poniéndome de pie.

Al alzarme, oí ruidos fuera, en el pasillo.

—¡Auxilio! —gritó el tipejo—. ¡Auxilio, ayuda! ¡Llamen al novecientos...!

—¡Maldito desgraciado! —Con todas mis fuerzas, le propiné una patada. Fue un movimiento torpe y descuidado, así que di en el blanco pero sin demasiadas fuerzas. Él pateó mi pierna izquierda, derrumbándome pese a que no había sido un golpe demasiado duro. Caí de lado. Se me escapó el cordón de alambre. Volvió a patearme. Llamaron a la puerta.

El malnacido volvió a gritar y a pedir auxilio al tiempo que me lanzaba un puñetazo con la

mano sana.

Saqué la navaja y fui directo a su cuello, agarrándolo con mi mano por la base de éste para estamparlo de espaldas contra los pies de la cama.

—Debería cortarte la garganta ahora mismo.

—Él prefiere recuperar su dinero, lo sé. Jamás te perdonará si lo privas de recuperarlo. Si me matas, no lo recuperará.

Como si todo eso ya importase algo... Continuaban llamando a la puerta.

—Lárgate ahora, probablemente todavía tengas tiempo de salir con vida de esto —soltó a modo de amenaza.

Apreté su cuello con el filo de la navaja.

Me sostuvo la mirada y sonrió.

—Qué mal que alguien te envíe a hacer su trabajo sucio. ¿Qué se siente al no ser más que un fantasma? Uno que, por cierto, es desechable.

El filo le sacó sangre a su piel. Tenía tantas ganas de matarlo...

No era él, sino yo, quien había acabado con el cordón de alambre alrededor de su cuello, sofocándolo.

Parpadeé para verme de pronto en momentos que prefería no tener que recordar. Sonó un potente estallido, fue dentro de mi cabeza, ¡malditos recuerdos!, alguien gritando mi nombre, disparos, sangre por todos lados, dolor, adrenalina corriendo por mis venas, la desesperación de hallar una salida, el peso de mi propio cuerpo, el de la responsabilidad, mis errores, los insultos, el peor destino. Me mareé. La ola ácida invadió mi garganta.

Mi mano se aflojó. Por poco no pierdo la navaja.

Un derechazo impactó contra mi mandíbula. Caí sobre mi trasero.

Apreté el puño y, todavía medio tambaleante, solté un navajazo hacia delante. El filo rasgó piel y carne, no podría precisar de qué parte del cuerpo del sujeto. Sólo lo oí gritar mientras recuperaba la visión, regresando de aquellos recuerdos angustiosos y dolorosos. Casi podía sentir el calor sobre mi piel, el aire empolvado entrando en mis pulmones de nuevo; mi respiración pesada, el olor a muerte sobre el cual flotaban gritos de dolor. Recibí otro golpe y lancé una patada. Oí gritos.

Como pude, me puse en pie y avancé raudo en dirección a la puerta, que abrí de un tirón para salir hacia el pasillo con la navaja en alto. Los curiosos, alertados por los gritos, salieron espantados hacia atrás, retrocediendo con torpeza. A más de un par me los llevé por delante. Corrí tan rápido como pude. Debía llegar a la puerta, de allí, al pasillo de servicio; de éste, a deshacer todo el camino que me había llevado hasta allí sin ser atrapado.

Ya no tuve cuidado, ya no me importó si la gente detectaba mi presencia.

Pese al insoportable dolor, me dirigí escaleras abajo, saltando los escalones de dos en dos.

Me costaría una eternidad llegar abajo, pero no podía arriesgarme a meterme en el ascensor.

Esperé que, de un momento a otro, la policía me detuviese.

Llegué al primer piso sin que me diese la impresión de que alguien supiera que estaba aquí.

Los empleados notaron mi presencia cuando atravesé corriendo el pasillo.

Me estrellé contra la puerta para abrirla y salir a la escalera que conducía al estacionamiento.

En cuanto llegué a la puerta que daba acceso a éste, desaceleré el paso, la abrí y salí al parking como si fuese un huésped más que fuera a por su coche.

Guie mis pasos directos a la valla automática.

Allí había una cámara; sin embargo, ya nada importaba.

Me agaché y pasé por debajo de la valla.

Salí a la calle y eché a andar en la misma dirección en la que se había perdido de vista el taxi.

Con los guantes, comencé a refregar mi piel para quitarme lo negro de encima... y para intentar quitarme de encima todo lo sucedido.

Seguí el camino que había planeado.

Desde la distancia, oí sonar sirenas.

Me quité la chaqueta y le di la vuelta para sostenerla en una mano, con el gesto más despreocupado posible. De debajo de mi camiseta, saqué la gorra de béisbol y me la encasqueté. Agaché la cabeza y continué andando hacia las zonas menos transitadas de la ciudad mientras terminaba de limpiarme el rostro con una pequeña toallita húmeda desechable que luego arrojé en una papelería.

Divisé un McDonald's más adelante y me fijé en que, en uno de sus laterales, tenía un AutoMac. A un lado de la entrada, a un par de metros, había un gran contenedor de basura medio oculto en la oscuridad. Allí arrojé la chaqueta y los guantes y, con las manos libres, volví a refregarme el rostro.

Me sentía completamente fuera de control, perdido.

Había sido descuidado, torpe. Nada había salido bien y, no terminaba de quedarme claro por qué, las palabras de aquel sujeto habían calado en mí más hondo de lo que deberían.

No tenía ni idea de lo que sucedería a continuación. ¿Se me caería toda la situación encima? De ser así, no saldría vivo de ésta... o quizá sí, lo desconocía, y tampoco podía pensar, porque mi cuerpo me aturdía. Me dolía la pierna, me dolía el brazo. Estaba mareado, sudaba a mares, por mi garganta apenas si pasaba aire y tenía la desagradable sensación de que estaba a punto de sufrir un ataque de pánico. No podía tener un ataque en ese momento.

Como pude, me encaminé a la entrada del McDonald's.

Evitando el concurrido mostrador, fui directo a los servicios, porque el sudor frío y las náuseas anunciaban lo inevitable.

Llegué justo a tiempo de vomitar todo lo que tenía en el estómago... y, lo que no tenía, también.

Perdí por completo el control de mi cuerpo, quedando desparramado junto al váter, temblando y llorando sin poder detenerme, sin ser capaz de concentrarme y acabar con aquello. Si no me recuperaba, podía darme por perdido. Debía controlarme y pensar. Debía encontrar una solución. Tenía que largarme de esa maldita ciudad cuanto antes, desaparecer.

No tengo idea de cuánto tiempo pasé allí tirado.

Cuando logré recuperarme, emergí del cubículo y, sin mirarme al espejo, pues en ese instante no podía soportar mirarme a la cara, cogí una buena cantidad de jabón, las pasé por debajo del agua, hice espuma y me lavé el rostro, refregando mi piel con un gesto frenético. Luego me enjuagué la cara, empapando parte de mi camiseta.

Tuve que hacer más de una docena de gárgaras con agua para enjuagarme la boca. En realidad necesitaba una ducha, me sentía sucio como nunca antes.

Conseguí alzar la vista hasta el espejo.

Quedé sin palabras al verme. Ya no tenía más para decirme y de nada hubiese servido sermonearme a mí mismo, estaba perdido y no había vuelta atrás.

Salí del baño procurando aparentar la mayor de las normalidades.

Fui a por unas hamburguesas con queso y una Coca-Cola gigantesca, pues necesitaba azúcar, además de muchas patatas fritas que regué con ketchup.

Con mi pedido, me coloqué en una mesa a intentar comer y pensar.

Tardé en poder comenzar a hacer cualquiera de las dos cosas.

La gente entró y salió mientras yo continuaba allí sentado.

Agradecí que el lugar estuviese abierto las veinticuatro horas.

El cielo se tiñó a lo lejos con los fuegos artificiales, que vi reflejados en las paredes de cristal del local.

Cuando logré acabar con la comida, ya fría, fui a por un postre y, cuando no me quedó más remedio, salí de allí.

Debía regresar a por mis cosas y salir de la ciudad cuanto antes.

Demasiado tarde, demasiado temprano

Me acerqué a Daisy por detrás; ella llevaba media hora hablando con un chico alto y rubio, de pecho bronceado, expuesto a las luces que iluminaban la piscina y la terraza. Tenía cara de alcanzar apenas los veinte, con suerte, y cuerpo y sonrisa de jugador de fútbol americano; de capitán de equipo, para ser más precisos.

Ambos sostenían botellas de cerveza en las manos. Daisy casi no había tocado la suya; no le gustaba demasiado la cerveza y, de hecho, no era de beber mucho.

Alicia y Sandra estaban en la pista de baile, saltando entre la multitud. Ellas sí habían bebido un poco más, pero no estaban ebrias ni mucho menos. Un momento atrás me las había cruzado cuando regresaban del baño; habíamos intercambiado un par de palabras y no me había dado la impresión de que estuviesen borrachas ni nada por el estilo.

Daisy rio.

Le toqué el hombro y ella se volvió hacia mí. Me incliné hacia su oreja para que pudiese oírme por encima del estruendoso volumen de la música que emanaba de los platos del DJ al otro lado de la piscina.

—Me voy a dormir —la avisé, antes de que tuviese tiempo de decirme nada.

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué?

—Porque es demasiado tarde, o quizá sea demasiado temprano, depende de cómo lo mires. —La madrugada estaba muy avanzada ya—. Mejor me voy a acostar ahora, que mañana me toca conducir.

—Pensaba que quizá podríamos quedarnos otra noche aquí.

—Quedamos en que partiríamos mañana. Yo ya he tenido suficiente de Las Vegas. Además, tenemos reservada la plaza en el parque de caravanas.

Daisy me sonrió.

—Te mueres por tener todas las estrellas del desierto para ti.

—Creí entender que todas queríamos visitar el Gran Cañón.

—Sí, sí que queremos... El caso es que Las Vegas es una gran tentación. —Alzó sus ojos como señalándome a quien se encontraba justo detrás de ella.

—Sí, lo es. —Reí—. Bueno, disfruta de lo que queda de noche. No hagas demasiadas locuras.

—Sí, claro.

—Recuerda que le prometí a tu padre que te devolvería a casa sana y salva.

—No tengo diez años, recuérdalo tú —me contestó con su cantarina voz, sin perder la sonrisa.

—No, pero yo hice una promesa y tengo toda la intención de cumplirla. Por eso, en parte, me largo a dormir; no quiero que nos estrellemos de camino al Gran Cañón.

—Bien, te prometo que no regresaré a la habitación muy tarde, o demasiado temprano. —Me guiñó un ojo.

—Asegúrate de que aquellas dos lo hagan contigo.

—Tranquila, mamá, yo me ocupo —bromeó.

Reí con ella y le di un beso en la mejilla.

—Diviértete. Nos vemos luego.

—Sí, hasta más tarde, o más temprano.

Meneé la cabeza y retrocedí un paso. Al girar, vi a Sandra colgada del cuello de una chica de enormes ojos castaños, melena afro y una estupenda piel del color del chocolate más oscuro. Se inclinó sobre ella y la besó. Bueno, ella también terminaría bien la noche. Envidié la facilidad con la que Sandra conectaba con la gente, sin poner demasiados reparos por delante; ya fuesen hombres o mujeres, ella siempre sabía qué decir, y no de un modo presuntuoso, no, para nada. Era sencilla, una persona a la que resultaba fácil acceder. Sandra, amable y divertida, rara vez perdía la sonrisa o el buen humor.

Se me escapó un suspiro; para mí no era tan sencillo.

Sandra se inclinó sobre la chica para comenzar a besarla otra vez.

Suspiré.

Mejor que me fuese a dormir, porque, cuanto más avanzaba la noche, más me sentía como la niñera de mis compañeras de viaje, en lugar de como su amiga.

Poco a poco, no fue tarea sencilla, fui dejando atrás la fiesta.

Mi salida de aquella terraza se complicó, porque por lo visto todos los huéspedes del hotel estaban allí de celebración.

Tuve que dar algún que otro codazo para abrirme camino hasta la salida. Cuando por fin llegué al pasillo, percibí a mi alrededor y, sobre todo, en mis oídos el bajón de presión. La música allí apenas era un eco amortiguado por las alfombras y las paredes. Si bien el silencio era relativo, la diferencia se tornó tan notoria que incluso me sentí un tanto vacía.

Mis oídos comenzaron a pitar y me entró frío. Fue como si me hubiese quedado sola en el mundo. No era la primera vez que me sentía así; el recuerdo de momentos similares provenía de ambientes estériles, pitidos de máquinas que odiaba, olor a desinfectante y miedo, especialmente miedo.

El miedo volvió a mí en forma de agujas que se clavaron donde solían clavarse las reales. En ocasiones lo sentía todo otra vez. Aquella vida, por momentos, parecía no querer dejarme en paz, pese a que había finalizado.

Cerré los ojos y le permití a mi cuerpo decirme que todo estaba bien; que, más allá del cansancio, mi cuerpo estaba sano; que podía tener una vida normal, un futuro. Futuro que, a partir

de ese día, lucía un poco mejor. Hasta esa tarde, el camino de mi vida, desde la distancia, se veía como un constante zigzaguear, repleto de valles.

«Ya no», me recordé.

En adelante sería como uno de esos caminos que se ven en las fotografías del desierto, largos e interminables, en llanuras enmarcadas a lo lejos por algunas montañas..., una línea de asfalto completamente lisa.

Abrí los ojos para encontrarme con el corredor completamente vacío.

Giré la cabeza hacia la derecha para enfrentar los ascensores.

Definitivamente, necesitaba descansar. El estrés que había sufrido en aquella mesa jugando a cartas me estaba pasando factura en esos instantes. Mis sienes dieron un primer redoble para no parar de latir y, así, mi cerebro me recordó que estaba agotado.

Por la mullida alfombra, avancé sin prisa.

«Todo está bien —me animé mentalmente—. Ahora sí, todo está bien. No más presiones, no más angustia. Lo que había planeado se ha convertido en realidad.»

Me detuve frente a la línea de elevadores y pulsé un botón.

Definitivamente, podía darme un buen baño antes de acostarme, para aprovechar el descomunal *jacuzzi*.

Parpadeé y, al hacerlo, visualicé las burbujas flotando a mi alrededor, el agua caliente acariciando mi piel, el lujo de la habitación rodeándome, el minibar al alcance de la mano... o incluso el servicio de habitaciones sirviéndome. Se me antojaron *hotcakes* y helado. ¡Mucho helado! Helado con chispas de chocolate.

Se me hizo la boca agua.

Pensé en *brownies*... y en cualquier cosa que estuviese hecha con chocolate.

Me crujó el estómago.

Una suave campanilla sonó, arrancándome de mi deliciosa ensoñación.

Oí las puertas abrirse a mi izquierda y hasta allí salté en un respingo.

Había tardado en reaccionar, por lo que las puertas del ascensor por poco se cierran delante de mis narices.

Un par de manos seguidas de unos potentes antebrazos las atajaron desde dentro para volver a abrirlas.

Libre del sobresalto, me percaté de que aquel brazo izquierdo no era cualquier brazo. Las cicatrices eran imposibles de pasar por alto. También resultaba imposible no reaccionar al rostro que, tras asomarme hacia fuera desde la cabina, me sonrió.

—Buenas noches —me saludó con alegría—. Qué bien volver a verte, Yolanda.

Me aparté un poco hacia atrás, porque se me vino encima y por poco me da la vuelta con su imponente presencia. Tuve un fugaz recuerdo del momento en el que todas nos habíamos quedado admirando la parte posterior de su anatomía.

—Hola —solté, medio atragantándome con las cuatro escasas letras del mi saludo.

—Hola. —Su sonrisa se ensanchó—. Ésta es una dichosa coincidencia.

—Es solamente el pasillo de un hotel. Hay cuatro elevadores y descarto la escalera para subir hasta mi planta. No es tan extraño toparse con una cara que ya has visto en alguna otra parte del establecimiento. Supongo que incluso debe de haber un cálculo de las posibilidades que tienes de cruzarte con alguien en el ascensor —añadí, y no tuve ni idea de dónde salió aquello... o sí... Aquello provenía de mi cerebro, el cual no creía en coincidencias o casualidades, pues básicamente intentaba cuadrarlo todo dentro de una explicación racional, y probablemente también un tanto fría.

La verdad era que, más allá de los pensamientos condicionados de mi cerebro, sí me había sorprendido encontrarme con él, porque podría haberme topado con otros cientos de personas y, sin embargo, era él quien estaba allí parado, entre las puertas abiertas de ascensor.

Ladeó la cabeza y me sonrió, alzando su brazo izquierdo para apoyar su mano contra el marco de la puerta.

—Me alegra que los números estén de mi lado.

Carraspeé.

—¿Subes? —le pregunté.

—Sólo si tú lo haces.

Le puse los ojos en blanco y sonrió.

—Sí, subía —contestó dando un paso atrás, sin quitar la mano de la puerta—. Anda, te llevo hasta tu piso. —Se apartó un poco más, liberando el acceso al interior.

Entré en él sin estar muy segura de estar haciendo lo correcto. Más allá de su aspecto, el cual se te metía por los ojos directo a todos los lugares sensibles y susceptibles a su imagen, una vocecita dentro de mi cabeza continuaba advirtiéndome de que era mejor dejarlo al margen de mi existencia.

—¿Qué tal ha estado la fiesta? —curioseó, quitando la mano de la puerta.

—Muy ruidosa.

—Sí, suelen serlo.

Las puertas comenzaron a cerrarse frente a nosotros.

—¿Qué piso?

—Décimo.

Ante mi respuesta, presionó el botón correspondiente; el del decimoséptimo estaba iluminado; debía de ser su piso.

Nos quedamos tres segundos en silencio.

Fueron exactamente tres, lo sé porque los conté.

—¿Y tus amigas?

—Todavía de fiesta.

—Abandonas la fiesta temprano...

—Es tarde. Estoy cansada.

—Sí, yo también estoy agotado.

—¿Has estado de fiesta? —le pregunté, porque de pronto no pude contener la curiosidad y mi cerebro falló al sostener en alto una de las barreras de filtro que sabía que debía contener en su sitio estando en su presencia. Mis ojos se envalentonaron, o quizá mejor debiera decir que se pusieron en plan rebeldes, y se asomaron un poco más hacia atrás, para captar algo más que la línea de su sinuoso perfil.

¿Cómo era posible que un hombre tuviese unas mejillas así de bonitas? Eran como altivas montañas a las que una envidiosa fuerza les hubiese recortado sus cumbres. Aun así, las montañas de su rostro no perdían presencia.

Para evitar continuar circulando por los derroteros por los que entendía que iba, me dije a mí misma que tenía la nariz quizá algo grande; bueno, más que grande, larga, como Pinocho.

Ante lo estúpido de mi pensamiento, sonreí.

¿Mentiría mucho?

Mis ojos bajaron por sus mejillas para enredarse en la sombra de esa barba rubia y, más allá, se pasaron por el borde de su abismal mandíbula... para llegar al lóbulo de su oreja, al lateral de su potente cuello y...

—Tienes sucio ahí. —Quise arrancarme la lengua en cuanto las palabras se escaparon de mi boca.

Parker, Parker Miller; Miller, como la cerveza, giró su rostro en mi dirección.

—¿Sucio?

Sus labios me regalaron una extraña sonrisa, una que me pareció entre forzada y nerviosa.

—En el cuello. —Alcé tímidamente un dedo, que tembló a unos veinte centímetros de distancia en paralelo a su cuello para luego moverse hasta el mío, del lado contrario a aquel en el que él tenía algo negro. Parecía grasa de automóvil o algo así. ¿Qué había estado haciendo?

Alzó su mano derecha y, con la palma, se refregó el cuello a toda prisa de forma maníaca.

Luego apartó la mano.

—¿Ha salido?

La piel de su cuello quedó expuesta a mí otra vez.

—Te vendría bien una ducha.

—Sí, claro. —Su rostro se relajó—. He estado en una fiesta, pero no era muy divertida, por eso he regresado más temprano de lo que esperaba. Además, como te he dicho, estoy cansado.

—Bueno, entonces somos dos los que nos vamos a dormir más prontito.

Sus labios me dedicaron una mueca deliciosa y tentadora que me hizo agradecer que volviera al hotel sin compañía.

—Sí, mañana el mundo regresa a la normalidad.

—Sí, adiós a Las Vegas.

—¿Os vais ya mañana?

Asentí con la cabeza.

—¿Puedo preguntar a dónde vuelves?

—De momento, a ninguna parte —le contesté.

—¿Y cómo es eso?

—Seguimos viaje. Estamos de vacaciones.

—¿Cuál es la siguiente parada?

—El Gran Cañón.

—Eso suena estupendo. Es un lugar increíble.

—¿Has estado allí?

—No todavía. De hecho, es mi primera vez en Las Vegas.

—¿Has venido de vacaciones o por trabajo? —Estúpida de mí, ¿qué trabajo podría haber venido a hacer aquí?

—Una mezcla de ambas cosas, pero ya me largo. No soy para esta ciudad; me gustan los sitios un poco más tranquilos. El Gran Cañón suena bien. ¿Habéis venido hasta aquí en automóvil?

Sin especificar, asentí con la cabeza otra vez.

—¿Y tú?

—Alquilé un automóvil en Los Ángeles. Debo devolverlo mañana, pero aquí. Pensaba tomarme unos días de descanso, pero no tenía ni idea de a dónde ir. La idea del Gran Cañón me tienta. ¿Tenéis espacio para uno más? Pagaré parte de los gastos de gasolina para llegar hasta allí. De todos modos, tenía planeado largarme haciendo dedo. Es mejor pedírtelo aquí que estar parado en el camino a la espera de que un alma caritativa me recoja.

Una bola de ansiedad estalló en mi pecho. Quería decirle que no, quería decirle que sí. Me parecía grosero decirle que no. ¿Cómo decirle que sí a un desconocido? Yo no era muy dada a recoger individuos desconocidos en la carretera... aunque él no era por completo un desconocido.

Parker, que se había quedado mirándome, rio bajito para, al final, dirigir su rostro hacia el frente, dando con las puertas del ascensor.

—Está bien, no te preocupes, no hay problema. Seguro que encontraré quien me lleve.

De pronto mi culpa no cupo dentro de la cabina de acero.

—No, no es eso. Es que no estoy sola —solté al fin, para poder ganar tiempo—. Ni siquiera es mi vehículo.

—Ah, claro... —Apretó los labios—. No te preocupes, de verdad que no hay problema.

—Yo no sé si...

—Que no hay problema, Yolanda. En serio, relájate. Quizá nos veamos allí en unos días.

Joder, tuve la impresión de que acababa de adjudicarme el premio a la peor persona del mundo.

—Se lo preguntaré a las chicas por la mañana. No te preocupes por la gasolina, hoy he llenado el tanque, tenemos de sobra.

—Puedo comprar comida para el viaje, toda la que se os antoje.

Me tocó el turno de sonreírle.

—Ya veremos.

—¿Tenéis reservado hotel allí? Me vendría bien que me recomendaseis algún sitio. No tengo ni idea de dónde alojarme.

Tarde o temprano se enteraría; además, cada segundo que pasaba a su lado, me caía un poquito mejor. Todavía tenía mis dudas con respecto a él; no obstante, había algo..., quizá fuese el tono de su mirada o tal vez lo fácil que resultaba su sonrisa lo que me daba a entender que, al menos en su interior, en lo más profundo de su ser, residía una chispa de bondad.

—Viajamos en una autocaravana.

—¡Ah, ¿sí?! —La idea pareció entusiasmarlo—. El sueño de mi vida es recorrer el país en una. ¿Es eso lo que estáis haciendo? ¿Desde dónde venís?

—No, no recorreremos el país en la autocaravana. Mis compañeras de viaje prefieren más el confort; no creo que les entusiasmara la idea de recorrer todo Estados Unidos encerradas en una lata de sardinas..., tal como ellas llaman a la autocaravana. Salimos de Pasadena. El plan era venir aquí y luego recorrer unos cuantos parques juntas, para que, después, las deje, de regreso, en Los Ángeles.

—Bien, igual suena interesante. Se supone que toda la zona es espectacular para recorrerla por carretera.

—Sí, por eso.

—¿Puedo preguntar por qué, si salisteis de Pasadena, vas a dejarlas en Los Ángeles?

—Vivimos en Pasadena, pero Daisy, Alicia y Sandra se largarán a pasar unos días a Hawái, de vacaciones.

—¿Tú no vas?

Negué con la cabeza. El ascensor estaba a punto de llegar a mi planta.

—No soy mucho de playa. Me gusta el calor, pero prefiero el campo, el bosque.

Las puertas se abrieron en mi piso.

Di un paso adelante, poniéndome justo a la altura de la abertura de las puertas para evitar que se cerraran.

—¿En qué habitación te hospedas? —me atreví a preguntar.

—Mil setecientos cuatro.

—¿Te llamo por la mañana? Después de que hable con mis amigas, digo. Les preguntaré qué opinan y te llamaré, ¿te parece bien?

Sus mejillas se alzaron, para casi cubrir su espectacular mirada azul.

—Me parece estupendo. Gracias. De verdad, no tienes ni idea de lo muy agradecido que te estoy. Te juro que no soy un loco. Podéis confiar en mí. Estaréis seguras conmigo. Puedo conducir también, no me molesta, así repartimos los turnos.

—Bueno, ya lo veremos.

—Sí, claro. Bien. —Dando un paso al frente, puso su mano derecha sobre el canto de la puerta al otro lado de donde me encontraba yo—. Ahora te dejo ir a descansar.

—Perfecto.

—Soy un buen compañero de viaje.

—Se lo contaré a las chicas.

—Ok, gracias. De verdad que me gustaría viajar con vosotras.

Me quedé mirándolo, con mi cerebro funcionando a toda velocidad; quisiese admitirlo o no, a mí comenzaba a atraerme la perspectiva de poder viajar con él.

Di un paso atrás para terminar de salir de la cabina.

—Después de todo, parece que esta noche no acaba tan mal. —El sonido de su voz apenas si salió de entre sus labios, robándole a los míos una intención de sonrisa que en realidad no tenían. Se la ganó con la mirada que me dedicó, con el gesto tranquilo y amable que compusieron sus cejas, sus ojos entornados, el fluir de sus mejillas y su boca; los ángulos que formaban su cuello y sus hombros se expandieron, suavizándose, como si estuviese preparándose para recibir a una cabeza cansada que desease recostarse allí. A mi frente no le hubiese molestado en absoluto recostarse sobre sus músculos para descansar, sintiéndose en casa.

Parpadeé y, durante ese cortísimo intervalo de tiempo en el que perdí de vista su imagen, compuse en mi cabeza el instante sublime en el que, con los ojos cerrados, apoyaba todo el peso de mi cuerpo sobre él, hundiendo mi rostro entre su cuello y su hombro.

El perfume de su piel mezclado con el de su camiseta se metió en mis pulmones al salir de mi ensoñación.

Abrí los ojos e inspiré hondo.

Su perfume era real.

También él.

Otra vez me había quedado mirándolo sin decir nada.

—¿Todo en orden? —quiso saber—. ¿Necesitas que te acompañe a tu habitación?

Sacudí la cabeza, intentando entrar en razón. Debía recuperar el funcionamiento normal de mi cerebro. ¿Sería eso posible frente a él?

¿Por qué causaba ese efecto en mí su presencia?

Entre la desconfianza y la necesidad, di un paso atrás.

—No, estoy bien. Hasta mañana.

—Hasta mañana, que descanses.

—Igualmente.

Parker bajó el brazo y se movió hacia atrás.

Las puertas se cerraron, llevándose su sonrisa de mí.

Me quedé allí de pie, como una idiota, mirándolas, sin tener ni idea de qué hacer a continuación.

Parker Miller podía ser un estafador, un mujeriego, un saco de problemas o... o simplemente un hombre cualquiera con una vida que hasta esa tarde había transcurrido al margen de la mía; una

vida con una historia por contar, con muchos detalles, con anécdotas alegres, con recuerdos tristes; una vida completa que, sin duda, debía ser muy distinta a la mía.

Así sin más, lo envidié, y no me gustó envidiarlo, porque sabía que no podía quejarme, no debía... Estaba allí, viva, en pie, respirando, con un dineral en mis cuentas corrientes, con planes de viajar, con un trabajo que amaba, con mucho camino por delante.

Él había dicho que el sueño de su vida había sido recorrer el país en autocaravana.

Por algún rincón de casa de mis padres debía descansar mi cuaderno de viaje, ese que había creado a base de recortes y fotografías, en el que había tomado nota sobre los lugares que quería visitar. Soñaba con dormir bajo las estrellas, con inspirar hondo el perfume del bosque, con avanzar horas y horas por eternos caminos. Deseaba verlo todo, sentirlo todo. Quería ser libre de la que era por aquel entonces mi realidad.

Ese día lo era más que nunca, más libre que nunca, para largarme con él o con quien me apeteciese, para no tener un destino y vagar casi durante el tiempo que se me antojase. Bueno, en realidad en alguno momento debería regresar a Pasadena, pero no ese día, ni al día siguiente... no, al menos, en un mes.

Volví a inspirar hondo.

Alcé los hombros, sonriendo.

—Quizá cumplamos un poco de nuestro sueño —le susurré a Parker, pese a que ya no se encontraba allí conmigo.

Di media vuelta y eché a andar en dirección a la *suite*.

* * *

El agua caliente cubría mi cuerpo.

Recordé la infinidad de veces en las que entrar en calor dentro de mi propia piel parecía imposible, como si todo por debajo de ésta estuviese muerto, extinto.

Deslicé mi espalda por la burbujeante superficie. La quieta línea de la superficie del agua trepó despacio por mi mentón y mis labios, hasta detenerse a unos pocos milímetros de mi nariz, inundando mis pulmones con el aroma de la bomba de baño efervescente que había echado justo antes de entrar en el agua.

A pesar de tener la certeza de que no la necesitaba, de que podía sobrevivir aunque me faltara, porque de hecho había sobrevivido sin ésta hasta ese día, me hacía falta compañía.

No era tanto por el sexo, aunque me hubiese venido fenomenal, sino más bien por la presencia a mi lado de alguien que de verdad quisiese acompañarme.

Por momentos me parecía imposible que otro ser humano me eligiese entre los siete mil seiscientos millones de habitantes del planeta. Moviendo los números un poco a mi favor, podría decir que solamente debía ser elegida entre el cuarenta y nueve coma seis por ciento que correspondía a las mujeres. Aun así, la perspectiva no tenía buena pinta.

Hubiese apostado mi vida a que Parker Miller no debía tener problema alguno para conseguir compañía.

No habría estado mal tenerlo allí en ese instante..., nada mal.

Cerré los ojos y sus labios me vinieron a la mente.

Era más que probable que éstos nunca estuviesen en mí; sin embargo... lo imaginé al otro lado del *jacuzzi*, alzando mi pie fuera del agua para besar el perfil por la parte interior del arco para subir hasta mi tobillo. Sus labios se mojarían con el agua perfumada; sin duda debían de ser más calientes que el agua.

Sabía que mi pierna daría un tirón involuntario ante sus besos en el interior de mi rodilla y que todo mi cuerpo se reblandecería cuando sus labios alcanzaran la piel de mi muslo.

Yo hubiese limpiado con gusto la mancha negra en su cuello con mis besos.

Tan sólo si yo no fuese yo, si él no fuese él.

¿De qué me servía delirar con esas tonterías?

«No engañas a nadie», me dije a mí misma. Muy probablemente no era su tipo.

En una larga inspiración, cargué mis pulmones de aire y me sumergí por completo.

Tenía muy claro que a las chicas les encantaría que llevásemos a Parker Miller de pasajero con nosotras en nuestro viaje hacia el parque del Gran Cañón, pues las había visto reaccionar ante él. Al menos lo tendría cerca durante algunas horas, lo que quizá me diese la oportunidad de hacerme una mejor idea de quién era él... y después de eso... Bien, todo sería según lo planeado: dejaría a las chicas en Los Ángeles y cogería la ruta de camino a Oregón.

Emergí del agua. No tenía sentido continuar perdiendo tiempo con esos pensamientos sin sentido, debía acostarme a descansar de una maldita vez.

Salí del agua, me sequé y, con mi camiseta de dormir preferida, me derrumbé en la cama para caer inconsciente casi al instante.

* * *

—¿Y por qué no le dijiste que sí en el acto? —soltó Alicia tan pronto como terminé de decirles que Parker había pedido venir con nosotras en la autocaravana.

No llevábamos ni diez minutos despiertas y a mí me había costado horrores terminar de espabilar para poder rescatar el móvil de encima de la mesita de noche para así apagar la alarma del despertador.

Las había despertado llamándolas casi a gritos porque no acababan de reaccionar a mi voz, mientras que con el mando a distancia había puesto en funcionamiento el sistema que apartaba las cortinas para permitir que entrase la luz del sol. Eran las nueve y todas habíamos dormido poco; ellas mucho menos que yo, pues las había oído regresar pasadas las cinco y media, todas juntas y un tanto entonadas.

Sandra y Alicia compartían cama, mientras que, a mi lado, Daisy todavía estaba medio

dormida, desparramada boca arriba y cubriéndose el rostro con ambos brazos. Si no queríamos que se nos hiciese demasiado tarde —pues a mí no me apetecía llegar al parque de remolques de noche, porque todavía teníamos que ir a por algo de víveres—, debíamos darnos prisa para recoger nuestras cosas e ir a desayunar.

—No le dije nada porque no viajo sola; quería saber si vosotras estabais de acuerdo.

—¡Claro que estamos de acuerdo! ¿Acaso pensaste por un segundo que diríamos que no?

No, la verdad era que no.

—El viaje se pone más interesante... —canturreó Sandra, con voz de dormida.

—No, no. Tú ya tuviste tu parte divertida anoche, que desapareciste durante un buen rato; ni te atrevas a insinuar siquiera que te acercarás a él. Deja algo para las demás, no seas acaparadora.

—No acaparo, Alicia. A ti no te gustan las mujeres.

—No, pero desde que salimos no he dado ni con un solo espécimen rescatable del sexo masculino, salvo él.

—Llámallo y dile que se prepare para salir —propuso la voz ronca de Daisy.

—¿Tienes su número de habitación? —quiso saber Alicia.

—Sí.

—¡Dímelo, lo llamaré para anunciarle que vendrá con nosotras! Ni loca permitiré que salga a la carretera a hacer dedo.

—Sí, pobre, imagino que temes por su integridad, como si no pudiese defenderse solito. —Daisy trepó por las almohadas, quejándose—. No debí beber anoche —acotó por lo bajo.

—Por cierto, ¿visteis las cicatrices que tiene en el brazo? Eso tuvo que dolerle mucho.

—También tiene una sobre la ceja y otra en el mentón.

Ante mi comentario, Daisy me lanzó una mirada de curiosidad.

—El número de habitación, Yolanda. No quiero que despierte y se le ocurra largarse con alguna chiflada.

—Se irá con nosotras, suficientes locas tiene ya.

Sandra rio.

—Quizá Yo prefiera llamarlo personalmente; después de todo, fue a ella a quien se lo pidió, fue con ella con quien habló. —Percibí en el tono de voz de Daisy un intento de socorro, como si pretendiese devolver a Parker a mi lado tras ese evidente intento de Alicia de quedárselo.

—No, está bien —le contesté a Daisy—. Es la habitación mil setecientos cuatro.

Sin perder ni una milésima de segundo, Alicia se lanzó desde la cama hacia la mesita de noche para pillar el teléfono, olvidando tras ella las sábanas que la habían estado cubriendo.

La vi hacer sin atreverme a quitarle el teléfono. Parker podía haberme encarado a mí en la recepción; sin embargo, con Alicia presente..., el caso es que no me quedaban dudas de que ella tenía que ser más su tipo. Además, esa chica era divertida y podía conversar de casi cualquier cosa con cualquiera, atrapándolo en su conversación, en sus gestos, en su mirada. Cuando yo hablaba, casi indefectiblemente terminaba aburriendo a mi público, salvo que fuesen colegas de

trabajo; por eso, ante la gente normal, prefería no abrir la boca. Casi tenía un máster en asentir con la cabeza y sonreír para evitar tener que asumir en voz alta que mi vida había sido muy distinta y que no tenía demasiada idea o experiencia en aquellas cosas que para el resto de los mortales resultaban completamente normales.

Sandra se levantó de la cama y echó a andar camino al baño.

—¿De verdad no quieres hablarle tú? —me preguntó Daisy en voz baja mientras Alicia esperaba a que Parker contestara al teléfono.

—No, está bien.

—Pero te lo pregunté a ti.

—¿Parker?! —exclamó Alicia.

Daisy y yo nos volvimos otra vez hacia ella.

—Hola, buenos días. Soy Alicia, una de las amigas de Yolanda. —Hizo una pausa en la que debió de quedarse escuchando lo que él le decía—. Sí, esa misma. Pues bien, acaba de contarnos que te interesa viajar con nosotras, es decir, que te llevemos hasta... —Se detuvo y sus mejillas tomaron color—. Pues sí, lo mismo para nosotras. Bueno, lo que quería decirte es que puedes acompañarnos. Según los planes milimétricamente detallados de Yolanda, deberíamos salir de Las Vegas como muy tarde a las doce y media, ¿te va bien a ti? —Volvió a haber silencio mientras una sonrisa crecía en sus labios—. Genial, entonces te vemos en la recepción a esa hora.

Sentí la mirada de Daisy sobre mí y giré mi rostro hacia ella.

—¿Qué?

Daisy negó con la cabeza.

—¿Qué significa eso?

—Al tipo le gustas.

Oí a Alicia reír como una gallina loca. Así era ella con los hombres, toda exuberancia.

—No lo creo. Además, todavía no tengo claro si hacemos bien o no en llevarlo con nosotras.

—¿Por qué?

—Por la forma en la que desapareció del casino y por el modo en que volvió a reaparecer frente a mí en la recepción.

—Lo del casino fue una tontería y si volvió a reaparecer delante de ti...

—Cuando nos vimos en la recepción me dijo que había estado viendo cómo jugaba y que me había notado muy entusiasmada. Me preguntó si tuve suerte.

Daisy alzó sus cejas cobrizas, empujando el espacio que su frente ocupaba en su rostro.

—¿Crees que sabe lo que hacías? —me preguntó en voz muy baja, casi tragándose sus propias palabras al hiperventilar de pura ansiedad.

Apreté los labios y negué con la cabeza mientras lanzaba una mirada en dirección a Alicia para advertirla de que no dijese nada más frente a ella.

—¿Te parece que puede ser un estafador o algo así?

—No estoy segura. Anoche no volvió a preguntar por lo que sucedió en el casino.

—Y, entonces, ¿por qué...?

—No lo sé. Quizá se deba a que yo soy yo, nada más. Sabes que no soy buena con los extraños, por no decir que soy pésima. Probablemente sea solamente eso y él no tenga nada de malo.

—Probablemente sólo le gustes y mencionó lo del casino para comenzar a hablar contigo, eso es todo.

—Se me acercó para pseudodefenderme, porque el recepcionista estaba flirteando conmigo.

Daisy me regaló una sonrisa.

—Yolanda, está más que claro que al sujeto le gustas.

—Sí, por eso... —Despacio, la guie con mi mirada en dirección a Alicia, quien continuaba riendo, al teléfono; la acababa de oírle decir a Parker que le haríamos un rinconcito en la autocaravana, que no se preocupara, que podía quedarse a dormir con nosotras allí.

—Claro que sí. A las chicas no les molestará que viajes con nosotras y no habrá problemas en que nos acompañes hasta Los Ángeles.

—Eso no es nada. Es Alicia, nada más.

—Ya lo veremos.

—Sí, ya lo veremos —respondió ella, apartando las sábanas de encima de sus piernas—. Como dice mi padre, el tiempo lo pone todo en su lugar.

Sí, su padre me había dicho eso mismo a mí una infinidad de veces.

«El tiempo pone a las estrellas en su sitio y se encarga de todo; así lo ha hecho desde el inicio y así lo hará durante todo lo que dure la vida del universo.»

El tiempo...

«Ni tarde ni temprano, ni antes ni después, solamente cuando debe ser»; ésa era también otra de las frases de Andrew.

Alicia colgó.

—Bien. Está acordado, Parker viene con nosotras. Lo he invitado a quedarse en la autocaravana porque no tiene alojamiento. Ah —bajó una pierna de la cama para poner el pie en el suelo—, también viajará con nosotras hasta Los Ángeles. Parece que está de vacaciones y no tiene un destino preciso.

—Nosotras sí, nos iremos a Hawái.

—Sí, bueno, pero hasta entonces... —Bajó la otra pierna—. Iré a darme una ducha. —Dirigió su rostro en mi dirección—. Le he dicho que nos encontraremos a las doce y media en la recepción. Eso está bien, ¿no?

Asentí con la cabeza.

—Perfecto, entonces. —Alicia dio un saltito con el que giró media vuelta para encaminarse al baño.

—Más allá de las intenciones de Alicia... —comenzó a decirme Daisy, y yo la corté levantándome de la cama.

—No pasa nada, Daisy, de verdad. Anda, pongámonos en movimiento, que quiero bajar a

desayunar pronto. Me muero de hambre. Además, quiero asegurarme de que todo esté en orden para que podamos partir.

—Será tuyo después de Los Ángeles —insistió Daisy.

—Nadie será de nadie. —La cogí del tobillo y le di un tirón—. Vamos, arriba, que no quiero llegar de noche al parque.

—Sabes que ella pierde el interés pronto.

Suspiré. Sí, lo sabía, pero eso era lo de menos.

—Arriba o te arrastraré a desayunar tal como estás. —La solté y di media vuelta para avanzar hasta mi bolsa. Debía buscar algo para vestirme y comenzar a recoger mis bártulos. Además, quería intentar hablar con mis padres para avisarlos respecto al tema del dinero.

Me daba pánico llamarlos, porque sabía que pondrían el grito en el cielo. Tarde o temprano se enterarían, porque, en cuanto realizase la transferencia, verían el cambio en el estado de su cuenta corriente; parte de mis deudas estaban a nombre de ellos y eran quienes debían pagarlas.

Al menos había podido conseguir la pasta.

Me concentré en que, gracias al día anterior, no deberían preocuparme más por la hipoteca ni por las cuentas que debían pagar que tenían por mi culpa. Ésa era razón suficiente como para que sonriese ese día y el resto de mis días. ¿Qué importaba si Alicia se tiraba a Parker Miller durante el viaje? Conseguir a alguien no era mi objetivo cuando me puse al volante de la autocaravana.

Con un solo cuarto de baño para las cuatro, nos demoramos más de lo esperado en prepararnos para bajar a desayunar; eso y que todas estábamos un poco dormidas. Entre duchas, cepillado de dientes, maquillaje para unas... Alicia podía estar tranquilamente cuarenta minutos frente al espejo antes de considerarse lista para salir. Además, no entiendo muy bien cómo, el cuarto era un caos total de ropa desparramada por todas partes, toallas húmedas y zapatos, así que acabé desayunando a toda prisa para que me quedase la comida atragantada.

Daisy, Alicia y Sandra se quedaron en nuestra mesa terminando de desayunar tranquilamente mientras yo me escapaba en dirección al parking para asegurarme de que en la autocaravana todo estuviese listo para emprender viaje de nuevo. Lo que menos me apetecía era tener una avería mecánica en mitad de la nada.

Con las llaves en la mano, avancé hasta el vehículo, estacionado en un rincón que pusieron a nuestra disposición los amables empleados. Yo creí que no nos permitirían aparcar allí; sin embargo, me habían cedido una plaza junto a una columna en la que entraba un coche y sobraba aún un espacio en el que hubiese entrado una motocicleta.

Desde lejos, presioné el mando a distancia de la autocaravana para quitar la alarma; los faros delanteros parpadearon, indicando que ésta estaba desconectada, mientras el aviso sonoro hizo eco por el enorme espacio del aparcamiento, el cual se encontraba desierto aparte de todos los automóviles que lo abarrotaban.

Esquivé el ancho pilar que sostenía toneladas y toneladas de material sobre mi cabeza, no sólo el techo, y dirigí mis pasos hacia la puerta.

Extendí el brazo derecho hacia la manija metálica para...

—¡Yolanda!

El corazón se me subió a la boca como si hubiese sido disparado por el combustible de un cohete aeroespacial.

Su voz no era perturbadora para nada, pero no lo había oído aproximarse y no esperaba encontrarlo allí abajo.

Giré sobre mis zapatillas deportivas para enfrentarlo.

—Hola —me saludó, sonriéndome de oreja a oreja.

—¿Qué haces aquí?

—Buenos días para ti también.

—¿Me has seguido hasta aquí?

—Sí, de hecho, sí; te he visto saliendo del restaurante. He corrido detrás de ti por el pasillo, pero no he logrado alcanzarte. Te me has escapado en un ascensor. Mientras esperaba que otro llegase para montarme en él, me he fijado en que el tuyo bajaba y he imaginado que estarías por aquí. No sabía que te encontraría exactamente en esta planta; justo empezaba a buscarte. Es que he visto desde la distancia la autocaravana y he supuesto que sería la vuestra. No creo que haya muchas otras estacionadas aquí.

—¿Por qué me has seguido?

—Para preguntarte si puedo ayudarte en algo..., por el viaje, digo; el caso es que me siento un poco como un polizón. Supongo que sabes que os acompañaré hasta Los Ángeles.

—Sí, ya lo sé.

—¿Te molesta que vaya con vosotras? No pareces muy feliz al respecto.

No creía haber hecho ninguna mueca en particular.

—Creía que Alicia os habría consultado si podía...

—Está bien, no hay problema. Tenemos sitio de sobra en la autocaravana.

—Me lo imagino. —Le lanzó una mirada al vehículo—. Es una bestia enorme. ¿Es tuya o la habéis alquilado?

—Ni lo uno ni lo otro: es de un amigo; me la ha prestado para este viaje.

—¿Te la ha prestado a ti en particular? Qué buen amigo.

—¿Qué insinúas? —inquirí, porque puso cara de quien piensa que un poco de testosterona te da derecho a adueñarte del mundo.

—Nada, solamente digo que ha de ser un buen amigo.

—Es un buen amigo en el sentido literal, sin dobles sentidos. —En el fondo lo era—. No tienes por qué poner esa cara. Me la ha dejado porque es una buena persona.

—Sí, hay mucha gente así en este mundo —replicó, irónico.

Me quedé mirándolo. ¿Iba en serio?

—¿Tú no eres buena persona? ¿No me prestarías tu autocaravana si tuvieses una?

—¿En el hipotético caso de que fuésemos buenos amigos? —rebatí, con una sonrisa seductora

en los labios.

—¿Quieres ayudarme en algo? Ve a asegurarte de que las chicas estén listas para salir. Todavía están desayunando.

—¿Por qué no te están ayudando?

—No necesito ayuda. Sólo quiero comprobar que todo esté en orden, nada más. Quiero tenerlo todo bajo control.

—¿Tienes que tenerlo todo bajo control siempre? ¿Cómo se llama tu amigo?

Le puse cara de perro, a lo que él soltó una carcajada.

—Vamos, no te enfades. Viajaremos juntos. Si vamos a compartir este espacio, mejor que comencemos a conocernos un poco.

—Me gusta el orden. Detesto las sorpresas, sobre todo si son desagradables. Tampoco me gusta improvisar, por eso he bajado a asegurarme de que no falta nada y de que el vehículo está en condiciones óptimas para salir otra vez a la carretera.

—Bueno, querrás devolvérselo a tu buen amigo de una sola pieza.

—Y no quiero quedarme tirada en medio del desierto —acoté, esquivando lo que implicaba el resto de su frase. Di media vuelta y tiré de la manija plateada para abrir la puerta—. Las chicas no han venido a ayudarme porque prefiero hacerlo sola.

—¿No eres de las personas que trabajan en equipo?

Sostuve la puerta abierta y espí hacia atrás, en su dirección, por encima de un hombro.

—La verdad es que no, prefiero trabajar sola.

—¿Me estás echando? —Rio—. No eres muy sutil.

—Creía que estaba siéndolo.

—No, la verdad es que no —soltó, divertido—. ¿Cómo se llama tu amigo? Me gustaría escribirle una nota para agradecerse, pues, después de todo, también haré uso de su vehículo.

—Dudo que sea una buena idea.

—¿Se pondrá celoso al saber que os he acompañado?

«Celoso» no sería la palabra correcta, pero no se pondría feliz si supiera de su presencia allí.

Negué con la cabeza.

—No tiene por qué estar celoso. En serio, no necesito que me eches una mano, puedes ir a seguir con tus cosas —farfullé—. Nos vemos a las doce y media en la recepción.

—No tengo nada más que hacer y me gusta estar contigo.

«Entonces, ¿por qué te has quedado al teléfono con Alicia tanto rato?», le pregunté mentalmente, sin poder quitarle los ojos de encima.

—En serio, Miller, no necesitas estar aquí.

—Si me vas a llamar por mi apellido, al menos podrías decirme el tuyo.

Le sostuve la mirada un instante.

¿Por qué no se le borraba jamás esa estupenda sonrisa de los labios?

Deberían prohibirle sonreír así.

—Coleman —dije al fin.

—Es un placer, Coleman. Ahora que ya hemos acabado de presentarnos con formalidad, te echaré una mano con lo que sea que debas hacer..., que tampoco es que dos sea un grupo tan numeroso. Anda, que seguro que puedes soportarme ayudándote. Soy bueno acatando órdenes; puedes decirme qué hacer y luego ya ni siquiera te dirigiré la palabra... No si tú no me hablas, lo juro.

—Hablas mucho, ¿en serio puedes prometer quedarte con la boca cerrada? Y con eso de «acatar órdenes», permíteme decirte que tengo mis dudas.

—Soy bueno, lo juro, palabra de *boy scout*. —Alzó la mano derecha, formando con los dedos aquella señal que se les ve hacer a los *scouts* en las películas.

—¿Fuiste *boy scout*?

Durante mi infancia había soñado con pertenecer a un grupo así para poder salir al bosque y acampar, para remontar ríos y aprender todas aquellas cosas... Aprender, las había aprendido, pues mi padre me había regalado algunos libros sobre el arte de hacer nudos, supervivencia y ese tipo de asuntos. Me faltaba la experiencia práctica, como en casi todo.

—Una vez *scout*, siempre *scout* —declaró con orgullo.

¿Cómo decirle que no?

—Ok. Quédate a ayudarme.

—Gracias. Lo ves, sí podemos hacer equipo, mejor dicho, un dúo. Formamos un gran dúo, tú y yo. No tienes más que decirme qué quieres que haga y lo haré.

Puse los ojos en blanco para que entendiese que hablaba demasiado.

—Tengo una lista de procedimientos dentro.

Le tocó a él el turno de quedarse observándome para, al final, soltar una estruendosa carcajada.

—¿Una lista de procedimientos? Es una autocaravana, no una nave espacial...

—Si planeas quedarte para burlarte de mí, te lo anticipo: puedes largarte de inmediato, porque de otro modo llegarás al Gran Cañón caminando.

—¿Me dejarías tirado?

—No te burles de mis estructuras mentales.

—¿De tus estructuras mentales?

—Soy así. Si no te gusta, no tienes por qué estar aquí. Es cosa mía y nada de esto te incumbe.

—No, no, no. Está bien. Comienzo a entender cómo eres. Andando, muéstrame tu lista de procedimientos. Sé de mecánica, de electrónica... De hecho, soy bueno para muchas cosas; te permito abusar de mis habilidades.

—¿A que no es una de tus habilidades mantener la boca cerrada?

—Cada vez me queda más claro por qué no trabajas en equipo. Los miembros del mismo deben de tener cierta dificultad a la hora de trabajar contigo.

—Lo que tú digas. —Bajé por mi garganta una buena dosis de angustia, que había trepado por mi pecho por culpa de sus palabras; él no tenía ni idea...; sin embargo, eso era así, real. No, no

estaba acostumbrada a tener demasiada compañía tampoco.

Di media vuelta y, subiendo los tres escalones, me metí dentro de la autocaravana.

Mi mano se movió sola hasta el interruptor de las luces.

—Yolanda... —Saltó detrás de mí. Su voz ya no era la de alguien que sonreía. Las luces parpadearon y se encendieron—. Era una broma. Lo lamento, no pretendía...

Me di la vuelta y él se interrumpió.

Efectivamente, ya no sonreía.

—Necesitamos revisar el motor. Detrás cargamos un grupo electrógeno. No solemos quedarnos en mitad de la nada, pero, aunque sea sólo por las dudas, me gustaría arrancarlo para comprobarlo.

—Sí, claro; yo me ocupo.

—Perfecto.

Me acerqué al asiento del conductor, el mío, y saqué mi lista de procedimientos de un espacio de almacenaje situado allí. Un par de mapas saltaron del interior de cubículo, porque allí tenía un montón de cosas metidas (una linterna, pilas, una navaja, muchos mapas, un sobre con algo de dinero...).

—Es raro ver a alguien que aún utiliza mapas en formato papel —me comentó, inclinándose para recoger uno que se me había caído al suelo. Lo pilló y lo observó, sonriendo—. Y además lo tienes protegido. ¿Es obra tuya? —curioseó, tendiéndomelo—, ¿o de tu amigo sin nombre?

—Sí tiene un nombre, se llama Andrew, y no, lo de los mapas plastificados es algo mío. Lo aprendí en un libro; es para evitar que se mojen o cualquier cosa similar... pues no siempre se puede confiar en tener cobertura en el móvil. —Lo devolví a su sitio.

—Sí, lo sé. Si me dices que tienes cerillas protegidas con cera, levantaré un monumento en tu nombre.

Noté que comenzaba a sonrojarme.

—¡Sí las tienes! —exclamó, contento, sonriendo—. ¿Qué libros sueles leer? —curioseó, divertido.

—Tuve una fase en la que devoré libros de supervivencia y ese tipo de lectura.

—Nosotros estudiábamos esas cosas en los *scouts*. En su momento las encontré fastidiosas; sin embargo, a veces terminas necesitando y aplicando esos conocimientos. —Se quedó allí, ante mí, sin moverse—. En fin —carraspeó para aclararse la garganta—, si te parece, comenzaré por revisar el motor. Abres el capó...

—Sí, yo lo abro desde aquí.

—Ok, le echaré un vistazo primero y luego, si te parece, lo arrancas. ¿Controlas la presión de los neumáticos desde este panel?

Asentí con la cabeza.

—El ordenador de abordo revisa el nivel de aceite también, pero...

—Sí, te entiendo, yo también me quedo más tranquilo una vez que echo un vistazo con mis

propios ojos. Saldré a ponerme manos a la obra.

—Abriré también la compuerta del grupo electrógeno, está al otro lado.

—Claro.

Parker me sonrió, con los dientes apretados.

—Es una autocaravana increíble. Tienes suerte de tener a Andrew de amigo.

—Puedes estar seguro de eso.

—Ok —dijo una palmada—, a trabajar.

Nos pusimos a la tarea sin decir nada más. Abrí el capó y él se puso a revisar el motor mientras yo comprobaba los indicadores del ordenador de a bordo. Cuando me avisó de que estaba listo, arranqué. El motor sonaba perfecto y todos los valores eran normales.

Mientras yo revisaba que las antenas funcionasen, así como los circuitos eléctricos del interior, la bomba de agua, los cargadores de USB, el tanque de aguas residuales y demás servicios, él arrancó el grupo electrógeno y comprobó los neumáticos.

En un momento dado, me asomé hacia fuera para ver sus pies sobresalir por debajo del suelo del vehículo. Cuando le pregunté qué hacía, me contestó que se aseguraba de que todo estuviese bien.

Juntos comprobamos que todas las luces indicadoras funcionasen.

Mientras él lavaba los cristales delanteros, en los que yo apenas si había percibido una mota de polvo, me encargué de revisar nuestras provisiones de comida y que todas las trabas de las puertas de los sitios de almacenamiento funcionasen correctamente.

Hice una corta lista de los víveres que nos haría falta comprar, porque habíamos pasado a ser cinco en lugar de cuatro y... si pensaba viajar con nosotras hasta Los Ángeles... Luego cambié un *led* de la iluminación del área de la cocina que no entendía cómo o por qué se había estropeado.

Al cabo de una hora, subida al techo de la autocaravana después de comprobar las antenas por la parte exterior, así como el equipo de aire acondicionado, me asomé hacia abajo para llamarlo. Parker ajustaba una de las escobillas del parabrisas delantero. Junto a él estaba la caja de herramientas que me había pedido que le facilitase. Se la había entregado con miedo, porque aquella caja era mi orgullo, por el orden en que la mantenía. Para mi sorpresa, pese a que él había estado trabajando con las herramientas, todo estaba en perfecto estado, como si fuese la bandeja de instrumentos de una sala de operaciones.

—¿Cómo vas por ahí?

Alzó la vista y me sonrió. Su pulgar derecho me dio la respuesta antes que su voz.

—Todo perfecto. Supongo que ya estamos listos para encarar la ruta.

—Eso parece, por aquí también está todo bien.

—Magnífico. —Se inclinó sobre la caja para guardar las pocas cosas que estaban fuera.

—Gracias por la ayuda.

—De nada. No ha estado tan mal tenerme por aquí después de todo, ¿no?

Apreté los labios, conteniendo mi sonrisa.

—No —admití. Se lo merecía. Había sido testigo de que él podía trabajar en silencio y, además, ser eficiente y entregado a la tarea. Hasta me atrevería a apostar que él era una persona disciplinada.

—Es hora de que vayamos a por nuestras cosas. Iré a buscar a las chicas.

—De acuerdo. —Cerró la caja y comenzó a rodear la autocaravana en dirección a la parte trasera. Yo puse un pie en la escalerilla para bajar del techo.

A mitad de camino me percaté de que lo tenía al lado. Parker me tendió una mano para ayudarme a saltar al suelo.

La piel de sus manos era áspera, y su agarre, fuerte; manos firmes que no daban ganas de soltar.

—Gracias.

—No hay de qué —me dijo, llevándose la mano derecha a la imaginaria ala de un sombrero que no llevaba, al tiempo que inclinaba la cabeza hacia delante; un gesto muy caballeroso y anticuado, el suyo..., un gesto que adoré.

Se apartó de mí y volvió a alzar del suelo la caja.

Lo seguí; no quería alejarme de él, no cuando de momento lo tenía para mí sola... porque sabía que, cuando Alicia estuviese presente, lo perdería.

—Realmente vales para todo.

Sonrió un poco, todavía andando.

—¿He pasado el examen?

—¿Dónde aprendiste a hacer tantas cosas?

—En la vida.

—¿Y ese gesto que acabas de hacer? —Con una mano, apunté hacia atrás.

Sonrió bonito.

Con un gruñido de esfuerzo, levantó la caja hasta el compartimiento en el que iba.

—Ése, en Texas.

—¿Eres de allí?

—De allí mismo, *ma'am*.

Por primera vez desde que lo había conocido, sonó muy sureño.

—¿De dónde eres tú?

—Miami.

Su sonrisa se hizo grande.

—¿En serio? No pareces de allí.

—¿Por qué? ¿Cómo debe ser alguien de Miami según tú?

—Alguien más bronceado.

—Trabajo mucho, no tengo tiempo para tomar el sol; además, no me gusta la playa. No me cae simpática la arena.

Parker se rio.

—¿Y vives en California?

—En Pasadena no hay playa.

—Como sea, no tienes mucha pinta de ser de Miami.

—Ahora que me fijo, tú sí tienes pinta de texano.

—Intento disimularlo.

—No tienes por qué.

—¿Se me ve bien de texano? —Alzó los hombros, ensanchando su pecho.

—¿Te van los rodeos?

—No; no me gustan mucho los caballos, son criaturas traicioneras.

—Los caballos no son criaturas traicioneras —repliqué, entre incrédula y divertida—. Eres la primera persona que conozco que opina eso de ellos.

—Pues eso, que no me gustan. A ti no te gusta la arena. ¿A quién no le gusta la arena? Admito que a veces es un poco molesta en ciertas partes que...

—Lo ves —solté, interrumpiéndolo—, la arena no es buena.

—Tampoco los caballos. —Bajó la compuerta para cerrar el compartimento—. ¿Qué te gusta a ti?

—Los números —contesté, a sabiendas de que mi respuesta lo aburriría—. Los números son siempre precisos y no cambian, no son impredecibles. Son estables y...

—¿Los números?

—Sí.

—¿Y se te dan bien las cartas?

Así, sin más, estalló la ansiedad en mí; lo que menos quería era que volviésemos a tocar el tema del juego en el casino.

—Sí, más o menos. No es que juegue mucho, tampoco. ¿Qué te gusta a ti?

—Ser útil.

Su respuesta no pudo ser más vaga.

La acepté sin rechistar; después de todo, no tenía por qué confiarme nada de su vida.

Inspiró hondo.

—Mejor voy a limpiarme un poco. —Me enseñó sus manos, sucias. Tenía, sobre la cicatriz situada encima de su ojo izquierdo, una mancha negra.

—Sí, claro. Te veo luego.

Su respuesta fue una sonrisa.

—*Ma'am*. —Inclinó su cabeza para mí.

Le sonreí.

Parker pasó por mi lado para alejarse en dirección a los ascensores.

Uno se lo llevó lejos de mí demasiado pronto.

Suspiré y, al cabo de dos parpadeos, logré reaccionar para moverme de donde estaba parada.

Apagué todas las luces del interior de la autocaravana y salí para cerrarla e ir a por mis cosas y a por las chicas.

El desierto

—Va a venir, ¿no es así?

—Antes ya te ha dicho que lo haría —le contesté a Alicia tras mirar otra vez en dirección a los ascensores.

Lamenté haber tenido la mala idea de contarles que Parker había estado ayudándome a ponerlo todo a punto para nuestra partida.

Alicia no dejaba de preguntarme cosas sobre él. Quería saber de qué habíamos hablado, qué habíamos hecho, si había mencionado cosas de su vida, si le entusiasmaba la idea de viajar con nosotras, si sabía si tenía novia o de dónde era. Aquella última fue la única pregunta suya sobre la que pude echar claridad.

—Ya bajaré. Apenas pasan dos minutos de las doce y media. No te pongas más obsesiva que Yolanda, Alicia. —Daisy dejó pasar un segundo y, cuando la atención de Alicia volvía a estar concentrada en los elevadores, atisbó en mi dirección.

—Ehh... —me quejé.

—Me sorprende que todavía no te hayas puesto a protestar por el retraso. —Sus palabras fueron únicamente para mí, dichas en voz muy baja.

—Puede que su reloj esté atrasado —solté, y me sentí ridícula intentando justificar de un modo tan pobre el hecho de no estar actuando en ese instante como la desquiciada obsesiva que solía ser con la organización y la puntualidad. Mi yo normal, en ese momento, soltaría amenazas a diestra y siniestra, advirtiendo al universo que lo dejaría allí si en treinta segundos no aparecía por uno de esos dichosos ascensores.

No hubo necesidad de advertirle nada a nadie, porque, del último elevador al final de la fila, después de que sus puertas se abriesen, apareció él, cargando sobre el hombro derecho una bolsa verde de loneta. Imaginé que ése era su equipaje.

En la cabeza llevaba encasquetada su gorra de béisbol. Sobre la camiseta que llevaba puesta un rato atrás, vestía una sudadera de un negro desvaído.

Alzó la vista y nos descubrió allí.

Su mirada se cruzó con la mía. Por una ínfima fracción de segundo, me sonrió... y luego lo perdí.

—¡Parker, aquí! —lo llamó Alicia, cuando en realidad no hacía falta porque nos había visto, al menos me había visto a mí.

Ya no me miraba más.

Lo dejé estar, no tenía sentido. Me agaché para levantar mi mochila del suelo.

—Bien, ahora sí podemos irnos.

—Respira hondo —bromeó Sandra en mi dirección—. Son sólo tres minutos de retraso. Nos esmeraremos en cargarlo todo rápido para que no se nos haga más tarde.

—No he dicho nada —me defendí.

—Lo has pensado. Tranquila, igual te queremos. —Me sonrió.

—Buenos días —las saludó Parker, alegremente, al llegar hasta nosotras. A mí ya me había visto antes—. Siento el retraso, el caso es que uno de los ascensores se ha quedado atascado arriba del todo y hay muchísimo tráfico con el resto. Esto parece Los Ángeles en hora punta.

—Descuida, no hay ningún problema. —Alicia le dedicó aquellas palabras en un tono imposiblemente meloso que a mí jamás me saldría.

—¿Estáis listas para partir?

—Sí, ya he pagado el parking, así que podemos irnos ahora mismo.

—Magnífico. Otra vez mil gracias a todas por permitirme viajar con vosotras. Esto será divertido. —Parker nos dedicó una risa muy *naïf*, a la que Alicia correspondió con una un poco más libidinosa.

—Lo será —lo secundó.

La ignoré, porque no quería enfadarme con ella, ni tampoco con él. Que Parker y yo nos llevásemos bien evidentemente no tenía nada que ver con aquello que Alicia pretendía con él..., eso para lo que yo no era buena.

Di media vuelta y enfilé en dirección a la escalera que daba al aparcamiento.

Daisy apresuró el paso para seguirme; por detrás de ella iba Sandra y, los últimos, Alicia y Parker.

Ella volvía a sonar como cuando lo había llamado esa mañana para confirmarle que todas estábamos de acuerdo en permitir que viajase con nosotras.

—¿Vamos a adquirir los víveres que nos faltan antes de abandonar Las Vegas? Hay un Walmart a la salida de la ciudad; nos queda de paso, está de camino a Henderson. Creo que, si lo hacemos allí, nos desviaremos menos de nuestra ruta.

—Sí, me parece bien —respondí.

—¿Quieres que conduzca yo? —preguntó Daisy.

—No, yo lo haré. ¿Tienes la lista de la compra?

Se palmeó el bolsillo delantero de la camisa tipo leñadora que llevaba puesta sobre la camiseta.

—¿Me acompañarás tú a comprar? —me preguntó—. Si baja Alicia, no saldremos de allí ni para la medianoche.

—No lo sé. —Disimuladamente, espí hacia atrás.

—¿No quieres dejarlos solos? —Con los ojos, apuntó por encima de su hombro derecho hacia su dirección.

—No, no es eso. De acuerdo, bajamos juntas. Tienes razón, iremos más rápido nosotras dos solas.

Daisy me sonrió.

Alcanzamos la amplia escalera que daba al acceso principal del parking.

Por detrás de nosotras, Alicia no paraba de parlotear.

Sandra hablaba con alguien por teléfono.

—Lo pasaremos bien.

—Sí, será estupendo. —No soné muy convencida, si bien quería recuperar el entusiasmo que sentía por ir a visitar los parques y por pasar algunas noches en aquel terreno inmenso bajo las estrellas.

—Sí, se te nota la emoción en la voz —bromeó.

—Estoy emocionada, es que ya sabes cómo soy. No estoy acostumbrada a los cambios de planes.

—Sí, ya sé que eres peor que mi padre, lo cual es mucho decir. —Hizo una graciosa mueca—. Relájate, todo saldrá de maravilla. Ya ha salido de maravilla. Todavía no has llamado a tus padres, ¿no?

—No. No tengo ni idea de cómo contárselo. A mi madre le dará un ataque cuando se entere.

—¿Has hecho ya la transferencia?

—Aún no. Quiero avisarlos antes. No quiero que les dé algo por la sorpresa.

—Bueno, algo les va a dar. Será un cambio para todos. Además, tendrán tiempo de asimilar lo que has hecho antes de que regreses a casa de visita.

—Si no se lo toman bien, puedo esperar a Navidades para bajar a Miami.

Daisy rio.

—Cuando mi madre se entere de que he vuelto a jugar...

—Tranquila, sabe que tampoco es que tengas un vicio ni nada por el estilo. Ha sido por un objetivo en particular y estamos de camino a dejar Las Vegas.

—Sí, no planeo arriesgarme a perder lo que he ganado. —Y no me interesaba volver a jugar, ya mis pasatiempos eran otros.

—Estoy orgullosa de ti. —Me dio un golpe con el hombro en el brazo.

—No he hecho nada.

—Sí, por supuesto que sí. Te has arriesgado. Y, además... te queda esa faceta de...

—No es una faceta de nada, Daisy. Me gusta mi trabajo y no planeo...

—Bien podrías cambiar de profesión.

—¿Quieres que mate a mi madre de un disgusto?

—No tiene por qué enterarse; puedes decirle que sigues con tus cálculos y tus cosas.

—¿Y crees que no se enteraría si dejase de trabajar con tu padre? —La miré con las cejas en alto.

Bajamos un par de escalones en silencio.

—Ojalá te arrepintieras y viajaras con nosotras a Hawái.

—Sabes que la playa no es lo mío. Además, lo tengo todo planeado.

—Pero ¿qué harás allí sola? Yo siempre he odiado esa maldita cabaña. Allí no hay nada para hacer, y mi padre insistía en llevarnos allí casi cada verano. Además, son muchos kilómetros para que los hagas sola. Me quedaría más tranquila si le pidieses al caballero que nos acompaña que fuese contigo.

—Seguro que tiene sus planes y, aunque no los tuviera, dudo de que quisiera viajar conmigo hasta allá. —Eso no era del todo cierto, porque Parker me había mencionado que le gustaría recorrer el país en autocaravana. El detalle residía en si querría hacerlo conmigo.

—Ofréceselo. Me quedaría más tranquila sabiendo que no estarás sola.

—Sí, seguro... Mucho mejor acompañada por un extraño.

—Dudo que, después de viajar unos días con nosotras, continúe siendo un extraño, pues en esa autocaravana hay poco espacio para los secretos.

—No lo sé, Daisy. Además, realmente no tiene importancia. Tengo planeadas mis vacaciones desde hace tiempo y no lo incluían a él, no lo incluyen. Además, me encanta estar sola en la cabaña.

—No son vacaciones. Te largas en medio de la nada con tu ordenador y una conexión directa con mi padre y el resto de los científicos locos que lo siguen.

—No son científicos locos, y hago lo que me gusta. Lo pasaré genial. Por si fuera poco, tengo un montón de libros que me muerdo por leer. Para mí son las vacaciones idílicas.

—Ven con nosotras —rogó.

—No, vosotras tenéis otro ritmo. Te lo juro, quiero hacer esto. Estaré bien.

—Sé que quieres, solamente digo que podrías...

—No me convencerás. A mí la cabaña me encanta, soy feliz allí, y tengo toneladas de datos que analizar y mucho que leer.

—Sí, qué divertido. ¡Yuju!

—Para mí, lo es. Voy a estar bien. Gracias por preocuparte, pero no necesito ni llevarlo a él conmigo ni nada para disfrutar de un buen verano.

Daisy fisgó hacia atrás al poner los pies sobre el suelo oscuro del aparcamiento.

—Insisto en que deberías decirle que fuera contigo.

Una estruendosa carcajada de Alicia nos rodeó.

—Quizá se vaya con vosotras —repliqué, y en ese instante el rostro de Parker, asomando por encima de la cabeza de Alicia, apareció tras el recodo de la escalera. Nos miramos. Alicia le estaba hablando, pero él continuó con sus ojos en mí.

Claro que pasaría las vacaciones de verano con mi ordenador y mis libros.

Di un paso hacia delante para comenzar a alejarme de ellos. No tenía sentido que me montase locas ideas sobre lo que podría suceder, porque no sucedería.

En el estacionamiento nos esperaba la autocaravana, lista para retomar la ruta de nuevo.

Necesitaba con desesperación estar al volante para concentrarme en el camino, en conducir.

Accioné el mando a distancia, quitando la alarma otra vez.

Sandra llamó a Daisy para mostrarle no sé qué en su móvil. Ellas se retrasaron un poco. A la cola continuaban Alicia y Parker, todavía conversando animadamente.

Avancé hasta la puerta y tiré de la manija.

Di un paso hacia el interior. Encendí las luces y fui a dejar mi bolsa en la litera que me correspondía, la inferior del lado izquierdo. En la que se encontraba por encima de la mía, dormía Daisy. La inferior, al otro lado, era territorio de Sandra. Alicia dormía en la superior restante. Esos eran nuestros sitios, a menos que alguna de nosotras le cambiase su plaza a Parker. Imaginaba que a él le cederíamos la cama que se montaba en el sillón adherido a la pared, que rodeaba uno de los largos de la mesa.

Dejé mi mochila sobre mi cama y saqué de mi bolso primero mis gafas de sol, mi móvil, mi iPod y mi botella de agua.

Cuando regresaba hacia la parte delantera del vehículo, los demás justo comenzaban a subir. Conversaban animadamente los cuatro.

Me puse las gafas y encendí el iPod.

Parker me siguió con la mirada mientras Daisy se retrasaba para cerrar la puerta.

Con las llaves en la mano, me dirigí directa a mi puesto.

Bajé la vista al iPod y le di al «Play» tras escoger la lista de reproducción que me gustaba escuchar mientras conducía.

La música empezó a sonar.

Pasé las piernas por encima del asiento, moviéndome entre las dos butacas, y fui a sentarme en la plaza del conductor.

Las posiciones del respaldo, los retrovisores y el volante estaban ajustados para mí.

Acomodé mi trasero, embutido en unos *shorts* tejanos cortados, en el asiento y los pies en los pedales. Arranqué el motor.

Por debajo de la música que sonaba en mis oídos, percibí que continuaban hablando.

Le eché otro vistazo al ordenador de a bordo. Todo estaba perfecto.

Sólo faltaba que acabasen de colocarse para que pudiésemos salir.

Iba a darme la vuelta para comprobar si estaban listos para partir cuando alguien se me vino encima. Por poco le doy un cabezazo, porque, con la música, no lo había oído llegar.

Parker me sonrió.

Caí con el trasero otra vez sobre el asiento de la enorme butaca.

Me dijo algo que no capté y, antes de repetirlo, me arrancó el auricular derecho de la oreja.

—Decía que si puedo ser tu copiloto. Me muero de ganas de ir sentado aquí delante.

Todavía no le había respondido cuando él ya empezaba a acomodarse en el asiento libre a mi lado.

—¿Qué escuchas? —me planteó cuando yo aún continuaba boquiabierta, sin responder todavía

a su primera pregunta. Se colocó el cinturón de seguridad después de buscarlo por encima de su hombro. Giró la cabeza y vi que, del lado izquierdo, a la altura de su nuca, tenía más cicatrices en el cuero cabelludo, en las que no le crecía pelo.

—The Score.

—No los conozco. —Se estiró en mi dirección, manoteando por encima de mi clavícula el auricular que me había quitado poco antes de la oreja. Tiró del cable blanco en su dirección, arrastrándome a mí también, porque había colocado el cable por la parte trasera de mi cuello desde mi lado izquierdo. El iPod trepó por mis muslos. Pegándose un poco más a mí; se metió el auricular en la oreja—. Suenan bien. Esto ha de tener altavoces, ¿no es así? ¿Dónde se activa el Bluetooth? —Se inclinó hacia el tablero, arrastrándome con él de nuevo.

—A las chicas no les gusta.

—Pero yo quiero escucharlo también. ¿No se puede poner la música sólo aquí adelante? Seguro que esto tiene un modo de repartir el sonido... si es que parece una nave espacial.

—Sí, lo tiene, pero...

No había logrado terminar la frase cuando él ya daba con los comandos en el panel del ordenador de a bordo. El Bluetooth de la autocaravana rastreó la señal de mi iPod y, al instante, la música comenzó a sonar por todas partes.

Desde la parte posterior del vehículo, nos llegaron los quejidos de las chicas.

—¡Calma, calma! —les pidió Parker—. Enseguida solucionamos esto.

—No, pero es que a mí me gusta...

—Anda, sé buena, déjame escucharlo a mí también. Además, soy un buen copiloto —continuó diciendo, sin quitar la vista de la pantalla mientras seguía rebuscando en la programación para dar con los efectos de sonido del interior del vehículo.

—Es ese de ahí, pero...

En un parpadeo, la música quedó sonando únicamente desde el altavoz frontal y los de las puertas laterales, la de mi lado y la del suyo.

—¿No podemos poner otra cosa? —lloriqueó Alicia, observándome. De reojo, capté su mirada.

—Es un ratito nada más, que yo quiero escucharla un poco.

Alicia le sonrió a Parker y continuó con lo suyo.

—Listo, asunto solucionado. —Me sonrió satisfecho—. ¿No te pones el cinturón de seguridad?

Sin contestarle, me quité el auricular de la oreja, desenredé el cable de mi cuello y lo dejé todo a un lado para colocar el iPod en el espacio situado detrás de la palanca de cambios y, a continuación, abrochar mi cinturón de seguridad.

—Son muy buenos. —Me quedé mirándolo sin entender qué hacía a mi lado—. ¿Nos vamos? Estoy ansioso por salir a la carretera.

Parpadeé.

—Sí, nos vamos.

—Acomódense, señoritas, el desierto nos espera.

El desierto no nos esperaba, ya se encontraba allí; el desierto era yo... y él, un gran torrente de agua del que estaba casi segura que jamás podría beber.

Metí la marcha atrás y el vehículo comenzó a moverse.

—¡Allá vamos! —celebró Parker.

Alicia debió de oírlo, porque no le costó ni medio segundo soltar un grito de alegría.

Sandra aplaudió y silbó como solamente ella podía hacerlo.

En el poco espacio que me quedaba para maniobrar, logré mover la inmensa autocaravana para que quedase apuntando a la salida.

—Lo tienes clarísimo. Esta cosa parece una extensión de tu cuerpo.

—Estoy acostumbrada a conducirla, es todo.

—Yo habría dejado sin luces a todos los coches aparcados al otro lado.

—No, seguro que no. —Hice girar el volante.

Él me sonrió con gusto. Moví la palanca hacia delante.

—Será un placer verte conducir.

—Sí, qué divertido —solté, socarrona.

—Lo será para mí.

—Me sorprende que no tengas nada mejor que hacer que viajar con nosotras.

—¿Dónde más podría estar?

—No lo sé. Dímelo tú.

Todavía con su sonrisa en alto, dirigió su rostro al frente, apoyando los hombros en el respaldo de la butaca.

Giré hacia la derecha para enfilarse hacia la salida. Allí, apenas a unos metros de nosotros, estaba recortada la luminosa calle en el interior más oscuro del parking.

—No creo que exista mejor lugar —me contestó despacio, quizá más para sí que para mí, cuando, dando un salto, la autocaravana emergió a la acera.

Frené para dejar pasar un automóvil deportivo que circulaba con toda la intención de no detenerse frente a nadie. Volví a girar hacia la derecha, ya sobre el asfalto, para apuntar hacia el sur.

El cielo, completamente límpido, y las tranquilas calles nos recibieron.

Definitivamente, había sido un acierto salir de la ciudad inmediatamente después del 4 de julio; después de los festejos de la noche anterior, serían pocos los que se aventurarían a ponerse en marcha.

Empezó a sonar otro tema y Parker puso cara de gusto. De verdad parecía estar disfrutándolo.

—Dicen que el viaje es parte del destino.

—Cada instante del viaje es un destino en sí mismo. Hay infinitas llegadas de aquí a que se termine el trayecto. Cada segundo cuenta. —Al menos, cada segundo contaba para mí, cada instante era un regalo.

—Eso mismo. Daisy ha mencionado algo de parar a comprar en un Walmart.

—Sí, antes de salir al desierto.

—Bueno, lo que haya que comprar, corre de mi cuenta. Quiero ser un buen huésped.

—No hace falta.

—Insisto.

—Bien, como quieras.

Conduje unos minutos en silencio. Poco a poco fuimos dejando atrás los grandes y llamativos hoteles con sus casinos. Nuestro destino más inmediato era la periferia de la ciudad, allí donde se alzaban los barrios en los que vivía la mayor parte de las personas que trabajaban en la industria que daba vida a Las Vegas.

—¿Me permitirás conducir? Al menos un poco.

Lo espí de reojo. Su arrebatadora sonrisa dejaba poco espacio a un «no» por mi parte.

—Soy bueno conduciendo, lo prometo.

—No es muy divertido conducir por el desierto. Es simplemente mantener el volante casi todo el rato en línea recta.

—No tendré mucho contra lo que chocar, entonces. Anda, sé buena conmigo y dame el gusto. — Se puso la gorra—. La vista del desierto desde aquí delante tiene que ser espectacular.

—Todo, visto desde aquí, es estupendo.

—¿Por eso no quieres dejarme conducir?

—Está bien, luego lo haré; después de todo, tengo muchos kilómetros por delante.

—¿Cómo es eso?

—Yo seguiré camino. Dejaré a las chicas a Los Ángeles y después iré hacia el norte.

—¿Tú sola?

—Sí. No es la primera vez que lo hago.

—Vaya, qué interesante. ¿Puedo preguntar a dónde vas?

—A Oregón.

—¿A visitar a la familia o algo así?

Me alegró que continuase preguntando por mi viaje, porque, a pesar de todo lo que le había dicho a Daisy..., no me desagradaba del todo la idea de tenerlo allí en la otra butaca, a mi lado.

—No, sólo voy a cogerme unos días para cambiar de paisaje. Mi amigo Andrew tiene una cabaña allí; me la presta de tanto en tanto, cuando quiero desconectar unos días.

—Ese amigo tuyo es un amor. —Su voz sonó burlona.

—Lo es.

—¡Y ésa es toda una confesión! ¿Qué hay entre tú y él?

Lo miré mal. ¿Qué quería él que hubiese entre él y Alicia?

—¿He ido muy lejos demasiado deprisa?

—Algo así —respondí sin mirarlo—. ¿Puedes cogerte unos días de vacaciones así sin más? ¿Has avisado a alguien de que te vienes con nosotras?

—Soy mayorcito, no necesito poner a nadie en aviso acerca de dónde voy o con quién. Y sí, puedo disponer de unos días sin problema.

—Qué suerte, la tuya. —Por lo visto iba a ser difícil sacarle algo sobre su vida.

—¿Qué hay de ti? ¿Tienes fecha de regreso?

—Sí, la tengo.

Parker rio suavemente.

—Bien. Iremos poco a poco, supongo. Me gustan tus gafas. Te quedan muy bien, combinan con eso que te haces en el pelo. —Con un gesto vago de los dedos, apuntó hacia lo alto de mi cabeza.

—¿Con eso que me hago en el pelo?

—El nudo. Te queda bien. Aunque no pareces muy tú. Es un detalle que no acaba de cuadrar contigo, pero me gusta.

—¿Por qué dices eso de que no acaba de cuadrar conmigo? Es mi pelo y no le hago nada.

—Por eso mismo, parece como si ni siquiera te hubieses peinado hoy.

La verdad era que no, apenas me había pasado los dedos por el pelo para alzarlo por encima de mi coronilla para luego enroscarlo sobre sí mismo y atarlo con una goma.

—Lo tienes todo muy organizado y en su sitio y, en cambio, tu melena parece el nido de un ave exótica —soltó, y rio solo.

—¡Eh! —me quejé.

—Te he dicho que me gusta. Es un cumplido.

—No ha sonado a eso.

—Pues lo es. Te queda muy bien.

Intenté controlar el rubor que sentí que comenzaba a trepar por mi cuello.

—Te da aspecto de chica aventurera, con esos vaqueros cortados y una camiseta vieja. Entre eso, los mapas y todo lo demás, bueno, no supone una sorpresa para mí que estés acostumbrada a viajar sola. No eres muy del común denominador de las chicas que he tenido la oportunidad de conocer.

—Estoy bastante segura de que no.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, no quiero decir nada. Lo has dicho tú; es eso, nada más.

—¿Podemos cambiar la música ya? —rezongó Alicia desde la parte trasera—. Pongamos algo que nos guste a todos, ¿de acuerdo? —La oí llegar—. Tengo música aquí...

No esperé a que nadie más hiciese nada. Estiré un brazo y desconecté mi iPod del Bluetooth. La música continuó sonando en mi equipo.

Alicia se apoderó de la señal para poner música desde su móvil.

Parker la vio hacer sin demasiada emoción.

—Este tema te gustará —le dijo ella a él.

Suspiré, fastidiada.

Me atrapó un semáforo.

Alicia se puso a hablarle.

Hubiese agradecido que él se marchara atrás con ella.

Por desgracia, no lo hizo. Los dos se quedaron donde estaban, conversando e ignorándome mientras yo fingía ignorarlos a ellos.

No lo hacía. Dentro de lo que me fue posible sin descuidar la conducción, estuve atenta a las miradas que él le dedicaba a ella, las sonrisas que ella le arrancaba. La vi a ella moverse frente a él con esa seguridad que yo no tenía, con su cabellera ondulando por encima de sus hombros como una cortina de seda. La mía, como bien había expuesto él, era un nido, y quizá uno que ni siquiera pertenecía a una bonita ave exótica, sino a un pájaro de rapiña oscuro y con poca gracia.

Las Vegas quedó atrás; la vi alejarse a través del espejo retrovisor de mi lado. Mientras me fijaba en eso, una mano rozó mi hombro. Giré la cabeza para ver a Parker volver a quitarme el auricular.

—¿No le dices adiós a Las Vegas?

Alicia ya no estaba con nosotros.

—¿La extrañarás? —le pregunté a modo de respuesta.

—No, la verdad es que no. De hecho, no veía la hora de largarme de allí. ¿Y tú?

Negué con la cabeza.

—Ya he tenido de la ciudad todo lo que necesitaba. Es demasiado ruidosa y concurrida para mí.

—También para mí. —Alzó la mano y devolvió el auricular a mi oreja. Sus dedos rozaron mi lóbulo y, desde allí, estalló una descarga de placer que se expandió por mi cuerpo, haciéndome estremecer.

La música invadió mi oído otra vez.

Espí en su dirección de reojo para verlo repantigarse en la butaca a medida que inclinaba hacia atrás el respaldo; debía de haber encontrado los controles laterales.

Una vez que por lo visto dio con una posición en la que estaba a gusto, giró un poco la cabeza y me sonrió.

—Ojos en el camino, Coleman. —Di un salto sobre la butaca—. No querrás devolverle la autocaravana con un impacto a tu amigo.

Por girar la cabeza hacia el frente, por poco me desnucó.

Aguanté en silencio el dolor que me dio el tirón en los músculos del lado derecho.

No me atreví a volver a fisgar en su dirección... pero no por no verlo me pasaba desapercibida su presencia; ignorarlo no era una opción, primero y principalmente porque su cuerpo ocupaba, con majestuosidad, la butaca a veinte centímetros de la mía; segundo, porque no se trataba solamente del espacio que su cuerpo ocupaba en la parte frontal del vehículo, era lo que él irradiaba, o quizá sólo el modo en que todo en mí reaccionaba a él.

Era culpa mía, no suya; él simplemente estaba allí sentado, con la vista al frente y en silencio, permitiéndome centrar toda mi atención en la conducción.

Con él a mi lado, podría haberme dado de frente con una montaña sin percatarme de que me aproximaba a ésta.

Intenté concentrarme en la música que el iPod descargaba en mis oídos.

No resultó. Mis pensamientos sonaban más fuertes. El caso es que no podía parar de darle vueltas al asunto: ¿qué hacía allí con nosotras?; en realidad, ¿iba en serio con aquello de que le alegraba la idea de viajar por carretera?; ¿estaría con nosotras por Alicia?; si estaba allí por ella, ¿qué demonios hacía sentado conmigo?; ¿por qué no estaba con ella atrás, coqueteando, enseñándole sus potentes brazos flexionándose sobre su pecho, tal como vi que hacía cuando tuve que girar a la izquierda y moví la vista en su dirección para poder mirar por el espejo retrovisor?

Le recomendé a mi cerebro que se dedicase a cosas más productivas, por ejemplo, analizar los datos de los últimos informes que Andrew me había pasado por correo.

No conseguí hilvanar ni una sola idea coherente. Las palabras y los desarrollos de las fórmulas eran una maraña de trazos negros que quedaron enredados por los rincones, como si fuesen un ovillo de lana con el que un gato estuviera jugando.

Algo que me servía cuando me ponía nerviosa era recitar los elementos de la tabla periódica; eso solía ayudarme, en momentos de tensión, a concentrarme y aclarar mi mente.

«Hidrógeno, helio, litio, berilio, boro, carbono, nitrógeno, oxígeno, flúor, neón, sodio, magnesio, aluminio, silicio, fósforo, azufre...»

Parker se inclinó hacia delante para rascarse la pierna a través de los vaqueros y la sudadera, y la camiseta se le bajó un poco hacia el hombro, enseñando algo más de piel y, con ello, una porción de una nueva cicatriz.

«Azufre», pensé. El azufre sirve para fabricar pólvora, y lo que él tenía parecía producto de una gran explosión, como si le hubiesen golpeado mortíferas esquirlas. Bueno, también podría haber sido culpa del cristal. ¿Cuántas personas tienen que soportar durante toda su vida las marcas que dejó en ellos, siendo niños, atravesar alguna puerta de cristal o haber roto alguna ventana, sin medir los riesgos o las distancias? Bien, debía admitirlo, lo de él no parecían marcas tan antiguas.

Parker se incorporó y me vio mirarlo. Su mejilla derecha tiró de sus labios hacia arriba.

Iba a hablarme, sé que sí, que estaba a punto decirme algo y, fuera lo que fuese, yo quería escucharlo, necesitaba hacerlo.

—Allí está el Walmart —anunció Daisy, apareciendo en el espacio entre nuestras butacas.

De un tirón, me quitó el auricular derecho de la oreja.

—Sí, ya lo he visto. —Mentira, por poco paso de largo. Puse los intermitentes para entrar en el estacionamiento.

—Se me ha ocurrido que podríamos comprar fuegos artificiales.

—El 4 de julio ya ha pasado.

—Sí, pero ayer no tuvimos oportunidad de verlos.

—Es una idea estupenda. Iré a buscarlos, que un 4 de julio sin ellos no es 4 de julio.

—Hoy es 5, no 4, y no estoy segura de que se pueda hacer estallar fuegos artificiales dentro del

parque.

—Podemos alejarnos un poco.

—Dudo que exista la posibilidad de que le prendamos fuego a algo sin querer —me dijo Parker.

De reojo, efectué un escaneo del parking para analizar dónde dejar la autocaravana. Encontré un sitio en el que podía caber y que, además, no quedaba demasiado lejos de la entrada. El lugar no estaba demasiado concurrido.

—Será divertido. —El entusiasmo de Daisy crecía a cada segundo, abonado por el de Parker.

No me costó mucho imaginarlo de pequeño, haciendo estallar cosas. Tenía toda la pinta de haber sido ese tipo de niño.

—Yo los busco.

—Me gustas, Parker. —Daisy le tendió su palma y él, al instante, se la chocó con una suya.

—Anímate, nos divertiremos. Será una función privada. Iluminaré el cielo para ti —me comentó, cambiando el tono de voz, sonando como si estuviésemos solos y en un lugar mucho más acogedor, no con Daisy en medio y la entrada del Walmart al otro lado de la luna delantera del vehículo.

Le dediqué una mirada de incredulidad y él no cambió la pose. ¿Qué quería?, ¿qué esperaba de mí? Fuera lo que fuese, se aburría de esperar. Alzó su rostro hasta Daisy para insistir en que él bajaría a comprarlos.

Me quedé con la sensación de que Parker y yo hablábamos idiomas distintos, o lo más probable era que fuésemos de mundos diferentes. Con los hombres de mi mundo no solía tener problemas; con ellos me entendía, lograba mantener una conversación normal sin sonrojarme y no me alteraba que se sentasen a mi lado. Con otros, el silencio no me molestaba; es más, estaba muy acostumbrada a la silenciosa presencia de hombres a mi lado. Con Parker no me sucedía lo mismo.

Me arranqué el auricular que me quedaba y terminé de aparcar mientras atrás celebraban que fuésemos a tener un verdadero, superamericano y particular festejo del 4 de julio. Sandra soltó que debíamos comprar hamburguesas y ya no se discutió más; las asaríamos al aire libre y las acompañaríamos con cerveza. La mención de aquella bebida hizo saltar a Parker de su silla para perderse hacia la parte posterior de la autocaravana.

«Así es como debe ser», me dije mientras apagaba el iPod.

Me levanté de mi sitio y me dispuse a bajar.

Se suponía que Daisy y yo íbamos a encargarnos solas de hacer las compras; sin embargo, con la idea de los fuegos... Parker se nos sumó y, a partir de ahí, no hubo forma de hacer que Sandra y Alicia se quedaran en el vehículo.

Conecté la alarma mientras los veía avanzar hacia la entrada del Walmart. Alicia y Parker habían tomado la delantera. Con un par de pasos apresurados, Sandra se les unió.

Daisy se quedó esperándome.

—¿Qué pasa con él? —Apuntó con la cabeza hacia delante. ¡Como si hiciese falta señalármelo como para que yo recordase que Parker estaba allí!

—Nada. No lo sé. Nada, supongo.

Me sostuvo la mirada.

—¿Nada?

—Sí, nada.

—Ha ido directo a sentarse a tu lado. Me ha quitado el puesto.

—Haberlo reclamado —repliqué, en un intento de fuga de aquel tema que en verdad no quería discutir.

—He supuesto que querías tenerlo allí.

Vi a Parker coger un carro de la fila en la que estaban encajados uno dentro de otro. Como si fuese una adolescente en un fin de semana libre de sus padres, Alicia se lanzó dentro y Parker no tuvo problemas en cargarla hacia la entrada. Las puertas se abrieron para ellos. Reían mientras Sandra los grababa o sacaba fotografías, no estoy segura de qué hacía, aunque sí tenía la idea de que aquel material digital iría a parar a su Instagram.

—Da igual.

—¿Seguro?

—Sí. Ha debido de sentarse delante por la vista; ahora su interés se concentra en otros asuntos.

—Fui a por un carro.

—Ya sabes cómo es Alicia. Si algo le gusta, no para hasta que... —Se encogió de hombros—. Y eso nunca le dura mucho.

—Ya lo hablamos, no pasa nada.

—Parece un buen tipo.

—No sabemos nada de él.

—Al menos sabemos que le gustan los fuegos artificiales y la cerveza. ¿Todavía no le has preguntado cómo se lastimó así el brazo?

—Sí, porque ésa es una estupenda combinación, fuegos artificiales y cerveza... —Hice una pausa—. No, claro que no le he preguntado por eso; no es asunto mío.

—¿No tienes curiosidad?

«¡Por supuesto que sí!», le contesté mentalmente, pero manteniendo silencio.

—Te conozco. —Las puertas automáticas se abrieron para ella y la seguí con el carro. A unos cuantos metros, avanzando hacia el lateral de la línea de cajas registradoras, donde estaba la entrada al supermercado, estaban los tres; Alicia permanecía todavía dentro del carro, sobre cuya barra Parker tenía ambas manos. En sus tensos brazos sobresalían músculos y tendones.

Sacudí la cabeza, haciéndome la desentendida.

—¿Nos encontramos todos aquí en veinte minutos? —propuse al alcanzarlos.

—¿Veinte minutos? ¿No puede ser media hora? No tenemos tanta prisa. Además, tenéis bastantes cosas que comprar, ¿no? —Alicia se quedó mirándome desde el interior del carro;

estaba sentada, con la espalda contra la parte frontal, de cara a Parker.

¿Media hora de ella y él a solas? Estaba segura de que Sandra los dejaría solos.

—Vamos bien de horario y no tenemos ninguna prisa. Supongo que podemos permitirnos media hora e ir con calma.

Capté los ojos de Parker estudiándome.

—Sí, claro —solté, más que nada para no quedar como una loca obsesiva y rígida que se traumatiza cada vez que tiene que cambiar sus planes.

Alicia celebró mi respuesta con una salva de palmas y, alzando los brazos, le pidió a Parker que la llevase de paseo.

Ninguno de ellos se fijó en la hora que marcaban sus relojes o móviles. Saldríamos de allí a cualquier hora, lo sabía.

—No pongas esa cara. Todo irá bien.

Miré de reojo a Daisy y pasé por entre las barras metálicas de las alarmas.

—Yo creo que está interesado en ti, pero... si no se lo dices... —Levantó una mano en dirección hacia donde se perdía la espalda de Parker, con sus omoplatos desplegados por el esfuerzo de hacer avanzar el carro—. Cuando se trata de hormonas, los hombres van a lo inmediato y seguro.

—No todos. Los hombres que conozco...

—Los hombres que conoces no tienen hormonas, son científicos —replicó, interrumpiéndome—. Así como hay hombres que piensan con su pene, hay otros cuyo cerebro ni siquiera registra que tienen uno, y tú conoces muchos de esos segundos.

—Ésa es una afirmación que carece por completo de fundamentos. Te olvidas de Jeff.

Ése era un antiguo «algo» mío; ni siquiera sabía si debía ponerle el título de «hombre». Nos conocimos cuando comencé a colaborar con Andrew. Él estaba en otro proyecto y, si bien no trabajábamos juntos, de tanto en tanto nos cruzábamos en la universidad, en alguna que otra fiesta de colegas en común. La primera vez que conversamos a solas fue a los tres años de conocernos, y la primera vez que pensamos que podría ser divertido salir a comer juntos fue a los cinco. Empezamos a vernos fuera de la universidad y del ambiente laboral. Yo siempre lo había visto acompañado de una chica distinta cada vez, y jamás se me había ocurrido que él pudiese estar interesado en mí, porque esas jóvenes nunca eran de nuestro ambiente, sino más bien del tipo de mujer que no entendía ni media palabra de lo que él les decía... y yo pensaba que eso a él le gustaba. Me decía que así podía sentirse superior, más inteligente, y no me costaba imaginar que debía de verse a sí mismo como una especie de dios, un ser superior. Jeff era bastante pedante, egocéntrico e imbécil, pero eso lo descubrí a los siete años de conocerlo, después de estar dos con él. Me había costado mucho, teniendo en cuenta mi coeficiente, acabar de entender que el cerebro de Jeff iba por un lado, y su pene, por el otro; de hecho, su polla iba por todos lados, como si fuese una abejita que viviese en eterna primavera. El muy hijo de puta se había acostado con cuanta mujer se había cruzado por su camino mientras estábamos juntos. Cierto es que nunca

nos habíamos puesto el cartel de novios ni nada parecido; ni siquiera estoy segura de que hubiésemos sido amigos. Con él, los temas de conversación eran trabajo, trabajo y trabajo, y de eso pasábamos a la cama. Entre medio, no existía nada. Él conocía mi historia porque me surgió la necesidad de contársela, con la creencia de que querría saber algo de mí, pero en ese momento dudaba de que fuera capaz de recordar ni media palabra de lo que le expliqué. De su vida, yo conocía los estudios y trabajos publicados de sus padres, ambos científicos, dónde había nacido y estudiado, y poco más.

Definitivamente, Parker nada tenía que ver con Jeff ni con ningún otro de mis colegas, en su mayoría personas mayores o mucho mayores que yo, gente con la que podía hablar horas y horas sobre mi investigación o escucharlos contarme detalles sobre las suyas o las de terceros. Esos hombres y aquel ambiente eran mi lugar seguro, mi zona de confort. De otros hombres nada sabía, porque mi vida social tendía a la escasez y prefería los sitios tranquilos a los bares en los que no puedes ni oír tus propios pensamientos, menos que menos lo que alguien te dice.

Ningún hombre de los que yo había tratado tenía una mirada como la de Parker y, si la tenía, yo no la había notado jamás; dudaba de que ninguno de ellos me hubiese mirado del modo en que él me miraba, con esa intensidad.

Parker me desconcertaba de principio a fin, anulando todas mis reacciones programadas a lo que yo consideraba como interacciones sociales normales.

Sus interacciones sociales debían de ser más del estilo de aquellas a las que estaba acostumbrada Alicia. No por nada se alejaban de nosotras cada vez más.

Alicia le indicó que girara a la izquierda en la entrada del siguiente pasillo y él la guio, obediente.

Sentí envidia de ella, de eso que podía tener sin problemas. Seguro que Alicia no tenía que estar pensando qué decir, ni se habría quedado en silencio, y muy probablemente no maquinaría sobre los motivos por los que él se le acercaba.

«No dudar, no temer, no desconfiar...»

Otra vez me sentí como un animal criado en cautiverio.

En realidad, más o menos eso era.

Hay cosas que no recuperas ni con todo el tiempo del universo a toda tu disposición, y yo ni siquiera contaba con eso.

—¿Jeff? Ese desgraciado ni tan sólo puede llamarse a sí mismo «hombre». Es una basura. De todos modos, creo que Parker es algo entre medio, o al menos me da esa sensación.

—Sea lo que sea, no es asunto mío. Pongámonos manos a la obra, ¿de acuerdo? No quiero que luego nos falte cualquier cosa.

Y fue así cómo, ella al mando del carro y yo con la lista de la compra en una mano, fuimos a por todo lo que necesitábamos comprar y mucho más, que ante la perspectiva de una noche al aire libre no podíamos pasar sin malvaviscos y galletas, ni tampoco, según expuso Daisy, sin algo de alcohol más fuerte que simples cervezas.

A los quince minutos de dar vueltas por los pasillos, teníamos más de la mitad de los productos que figuraban en la lista y una docena de cosas que no.

—Quiero ir a ver unas camisetas. ¿Me acompañas?

—¿Camisetas? ¿No has traído suficiente equipaje? —Sabía que sí.

—Quiero ponerme algo alusivo al 4 de julio esta noche. Ven, echemos un vistazo. Anímate. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste un 4 de julio similar a esos que vives cuando eres pequeño y...? —Sin que le dijese nada, Daisy se detuvo—. Lo siento. Ha sido una tontería mencionar eso, pero bueno —continuó, recuperando la sonrisa—, puedes tenerlo ahora, con fuegos artificiales, hamburguesas, malvaviscos y una camiseta con la bandera.

—No, gracias, pero está bien, ve tú. Yo iré a por el resto de las cosas y, cuando acabe, te envío un mensaje para ver dónde estás.

—Yo, por favor —gimoteó—, acompáñame.

—No necesito ninguna camiseta.

—¿Dónde está tu ánimo festivo? Tienes mucho que celebrar.

—Lo sé, pero no necesito una camiseta. Insisto, ve tú, que yo terminaré de comprar lo que hace falta.

Detenida a mi lado, se cruzó de brazos.

—Hablo en serio, ve a buscarla y nos encontramos en un rato.

Descruzó los brazos, haciendo aspavientos.

—Te compraré una —soltó a modo de amenaza.

—No es preciso.

—Te elegiré una sexy para que Parker no pueda quitarte la vista de encima.

La miré y con eso se lo dije todo. Ella lo entendió.

—De cualquier modo, te traeré una. Ya verás.

—No me la pondré.

—Te obligaré.

—Sí, inténtalo.

—Soy pequeña, pero matona.

—Piérdete y date prisa. Si os retrasáis, juro que os dejaré a todos aquí y me iré; en serio, tendréis que caminar hasta el parque.

—No lo harás. —Rio.

—Que sí. —La aparté con un cariñoso empujón para apoderarme del carro—. Y no me compres nada. Me da miedo que lo hagas.

—Pues aprende a temerme —me amenazó, con las cejas en alto, sin perder la sonrisa. Con dos dedos, apuntó a sus ojos y luego a los míos. No me quedó más remedio que reír. Se alejó unos pasos y volvió a repetir el gesto.

—¡Ya! Date prisa o te dejaré aquí tirada.

Un par de muecas divertidas y ridículas tuyas podían alegrarte el día. Haciendo la payasa, dio

media vuelta de un salto y salió corriendo hacia el sector de textiles.

Me quedé un instante allí parada, observando lo que me rodeaba; necesitaba ir al sector de las refrigerados a coger leche fresca.

Me ubiqué pronto, porque todos los Walmart están organizados casi de la misma manera, sin importan en qué estado estén emplazados.

Impulsé el carro para ponerlo en marcha.

De camino al sector de productos fríos, recogí algunos productos más, incluidos un frasco de Nutella, palomitas de maíz, cereales y otras tantas tonterías que no constaban en la lista pero que se me antojaron al verlas.

En cuanto llegué al sector de los refrigerados, me entró frío. De pronto tuve ganas de llevar pantalones largos en vez de *shorts* y de haber tenido el tino de, al menos, haberme atado una camisa o una sudadera en la cintura para hacerle frente al aire acondicionado y al frío que emergía de las neveras.

Busqué la leche que a todas nos gustaba y fui a por yogur; de este último no sería tan sencillo elegir solamente uno, pues a todas nos gustaba uno distinto y yo recordaba el preferido de cada una; mi memoria grababa ese tipo de detalles con suma facilidad.

El primero que encontré fue el que le gustaba a Alicia. Medio a desgana, pillé un *pack* de cuatro y lo metí en el carro. Tiré de éste y fui a buscar el preferido de Daisy.

—¿Cómo va eso?

—¡Parker! —exclamé, dándome la vuelta.

—Sí, soy yo.

Sonreía. Estaba solo y no empujaba ningún carro ni tampoco traía consigo los fuegos artificiales que había dicho que adquiriría.

—¿Dónde está Alicia?

—La he dejado comprando maquillaje. ¿Puedo ayudarte? —Bajó la vista al contenido del carro—. Tienes bastantes cosas ya.

—Sí, estaba buscando yogur. Me falta dar con el que le gusta a Daisy y el que prefiere Sandra.

—Qué detallista.

Hice caso omiso de su comentario y moví la vista hacia los metros siguientes de nevera. Vi los envases del yogur vegano que comía Sandra.

—¿Prefieres alguno en particular?

Puso cara de asco y negó con la cabeza.

—No me gusta el yogur.

Iba a poner el de Sandra en el carro cuando él me lo quitó de la mano.

—¿Qué es esta porquería? —soltó tras echarle un vistazo.

—Es para Sandra.

—Menos mal, comenzaba a asustarme; he pensado que te gustaba a ti.

—Tampoco me gusta.

Me estremecí de frío.

—¿Cuál es tu preferido? —Colocó el *pack* vegano en el carro.

—El de frambuesas. En realidad, me gustan todos. Mierda, ¡qué frío hace aquí! —me quejé, y él se rio.

—No eres muy delicada.

Vi que empezaba a quitarse la chaqueta e intuí lo que pensaba hacer. Hormonas o no, por lo visto había algo de caballero en él.

—No. La comida me gusta en general —medio balbucí, con la vergüenza escapándoseme por los poros. No estaba acostumbrada a las galanterías masculinas.

Parker se movió hasta mí, extendiendo su sudadera por detrás de mi espalda.

—Eso es bueno —comentó, como si mis brazos entrando en las mangas de su sudadera no fuesen algo que estuviera sucediendo allí y en ese instante entre nosotros.

Enfundé el otro brazo y él recolocó la capucha por detrás de mi espalda.

Sin decir nada, regresó a su puesto al otro lado del carro.

El calor de su cuerpo en la sudadera me hizo estremecer de placer, y para qué hablar de su perfume, que se me pegaría a la piel y a la ropa.

Me moví y él cogió el carro y lo empujó por mí.

—Me gusta la Nutella. ¿Me acompañas a escoger la cerveza cuando termines aquí? Deduzco que, si sabes qué yogur les gusta, sabrás también qué cerveza prefieren.

Asentí con la cabeza y él me siguió.

—¿De dónde os conocéis todas vosotras? ¿Sois amigas de la facultad o algo así?

—No. Daisy es hija de Andrew, mi amigo, el que me ha prestado la autocaravana. Sandra y Alicia son amigas de la universidad de Daisy; ella me las presentó.

—Y, tú, ¿de dónde conoces al padre de Daisy... si es que puede saberse?

—Trabajo con él.

—¿Puedo preguntar en qué?

—Investigación para el Instituto Tecnológico de California. El Caltech.

—No tengo ni idea de qué es eso. ¿Y qué investigas? Esto sí que está difícil. Hay que sacarte las cosas a la fuerza.

—No es cierto. Soy astrofísica.

Parker se detuvo, quedándose boquiabierto.

—¿En serio?

—¿Por qué habría de mentir?

—No tienes pinta de ser... Bien, ni siquiera sé qué aspecto tiene un astrofísico. En realidad, tampoco tengo muy claro qué es lo que hace un astrofísico.

—Como cualquier otro ser humano —me defendí—. No quiero aburrirte. —No quería ponerme en plan «muy yo», porque sabía que, en cuanto abriese la boca, lo ahuyentaría; preferiría irse a hacerle compañía a Alicia mientras ésta adquiría el maquillaje—. ¿Qué haces tú?

—Trabajo por mi cuenta, pero la verdad es que ahora estoy desempleado. Desempleado y con ganas de intentar cosas nuevas. Cuéntame qué es lo que haces tú, quizá me dé por ir por ahí.

Me quedé observándolo.

—En resumen, estudiamos todo lo que se encuentra por encima de nuestras cabezas..., todo lo que verás en el cielo sobre el desierto cuando caiga la noche, y lo que no verás también. En realidad, es mucho más lo que no vemos que lo que vemos desde la tierra.

—Guau, eso sí que es poético.

—La física puede ser poética también. No, bueno, quizá en verdad no mucho, pero me gusta.

—Así que astrofísica... En serio que no tienes pinta de serlo.

Cogí el yogur que me gustaba y divisé a la distancia el preferido de Daisy.

—¿Has ido a la universidad? —La curiosidad me carcomía por dentro.

Parker negó con la cabeza.

—En cuanto terminé el instituto, me alisté.

—¿Eres militar?

—Ya no.

Sus mejillas perdieron fuerza y su sonrisa..., bueno, su sonrisa mutó a una mueca muy distinta y mucho menos feliz.

—¿Puedo preguntar dónde estuviste?

—En Afganistán.

Sin querer, mis ojos bajaron hasta las marcas en su brazo. Parker me vio mirarlas, pero no dijo nada. No me atreví a preguntar. Si esas marcas tenían que ver con Afganistán, probablemente no le traerían recuerdos muy dichosos.

—¿Mucho tiempo?

Asintió con la cabeza.

—Digamos que el suficiente —me contestó como si la voz le pesara. Sin duda debían de pesarle los recuerdos.

No me atreví a plantearle nada más y él ni siquiera hizo el amago de darme a entender que quería compartir conmigo más detalles al respecto. Lo dejé estar.

Recuperamos el movimiento en silencio, pero poco después lo rompí.

—Entonces, ¿te tiente la astrofísica?

Sonrió y negó con la cabeza.

—Bueno, astrofísica o no, supongo que bebes. ¿Vamos a por la cerveza o tienes algo más que buscar por aquí?

—No, ya tengo todo lo que estaba en la lista.

—¿Los malvaviscos formaban parte de ella? —curioseó, pícaro.

—¿No debe haber una fogata en todo 4 de julio que se precie? —Al menos así era en la imagen idílica que yo tenía de esa fiesta en la playa, con amigos y música. Nunca había tenido una de esas —. Las fogatas sin malvaviscos no han de ser lo mismo.

—No, no lo son. Una cosa no puede existir sin la otra. ¿Y las palomitas de maíz?

—Me gustan.

—¿Y esos caramelos?

—¿Tienes algún problema con mis compras? —solté, fingiendo el orgullo herido.

—No si me permites añadir unos nachos. Veo que ya tienes las hamburguesas y el pan. Perfecto.

—Y ketchup y mayonesa.

—Qué aplicada. —Rodé los ojos—. Debías de ser la mejor alumna, ¿no es así? Muy inteligente. La preferida de todos tus profesores.

Lo había sido, pero no se me ocurriría admitirlo en voz alta, porque él tenía toda la apariencia de haber sido el capitán del equipo de fútbol del instituto o incluso el tío bueno del que todas las chicas se habrían enamorado... y ni el capitán del equipo de fútbol ni el tío bueno que se lleva a las chicas detrás de las gradas del campo de deporte combinan con la friki del colegio que yo podría haber sido.

—Hay personas inteligentes para distintas cosas. Yo soy medianamente buena en lo mío, es para lo que sirvo, pero para otras cosas soy un desastre. Definitivamente, para muchas otras cosas soy un completo cero a la izquierda —insistí, recordando a Alicia junto a él. Esperaba no haber sonado demasiado amarga, pero creo que no lo logré.

—No te creo. Dudo que yo tenga demasiada inteligencia para nada y estoy convencido de que no entendería ni un cuarto de lo que pudieses explicarme sobre lo que haces.

—A veces siento que lo único que hago es especular sobre lo que no puedo tocar ni ver.

—Eso requiere imaginación.

—Basada en teorías; tampoco es que delire.

—Nunca antes había conocido a una astrofísica.

—Ni yo a un soldado.

—Exsoldado.

—Lo que sea. Yo no hubiese podido con eso. Te admiro.

Apartó la mirada, cerrándose en banda otra vez.

Fuimos a elegir la cerveza y cargamos el carro de suficientes latas como para acabar borrachos hasta la médula.

A continuación fuimos a por los fuegos artificiales y, después, me pidió que lo acompañase a buscar un par de camisetas y unos pantalones. Lo observé mientras pillaba las perchas, apenas molestándose en revisar las tallas. Era toda ropa oscura y sin mayores detalles o estampas. Arrojó las prendas dentro del carro con desgana.

Mientras él cogía la ropa, me dediqué a imaginarlo vestido de uniforme. Francamente, no resultaba difícil visualizarlo así. Lo que ya me costó más, quizá simplemente para no complicarme demasiado, fue imaginarlo con un arma en las manos, apretando el gatillo. Parker no tenía la

mirada de quien es capaz de disparar sabiendo que las balas que van a salir de su pistola van a lastimar a alguien (en el menor de los casos).

Mi cerebro vomitó al instante la pregunta que no me atrevería a hacerle: ¿había matado a alguien?

Definitivamente, no podía preguntarle nada semejante.

¿Habría visto morir a alguien?

Lo más probable era que sí.

Después de todo, las guerras son guerras, una situación muy lejana a la idea romántica de conflicto bélico que se ve en algunas películas.

Una vez había caído en mis manos un artículo de periódico en el que se hablaba de la cantidad de soldados que se suicidaban. No recordaba el número exacto; sin embargo, al leer aquello me había quedado con la sensación de que, lo que uno podía ver de la guerra desde su televisor o incluso en una recreación en el cine, nada tenía que ver con la realidad. La presión a la que estaban sometidos cuando se encontraban de servicio, la que sufrían al regresar a casa por el cambio de situación, la de los recuerdos que jamás debían borrarse...

Mis ojos volvieron hasta sus heridas.

Poco antes, cuando se había alejado de mí unos metros para coger un frasco de pepinillos en conserva, lo había visto cojear de la pierna izquierda.

En ese momento Parker volvió a inclinarse sobre ésta, como había hecho antes en la autocaravana. ¿Habría confundido su gesto de entonces y era el mismo que estaba realizando en ese instante, cuando no se la rascaba, sino que se la refregaba como si le molestase, como si tuviese un calambre o algo así?

Se enderezó y siguió su camino sin mirar hacia atrás.

Apresuré el paso, empujando el carro, y lo seguí.

Al final tuve que enviarles mensajes a las demás para ver dónde estaban, porque llevábamos más de tres cuartos de hora dando vueltas por el Walmart sin reencontrarnos.

Con Parker, fuimos hasta una de las cajas y él insistió en pagar. No se lo permití. Lo cargué todo en mi cuenta, incluidos los fuegos artificiales, pese a todas sus protestas.

Cuando salimos con nuestras bolsas en el carro, Daisy, Sandra y Alicia ya nos esperaban junto al vehículo.

Lo metimos todo en la autocaravana, colocando cada cosa en su sitio, antes de emprender de nuevo la marcha.

Regresé al volante, pero él no regresó al frente para acompañarme, por lo que, al final, al cabo de unos incómodos minutos, Daisy recuperó su sitio en el asiento del copiloto.

No pude ver qué hacía ni con quién estaba; me resultaba evidente que debía estar con Alicia. Por suerte, Daisy se puso a hablarme y ni siquiera me dio por intentar escuchar si Parker conversaba con ella o no.

La ruta estaba tranquila y el desierto, en paz, sin viento que levantase polvo, complicando la

visión.

Conduje durante algo más de una hora, hasta el siguiente pueblo, en el que paramos unos minutos para estirar las piernas y comprar café.

Parker no se separó en ningún momento de Alicia y volvió con ella cuando nos montamos otra vez en la autocaravana.

Daisy volvió a ser mi copiloto y, para mi amargura, Sandra vino a sentarse detrás de nosotras, dándonos completa intimidad a Parker y Alicia; bien, toda la que podía tenerse en ese reducido espacio.

A la media hora pasamos por otro pueblo, pero no paramos, porque el sol, despacio, bajaba por el horizonte y, con planes de preparar una barbacoa esa noche, era mejor que tuviésemos tiempo de llegar tranquilos y organizarlo todo.

En todo el rato que conduje con aquel increíble paisaje delante de mí, no hice más que visualizar Afganistán, a él allí, la vida que podría haber tenido en aquel inhóspito sitio... si a aquello podía llamarsele «vida».

Recordé su respuesta cuando le pregunté qué le gustaba hacer. «Ser útil», había dicho. Un soldado que quería ser útil. Definitivamente debió tener vocación para aquello que hizo, ¿o no? ¿Le habría permitido Afganistán ser útil? ¿Le habría sido útil a su país? Para ser francos, aquella era una guerra que en realidad no tenía demasiado sentido, como la mayoría de ellas.

Yo jamás hubiese podido ser soldado, y no solamente porque me habría muerto de miedo, pues el pecho me hubiese estallado de la presión, sino porque no podía hacerme a la idea de disparar un arma contra alguien, aunque no fuese con la intención de matar, sino solamente de herir, quizá para defenderme, para no ser asesinada. No, no hubiese podido hacerlo, porque comprendía lo débil que era el cuerpo humano, porque no me hacía a la idea de verme a mí misma causando dolor, ni siquiera a un terrorista.

Quizá yo, simplemente, fuese una cobarde, una persona con muy pocas agallas, una idiota que prefería esconderse detrás de sus libros en vez de salir a la batalla.

No, no tenía su valor ni su seguridad, ni su inteligencia para enfrentarse al mundo y vivir la vida.

Yo continuaba escondida en aquel ambiente frío y estéril del que siempre había querido escapar.

Recuerdos brillantes

—Desfallezco de hambre. —Sandra saltó del último escalón a la polvorienta superficie al lado de la carretera. La vi desde la distancia, saliendo de detrás del respaldo de mi butaca, por detrás de Daisy.

Nos habíamos detenido junto a un parador ambientado al mejor estilo del Oeste para comer y descansar un poco. Mi idea original era no parar más de dos veces a lo largo del trayecto, y ésa era nuestra tercera parada, para mí completamente innecesaria, ya que teníamos comida de sobra en la autocaravana y yo tampoco podía decir que estuviese tan cansada de conducir; simplemente necesitaba respirar un poco de aire, eso e interrumpir lo que fuera que estuviese sucediendo entre Parker y Alicia en la parte posterior del vehículo.

Conseguí mi cometido.

Alicia bajó siguiendo a Sandra. Comenzaron a alejarse, conversando mientras se ponían las gafas de sol.

Al interior se coló el calor abrasador del desierto. Allí no había mucho más que unas pocas construcciones medio perdidas en mitad de la nada, de la más bonita y amplia nada, compuesta por todos los tonos de marrón, dorado, naranja y rojo.

Creía que Parker iría tras Alicia. En vez de eso, dio un paso atrás y, con sus dos manos, le cedió el paso a Daisy en un galante gesto.

—Gracias. Eres todo un caballero.

—Se hace lo que se puede.

Daisy atisbó en mi dirección mientras se perdía escaleras abajo.

Al levantar la vista desde ella, lo encontré mirándome.

Me detuve en vez de moverme hacia la salida.

—¿Todo en orden?

—Sí, claro.

—Si estás cansada, puedo conducir un rato.

—No es preciso.

—¿No quieres confiarme el mando? Porque eres tú la que está a cargo, ¿no es así?

—No es que esté a cargo, sólo que me siento responsable, por el vehículo.

—¿Y no confías en mí?

No respondí.

—Tienes mala cara.

Hubiese preferido ser capaz de disimularla mejor, de guardármela para mí.

—No; tengo hambre, nada más.

—¿Eres de ese tipo de personas que se ponen de mal humor cuando tienen hambre?

—Quizá un poco.

—Un poco bastante —acotó—. ¿Te pregunto si quieres que conduzca cuando tengas el estómago lleno?

La sonrisa que curvó mis labios fue involuntaria.

Él era la causa de todo en mí frente a él, desde mi mala cara hasta mi sonrisa, pasando por mi necesidad de aire y de estirar las piernas un poco.

—Solía llevar un Humvee en Afganistán. ¿Cuenta eso como experiencia en conducción de vehículos grandes? Era bueno, lo juro. Mis superiores confiaban en mí al volante; en realidad, les hacía a veces de chófer. Puedo ser el tuyo, no perderás tu puesto.

—No es eso, Parker. —Con lo que él me provocaba, los nervios flotaban sobre mi piel igual que los gases sobre la superficie de un planeta todavía desconocido; al menos, desconocido para mí. Quise atreverme a inhalar aquellos gases para descubrir si eran tóxicos, y deseé recorrer la superficie de aquel planeta para entender si era capaz de sostenerme en pie sobre su suelo.

—Entonces, ¿qué es?

No le contesté y me dispuse a bajar la escalera. Él, dando un paso al lado, se colocó en mi camino.

Tenerlo allí, frente a mí, con su pecho a la altura de mi rostro, provocó que sintiese como si mi corazón no tuviese espacio suficiente dentro de mi pecho.

Negó con la cabeza, emitiendo un sonido nasal que retumbó en su torso.

Di un paso atrás.

—Bien, si quieres conducir, conduce. —Le tiré las llaves, que él pilló al vuelo. Hice el intento de pasar; no se movió de su sitio—. Y, ahora, ¿qué?

—Ha sido demasiado sencillo.

—Tú mismo lo acabas de decir: tienes experiencia de sobra. Puedes conducir un rato. Te reemplazaré al volante en cuanto te aburras.

—¿Me tomas el pelo?

—No, claro que no —le contesté, mirando en cualquier otra dirección menos a sus ojos—. Mientras tú conduces, aprovecharé para descansar. —No pude escapar a su mirada mucho más. En cuanto sus ojos azules me atraparon, no me dieron tregua.

—¿Qué? —me preguntó.

—Eso mismo, ¿qué? ¿Puedo bajar o qué?

Fue su cuerpo el que me contestó, haciéndose a un lado.

Ni una palabra más emergió de mis labios. Ni siquiera me di la vuelta para verificar si me seguía o no.

Mis zapatillas deportivas chocaron contra el suelo arenoso y caliente. Medio resbalé en mi

lamentable huida.

Vi a Alicia de pie junto al extremo de las mesas que había al aire libre; Sandra le hablaba, pero ella no le prestaba atención. Miraba en mi dirección, exactamente a mí, y no precisamente con buena cara.

Mis piernas alcanzaron a Daisy, quien caminaba hasta el puesto de comidas.

—¿Qué se puede comer aquí?

—Aceite, parece —respondió, haciendo una mueca—. Todo es frito.

Le eché un vistazo al cartel en el que estaban escritos todos los platos que vendían; todo fritanga, en efecto.

—¿Ha pasado algo?

—No, nada. —Me hice la tonta—. Me apetecen unos aros de cebolla.

—No iré contigo delante si comes esos aros.

—No importa, va a conducir Parker; acabo de darle las llaves.

Los ojos de Daisy se abrieron de par en par.

—¿Le has dado las llaves de la autocaravana?

—Ni se te ocurra decírselo a tu padre; le prometí que sólo conduciría yo.

Daisy espió hacia atrás por entre los hombros de ambas. Yo no me atreví a seguir su mirada.

—No lo decía por irle con el chisme a mi padre. Lo digo porque le has dado las llaves a alguien... y ni más ni menos que a él. Explícame eso. —Dirigió de nuevo la cabeza al frente y esperó.

—Me ha dicho que quiere conducir.

—¿Te lo ha pedido y has cedido así, como si nada?

Sudaba a mares, pero no por culpa del sol, que no daba tregua pese a que bajaba por el horizonte poco a poco.

—Sí —mentí—. Parker me ha contado que ha sido soldado.

—Ah, ¿sí? ¿Te lo dicho ahora?

—No, cuando estábamos en el Walmart.

—¿Y por qué no me lo has comentado antes?

—Porque en la autocaravana no se puede tener privacidad y no quería que me oyese contártelo. Según me ha dicho, solía conducir un Humvee en Afganistán.

—¿En Afganistán?! ¿Bromeas? ¿Estuvo allí?

—Podrías no gritar —le pedí, con los dientes apretados.

—No he gritado. —Se dio la vuelta y fisgó hacia atrás.

—Creo que tiene problemas con la puerta de la autocaravana. Puede haber conducido un Humvee en Afganistán, pero no tiene ni idea de cómo hacer para que se cierre la puerta. —Rio.

—Iré a ayudarlo. —Intenté dar media vuelta; Daisy me frenó, agarrándome por el codo.

—Aquí te quedas, ya lo descubrirá. Confío en él. Cuéntame qué más te ha explicado.

—Pues eso, que fue soldado durante un tiempo; por el tono en que lo ha comentado, debe de ser

bastante, aunque, para mí, un mes ya sería demasiado. No habría sobrevivido ni una semana. Ha mencionado que allí conducía un Humvee y que le hacía de chófer a sus superiores, o al menos que los llevó con él en algún momento.

—¿Crees que sus cicatrices se deben a...?

—Ha estado en la guerra, ¿no? Lo más probable es que sí. No lo sé, no me he atrevido a preguntárselo.

—¿Qué cargo tenía?

—¿Importa eso? —Atisbé un poco hacia atrás. La puerta de la autocaravana estaba cerrada y Parker caminaba en nuestra dirección.

—Eres pésima para espiar.

—No soy espía y no quiero meterme en su vida.

—¿No quieres o te da miedo hacerlo? ¿Sabe a lo que te dedicas? ¿Le has contado algo sobre ti? Si habéis estado conversando...

—Le he dicho que soy astrofísica y que me dedico a la investigación. Me ha preguntado de qué os conocía, si era de la universidad...

—Me extraña que no se lo haya preguntado a Alicia.

—Con ella debe de hacer otras cosas. —A mi pesar, soné despechada.

—Sí, probablemente.

—¿Todo frito? —gimió Sandra, deteniéndose a mi derecha.

—Quizá tengan tofu frito —bromeé—. Lo único que puede considerarse vegano en el menú son las cebollas y las patatas. Voy a pedir cebollas.

—No me gustan las cebollas. Supongo que me tocan patatas.

—Humm... Alitas de pollo. Ya me crujen las tripas. —Las tres nos dimos la vuelta para verlo llegar, seguido de Alicia—. Las alitas me ponen de buen humor —canturreó, lanzándome una mirada—. Yo invito, pedid lo que queráis.

Dos empleados con cara de aburridos, que había visto que trajinaban sin demasiado entusiasmo al fondo de la cocina, se nos aproximaron para tomar nota. Alicia eligió *nuggets* de pollo y patatas fritas; Sandra, una ración doble de patatas; yo, una doble de cebollas —Parker puso cara de asco cuando la pedí—, y Daisy, un *corn dog* y patatas fritas.

Parker, Sandra y yo pedimos agua; Daisy y Alicia, Coca-Cola.

Nos acomodamos en una mesa. Alicia fue directa a sentarse junto a él. Daisy y yo nos situamos al otro lado y, a empujones poco sutiles, me obligó a moverme por el banco hasta que quedé frente a él. De cualquier modo, hubiese dado lo mismo si me hubiese sentado a tres kilómetros de distancia, porque Alicia apenas le permitió prestar atención a otra cosa que no fuese ella. No paraba de hablarle, de reír para él.

Las alitas de Parker se enfriaron en la bandeja mientras yo devoraba un aro de cebolla tras otro y, con Sandra y Daisy, conversaba sobre Las Vegas y sobre el desierto.

Llegó la hora de regresar a la carretera y, tal como temía y esperaba, Alicia fue directa a

ocupar la butaca del acompañante.

Hice el mayor de los esfuerzos para convencerme de que tanto daba lo que esos dos hicieran. Rescaté uno de mis libros de mi bolso y me desparramé en el sillón que se extendía por la pared en un lateral de la mesa.

Daisy se puso a pintar en su iPad y Sandra cayó noqueada sobre su butaca a los cinco segundos de que nos pusiésemos en marcha otra vez.

Los minutos fueron quedando atrás, igual que había pasado con Las Vegas, mientras las sombras se tornaban más largas, adueñándose del desierto.

Daisy dejó de dibujar y, al cabo de un rato de intentar darme charla —yo ya no leía, pero tampoco me sentía con un ánimo muy conversador—, encendió su iPod, se puso los auriculares y se quedó dormida.

Sola y a unos metros de distancia, los observé mientras hablaban en voz baja. Alicia estaba sentada de lado, sonriéndole, riendo. Un par de veces le había tocado el hombro, y también le había dado la vuelta a la gorra de béisbol para que la visera quedase para atrás. Él, en más de una ocasión, volvió el rostro en su dirección para contestarle o solamente para verla y sonreírle.

Me pregunté si ella sabría de él mucho más que yo. ¿Sabría ella cómo se había lastimado el brazo o cuánto había sido ese «bastante» que duró su paso por Afganistán?

Desde mi lugar en la penumbra, porque, con la caída del sol y que yo no había encendido ninguna luz en la parte posterior, eso más que una autocaravana parecía una carroza fúnebre, oí que el GPS anunciaba que nos aproximábamos hasta la última opción de parada que tenía marcada por alguna eventualidad.

—Yolanda.

Al oír mi nombre en su voz, mi piel se erizó.

Me puse de pie, ignorando lo entumecido que tenía el cuerpo por haber estado en una misma posición durante tanto rato.

Caminé hasta la parte delantera y dudé de sostenerme del respaldo de su asiento. Al final no lo hice; me agarré del reborde del mueble superior a mi izquierda.

—¿Quieres que nos detengamos?

—Sí, supongo que estarás aburrido de conducir. Podemos parar al menos un momento, para cambiar de sitios. Debe de quedar todavía una hora de viaje.

—Podemos parar y puedo continuar conduciendo. Estoy bien. Esto es agradable, las vistas aquí son increíbles. Mira toda esa inmensidad.

—Yo ya comienzo a aburrirme de tanta roca y polvo. Recuérdame cómo hiciste para convencernos de venir hasta aquí.

—Vamos, no dirás que eso no es una maravilla —soltó Parker, acudiendo a mi rescate, o quizá la rescatase a ella de que le diese un puñetazo en mitad de la cara. Ella y yo jamás habíamos tenido la mejor de las relaciones; sin embargo, en ese instante deseaba verla desaparecer. Su mano derecha soltó el volante para apuntar hacia la carretera y la inmensidad allí fuera.

—Empiezo a tener la impresión de que nos hubiésemos divertido más quedándonos en Las Vegas.

«¡Vuélvete!», le grité mentalmente.

—Coge la entrada al pueblo, te relevaré en el último tramo.

—Puedo... —comenzó a decir Parker.

—No, está bien, yo sigo.

Asintió con la cabeza y, tras mirarme un segundo, volvió a concentrarse en el camino, siguiendo las indicaciones del GPS.

—¿Pasa algo?

Giré sobre mis talones para ver a Daisy ponerse en pie. Su cara de dormida era digna de retratar.

—No, nada. Estamos a punto de llegar a nuestra última parada. Parker y yo cambiaremos nuestros sitios.

—Oh, bien —comentó, llegando a nosotros. La oí suspirar—. Este paisaje es fantástico. Será impresionante ver el cielo nocturno aquí. ¿Entusiasmada? —me preguntó, sin apartar la vista del horizonte.

Lo estaba.

Parker se asomó rápido hacia atrás para mirarme. Me guiñó un ojo.

Sandra despertó y nos detuvimos. Compramos café, pasamos por los servicios de la cafetería y yo recuperé mi asiento, el cual tuve que mover hacia delante otra vez y subir el volante, además de adaptar los retrovisores, porque Parker había necesitado mucho más espacio que yo para acomodarse aquí.

El atardecer fue apresurándonos.

Divisé la entrada del parque de caravanas cuando las primeras estrellas brotaban en el cielo.

«Lake Mead National Recreation Area», rezaba el gran cartel marrón y verde que pendía sobre la entrada, sostenido por postes de madera que eran troncos de árboles apenas cepillados en los que podían verse las marcas de donde habían estado sus ramas.

Estacioné junto a la recepción, en cuya entrada ondeaba la bandera del estado de Arizona, con la mitad inferior azul, la superior con sus trece rayos rojos y amarillos intercalados, así como la estrella naranja en el centro. Me encargué del papeleo, porque fui yo la que había llevado a cabo la reserva. Avisé de que teníamos un pasajero más y aboné la diferencia.

Volvieron a indicarme cuál era la plaza que teníamos a nuestra disposición y me entregaron un mapa de las instalaciones y otro de las inmediaciones, en el que figuraban los parques y muchos números de teléfono de guías turísticos y *tours*, incluido uno en helicóptero para recorrer el Gran Cañón desde el aire, del cual yo ya había oído comentarios. Con dinero a mi disposición, no pensaba perdérmelo.

Subí para colocarme al volante por última vez hasta dentro de cuatro días. El lunes emprenderíamos el regreso, para que pudiese dejar a las chicas en el aeropuerto de LAX. Ellas

volarían a Hawái. Yo me largaría a la intimidad y la paz de la cabaña que Andrew tenía en mitad del bosque.

A pesar de que el parque de caravanas tenía casi todas sus plazas ocupadas, tuvimos la suerte de que nos habían asignado un lugar al final de una hilera en la que crecían algunos árboles; si bien éstos parecían estar muy fuera de su elemento, se esforzaban por crecer y alzarse hacia el cielo.

Entre los cinco nos dedicamos a la tarea de instalarnos.

Expandí el lateral para ganar espacio, conectamos la entrada de electricidad y la de agua y montamos fuera la mesa con las sillas, además de sacar una de las banquetas que teníamos de repuesto para que Parker tuviese dónde sentarse.

Sandra y Daisy colgaron fuera, desde la autocaravana hasta un árbol, dos tiras de luces. Sacamos la parrilla.

Parker se dedicó a encender el fuego.

A unos pocos metros, nuestros vecinos tenían los mismos planes para esa velada.

Los de al lado, un matrimonio de unos cincuenta años que llevaban veinte acudiendo allí para cada 4 de julio, vinieron a presentarse. Parker estuvo conversando un rato con el hombre; oí que hablaban de barbacoas y caravanas. En un momento dado, Parker apuntó con sus pinzas en mi dirección; el tipo alzó un brazo y me saludó. Parker continuó dándole vida al fuego.

Sandra y Alicia fueron a buscar hielo a la recepción, para poner las latas de cerveza en un cubo y dejarlas fuera, junto a la mesa. Con Daisy, comenzamos a poner la mesa, hasta que Parker, al quedarse solo, me pidió las hamburguesas y los panecillos para echar a la parrilla las primeras y colocar los segundos en un lateral para que se entibiasen gracias al calor de las brasas de carbón.

Entré a por la carne y el pan y vi de refilón la sudadera de Parker, que había quedado sobre uno de los sillones después de que se la devolviera al regresar del supermercado.

Yo llevaba puesta una de las mías, porque la temperatura, por la noche, no tenía ni punto de comparación con la que hacía allí durante el día.

Saqué las cajas de la nevera y, apoyándolas entre mi pecho y un brazo, las cargué. Con la mano libre, cogí la bolsa con el pan y la sudadera, para llevársela.

Al bajar por poco me llevo por delante a Daisy. Ella se fijó en todo lo que transportaba, en especial la sudadera de Parker. Me guiñó un ojo y no dijo nada; se hizo a un lado, sin ofrecerme ayuda, pese a que iba cargada, y ella, con las manos libres.

Puse los ojos en blanco y seguí camino hacia Parker.

Él estaba de espaldas a la entrada de la autocaravana, porque habíamos colocado la mesa y la barbacoa a una buena distancia, para no tener a nuestros vecinos tan pegados y para disfrutar de la increíble vista. En realidad, la que tenía sobre mi cabeza, la inmensidad azul pinchada de destellos —algunos muy plateados, otros más dorados, unos rojizos y otros con ligeros toques azulados— era imposible de ocultar con nada. De esa visión maravillosa del espacio allí fuera, en ese instante, nadie podría privarme.

Sin darme cuenta, me detuve con el rostro dirigido hacia la cúpula más estupenda que nadie pudiese tener sobre sí.

—Te ayudo con eso —le oí decir, y bajé la vista hacia él, quien soltó las pinzas y se movió en mi dirección.

Yo me puse en marcha también.

Cogió las cajas de hamburguesas de mis manos.

—¿Alcanzará para todos? ¿Cuántos vamos a ser? —bromeó.

—Depende de cuántas vayas a comer tú.

—Eso depende de cuánto dure la noche..., cuatro, cinco. Después de los fuegos artificiales, podría ir a por unas más... si hay cerveza suficiente para acompañarlas...

—La hay. Terminarás la noche borracho y con indigestión.

—No me preocupa, estoy seguro de que tienes un botiquín muy bien equipado ahí dentro. —Apuntó con la cabeza en dirección a la autocaravana—. Ya me darás algo para el empacho y algo para la resaca. De todos modos, me cuesta emborracharme con cerveza. Soy un tipo duro. —Situó las cajas en una de las zonas de apoyo que había a cada lado de la parrilla y flexionó un brazo, el izquierdo, para ser más precisos. Las cicatrices se tornaron más profundas.

En un parpadeo, actué como si no estuviesen allí, porque, a pesar de verlas los dos, como él no las mencionaba, yo no quise inmiscuirme allí donde nadie me llamaba.

—¡Ah, qué bien, me has traído la sudadera! —celebró, agudizando su voz hasta llevarla a un tono de soprano que en él quedó en extremo graciosa, sobre todo porque encogió los hombros y se estremeció, flexionando las rodillas, como si hubiese experimentado un escalofrío.

Sonreí y él me quitó su sudadera de las manos.

—Gracias —añadió ya con su voz normal.

—De nada —dije mientras dejaba el pan al otro lado de la barbacoa.

—Sí que refresca aquí. Menos mal que estoy cerca del calor del fuego. —Dio un paso al lado—. Ven, te cedo un rinconcito de mi calor..., del calor de las brasas, quiero decir —acotó, poniendo cara de payaso.

Acepté el lugar que me brindó. Subí el cierre de mi sudadera y acerqué las manos al calor que emanaba de las brasas mientras él se dedicaba a deshacer la pila de cajas de hamburguesas.

—Sigo sin comprender esto. —Su mano movió a un lado las hamburguesas veganas de Sandra.

—Se toma muy en serio su salud.

—Se está cargando su pobre estómago —bromeó—. No me atrevo a imaginar a qué sabe una de éstas.

—Están ricas; yo las he probado y tienen el mismo gusto, están saborizadas.

—Sí, pero no son carne. ¿Qué sentido tiene engañarte a ti mismo de esa manera? Comer algo que no es carne pero que sabe a carne... Eso no hace otra cosa que reafirmar mi punto de vista. Somos carnívoros y cualquier intento de vivir de otro modo es ridículo. Si le gustan ésas porque saben a carne, que admita que le gusta la carne y que la coma.

—Le dará algo cuando te vea tragar cuatro hamburguesas.

—Las degustaré frente a ella. —Se relamió los labios en un gesto más que sugerente.

—Te recomiendo no fastidiarla. Sandra es de cuidado. Tiene tres hermanos varones y sabe pelear. Tiene no sé qué cinturón de karate.

—¿Temes por mi integridad física?

—Tú deberías temer por ella.

—¿Con eso quieres decir que no te importa lo que me suceda? ¿No me defenderás si me ataca?

—¿No puedes defenderte solo?

—¿De una mujer? Pues no sé, todas vosotras sois temibles.

Alcé las cejas y me quedé mirándolo.

—No me pongas esa cara. Es cierto.

—No te veo defendiéndote de Alicia... ni temiéndola.

—A veces uno consigue llegar a una tregua.

—Ah, ya veo.

Comenzó a abrir las cajas de hamburguesas.

—¿Tú eres buena haciendo treguas?, ¿eres buena negociadora?

—No es mi fuerte.

—Entonces, ¿no hay ningún novio por ahí, perdido en alguna parte?

—No.

Parker puso las primeras hamburguesas sobre el fuego. Contra el hierro caliente, chisporrotearon deliciosamente. El aroma que desprendieron hizo que me entrase apetito.

—¿Y qué hay con tu amigo Andrew?

Negué con la cabeza, riendo. ¿De verdad había imaginado que entre Andrew y yo podía suceder algo?

—Somos amigos y colegas de curro. Bueno, en realidad, es mi jefe. Estoy en su equipo de trabajo.

—Y entre científicos no hay eso del jefe seductor y...

Me carcajeé. ¿En qué mundo podría calificarse a Andrew de seductor? Probablemente, en ninguno.

—¿Qué es tan gracioso?

—Andrew no es ese tipo de hombre. Para mí, escucharlo hablar es una delicia, pero no creo que forme parte del grupo que el resto del mundo podría describir como «seductor». Además, en la vida se me ocurriría mirar a Andrew de ese modo. —La idea me parecía de lo más desagradable.

—¿Por qué no?

—Porque lo conozco desde los diez años y es más como un tío para mí.

—Entonces, ¿estás libre?

Más que libre, podía decirse que estaba sola.

Me aclaré la garganta.

—¿No pondrás más hamburguesas? Ésas, según tus estándares de consumo, alcanzan solamente para ti.

Movió las manos a toda prisa para recoger más piezas y ponerlas al fuego.

—¿Qué hay de ti, además de Alicia?

—¿Qué pasa conmigo?

La voz de Alicia no sonó muy feliz.

Parker se dio media vuelta. Yo me puse roja como el ketchup que estaba sobre la mesa, por lo que me mantuve en mi sitio, de espaldas a ella.

—Nada, sólo nos estábamos preguntando dónde os habíais metido vosotras dos.

Consciente de que la oscuridad de la noche camuflaría mis enrojecidas mejillas, me giré para verlas andar cargando el cubo con el hielo.

—Aquí estamos. Ahora sí que esto será una fiesta de 4 de julio con todas las de la ley.

—¿Cómo puede serlo si piensas comer una de esas cosas con gusto a carne que no son de carne? Hazme feliz y permíteme que te prepare una hamburguesa de verdad.

—Oye, tú —Sandra lo apuntó con un dedo—, sé que eres nuevo en el grupo, pero no por eso vayas a creer que voy a tolerar que pongas en tela de juicio mi estilo de vida. A todos vosotros debería daros vergüenza asesinar animales para... —lo dijo medio en broma, medio en serio, pero eso no evitó que Alicia comenzara a quejarse, porque ella iba a la carga otra vez con lo mismo.

—No hagas que me entre asco. Si me arruinas la noche, dormirás a la intemperie —la amenazó Alicia mientras pasaba de largo para llevar el cubo con hielo hasta la mesa. Los *packs* con la cerveza descansaban sobre ésta.

—Mejor voy a ayudar a Daisy.

Él aceptó mis palabras con una media sonrisa de compromiso y continuó con su trabajo.

—Y, bien, ¿cómo te ha ido ahí fuera con el soldado?

—Exsoldado.

Daisy terminó de cortar la última rodaja de tomate y la colocó en el plato con las demás.

Se quedó esperando.

—Ha debido de cruzársele por la cabeza que entre tu padre y yo pasaba algo. De hecho, me ha preguntado si entre él y yo había algo.

—Guau, esto se pone interesante, cree que te tiras a mi papá. Sería muy extraño tener que llamarte «mamá».

—Daisy, por favor —solté, sacudiendo la cabeza para quitarme esa imagen del cerebro.

—El soldado está interesado en ti.

—Exsoldado y, en cuanto ha reaparecido Alicia, ha perdido por completo el interés. No es nada, sólo hemos conversado.

—¿No te gusta?

—No estoy ciega, Daisy. Lo veo, ¿de acuerdo? Tiene lo suyo y eso salta a la vista sin que una tenga que poner demasiado esfuerzo en notarlo, pero no pasa nada entre nosotros, ni pasará.

—Al menos parece que ya no desconfías tanto de él.

La verdad era que sí, ya no desconfiaba tanto de él. Las cosas que había preguntado sobre mí nada tenían que ver con lo sucedido en el casino y, a pesar de no dar demasiados detalles sobre sí mismo, era un tipo agradable, incluso divertido. Imaginé que yo debía coartar un poco su personalidad por ser algo parca y por no tener todas las cualidades sociales de Alicia; sin embargo, por lo visto, aun así, podíamos mantener nuestras breves conversaciones.

No volvimos a tener ninguna otra a lo largo de la cena, ninguna en privado, pues charlamos entre todos mientras comíamos y bebíamos cerveza.

Las chicas contaron anécdotas de sus 4 de julio. Parker y yo guardamos silencio. Ellas recordaron momentos de sus estudios, de vacaciones y de viajes con amigos. Parker y yo guardamos silencio.

Él y yo sólo despegábamos los labios cuando se trataba de temas neutros y poco profundos; comentarios vagos y distantes. Yo sabía por qué no quería discutir determinados temas delante de él, pero no tenía ni idea del motivo por el que se estaba guardando su vida para sí y eso me mataba de curiosidad. Probablemente no le interesaba que el resto de nosotras lo conociésemos, seguro que se guardaba todo lo que tenía para contar para los oídos de Alicia.

Lo dejé estar, no tenía sentido amargarme.

Comimos como si no hubiese un mañana y también bebimos bastante.

Asamos los malvaviscos sobre la parrilla —ya que, cuando llegamos, nos advirtieron de que estaba prohibido hacer fogatas— y, mientras nosotras disfrutábamos de éstos, Parker se alejó para tirar los fuegos artificiales desde una buena distancia de nuestra autocaravana y del resto de nuestros vecinos.

Contemplé, embobada y emocionada, los fuegos estallando en el aire nocturno, iluminando la dura tierra a nuestros pies. No era la primera vez que veía fuegos artificiales, pero sí eran los primeros de un 4 de julio, porque hasta la fecha nunca había vivido una celebración así. Las veces que había tenido ocasión de ir a alguna fiesta del Día de la Independencia, había pasado de acudir, para quedarme en casa trabajando o estudiando. Consideraba que ya era mayor para eso.

Entendí que no era así cuando percibí la humedad de las lágrimas que se deslizaban por mi rostro.

Sin saberlo, Parker me estaba regalando recuerdos brillantes que atesorar. Lo adoré por eso, jamás lo olvidaría por eso. Nunca lo sabría y probablemente poco le importaría, pero, queriéndolo o no, se había ganado un lugar único en mí. Él estaba volviendo más luminosa esa nueva vida que tenía desde el día anterior, tanto que amenazaba con expandirse mucho más allá de los límites conocidos del universo.

Una gigantesca cascada de destellos plateados estalló sobre nosotras, iluminándolo todo. El estallido retumbó en mi pecho. Las chicas gritaron, yo chillé de felicidad.

Sandra lo estaba grabando todo.

A la nube de estrellas plateadas se le sumó una de brillos azules.

—¿Yolanda?

Sin poder parar de llorar y de sonreír, giré la cabeza en dirección a Daisy.

Ésta había notado que lloraba y, al instante, rodeó mis hombros con sus brazos.

—Estoy bien —hipé.

—Sé que sí. —Su mano derecha limpió las lágrimas de mis mejillas, las cuales no tardaron nada en volver a convertirse en ríos que no podía parar de liberar desde mi interior.

Creía que todo estaba curado y cicatrizado, pero resultó evidente que no era así. Hasta ese momento, parte del sufrimiento se escondía en mí... Bueno, en realidad yo pretendía esconderlo.

Lo solté todo, lo dejé fluir en sus brazos mientras Parker continuaba brindándonos aquel espectáculo.

Para cuando la provisión de fuegos artificiales se le acabó, yo ya había conseguido recuperar la compostura.

Nuestro festejo del 4 de julio atrasado terminó en las primeras horas del día 6, después de que pusiésemos un poco de orden fuera y dentro de la autocaravana, para poder acostarnos a descansar.

El hecho de ser cinco personas y contar con un solo baño presentó sus complicaciones, pero poco a poco fuimos desfilando, para estar listos para acostarnos.

Cuando fui a meterme en mi litera, tras cepillarme los dientes y lavarme la cara, Parker y Alicia estaban medio desparramados en el sillón que se convertía en cama al apartar la mesa del comedor. Con sus cuerpos parcialmente ocultos debajo de las mantas, miraban, en el móvil de ella, los vídeos que había capturado de los fuegos artificiales.

No me entretuve nada mirándolos. Me alcanzó con un parpadeo para entender que debía continuar rumbo a mi cama, porque ellos ni siquiera se habían percatado de que yo había salido del baño.

Enfilé por el pasillo hacia el fondo del vehículo y me crucé con Sandra; era su turno de usar el baño.

Daisy estaba metida ya bajo las sábanas. Leía gracias al tenue brillo de la luz de la pared.

—¿Mejor?

Le contesté que sí con la cabeza.

—Este viaje fue una idea estupenda.

—Sí, lo fue.

—Me siento feliz por ti —me dijo bajito, y no pude evitar volver a emocionarme.

—Ni se te ocurra hacerme llorar, que ya he tenido suficiente.

—Ok, prometo no decir nada más, pero... me alegra tanto que todo saliera bien.

—Gracias.

—Me debes un bonito regalo por venir a soportar toda esta tensión.

—Lo tendrás.

—Bromeaba.

Tendí mis brazos hacia ella. Nos unimos en un potente abrazo. Daisy era lo más parecido a una hermana que pudiese haber tenido. Lo era.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Besé su mejilla. Las lágrimas iban a volver a escapárseme en cualquier momento.

—Que descanses.

—También tú —me contestó.

La solté y me agaché para meterme en la cama, dejando de paso mis cosas en el pequeño compartimento de almacenamiento que me correspondía, debajo de la litera.

Aparté las mantas, me cubrí y, para terminar de apagar lo que sucedía a unos metros detrás a mis espaldas, cerré mi espacio con las cortinas, quedándome a oscuras, como si estuviese en el espacio, con la salvedad de que allí dentro no brillaban estrellas.

Acomodé la cabeza sobre la almohada y cerré los ojos. Las estrellas brillaron al otro lado de mis párpados con el recuerdo de los fuegos artificiales.

Volví a agradecerle haberme regalado aquel momento.

En nada, el sueño comenzó a reclamar su dominio sobre mí.

Me quedé dormida antes de que Sandra regresara del baño.

Soñaba que estaba en una habitación helada e insípida cuando oí los susurros y los gemidos; debían de estar devorándose el uno al otro con los labios.

Estaban siendo cuidadosos, pues apenas hacían ruido; sin embargo, no necesité asomarme al pasillo o ni siquiera correr la cortina para saber que Alicia no estaba en su litera y que debía de estar desnuda en los brazos de Parker.

A mí no me habían despertado ellos, sino mi pesadilla; no obstante, los pocos sonidos que provenían de la parte frontal de la autocaravana sonaban en mis oídos como si estuviesen practicando el sexo más ruidoso del universo.

Me tapé la cabeza con la almohada, pero no resultó. Otra vez intenté recitar la tabla periódica. Perdí el hilo cuando lo oí a él gruñir.

Los elementos químicos se transformaron en la forma de sus labios, en el largo de sus dedos, en las cicatrices de su brazo izquierdo... Lo imaginé sobre mí y al cabo de un instante recordé que era ella quien lo acompañaba.

Creí que no terminarían jamás y padecí cada segundo hasta que se quedaron en silencio, porque, después de hacerlo, estuvieron susurrándose cosas. Al menos me quedó claro que Parker no era de esos que practica sexo, se da media vuelta y se duerme sin ni siquiera cruzar una mirada contigo, tal como solía hacer Jeff.

Parker...

Si no hubiese estado follando con Alicia, me habría caído un poco mejor por lo que había

hecho.

El silencio regresó al rato, pero yo ya no conseguí volver a pegar ojo.

Esperé y esperé; el sueño no regresó.

Me harté de aguardar.

Descorrí la cortina, a tientas encontré mi sudadera, me la puse y, de puntillas, procurando no mirar en dirección al sofá cama en el que dormían los dos acurrucados —Parker sobre ella, porque sí los vi, ya que mis ojos se escaparon de mi gobierno por un segundo—, salí a la madrugada del desierto.

Dormir con un ojo abierto

Mi lado izquierdo ya no era mi lado izquierdo, sino una monstruosa amalgama de dolor y entumecimiento.

Quería moverme, sabía que debía hacerlo. No podía quedarme allí y, sin embargo, mi cerebro, ensordecido por el dolor y la incredulidad, no conseguía hacer nada más que procesar el instante de vacío en el que había quedado.

Los oídos me pitaban y, por detrás de ese pitido, no oía nada más. ¿Me habría quedado sordo? Eso poco importaba, porque, si no me movía de donde estaba, moriría.

Tosí y me dolió el pecho... Era una punzada directa entre las costillas del lado izquierdo; se trataba de un dolor frío. Los disparos ardían; eso era diferente.

Bajé la vista y, entre tanto humo y polvo, no logré ver nada.

Mi parte izquierda volvió a reclamar mi atención con aquella sensación que provocaba que me diese la impresión de que mi carne intentaba mutar a una forma completamente distinta a la original. ¿Por qué mis huesos querían escaparse por entre mis músculos?

Sacudí la cabeza y moví las mandíbulas, intentando destaparme los oídos; sentía como si estuviese en la cabina de un avión despresurizada por completo a una gran altura.

Los ojos me escocieron. Parpadeé varias veces hasta que, junto con un montón de lágrimas, logré aclararme un poco la vista para descubrir rojo por todas partes..., en el humo, en el brillo del sol por detrás de éste, debajo de mí y en las paredes. Rojo y nada más que rojo, como si en el mundo no existiese otro color.

Rojo oscuro, casi negro.

Intenté hablar y la voz no me salió.

Tragué en seco. Tenía la boca llena de polvo.

Mi cerebro consiguió captar algo más que el desconcierto de aquel instante en el que el tiempo parecía haberse detenido.

Olía a quemado; a carne quemada, para ser más exactos.

A carne humana chamuscada.

El olor, entre dulzón y acre, provocó que se me revoliesen las tripas. Iba a vomitar.

Mi lado derecho descansaba sobre una pared que era, casi en su totalidad, de ladrillos desnudos que se desmenuzaban bajo el peso de mi cuerpo.

A la altura de mis ojos quedaba una porción de revoque pintado de rosa pálido; un rosa amarillento que me recordó el desierto.

Pensé en el desierto y esperé sentir calor.

Ojalá hubiese podido sentirlo.

Temblaba de frío, pese a que tenía la espalda empapada en sudor.

Mi rostro estaba pegajoso. Un continuo torrente corría por mi sien izquierda, al lado del ojo.

Todo mi exterior estaba pringoso y helado.

Volví a parpadear; el pitido en mis oídos no terminaba de desaparecer.

Intenté despegar el hombro derecho de la pared y, con sólo moverme un poco, todo mi cuerpo se quejó de dolor, todo menos mi pierna izquierda; no podía sentirla. Me esforcé en percibir su presencia; podía notar mi pie derecho dentro de la bota, pero del izquierdo...

Le indiqué a mi cerebro que le ordenase a mi pie mover los dedos. La conexión se perdió a la altura de mi rodilla.

No querer entrar en pánico y no entrar en pánico son dos realidades muy diferentes.

Debía mirar, pero no me atrevía a bajar la vista.

Inspiré hondo para infundirme valor. Mi pecho, con el movimiento de mi caja torácica, me hizo saber que el dolor allí no se marcharía sin más.

Apoyé la mano derecha en el suelo repleto de escombros, que se clavaron en mi palma; la superficie estaba caliente y húmeda. Con la mano, me impulsé y me incorporé un poco, para poder apoyar la espalda contra la pared. No pude evitar gritar de dolor. Algo cayó a mi izquierda; más escombros quizá... Era algo metálico y grande, pero no demasiado pesado.

No pude apoyarme por completo contra la pared porque, por detrás y de lado, mi parte izquierda era puro fuego y desgarrones.

El esfuerzo y el dolor me arrancaron más lágrimas.

Con la mano derecha, porque era la única que funcionaba, barrí el sudor que me escocía en los ojos. Sentí la humedad en mi mano y al bajarla...

No era sudor, era sangre; sangre muy roja que no paraba de soltar mi carne.

—Mierda.

Mi voz salió, pero no viajó mucho más allá de mis labios. Apenas si tenía aliento; llenar mis pulmones me parecía un imposible... Es más, el izquierdo sonaba a burbujeo. Eso no era nada bueno; no necesitaba a nadie del equipo médico para que me lo confirmase, ni tampoco necesitaba un examen médico para entender que mi cuerpo iba de mal en peor; mi corazón latía rápido y desacompasado.

El temblor en mi mano derecha me subió por el brazo hasta el hombro. Lo ignoré. Con torpeza, muy pocas fuerzas y a tientas —porque, si bien el polvo descendía, el humo no hacía otra cosa que ponerse más denso y negro—, la moví hasta mi pecho. Mis yemas tocaron la tela áspera y húmeda que cubría el chaleco hasta recorrerlo por completo pasando por encima de los bolsillos. Ya lo había notado algo flojo, como si se me hubiese movido de lado.

Mi mano guio mis dedos hasta que la estructura de éste se acabó mucho antes de donde debía hacerlo; lo tenía corrido hacia la derecha. El borde que en principio debía quedar debajo de mi

axila estaba a la altura de la mitad de mi pectoral.

Las yemas de mis dedos cayeron por el abismo de la protección del chaleco antibalas hasta dar con la chaqueta de mi uniforme, no más de dos escasos centímetros de tela empapada, hasta que se toparon con la innegable presencia de un objeto metálico y afilado que debía de estar clavado entre la séptima y la octava costilla, o quizá una más arriba, no estuve seguro. Tenía algo metálico enterrado en el pecho, algo así como un trozo de chapa, de entre cinco y siete centímetros de ancho.

—Mierda, mierda, mierda —gemí, con la desesperación gritando contra las paredes de la poca cordura que me quedaba para ser liberada.

Mis dedos, sucios de sangre, temblaron al ascender por el filo lateral de la pieza. La muy hija de puta parecía no querer acabar jamás.

No quería desesperar, pero aquella cosa debía de tener más de veinte centímetros de largo por la parte exterior de mi cuerpo.

—Dios...

Me estremecí.

En mis oídos sentí los pesados latidos de mi corazón.

«Como pesadas botas intentando salir de mi pecho», pensé, cerrando los ojos.

—Craig... —La voz se me quebró.

Joder, no podía morir allí. No así.

—¡Craig!

Mi grito llamándolo se desvaneció, dejándome solo.

—¡Craig!, ¡Aguirre! ¡Foster!

Nadie contestó.

—¿Hermano? Eh, compañero, ¿estás ahí? —No podía estar muy lejos, no debía de estar muy lejos... Si no recordaba mal, él se encontraba...

Mis párpados cayeron pesados, entre resignados y horrorizados.

Él iba a mi izquierda, corría a mi lado.

Mi lado izquierdo...

—¿Hermano?

Nada.

Algo crujió. Sonó como a escombros al ser pisados.

Alguien se acercaba.

Mi cerebro se olvidó del dolor, a pesar de que mi cuerpo no lograba deshacerse de él.

Temblando, porque no podía moverse de otro modo, mi mano derecha buscó la cartuchera situada en mi muslo del mismo lado.

Otro paso, otro crujido.

Divisé primero una sombra y, al cabo de un par de segundos, esa sombra se transformó en un contorno abultado que flotaba entre el humo negro, el polvo y el olor a quemado.

Ese cuerpo fue delineándose ante mí, tomando la forma del enemigo.

Un rifle colgaba de uno de sus hombros.

Saqué el arma de la cartuchera y la alcé, apuntándolo. Mi pulso temblaba lo suficiente como para que, al disparar, la bala saliese en cualquier dirección menos hacia su cabeza, que era donde pretendía darle.

Él, con un pulso más firme y un arma mucho más potente, apuntó en dirección a la mía.

Ni aun teniendo el casco puesto, sería capaz de resistir el disparo.

Habló y, al principio, no entendí lo que decía.

Tuvo que repetirlo tres veces para que lo entendiese.

—Mucha sangre —me decía en un inglés muy trabado.

Mi mano tembló en alto. El dedo se me escurría del gatillo.

—Mucha sangre —repetió, bajando el arma—. Mucha sangre.

Meneó la cabeza y dio un paso atrás.

Lo poco que quedaba de mí no valía una de sus balas.

Otro paso atrás, moviendo los escombros.

Despacio, giró para darse media vuelta.

Me estaba dejando allí tirado, para que muriese solo en mitad de la nada, desangrándome.

—¡Eh! ¡Eh, tú! —grité, y el dolor en el pecho me hizo encogerme—. Mierda. —Las lágrimas que se me escapaban debían de estar barriendo la sangre en mi rostro—. Eh, tú, vuelve aquí —le dije en inglés. A continuación lo llamé utilizando un par de los idiomas que usan en la zona; no respondió al darí ni tampoco al pastún. Probé también con un par de lenguas menores que se hablan por los alrededores, de las que apenas si sabía cuatro palabras, y con el ruso; nada lo detuvo. Se alejó de mí a paso tranquilo. Su trabajo allí había finalizado—. ¡Maldito desgraciado, no te vayas! —le grité, pagando las consecuencias con una nueva oleada de dolor que por poco me mata—. Vuelve aquí —grité y lloré—. ¡Vuelve! Vuelve... —No regresó; de hecho, terminé de perderlo de vista.

Mi brazo derecho cayó, no tenía más fuerzas para continuar con él en alto.

Solté el arma en el suelo y alcé esa mano hasta la base de mi cuello, buscando el intercomunicador prendido del chaleco antibalas.

Di con el aparato. Su estado no era mucho más pasable que el mío. Los cables colgaban por cualquier parte y, en cuanto intenté cogerlo para utilizarlo, se deshizo en mi mano.

—Putá mierda.

Desprendí la pequeña caja negra de mi pecho, tironé del cableado y lo coloqué a un lado, sobre el suelo, para echarle un vistazo.

Tiré de los cables para dar con el final del que había sido el auricular. Nada que hacer, éste estaba roto... aunque aún quedaba una parte del micrófono.

Ni mis dedos ni mis ojos colaboraban demasiado. Me las ingenié para intentar volver a montarlo, rogando que funcionase.

—Base, aquí... —Se me fue la voz—. Base, aquí Bravo cero uno. Base, aquí Bravo cero uno. Base... —No tenía forma de saber si me oían o no—. Base, aquí Bravo cero uno, hombre herido.

Mi mano derecha se heló. Sentí como si se me congelase por dentro. Eran agujas de hielo clavándose en mi carne desde dentro, como si surgiesen del hueso.

Supe que estaba a un paso de la descompensación y de perder la consciencia.

El temblor de la mano se expandió por todo mi cuerpo y, entonces, oí pisadas otra vez; parecían provenir de mi izquierda, aunque no podía percibir las con mi oído de ese lado.

Solté el intercomunicador y empuñé el arma.

No fui lo suficientemente rápido.

Un cañón se pegó al lado izquierdo de mi cráneo. El metal estaba caliente, como si el arma hubiese sido disparada pocos segundos antes.

—Despídete del mundo, soldado —me dijo una voz en inglés.

Apreté los párpados, pero eso no evitó que oyese el «clic» del gatillo.

El fogonazo de dolor atravesó mi cabeza del lado izquierdo al derecho.

Abrí los ojos boqueando, buscando el aire que no conseguía meter en mis pulmones.

No podía ver ni oír.

Percibí el sudor helado sobre mi piel hirviendo. Tenía el rostro empapado.

Giré hasta quedar boca arriba y, entonces, pude ver por primera vez el perfil del mueble que estaba sobre mi cabeza y el resplandor de la luna que entraba por entre las cortinas de la autocaravana.

Allí ya no había humo ni olor a carne quemada.

Me pasé ambas manos por el rostro y, después, observé mis palmas, esperando encontrarlas rojas.

No había rastro de sangre.

Estaba bien, estaba a salvo.

Bueno, a salvo...

Al menos estaba bien.

«No he debido dormirme», pensé.

Se suponía que iba a estar atento, que dormiría con un ojo abierto y con mi arma al alcance de la mano.

La pistola se encontraba al fondo de mi mochila, demasiado lejos de mí.

En mis oídos ya no sonaba aquel pitido, sino solamente la profundidad de la noche en el desierto y la respiración pausada y profunda de Alicia a mi lado.

Giré la cabeza y la miré.

—Mierda —gruñí, tapándome la cara con ambas manos—. Idiota.

Volví a barrer mi rostro con un gesto frenético.

Me moría de calor, a pesar de tener la piel completamente helada.

Se me escapó un suspiro.

Bajé los brazos al duro colchón y me quedé mirando el techo.

El silencio allí era tan pesado...

Transcurrieron unos segundos y, entonces, volví a oír pisadas moviéndose en el suelo arenoso.

Sacudí la cabeza, procurando aclararme las ideas, porque no sabía si las había captado de verdad o si sólo eran el eco de otras pisadas cuyas huellas habían quedado marcadas en mi memoria para siempre.

Mi mano derecha empezó a temblar. Dejé de sentir el brazo izquierdo y algo caliente que no estaba allí corrió por encima de mi piel desde mi nuca hasta mi cuello, para fluir por entre mis omoplatos y, de allí, recorrer toda mi columna vertebral.

—Concéntrate, estás aquí —me dije en voz baja—. Céntrate.

Guardé silencio, procurando poner mi mente en blanco.

Al lograrlo, oí pisadas una vez más. Eran apenas susurros, pero ahí estaban.

Sin mover la cabeza, deslicé la mirada por encima de las ventanas. Las cortinas estaban echadas, no cerradas a cal y canto, dejando poco margen para espiar hacia fuera y de fuera hacia dentro.

Las pisadas sonaron una vez más. El sonido no provenía del lado derecho.

Giré disimuladamente hacia la izquierda y, al cabo de unos segundos, las oí con mejor claridad.

Había alguien en el exterior.

Maldije por dentro, usando mi nutrido vocabulario de insultos.

No perdí tiempo.

Sigiloso, aparté las mantas y salí de la cama, bajando al suelo a cuatro patas. En el suelo estaba mi pantalón de deporte, el que me había puesto para meterme en la cama, y mi camiseta. Como pude, me vestí a toda prisa y sin hacer ruido, y luego fui a por mi mochila, que estaba guardada en uno de los compartimentos bajos al otro lado de la autocaravana; por suerte, la tapa de dicho compartimento de almacenaje estaba equipada con una especie de cierre hidráulico que se abría con la más ligera presión y sin emitir el menor sonido.

Sin sacar la mochila, abrí el cierre de ésta y metí la mano dentro, zambulléndola entre mis cosas hasta el fondo, hasta dar con la cartuchera del arma.

Capté los pasos en el exterior una vez más.

Esos pasos quizá eran de un simple vecino curioso, pero, por las dudas, saqué la pistola de la cartuchera, la cual devolví a la mochila, y la escondí detrás de la cintura de mis pantalones, debajo de la camiseta.

Sosteniéndome del asiento de la butaca que se encontraba a mi derecha, me puse en pie sin enderezarme del todo.

Atisé a través de la ventana y la cortina, pero no vi nada, solamente el suelo arenoso del desierto, teñido de un azul plateado a causa de la luna que reinaba allí arriba.

Moviéndome hasta el fondo, fui a por la siguiente ventana.

Aparté un poco las cortinas y no vi nada.

Las de la luna delantera estaban echadas por completo, para evitar que entrase el sol por la mañana.

Antes de continuar avanzando, espíe hacia atrás. Alicia seguía durmiendo plácidamente.

Di dos pasos más y entonces lo vi, la cortina de la litera inferior, la que había visto que ocupaba Yolanda, estaba abierta, y ella no se encontraba en su cama.

Las de Daisy y Sandra estaban cerradas, y la cama de Alicia limpiamente tendida.

Yolanda debía de estar allí fuera, porque la puerta del baño estaba entreabierta y allí dentro no quedaba más lugar en el que esconderse.

Se me puso la piel de gallina, porque ella no estaba allí y no le encontraba sentido a que hubiese estado merodeando por fuera de ese modo. Los pasos no podían ser de ella.

La preocupación poseyó mi pecho.

Deshice mis pasos lentamente. Pillé mi sudadera del sillón y me la coloqué para tapar el blanco de mi camiseta.

Subí el cierre y me eché la capucha sobre la cabeza.

Al salir, Yolanda había quitado la alarma y no la había vuelto a conectar.

Bajé el primer escalón y tiré de la manija, empujando la puerta hacia fuera muy despacio, mientras que mi mano derecha se preparaba para alcanzar la empuñadura del arma.

Bajé los escalones poco a poco, previendo alcanzar el suelo del desierto con mi pie derecho.

La tierra estaba helada. Ni rastro del calor del día, al menos no en la superficie.

Aquello me trajo demasiados recuerdos, también el cielo repleto de estrellas y lo que amenazaba con ser un horizonte infinito imposible de alcanzar.

Comencé a ponerme nervioso, mucho más de lo que ya estaba.

«Maldito sueño, malditos recuerdos. Puta Las Vegas y todo lo demás», gruñí mentalmente.

Saqué el arma y le quité el seguro. Sabía que algo no iba bien.

¿Dónde estaban los pasos? ¿Dónde estaba Yolanda?

Con muchísimo cuidado, me moví hasta la rueda delantera y allí me agaché.

Mi corazón se puso a dar patadas muy cerca de donde me dolía. Tuve la impresión de que destrozaría mis costillas y se me saldría por el costado.

En un reflejo involuntario, pegué el brazo izquierdo al lado de mi torso.

El dolor no me dejó ver. Los oídos me pitaron.

Pasé de estar en cuclillas: bajé las rodillas al suelo y, con el arma por delante, muy lentamente, me asomé hacia la parte baja del vehículo.

Del otro lado la sombra era mayor, porque allí estaban los árboles y arbustos que nos separaban de la autocaravana de los vecinos. De mi lado no había nada, solamente una gran extensión de tierra plana.

Las sombras se cruzaron por delante de mis ojos, confundiéndome.

Dentro de mi cabeza me ordené a gritos que debía concentrarme.

Volví a inclinarme para espiar, esta vez más hacia el fondo; allí la oscuridad era peor, porque se extendía desde debajo de la autocaravana hasta metros y metros de negro que no me permitían distinguir sombra alguna.

Sosteniéndome del neumático y luego de la carrocería del vehículo, volví a ponerme en pie, para andar muy despacio hasta la parte frontal y, de allí, dar la vuelta.

Llegué al borde delantero que daba al lado izquierdo de la autocaravana. Inspiré hondo y, con el ojo en la mira del arma, salté hacia el otro lado.

Oí los pasos, o quizá más que nada fueron el arrastrar de suelas, como si el calzado derrapase sobre los pedruscos sueltos por encima de la arena.

Salí disparado en dirección al movimiento de una figura oscura que me pareció ver que se dirigía hacia el camino entre las caravanas.

La sombra pasó de largo hasta la siguiente fila y yo la seguí, clavándome todo lo que constituía el suelo del desierto en las plantas de los pies.

Pasé por entre dos caravanas, junto a ropa tendida, una barbacoa y una piscina infantil.

Esquivé una mesa y varias sillas, así como algunas tumbonas situadas en paralelo contra las partes posteriores de las caravanas detenidas en la tercera hilera. La sombra iba haciendo zigzag entre los vehículos, moviéndose a mucho mejor ritmo que yo.

Intenté apuntarle; cada vez que la tenía en el punto de mira, se me escapaba, porque los ojos me engañaban con imágenes que realmente no estaban allí.

Bufando y con los ojos ardiendo debido al sudor que me caía por la frente, me detuve contra la pared de lo que parecía una especie de depósito, a una docena de metros del edificio de las oficinas de la recepción.

Con la manga de la sudadera, me sequé los párpados.

Tenía la respiración tan agitada que no oía nada más que el resuello medio ahogado de mis pulmones.

—Bravo cero uno, Bravo cero uno, aquí Base.

La voz que sonaba entre el chisporroteo de interferencia me abordó, sobresaltándome. Turbado, despegué la espalda de la pared y salté hacia delante sin tener cuidado con dónde pisaba. Mi pie izquierdo no registró el desnivel del terreno y perdí la estabilidad, porque mi rodilla no tuvo la fuerza suficiente como para sostenerme.

—Bravo cero uno, aquí Base. Bravo cero uno, necesitamos su ubicación.

Mi lado izquierdo desapareció. Terminé de caer de rodillas, estrellando el arma contra el suelo. Los oídos me pitaban.

Apreté los párpados, ordenándole a mi cerebro que se comportara. No lo hizo.

Hiperventilaba y, con cada inhalación, entraba en mis pulmones el olor a humo y a carne quemada.

—Bravo cero uno, ¿dónde está su equipo? Bravo cero uno, dé sus coordenadas. Bravo cero uno, aquí Base.

—Estoy aquí —las palabras se me escaparon—... estoy aquí —repetí, con mi voz desconectándose de la realidad. Ya no veía las caravanas, solamente el humo negro que sabía que no estaba allí.

Oí los pasos que se me acercaban por detrás.

—Mucha sangre —me dijo en un tono burlón—. Mucha sangre.

—No, no es real —le contesté a la voz, apretando los párpados todavía más—. No eres real. No estás aquí.

—Estás muerto, soldado —insistió la voz—. Estás muerto.

Sentí la sangre cayendo por un lado de mi cabeza.

Estaba muerto, muerto de esa manera tan única e irreversible en la que uno muere cuando sobrevive.

Oí un helicóptero sobrevolarme. Sonaron más explosiones y disparos.

Aguirre me preguntó si tenía algo.

Craig le dijo que cerrara la boca y me dejara trabajar en paz.

—¿Qué paz? —le preguntó Foster.

—Haz lo tuyo, hermano... —Su voz se quedó haciendo eco a mi alrededor—. Eres el mejor. Confiamos en ti.

—Estás muerto, soldado —repitió la voz, y el disparo atravesó mis oídos, lanzándome al suelo cual saco de patatas.

No atiné a atajar el golpe.

Tierra se metió en mi boca, rocas arañaron mi frente.

El mundo que me rodeaba quedó en absoluto silencio.

No más disparos, ni pitidos, ni voces, solamente los sonidos del desierto.

Con la respiración todavía agitada, rodé sobre el suelo para quedar boca arriba.

Las estrellas me enfrentaron con descaro.

Ese cielo nocturno... Las estrellas... las estrellas y el cielo eran de ella.

«¡Yolanda!» Su nombre estalló dentro de mi cabeza. Ella se encontraba allí fuera, en alguna parte, al igual que esa sombra que, no me quedaban dudas, no pertenecía al parque de caravanas.

Escondí el arma debajo de la cintura de mis pantalones y me aseguré de cubrirla bien con mi camiseta y la sudadera; suficientes explicaciones debería dar si alguien llegaba y me veía allí tirado, así que para qué hablar si me veía en la posición de tener que justificar la presencia del arma en mi mano.

«No debí subirme en la autocaravana con ellas. No debí», insistí mentalmente.

Aún muy mareado y confundido, me incorporé hasta quedar sentado.

Debía ir a buscarla, tenía que asegurarme de que estuviese bien.

Giré un poco y me puse de rodillas para ir levantándome por partes.

Extendí la pierna derecha hacia delante, plantando mi pie. Hice fuerza con el muslo y así conseguí levantar mi cuerpo del suelo.

Inspiré hondo, sacudiéndome la ropa para que no quedasen rastros de mi patética actuación. Muy despacio, avancé hasta el camino principal, frente a la recepción esquivando las cámaras. Prestando atención a todo lo que me rodeaba, fui buscándola entre las caravanas, pero sin llamarla, pues no quería montar un escándalo.

Los minutos pasaban y ni rastro de ella.

—¿Parker?

Su voz atravesó mi espalda para salir por mi pecho. Había sido tan sigilosa que ni siquiera la había oído llegar.

Me volví para verla caminar en mi dirección. Llevaba un pantalón de franela azul repleto de diminutas estrellas amarillas y una sudadera celeste cerrada hasta arriba. La melena castaño clara le caía por los hombros y el pecho. Era la primera vez que la veía con el cabello suelto y esa simple imagen me afectó lo inimaginable, además de lo inexplicable. No podía estar más hermosa.

Le sonreí, pues su imagen había borrado todo lo que acababa de suceder... Eso y que estaba intacta, sin el menor rasguño... con un poco de cara de cansada, nada más.

—¿Qué haces despierto?

—¿Qué haces tú aquí fuera? Está helando.

—Yo he preguntado primero.

—Me he despertado y he visto que no estabas en tu litera. —Era una verdad a medias—. Tu turno.

—No podía dormir. He salido a caminar un poco.

—Vas desabrigada.

Sonrió.

—¿Eres mi madre? —Sus ojos bajaron por mi cuerpo hasta mis pies—. Vas descalzo. Al menos yo he tenido el tino de ponerme zapatillas. Te resfriarás.

Agradecí que el pantalón tapase gran parte de mis empeines.

—Y tú. Mejor regresamos a la autocaravana. —La quería allí dentro, donde pudiese vigilarla. Una vez más, me recordé que debía dormir con un ojo abierto, que no podía descuidarme. Bajo ningún concepto debía volver a suceder lo que había sucedido esa noche.

—No, estoy bien. Regresa tú, me quedaré un rato más aquí fuera.

—Es plena madrugada.

—Parker, no seas pesado, no quiero volver dentro.

—¿Por qué no?

—Me gusta estar aquí.

—No creo que sea buena idea que andes por ahí deambulando a estas horas.

—Estamos en mitad de la nada, dudo que aquí aparezca alguien que...

—Por eso mismo, porque estamos en mitad de la nada. Vamos, regresemos. —Metí las manos dentro de los bolsillos de la sudadera y, desde ahí, toqué el arma.

—No voy a entrar todavía; además, no tengo sueño.

—Bien, me quedaré contigo fuera, pero mejor regresemos al lado de la autocaravana, volveré a encender el fuego de la barbacoa.

—Vete a la cama, Parker —me soltó, para ponerse a continuación en movimiento. Pasó por mi lado y me dejó atrás.

Esa frase, así de corta y en apariencia inocente, fue suficiente. Por los motivos que fuera, no le había gustado verme junto a Alicia. Supuse que debió de notar nuestras ropas junto a la cama.

La seguí.

—¿A dónde has ido?

—A ninguna parte, solamente a pasear por ahí, ya te lo he dicho.

—¿Has visto a alguien?

Se detuvo durante una fracción de segundo y me lanzó una mirada. Sus ojos no estaban felices conmigo.

—No, no he visto a nadie. —Ya había retomado su andar—. Es de madrugada, todos aquí duermen.

Todos menos ella, yo y quien rondara por la autocaravana.

—¿Llevas mucho rato despierta?

—¿Estoy bajo un interrogatorio?

—No, no querrías saber lo que es un interrogatorio. —Las palabras se me escaparon—. Es conversación —añadí a toda prisa.

—¿Tienes problemas para dormir?

Si ella supiera.

—Esto es muy silencioso.

Alzó las cejas, ladeando la cabeza como diciéndome que ya lo sabía.

—Demasiado. Hasta los susurros se oyen. Si cerraras la boca, quizá hasta podríamos percibir los sonidos del universo.

«Demasiado silencio... Susurros...»

Carraspeé. No solamente nos había visto juntos desnudos en la cama, sino que nos había oído.

La vergüenza encendió mi rostro de rojo. Rogué que no lo notara.

No hubiese podido hacerlo, porque alejó sus ojos de mí al instante.

Dudé acerca de si pedirle disculpas por la molestia, porque la habíamos despertado. Me pareció que incluso sería mejor decirle que me parecía que había cometido un error. Mi calentura no había sido un error; dejarme llevar, sí, e ignorar su presencia a unos metros de mí, también.

No tendría que haberme metido en la caravana con ella, no debería haberle hablado siquiera, debería haber buscado otro modo de dejar Las Vegas... o quizá, mucho mejor, debería haber permitido que me encontraran y mataran.

De todo lo que quería decirle, nada salió de mis labios.

—Tengo el sueño ligero —acabé soltando al fin—. ¿Y tú?

—A veces mi cerebro no quiere parar de funcionar —declaró en un suspiro.

—¿Quieres que te caliente un vaso de leche? —le ofrecí. Estábamos a unos cinco metros de alcanzar la autocaravana.

Se dio la vuelta para mirarme. En sus labios esbozaba un amago de sonrisa.

—Te lo prepararé enseguida. También me vendría bien uno. ¿Leche sola o con chocolate? Podemos ponernos rebeldes. Bueno, si es que hay chocolate.

—Sí, hay; está en el segundo mueble de la derecha, por encima del microondas.

—Perfecto. —Llegamos a la autocaravana—. Espérame aquí, que enseguida te lo traigo.

Me dedicó una última mirada y fue hasta las sillas que rodeaban la mesa. La vi apartar una para sentarse en ella, alzando sus piernas hasta su pecho. Con la enorme sudadera celeste que llevaba puesta, se cubrió las rodillas y las pantorrillas. Tenía frío.

Despacio, abrí la puerta. Lo que menos me apetecía era despertar a Alicia si es que aún no estaba despierta.

Asomé la cabeza dentro.

Todavía dormía.

Mejor así. No quería tener que volver a salir con el arma en la cintura.

Antes de preparar la leche con chocolate para Yolanda y para mí, me agaché y guardé la pistola en la mochila. Me calcé las botas, más por cubrir mi pie izquierdo que por frío.

De donde Daisy había sacado la manta y las sábanas para que me hiciese la cama, saqué una manta de las que había visto que había allí. Antes de hacer nada más, salí y anduve hasta la mesa; ella continuaba allí sentada, con la vista perdida en el horizonte.

—¡Atenta, Coleman! —Le arrojé la manta hecha un bollo y ella, con excelentes reflejos, extendiendo los brazos, la atrapó—. Buenos reflejos, Coleman.

—Gracias, Miller.

—De nada, es un placer.

Supe que no me merecía su sonrisa; aun así, mi pecho la festejó.

Regresé a preparar nuestras bebidas, comprendiendo que Alicia debía de tener un sueño mucho más pesado que el mío y el de Yolanda.

Busqué unas tazas, la leche y el chocolate y, con sumo cuidado, preparé las bebidas, apagando el microondas antes de que la campanilla sonara.

Al salir la vi convertida en un capullo dentro del cual quise meterme para tener su calor y su perfume para mí.

Al menos terminaría la noche con la persona correcta.

—Qué bien huele.

Llegué hasta ella y le tendí la taza.

—Está bien caliente. —Puso una deliciosa cara de placer al rodear la taza con ambas manos. Se la llevó a los labios, pero no bebió. Inspiró hondo, con el vapor flotando por delante de sus ojos color avellana. Me lo agradeció otra vez antes de pegar el primer sorbo.

Su instante de felicidad me hizo feliz a mí mucho más allá de ese momento. Me sentí como un

rey y así, en esas condiciones, ocupé la silla plegable que, para mí, se había convertido en un estupendo trono; mucho más de lo que merecía.

Bebí. Realmente me había quedado bueno. El dulce y el calor de la leche resultaban reconfortantes. Suspiré después de que el primer trago de líquido bajara por mi garganta.

—¿Así que has salido a buscarme?

Giré la cabeza y la miré.

—Sí; no confío en la seguridad de este sitio, todo queda demasiado expuesto.

—¿Quién vendría hasta aquí para hacernos daño? Este lugar está perdido en mitad de la nada.

«Muchas personas.»

Apreté los labios.

—Me he preocupado. ¿No puedo preocuparme?

En respuesta, volvió a beber.

—Esto está buenísimo.

—Me alegra que te guste.

—Me quedaría a vivir aquí. —Su hermosa mirada se perdió en la distancia—. Todo es tan inmenso... Da una sensación de libertad increíble. Aquí es como si todo estuviese crudo, en su estado original.

—Salvaje —solté, interrumpiéndola.

—Sí. —Sonrió—. Salvaje y libre. Así debiéramos ser todos. Ser lo que somos, libres...

—No estoy muy seguro de que todos debamos ir por la vida siendo unos salvajes —repliqué, medio en broma, medio en serio.

Sostuvo su mirada en la mía durante unos segundos y luego la bajó hasta la superficie del chocolate, para beber de nuevo.

Me pregunté qué debía pensar de mí. ¿Le interesaría saber cómo había sido mi pasado? ¿Tendría curiosidad por descubrir por qué me daba pánico ser libre y salvaje como ella decía que debíamos ser?

Seguro que tenía inteligencia de sobra para deducir que era mejor no relacionarse conmigo. ¿Para qué destapar un pozo de mierda?

Era mejor que se quedara con sus estrellas, con su universo sin manosear por la mano humana o por los rastros más decadentes de nuestra especie. Ella se merecía la luz y la paz de allí arriba.

—¿Puedo preguntarte algo?

Me relamí los labios después de beber.

—Sí, claro.

«No, no lo hagas —le respondí en mi cabeza—. Mejor que no, por tu bien no preguntes, por tu bien quédate al margen de todo.»

Tragué.

—¿Cómo es allí?

—¿En Afganistán? —le planteé al tiempo que le gritaba mentalmente que se mantuviese al

margen.

Asintió con la cabeza.

—Es difícil de describir. Hay demasiado dolor allí. —Había demasiado dolor en mi cabeza—. Demasiada destrucción. En algunos momentos en los que bajaba la guardia, me daba la impresión de que aquello no era real, como si fuese una gran pesadilla. Una pesadilla en la que viven demasiadas personas. Kabul es... —No pude seguir, se me puso la piel de gallina.

—Está bien, no tienes que contarme nada. Lo siento, no he debido preguntar.

—No, no pasa nada. Más allá de la guerra, es un lugar tan distinto... Su gente... A veces me preguntaba de dónde sacaba aquella gente las fuerzas para seguir adelante. —Sonreí ante los recuerdos que cruzaron mis retinas—. Los niños, a pesar de todo, siguen siendo niños.

—¿Cómo lo hacías?

—Cómo hacía, ¿qué?

—Ser soldado allí.

Inspiré hondo mientras la miraba, esperando que se levantara y dijese que mejor se acostaba ya. Quería que se largara de mi lado y al mismo tiempo no podía estarle más agradecido por preguntar.

—Siempre había querido ser soldado. Pensaba que sería útil al serlo.

—¿Pensabas?

—El mundo no se ve con los mismos ojos cuando tienes cuatro años que cuando eres adulto. Con el tiempo te das cuenta de que nada es tan bonito ni tan idílico.

—Definitivamente. Sin duda tienes una vocación, es evidente. Ayudar.

Sonreí.

—Algunos debían considerar que los ayudaba; para otros, simplemente, era el enemigo, un invasor, un hereje, un cochino yanqui.

—Hacemos lo que podemos. —Hizo una pausa—. ¿Hiciste lo que pudiste?

—¿Asumes que lo que podía hacer era bueno?

—¿No lo era?

No contesté.

—¿Qué cargo tenías?

—¿Te parecería poca cosa si te dijese que era un simple soldado raso?

—Si me lo dijeras, estaría bastante segura de que me estarías mintiendo.

—¿Tanto das por mí? —Sus palabras me habían sorprendido.

—La vocación empuja, pero no por el afán de llegar lejos, sino por ser lo que es... en tu caso, ser útil.

—Sargento primero —admití en voz alta. Se me puso la piel de gallina al oír la voz de mi padre llamándome así. Mi piel se heló y la sangre desapareció de mi rostro.

Fingí que nada me sucedía.

—¿Es un grado...?

—Tenía a cargo dos sargentos, tres especialistas y unos cuantos soldados.

—Y me dijiste que habías sido chófer de tus superiores.

—En el Ejército siempre tienes a alguien por encima de ti.

—Sí, supongo que sí. Entonces, eras bueno en lo que hacías.

No pude ni asentir ni negar.

—Debe de ser una responsabilidad enorme tener a otras personas a tu cargo. Te admiro. Yo ni siquiera soy buena para trabajar en equipo. ¿Cómo es que a los cuatro años querías ser soldado?

—Mi padre está en el Ejército. Crecí viéndolo.

—Entiendo. —Sus labios se ladearon en una sonrisa—. ¿Tú padre todavía...?

—Sí, él sí —le contesté. Sí, mi padre...—. ¿Qué hacen los tuyos? —Necesitaba cambiar de tema, por una noche ya tenía bastante de ese asunto.

—Mi madre es profesora de matemáticas en la universidad y mi padre tiene un bar y, además, es entrenador de béisbol.

—Ahora entiendo de dónde viene eso de que te gusten los números.

—También soy buena preparando copas y me defiendo en el béisbol.

—Ah, ¿sí?

—Te lo demostraría si tuviésemos un bate.

—Bueno, me debes una demostración. ¿Tienes hermanos?

Negó con la cabeza.

—¿Y tú?

—Sí. Un hermano varón tres años mayor que yo y dos hermanas menores.

—¿Alguno de ellos está en el Ejército?

—Mi hermano y mi hermana más pequeña. Ella está en el cuerpo médico.

—¿Y tu hermano?

—Él llegó un poquito más lejos que yo en su cargo. Es de los que mandan en serio, de esos que jamás se ensucian el uniforme.

—Entiendo. —Se quedó un momento en silencio.

—¿Cómo es eso de que hayas acabado al otro lado del país?

—El Caltech tiene varios laboratorios con proyectos con los que trabajamos conjuntamente con la NASA.

—Eso suena importante.

—No parece mucho en comparación con lo que tú hacías.

—Lo que yo hacía... —canturreé. Mejor no pensar demasiado en eso.

—¿Puedo preguntar por qué lo dejaste?

Noté que los ojos se le escapaban en dirección a mi brazo izquierdo, cubierto por la sudadera. Subió la vista a toda velocidad, apartándola de mí como si se avergonzara de haber apuntado en aquella dirección.

Me aclaré la garganta.

—Por supuesto que puedes preguntar.

—No tienes que contestar si no quieres.

—Fue la suma de varios motivos.

Movió sus ojos para espiar en mi dirección.

—El principal fue que fui amablemente invitado a retirarme.

—¿Y eso?

—No está bien visto que le caigas a golpes a uno de tus superiores.

Yolanda abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Por qué lo hiciste?

—Supongo que fue un intento de demostrarle que todavía podía continuar haciendo mi trabajo —solté, confundiéndola. Separó los labios como para decir algo; fui más rápido—. Iban a darme la baja y yo no quería retirarme. Me salvé de acabar en la cárcel porque mi padre salió al rescate. Ahora soy su mayor vergüenza —admití en voz alta—. ¿A que tus padres están muy orgullosos de ti?

Sin mucha intención, Yolanda asintió, moviendo la cabeza de arriba abajo.

—Mejor nos acabamos esto y nos largamos a descansar.

Bebimos unos instantes en silencio hasta que ella lo interrumpió.

—¿Cómo es el cielo allí? —me planteó de pronto.

—Repleto de estrellas. —Yolanda me regaló una gran sonrisa que me hizo sentir un poco mejor—. Así que la NASA, ¿eh? Sí que eres una chica importante. ¿Cómo de friki eres bajo esa apariencia de ser humano normal?

Su sonrisa se amplió todavía más.

—Mucho.

—Puedo preguntar dónde aprendiste a jugar a las cartas.

—Por Internet.

—¿Sí? —Reí—. No te hubiese imaginado jamás en ese rol.

—Soy una caja de sorpresas —bromeó.

—Me lo imagino.

—No, no es cierto; soy bastante aburrida.

—No me lo creo.

No me contestó y apuró el contenido de su taza. Al acabar, soltó un largo suspiro.

—Mejor me voy a acostar. Está entrándome sueño. Tengo que aprovechar.

—¿Así de aburrido es conversar conmigo? —bromeé.

—Para nada, Parker. —El nombre hizo eco dentro de mi cabeza—. La aburrida suelo ser yo.

Negué con la cabeza. Ella se puso de pie.

—¿Vienes dentro?

—En cuanto termine mi chocolate.

Yolanda se quitó la manta de encima de los hombros y me la tendió.

—Procura no congelarte aquí.

Acepté la manta. En cuanto la atraje hasta mi pecho, noté su perfume impregnado en ella. De no haber estado sentado, me habría tambaleado como si me hubiese noqueado de un puñetazo.

—Buenas noches, Miller.

—Buenas noches, Coleman.

Me sonrió, dio media vuelta y se largó de regreso a la autocaravana.

Ojos tranquilos

Para no faltar a la costumbre, me desperté antes que los demás.

Sin salir del abrigo de la cortina que cubría mi litera, me vestí. De allí, fui al baño a recomponer mi imagen, poniendo un poquito más de esmero que otras veces. Me peiné y añadí un poco de maquillaje a mis pestañas.

Mi ropa era la de siempre, nada fuera de lo común; además, quería estar cómoda, porque íbamos a pasar todo el día fuera, recorriendo el parque del Gran Cañón, y lo único que me interesaba era disfrutarlo, sin tener que estar preocupándome por si se me arrugaba la blusa o si se me ensuciaban los *shorts*.

Me puse protector solar y, de mi equipaje, recogí la gorra de béisbol que tenía el nombre del equipo de mi padre. Pasaríamos todo el día en el exterior, así que ésta y unas gafas de sol eran requerimientos imposibles de pasar por alto para salir.

Ignoré la presencia de Alicia entre los brazos de Parker y me puse a hacer café, procurando no hacer ruido.

Armada con una taza, me dispuse a salir a terminar de organizar nuestro día; se suponía que en un par de horas vendrían a por nosotras de una agencia de turismo para llevarnos a pasear todo el día. Quería comunicarme con el hombre con el que había hablado para incluir a Parker en el *tour*.

Con una taza de café en una mano, dos galletas en la otra y el móvil en el bolsillo trasero de los *shorts*, había salido a la tenue claridad de la mañana.

El tipo que nos iba a pasar a buscar con su Jeep no tuvo el menor problema en añadir a un cliente más. En cuanto corté la comunicación, le transferí el dinero por Parker.

Éste fue el primero en aparecer por aquella puerta después de mí; lo lamentable fue que no lo hizo solo, pues Alicia le pisaba los talones.

Ambos estaban muy dormidos, por lo que no comentaron casi nada mientras desayunábamos.

Le dije a Parker que ya lo tenía todo resuelto para el paseo de ese día y ésas fueron todas las palabras que cruzamos hablándonos directamente el uno al otro.

A los cinco minutos apareció Daisy, avisando de que Sandra se estaba cambiando.

Terminamos de desayunar y pusimos un poco de orden.

Para cuando me quise dar cuenta, Sam, nuestro guía, me llamó para comunicarme que nos estaba esperando en su camioneta a las puertas de la recepción.

Recogimos nuestros abrigos y nuestras mochilas, cerramos la autocaravana y partimos a reunirnos con él.

Nuestro guía resultó ser un chico de unos treinta y pocos, tremendamente amable y divertido, guapo por igual y con mucha labia; en cuanto me presenté, me invitó a acompañarlo delante.

Por un instante me dio la impresión de que Parker le puso mala cara cuando él se me acercó para asegurarme, con una sonrisa sexy y enorme en los labios, que él me enseñaría todas las mejores vistas del Gran Cañón. Además, creo que lo oí gruñir mientras nos subíamos al Jeep y Sam elogiaba lo bien que me sentaba la gorra de béisbol.

Parker ocupó el asiento situado justo detrás de mí y, a toda prisa, Alicia dio la vuelta para rodear la camioneta y sentarse detrás de Sam.

Daisy y Sandra ocuparon la tercera y última fila de asientos.

En la parte trasera quedaron las provisiones de agua y comida para toda la jornada, además del equipo necesario para recorrer el parque.

Al atardecer, Sam debía llevarnos a un sitio desde el cual despegaba un helicóptero, para que pudiésemos dar un paseo en él. Bueno, hasta ese momento la única que había confirmado el vuelo era yo, además de una persona que no pertenecía a nuestro grupo. Daisy, cuando se lo propuse, respondió que ni loca. Alicia había rechazado de plano la oferta. Por tanto, hasta entonces, Sandra era la única que seguía dudando si subiría al helicóptero conmigo o no. Lógicamente, en ese momento también desconocía lo que haría Parker; quizá él quisiese unirse al paseo, pero todavía no se lo había planteado.

La realidad fue superando con creces nuestras expectativas a medida que nos aproximábamos al parque.

Esperaba ver una de las maravillas de la naturaleza y me encontré con mucho más que eso, pues me di de frente con una fuerza que era imposible enfrentar.

La vida allí tenía un nombre diferente, imposible de pronunciar, que se traducía en un cielo interminable y con una profundidad que no había visto en ningún otro lugar. Aquel sitio podía parecer desierto y sin vida, pero... ¿cómo, si era la vida misma?

Esas montañas respiraban; las rocas se movían, cambiaban. Los ríos no parecían estar hechos de agua, sino de un elemento químico desconocido en la Tierra, porque su brillo y su color no tenían nada que ver con el de cualquier otro cauce.

Los senderos que recorrimos eran apenas pequeños permisos que la naturaleza nos daba para circular por su cuerpo, para espiar dentro de una de las pocas maravillas de su existencia que aún no habíamos corrompido.

El viento, el sol... Con tanta libertad y tanto espacio a mi alrededor, me sentí ínfima y al mismo tiempo percibí que mis pulmones se extendían mucho más allá de mi pecho y de los límites del parque.

Caminamos durante horas y horas, subiendo y bajando pendientes, ayudados únicamente por bastones de senderismo.

Hacia donde girases la cabeza, la belleza te aturdiría.

No pude haber quedado más alucinada ante todo aquello, porque no me alcanzaban las palabras

para describirlo; ni el inglés ni el español abarcaban tamaña belleza.

Paramos para almorzar.

Continuamos andando.

Paramos para descansar y llegamos a un nuevo punto único, con vistas espectaculares.

Seguimos andando y tuve la impresión de que nos encontrábamos en un mundo distinto y que ya jamás lograríamos hallar el camino de regreso al nuestro.

«Eso no sería tan malo —pensé—. Quedarnos aquí, en este lugar tan puro, tan auténtico...»

La certeza de que nunca en la vida experimentaría nada semejante, sin importar a dónde fuera, bloqueó por completo los quejidos de Alicia, quien no dejaba de gimotear.

Hasta Parker parecía haberse aburrido de ella, de decirle que aguantase un poco más, que ésa era una experiencia única que merecía la pena ser vivida.

Los vi distanciarse y que él se acercaba todavía más a mí, interponiéndose cada vez más entre Sam y yo, físicamente hablando y también en palabras, hasta que allí se quedó, entre Sam y yo, andando a la par.

Regresamos a la camioneta y fuimos hasta otro punto más lejano.

Volvimos a recorrer más y más terreno.

Con el sol comenzando a menguar al fin, nos dirigimos hasta el Skywalk. Allí me esperaba el helicóptero para llevarme de paseo aéreo.

—Esto es increíble —musité, bajando la vista hacia el vacío bajo mis pies, al otro lado del cristal.

—Creo que voy a vomitar. —Daisy se prendió del pasamanos que quedaba detrás de ella, en el ángulo interior del arco que sobresalía de la tierra.

—Respira profundamente —le recomendó, Parker—. Todo está bien. Es firme, no se caerá. —Dio unos saltitos, sonriéndole.

—Mierda, no hagas eso, Parker, ¡nos matarás a todos!

—Tranquila. No mires abajo, mira hacia el horizonte —insistió él.

—Y tú querías que me montase en un helicóptero. Ni loca te acompañe. Si se cae, que se caiga solamente contigo —me dijo a mí.

—No se caerán ni el helicóptero ni el puente, Daisy. Relájate y disfrútalo.

—No tengo vuestra valentía, lo lamento.

Parker se alejó de mí para ir a ponerle una mano en el hombro.

—No es cuestión de valentía. Es cuestión de no prestarle demasiada atención al miedo. —Le dio un apretón—. Inspira hondo y mírame a los ojos.

—No resultará.

—Daisy, no querrás perderte esto.

—Pues yo sí. Estoy aburrida, me voy a la tienda a buscar algo de beber —soltó Alicia de malas maneras.

Ya me había parecido que estaba enojada, y a partir de entonces no me quedó ninguna duda.

Probablemente no le había gustado ni un poco que Parker se hubiese pegado a mí como una sombra.

Sandra la llamó, pero no le hizo caso.

Parker ni siquiera amagó con seguirla.

—Vamos, Daisy, confía en mí, puedes dar unos pasos más. —Sacó su mano del hombro de ella y le tendió las dos, como si Daisy necesitase ayuda para caminar.

—No podré moverme de aquí.

—Sí que puedes —le dije—. Vamos, dame el gusto de verte allí. —Apunté con la cabeza hacia la parte más sobresaliente de la pasarela.

—Es terrorífico, pero hermoso. Anda, vamos a verlo. Acompáñame, que nos sacaremos una fotografía que immortalizará para siempre este día en Instagram.

Daisy amagó una sonrisa.

—Dame tus manos. —Parker volvió a tendérselas—. No te dejaré caer.

—¿Acaso tienes superpoderes y sostendrás la pasarela si se derrumba?

—Sí. Eso mismo. —Movié ambas manos hacia ella, llamándola.

—Anda. No vomitarás y esto no se caerá, es firme. ¿Ves a toda esa gente ahí? —Giró un poco la cabeza, dirigiéndola hasta la docena de personas que paseaban por la parte más exterior—. Soporta su peso y soportará el tuyo, que eres pequeñita.

—No soy pequeñita, es que todo lo mides según tu tamaño, y eres inmenso.

Parker, sonriendo, la llamó con sus manos otra vez. Daisy al final cedió a él, cogiéndose de sus dedos.

—Eso es. Paso a paso, despacio.

Daisy dio un par de pasitos.

—Eso es, estamos orgullosos de ti. Si haces esto, también puedes subir al helicóptero.

Lo adoré por intentarlo, por ver a Daisy del modo en que la veía, por hablarle con aquella delicadeza y dulzura que parecían no caber en su gran cuerpo o no cuadrar con lo que debía de haber sido su pasado. En ese instante solamente importaban sus ojos tranquilos, lo estable de aquel azul que animaba a confiar en él, a agarrarlo de las manos y creer.

Se me puso la piel de gallina.

Sus soldados debieron de seguirlo a todas partes.

Deseé ser capaz de ver la vida a través de sus ojos al menos durante cinco minutos..., tener su fortaleza...

—Ni de broma —soltó Daisy, dedicándole una mueca muy cómica.

Su voz me devolvió a la realidad.

—No dejarás que Yolanda suba sola a ese helicóptero.

—Acompáñala tú —ladró.

En un parpadeo, Parker mostró en sus labios una sonrisa sexy con aires de quien se sabe muy bien puesto en su cuerpo.

—Podría —le dijo, espiando en mi dirección.

—Pues hazlo; me quedaré más tranquila si tú la acompañas. Después de todo, tienes superpoderes. La rescatarás si el helicóptero se precipita.

—No creo que eso funcione, pero sí podría conducirlo. Soy piloto.

—Ah, ¿sí?

—Sí, y uno bastante bueno. ¿Te ha contado Yolanda que estuve en el Ejército?

Daisy atisbó fugazmente en mi dirección.

—¿En el Ejército? Guau, no lo sabía. Tengo un primo segundo que está en las Fuerza Aérea. ¿En qué fuerza estabas?

—En la Armada —le contestó a Sandra mientras continuaba andando de espaldas, con las manos de Daisy todavía en las suyas; ella daba minúsculos pasos, pero al menos continuábamos moviéndonos hacia lo más sobresaliente de la pasarela por encima del cañón. Hasta a mí comenzó a darme vértigo.

—¿Qué cargo tenías?

—Sargento primero.

—¿Cuántos hombres tenías bajo tu mando?

—Doce.

—Guau, sí que eras importante.

Ví a Parker bajar la vista por un momento; se le notaba que no quería decir nada más al respecto.

—Imagino que con tus hombres no tenías estos problemas —añadió Daisy, bajando la vista hasta sus manos sobre las de él.

—Todos tenemos nuestros miedos, Daisy..., y nuestros miedos, generalmente, van cambiando con el tiempo. El caso es que, a medida que los derrotas, surgen otros. Eso es lo bueno de continuar avanzando, te enfrentas siempre a un terreno desconocido que debes afrontar. Quedarte quieto no es una opción en la vida. Además —le guiñó un ojo—, si te mueves es mucho más difícil que te atrapen.

—Supongo que sí.

Dieron un par de pasos más y entonces...

Los cuatro llegamos a lo más profundo de la garganta.

Parker, muy despacio, deslizó sus dedos por los de Daisy, soltándola.

—¿Cuál será tu próximo desafío, Daisy?

Ella alzó un poco la cabeza y con ésta, su mirada. Parker se apartó de ella, aproximándose a mí.

—Tu victoria. —Señaló a lo lejos, y así el paisaje quedó expuesto a Daisy.

Me pescó mirándolo y me sonrió, con sus labios tocándose como a mí me hubiese gustado tocarlos con los míos.

—Esto es... —expresó Daisy.

Se me puso la piel de gallina.

—El mundo y nosotros; somos sólo un grano de arena. Así es cuando lo que te rodea es inmenso.

—Y para colmo de males eres jodidamente poético.

—No, Daisy, soy muy malo para esas cosas, pero esto... —Parker enfrentó el horizonte, y yo con él—. Este instante no tiene precio.

Los cuatro nos quedamos en silencio durante algunos segundos, hasta que Daisy lo interrumpió fugazmente para agradecerle que la hubiese llevado hasta allí.

Volvimos a dejar que el sol, el viento y el paisaje se adueñasen de todo.

Sandra tomó varias fotografías de nosotros cuatro suspendidos en el aire... varias fotos de ella con Daisy; de Daisy con Parker, para que contase cómo había logrado avanzar hasta allí, y después le pidió a Parker que me abrazara para sacarnos juntos una foto.

Su brazo rodeó mi hombro en un gesto despreocupado que para mí fue mucho más que eso. Su brazo izquierdo sobre mí... Me dio la impresión de que, al subirlo por encima del nivel de su hombro para ponerlo sobre mí, algo le molestó. ¿Le dolerían las heridas?, ¿habría algo más que aquellas marcas exteriores?

Como fuese, pegarme a ese lado fue para mí un pobre intento de borrar cualquier mal recuerdo que aquellas heridas pudieran imprimir en él, pero no por las cicatrices, sino porque suponía que éstas tenían que ver con su paso por el Ejército y me figuraba que, se las hubiese hecho como se las hubiese hecho, debían envolver más sufrimiento que el de la carne.

Él había querido continuar siendo útil y no había podido. Su salida de aquel lugar que había dado espacio a su vocación no fue en buenos términos y allí estaba entonces, con nosotras, en medio del desierto, en medio del vacío.

«¿Qué te sucedió?», le pregunté mentalmente, alzando mis ojos hasta él para dar con su perfil izquierdo.

Sandra debió de sacar más de una fotografía de nosotros, y yo me aseguraría de tenerlas todas, porque no quería dejar pasar ese momento. No quería que él me soltara.

Lo hizo.

Su brazo se deslizó para alejarse de mí.

—Bien, suficiente; me están entrando otra vez las ganas de vomitar.

Los tres nos volvimos hacia Daisy.

—De acuerdo. Además, mejor regresamos a tierra firme, que mi turno para el helicóptero es en quince minutos.

Sandra cogió a Daisy de la mano y se la llevó, adelantándonos.

—¿Todo en orden? —me preguntó Parker después de que las chicas se alejaran un par de metros.

—Sí. Gracias por lo de Daisy. Eso ha sido estupendo. La has distraído y ha llegado hasta aquí.

—No ha sido nada.

—Eres bueno.

—¿Tú crees?

Le contesté que sí con la cabeza.

—Entonces, ¿puedo acompañarte a pasear en helicóptero?

—¿De verdad sabes pilotarlos?

—Sí, tengo licencia, aunque por supuesto no la tengo aquí y ahora, pero si yo puedo confiar en que eres buena en el béisbol...

—Confío en tu palabra.

—Gracias. Andando, que me muero por verlo todo desde allí arriba.

Y yo, por verlo todo allí con él.

Sandra, Alicia y Daisy se quedaron en la cafetería descansando mientras Sam nos escoltaba a Parker y a mí hasta el helipuerto después de pagar su paseo, el cual insistí en abonar. Fue difícil convencerlo de que me permitiese hacerlo, pero al final, cuando le dije que era mi modo de agradecerle lo que había hecho por Daisy, aceptó.

Resultó ser que quien se suponía que tenía que volar conmigo no se presentó, de modo que el helicóptero levantó el vuelo con el piloto y nosotros dos.

Estuvimos quince increíbles minutos sobrevolándolo todo a medida que el sol comenzaba a descender. El paisaje no fue lo único que lo hizo maravilloso, sino también la conversación entre el piloto y Parker. Él disfrutó horrores cuando el primero se puso a explicarle cosas acerca de la nave en la que volábamos, incluso le permitió tomar parte de los controles durante unos minutos y, con total sinceridad, debo admitir que me sentí segura en sus manos, en las manos de alguien que ni siquiera conocía, alguien de quien sólo dos días atrás había sospechado que podía ser un estafador o cualquier otra cosa.

Bajé del helicóptero con las piernas temblando de felicidad. Parker tenía cara de idiota, de idiota feliz; imaginé que la mía no tenía que ser muy distinta a la suya.

Él volvió a cubrirme con su brazo izquierdo y así nos alejamos del helicóptero, con las aspas todavía girando.

—Ha sido fabuloso.

—Sí. Gracias. De todas maneras, insisto en devolverte el dinero. El paseo...

—Es un regalo, Parker. No tienes que devolverme nada. Me basta con que lo hayas disfrutado.

—Y lo he hecho. Llevaba muchísimo tiempo sin volar.

—Me alegra.

—¿Puedo hacerte un regalo yo a ti?

—No necesitas comprarme nada.

—Es una tontería. Te veo en la cafetería en un momento.

—Parker, no es preciso...

—En nada estaré con vosotras. Quiero hacerlo. He pasado un día memorable hoy.

No pude volver a negárselo.

Nos separamos; yo fui en dirección a la cafetería y él se alejó hacia el centro de compras, del cual entraban y salían turistas.

Encontré a las chicas sentadas en una mesa con Sam; bebían café y conversaban.

En cuanto me vieron llegar, preguntaron por Parker. Les expliqué que había ido a comprar algo y que en un instante estaría con nosotras. Alicia hizo el amago de ir a buscarlo, pero se quedó en su sitio cuando Sandra insistió en que se quedara, recordándole que él en un rato estaría allí.

Parker apareció por la puerta de la cafetería cuando yo casi estaba acabando de contarles a las chicas nuestro vuelo, ya preocupándome por su demora. Vi que cargaba una bolsa con el nombre de la tienda de *souvenirs*.

—Aquí estoy —anunció, deteniéndose frente a la cabecera de la mesa—. Perdón por el retraso, es que había mucha gente.

—¿Quieres que vaya a buscarte un café o cualquier otra cosa? —le ofreció Alicia.

—No, estoy bien. Tengo unos regalos para vosotras.

Parker se acomodó a mi lado, porque era la única silla que quedaba vacía.

Colocó la bolsa sobre sus piernas y rebuscó, asomándose con una pícara mueca hacia el interior de ésta.

—Sandra, esto es para ti. —De la bolsa, extrajo una prenda. Era una camiseta verde en la que decía «Yo visité el Gran Cañón» sobre un escueto dibujo del paisaje. Por debajo, se leía el nombre de ella.

Se la tendió.

Sandra rio.

—Es de pésimo gusto, pero me encanta. Gracias, Parker.

—Alicia, ésta es tuya. —Le pasó una igual, pero con la tela de color rosa y su nombre impreso. El «gracias» de Alicia apenas se oyó.

—Daisy... para la margarita del grupo, una amarilla.

—Gracias. Eres un sol, Parker.

Daisy abrazó la camiseta amarilla con su nombre contra su pecho. Me dio la impresión de que había atinado las tallas a la perfección.

—Yolanda. —Se detuvo, sonriéndome. Haciéndose el misterioso, metió despacio la mano en la bolsa y así, despacio, la sacó, permitiendo que, muy poco a poco, asomase la tela violeta—. Espero que te guste el color.

Claro que me gustaba.

No pude decir nada, ni siquiera «gracias».

Sin saber muy bien por qué, se me formó un nudo en la garganta. Quizá fuese por lo sencillez de su gesto, su mirada, todo en él.

—Y, por supuesto, hay una para mí, que somos un equipo.

La última camiseta que quedaba en la bolsa era negra; la sacó y la extendió. No le había hecho poner su nombre. Ojalá lo hubiese hecho, porque aquel detalle me hizo sentir que, en realidad, no

era parte de nuestro grupo. Fue como si se extrajese a sí mismo de nosotras en ese instante. Yo no podía creerme capaz de sacarlo de dentro de mí.

—Perdona que no te haya traído una, Sam; me he imaginado que, trabajando aquí cada día...

—Descuida, hombre, no hacía falta que me comprases nada.

Sam no sonó tan despreocupado como pretendió sonar.

—Bien, si ya estáis listos, ¿qué os parece si vamos emprendiendo el regreso? —propuso el guía.

—Sí, por favor. —Alicia se puso de pie, estrujando su camiseta nueva en una mano.

—Por mí está bien. No doy más de mí. En que baja forma estoy. Me duele hasta el pelo. Gracias otra vez por la camiseta.

—De nada. Gracias a vosotras por permitirme acompañaros.

—Eres un amor, Parker.

Ante las palabras de Daisy, el rostro de Alicia se amargó todavía más. La vi espiar en mi dirección, poniendo todavía peor mala cara.

—No tenías que comprarnos nada.

—Pero quería. Esto es una menudencia en comparación con lo que vosotras hacéis por mí — me dijo mientras nos poníamos de pie para que los demás no nos dejasen atrás de nuevo.

—Supongo que somos un pobre reemplazo para los doce hombres que tuviste a tu cargo. —En cuanto lo solté, me arrepentí, porque su mirada se ensombreció. No pretendí lograr ese efecto en él, sino todo lo contrario: quería hacerle entender que me parecía que él valía para mucho más.

—Vosotras sois un equipo estupendo.

Meneé la cabeza.

—Andando o nos dejarán aquí.

Cuando subimos de regreso a la camioneta, me dio la impresión de que, más que dejarnos allí, Alicia tenía ganas de arrojarlo a él por uno de los acantilados.

Llegamos a la autocaravana agotados y cubiertos de polvo.

Nuestro primer paso fue pasar por las duchas; el segundo, el restaurante del parque de caravanas, porque ninguno de nosotros tenía muchas fuerzas para mover ni un dedo.

Cenamos en silencio y con algunas malas caras de por medio; la de Alicia sobre todo, y después la de Parker, en reacción a la de ella.

Mientras nos preparábamos para dormir, los oí discutir a media voz hasta que, al final, salieron de la autocaravana.

Para cuando me quedé dormida, ellos todavía no habían vuelto.

Gracias al agotamiento físico y a todas las fuertes emociones del día, dormí como si me hubiesen inyectado un tranquilizante para elefantes, pero, al igual que siempre, me desperté temprano.

Al abrir los ojos, vi que las cortinas de la litera de Alicia estaban cerradas y no pude evitar sentirme feliz ante la perspectiva de que ella estuviese durmiendo allí y no con Parker.

De puntillas, anduve por el pasillo hasta que su cuerpo, bajo las mantas, quedó a la vista.

Sonreí al verlo allí solo y me odié por hacerlo. Me odié un poco más y después la felicidad fue mayor que antes.

«Debería darte vergüenza», me recriminé, moviéndome en dirección a la cafetera.

Lo hice todo con sumo cuidado para no despertarlo, porque la visión de él allí durmiendo, pacífico, vulnerable, resultaba todo un espectáculo.

Con una taza de café en la mano, fui a sentarme detrás del volante, acomodándome de lado para no perderlo de vista.

El universo me regaló unos minutos de su imagen solamente para mí, hasta que él, quizá notando el peso de mi mirada embobada sobre su anatomía, despertó, removiéndose primero entre las sábanas como si no recordase dónde estaba.

Giró, abrió los ojos y me vio.

Su cara de dormido era simplemente deliciosa.

Me entraron ganas de levantarme e ir a besar sus mejillas bronceadas por el sol, pese a que no se había quitado la gorra de béisbol el día anterior.

Quise besar sus cejas, sus labios, el contorno de su mandíbula, con esa barba un tanto rojiza que asomaba por falta de afeitado. Me hubiese gustado besar sus dos manos y las cicatrices de su brazo izquierdo.

—Buenos días —lo saludé después de aclararme la garganta.

—Buenos días. —Su voz sonó un tanto soñolienta. Trepó por el lado del sillón—. ¿Me estabas vigilando? ¿Cuánto tiempo llevas ahí sentada? Ni siquiera te he oído pasar.

—No, no te vigilaba, desayunaba —mentí. Lo admiraba desde lejos como se admira algo intocable—. Puedo ser muy silenciosa. No quería despertarte. Parecías dormir plácidamente.

Se refregó la cara.

—Necesito café.

—Te sirvo. —Hice el amago de levantarme.

—No, está bien, yo lo hago. Tú quédate ahí.

¿Sonaba malhumorado o eran ideas mías?

Parker se levantó de la cama llevándose una de las mantas consigo, para echársela encima de los hombros. Iba en pantalones deportivos y camiseta, con los pies descalzos.

Aparté una de las cortinas para permitir que entrase el sol; después de todo, él ya estaba despierto y las chicas dormían con las cortinas de sus literas cerradas; la luz no molestaría a nadie.

Lo oí trajar, pero no me asomé a mirarlo, pues no quería disgustarlo con mi presencia; ya suficiente se la había impuesto al sentarme ahí para verlo dormir.

Me coloqué mirando un poco más al frente y por eso no lo vi llegar, si bien percibí sus pasos.

Sin decir ni una palabra, Parker pasó entre las dos butacas y se sentó en el lado del copiloto.

—¿Has dormido bien? —me preguntó.

—Sí, de un tirón. Caí inconsciente. ¿Y tú?

—He tenido noches mejores y otras mucho peores también. —Suspiró y bebió un sorbo de café negro. No le había puesto ni leche ni nada—. ¿Cuál es el plan para hoy?

—Ir a visitar una reserva india, hacer *rafting*...

Con la vista perdida en el horizonte, sonrió a medias.

—Alicia te odiará por esto.

En silencio me pregunté si por «esto» se refería a él sentado a mi lado o al *rafting* y todo lo demás.

No me atreví a preguntárselo.

Bebimos de nuestras tazas en silencio... hasta que las demás despertaron y fue un torbellino de idas y venidas para prepararnos para salir, porque Sam tenía que venir a buscarnos otra vez con su Jeep.

Antes de que el guía me llamase para avisarme de que nos esperaba en la entrada del parque, Alicia y Parker salieron de la autocaravana.

Por la ventana del lado derecho, los vi alejarse andando, ella haciendo aspavientos, él intentando cogerle las manos. Discutían; ella quería alejarse de él, él no se lo permitía.

Parker, al final, logró hacerse con una muñeca de ella para atraerla a su cuerpo. Me aparté de la ventana, no necesitaba ver nada más. Menos mal que lo hice, porque en ese exacto momento apareció Daisy, llamándome. Disimulé a la perfección; tenía buen entrenamiento en disimular el dolor, en esbozar sonrisas cuando en realidad tenía ganas de llorar.

Nos pusimos a conversar. Creo que ella no se percató de que había estado observándolos.

Sam nos llamó desde la entrada.

Sandra fue a buscar a Alicia y Parker.

Continué haciendo ver que nada pasaba y me tragué mi angustia al verlos sentarse juntos en el Jeep otra vez.

Hicimos *rafting* y ellos remaron juntos. Paseamos por un sendero al lado del río y él le tendió su mano para que se sostuviese. Fuimos a almorzar y se sentaron uno al lado del otro y, en la reserva, anduvieron a caballo muy juntos, hablando entre ellos mientras Sam y el guía de allí nos explicaban la historia de aquel sitio.

Di lo mejor de mí para disfrutar del paseo, que para eso había planeado el viaje, para conocer lo que aquella región tenía para enseñarme.

Como si supiese lo mucho que la necesitaba, sin que fuera preciso decirle ni una sola palabra, Daisy se pegó a mí durante todo el paseo.

Regresamos al parque de caravanas de nuevo con la noche tras nosotros.

Con Daisy, nos ocupamos de preparar la cena al mejor estilo de Arizona, una fusión entre la comida mexicana y la americana, lo suficientemente condimentada y potente como para devolvernos el alma al cuerpo después de un día agotador.

Di gracias al chile con carne, que había quedado bien sabroso y que estaba caliente, porque la

noche se había puesto muy fría; comer fuera no resultó ser la mejor idea, aunque de todos modos lo disfrutamos.

Fue una cena tranquila, con conversaciones sobre lo que habíamos hecho y visto durante el día. Parker para lo único que me dirigió la palabra fue para elogiar la cena; el chile era mi responsabilidad.

Él comió dos enormes porciones.

La velada no se extendió demasiado y fui la primera en levantarme de la mesa para comenzar a recoger, porque, a pesar de que me había hecho a la idea de que debería seguir viéndolos juntos, a Alicia y a él, no es que me agradase ser testigo del modo en que ella lo abrazaba o lo besaba en una mejilla cada tanto, ni tampoco me hacía precisamente feliz verla acariciarle la nuca.

Con la ayuda de Sandra, recogimos la mesa.

El fresco de la noche acabó reuniéndonos a todos dentro temprano.

Fui de las primeras en cerrar las cortinas, pese a que tenía muy claro que no pegaría ojo.

Los minutos pasaron, los oí ir y venir, a Daisy acostarse, a Sandra despedirse de Parker y Alicia con un «buenas noches»; también los oí a ellos dos conversar entre susurros mientras leía un libro en el que me costaba concentrarme bajo el pequeño foco situado en la cabecera de mi litera.

Empecé a cabecear y no dejé el libro a un lado porque sabía que, en cuanto lo cerrara y apagara la luz, mi cerebro se despertaría, de modo que le permití al sueño meterse entre las palabras que leía...

Estaba oscuro y frío. La sala en la que me encontraba era un espacio circular cubierto de baldosas negras rectangulares. El suelo también era oscuro, de piedra, alguna clase de granito muy pulido.

Todo el lugar era un espejo límpido en extremo pulido, como los espejos del Hubble o del James Webb.

Hubiese jurado que allí hacía los mismos doscientos setenta grados bajo cero que registraban algunos satélites en el espacio exterior.

Percibí que se me helaban los pies. Bajé la vista y vi que iba descalza y que no llevaba encima más cobertura que una bata de hospital.

Me entró todavía más frío al verme así.

No entendí por qué estaba sola en este sitio oscuro y sin puertas.

Alcé la vista y descubrí que la cúpula del edificio estaba cubierta de pequeñas estrellas pintadas sobre un cielo azul profundo que me recordó los ojos de Parker.

—¿Mamá?, ¿papá?

Nadie contestó.

—¿Mami?

Di un par de pasos hacia el centro del espacio, comenzando a temblar de frío.

—¿Papá?

Solamente me respondió el eco de mi voz y mi reflejo en la capa negra brillante de las paredes y el suelo.

—¿Parker?

Otra vez solamente mi voz perdiéndose en la inmensidad del universo, entre toda esa materia y energía desconocida que conformaba lo que nadie sabía que existía.

—¿Daisy?

La angustia poseyó mis pensamientos. Retrocedí hacia ninguna parte, porque no tenía por dónde salir.

Al dar un segundo paso hacia atrás, sentí el calor y vi el resplandor todo al mismo tiempo.

La habitación se tiñó de un potente reflejo dorado que me recordó los espejos recubiertos de oro del James Webb. El calor abrasador a mi espalda contrastó con el gélido suelo de piedra bajo mis pies, como si yo fuese el telescopio, con el sol por detrás y el espacio exterior, helado, al frente y por debajo de mis pies.

Despacio y con miedo de lo que podía encontrarme, giré para ver la puerta de un horno alzarse. Las potentes llamas rugían en su interior. Frente a su boca había una especie de camilla, con un ataúd negro encima.

Parpadeé y, junto al féretro, aparecieron dos figuras cuyos rostros no necesitaba ver para reconocer.

—¿Mamá?, ¿papá?

Enfrenté la boca de aquel horno para que éste abrazase mi piel con su calor.

¿Cómo soportaban ellos estar allí tan cerca?

Di un par de pasos hacia ellos, temiendo lo que en realidad ya sabía que había dentro del ataúd.

Al final mi cuerpo se había salido con la suya, echándome de allí, lanzándome al espacio infinito más allá de las estrellas.

Sentí que algo me dolía en una parte no física de mí, en esa que ni siquiera creía que existía.

Llamé a mi madre una vez más y ella no reaccionó ante mi voz.

Extendí un brazo y toqué a mi padre en el hombro, para acabar comprendiendo que ellos no sabían que yo estaba allí. Me habían perdido y por eso lloraban.

—Aquí estoy —susurré—. Aquí estoy, con vosotros. No me dejéis partir.

Puse ambas manos sobre el ataúd, sin atreverme a intentar abrirlo.

Quería recuperar mi cuerpo inerte, no quería irme. Todavía quedaba tanto por delante..., sabía que sí.

Mis manos, heladas, empañaron la superficie negra del ataúd.

—No me dejéis marchar.

El cuerpo que no tenía se estremeció de frío.

—Mami, por favor...

El féretro dio un pequeño salto y se escapó del tacto de las yemas de mis dedos al comenzar a moverse en dirección a la boca del horno incinerador.

—No —gemí—. No, no, no. Esto no puede estar pasando. Estoy viva, no he muerto. Mamá, papá, por favor, ¡detened esto!

Ninguno de los dos me oyó. Ambos lloraban, con las cabezas gachas.

—Tenéis que detener esto, estoy aquí —rogué a nadie, porque yo ni siquiera estaba allí.

El ataúd se deslizó por encima de los rodillos de aquella pasarela que parecía una camilla.

El calor de la puerta debió de comenzar a calentar el ataúd.

La desesperación me atacó con la misma contundencia con la que podría haberme llevado por delante el estallido de una supernova.

Esquivé a mi madre y corrí tras el ataúd que contenía mi cuerpo para detenerlo. No podía permitir que se quemara, porque estaba allí, quería seguir viviendo. Antes no me había rendido y no pensaba hacerlo entonces.

Me aferré a las manijas y planté mis pies, descalzos, en el suelo para detenerlo, pero el féretro, impulsado por una fuerza invisible, continuó avanzando.

Las plantas de mis pies resbalaban por la superficie y mis brazos no tenían la fuerza suficiente como para mantener en su sitio el peso de mi cuerpo.

El ataúd comenzó a internarse en aquel infierno dorado sin que mis esfuerzos valiesen de nada.

Mis ojos soltaron lágrimas ante la desazón. Eso no podía estar sucediendo, no podía terminar así, después de todo lo que había soportado. La vida no podía ser tan injusta, no cuando yo estaba completamente dispuesta a seguir dando pelea.

La manija se me resbaló de las manos.

Abracé el ataúd, sujetándolo con fuerza, y, aun así, siguió escapándose de mí de camino a las llamas que quemaban mi piel ante la proximidad del horno.

—Que alguien me ayude —lloré, y el lacado negro del féretro chilló al escurrirse de mis palmas, húmedas por el sudor.

Sonó a manos mojadas sobre un espejo. El negro se transformó en el dorado del telescopio, en el dorado del sol.

Fui tras él porque no podía permitir que se me escapara, y el dorado quemó mi rostro. Tuve que cerrar los ojos para que no se me calcinaran.

El resplandor atravesó mis párpados, consumiendo las lágrimas que no podía llorar porque ya no tenía cuerpo.

El féretro entró con mis manos y mis brazos en el horno.

El calor me abrasó.

Dolía, pero no podía soltarlo.

Me arrastró hacia dentro del horno, conmigo todavía pidiendo ayuda; ayuda que no recibí.

Cuando creí que el fuego me devoraría, todo fue silencio, frío y paz. Mis pies ya no tocaban el suelo y mis brazos flotaban plácidamente a los lados de mi cuerpo.

Abrí los ojos y vi las estrellas rodeándome.

—Yolanda —la voz de Parker hizo que girase la cabeza hacia la izquierda para encontrarlo allí, flotando a mi lado—, éste es tu cielo. Ahora eres libre, Yolanda. Eres libre —insistió al cabo de unos pocos segundos.

Parpadeé y él desapareció de mi lado.

Mi corazón se puso a palpar enérgicamente dentro de mi pecho y experimenté una potente fuerza tirando de mi estómago; fue como si tirasen de mí por una cuerda asida allí. El nudo estaba allí, pero en realidad la cuerda salía por mi espalda. El tirón propulsó mis brazos y mis piernas hacia delante.

La fuerza me lanzó a toda velocidad hacia la oscuridad del infinito, más allá del universo conocido.

Grité, lloré, pedí ayuda; nada detuvo esa fuerza que quería terminar de arrebatármelo todo.

Un potente golpe en el pecho me detuvo.

Boqueando, abrí los ojos. Ya no estaba en el espacio exterior, había recuperado mi cuerpo y el libro que había estado leyendo se me había escapado de las manos para caer contra mi pecho. La bestia, que pesaba casi kilo y medio, me devolvió a la realidad, aunque a mi cerebro todavía le costaba procesar que estaba allí y no en el otro sitio, y que lo experimentado era un maldito invento de mi mente.

Durante un par de desesperados parpadeos, continúe percibiendo el calor de las llamas en mis manos, que en verdad no era otra cosa que el entumecimiento provocado por haber estado con ellas en alto, sosteniendo el libro hasta un segundo atrás.

Las que sí eran reales eran las lágrimas que corrían cuesta abajo por mi rostro.

Levanté el libro de mi pecho y lo coloqué a un lado después de marcar la página con el señalador metálico en forma de estrellas que me había regalado mi madre unos años atrás.

«Tranquilízate», me dije mentalmente, limpiándome las lágrimas de la cara. No lograba terminar de deshacerme de la angustia resultante de la pesadilla.

Inspiré hondo algunas veces, soltando el aire muy despacio. Aquello me lo habían enseñado hacía muchos años, cuando las perspectivas eran malas y yo no me atrevía a soñar con una vida como la que tenía en ese momento.

Cerré los ojos.

—Tranquila, todo está bien, ya ha pasado. Calma, Yolanda, todo está bien —me dije en un susurro, porque necesitaba oír mi voz para acabar de convencerme de que eso, ese presente, era real.

—¿Yolanda? —Su voz fue apenas un cosquilleo en mis oídos.

¿Era posible que estuviese allí realmente?

Giré la cabeza hacia la cortina cerrada, cortina que no permaneció mucho más en ese estado, porque sus dedos se colaron por un extremo para apartarla.

Vi a Parker detectar la luz encendida y el libro a un lado.

—Hola —me saludó en voz muy baja, sonriéndome—. ¿Leías?

—De hecho, me había quedado dormida. Acabo de despertarme. —Alcé la muñeca para mirar la hora en mi reloj de pulsera. Me costó centrar la vista en las agujas. Eran las dos y cuarto de la madrugada—. ¿Qué haces despierto todavía? ¿Va todo bien?

—No podía dormir —me contestó, asomando la cabeza un poco más dentro del cubículo—. ¿Puedo pasar?

Debía de estar de rodillas en el suelo y se aferraba a la cortina prácticamente colgándose de ésta.

—¿Pasar?

—Creo que, si apartas un poco esa brutalidad de libro que tienes ahí, habrá sitio suficiente para mí. ¿Cómo puedes sostener esa cosa? Por lo visto, al autor no le preocupa la deforestación.

—Papel reciclado —solté a modo de explicación, sonriendo porque su comentario me había hecho gracia—. Y tengo práctica con los libros gruesos —añadí a toda velocidad—. ¿Qué haces aquí? —No entendía para qué quería entrar en mi litera. ¿Dónde estaba Alicia?, ¿acaso había reñido con ella?

—No podía dormir y tenía la esperanza de que tú tampoco, para que me hicieras compañía un rato.

—Ya me había quedado frita y ahora pretendía apagar la luz. Es tarde.

—Sólo unos minutos, ¿puede ser? Juro que no te molestaré mucho. Así me cuentas de qué va el libro.

—No es ficción. —Alcé el ejemplar y se lo enseñé.

—¿Exoplanetas? ¿Qué es eso?

—Planetas que se encuentran fuera del sistema solar.

—Hummm... —murmuró con la vista perdida en la pared. Parpadeó como reacción para, a continuación, apartar la cortina algo más y asomar dentro su pecho, viniéndose encima—. No tengo idea de qué hablas, pero... ¿me enseñas? Soy buen alumno.

No le contesté y él se quedó mirándome. ¿Habría detectado que la pesadilla me había arrancado algo más que unas cuantas lágrimas?

—¿Te encuentras bien?

—Sí. —Mi voz fue como una brizna de brisa en medio del silencio.

—No tienes que explicarme nada si no quieres. Solamente quería... Cinco minutos, ¿puede ser?

Parker ya no sonreía y sus ojos, más que azules, en ese instante lucían negros.

Cogí el libro y me aparté hacia la pared para hacerle sitio.

Sus «gracias» fueron una tímida sonrisa que apenas curvó sus labios.

Apartó un poco más la cortina para acabar de entrar. Levantó las sábanas y las mantas y se sentó sobre el colchón para meter sus piernas debajo de éstas.

No estaba dentro de mis planes que se metiera en mi cama; yo pensaba que tan sólo se sentaría

allí un momento y nada más.

Fue mucho más que eso. Acomodó las mantas a su lado y su espalda contra las almohadas.

—Esto es acogedor. —Cruzó los brazos por encima de su cintura, cubriendo el izquierdo con el derecho.

—¿Te parece? —Con él allí dentro, poco espacio quedaba, lo cual no era del todo recomendable para mí, porque la cercanía de su cuerpo me afectaba incluso más de lo que me hubiese gustado admitir.

Me sonrió con esos encantadores labios suyos.

—Sí. Huele a ti aquí dentro —susurró.

—Es mi cama.

—Pero puedes compartirla un rato conmigo, ¿no?

—¿Tengo otra opción?

Rio bajito.

—No, ya no. Estoy confortablemente instalado. Me gusta mucho estar aquí.

—Tu cama es más grande.

Se quedó mirándome en silencio.

Reuní valor. Eso no estaba bien. Era mejor que regresara con ella. No tenía nada que hacer allí conmigo. Por mi bien, era recomendable que se largara cuanto antes.

—¿Qué haces aquí, Parker?

—Sólo necesito unos minutos de compañía.

—¿No tenías compañía en tu cama?

—Sí.

—No creo que a tu compañía le gustase descubrir dónde estás ahora. ¿No has tenido ya suficientes problemas con ella?

—No he venido a buscar problemas.

Le sostuve la mirada, poniendo cara de incredulidad.

Abrió la boca para decir algo, pero finalmente la cerró. En su segundo intento, aspiró una gran bocanada de aire.

—La verdad es que yo también estaba dormido y me he despertado. No podía volver a conciliar el sueño y comenzaba a ponerme nervioso allí quieto.

—Haber salido a caminar.

—Aquí estoy mejor. Esto es como un refugio.

—Dudo que sirva de refugio para nada una cortina y la pared de la autocaravana.

—Es refugio suficiente para mí.

—Parker, de verdad opino que debes regresar a tu cama.

En ese momento, la mirada en sus ojos de dura había pasado a rota. Si recogía sus trozos acabaría cortada y sangrando, estaba segura de ello.

—¿Estoy haciendo algo malo?

—No lo sé, dímelo tú.

—Estoy comportándome, ¿no? —Lo miré mal—. Ni siquiera te he tocado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Queda espacio entre nosotros. —Bajó la vista hasta el espacio entre su hombro y el mío.

—No te hagas el desentendido. Sabes bien que a Alicia no le gusta verte conmigo. ¿Por qué haces esto?

—No lo sé.

—Vamos, Parker, que no somos niños. Podemos ser amigos, pero sabes que a ella le molesta verte conmigo. Si lo haces para molestarla... Tú y yo poco nos conocemos y la verdad es que no me importa cuáles sean vuestros planes, pero Alicia es buena amiga de Daisy y a mí no me interesa verme metida en una escena que parezca salida de un culebrón. Vosotros dos podéis hacer lo que queráis con vuestras vidas, lo único que quiero es que no me metáis a mí en eso. No me metas tú a mí en eso. Tocándome o sin tocarme, da igual...

—Quiero ser tu amigo —soltó, cortándome.

—Chist... Baja la voz.

Metió la cabeza entre los hombros. Los dos esperamos en silencio a ver si su voz había despertado a alguien. No se oyó reacción alguna.

—Bien, estupendo, seremos amigos a la luz del día, cuando no estés escapándote de ella a escondidas.

—No me escapo de ella. Necesitaba una amiga, es todo.

—¿Para qué?

Aguardó un segundo antes de contestar con la vista fija en sus pies debajo de las mantas.

—Tengo pesadillas.

Bueno, él no era el único y no por eso yo había saltado a su cama ni a ninguna otra buscando un lugar en el que guarecerme.

—He tenido una esta noche —añadió.

No le dije que yo también; no tenía sentido explicarle mi pasado.

—Puedo prepararte un vaso de leche. —Hice el amago de levantarme y entonces me tocó. Sus manos frenaron mis brazos para devolver mi cuerpo a su sitio, contra las almohadas.

—No, no necesito leche. Necesito cinco minutos de conversar con alguien.

—Despierta entonces a Alicia; ella seguro que querrá...

—No, ella no querrá. No creo que quiera escucharme.

—Está contigo. Debería.

Alzó las cejas y me dedicó una mirada de «¿Tú crees?».

—Está bien.

Guardamos silencio un momento hasta que él me sonrió.

—¿Qué?

No contestó, simplemente se quedó allí, sonriendo para mí.

—¿Qué? —Resoplé—. Me vas a contar tu pesadilla o no.

—Lamento haber venido. Tienes razón, no ha sido buena idea.

Fue su turno de intentar escapar y el mío de devolverlo a donde estaba, agarrando con ambas manos su brazo derecho.

—¿A dónde crees que vas?

—A la cama.

—¿En serio crees que te dejaré ir así?

—Estoy bien.

—Querías hablar con alguien y aquí estoy.

—Sí, aquí estás. Es que no creo que sea justo para ti. Lo lamento. Las pesadillas, en ocasiones...

—¿Sueles tenerlas? Me refiero a que si te ocurre muy a menudo.

Me contestó que sí con la cabeza.

—Entonces son un problema.

—Supongo que podría decirse que sí.

—¿Es siempre la misma?

—Son un par de pesadillas que casi siempre son iguales.

Suspiré.

—¿Tomas algo para dormir? —pregunté, procurando internarme con cuidado en un terreno que sabía que debía ser muy complicado, repleto de obstáculos, y en el que dar un paso en falso podía ser desastroso. Recordé ese artículo que hablaba del suicidio de los soldados y que explicaba las secuelas que la guerra dejaba en ellos. La gran mayoría regresaba a casa en muy mal estado, y no sólo por las heridas físicas; ésa no era la única secuela de haber estado en la guerra. El estrés postraumático era algo con lo que la mayoría de los soldados debían lidiar en mayor o en menor medida. El artículo también mencionaba la depresión y el abuso de sustancias.

Me miró.

—A veces —respondió al fin—. No me gusta demasiado tomarlas. Suelen hacer que las pesadillas sean peores.

Parker abrió y cerró su puño izquierdo, bajando la vista.

—¿Te duele? —pregunté, reuniendo coraje. Imaginé que todo en esa conversación tenía que estaba relacionado.

—A veces.

—¿Te duele ahora?

—Un poco.

Me levanté de las almohadas y, saliendo de debajo de las mantas, giré para enfrentarlo.

—¿Puedo? —Moví mis manos en dirección a su mano izquierda. Mis dedos quedaron suspendidos en el aire, a pocos centímetros de los suyos.

Alzó la mano, entregándomela.

—Me dices si te hago daño.

Mis dedos comenzaron a masajear despacio el centro de la palma de su mano y el dorso, permitiendo que descansara sobre mi rodilla.

—¿Qué haces?

—Solamente relájate, ¿de acuerdo?

La piel de su mano era áspera, caliente, firme.

«Manos que podrían asesinar y también tener piedad», pensé, y alcé la vista para encararlo.

Allí estaba su mirada, completamente vulnerable, sobre mí.

—Mi madre solía darme masajes así para que me relajase.

—¿Cuándo eras niña?

—Sí. —No era toda la verdad. De niña y cuando ya no lo era tanto. Lo hacía cuando el dolor no me dejaba en paz, cuando me era imposible encontrar sosiego dentro de mi cuerpo.

—Es agradable.

—Lo es.

Vi que se le ponía la piel de gallina a lo largo de todo su brazo izquierdo.

—Si las pastillas te empeoran las pesadillas, deberías hablar con tu médico para que te las cambie —le sugerí, porque, pese a que no terminábamos de sacarlo a la luz, supuse que estábamos hablando los dos de lo mismo, de aquello que se quedó con él cuando regresó de la guerra, de lo que no se alejaría de él aunque hubiese abandonado el Ejército, así lo hubiesen invitado a retirarse de las Fuerzas Armadas.

—Ya he probado con otras. ¿También eres médica?

—No, pero... es que...

Levantó las cejas para quedarse esperando mis palabras.

—No hace mucho leí un artículo sobre el... —Caí en el silencio otra vez y él me sonrió.

—Anda, puedes decirlo. Te doy permiso.

—Sobre el estrés postraumático en los soldados.

Parker me dedicó un saludo militar, sin apartar su mano izquierda de entre las mías.

—Lo siento, no pretendo inmiscuirme donde no debo. Es sólo que he pensado que...

—No he dicho que estés inmiscuyéndote en mi vida. He sido yo quien ha sacado el tema.

—Sólo has dicho que sufres pesadillas; yo he supuesto el resto y no sé si quieres...

—Has supuesto bien —admitió—. No quiero transmitirte mis pesadillas, pero gracias de todos modos. —Sacudió la cabeza.

No supe qué más decir y continué dándole el masaje en la mano.

—Eres buena, tus dedos obran magia.

—La magia no existe, es tu cerebro nada más.

—¿Mi cerebro nada más? Mucha gente dice que, con los masajes, se transmite energía.

—Sólo conocemos el diez por ciento de la masa y la energía del universo y dudo que aquí —bajé la vista hasta mis manos sobre la de él— se encuentre escondido el noventa por ciento que

falta, ni siquiera una parte.

—No seas descreída —le contesté con una mueca—. ¿Crees en Dios?

Le sonreí.

—¿Eso es un no?

—Sí, es un no. Soy evolucionista, no creacionista.

—Claro, cierto, eres una persona de ciencia.

—Exacto.

—Yo sí creo en Dios.

No dije nada, porque no quería ofender sus creencias y, además, lo que menos me apetecía era discutir con él por ese tema, aun menos teniendo en cuenta que pasaban de las dos de la mañana, y todavía menos en ese momento, cuando tenía su mano entre las mías.

Le di la vuelta a su brazo y él me permitió hacer. Mientras mi mano izquierda sostenía la suya, mi mano derecha subió y bajó por el interior de su brazo hasta su codo, masajeándolo.

—Es difícil aceptar que no crees en Dios cuando eres capaz de hacer esto —susurró al cabo de un instante.

—Esto no tiene nada que ver con Dios.

—Hay cosas que no pueden explicarse con ciencia.

—¿Qué cosas?

Su mano izquierda atrapó mi mano izquierda.

Se me cortó la respiración. Alcé la vista para descubrir sus ojos azules clavados en mí.

—Mi presencia aquí.

—¿Crees que Dios te ha puesto aquí?

—No, te ha puesto a ti aquí.

Sus palabras me dejaron helada, pero todo en mí recuperó temperatura otra vez cuando su mano apretó la mía. Mi mano derecha se había detenido, extendida, sobre su antebrazo.

Hubiese jurado que era capaz de percibir el pulso de sus venas en mi palma.

—Eso es... —iba a decir que una tontería. No logré terminar la frase, porque en ese instante ya no sabía ni en qué creía.

—Incluso en la ciencia hay un poco de magia. No todo es tan frío y racional como a veces da la impresión que sea. Si no, no seríamos lo que somos..., los seres humanos, digo. La vida es mucho más que dos más dos. Para que lo sepas, el resultado no siempre es cuatro.

Me sonreí, aquello no tenía sentido; sin embargo, lo adorable de su sonrisa y sus ojos azules sobre mí amenazaron con hacerme olvidar que las matemáticas eran una ciencia exacta.

—No te rías de mí, Coleman.

—Eso que has dicho no tiene sentido.

—Sí lo tiene.

—Dos más dos siempre son cuatro.

—Eso es lo que tú crees, lo que quieres ver para justificarlo todo, para mantener un orden.

—¿Quién lo dice?

—Lo digo yo.

—Tú no me conoces.

—Y tú no quieres ver más allá de tus narices. ¿Cómo puede ser que mires al cielo y me digas que no existe la magia? —Puse los ojos en blanco y solté su mano—. Toda esa inmensidad allí fuera... acabas de decirlo, solamente se conoce el diez por ciento. Todo lo demás no tiene explicación y ni siquiera sabemos qué es. Podría ser cualquier cosa, podría ser magia. Esa energía podría ser la fuerza que te puso frente a mí.

—De hecho, fuiste tú quien se puso frente a mí.

Le tocó el turno de sacudir la cabeza, poniendo los ojos en blanco.

—Eres imposible.

—Dios no nos cruzó.

—¿Tienes pruebas de que no lo hizo?

—¿Puedes demostrarme que Él es el responsable?

—Si pudiese, te traería una declaración suya firmada.

—¿Y a dónde irías a buscarla, exactamente? —Intenté sonar burlona, graciosa y, sin embargo, cuando terminé de articular aquella frase, la sentí demasiado fría hasta para mi gusto.

En vez de responder, se aclaró la garganta. Continuaba sonriendo, pero con los labios apretados. Sentí como si valorase darme una explicación que yo sería incapaz de comprender, y probablemente así era.

Me sentí poco humana, y no era la primera vez que me sucedía. Incluso siendo científicos, muchos de mis compañeros de trabajo tenían creencias religiosas de algún tipo, que intentaban compaginar con nuestros conocimientos técnicos. A mí eso me resultaba imposible. En momentos como ése, deseaba poder entender aquello que movía a las personas a la fe. Deseé poder sentir, porque era eso, sentir y no pensar, que existía algo superior a todo, mucho más inteligente y magnífico, capaz de envolverme y cuidar de mí, de darle un sentido a cada cosa que me pasara en esta vida.

Aquel vacío me pateó en el pecho en ese instante, separándome de Parker.

Tanto mi madre como mi padre eran religiosos, y hubo un tiempo en el que creí en Dios..., un tiempo en el que, por encima de todo, necesité creer en Él. La vida fue quitándome aquello muy poco a poco y, con el paso de los años, me quedó claro que me costaría mucho recuperarlo. En ese momento estaba casi segura de que lo había perdido para siempre.

—Mejor te dejo dormir. Ya te he robado demasiado tiempo. —Sus piernas salieron de debajo de las mantas, para escurrirse por la cortina hacia el exterior.

—Perdona. No he pretendido ofenderte.

—No me has ofendido, Yolanda.

—Lo que he dicho..., respeto tu opinión. Es que yo...

—No me hagas caso. A veces, cuando tengo estas pesadillas, despierto convertido en... Es la

confusión mental, nada más. Probablemente hagas bien en no creer.

No me pareció que eso último lo dijese con mucha convicción.

—¿Por qué lo dices?

—Porque, si no, deberíamos culpar también a Dios de todas las cosas malas que suceden —negó con la cabeza— y de éstas debemos responsabilizarnos nosotros.

—Parker...

—Olvida que he venido.

—¿Qué?

El alma que no sabía si tenía por poco se me escapa del pecho al verlo apartar la cortina para largarse.

—Parker, no te vayas.

—Buenas noches —soltó, desapareciendo a través de la cortina.

No me atreví a seguirlo.

Y así, frente a mí, me dio la impresión de que quedaban todas las explicaciones de por qué estaba sola, de por qué él regresaba a dormir con Alicia y no se quedaba allí conmigo.

La autocaravana quedó en silencio de nuevo.

Lo imaginé acurrucándose junto a ella y me entraron ganas de llorar.

Me quedé allí sentada un instante, sin poder acabar de reaccionar.

Cuando me moví, el lugar en el que él había estado acostado ya se había enfriado.

Aparté las mantas y me metí en la cama. Bajé la vista hasta el libro, pensando en la ínfima parte del universo a la que le encontrábamos explicación. Todo lo demás, un vasto noventa por ciento, resultaba un misterio. Sabía que nada de aquello era magia y, sin embargo, deseé que lo fuese para así encontrarle sentido a todas esas cosas que no podía explicar con nada, incluido que yo estuviese allí entonces, en mitad del desierto, viva, pensando en él y con el corazón dando patadas contra mis costillas.

«Los milagros no existen. Sólo ciencia —me dije—. Sólo ciencia.»

Quitó la mano del libro después de haber tenido posados los dedos sobre su cubierta. Le di la vuelta, pues ya ni siquiera soportaba ver el título.

Apagué la luz y recosté la cabeza sobre la almohada para quedar envuelta en la oscuridad, con los ojos abiertos.

—¿Por qué estoy aquí? —le pregunté a nadie, porque, según yo, no había nadie a quien pedirle explicaciones.

Por supuesto, nadie respondió.

Los ojos se me llenaron de lágrimas una vez más. No tuve las fuerzas suficientes como para retenerlas dentro de mí.

* * *

Si Alicia notó la ausencia de Parker a su lado durante la madrugada, por la mañana no lo demostró, no al menos conmigo; continuó un tanto distante, igual que los últimos días, pero no detecté en sus ojos ganas de asesinarme ni nada parecido. Tampoco dio señales de estar mal con Parker, sino todo lo contrario: continuó besándolo colgada de su pecho, pegada a él casi constantemente.

Parker tampoco se despegó de ella durante la visita a la presa Hoover y menos cuando fuimos al lago Mead, donde pudimos bañarnos y pasear en barco. Sam nos tuvo todo el día de aquí para allá, pero Alicia no se quejó ni una vez, porque lo tenía a él con ella.

Con el pasar de las horas me fue quedando más claro que, después de lo de esa madrugada, entre nosotros no quedaba siquiera la opción de la amistad.

Alicia iba al servicio de la iglesia con sus padres cuando los visitaba en Pascua y también a otras celebraciones. A mi madre le costaba convencerme de que regresara a casa por Navidad, y a mi padre, de que lo acompañase a las celebraciones judías.

Así como Alicia se pegó a Parker, Daisy se pegó a mí, dándome conversación constantemente, riendo a mi lado cuando Sam hacía una broma, como si esperase poder contagiarme la sonrisa. No funcionó del todo.

El día se me hizo muy largo y comenzó a costarme hacerme a la idea de que al día siguiente por la mañana debíamos emprender camino a Los Ángeles para llevarlas al aeropuerto. De pronto, la idea de viajar sola hasta Oregón y quedarme allí sin más compañía que mis libros y mi portátil me angustiaba... y todo empeoraba cuando imaginaba a Parker comprando un billete de avión para acompañarlas a Hawái.

Quizá hubiese podido ir yo también, pero ¿para qué?, ¿para seguir siendo testigo de ellos dos juntos? Era mejor que me largase sola a la cabaña, donde pudiese olvidarme de todo lo no planeado que había sucedido en ese viaje. Debía concentrarme en hacer la transferencia bancaria a mis padres y en pagar lo que debía a la universidad para que no siguiesen descontándome dinero de mi sueldo. Eso sería lo más conveniente, que me ocupase de reorganizar mi vida para seguir adelante.

«Aquí no hay magia, Parker», le dije mentalmente al verlo reír con Alicia mientras los dos actuaban como un par de tontos de camino de regreso a la autocaravana, después de que Sam nos dejase en la puerta del parque de caravanas.

«No, al menos, en mí», añadí, recorriéndolo con la mirada.

Mis manos se sintieron vacías sin su mano izquierda entre los dedos.

Conozco tus secretos

En un lugar como ése resulta difícil seguir a alguien y que no te vean.

Dudaba que, quienes fuesen en aquel vehículo que nos siguió de camino a la presa, estuviesen intentando pasar desapercibidos.

Es más, casi tenía la certeza de que era todo lo contrario.

Al principio pensé que era casualidad, que se trataba de turistas cuyo destino, igual que nosotros, era ir a conocer la presa en un viaje de vacaciones. Creo que más que nada quise convencerme de que así era, mientras los demás conversaban y reían despreocupados dentro del Jeep de nuestro guía.

A medida que nos acercábamos a nuestro objetivo, fueron tomando distancia hasta que aquella camioneta negra de cristales tintados se perdió de vista.

Actué como si nada sucediese e incluso me relajé un poco mientras paseábamos. Fue un error hacerlo, porque, en un determinado momento, al volverme para observar lo que me señalaba Alicia, los vi. Allí estaban, tres sujetos vestidos con ropas oscuras, dos de ellos con gorras de béisbol, parados en mitad del camino, sin mirar en otra dirección que no fuera la mía.

Los miré y no apartaron la vista ni se movieron; se quedaron allí de pie, advirtiéndome de que conocían mis secretos, que sabían por qué estaba allí, huyendo.

Ya no huiría más, porque me habían encontrado y sólo esperaban el momento para caerme encima y obligarme a pagar mis cuentas pendientes.

Las esperanzas que había sostenido en mi mente de que la presencia que había visto la otra noche fuese producto de mi imaginación se esfumó. No había sido una visión, aquella sombra rondando por la autocaravana era de carne y hueso, probablemente uno de esos tres tipejos que nos habían seguido a una distancia prudencial por todo el recorrido a la presa. Incluso los detecté otra vez, en un parador junto al lago Mead, y me pareció divisar su camioneta cuando, con la caída del sol, regresábamos al parque de caravanas.

Por más que le diera vueltas, no tenía idea de cómo hacer para salir de aquello. Lo que menos me apetecía era terminar en una zanja o en medio del desierto, con aves de rapiña sobrevolando mi cuerpo.

Lo que sí tenía claro era que, tarde o temprano, aquellos tipos se hartarían de verme desde la distancia y darían un paso hacia mí.

Lo único que esperaba era que, cuando lo hiciesen, Alicia, Sandra, Daisy y Yolanda no estuvieran cerca de mí.

* * *

—Deberías venir con nosotras a Hawái —me propuso Alicia, andando despacio en mi dirección. Sus pies descalzos rozaban el suelo con cada paso.

Esa opción quedaba completamente descartada, porque comprar un pasaje de avión era algo que no me podía permitir. Además, la idea de alejarme de Yolanda... aunque me dije que tanto daba; por más que no fuese a Hawái con Alicia y las demás, me separaría de ella de cualquier modo. Yolanda tenía sus planes, su vida.

Mi vista se perdió hacia el fondo del pasillo de la autocaravana. Más allá del perfil del cuerpo de Alicia, vi a Yolanda sentada en su cama, con los pies hacia fuera; hablaba por su móvil; no tenía idea de con quién. ¿Sería con algún novio, con una amiga, con sus padres?

Alicia me había hablado de Yolanda, aunque muy poco, sólo para decirme en un tono bastante desdeñoso que ella no hacía otra cosa que trabajar y estudiar. No pude indagar si había algún novio rondándola, un exnovio o incluso algún hombre con intenciones de aproximársele, porque mencionar el nombre de Yolanda en su presencia desataba poderosas tormentas y lo que menos me apetecía era volver a discutir con ella.

Los dos teníamos muy claro que la nuestra era una relación pasajera y, si bien no paraba de insistir en que las acompañase a Hawái, por más que lo hiciese, dudaba de que lo nuestro durase mucho más allá. Por mi parte, tenía la impresión de que, tarde o temprano, volvería a donde Yolanda estuviese, para buscarla, o al menos para tener la oportunidad de volver a decirle hola.

Con esos sujetos rodeándome, lo mejor que podía hacer por ambas era largarme muy lejos.

Yolanda cortó la comunicación y, bajando el móvil, miró en mi dirección; nuestros ojos se encontraron.

Oí que Alicia me decía algo; no pude prestarle atención. Todo mi cerebro estaba concentrado en Yolanda. Mentalmente le dije que la noche anterior hubiese deseado tener el valor de contárselo todo, de principio a fin. Si ella supiese lo mucho que necesitaba que comprendiese lo que implicaba estar allí y tenerla frente a mí.

Más de una vez había captado su mirada sobre mi brazo izquierdo.

«Pregúntame», le había rogado desde el silencio de mi cabeza.

Ella no había tenido los arrestos de hacerlo, ni yo el suficiente coraje como para relatarle mis pesadillas. Tenía tanto miedo de que se quedase a mi lado por éstas como de que se largase por habérselas explicado.

Yolanda apartó la mirada.

Daisy le habló. Se pusieron a charlar.

Alicia se dejó caer a mi lado.

—Parker.

Se dieron las buenas noches y Daisy trepó a su cama.

—¿Parker?

Vi a Yolanda correr su cortina, volviendo a ignorar por completo mi presencia.

—¡Parker!

Pegué un salto ante su grito.

La encaré. No me miraba con buenos ojos.

—Lo siento, me he perdido en mis divagaciones.

—Sí, ya me he dado cuenta. —Fugazmente, espió hacia atrás. Debió de ver las cortinas echadas, por lo que volvió a centrarse en mí—. Te decía que si no crees que sería buena idea que vinieses con nosotras. Me comentaste que no tenías planes inmediatos. No tienes un trabajo al que regresar. —Me había escapado de mi último curro y justo ese día había comenzado a comprender las consecuencias que eso me traería—. Y dices que no quieres volver a casa de tus padres. —Eso sería lo último que haría, y aún menos con dichas consecuencias pisándome los talones—. Así que puedes pasar unos días con nosotras en la playa y, al volver, decidir qué quieres hacer. ¿No te has planteado quedarte en Pasadena? Puedo ayudarte a buscar un sitio para que te alojes o incluso... Sandra no se negará a que te prestemos el sofá de la sala de estar durante un tiempo, hasta que decidas qué hacer o hasta que encuentres un lugar para ti.

Me quedé mirándola. ¿Lo decía en serio?

—Piénsalo, Parker. Al menos tendrías dónde hospedarte.

Ella me sonrió y me sentí como una basura. Cuando comenzamos esto creí que estábamos los dos en el mismo punto, pero por lo visto ya no era así. ¿Quedarme en su casa?, ¿quedarme con ella?

Fisgué hacia atrás por encima de su hombro.

Por demasiados motivos, no podía hacer aquello. Me divertía con ella, lo pasábamos genial y lo nuestro había sido una especie de fuga del desastre que había organizado en Las Vegas; más allá de eso..., comenzar una relación...

Tenía muchos problemas y el mayor de todos era Yolanda allí atrás, porque me moría de ganas de estar con ella, y no sólo para meterme en su cama y descubrir qué se sentía al besarla, sino, además, porque, cuando me encontraba a su lado, el mundo parecía menos horrendo de lo que era. Yolanda hacía que sintiese menos asco de mí mismo, que respirar no fuese tan complicado y que pensar en el futuro no pareciera un imposible. Por alguna desquiciada razón, necesitaba su perdón, su aceptación. No era justo desearlo, pero tenía una gran necesidad de reclamar un espacio a su lado.

—¿Parker? Parker, ¿dónde está tu mente esta noche? ¿Qué sucede contigo?

—Estoy cansando y me duele un poco la cabeza, lo siento.

—Cualquiera diría que me estás ignorando a propósito...

—No es eso. Ya te he dicho que anoche no dormí bien.

—De acuerdo, pues mejor te dejo para que descanses. —Se levantó del sofá cama. La atajé por la muñeca justo a tiempo.

—No, Alicia, por favor.

—Pensaba que estábamos bien —comentó, atisbando hacia el pasillo. Ella no podía ser más transparente y quizá yo también. Sabía que, cada vez que miraba en dirección a Yolanda, la atacaban los celos, por eso había intentado, durante todo el día, ni siquiera dirigirle la palabra. No me interesaba lastimarla. No teníamos por qué terminar mal.

—Estamos bien.

—¿De verdad? Ni siquiera prestas atención a lo que digo.

Tiré de ella hacia abajo.

—Ven aquí.

—No me convencerás con una sonrisa —gruñó cuando le sonreí.

—Puedo hacer algo más que eso.

—¿A modo de despedida?

Ladeé la cabeza, sonriéndole un poco más. Quizá fuese un «sí», quizá fuese solamente un «es esto ahora y nada más, pues mañana no lo sé», porque en realidad no tenía ni idea de lo que podía suceder conmigo al día siguiente.

—¿Podrías, al menos, considerar el hecho de quedarte en Los Ángeles o en los alrededores hasta que regrese?

—¿Cómo estás tan segura de que me querrás allí cuando vuelvas?

Tironeó de su brazo para alejarse de mí. No le permití huir.

—¿Te parece que no puedo pensar por mí misma?

—No, lo que digo es que nos conocimos el miércoles. No hace ni una semana.

—¿Estás terminando conmigo?

—Alicia, al menos estamos seguros de qué es esto.

Me puso una pésima mala cara.

—No, pero por lo visto soy la única que tiene intenciones de, por lo menos, procurar descubrirlo.

—No me querrás ahí cuando regreses.

—Eres un idiota. Suéltame. —Tiró de su brazo; no la solté.

—Alicia, hablo en serio. ¿Y si conoces a alguien en Hawái?

—Si vienes conmigo...

—Son tus vacaciones. Las tenías planeadas para pasarlas con tus amigas. Yo he sido solamente un accidente.

—No eres un accidente. Eres un imbécil.

—Alicia, por favor... —Tiré de ella hacia abajo de nuevo.

—¿A dónde irás?

—No tengo ni idea.

—¿Qué harás?

—Tampoco lo sé. Lo máximo que puedo pensar es en lo que podría llegar a suceder en los

próximos minutos, nada más. —Tiré de su brazo hacia abajo por enésima vez.

Cedió un poco, pero no se sentó.

—Eres un idiota.

—Conocerás a algún bronceado surfista con el pelo largo...

—No me gustan los hombres con el pelo largo.

—Sabes lo que quiero decir. Te olvidarás de mí. Primero te olvidarás de mi nombre, luego no conseguirás recordar el color de mis ojos.

—¿Crees que es tan fácil olvidarse de tu mirada?

Su cuerpo acabó cediendo ante mis tirones. Alicia se sentó sobre mis piernas.

—A tu móvil se le olvidará mi número de teléfono.

—¿Tienes claro que todavía no me lo has dado? —susurró sobre mis labios—. No quieres que quede rastro de ti aquí, lo sé. No es justo, porque aquí estás ahora. Me dejarás tu número o no permitiré que te alejes de mi lado. —Me besó en los labios.

Había olvidado que ella me lo había pedido y que me hice el tonto para no dárselo. No sería la primera vez que se me olvidaba, así como tampoco la primera que me desconectaba por completo de la realidad pensando en otra cosa, tal como me había quedado pensando en Yolanda un momento atrás. Mi cerebro, en ocasiones, me jugaba esas mismas malas pasadas, trucos desagradables. Todo era parte del síntoma postraumático, decían los médicos. «Tienes que dejarlo salir, debes hablarlo. Tienes que tomarte la medicación. Tienes que asistir a las reuniones con otros soldados. Debes visitar al psicólogo. Encuentra algo productivo que hacer, vuelve a ser un hombre completo. Busca amigos, forma una familia, vuelve a vivir la vida.»

Como si algo de todo eso fuera sencillo.

Ni siquiera conseguía respirar en paz sin tener miedo de volver a percibir aquella cosa clavada en mi carne, y vivía con el miedo casi constante de darme la vuelta y tener detrás de mí las escenas que no era capaz de dejar atrás.

—No me llamarás.

—No pretendas saber lo que haré, Parker.

—No sé lo que harás tú, sé lo que hace la vida —murmuré entre sus labios.

—¿Y qué es lo que hace la vida?

«Demostrarme que no merezco nada», le contesté mentalmente, mirándola a los ojos.

Mejor para ella si la vida la llevaba lejos de mí.

—¿Parker?

Mi vista cayó hasta sus labios mientras mis manos se internaban debajo de su camiseta.

—Chist... —Atrapé su labio inferior entre los míos.

—No intentes...

No le permití decir nada, comencé a besarla. No podía continuar hablando, no soportaba seguir pensando; necesitaba olvidarme de todo, escapar al menos por unos minutos, soñando con lo que podía sentirse al tener una vida normal.

Mis brazos rodearon su espalda bajo la prenda. Interné mi nariz en su cuello, buscando aquello que todavía no había conseguido hallar en ella.

Ojalá Alicia encontrase a alguien para quien fuese todo lo que podía ser y no alguien con quien conformarse. Sabía que no debía permitirle estar conmigo, porque eso no era ni la mitad de lo que podía ser, porque más de la mitad de mí se había quedado pegada a Yolanda desde la noche anterior.

De nada sirvió que dejase su cama, pues yo aún continuaba allí, con mi mano entre las suyas, con el tacto de sus dedos recordándome la forma de mi carne, de aquel cuerpo que por momentos no parecía mío, sino del enemigo.

Quería regresar allí para que me explicase si ella y yo podíamos largarnos a uno de esos planetas fuera del sistema solar. Hubiese deseado poder contarle con lujo de detalle cómo se veía el cielo sobre Afganistán y me moría por explicarle que conocerla me había devuelto parte del alma al cuerpo. Si era necesario, emplearía el resto de lo que me quedase de existencia para convencerla de que, en esta vida, no todo es tan estricto y lógico como una ecuación matemática y que ella era para mí eso que se salía de la lógica y de lo racional.

¿Podría ella comprender que, cuando la vi por segunda vez, en el casino, incluso antes de tropezar con aquel hombre que jugaba en su mesa, sentí lo mismo que cuando oí aquel helicóptero aproximarse?

Me despertó de la pesadilla que me acompañaba estando despierto. ¿Por qué ella? Que se lo preguntase a sus estrellas, porque la explicación no podía ser de este mundo.

Alicia tiró de mi camiseta hacia arriba mientras yo besaba su cuello.

Apagué el resto del mundo, porque no podía con todo.

Lo dejé ir y un trozo más de mí se fue con lo que sentía y pensaba, con lo que anhelaba y lo que necesitaba.

La oí susurrar aquel nombre en mi oído mientras entraba en ella y comprendí que ni siquiera sabía quién era.

De mí quedaba poco más que ese cuerpo magullado que a ella parecía no importarle demasiado. Alicia había preguntado por las cicatrices y, cuando le conté que me las había traído de Afganistán, allí acabó todo.

Por supuesto que ella encontraría a alguien en Hawái, o quizá cuando regresara a Pasadena. Se olvidaría de mí, tanto si tenía mi número en su móvil o no.

Mejor así.

Mejor así para ella.

Alicia besó mis labios y se acurrucó a mi lado. La abracé, rodeándola con mi brazo izquierdo, injustamente utilizándola de escudo para cubrir mi parte más débil, añadiendo una prueba más en mi contra en el juicio que, sin duda, terminaría por declararme culpable de cobardía, poca humanidad y probablemente también de salvajismo.

Cerré los ojos e intenté visualizar las estrellas detrás de mis párpados. En vez de puntos de luz

en un inmenso universo de vida, vi el rojo de la muerte mezclado con el humo y el sonido de los disparos.

Alicia se durmió.

Yo simplemente fingí ser un ser humano normal hasta que ella ya no estuvo allí para ser testigo de que no lo era.

En cuanto estuve seguro de que se encontraba profundamente dormida, me vestí, con botas y todo, y salí de la autocaravana en busca de un poco de aire que meter dentro de mis pulmones.

Me llevé conmigo mi arma, porque, además, no pensaba permitirme dormir, no con esos tipejos rondándome y, por lo tanto, rondándolas a ellas. Como bien había dicho Yolanda, ellas ya eran mi equipo y, por ello, mi responsabilidad. No les fallaría, no volvería a fallar.

—¿Aprovechando la última noche en el desierto?

Su voz me arrancó una sonrisa desde lo profundo del pecho. Mi cabeza andaba por cualquier parte, en rincones muy oscuros, y ni siquiera había oído abrirse la puerta, pero su voz... cómo no oír su voz.

Giré sobre la silla para verla caminar en mi dirección. Traía una manta sobre los hombros y otra en una mano.

—¡Miller!

Con una estupenda puntería, me tiró la manta.

—Gracias.

—De nada.

Apartó de la mesa la otra silla que estaba enfrente y se acomodó en ella mientras yo me echaba la manta sobre los hombros. Me hacía falta, el frío comenzaba a meterse dentro de mí sin piedad.

—¿Tampoco querías perderte esta última noche?

Negó con la cabeza.

—Todo esto es precioso.

—Lo es —convine. Lo era únicamente porque ella estaba allí.

La oí inspirar hondo.

—¿Pesadillas?

—No, esta vez solamente insomnio.

«Y una pistola en la parte posterior de la cintura de mis pantalones», completé mentalmente.

—Nos falta un chocolate caliente.

—Puedo entrar a...

—No, mejor que no —soltó, cortándome—. No queremos despertar a nadie.

Con ese «nadie» se refería a Alicia; ni falta que hacía que lo dijese en voz alta, los dos sabíamos perfectamente que su nombre estaba allí.

En silencio, me pregunté si nos habría oído a Alicia y a mí otra vez.

—También tengo pesadillas —comenzó a decir cuando yo procuraba convencerme de que ella se había quedado plácidamente dormida al cerrar su cortina y que no había captado ni el menor

susurro.

—¿Te ha despertado una pesadilla?

—Sí. —Recostó la espalda contra la silla y echó la cabeza hacia atrás hasta que su nuca tocó el respaldo. Sus ojos apuntaron directos hacia el infinito—. Tengo pesadillas extrañas.

—¿No son por definición extrañas, todas las pesadillas? —Se encogió de hombros—. ¿Quieres contarme algo al respecto?

Sin despegar la nuca del borde de respaldo de su silla, movió sus ojos en mi dirección.

—A veces sueño que floto en el espacio, muy lejos de la tierra.

—¿Y eso es todo? —bromeé—. No suena tan mal.

Noté que su pecho se hinchaba; parecía estar costándole respirar.

—Estoy muerta.

Me estremecí ante sus palabras. La miré deseando saltar sobre ella para abrazarla y protegerla de cualquier mal.

Quise decirle que no permitiría que nada malo le sucediese, que daría mi vida por la suya, que no permitiría que muriese ni en sueños ni en la vida real y, en vez de eso, me quedé allí petrificado y boquiabierto, mirándola con una profunda sensación de vacío e inutilidad entre mis brazos. Quería ayudarla y no sabía cómo, y temía que, si lo intentaba, lo único que conseguiría sería hacerle daño. Todo lo que no era nada en mí se desesperó por quitar cualquier pesadilla o dolor de ella.

—Sí, mis pesadillas son ridículas, porque, si estoy muerta, no puedo estar allí.

—Quizá sí.

—Yo no creo en esas cosas.

Le sonreí.

—Pues explícale eso a tu cabeza.

—El cerebro no es lógico cuando soñamos.

—No, supongo que no. —Reí—. Bien, ¿y qué sucede cuando estás allí flotando en el espacio? ¿Te da miedo? ¿Estás en paz? Tendrás que explicarme por qué sueñas que estás muerta.

Yolanda apartó sus ojos de mí.

—Suele ser desesperante estar allí flotando con el frío, porque no sé si lo sabes pero allí arriba se está a menos doscientos setenta grados. —Sus labios amagaron una sonrisa.

—Suficiente para congelarse.

—Más que suficiente. —Hizo una pausa—. Me da miedo flotar allí porque sé que estoy perdida y que no hay nadie. Además, soy consciente de que estoy muerta... y no quiero estarlo.

—Hay peores cosas que morir.

—Ni que lo digas —lanzó a toda prisa tras mis palabras.

Me llamó la atención que lo verbalizara y también el modo en que lo hizo; sonó como si tuviese verdaderos motivos y experiencia de sobra para asegurarlo.

—Aun así, me desespera no poder regresar..., saber que no regresaré y que todo se ha

terminado.

—Estás aquí, Yolanda.

Ella dejó pasar unos segundos y, a continuación, me encaró.

—Apareces allí.

—¿Que yo aparezco allí? ¿Dónde? ¿En tus pesadillas? Eso no suena bien, no me gusta saber que aparezco en tus pesadillas. Te lo prometo, procuraré mantenerme lejos de tus sueños.

Yolanda se quedó con los ojos fijos en mí.

—¿Desde cuándo sueñas conmigo? —le pregunté, porque a duras penas si conseguía mantener dentro de mí todo lo que me sucedía con ella.

—Anoche y hoy.

—¿Has soñado conmigo dos veces?

Asintió con la cabeza.

—No ha sido desagradable verte allí. Todo lo contrario.

De ser por mí, me habría puesto de pie de un salto para correr y gritar de felicidad.

—Antes solamente me quedaba allí en el vacío, asustada y sin saber cómo salir de esa situación.

—¿Y he llegado yo al rescate?

—Podría decirse que sí, algo así.

—Pues, de ser así, me aseguraré de estar en tus sueños para rescatarte cada vez que sea preciso.

—No puedes hacer eso.

—Puedo intentarlo. Lo primero que deberías hacer es creer que puedo. Si no me das un poco de crédito...

Se quedó observándome muy seria.

—¿Qué?

—No deberías estar ahí, en mis sueños.

—¿Por qué no?

—Porque nos vamos de aquí mañana.

—La vida no se termina ahí.

—Se termina el viaje. No he debido contarte mi pesadilla. Es una tontería. No deberíamos soñar por las noches.

—¿Qué dices?! ¿No soñar? Yolanda, por favor.

—Es cierto. A veces solamente querría...

—Querrías, ¿qué?

Se quedó en silencio.

—No lo sé. Lo único que sí sé es que odio soñar que me muero, porque estoy viva y...

—Sí, estás viva.

—Sí, lo estoy.

Como vi que su rostro se ensombrecía, rompí el silencio.

—Nunca he soñado que floto en el espacio.

—Pues no te lo recomiendo, hace un frío de puta madre.

Bromeaba, y por eso me permití reír.

—En ese caso, debería ser precavido y llevar una manta.

—Dudo que una manta marcara mucha diferencia. —Rio—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Sí, claro: dispara.

—¿Qué sueñas tú? Me refiero a tus pesadillas.

—Mis pesadillas se quedan aquí en la tierra y generalmente tienen que ver con Afganistán. —

Ella no dijo nada; se quedó allí, en su silla, dándome espacio para continuar hablando—. Mis pesadillas son una mezcla de recuerdos y de cosas que no sucedieron. Generalmente tienen más que ver con recuerdos. —Permití que mi mirada se perdiese en el horizonte.

—¿Parker?

Dirigí mi rostro hacia ella.

—¿Cómo te hiciste las cicatrices del brazo?

Sonreí. Fui feliz porque lo preguntara.

—Una explosión.

—Fueron heridas profundas, ¿no?

—Bastante.

—¿Fue en Kabul?

—Sí.

—¿Temiste por tu vida?

Se me cerró la garganta.

Le contesté que sí con la cabeza.

—¿Tus pesadillas tienen que ver con esa explosión?

—Sí, muchas veces sí. La mayor parte de ellas, en realidad.

—Ojalá pudiese aparecer en tus sueños para ayudarte.

—Es mejor que aparezcas cuando abro los ojos, que estés ahí como anoche, como ahora. Esto es mucho más valioso.

Yolanda se levantó de su silla y la agarró por los apoyabrazos para moverla hasta colocarla al lado de la mía.

Me quedé petrificado viéndola hacer. No podía creerlo. Yolanda se movía hasta mí... Era como si el sol decidiese moverse hasta la helada luna para darle calor. El modo en que Yolanda me sorprendió no acabó ahí, porque no se limitó a mover su silla hasta pegarla a la mía, sino que pasó por delante de mis piernas para colocarla a mi lado izquierdo.

—¿Qué haces? —balbucí, a punto de echarme a llorar como un crío.

Respondiendo con actos, no con palabras, Yolanda se sentó y me arrebató mi mano izquierda para tomarla entre las suyas.

Bajé la vista hasta éstas y, a continuación, la alcé hasta sus ojos.

—Aquí estoy —susurró.

En efecto, allí estaba, tanto fuera como dentro de mí, por todas partes.

No pude decir nada más.

Yolanda comenzó a darle un masaje a mi mano, consiguiendo que volviese a sentirse viva y humana, rellenando los surcos de mis cicatrices con su carne, con su energía, con su sonrisa y con la libertad de su cabello anudado en su cabeza, con aquellos adorables mechones que se le soltaban por todas partes.

Sus dedos treparon por mi brazo, registrando cada centímetro de mi piel, y aquello dejó de ser un masaje para convertirse en una caricia que deseé que no terminase jamás.

Sus dedos se metieron bajo la manga una y otra vez, como si quisiesen llegar mucho más lejos. Lo que hubiese dado porque lo consiguieran...

No pensaba perder la oportunidad de nuevo.

Con la otra mano, atrapé su mano izquierda. Ella me vio hacer sin decir nada.

Alcé su palma hasta mis labios y la besé. Hundí mi nariz allí para percibir su perfume mezclado con el mío. Escondí mi rostro en su mano y, si bien al principio sus dedos habían estado un tanto tensos, se aflojaron tocando mi rostro. Su mano optó por posarse sobre mí mientras mi nariz y mis labios registraban la suavidad del interior de su muñeca.

—Tu piel es tan suave... —Agarré su codo y la acerqué un poco más a mí; ella no opuso resistencia. Su mano derecha enredó sus dedos en los míos, me dio un apretón—. Sé que no crees que... —Al alzar la vista, la vi con sus ojos fijos en los míos.

—No digas nada.

—No volveré a pronunciar ni una palabra si no quieres volver a oír mi voz.

—No es que no quiera volver a oír tu voz. —Su mano rodeó mi rostro para, acto seguido, bajar hasta mi cuello, tomándolo con un agarre contundente, uno del que yo no me creía capaz—. Es que quiero que me beses de una vez.

Sin duda debía de estar soñando, porque eso no podía ser real.

—¿Parker?

—¿Qué?

—¿Me besarás o no?

Solté su codo y mis dedos flotaron hasta su barbilla. Vi mis dedos allí y no pude creer que en verdad el universo estuviese dándome permiso para tener eso para mí al menos por un instante. ¿Debía advertirla antes de que no la merecía, de que a ella no le reportaría nada bueno estar conmigo?

El dorso de mis dedos recorrió el perfil de su mandíbula hasta que di con la suavidad del lóbulo de su oreja. Mis dedos se desplegaron así sobre su piel, unos por delante de su oreja, en su mandíbula, los otros entre su cabello.

Esas mismas manos habían tocado rocas ensangrentadas, cuerpos sin vida, munición y armas.

Esas manos habían intentado contener sangre y volver a dar la vida. Esas manos habían acariciado y golpeado, pero, por primera vez en mi vida, esas manos tenían la oportunidad de amar.

Despacio, me moví hacia ella. Yolanda no despegaba su mirada de la mía y se lo agradecí, porque estaba seguro de que, si perdía aquel contacto, regresaría a Kabul, a mi cuerpo destrozado, a la muerte inminente, y no quería morir porque no quería abandonarla en el espacio, porque, si ella me necesitaba y me quería a su lado, allí estaría yo costara lo que costase.

Toqué sus labios con los míos y, debajo de mi boca, ella desplegó su sonrisa más dulce y suave. Rio.

—¿Qué? —le pregunté—. ¿Todavía no te he besado y ya te estás riendo de mí? Juro que no lo hago tan mal. No te burles antes de tiempo.

—Dudo que beses mal.

—Y, entonces, ¿por qué te ríes?

—Nervios.

—¿Nervios?

—Sí. Eso y que esto es mucho mejor que verte en mis pesadillas.

Con aquello, simplemente declaré mi muerte. Muerte por amor. Tomé sus labios entre los míos para besarla con todas mis fuerzas, que, así fuesen muchas o pocas, eran todo lo que tenía, lo que podía darle, porque ante ella no conseguiría, ni aunque quisiese, guardarme nada.

El calor de su carne en mí hizo que mis miedos huyesen con el rabo entre las patas y, cuando mi lengua tocó la suya, tuve la impresión de que acababa de ganar un cuerpo nuevo, como si volviese a nacer.

Sus dos brazos me abrazaron y la seguridad fue mayor que si me encontrase dentro de un refugio antiaéreo.

La besé una y otra vez, porque, así como la necesitaba, quería entregarme a ella.

Su piel contra la mía era mejor que cualquier pastilla, que cualquier sesión de terapia.

Besé su cuello, rogándole dentro de mi cabeza que usase su inteligencia para alejarse de mí a tiempo. Me prendí de su cintura para que comprendiese que no soportaría que me abandonara; no entonces, cuando comenzaba a sentirme vivo de nuevo.

Repetí su nombre una y otra vez.

Sus besos se entregaron a la tarea de llenar mi vacío y mis manos no alcanzaron a abarcar todo su cuerpo tal como deseaba y necesitaba hacerlo, porque ella era lo más grande que existía, más grande que el maldito universo y todo lo que no conocíamos de él.

Estaba a punto de aprenderme su boca por completo cuando Yolanda se apartó un poco de mí.

Abrí los ojos para verla sonreír con los suyos cerrados. Esa mueca de felicidad en su rostro valió todo lo que me había sucedido hasta ese día.

Su frente cayó sobre la mía.

—Quizá no he debido... —Soltó un largo suspiro sobre mis labios.

—No has debido, ¿qué? —Mis labios rozaron los suyos cuando hablé, demostrándome que en

ese instante necesitaba sus besos mucho más que cuando la vi caminar hasta mí desde la caravana.

—No soy una buena amiga.

Tragué en seco. Me quedó claro que hablaba de Alicia.

—Y yo no soy un buen hombre.

Sus párpados cayeron pesados. Todavía sin despegarlos, apartó su frente de mí, empujando su cuerpo lejos del mío, haciendo fuerza con sus manos contra mi pecho para separarnos. Mi mano derecha pilló su codo izquierdo, mi mano izquierda su cintura.

Abrió los ojos.

—Esto es pura y exclusivamente responsabilidad mía.

—Sí, claro —sonó socarrona—. No necesito que me defiendas; ni siquiera de mí misma, Parker.

—Hablo en serio, me gustas desde el primer instante en que te vi y supe que no quería apartarme de ti cuando me topé contigo en la recepción. No debí salir corriendo en su dirección —añadí, desviando la vista hacia la autocaravana—. El caso es que cada día que he pasado contigo me ha servido para que me haya quedado totalmente claro que no soy lo mejor para ti.

—¿Y sí para ella?

—No es lo mismo... Lo mío con ella...

Yolanda bajó la vista.

—Tú sabes... ella y yo... lo que tengo con ella no es lo mismo; lo que tengo con ella puedo manejarlo, está dentro de mis posibilidades. Tú eres mucho más...

—¿Dentro de tus posibilidades? ¿Quién crees que soy?

—Tú —le contesté, y ella apartó su cara de mí. La traje de regreso a mis ojos cogiéndola por el espacio entre su mandíbula y su cuello. Mi mano allí encajaba a la perfección.

—¿Crees que no podría soportar que te acostases conmigo y, pasado el fin de semana, te largases para seguir con tu vida? —disparó en mi dirección, al verse obligada a mirarme a la cara.

—No habría podido hacer eso —confesé—. No habría podido dejarte. No quiero dejarte ahora.

—Y, sin embargo, te irás, ¿no es así? Te irás de todos modos. ¿Tras ella tal vez?

Negué con la cabeza.

—No iré a Hawái con Alicia.

—¿La verás cuando regreses?

—Lamento lo que diré a continuación..., pero es que ni siquiera se trata de Alicia, Yolanda. Se trata de mí. No debí venir aquí con vosotras y, sin embargo, estos días han sido lo mejor que me ha sucedido en mucho mucho tiempo. No debería haberte besado, tampoco es bueno que aún me encuentre aquí frente a ti. Soy un saco de problemas, y tú tienes una buena vida, tienes tu trabajo, tus amigas, a tu familia. Yo lo único que tengo son mis pesadillas. Todo lo demás lo he perdido ya. —Creí que declarar aquello en voz alta terminaría de convencerme a mí mismo de que debía

alejarme de ella. Causó el efecto contrario: tuve la impresión de que, si la perdía, si me alejaba de ella, dejaría de existir a la vista del resto de la humanidad para convertirme en un alma flotando en el limbo.

—Ven conmigo —soltó de pronto.

—¿Qué?!

—No tienes por qué perderte. Puedes venir conmigo a Oregón.

—Yolanda, acaso no has oído lo que acabo de decirte. No tengo nada que ofrecerte, aparte de problemas.

—No subestimes mi inteligencia. Dudo de que sea sí.

—No me conoces.

—Dame tiempo para hacerlo. Si no quieres venir, solamente dilo; no intentes defenderme de ti también. Puedo defenderme sola de quien sea.

No de quienes me rondaban.

Traduje aquellas palabras en una mirada que le dediqué, y Yolanda no lo entendió. Sus dedos aferraron mi camiseta.

—Quiero ir contigo.

—Entonces no tenemos nada más que discutir.

—Yolanda —bajé la vista hasta mi brazo izquierdo; éste estaba cubierto, pero sabía que ella lo comprendería—, éstas no son las únicas cicatrices que cargo.

—¿Y tú crees que yo salí de un estallido de generación espontánea en el casino?

Sonreí y ella me devolvió el gesto con su dulzura única.

—No, claro que no.

—Bueno, me alegro que entiendas que yo también tengo un pasado y que no...

—Yolanda, no es solamente mi pasado. Mi vida no ha quedado atrás.

—Tampoco la mía. ¿Compites conmigo? —bromeó.

—¿Quieres saber quién lo ha tenido peor?

—Lo que no quiero es que intentes ahorrarme lo que yo no tengo intención de dejar pasar por mi lado así sin más. Te estoy proponiendo que vengas conmigo porque quiero tenerte a mi lado. Esto no es sencillo para mí y en este instante me siento muy patética por rogarte que no te vayas ni con ella ni solo.

—No quiero que ruegues ni que te sientas patética. Es que hay tantos tipos ahí fuera mucho mejores que...

—¿No fuiste tú el que mencionó la magia?

—No crees en eso.

—Ya no estoy muy segura de en qué creo y en qué no. Tan sólo te pido que me des una oportunidad. Te juro que no soy sólo números.

—No, también tienes tus exoplanetas y ese espíritu de niña exploradora que...

Yolanda no me dejó seguir. Su boca tomó por asalto la mía y su peso se me vino encima. El

arma se me clavó en la espalda. No pude hacer otra cosa que aferrarla contra mí mientras devoraba mis labios, devolviéndome la vida con la humedad de su boca. Su lengua hizo arder la mía al tiempo que sus caderas se pegaron a mí. Mis manos tenían ganas de arrancarle la ropa. No lo hice, pero no pude evitar que una de ellas agarrase su trasero para pegarla todavía más a mí mientras la otra recorría la piel de su espalda hasta llegar a su cuello por detrás.

—No quieres irte —jadeó dentro de mi boca, después de que sus dientes atrapasen mi labio inferior.

—Joder, Yolanda. No me hagas esto —gemí, deseándola como no creí que fuese a desear a nadie nunca más, porque parte de todo lo que era capaz de sentir como ser humano se había quedado en Afganistán.

—Quiero ver todas tus cicatrices. —Su cálido aliento llenó mi boca—. Quiero tu cuerpo en mí y, si tengo que gritar para que eso suceda, lo haré. Me importa una mierda si Alicia duerme en la autocaravana.

Tapé su boca con la mía, besándola otra vez.

—Estás loca. Ésta no es una apuesta en la que quieras poner ni un centavo. Soy peor negocio que entrar con mucho dinero en un casino cuando eres un adicto al juego.

—No soy adicta al juego y se me dan muy bien las cartas. Puedo manejarlo.

—No, no puedes. —Se apartó un poco de mí para mirarme fijamente—. No quiero hacerte daño.

—¿Cómo podrías?

—De mil y una maneras. Soy un experto.

—Lo que eres es un cobarde. —De la nada, me soltó para regresar a su silla y, de allí, ponerse de pie—. Ok, ¿sabes qué?, quizá simplemente seas un idiota y me he equivocado al venir aquí a hablar contigo. Está claro que no soy capaz de distinguir a un buen tío de un imbécil y que lo interpreto todo mal. —Resopló—. Por eso me gustan los números: no es cuestión de interpretación, sino de exactitud. No te preocupes, es problema mío, al igual que el resto de mi vida, a la cual obviamente tú no tienes intención de asomarte siquiera. No tienes que molestarte por aparecer en mis pesadillas; si hasta ahora me las he arreglado sin ti, puedo seguir haciéndolo sin problema.

—Yolanda, por favor. Es que... —No podía contarle la verdad, porque ya de por sí eso la metería en problemas, y tampoco podía quedarme a su lado.

Ella, que había rodeado la silla en la que había estado sentada, se detuvo.

—Es que, ¿qué, Parker?

Lo nuestro no había comenzado bien, aunque por los mejores motivos por mi parte: ponerla a salvo.

No le contesté. Quizá, en el silencio, ella encontrase las respuestas que más le convenía obtener. Era preferible que pensara que era un cobarde a que viera la realidad.

Resopló, meneando la cabeza.

—Que duermas bien, Parker —me espetó, y sentí esas palabras como si me diese de patadas en los riñones. Me lo merecía.

Mordiéndome los labios, me sujeté de la silla para no correr tras ella.

Yolanda se metió dentro de la autocaravana.

«Es mejor así, es mejor así, es mejor así», repetí hasta que no me quedaron fuerzas para mantener los párpados separados ni el calor dentro de mi cuerpo. Estaba agotado.

Me puse en pie y fui otra vez a echar un vistazo por los alrededores.

No detecté ninguna presencia extraña.

Ya sin poder con el frío y el cansancio, regresé dentro. La cortina de Yolanda estaba cerrada, Alicia continuaba durmiendo en la cama como si nada hubiese sucedido.

Con la alarma puesta, escondí el arma dentro de mi mochila de nuevo y me desvestí hasta quedar en bóxers y camiseta. Sin hacer el menor ruido, me preparé una taza de café y, con ésta en las manos, cuidando de no despertar a Alicia, me metí bajo las mantas. No me permití dormir, no podía bajar la guardia.

Mi camino

—Despierta, soldado. —Con toda la mala leche que había reunido durante la noche, le propiné una patada a la pata de la cama del lado en el que él tenía la cabeza. Llevaba una hora esperando a que se despertara y ya no me apetecía esperar más. Si encontrábamos tráfico de camino a Los Ángeles, las chicas iban a perder su vuelo.

Suficiente piedad había tenido hasta ese momento y, aprovechando que Alicia se había ido hacia las duchas y que Daisy y Sandra estaban fuera sacándose algunas fotos, descargué en la pata de la cama mis ganas de patearlo a él.

Mi ira se desvaneció cuando Parker se incorporó todavía con los ojos cerrados, boqueando. Así sin más, su rostro se había desfigurado por completo en una mueca de terror e ira.

Al cabo de nada, lo que creí que era lo que él se merecía se transformó en vergüenza para mí. Podía tener un coeficiente intelectual alto; sin embargo, esos números no significaban nada a la hora de relacionarme con otros seres humanos. Estaba celosa, furiosa y dolida, y quería demostrárselo. En mi mundo parecía que ése era el mayor problema; en el suyo...

Lo vi hacer un gesto como si buscara algo detrás de su espalda, en la cintura de sus pantalones, y, al no encontrarlo, alzó el puño hacia delante. Parker abrió los párpados, pero dudé de que estuviese viéndome... pues delante de sus ojos flotaba un velo de algo completamente desconocido para mí; de algo que no descubriría jamás, porque él no planeaba permanecer a mi lado el tiempo suficiente como para que supiese de qué se trataba. Su puño izquierdo pescó el cuello de mi camiseta, tironeando de toda la prenda hacia delante; las costuras crujieron. Tropecé hacia atrás y él conmigo, porque las mantas se le habían enredado en las piernas al despertar con el sobresalto que le había dado.

Parker perdió el equilibrio. Su puño, cuya primera intención fue partirme la cara —a mí o a quien creyese que tenía delante—, dio contra la puerta de uno de los muebles de la cocina situado a mi espalda, esos muebles contra los que yo me golpeé la cabeza y el hombro derecho.

Su peso me arrastró hacia abajo y, en la caída, noté que por fin me veía a mí. La mueca de terror que me dedicó fue muy distinta a la anterior. La primera había estado acompañada de furia; en esa ocasión, sus ojos gritaban la alarma que su cerebro no había logrado percibir a tiempo.

Todo por mi estupidez.

Si me odiaba por eso, bien merecido lo tendría.

Caímos los dos, dándonos un buen trompazo, para, al final de nuestra poco coordinada pirueta, terminar desparramándonos por el suelo en un enredo de piernas, brazos y mantas. Mis gafas de

sol, los cuales llevaba sobre la cabeza, habían volado al quinto infierno y estaba segura de que las costuras del lado derecho de mi camiseta se habían roto.

Su brazo quedó a la altura de mi rostro, con su palma apoyada sobre el mueble. Jadeaba. Gran cantidad de sudor había estallado sobre su piel. Tenía el rostro rojo y los ojos inyectados en sangre. Parpadeó frente a mí un par de veces, como si estuviese intentando resetear su cerebro ante un fallo de su sistema.

—¿Parker?

De rodillas frente a mí, inspiró hondo por la boca.

Cayó sobre sus piernas, bajando el brazo.

—Parker, ¿estás bien?

Su cabeza se inclinó hacia delante.

Alcé una mano hacia su rostro.

—Parker...

Quise tocarlo, pero él se apartó de mí arrastrándose por el suelo, llevándose con él las mantas otra vez de regreso a la cama.

—Lo siento. Perdona, no he pretendido asustarte. —Despacio, alzó la cabeza. La mirada que me dedicó no fue de amor precisamente—. Lo lamento. —Meneó la cabeza—. ¿Estás bien?

Su «sí» fue una voz salida de una profunda y fría catacumba.

Se quedó observándome para, al final, pasarse ambas manos por el rostro.

—Lo siento —me dijo en voz muy baja.

—Ha sido culpa mía.

—Podría haberte lastimado.

—Ha sido culpa mía —repetí.

—No has debido...

—Perdona, Parker. Ha sido una estupidez.

—Sí, lo ha sido. —Comenzó a levantarse del suelo.

—Parker, de verdad que lo siento.

—¿Y si te hubiese golpeado?

—¿Estabas teniendo una pesadilla?

—Tal vez... —Sacudió la cabeza, fastidiado—. Quizá así entiendas por qué es mejor que...

—Nunca has golpeado a Alicia, ¿o sí?

Apartó sus ojos de mí para acabar de ponerse en pie. Me levanté con él.

—Lo lamento, ha sido una tontería. Estoy enfadada y...

—¿Estás enfadada? —sonó socarrón—. Pues bienvenida al club. Yo también lo estoy.

—Todavía no me has contestado si estabas teniendo una pesadilla o...

—No tengo obligación alguna de contestarte una mierda, Yolanda —gruñó de malos modos.

—Te he pedido disculpas.

—No todo en esta vida se soluciona con eso —ladró, convirtiendo en una pelota las sábanas y

las mantas que habían quedado enredadas en sus piernas.

—¿Y crees que no lo sé?! —estallé.

Me entraron ganas de tirarle algo por la cabeza. Sí, era cierto, poco y nada sabía de su vida, pero en igual estado estaba él con respecto a la mía. Que no se atreviese a tratarme como si no supiese nada de la vida, como si no entendiese lo complicado y doloroso que podía ser todo.

La puerta de la autocaravana se abrió, para que Daisy y Sandra apareciesen riendo. Sus risas se cortaron de inmediato cuando nos vieron. La tensión se podía cortar con un cuchillo.

Parker tiró las mantas y las sábanas sobre la cama mientras les daba los buenos días.

—Buenos días —le contestó Daisy y, a continuación, me dedicó una mirada que contenía un gran «¿qué acaba de suceder?».

Negué con la cabeza, para hacerle entender que no era el mejor momento.

—¿Qué tal has dormido? —quiso saber Sandra.

¿En realidad necesitaba preguntarle eso? Acaso no veía la mala cara que tenía, lo rojos que estaban sus ojos. Si incluso su cabello parecía de mal humor. Ella debió de arrepentirse de haberlo preguntado, porque cerró la puerta y, sin esperar una respuesta, se coló entre él y yo para largarse hacia la parte posterior del vehículo.

—¿Quieres café? —le ofreció Daisy—. Puedo ir a buscarte uno...

—No, Daisy, gracias. Iré yo. Además, necesito darme una ducha. ¿Tengo tiempo o salimos ya?

Me lo preguntó como si hablase con un desconocido. Había girado su rostro en mi dirección y no me quedó más que desear que no lo hiciera.

—Vamos con tiempo —le contestó Daisy por mí—. Alicia también está dándose una ducha y ya lo tenemos todo recogido, de modo que no queda mucho más por hacer antes de partir.

—Bien.

Su voz sonó seca y distante.

Parker dio una zancada en mi dirección. Por un brevísimo instante, dudé de sus intenciones, pero luego recordé que sus cosas se encontraban allí, al otro lado de la caravana, en el mueble de abajo.

Con un golpe, abrió la puerta del mueble... y me entraron ganas de patearlo, porque no tenía por qué actuar así. Tiró de su mochila para sacarla igual que si tuviese intenciones de desmembrarla viva. Arrojó sus cosas y, ante su silencioso público —es decir, Daisy y yo—, se enfundó sus pantalones y se largó descalzo, cargando la bolsa en la que llevaba sus pertenencias, con sus botas encima.

No salió dando un portazo porque la puerta tenía un sistema hidráulico que cerraba y abría con suavidad.

Se fue dejando la puerta abierta, para demostrar lo molesto que estaba.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Hemos discutido.

—No, ¿de verdad? —Daisy puso los ojos en blanco—. Lo que quiero saber es por qué.

—Porque lo he despertado dando una patada a su cama y no se lo ha tomado bien.

—Que has hecho, ¿qué? —Rio.

—No he debido comportarme así.

—¿De verdad te lo parece? —Me moví hasta el asiento del conductor para empezar a prepararlo todo para nuestra partida.

—¿No hubiese sido mejor que lo despertases con un beso? Eso como mínimo, aprovechando que se encontraba aquí solo.

—¿Eres amiga de Alicia o qué?

—Lo de esos dos no va en serio. Además, Alicia me dijo que tiene claro que se terminará. Insinuó que planea divertirse, y mucho, en Hawái.

—Bien por ella. —Me acomodé tras el volante.

—¿Qué es lo que no me has contado? —Sin perder tiempo, vino a sentarse a mi lado. Esperó. No le contesté—. Ha pasado algo entre vosotros, ¿no es así?

—Nos besamos; eso... y que le pedí que viniese conmigo y me respondió que no.

Los ojos de Daisy por poco salen disparados de la órbita de la Tierra.

—¿Perdón?

—Que anoche me tiré encima de él. Creí que nuestras conversaciones... —Me interrumpí al recordarlas.

—¿Vuestras conversaciones? ¿Por qué no me has contado ni una palabra al respecto?

—Porque pensaba que no eran nada. Ayer por la noche, es decir, esta madrugada... me he confundido. Es obvio que no he interpretado del todo bien la situación.

—He visto el modo en el que te mira. No hay que ser una luz para interpretar eso como lo que es.

—No quiere venir conmigo. Dice que es lo mejor para mí. No necesita hacerse el héroe conmigo, pero no lo entiende. Imagino que piensa que no puedo resistir su vida. No tiene ni idea de una mierda.

—¿Le has contado algo de la tuya? ¿Y qué quieres decir con «su vida»?

—Tiene pesadillas, cortesía de su paso por Afganistán. Lo he despertado fatal y se me ha venido encima; creo que estaba soñando. Ha estado a punto de golpearme. Deberías haber visto sus ojos cuando se ha dado cuenta de que era yo a quien tenía delante. Mierda, Daisy —me rodeé el estómago con ambos brazos, porque todo ahí dentro se retorció asquerosamente—, he sido una estúpida. Estaba cabreada, celosa. Y no, no le he contado nada de mí. Bueno, sabe algo, pero lo básico. Ya sabes... —Lo mismo que le contaba a todo el mundo, lo que era mi vida desde que comenzó a ser una vida; antes de eso... Quería que esa historia quedase bien lejos de mí: no deseaba volver a aquello ni en los recuerdos. Suficiente tenía con mis pesadillas y mi maldito insomnio, que me regresaba allí sin que yo se lo pidiese.

—Eso tiene que ser... Ni siquiera quiero imaginarme por lo que debió de pasar allí. Sus pesadillas no han de ser un lugar agradable en el que estar.

Negué con la cabeza.

—Dice que no es bueno para mí, que lo que ha tenido con Alicia es otra cosa y que... —Deseé, al menos, haber tenido eso con él. Ya no tendría nada.

—Supongo que la vida no ha de ser sencilla para él, pero, en fin, que no es fácil para nadie. Es muy dulce que quiera protegerte de sí mismo, pero también muy idiota. Adorable, pero idiota. Dudo que sea un mal tipo. Lo que hizo por mí en esa espantosa pasarela del terror... —Me sonrió —. No lo dejes partir, Yo... Sea lo que sea, tú podrás con eso. Si él no tiene el valor suficiente, tenlo tú.

—Mi duda es que, quizá, simplemente no le interesa acompañarme a la cabaña. Es probable que haya entrado en razón y haya comprendido que no tiene nada que hacer conmigo.

—Ahora eres tú la que se comporta como una estúpida. —Me propinó una patada en el tobillo que me hizo ver las estrellas.

—¡Daisy! —me quejé, alzando la pierna para masajearme la zona.

—No seas idiota, ¿quieres? Hablaré con él antes de partir.

—¡No, ni se te ocurra!

—Se derrite cuando te ve.

—No es cierto.

—Se muere por ti. Todavía no entiendo qué ha hecho todos estos días con Alicia.

—¿Necesitas que te busque un panfleto explicativo?

—No, gracias, los he oído. —Evité decirle que yo también—. Te conozco, nos conocemos de sobra. Creo que después del idiota de...

—Daisy, por favor...

—Si te interesa, no lo dejes escapar.

—Quizá él quiera dejarme escapar a mí.

—Probablemente sólo te teme. Ya sabes, los hombres se intimidan ante las mujeres inteligentes.

—No creo que se trate de eso.

—Espera a que Alicia salga de la ecuación.

—No voy a obligarlo a venir conmigo.

Daisy se puso de pie y, con sus manos, palmeó mis rodillas.

—Dudo que tengas que hacerlo. —Me sonrió y se alejó de mí.

Cuando lo hizo, mostraba una gran sonrisa en el rostro, como si estuviese completamente segura de cuál sería el final de la historia. Al contrario que ella, divisaba negros augurios en mi camino.

Permanecí allí sentada como una estúpida sin saber qué hacer; no tenía nada más por hacer.

Alicia regresó. Su único registro de mi presencia fue una levísima mirada con la que probablemente me lo dijo todo. Yo ya no era su problema y definitivamente ella nunca había sido

el mío. Cada una continuaría con sus planes, sólo que mi camino ya no parecía ser el mismo que cuando salí de casa para montarme en la autocaravana para ir a buscar a Daisy y las demás.

Tenía la impresión de que, más de cambiar de ruta, me había caído del mapa.

Las chicas se pusieron a conversar; desbordaban entusiasmo por su inminente viaje. Yo, allí sentada, me sentí un poco más como una idiota; volví atrás en el tiempo, cuando la falta de práctica en compartir mi vida cotidiana con personas con vidas normales me empujaba a encerrarme como una ostra, para hundirme en las profundidades del mar. Sabía que era estúpido que a esa edad volviese a sentirme como una alienígena, sobre todo cuando estaba rodeada de personas que conocía y con las que solía compartir cosas, pero no pude evitarlo.

Las vi charlar y reír mientras terminaban de prepararse y tuve la sensación de estar viendo una película muy divertida en un cine vacío.

No me moví del asiento del conductor y, desde allí, llamé a casa para hablar con mis padres y avisarlos de que en unos minutos emprenderíamos camino a Los Ángeles.

Parker regresó; vestía ropa limpia, vaqueros y la camiseta que había comprado para él en la tienda de recuerdos del Gran Cañón. Su pelo todavía estaba mojado. Oía a loción para después del afeitado.

Arrojó sus cosas al mueble contra el cual nos habíamos estrellado y les preguntó a las chicas si estaba todo listo para partir.

Daisy le contestó que sí después de espiar, por su lado derecho, en mi dirección. Él actuó como si yo no estuviese presente o, peor aún, como si no existiese.

Giré sobre el asiento del conductor y arranqué el motor; lo teníamos todo preparado para irnos y ya se habían extinguido todos los motivos para permanecer allí.

—¿Necesitas algo? —quiso saber Daisy.

—No, todo está bien. Podemos partir ya mismo si queréis.

—Sí, larguémonos de aquí, que quiero llegar a tiempo a Los Ángeles para comprar unas cosas antes de que salga el avión.

—¿Podemos parar para comer algo de camino? —me preguntó Sandra.

—Sí, supongo que sí, vamos con tiempo de sobra.

—¡Perfecto! —exclamó ella. A mí no me entusiasmaba demasiado la idea de hacer paradas; quería y necesitaba llegar a Los Ángeles para poder continuar con mi itinerario.

Ví que Alicia se ponía los auriculares y se metía en su litera.

Daisy se dedicó a colocar las cosas dentro de su maleta, y Sandra se sentó en una de las butacas vacías para concentrarse en la pantalla de su móvil.

Genial, me dejarían allí sola.

Gruñí y me abroché el cinturón de seguridad. Definitivamente ya no teníamos nada en absoluto que hacer allí.

Le di a los controles del GPS y la voz femenina y sintética me indicó la primera maniobra para salir del parque.

Puse la marcha atrás para comenzar a desandar el camino que nos había llevado hasta allí.

Parker, que se había quedado allí parado junto al sofá y la mesa que ya recuperaban su lugar habitual, se dio media vuelta y me miró. Lo vi de casualidad cuando eché un vistazo hacia atrás para asegurarme de que todos estaban listos para circular. Volví la vista al frente.

El GPS me dio más órdenes y las seguí, pasando junto a las caravanas de quienes iban a proseguir sus vacaciones allí.

Sentí su mano tomar posesión del asiento del acompañante al apoyarla en el respaldo.

Espié hacia ese lado; él tenía la vista perdida más allá del parabrisas.

Giré todo el volante para enfilear el camino principal, que daba a la salida del parque de caravanas.

El dueño estaba allí fuera. Nos vio aparecer. Me reconoció a través del cristal y alzó una mano para despedirse.

Con un puño, toque la bocina tres veces, golpeándola. Un «adiós» que me sonó mucho al que podía haber dado un camionero. Después de todo, el claxon era tan estruendoso como el de los camiones de carga. En honor a la verdad, amaba el barullo que montaba. Eso era lo más cerca que estaría de tocar el silbato de una de esas locomotoras antiguas, ese sueño de infancia me quedaría pendiente.

—Qué sutil... —murmuró Parker, dejándose caer en el asiento del copiloto.

—¿Te importa? —repliqué de malos modos. En respuesta, me dedicó un gesto con ambas manos con el que me indicó que podía continuar.

Le di otro puñetazo a la bocina y ésta sonó fuerte. Desde atrás se quejaron a gritos. Apreté los dientes para contener la risa; no quería hacerlo frente a él, no después de nuestro encontronazo.

—Te has dado el gusto.

—No necesito pedirte permiso para hacer lo que me dé la gana.

—No, claro que no. —Se abrochó el cinturón de seguridad.

—Puedes guardarte ese tonito tuyo para otra.

—¿Quieres ver quién está más enojado de los dos?

—Eres un imbécil.

Parker soltó una carcajada.

—Pues nada, mejor que estés tan segura.

—Púdrete —le gruñí.

—Sí —lo vi sacudir la cabeza de arriba abajo por el rabillo del ojo—, siempre disfruto de una conversación adulta.

—Y me lo recriminas a mí. Mira un poco en tu dirección. Sólo te pido que me permitas comprenderlo. Lamento lo de la patada en la pata de la cama. No ha sido mi intención perturbarte así, ya te he pedido disculpas. El caso es que te comportas como un estúpido o, peor aún, como si lo supieses todo. No tienes ni idea de cómo ha sido mi vida antes de ti, no sabes nada; solamente te limitas a hundirte en lo que sea que te sucedió a ti, lo cual imagino que no debió de ser sencillo.

¿Por qué supones que lo que soy no cuadra con lo que tú eres, o que ni siquiera tengo el cerebro o la humanidad suficientes como para, al menos, hacer un esfuerzo por comprender? He sobrevivido hasta el día de hoy sin ti, de modo que no tienes ninguna necesidad de cuidarme.

—Cuidarte de mí —susurró.

—No me jodas, Parker. Puedes dejar de ser trágico. Éste no es un cuento de hadas. Ciertamente tú no eres ningún príncipe azul y a mí no me interesa ser la princesa de nadie, y aún menos la tuya. —Lo vi girar su rostro en mi dirección—. Puedes ahorrarte toda esa mierda de hombre abnegado. Esa actitud no te sirve a ti ni me sirve a mí... y dudo que le sirva a ningún otro ser humano como plan de vida. Estoy aquí, invitándote a que pases unos días conmigo; no espero que tengamos un cuento de hadas en el que todo salga bien. Yo soy un desastre con las relaciones de pareja. Mi último novio era un imbécil y, por mucho que me cueste admitirlo, yo tampoco colaboré demasiado a que aquello resultara bien. Soy pésima con el romanticismo y ya has visto que puedo hacerle desplantes a todo el mundo, incluido tú cuando me hablaste de aquello de la magia. Sonó bonito, pero yo no compro esas historias, me aburren; prefiero la vida real y lo que puedo tocar. Fuera lo que fuese lo que viviste, no es tu vida ahora; es mejor cualquier cosa que una ilusión. Admito que no soy Alicia, pero tampoco soy de porcelana. Si he podido aguantar que te la follaras a pocos metros de mí...

Giré la cabeza hacia su lado para mirar el espejo retrovisor y me lo encontré observándome, con los ojos abiertos de par en par.

Me sonrojé.

—Lo ves, ni siquiera tengo filtro; me cuesta tenerlo una vez que me suelto y tú haces que quiera soltarme. No lo haré si vas a salir corriendo asustado, porque no quiero que te lleves una parte de mí si no significa nada. Yo guardaré aquí conmigo lo que quieras contarme... —inspiré hondo— ... si es que quieres contármelo; de otro modo, esta conversación...

—Monólogo —soltó, interrumpiéndome.

—... este monólogo será inútil —refunfuñé.

Se quedó en silencio.

—Ok, creo que ya te ha quedado claro que me gustas y, por segunda vez, volveré a invitarte a que vengas conmigo. No lo haré una tercera. Es tu decisión. Listo, hasta aquí he llegado. No diré ni una sola palabra más al respecto. Tienes unas horas para decidir. Si no vienes conmigo, sobreviviré; si vienes, también.

—O sea, que te da igual...

Le tiré un puñetazo al hombro izquierdo y, al oírlo gritar de dolor, quise cortarme el puño. Se había encogido sobre sí mismo, con la cabeza gacha, agarrándose el codo, refregándose.

Frené en seco en mitad de la ruta; por suerte allí no pasaba un alma.

Desde atrás me preguntaron si sucedía algo.

—¿Parker? Parker, ¿estás bien? —Con sumo cuidado, toqué la mano sobre su hombro—. Parker, por favor, dime algo, no tenía intención de golpearte fuerte. No he imaginado que te

dolería tanto. ¿Es por las cicatrices? ¡Cuanto lo lamento! —Quise ponerme a llorar por él. Se me formó un nudo en la garganta—. ¿Parker? Parker, por favor, ¡dime algo! Lo que sea. Por favor. Lo lamento muchísimo. Perdón.

Me pareció oír una risita proveniente del hueco entre su pecho y sus brazos, donde se escondía su cabeza.

—¿Te estás riendo de mí?

—Yo, ¿qué pasa? ¿Todo bien ahí delante?

—¿Parker?

Lo vi alzar la cabeza despacio; reía... una risa picara y contenida. Se asomó en mi dirección.

—¿Qué mierda sucede contigo?! ¿Eres idiota o qué? Pensaba que te había hecho daño. ¿Cómo puedes ser tan estúpido?

Se carcajeó ante mi cara de preocupación.

—¿Y después me tildas de infantil?

Lloraba de la risa y tenía la cara roja, como si estuviese ahogándose en ganas de troncharse todavía más fuerte.

—Jodido idiota. Puedes irte a la mismísima mierda. ¡Imbécil!

Le lancé otro golpe, todavía más rotundo. Él se rio de mí todavía más fuerte. Estaba ahogándose de la risa y no paraba de llorar.

—No es gracioso.

—Qué derechazo que tienes. Tu padre ha de estar orgulloso.

—Ojalá tuviese un bate a mano. Tengo muchas ganas de partirte la cabeza. Suerte para ti que no tengo uno.

—Que Dios me guarde de que así sea.

—Dios no existe, pierdes tu puto tiempo. Nadie te salvará de que te muela a palos.

—Qué carácter.

—¡Deja de reírte de una maldita vez!

—¿Yolanda?

No le contesté a Daisy y puse el motor en marcha.

—No puedo creer que seas tan idiota.

—Gracias por demostrarme lo mucho que me aprecias.

—No pienso volver a dirigirte la palabra.

—Eso sí es superadulto: darme el tratamiento del silencio.

—Claro, y tu reacción a mi golpe ha sido muy madura. ¡Púdrete! —Apreté los labios y fijé la vista en la carretera.

—Dijiste que querías conocerme. Acabo de darte una muestra de lo que soy. —No le contesté ni lo miré—. Igual me ha dolido. El hombro ya de por sí me mata, así que ni te explico si me golpean.

Ante sus palabras, no pude evitar volverme en su dirección. En ese momento sólo sonreía a

medias y tenía una mirada triste en los ojos.

Quise volver a pedirle disculpas, pero no lo hice porque, por el gesto en su rostro, supe que diría algo más y no quería interrumpirlo.

—Lo pensaré de camino a Los Ángeles. No es una decisión sencilla. De verdad me gustas. Cuando ves algo bonito, el primer impulso de cualquiera no es arruinarlo.

Meneé la cabeza sin apartar la vista del frente.

—Y, quieras aceptarlo o no, hay una parte que no tiene explicación. Por más que te pese, hay cosas que ni tu inteligencia ni tu ciencia pueden explicar. Sigues aquí a mi lado.

—Dios no me puso aquí, yo decidí hacer este viaje. —Sonrió, meneando la cabeza—. No hay ningún plan maestro. —Su sonrisa se amplió—. Tu supuesta magia no sabía lo que hacía cuando me puso en tu camino.

—Prometo no recriminárselo.

El GPS volvió a darme indicaciones y continué conduciendo.

Parker se acomodó en su asiento y, unos minutos después, alzó las piernas para que sus pies quedasen contra la luna delantera.

Desde atrás, pusieron música.

Él no volvió a articular una palabra y, si bien yo no podía parar de pensar en él y en las cosas que decía, y en las que seguramente evitaba contar, me mantuve callada, disfrutando de estar al volante. Con las chicas habíamos acordado que haríamos una primera parada para almorzar.

Parker se quedó dormido a mi lado, cruzado de brazos y de piernas, con la cabeza ladeada hacia la derecha, exponiendo a mi mirada las cicatrices en su cuello y en su nuca. Una explosión, había dicho él. Me pregunté si habría sido parte de un bombardeo o una granada; sin importar qué, esa situación tuvo que ser bastante complicada, porque sus heridas eran bien feas. Salir de aquello no debía de ser ni remotamente sencillo y me puse a cavilar que quizá él no se hubiese llevado la peor parte. Así como yo, debió de mirar a la muerte a la cara... quizá en demasiadas ocasiones. No lo compadecí, ambos continuábamos allí, presentando batalla; él no necesitaba mi pena, pero, si quería mi apoyo, lo tendría.

Una vocecita dentro de mi cabeza me susurró que no había una explicación real para que fuese él y no otro... pues había sido un encuentro aleatorio en medio de la sala de uno de los tantísimos casinos de Las Vegas. Yo ni siquiera debía estar allí; mi madre iba a poner el grito en el cielo cuando supiese lo que había estado haciendo.

Entre millones de personas, él, Parker, Parker Miller; Miller, como la cerveza. Me entraron ganas de sentarme a conversar con él a solas, con unas cervezas de por medio.

No hubiese apostado ni un mísero dólar a que algo como él y yo podía suceder.

Quizá no fuese tan malo que él creyese en Dios, en cierta magia que ayudaba a que las cosas sucedieran. Agradecí que creyese en eso, porque, si él no se hubiese acercado a mí, en ese instante no estaría sentado a mi lado... y volver a existir sin esas ganas de besarlo...

Fisgué en su dirección...

Que él creyese por los dos; ojalá así lo hiciese, porque el mundo era un lugar un poco más luminoso y mágico desde su aparición; también más misterioso, y eso jamás es algo que despreciar, porque ¿quién en su sano juicio quiere saberlo todo o poder explicarlo todo? Una mente sin retos es como la tierra dormida bajo kilómetros de hielo; un corazón sin inquietudes es la estrella más distante al sol, fría y sin vida.

«Déjalo creer en lo que quiera creer —me dije—. Así sea Dios, hadas o elefantes voladores.»

Espié en su dirección una vez más.

«No puede ser más guapo», concluí al recordar cómo lucía cuando sonreía o incluso cómo, antes de salir, me había mirado como si quisiese matarme, porque lo hermoso en él, lo que me llamaba la atención, era lo que no se puede tocar ni ver, eso que yo no creía que existiera. Su esencia flotaba por todas partes, además de dentro de él... allí donde los que creen ubican el alma.

Mi vista se pasó un buen rato así, saltando de sus rasgos a su cabello, de allí a sus manos y al resto de su cuerpo, para luego saltar al camino vacío.

Una parte de mi prefería no llegar jamás si él iba a decirme que no venía conmigo; la otra quería llegar pronto para oírle decir que sí.

Agradecí que, por el momento, no tuviésemos mucha compañía sobre el asfalto. La única señal de vida humana sobre la carretera había sido una camioneta negra que se mantuvo detrás de nosotros durante un par de kilómetros y que se perdió en un pueblo a unos cuarenta minutos de nuestra parada.

Con los minutos transcurriendo, deduje que Parker había pasado una pésima noche y que con toda la razón del mundo se había despertado convertido en una furia cuando yo lo levanté del peor modo posible. Esperaba que él quisiese contarme lo que soñaba y que, contármelo, lo ayudase a sentirse mejor; deseaba poder contarle mis pesadillas también.

—¿La bella durmiente todavía sigue igual?

Daisy se agarró del respaldo de mi butaca.

—Sí. —Lo miré.

—Debía de estar agotado. Ésa es nuestra parada, ¿no es así? —preguntó, inclinándose hacia delante.

La voz del GPS se lo confirmó.

—Te dejo para que lo despiertes. Te doy dos minutos antes de avisar a las chicas. Esta vez procura hacerlo de un modo más dulce, ¿de acuerdo? —Mordí mi sonrisa por dentro—. Sí, claro —canturreó—. Vosotros dos os largaréis a Oregón juntos como que me llamo Daisy Green. —Miró a Parker—. Hazlo. Sé amable. —Sonriéndome, dio media vuelta y se largó.

Conté hasta diez oyendo los pasos de Daisy alejarse hacia la parte trasera de la autocaravana.

—Parker —lo llamé en voz baja—. Parker, despierta; estamos llegando a la parada.

No pareció oírme. Dudé entre si tocarlo o no; no quería sobresaltarlo y mucho menos provocar que se me lanzara encima como la última vez.

—Parker, despierta. Eres el peor copiloto de la historia de la humanidad. Parker... —canturreé—. Tierra llamando a Parker Miller. Parker, ¿estás ahí? ¿Me has oído decirte que eres un pésimo copiloto? Ehh, tú... Así somos un pésimo equipo. —Con los ojos cerrados, sonrió—. ¿Qué clase de ayuda eres si te duermes? —Un bostezo devoró su sonrisa—. Pareces un oso.

Se desperezó y se estiró para bajar los pies. Espió en mi dirección; tenía una increíble cara de dormido, como si llevase veinticuatro horas fuera de juego.

—Has debido despertarme antes. Ni siquiera me he dado cuenta de que me quedaba roque.

—Imagino que debías de estar cansado, has caído rendido. Estamos llegando. —Despegué una mano del volante y señalé hacia delante. Su estómago crujió—. Justo a tiempo —bromeé.

—Lamento haberme quedado frito. Has tenido que conducir hasta aquí tú sola. —Trepó por la butaca y se asomó a los espejos retrovisores—. El próximo tramo lo haré yo, despreocúpate. También necesitas descansar.

—Estoy bien. —Tomé el desvío para entrar en el parador. Oí a las chicas hablar atrás.

—Seguro que sí. De todas maneras, te vendrá bien tomar un respiro y a mí conducir. ¿Ha resultado tranquilo el trayecto hasta aquí?

—Sí. Si encontramos tráfico será de Las Vegas a Los Ángeles, y la verdad es que no creo que nos topemos con una ruta muy transitada. Lo peor debió de ser ayer, debido a los que tenían que volver hoy a trabajar.

—Nos turnaremos.

No se lo discutí más; de cualquier modo, verlo a él al volante no sonaba como el peor plan del mundo, para nada.

—Me muero de hambre —soltó Sandra, llegando a nosotros.

—Ya casi estamos —le contesté, comenzando a buscar un lugar en el que aparcar la autocaravana—. Qué siesta te has echado... —le dedicó a Parker.

Él sonrió.

Divisé una plaza de estacionamiento. Sandra se alejó para ir a decirle no sé qué a Alicia.

Giré el volante y, al hacerlo, vi a Parker muy concentrado en el espejo retrovisor. Tenía una inexplicable mala cara.

—¿Sucede algo?

—No, nada. —Se acomodó derecho otra vez para quitarse el cinturón de seguridad. Empecé las maniobras para aparcar.

No insistí.

Logré encajar nuestro enorme vehículo en un espacio que no estaba preparado para esa monstruosidad.

Las chicas estaban listas para bajar antes de que apagara el motor. Parker también y, sin que mediase palabra, me dejó sola.

Mientras me desabrochaba el cinturón de seguridad, lo vi ir hasta su mochila.

El motor enmudeció. Las chicas, alborotadas por su conversación —parecía que ya estaban de

viaje por Hawái—, bajaron del vehículo.

Pasé por entre los dos asientos y fui a por mi cartera, mi gorra y mis gafas de sol. El día era completamente diáfano y, al abrirse la puerta, se percibió la diferencia de temperatura; la tierra allí fuera parecía estar en llamas.

Me encasqueté la gorra y las gafas y me metí la cartera en el bolsillo de los *shorts* tejanos.

Con las llaves de la autocaravana, regresé al frente para encontrar a Parker parado en el exterior, a los pies de la escalera. Por sus ojos, parecía un tanto inquieto.

—No era preciso que me esperaras. —Salté a tierra y vi a las chicas avanzar hacia el restaurante.

Sin decirme nada, cerró la puerta.

Conecté la alarma. Di un paso al frente y él se movió conmigo. Lo miré. La mueca en su rostro en ese instante era una mezcla de preocupación y concentración.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí.

Me quedé observándolo con incredulidad, para hacerle saber que no me tragaba sus palabras.

Lo dejé estar.

Llegamos al local y cada quien pidió su almuerzo. Buscamos una mesa para nosotros. En esa ocasión el sitio estaba bastante más concurrido. Supuse que debía de haber mucha gente que comenzaba ese día sus vacaciones y que se dirigían en sentido contrario al nuestro.

Parker comió en silencio y sin dar muestras de disfrutar lo más mínimo de la comida; bien podría haber estado comiendo cartón que su mueca hubiese sido la misma.

En un momento dado, se levantó a buscar más bebidas para todas y, de camino a la barra, lo vi mirar hacia todos lados, como buscando algo.

Las chicas parecieron no percatarse de que, desde que habíamos bajado de la autocaravana, él estaba como en otra dimensión.

A unos metros de la mesa en la que nos encontrábamos, se topó con mi mirada y entonces dejó de hacer aquello que hacía, fuera lo que fuese. Sólo le faltaba el uniforme y un arma en la mano para que estuviese en zona de guerra, buscando a su enemigo a través de la mira de su fusil, o al menos esa impresión me dio.

Todo siguió como si nada hasta que él mismo fue quien preguntó si no era ya hora de partir.

Nos levantamos de la mesa y, de camino a la autocaravana, me pidió las llaves.

Se las entregué sin rechistar.

Me instalé a su lado y lo vi poner el motor en marcha y encender el GPS. Salimos a la carretera una vez más. En ese momento circulaban más automóviles en nuestro sentido y también en el contrario.

El tráfico se volvió bastante más denso a la altura de Las Vegas y se transformó en un infierno a los veinte minutos de dejar atrás la ciudad.

Los coches apenas si avanzaban y en el GPS nos saltó el aviso de dos choques en nuestra ruta.

La fila de automóviles por delante y por detrás de nosotros parecía interminable.

Lo oí rezongar y me volví en su dirección. Nos encontrábamos completamente parados entre dos inmensos hoteles, uno que parecía una granja, y otro, un castillo. Uno de ellos tenía un casino. Un poco más adelante había un Walmart y, a la distancia, por mi lado de la carretera, brillaba una granja solar. Se la señalé.

—¿Sabes qué es eso de allí? —le pregunté, en un intento de distraerlo.

—Parece un espejismo.

—Son espejos. Es una granja solar.

Mi dato turístico lo aburrió. Volvió la vista al frente.

Se me escapó un suspiro.

—Perdón —entonó en voz muy baja.

—¿Por qué me pides perdón?

—Por lo de ahora. No pretendía... No tenía ni idea de que había una granja solar allí. El reflejo es impresionante.

—Sí, lo es.

—No me gusta quedarme atascado en medio del tráfico —soltó de pronto, cuando yo pensaba que la conversación había llegado a un punto muerto de nuevo.

—Sí, a veces saca de quicio. La entrada a Los Ángeles probablemente se ponga peor. Podemos cambiar si quieres, a mí me da igual conducir en los atascos.

—No es por todos los idiotas que no saben conducir —medio gruñó entre dientes. Noté que sus mandíbulas y su frente se tensaban—. No es que me ponga de mal humor el tráfico.

Mantuve mis ojos sobre él, porque había vuelto su rostro hacia el mío.

—Me pone nervioso quedar atrapado en el tráfico —aclaró solamente para mí. Supuse que se avecinaba algo de su vida que quería compartir conmigo.

Espió por los espejos retrovisores hacia atrás.

—Que no haya una ruta de escape.

—No tenemos que escapar de nadie aquí, Parker. Si quieres ir atrás un rato... Yo puedo... —Hice el amago de levantarme de la butaca, pero, al ver sus manos estrujar el volante, me quedé en mi sitio.

—Íbamos en un convoy. —Despacio, apartó la vista hacia la carretera atestada de automóviles—. Iba al frente, como siempre. —Inspiró profundamente para girar su rostro en mi dirección de nuevo—. Solía ser bueno en detectar situaciones de riesgo. Podía presentir dónde nos querían hacer una emboscada, dónde había una bomba esperándonos o desde qué edificio aparecerían los francotiradores.

Me quedé mirándolo, y él a mí.

Quise decirle que lo sentía, pero...

—¿Qué demonios sucede?

La queja de Alicia nos sobresaltó a ambos. Ella se metió entre los dos asientos, apoyando una

mano sobre cada respaldo, y se inclinó hacia delante.

—¿No hay una ruta alternativa por la que podamos escapar?

No logré contestarle, porque estaba haciendo un gran esfuerzo por no insultarla.

—¿Por qué todavía no nos has sacado de aquí, Parker? Sé que tú puedes hacerlo; sácanos de aquí.

Lo vi ponerse pálido y mi estómago dio un vuelco. De repente sus nudillos tomaban un color amarillento debido a la presión que ejercía contra él volante.

—No hay ningún desvío por esta zona —intervine, procurando que mi voz sonase lo suficientemente firme.

—No puedo creer que nos hayas metido aquí. ¿Acaso no has detectado el atasco en el GPS?

—¿Por qué no regresas atrás? —le contesté. Vi que una gota de sudor bajaba por la sien de Parker.

—Si perdemos el avión, será por tu culpa.

Solamente por el tono en que me habló, me entraron ganas de golpearla. Mi puño derecho tenía muchas ganas de impactar en su mejilla, y eso que yo no solía ser una persona de reacciones violentas. ¿Cómo no se daba cuenta del estado en el que estaba Parker?

—Si pierdes el maldito avión, te compraré un billete nuevo —gruñí al ver cómo Parker retorció sus manos sobre el volante.

—No me hables así, ¿quién te crees que eres? ¿Y con qué dinero me comprarías tú un billete? ¿Con lo que ganas en la universidad? —Soltó una carcajada—. Si apenas tienes bastante para mantenerte.

Parker miró en mi dirección; otra vez me dio la impresión de que no me veía a mí, sino a otra persona; esta vez fue incluso peor, pues tenía el aspecto de no estar allí con nosotras.

—¿Parker? —lo llamé.

—No le hables —me soltó Alicia.

La ignoré porque él tenía el rostro completamente desenchajado.

—Parker, vuelve aquí.

—¡¿Qué?! —chilló Alicia.

—Parker, escúchame. Parker, soy yo, Yolanda. Tienes que escucharme. Parker, todo está bien. Es sólo un atasco de camino a Los Ángeles. No sucederá nada.

—¿Qué dices? —me espetó Alicia.

—Parker... —lo llamé poniéndole una mano en el hombro y, entonces, la bomba estalló frente a mí: Parker saltó de su butaca, llevándose mi brazo por delante. Por poco no me desenchaja el hombro. Volví a llamarlo, pero él no me hizo ni caso. Tampoco reaccionó ante mi grito de dolor.

Completamente fuera de sí, empujó a Alicia, apartándola del camino.

Oí que Daisy preguntaba qué sucedía. No le hice caso, fui tras Parker. Tropecé con mis propios pies y con Alicia. Sentí pánico al verlo abalanzarse hacia la puerta. El tráfico estaba detenido, pero no podía permitirle que se alejase en el estado en el que se encontraba; era como si de pronto

su realidad se hubiese trasladado a otro tiempo y espacio. La urgencia me hizo saltar los escalones al verlo salir por la puerta para echarse a correr.

Daisy gritó mi nombre; Alicia, el suyo. Ninguno de los dos nos detuvimos.

No lo pensé dos veces: así como él salió corriendo hacia atrás, esquivando coches, caravanas y camionetas, corrí tras él sin dejar de llamarlo.

Mi cerebro dio lo mejor de sí para procurar comprender lo que le sucedía; sin embargo, pasar de la teoría de lo que era el estrés postraumático a ver a alguien vivir una crisis semejante no tenía ni punto de comparación; las estadísticas y los discursos de especialistas nada tenían que ver con la desesperación impresa en el rostro de Parker.

Lo vi encogerse sobre sí mismo y taparse los oídos como si hubiese oído una furiosa explosión. No dejó de correr. Lo llamé, pero dudé de que me oyera.

—¡Parker!

Los gritos de Daisy llamándome quedaron atrás.

—¡Parker, detente!

Por primera vez desde que comenzó nuestra frenética carrera por la autopista, lo vi lanzar una mirada hacia atrás, aunque igualmente no me reconoció, lo vi en sus ojos.

—¡Parker!

Por detrás de nosotros los conductores comenzaban a inquietarse con la situación, y por delante también. Vi a unas cuantas personas salir de sus vehículos.

Parker esquivó un cuatro por cuatro y se lanzó hacia la mediana que separaba los carriles que iban en una dirección de los de la otra. No podía permitir que se cruzara de lado, porque en sentido contrario el tráfico avanzaba a buena velocidad. Lo atropellarían.

Vi que, a unos metros por delante de nosotros, había una pareja en un vehículo descapotable.

—¡Por favor, deténganlo! ¡Deténganlo, está desorientado!

El tipo que iba al volante del descapotable cruzó una mirada conmigo. Le señalé a Parker con los ojos.

—Por favor, no permitas que cruce hacia el otro lado, no sabe lo que hace —grité desesperada, y el sujeto entendió lo que le estaba pidiendo. Si se lanzaba en ese estado a la otra vía, algún coche se lo llevaría por delante.

El hombre abrió la puerta de su descapotable. Agradecí que fuese enorme: sus hombros debían de ser el doble de anchos que los de Parker, igual que sus brazos. Dejando la puerta abierta, el tipo que Parker podría llamar desde ese día «su ángel salvador» saltó tras él para derribarlo contra el automóvil que se encontraba al frente, como si ejecutase un *tackle* de rugby.

Parker, sorprendido y atontado, no pudo ni atajar el golpe contra el vehículo, pero le costó como mucho dos parpadeos reaccionar después de chocar contra él.

El movimiento de su brazo derecho hizo sonar todas las alarmas en mi cerebro. Eso mismo había hecho cuando saltó sobre mí. Vi el arma asomar por la cintura de sus pantalones, debajo de su camiseta.

No quise ni detenerme a pensar qué hacía portando una pistola, sólo sabía que debía impedir que la utilizara.

Parker quiso levantarse y su salvador, cogiéndolo por la camiseta, volvió a empujarlo hacia atrás. Parker hizo fuerza hacia delante; vi su mano agarrando la empuñadura. Me lancé sobre él, interponiéndome entre ambos. Mi puñetazo fue directo a su hombro izquierdo, el cual agradecí que estuviese a mi alcance.

Parker gritó de dolor. Mi cuerpo terminó de llevárselo por delante para arrojarlo al suelo y apartar al tipo que lo había salvado de ser atropellado. Mi mano derecha, en plena caída, fue hasta el arma.

—No, Parker, no —le dije al oído mientras mi mano luchaba con la suya por la pistola—. No la necesitas aquí. Estás en casa. Todo está bien. Suéltala.

Su brazo izquierdo me dio un codazo que impactó en mis costillas. La vista se me nubló de dolor, pero ignoré ese hecho. Sin soltar el arma sobre la cual él también tenía su mano, le di con todas mis fuerzas con mi puño izquierdo a su hombro izquierdo, por segunda vez, al tiempo que tiraba de la pistola.

Su grito desgarró mi cuerpo y, con éste, el suyo perdió por completo las fuerzas. El arma se le escapó de la mano. Sus ojos estallaron en lágrimas.

A toda prisa, me guardé la pistola en la cintura delantera de mis pantalones.

Él había caído de costado, sobre su lado derecho, y yo sobre él. Lo obligué a girar para que quedase con la espalda contra el caliente asfalto.

—Parker, soy yo.

Parpadeó y me vio; su mirada no acabó de convencerme.

—Parker, soy Yolanda. Vamos de camino a Los Ángeles, ¿lo recuerdas?

Él tenía el rostro en llamas, completamente empapado en sudor y en ese momento también en lágrimas.

—¿Qué le sucede? ¿Quieres que llame a la policía?

—No, no está bien. No ha hecho nada malo. Es exsoldado y a veces...

El tipo palideció.

—Tengo un amigo que en ocasiones... a veces no distingue si está aquí o allí.

—Parker. —Acaricié su rostro. Sus ojos me buscaron—. Todo está bien. —Lo obligué a mirarme a la cara—. Todo está bien.

Separó los labios, intentó decir algo. Nada más que llanto emergió de él. Se escondió de mí al taparse el rostro con las manos.

—Tranquilo. No pasa nada. Todo está bien. Ya todo está bien. —Aparté sus manos y las reemplacé por las mías—. Sólo debes tranquilizarte. Estoy aquí.

—¿Yolanda?

Al oír a Daisy, giré la cabeza para verla aparecer. Alicia llegó corriendo tras ella.

Oí bocinazos a la distancia; me dio la impresión de que el tráfico se ponía en movimiento otra

vez.

—Parker, tenemos que levantarnos de aquí y regresar a la autocaravana. —Parpadeó para mí, dándome a entender que me había entendido—. Perdona por los puñetazos. —Un amago de sonrisa emergió en sus labios—. ¿Puedes levantarte?

Asintió con la cabeza. Se incorporó, pero tuve que ayudarlo a ponerse de pie.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció el hombre, haciendo el amago de sujetar a Parker por un hombro. Él, al instante, se apartó.

—No, no hace falta. Muchísimas gracias por ayudarme. Si no lo hubieses detenido...

—No hay problema. —Miró a Parker; sus ojos bajaron hasta su magullado brazo izquierdo. Me miró a mí.

—Gracias.

Daisy avanzó hasta nosotros.

Alicia tenía cara de pánico y, de hecho, retrocedió unos pasos cuando seguimos avanzando.

—Ey, ¿te encuentras mejor? —le preguntó Daisy, sonriéndole.

Parker asintió con la cabeza.

Despacio, con Alicia caminando algunos metros por delante de nosotros, regresamos a la autocaravana. El tráfico avanzaba a paso de hombre.

Divisé, a unos pocos vehículos de distancia, la autocaravana moviéndose lentamente. La puerta estaba abierta.

Alicia echó una carrera y saltó a la escalera.

—Lo siento —me dijo Parker en voz muy baja, recuperando algo de su persona.

—Tranquilo, no te preocupes, todo está bien. —Andábamos con su brazo derecho por encima de mis hombros. Él parecía apenas tener fuerzas para mantenerse en pie—. Lamento haberte golpeado así.

—Golpeas duro. Todavía me duele.

—Perdón.

—No sé qué hubiese hecho si no me hubieras golpeado.

Mis ojos se apartaron un segundo en dirección a Daisy, era su turno de entrar en la autocaravana.

—Tranquilo. Tengo el arma.

—Yolanda...

—Chist..., tranquilo. Ya me lo explicarás.

Se le escaparon un par de lágrimas.

—Todo irá bien —mentí. Aquélla debía de ser la mentira más preciada por la humanidad, esa que soltábamos todos cuando en realidad no tenemos ni la menor idea de lo que nos deparará el futuro.

Lo ayudé al subir a la autocaravana. Sandra estaba al volante.

Daisy cerró la puerta por detrás de mí y, sin cruzar ni una palabra siquiera con Alicia, quien se

encantaba allí delante, de pie y con cara de querer asesinar a alguien, me llevé a Parker directo hacia mi litera.

La caravana se sacudió, vi por la ventana que el vehículo cogía velocidad.

Agradecí al universo que el taponamiento hubiese pasado a la historia.

Parker me dejó recostarlo en la cama.

—Cierra los ojos. Me quedaré aquí contigo. Tranquilo, ya nos movemos. Cierra los ojos e intenta descansar.

Buscó mis manos, las tuyas temblaban. Todavía le quedaba en el cuerpo parte del pánico que me figuré era el responsable de que hubiese salido corriendo así. Le costó un buen rato dejar de temblar y otro tanto conseguir cerrar los ojos.

Daisy hizo el amago de acercarse a nosotros y con una mirada le pedí que se fuera. Todavía llevaba la pistola de Parker encima.

Con los ojos cerrados, llegó el momento de que sus manos aflojaran el agarre sobre las mías. Su respiración se tornó más pesada. Esperé hasta estar completamente segura de que se había quedado dormido y entonces coloqué despacio sus manos sobre su abdomen, porque necesitaba quitarme aquella arma de encima.

Sin hacer ningún ruido, fui hasta mi lugar de almacenamiento y escondí la pistola en mi mochila. Igual de sigilosa, regresé a donde estaba Parker.

A los pocos minutos, apareció Daisy.

—¿Se ha dormido?

—Sí.

—Alicia me ha explicado lo que le ha sucedido.

—Supongo que ha debido de perder la noción de dónde estaba.

Daisy se estremeció frente a mí.

—No quisiera estar en su pellejo. ¿No crees que deberíamos llamar a su familia o hacer algo?

Posé mis manos sobre las tuyas.

—Los llamaré más tarde..., si él quiere.

Daisy volvió a mirarlo a él y luego a mí.

—Me parte el alma —susurró con los ojos llenos de lágrimas.

Y a mí, pese a que yo ni siquiera creía tener una.

Sandra permaneció al volante; con ella allí, acompañada de Alicia, nos dirigimos hacia Los Ángeles y, de allí, al aeropuerto.

Aparcamos la autocaravana y las chicas comenzaron a recoger todo su equipaje para ir hasta la terminal.

Las vi hacer sin despegarme de él.

No quería despegarme de él.

No permitiría que se alejase de mí. Si necesitaba ayuda, allí estaría yo para él.

10

Lejos de casa

—Parker, despierta.

Oí su voz llamándome; por miedo a que desapareciera cuando abriera los ojos, me esforcé en mantenerlos cerrados. No quería descubrir que aún me encontraba allí, rodeado por un charco de mi propia sangre y una nube de polvo que olía a carne quemada, destrucción y dolor.

Sentí la tibieza de unas manos que sostenían las mías y les rogué que no me soltaran, porque no quería morir allí solo.

—Parker, despierta. Estamos en el aeropuerto.

Oí las aspas de un helicóptero con la velocidad regulada, a la espera de levantar el vuelo. Quise sentir en mi rostro el aire que provocaba. Aquella sensación me habría dado alivio, porque sabía que estaba seguro, o al menos que lo estaría pronto.

«Tranquilo, sargento primero, lo sacaremos de aquí», entonó la voz dentro de mi cabeza.

Sabía que estaba lejos de casa y que jamás lograría regresar, porque lo sucedido me había cambiado por completo y no existía modo de poder volver a lo que era. Ya no existía casa, no existía yo, y era imposible volver el tiempo atrás para recuperar lo que consideraba mi hogar.

En aquella camilla de camino al helicóptero, fui perdiendo los últimos trozos de mí.

—Sargento primero, es un honor tenerlo a bordo —comentó otra voz a mi izquierda.

¿Un honor?

Que dijese aquello hizo que me avergonzase todavía más de mí mismo.

La camilla se sacudió, el ruido del helicóptero me ensordeció. Todo flotaba a mi alrededor, y las aspas parecían querer quitarme las mantas que me cubrían.

Los sonidos se mezclaron en torno a mí. Sentí que mi cabeza me abandonaba para dejarme hundido en un pozo de dolor. No quería perder la consciencia. Debía estar despierto para defenderme.

—Parker, no quiero dejarte aquí solo.

Algo rozó mi mejilla izquierda. El roce se convirtió en el posarse de su mano sobre mí, para cubrir mi mejilla. Su perfume flotó sobre mi piel hasta llegar a mi nariz.

No podía ser un truco de mi cerebro; lo que percibía era demasiado bonito, demasiado perfecto como para ser algo creado por mi retorcida mente.

Su mano ascendió hasta mi frente, la cual sentí empapada en sudor. Sus dedos apartaron mi cabello. Mi cuero cabelludo también estaba empapado.

Sin abrir los ojos, cogí con mi mano derecha su muñeca y la moví hasta mi nariz, para

conservarla allí.

—Mi aliento se condensó en su palma.

—Abrí los ojos lentamente, para encontrarla sentada a mi lado.

—Sus labios me dedicaron una sonrisa de alivio.

—Hola. Bienvenido.

—Cerrando los ojos, besé su palma.

—Gracias.

—No tienes nada que agradecerme.

Rodeé su mano con las mías y me la llevé al pecho en un intento de que sintiese lo que gritaba mi corazón. Lo que había hecho por mí... No había tenido miedo, no había dudado ni se había rendido. Fue tras de mí, me golpeó, me salvó y me trajo de vuelta.

—Abrí los ojos y la miré.

—Lo lamento.

—Ya ha pasado. ¿Te encuentras mejor? Estamos en el aeropuerto. Las chicas están listas para partir. Quiero acompañarlas a la terminal. No quería salir sin avisarte, no quería que te despertaras aquí solo.

—Le di un apretón a su mano e inspiré hondo, procurando terminar de espabilar del todo.

—De verdad que no sé cómo agradecerte lo que has hecho.

—Tranquilo, no pasa nada.

—¿Las demás están bien? Tengo que pedirles disculpas. —Se me caía la cara de vergüenza de tan sólo pensar en enfrentarlas.

—No digas tonterías, no tienes que pedirle disculpas a nadie. Ellas están bien, felices porque se van a la playa... aunque preocupadas por ti.

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Un poco más de seis horas. Debías de estar agotado.

—No he estado durmiendo muy bien últimamente —fue lo único que atiné a decir. No me atrevía a contar mucho más. Recordaba haber comenzado a contarle lo de la explosión y que entonces llegó Alicia... Las palabras de ésta terminaron de llevarme muy lejos de allí. Se me cerró la garganta al recordar el tráfico detenido, la imposibilidad de mover el vehículo en otra dirección. Dejé de ver la carretera para ver los edificios rodeándome, el camión con aquellos niños encima, el puesto de comida a un lado, una mujer acompañada de una niña y un niño que se metía a toda prisa en una de las edificaciones próximas.

—Por radio me habían pedido un informe. Lo que respondí no fue un informe, sino una orden.

Nada de aquello me daba buena espina. El camión detenido con los niños vestidos con harapos encima. Muchos de ellos lloraban y parecían aterrorizados, pero ninguno de ellos se atrevía a bajar del vehículo.

—Aquí Bravo cero uno. Ruta alternativa. Retrocedan. Aquí Bravo cero uno. Repito, retrocedan.

—Aquí Bravo cero dos, ¿qué sucede, sargento primero?

—Esto no está bien, Phelps. Retrocedan, iremos por la ruta cuatro. Repito, aquí Bravo cero uno: todas las unidades, retrocedan. Cambio de ruta a ruta cuatro.

—¿Qué hay, jefe? —me preguntó Craig.

—Esto, definitivamente, no está bien —murmuró Foster.

—Ni que lo digas —comentó Aguirre desde el fondo del todo—. Siempre he odiado esta ruta, me da claustrofobia.

—Esos niños —susurró Parker a mi lado, sin soltar el volante e inclinándose hacia la luna delantera del Humvee—. ¿Vamos a echar un vistazo? —Volvió su rostro hacia mí. Noté que estaba tan preocupado como yo.

—¿A dónde los llevan? —inquirió Foster.

—No creo que los lleven a ninguna parte.

Por el espejo retrovisor vi que el cuarto y último Humvee se movía marcha atrás.

Intenté atisbar hacia delante. El camión con los niños no era el único detenido.

—Joder, a ver si se mueven un poco más deprisa. —La voz de Foster sonó estrangulada—. Iré a echar un vistazo, cúbreme.

Lo agarré por la muñeca y negué con la cabeza.

—Nadie sale a menos que nos ataquen.

Los cinco nos quedamos en silencio.

—Pero son niños.

—Y nosotros somos el Ejército de Estados Unidos.

—Mierda, que se muevan o no saldremos de aquí.

—Debería haberme dado cuenta antes —comenté solamente para mí.

Veníamos avanzando y me distraje, pues uno de los niños jugueteaba con un caleidoscopio. Me había quedado mirándolo, recordando que, cuando era un crío, tenía uno. Al verlo, me había visto a mí mismo con la cabeza alzada en dirección al sol, igual que hacía él.

Estaba agotado, estresado; había sido un día muy largo y sólo deseaba volver a la base a descansar. En ningún momento se me cruzó por la cabeza analizar qué hacían todos aquellos chiquillos en el camión.

Lo cierto es que deseé, al ver al pequeño con aquel tubo en la mano, poder regresar a aquella época en la que la vida era mucho más sencilla y mucho más mágica. Con mi caleidoscopio, había soñado que viajaba mucho más allá del sol para descubrir lo que había cuando acababa el cielo.

El niño ya no jugaba con éste, y el camión estaba detenido, soltando humo por el motor.

La situación no era nada buena y los había metido a todos allí, en un embudo, un callejón sin salida, una angosta calle con edificios, de entre tres y cuatro pisos, rodeándonos.

Podía ser una masacre...

—Parker... eh, vuelve aquí. Tienes las manos heladas otra vez.

Los niños y el camión desaparecieron. Frente a mí, su rostro asustado.

—Lo siento, lo siento, aquí estoy.

—Iré a acompañarlas a la terminal. Las dejo y regreso, no creo que tarde más de veinte minutos. ¿Puedes quedarte aquí solo? Prometo que en nada estaré de vuelta. ¿Necesitas que te traiga alguna cosa?

No pude contestarle.

—Parker, ¿hay alguien a quien pueda llamar? Quizá pueda llevarte... Escucha, si necesitas regresar a casa, puedo comprarte un billete de avión. Seguro que conseguiremos uno para hoy. Si no tienes dinero, no importa, yo me encargo.

—Estoy bien. —Solté sus manos y comencé a incorporarme.

—Parker, por favor. Lo digo en serio, si necesitas ayuda... Puedo encargarme yo de llamar a tus padres, no sería ninguna molestia.

—No quiero llamar a mis padres. Estoy bien.

—Está muy claro que no es así. Si al menos me contaras...

—Tenía intención de hacerlo. Perdona. Perdí el control.

—No necesito que me pidas perdón. Necesito que, al menos, me permitas hacer algo por ti, porque en este instante...

—Bajaré contigo. Estoy bien. Necesito estirar las piernas y tomar el aire.

Básicamente me la llevé por delante al salir de la litera. Ella vino tras de mí.

—Bien, de acuerdo. Me quedaré más tranquila si me acompañas. No me gusta la idea de dejarte aquí solo.

—Ya ha pasado.

—Tu cara de hace un instante no decía lo mismo.

—No necesito que llames a mis padres ni a nadie en absoluto. Estoy bien. Lo juro. Ha sido el cansancio, estaba agotado. Es lo que me sucede si no descanso bien. Llevaba unos días de no cuidarme; no he debido ser así de irresponsable. Estoy mejor. Dormir todo el camino hasta aquí me ha ayudado.

—No me convences. —Se cruzó de brazos, enfrentándome.

—Si me lo permites, te lo demostraré más tarde. Eso si es que todavía quieres que te acompañe. Imagino que ya te has arrepentido de pedirme que vaya contigo.

—Claro que no —soltó, claramente ofendida—. Todavía quiero que vengas.

—Bien, pues ¿qué te parece si, entonces, acompañamos a las demás a la terminal y luego nos largamos de aquí? Podemos buscar un sitio en el que pasar la noche. Prometo encargarme del primer turno para conducir mañana.

—No necesitas hacer eso.

—¡Parker, estás de regreso! —exclamó Daisy, contenta, desde la parte delantera de la autocaravana.

—Sí, aquí estoy. ¿Listas para partir?

Daisy y Sandra soltaron efusivos síes. Alicia, en respuesta, abrió la puerta del vehículo y salió,

llevándose su maleta a cuestas.

—Debería hablar con ella antes de que se vaya. ¿Te molesta si...?

—No, Parker, está bien.

Di un paso atrás, y ella, con su simple presencia, me retuvo allí.

La miré a los ojos.

—Lo siento, Yolanda.

—Ya deja de pedirme disculpas.

—Entonces solamente seguiré agradeciéndotelo.

—No seas idiota, ¿quieres? Todo está bien.

Nada de eso estaba bien.

Forcé una sonrisa, di media vuelta y fui a por Alicia. Debía pedirle disculpas y, además, quería echar un vistazo a los alrededores. Necesitaba saber si la camioneta negra nos había seguido hasta allí. Había vuelto a verla en la ruta, antes de perder el control, y no tenía ni idea de si se nos pusieron a la cola otra vez mientras yo había estado fuera de la realidad, teniendo pesadillas.

Les sonreí a Daisy y a Sandra y salí de allí a toda velocidad.

En cuanto salté al atestado e inmenso parking, la vi alejarse de mí con su maleta rodando tras ella.

La llamé tres veces y me ignoró por completo.

—Alicia, por favor. Alicia, ¿podrías detenerte un momento?

Espió en mi dirección y continuó andando.

En una última carrera, con mi pierna izquierda quejándose de dolor, llegué a su lado. Entre los dos puñetazos de Yolanda y haber corrido antes fuera de la autocaravana y en ese momento para alcanzarla, todo mi lado izquierdo estaba hecho un desastre.

Plantándome delante de Alicia, le corté el paso. Quiso esquivarme; no se lo permití.

—Apártate —ladró justamente.

—Tenemos que hablar.

—No tenemos nada de que hablar.

—Lamento lo de esta mañana.

—No tienes que pedirme disculpas por eso. Busca ayuda —disparó, y volvió a intentar esquivarme.

La enfrenté y ella resopló, fastidiada. Tenía toda la razón del mundo en enfurecerse conmigo.

—Y tengo que pedirte disculpas por todo lo demás también.

—No es necesario. Se ha acabado. Fuera lo que fuese, se ha terminado. Deberías largarte, Parker. Ella no es yo. Yolanda es diferente. Si la lastimas, la joderás, y no me cabe la menor duda de que lo harás. Seguro que no tiene ni la más remota idea de en qué condiciones está tu vida; de otro modo dudo que continuara interesada en ti, o quizá te quiera para lo mismo que hemos tenido tú y yo, unos días divertidos y nada más. Podría decirte que casi tengo la certeza de que se aburrirá de ti. Yolanda tiene una vida, una carrera, y generalmente no suele mirar mucho más allá

de su ombligo. Para ella, su trabajo es lo primero. Supongo que contigo se tomará unas vacaciones. Si quieres un consejo, mejor ve planeando qué harás cuando ella finalice sus vacaciones. Ahora, si me lo permites, me gustaría largarme de aquí a comenzar las mías. Toda esa idea de ir a pasar unos días a Las Vegas y al Gran Cañón ha sido ridícula. No debí escuchar a Daisy cuando me contó los planes de Yolanda. Debimos largarnos directamente a Hawái.

No sabía que Yolanda había sido la de la idea, si bien me imaginaba que había sido ella quien lo había organizado todo. Lo del Gran Cañón lo entendía; lo de Las Vegas... La había visto jugar muy concentrada, ganando una y otra vez, perdiendo justo unas pocas ocasiones, las necesarias para no llamar demasiado la atención.

—Pues eso, mejor vas haciéndote a la idea de que no te durará mucho. Quizá ella reaccione antes que yo y te aparte de su vida a tiempo —soltó ante mi silencio—. Esfúmate, Parker, no tenemos nada más que decirnos.

Lo justo era que yo me apartara en ese instante.

Alicia me esquivó. Giré con ella y me quedé allí de pie, viéndola alejarse. Ella pasó entre unos coches aparcados y, de allí, fue a cruzar hacia la siguiente línea del parking. La camioneta, literalmente, salió de la nada a toda velocidad.

A pesar de saber que no lograría alcanzarla, de todos modos me lancé sobre ella. Oí los neumáticos de la camioneta chirriar con la brusca frenada. Alicia, quien no había tenido tiempo de ver el vehículo negro abalanzándosele, se sobresaltó del susto cuando la camioneta de cristales tintados se detuvo justo frente a ella.

De inmediato supe que no deliraba. La camioneta era la misma que nos había seguido.

Recordé que no tenía mi arma encima. Yolanda me la había quitado de las manos.

Vi a Alicia dirigirse furiosa hacia la parte delantera de la camioneta para golpear el capó con rabia. Nadie se había bajado del vehículo, lo que no era normal. Por poco la había atropellado y, si no eran quienes yo creía que eran, lógicamente al menos hubiesen descendido para pedir disculpas. No hicieron eso, ni tampoco pasaron de largo, huyendo de la situación.

Corrí hacia la camioneta. Oí los insultos que les dedicaba Alicia, quien estaba completamente fuera de sí.

La agarré de un brazo y la aparté hacia atrás.

—Regresa a la autocaravana.

Ella intentó resistirse.

La camioneta no se iba.

—No me digas qué hacer. Ese desgraciado por poco me atropella.

—Aléjate —le ordené, con mi voz sonando como un trueno.

Me miró y sus ojos me dijeron que acababa de entender que algo no iba bien.

Retrocedió un par de dudosos pasos, arrastrando consigo su maleta.

El motor del vehículo continuaba en marcha, pero parecía como si no estuviese conducido por nadie, porque era imposible ver el interior; era como si la camioneta tuviese vida propia y

estuviese esperando, agazapada, para atacarnos.

Con cuidado, pasé por delante del vehículo y fui hasta el lado del conductor.

—Baja la ventanilla —vociferé, plantado firme frente a la puerta. Nada sucedió—. Baja la ventanilla, ahora. ¡Bájala de una puta vez! —Nada—. Baja la maldita ventanilla en este instante —gruñí, propinándole una patada, con mi pierna buena, a la puerta. Vi a Alicia retroceder de un salto, para meterse un poco más entre los automóviles aparcados detrás de ella.

Percibí el susurro mecánico del motor de la ventanilla.

El cristal negro que nos separaba empezó a descender, para poner frente a mí un rostro conocido. Uno que me sonrió con sorna.

El maldito desgraciado me saludó con la mano, alegremente.

—Lo lamento mucho, no la he visto salir de entre los coches. Debería tener más cuidado con el tráfico —soltó como si nada, sonriéndome con falsedad. Aquella sonrisa no era más que una velada amenaza, al igual que sus palabras—. Tú también deberías tener mucho cuidado con el tráfico —añadió en voz baja, solamente para mí—. No creo que sea muy saludable salir corriendo así en mitad de la autopista.

Me quedé mirándolo. No entendía cómo no nos habían perdido la pista.

—Sabes que hay alguien que está muy cabreado contigo, ¿no es así? —susurró—. Estás en serios problemas. No sólo no cumpliste con tu trabajo, sino que, además, dejaste un reguero de consecuencias. ¿Cómo piensas resolver el desaguisado que montaste? Para ser alguien con tu experiencia, tu desempeño fue bastante pobre. ¿Qué pasa, sargento primero?, ¿has perdido tu toque? ¿Será que sin tu uniforme no eres el mismo?

Mi cuerpo se puso a temblar, pero no de miedo, sino de furia.

—Tendrás que resolverlo de alguna manera. Lo primero: debes conseguir el dinero.

—Tienes que darme tiempo.

Río.

—Sí, claro, tiempo... —Meneó la cabeza—. No tengo nada contra ti, sólo hago mi trabajo... y yo sí suelo cumplir con lo que se me ordena. ¿Un sano consejo?: mejor te pones al día.

Nos quedamos en silencio.

Vi a Alicia removerse nerviosa en su sitio. Sandra, Daisy y Yolanda venían avanzando, se encontraban a una docena de metros de distancia.

—Has sabido buscarte buena compañía. —Sonrió con malicia—. Supongo que no lo pasabas así de bien en Afganistán.

—Ten cuidado con lo que haces.

—Sargento, tenga usted mucho cuidado con lo que hace, y no le quite el ojo de encima a sus amigas, podría sucederles algo muy malo.

—Si les tocas un solo... —comencé a gruñir.

—A mí no me amenazas, que llevas todas las de perder. —Hizo una pausa—. Consigue el dinero o estás muerto —me soltó, para, a continuación, empezar a subir el cristal.

Retrocedí un paso y la camioneta salió quemando llantas.

Me quedé allí, con el corazón palpitándome en los oídos.

—¿Qué te ha dicho? —me preguntó Alicia. Ella todavía tenía cara de asustada.

—El hijo de puta me ha amenazado. —Era una verdad a medias.

—Casi me pasa por encima.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien.

—¿Qué ha ocurrido? —Yolanda me miró a mí y, a continuación, a Alicia.

—Por poco me atropellan.

—¿Estás bien? —Daisy le tocó un brazo. Vi que las manos de Alicia temblaban; también las mías.

—Sí, estoy bien. Me ha dado un susto de muerte, pero no ha llegado a tocarme. El muy desgraciado encima ha tenido el descaro de amenazar a Parker.

Yolanda volvió a clavar sus ojos en mí. El modo en que me miró me hizo sentir pésimamente. Volvía a desconfiar de mí como al principio, estaba casi seguro de eso.

—Tranquila, ya ha pasado. —Sandra le acarició la espalda.

—Sólo quiero largarme de aquí de una maldita vez —soltó Alicia, con la voz rota.

Daisy rodeó su espalda con un brazo. Vi que Alicia no podía contener sus lágrimas.

Pasó frente a mí mirándome con odio, demostrándome que parte de las lágrimas que se le escapaban eran mi responsabilidad. Las tres se alejaron, dejándonos a Yolanda y a mí frente a frente.

—¿Qué ha ocurrido?

—Por poco la atropellan.

—¿Has enfrentado al conductor?

Le contesté que sí con la cabeza.

—¿No la ha visto o qué?

No pude responder.

—¿Parker?

—Ya ha pasado.

—¿Seguro?

—Sí, tranquila. Ya ha pasado.

Yolanda dio los pasos que nos separaban y me encaró.

—Permíteme dudarle.

—Lo siento, es que Alicia y yo hemos discutido. Yo no... Ella estaba alterada y yo también. Ha salido pitando para alejarse de mí y no ha visto venir la camioneta. —La verdad a medias otra vez —. Me he asustado, eso es todo. Ya le he hecho suficiente daño.

—Alicia se repondrá, Parker.

—No quiero hacerte daño.

Sostuvo sus ojos color avellana sobre mí durante un par de segundos.

—No me lo hagas.

Mi estómago se retorció dentro de mi vientre.

—¿Dónde está el arma?

—Guardada.

—¿Dónde?

—¿Por qué llevas una pistola?

—Porque es mi derecho constitucional.

—Que la Constitución te dé permiso para tener un arma no implica que debas tener una, y aún menos que la metas en mi autocaravana.

—La autocaravana de tu amigo —la corregí, y me arrepentí al instante.

—¿Está cargada?

—Lo siento, no he querido hablarte así. Sólo la necesito.

—Podrías haberla disparado.

—Me hubiese cortado un brazo antes de lastimaros a vosotras.

—Qué noble.

—Yolanda, por favor. No es que sea un desquiciado que pretenda salir disparando en todas direcciones. Tengo experiencia de sobra con las armas.

—La llevabas oculta en la cintura de tus pantalones. ¿Por qué?

—Por precaución. Nada más. ¿Dónde la has puesto?

—Está guardada. En la autocaravana. ¿No pretenderías entrar en la terminal con ella? Dudo de que pudieras atravesar la puerta sin que te saltase encima toda la seguridad del aeropuerto, aunque tengas permiso de tenerla porque así lo dice la Constitución.

—¿Confías en mí?

—No me gustan las armas.

—Entonces podría decir que estás con el tipo equivocado.

—¿Esto eres tú emprendiendo la retirada? ¿Así de fácil te rindes? ¿De verdad prefieres terminarlo aquí antes que tener que darme una explicación?

—Yolanda... —Se me puso la piel de gallina.

—Quiero saber por qué llevas una pistola.

—Porque mi vida es complicada.

—Sí, también la mía, así como la de tres cuartas partes de la humanidad, imagino, por no decir la de toda la humanidad.

—No complicada como la mía.

—Si vienes conmigo, tendrás que darme una explicación.

—Es una historia muy larga.

—No hay problema: tenemos unos días por delante y contarás con toda mi atención.

Me quedé mirándola.

—Prometo darte tiempo si me das respuestas.

—Necesito recuperar el arma, Yolanda.

Parpadeó sobre mí durante unos instantes.

—Las chicas se van. Mejor nos damos prisa.

—Yolanda...

—Vamos o nos dejarán aquí.

—Yolanda...

—Deja de gimotear y camina. —Su voz sonó a orden. La seguí. De cualquier modo, la camioneta había desaparecido y tenía muy claro que no podía entrar en el aeropuerto con la pistola encima.

Fue una situación un tanto tensa. Alicia no quería mirarme a la cara y, con cada mirada que cruzaba con Yolanda, crecía la culpa en mí. Noté que Daisy presentía que algo sucedía, pues cuando ella y Yolanda se despidieron, intercambiaron algunas palabras que no logré captar. Toda la situación me puso ansioso, porque los aeropuertos me traían demasiados recuerdos... Mis viajes no habían sido agradables vacaciones y, además, la multitud yendo y viniendo...

Tuve que hacer un gran esfuerzo para permanecer allí en pie, porque de modo alguno podía permitir que Yolanda regresase sola a la autocaravana; con lo sucedido con Alicia me bastaba.

Daisy, Sandra y Alicia se marcharon, y nosotros salimos en silencio de la terminal.

—¿Puedo conducir?

Yolanda alzó su vista hacia mí.

—Insisto en que podríamos buscar un sitio para pasar la noche no muy lejos de aquí. —Hice una pausa—. Nos vendría bien un descanso a ambos, ¿no crees? —Me sostuvo la mirada—. Para que podamos hablar.

Sin detenerse, Yolanda se llevó la mano derecha al bolsillo de sus *shorts* tejanos. Sus dedos atraparon el llavero. Se detuvo y yo con ella.

—Tendrás que darme algo a cambio. Literalmente, estoy poniendo mi vida en tus manos.

Ella no entendía lo literal que estaba siendo.

—Bien.

—No hagas que me arrepienta de esto, Parker.

Ya tenía motivos para hacerlo, sólo que los desconocía.

Soltó las llaves en mi torpe mano izquierda.

Las encerré en mi puño.

Sin cruzar ni una palabra más, fuimos hasta el vehículo.

Abrí la puerta para ella. Subió conmigo siguiéndola de cerca, todavía buscando, entre los automóviles allí presentes, la camioneta negra. Por suerte, no había rastro de ésta desde que había desaparecido del edificio de la terminal.

Yolanda pretendió ir directa hasta el asiento del copiloto. Las intenciones no le duraron mucho; en cuanto vio que me quedaba junto a la puerta cerrada, se detuvo.

—El arma, por favor. —Hubiese preferido no tener que ser testigo de la mirada que me lanzó —. No te haré daño, sabes que no.

—¿Por qué la necesitas?

—Me sentiré más seguro cargándola. Tú estarás más segura si la cargo.

—¿Qué significa eso?

—Por favor, Yolanda, no puedo explicártelo todo ahora. Sólo puedo decirte que la necesito. Si quieres alejarte de mí, lo entenderé, pero...

—¿De quién tendrías que defenderme?

—De lo que he hecho de mi vida. —Ella no replicó nada, simplemente se quedó allí, frente a mí—. Puedo recoger mis cosas e irme. No tienes que volver a verme si no quieres. Necesito mi arma, Yolanda —insistí.

Ella soltó un suspiro.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Por lo pronto, solamente necesito que me la devuelvas.

—Parker, por favor.

—Tan sólo devuélvemela.

Apretó los labios e inspiró hondo.

Dio un primer paso hacia el fondo de la autocaravana.

Yolanda se alejó por el pasillo hasta detenerse en el mueble que precedía a su litera. Se agachó y, de dentro, sacó su mochila. Su brazo se internó hasta lo más profundo de ésta.

Su mano ni titubeó ni perdió fuerza al sostener la pistola.

Regresó a mí.

—¿Alguna vez has matado a alguien?

—Estuve en Afganistán, Yolanda. ¿Tú qué crees?

—No me refiero en la guerra, sino... —Su frase quedó inconclusa.

Negué con la cabeza. No había podido, por eso estábamos allí en ese momento.

Extendió su brazo en mi dirección, tendiéndome el arma.

Al instante la aparté de su vista, guardándola detrás de la cintura de mis pantalones.

—Mejor nos largamos ya de aquí.

—Tengo cosas que hacer antes de salir de Los Ángeles.

—Bien, te acompañaré.

—No es preciso.

—Quiero cuidar de ti.

—No vendrás conmigo con la pistola encima.

—Yolanda...

—Tengo que ir al banco, a la farmacia... No puedes ir por ahí cargando esa cosa.

—Bien, bien, bien. Sí, tienes razón, está bien, juro dejarla aquí. Te acompañaré donde necesites ir.

—Estoy loca por hacer esto —soltó con un suspiro.

—No te lo negaré.

—Ah, gracias, ahora me quedo más tranquila.

—Alicia tenía razón, no tienes nada que hacer a mi lado —declaré, en un último intento de que ella entrase en razón y me pidiese que me largara.

—Me importa una mierda lo que diga Alicia —gruñó, para dar un cuarto de vuelta y dirigirse al asiento del acompañante.

A pesar de lo complicada que era la situación, no pude evitar sonreír de felicidad ante la frase que acababa de soltar.

Conmigo al volante, salimos del parking del aeropuerto.

No volví a divisar la camioneta negra por ninguna parte, aunque imaginaba que debían de continuar por allí, no muy lejos de nosotros, rondándonos.

La otra cara de la luna

Su brazo derecho extendido sobre el volante, su mano aferrada firme sobre la curva. Visto desde ese lado, Parker no enseñaba las marcas que el pasado había dejado en él. Su lado derecho era como el lado oscuro de la luna, ese que nadie puede ver. Había sido testigo del modo en que todo el mundo dirigía sus ojos hacia la parte izquierda de su cuerpo, atraídos por las marcas que no podía borrar. Su lado izquierdo era el lado que la luna nos muestra cada noche. La luna, con sus cráteres, Parker con sus cicatrices, ambos iluminados por el sol.

Su lado izquierdo era su lado más real, el lado más él. Imaginaba que la vida se lo había puesto difícil; sin importar cuánto, soportó lo que tuvo que soportar y sobrevivió. ¿Entendería lo mucho que significaba para mí que hubiese sobrevivido, que el sol continuase iluminando su vida para que los demás pudiesen verla?

El sol, en ese instante, daba sobre su lado izquierdo, perfilando su rostro con un magnífico halo dorado.

—Esto pasa de raro —susurró, sin apartar los ojos de la calzada.

—¿Qué cosa?

—Que te quedes mirándome así. Puedo sentir tu mirada sobre mí. Juro que no saltaré sobre ti con mi arma por delante, Yolanda. De verdad, lo último que quiero es que me temas.

—No te tengo miedo. —Era completamente cierto.

—Entonces, ¿por qué no me quitas la vista de encima? ¿Quieres que me detenga?

—No, todavía no hemos llegado. —El GPS nos había anunciado unos minutos atrás que faltaban quinientos metros para alcanzar nuestro destino, la sucursal del banco en el que tenía cuenta.

—¿Intentas leerme la mente? —Espió en mi dirección.

Le sonreí.

—No. Preferiré escuchar tu voz cuando me cuentes la verdad.

Le tocó el turno de sonreír.

—¿Cómo sigue tu hombro? —Había tenido que pasarle un calmante de un frasco que él guardaba en su bolsa de viaje, porque mis dos puñetazos todavía le dolían.

—Está mejor. Tranquila. Has hecho lo que tenías que hacer. Te lo agradezco.

—¿Te lo lastimaste con la explosión?

—Un disparo.

—¿Antes o después de la explosión?

—Cuatro semanas antes de la explosión.

Un semáforo nos detuvo. Parker giró su rostro en mi dirección.

—La bala rozó el hueso, atravesó mi hombro desde atrás hacia delante. Tuvieron que operarme. Por momentos siento como si la bala estuviese allí dentro, clavada en el hueso.

—De verdad que lo lamento, no debería haberte golpearte así.

—Te lo acabo de decir: has hecho lo que tenías que hacer. —Realizó una breve pausa, en la que desvió sus ojos hacia delante—. Si no lo hubieses hecho...

—¿Qué ha pasado cuando has salido corriendo?

—He perdido la cabeza. No volverá a suceder.

—No necesito que me digas que no volverá a suceder. ¿Qué desata esas situaciones?

—Ha sido el tráfico.

—Sí, estabas contándome que ibas en un convoy... —Asintió con la cabeza, apartando sus ojos de mí otra vez—. En un momento dado te has encogido sobre ti mismo...

—Por favor, no quiero hacer esto así; podemos dejarlo para más tarde. Te juro que te lo contaré, pero no aquí, no así.

Lo dejé estar por un ratito.

—¿Te dispararon otras veces? Lo pregunto para saber dónde golpearte —bromeé, sonriéndole.

Parker recuperó su sonrisa, el semáforo se puso en verde.

—El día que me dispararon en el hombro por poco me matan.

Eso no era gracioso.

—Disculpa, bromeaba.

—Está bien, sé que sí. —Efectuó una pausa—. No los vimos. Bajamos a registrar un edificio. Llegamos hasta la azotea sin encontrar absolutamente nada. —Se relamió los labios—. No vimos a los francotiradores en el edificio de la esquina. Tuvimos suerte de que estuviesen lejos. A mí me dispararon en el hombro y recibí otro tiro por la espalda, que por suerte fue con un arma sin la suficiente potencia como para que la bala atravesara el chaleco; de otro modo, me hubiese matado. El desgraciado tenía buenísima puntería. No pueden salvarte de un tiro en el corazón.

Tragué saliva. No entendía cómo podía contarme aquello con una sonrisa en los labios.

—Ese día perdí a uno de mis hombres. —Se le borró la sonrisa del rostro—. Iba por delante de mí. Se volvió a cubrirme cuando comenzaron a atacarnos. Yo caí de rodillas al suelo, el disparo en la espalda me quitó el aire y el del hombro terminó de lanzarme al suelo. Llovían balas. Él quiso repeler el fuego. Otros de mis hombres estaban heridos. El disparo atravesó su casco. Nos lo llevamos de allí... pero antes de llegar a la calle estaba muerto.

—Lo siento.

En sus labios apareció la sonrisa más triste.

—Gracias.

Nos quedamos en silencio, silencio que él interrumpió al cabo de unos segundos.

—Es como si, a partir de ese día, todo hubiese comenzado a desmoronarse. —Inspiró hondo y

soltó el aire haciendo ruido; sus ojos continuaban lejos de mí—. Tengo unas cuantas cicatrices más: intentaron apuñalarme una vez —se llevó la mano derecha a la espalda, a la altura de los riñones—; una bala rozó mi muslo derecho... ¿Ves mi dedo? —Alzó su mano derecha, enseñándome el meñique—. Mi hermana menor me lo rompió. No puedo terminar de doblarlo ni estirarlo. —Me guiñó un ojo—. ¿Ves esto de aquí? —Con la mano derecha, se señaló la sien del mismo lado, donde nacía el cabello—. ¿Lo ves?

No veía nada.

Negué con la cabeza.

—Hay una delgada línea ahí.

Me levanté un poco del asiento, llevándome el cinturón de seguridad conmigo.

—Un puñetazo de mi hermano mayor. Por poco me parte la cabeza. Fue hace seis meses. Yo le partí el labio y dos dientes.

—¿Qué? ¿Hablas en serio?

—Así es el amor fraternal.

—¿Por qué os peleasteis?

—Porque le dije que era un cobarde, que no tenía ni puta idea de lo que era la guerra y porque, además, añadí que él no hubiese sobrevivido ni dos días en Kabul. Obviamente, no se lo tomó muy bien.

—¿Y cómo se tomaron tus padres que discutieseis?

—¿Adivina?

No le contesté, simplemente me quedé observándolo. Él estaba allí conmigo, lejos de casa.

—¿No hablas con tu familia?

—Llevo un tiempo sin verlos.

—¿Seis meses? —inquirí, porque ése era el tiempo que me acababa de decir que había pasado desde que se peleó a puñetazos con su hermano.

—Eso mismo.

—¿Tu madre...?, ¿tus hermanas?

—Dudo que les queden muchas ganas de verme.

—Dijiste que te habían dado la baja y, por lo que entendí, tú querías seguir.

—Sí, y molí a golpes a uno de mis superiores.

—Y tu padre te salvó de ir a parar a la cárcel.

—Eres una experta en mi historia.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué te dieron la baja en un principio?

—Quedé físicamente incapacitado... o, al menos, así lo consideraron ellos.

—¿No debió apoyarte tu familia en ese momento? Por lo que me contaste, soy consciente de que tenías vocación. Te veo y no comprendo por qué... Quizá podrías haberte quedado allí realizando otras tareas... No tengo mucha idea de cómo funciona el Ejército; sin embargo...

—Perdí a todo mi equipo, Yolanda. A todos y cada uno de ellos. La baja física fue una mera cortesía, si bien es cierto que no soy el mismo que era antes de la explosión. —Giró su cara en mi dirección para mirarme a los ojos. El dolor que irradiaban sus ojos me dolió en lo más profundo del pecho.

Había perdido a sus doce hombres.

Mi piel se heló.

Ni siquiera podía imaginar lo que debía ser estar a cargo de doce vidas y que todo resultara así. Hubiese sido como hubiese sido, el peso de la responsabilidad, a mí, me habría aplastado. Mi trabajo parecía una estupidez en comparación con lo que había implicado el suyo.

—Parker, yo en verdad...

—Su destino está a... —me interrumpió el GPS.

—Allí está tu banco. —Apuntó con un dedo hacia delante—. Buscaré dónde estacionar esta cosa.

—Lo siento, Parker.

Bajó sus ojos hasta mí.

—También yo. No te puedes hacer una idea de cuánto.

No, en realidad no podía hacerme ni la menor idea de lo que debía ser vivir en su pellejo después de aquello.

Buscó una plaza en la que aparcar y, después de dejar el arma debajo del asiento mientras yo lo veía hacer como si esa situación fuese de lo más normal del mundo para mí, aunque desde luego no lo era, pegándose a mí, me acompañó hasta la entidad bancaria.

Esperó conmigo, sentado a mi izquierda, a que uno de los empleados me atendiese. No me preguntó qué motivos me llevaban allí ni volvimos a cruzar ni una sola palabra sobre su historia. Con lo que me había contado, ya tenía suficiente que asimilar. La muerte de uno de sus hombres después de que le dispararan en la azotea, cómo había terminado todo después, la separación de su familia...

Sabía que faltaba que me contase mucho más, porque hasta entonces nada de lo que me había dicho justificaba que llevase una pistola encima ni que me dijese que me defendería con ella si era preciso.

Un joven empleado, con un traje gris oscuro, me llamó por mi apellido.

Parker ni siquiera hizo amago de acompañarme, me dijo que me esperaría allí.

Me alejé de él, siguiendo al empleado pero volviéndome cada tanto hacia atrás. Agradecí que el escritorio de quien me atendía no quedase a muchos metros de él y que, desde la silla que ocupaba al otro lado de la suya, pudiese ver al menos la nuca de Parker.

El tipo me preguntó qué podía hacer por mí.

«Darme paz», le contesté mentalmente mientras me inclinaba hacia delante para pasarle mi identificación.

—Necesito hacer unas transferencias de dinero.

Adiós a las deudas, adiós a las hipotecas.

El chico comenzó a tomar nota de los números de cuenta que sabía de memoria mientras yo intentaba asimilar que así se terminaba mi vieja vida y comenzaba una nueva, de una buena vez. Ese día el pasado finalmente quedaría atrás.

El empleado se levantó para ir a por unos papeles. Giré la cabeza y volví a mirar a Parker; él, en ese exacto momento, se volvió hacia atrás. Nuestras miradas se encontraron, me sonrió.

Ese nuevo día no podía ser más distinto a todos mis anteriores.

En mi pecho estallaron unas incontenibles ganas de correr hacia él para abrazarlo. Además, quería explicarle por qué necesitaba que él me abrazase a mí.

Tardé una media hora en terminar con todo y, cuando al final estuvo hecho, el empleado me tendió la mano.

—Ha sido un placer tenerla con nosotros, señorita Coleman.

—Muchísimas gracias por todo.

—Repito, ha sido un placer. Recuerde: si necesita asistencia para futuras inversiones, el banco estará honrado de poder serle de utilidad.

—Gracias, lo pensaré. —Todavía no tenía ni idea de qué haría con el dinero que quedaba en mi cuenta. Quizá pudiese dar un adelanto para comprar un piso, viajar.

Definitivamente no era momento de pensar en eso, mi mente estaba por completo dedicada a él. Parker giró una vez más la cabeza para verme ponerme en pie. Hizo lo mismo.

—Será un honor tener la oportunidad de volver a ayudarla cuando lo necesite.

—Gracias. Buenas tardes.

—Buenas tardes, señorita Coleman.

Aparté la silla y me alejé de él.

Con cada paso dado de regreso hasta él, el alivio fue tornándose más real. Estaba hecho y tendría que llamar a mi madre para avisarla.

No pude evitar sonreír.

Ya no tenía deudas, ninguna, y él pasado ya no me perseguiría.

Al verme sonreír, la sonrisa de Parker se amplió hasta que copó por completo su rostro.

—Por lo visto, te ha ido muy bien. Nunca he visto a nadie salir tan contenta de un banco.

—Acabo de quitarme un peso de encima.

—Ah, ¿sí? Bien, me alegro muchísimo por ti.

—Estoy feliz.

—Se te nota.

—Acabo de saldar una deuda que arrastraba desde hacía mucho.

Su rostro dudó por un segundo, pero, al final, volvió a sonreír.

—Tengo que llamar a mi madre.

—Pues salgamos de aquí, entonces. Realmente tienes el aspecto de alguien que se ha quitado un gran peso de encima. ¿No quieres que termine de liberarte de otro largándome?

—Si te vas, no tendré con quién celebrarlo esta noche.

—¿Celebrarlo? —Rio.

—Acabo de transferirle dinero a mis padres para que paguen la hipoteca de la casa, y he saldado la deuda que tenía con la universidad debido a mis estudios.

Sus cejas treparon por su amplia frente.

—Guau, ¡eso sí que es digno de festejar! —Se quedó mirándome—. ¿Tiene esto algo que ver con Las Vegas? —curioseó, sin perder la sonrisa—. No tienes que contestar si no quieres, es que... —Achinó los ojos para quedarse mirándome. Sonreía, pícaro.

—La luna no es la única que tiene dos caras.

—Ah, ¿no? Coleman, ¿estás insinuando que tienes secretos?

Asentí con la cabeza.

Atravesamos la puerta, dejando a los guardias atrás.

El sol brillaba allí fuera.

—¿Prometes no contarle nada a nadie? —solté, medio en broma, medio en serio.

—Lo juro.

Di unos pasos y al final me detuve, mordiéndome el labio inferior. Así y todo, no podía parar de sonreír.

—Te dije que había aprendido a jugar a las cartas en Internet.

—Sí, lo recuerdo.

—Pues eso, que aprendí... y soy buena. Muy buena.

—No te hace falta abuela, ¿no? Menudo ego...

—No, en serio: soy buena y se me da muy bien contar cartas en el juego.

—Coleman —él también se mordió el labio inferior—, ¿y eso no es hacer trampa?

—No técnicamente. Es una ventaja. No siempre resulta.

—Por lo que he entendido, debió de resultarte muy bien. Acabas de saldar tus deudas y la hipoteca de casa de tus padres. ¿Acaso tienes una segunda vida, en la que te dedicas a estafar casinos?

—No es una estafa. —Reí—. Además es la primera vez que lo hago.

Sin perder la sonrisa, se cruzó de brazos y me sonrió.

—¿De verdad?

—¿No me crees?

—Bueno, lo cierto es que no te imaginaba haciendo nada semejante, así que no sé qué pensar.

—No soy tramposa. —Reí ante su risa.

—Yo diría que sí.

—Lo he hecho una vez y no volveré a hacerlo. Necesitaba intentarlo para sanear mis cuentas. Me fue mejor de lo esperado.

—¿No quieres volver a Las Vegas? —bromeó.

—¡Parker! —chillé, riendo.

—Francamente, no me lo puedo creer. Entonces sí que te fue muy bien en el casino. Las chicas no lo saben, ¿no es así? Apuesto a que Daisy sí, pero Sandra y Alicia...

—No, no tienen ni idea. Daisy sí. Todavía me siento fatal por lo que hice; además, fui muy egoísta, quizá debí...

—El texano debe odiarte —soltó, cortándome, y se lo agradecí. No me sentía orgullosa de lo que había hecho y me incomodaba hasta el punto de ser capaz de salirme de mi propia piel al menos por un rato. Pero, en fin, el texano no debía sentir mucha simpatía por mí.

Reí.

—Sí, probablemente me llevé gran parte de su dinero.

—Y encima yo derramé mi cerveza sobre él.

—Sí, señor Miller, usted terminó de arruinar su noche.

—Así es.

Echamos a andar otra vez.

—Todavía no puedo creer que lo hicieras. Y yo que te tenía como un ángel.

—¿Qué dices? —Reí para intentar esquivar, al menos un poco, la mirada que me lanzó, la cual me dio ganas de saltar a sus brazos para besarlo... y todavía no estaba muy segura de lo que sucedía allí entre nosotros.

—No hubiese apostado ni un solo centavo a que eras una estafadora.

—No soy una estafadora, Parker. No digas tonterías.

—Acaba de caérseme un ídolo.

Lo empujé jugando y riendo, riendo más que nada por los nervios, porque nunca antes me había pasado que alguien me tuviese así por encima de los demás, nadie que no fuesen mis padres. Eso me pareció increíble, pero no porque me sintiese superior, sino porque me sentí importante para alguien. Era una sensación fantástica ser importante para él, más allá de las tonterías. No sabía si veía lo que quería ver o qué... pero me daba la impresión de que me miraba de un modo completamente distinto al que miraba a Alicia.

Por miedo de ponerme en evidencia al haberlo interpretado todo muy mal, reí.

—Ya basta, no soy una criminal, Parker.

—Ah, ¿no? Yo creo que sí. —Atrapó mi muñeca con su mano izquierda—. Lo tuyo no fue pura suerte. Eres una pequeña tramposa.

—¡Chist! ¿Quieres que se entere todo Los Ángeles? —Reí de nuevo.

—¡Tramposa! —Se carcajeó.

—¡Parker!

—Me costará asimilar esta nueva faceta tuya. —Me lanzó una pícaro mirada de suspicacia—. Y yo que te tenía como una juiciosa astrofísica. Sí, admito que tu cabello no cuadraba con la imagen que pretendías dar... Tendrás que darme tiempo para asimilar esta nueva imagen tuya.

—Soy una juiciosa astrofísica. ¿Y qué tiene de malo mi pelo?

—Nada, me encanta... pero, de verdad, el cabello te delata. Demasiado rebelde para una

astrofísica juiciosa.

—¡Soy una astrofísica juiciosa! —chillé, riendo.

—Mentira. —No paraba de reír y eso me alegró el corazón—. A mí no me engañas. ¿Qué otras turbias habilidades ocultas?

—¡Ninguna! —Reí.

—No te creo.

—No seas idiota.

—Todavía estoy en *shock*.

—¡Parker, ya basta!

—Volvamos a Las Vegas.

—¡Claro que no!

—Recuérdame no jugar a las cartas contigo. Y mejor, por las dudas, que no apueste nada en lo que estés involucrada.

Su mueca de falsa seriedad me resultó adorable; eso, por no mencionar lo bonito que quedaba el sol de Los Ángeles en su cabello y en su piel, por no añadir algo que creía que no me merecía pero... qué estupenda me veía yo en su mirada.

—Creo que iré a comprobar si me has robado algo. Ya no confío en ti.

—¡Parker! —Me carcajeé—. No soy una ladrona.

—¿Seguro que no debemos salir corriendo? Si has robado el banco, mejor dímelo ahora.

No me quedó más remedio que reír otra vez.

—Eres increíble.

—No, no lo soy.

—Bien, sea como sea, lo celebraremos. Quitarse de encima deudas merece unas copas. Vayamos a buscar lo que necesitas y luego encontremos un lugar en el que pasar la noche.

—Tengo que llamar a mi madre para explicarle por qué tiene el dinero que acabo de transferirle.

—¿Tu madre sabe lo de las cartas?

—Sabe que aprendí a jugar por Internet, y eso, en su momento, no la hizo ni un poco feliz. Imagino que cree que eso quedó en el pasado. No tiene ni la menor idea de lo de Las Vegas. Le dará algo cuando le cuente que estuve apostando. ¿Quieres oír la gritar en español?

—¿En español?

—Mi madre es española.

—Ése también es un dato interesante. ¿Hablas español?

—Como una nativa —le contesté en ese idioma.

—Bien, me alegro. También yo —me contestó en un español con un fuerte acento norteamericano.

—También eres una pequeña caja de sorpresas. ¿Qué otros idiomas hablas?

—Ruso, darí, pastún, alemán, un poco de francés... por nombrar algunos. ¿Y usted, señorita

Coleman?

—Chino, francés, italiano, portugués, alemán, un poco de ruso, un poco de sueco, latín, griego...

—¿Qué dices?! —Se carcajeó—. ¿Cuánto tiempo llevas en este mundo?

—¿Cuántos aparento?

—Los suficientes para mí —canturreó, sexy, con su cuerpo ondulando con una elasticidad increíble. Por estar mi muñeca todavía en su mano, me movió con él... y bailar sí que no era uno de mis talentos ocultos, que, además, yo de sexy no tenía ni un pelo.

—Idiota.

—Anda, dime cómo es eso de que hablas tantos idiomas.

—Tuve mucho tiempo para estudiar cuando era pequeña.

—¿A qué te refieres?

—A que no podía hacer mucho más que eso.

Parker se detuvo.

—¿Por qué? —Se puso serio—. ¿Por qué no podías hacer mucho más que estudiar?

—Porque, básicamente, he pasado toda mi vida dentro de un hospital. —Parker parpadeó en mi dirección un par de veces. No tenía ni idea de lo que le hablaba—. He estado enferma casi toda la vida.

—Enferma, ¿de qué? ¿Todavía lo estás? Se te ve bien. —Su mano estrechó el agarre sobre mi muñeca, como si temiese perderme. Noté el miedo en su voz. Negué con la cabeza—. No, ¿qué? ¿No estás enferma?, ¿no estás mejor? —soltó a toda prisa.

—Que ya no estoy enferma, Parker.

—¿Qué has tenido?

—Sería más fácil detallar qué es lo que no he tenido.

—¿Por qué en ningún momento me has dicho nada?

—Porque no es una historia divertida de escuchar, tampoco de contar. Hasta este día, mis padres han soportado el peso de dos hipotecas sobre nuestra casa por culpa de los gastos médicos que yo les he ocasionado. —Suspiré—. Por eso y por mis estudios.

—Yo la hubiese escuchado con gusto. Quiero escuchar toda la historia.

No podía decirme nada que me hiciese más feliz que lo que acababa de declarar.

—No esta noche.

—¿Seguro que estás bien ahora?

—Completamente.

—Antes has dicho que tenías que ir a la farmacia...

—A comprar repelente de mosquitos. La cabaña de Andrew está junto a un lago. A veces el sitio se atesta de esos insectos.

Vi el alivio plasmarse en su rostro.

Suspiró.

—Deberías habérmelo contado antes.

—Y tú deberías haberme contado tu historia antes también. ¿Cómo es que hablas todos esos idiomas? Pastún es la lengua principal de Afganistán, ¿no?

Asintió con la cabeza.

—Soy bueno para los idiomas. Y sí, el pastún y el darí se hablan en Afganistán; son cortesía de los servicios de inteligencia norteamericanos. El ruso fue cortesía de mi padre. Te conté que él es militar. Insistió en que mis hermanos y yo lo aprendiésemos de pequeños. Creo que quería que, al crecer, estuviésemos listos para convertirnos en espías o algo así. Debía de estar esperando una guerra con Rusia.

—¿Hablas en serio? —No supe si reírme o ponerme seria.

—Muy en serio. El resto de los idiomas los aprendí en el colegio y en casa.

—Guau, tú sí que eres una caja de sorpresas. ¿De verdad es en serio lo de tu padre?

—Te lo juro por mi vida. —Hizo una mueca—. Por lo que queda de ella.

—Parker... —Su nombre se me escapó.

—Tenemos mucho de lo que ponernos al día.

Asentí con la cabeza.

Parker volvió a reír.

—Eres una tramposa —soltó, echando a andar, arrastrándome con él.

—No me llames así. —Reí.

—Es lo que eres.

—¡Parker!

—¡Tramposa, tramposa, tramposa!

—Ya basta. —Me carcajeé.

—Y yo que creía que era el único que guardaba secretos oscuros.

—Pues ya lo ves, y todavía no he terminado de contarte todo lo que he hecho en mi vida.

—Ahora me muero por escuchar qué otros tórridos secretos guardas debajo de esa cándida apariencia. Increíble. —Meneó la cabeza—. Y yo que te hacía una delicada criatura angelical.

Tironeé de mi brazo derecho.

—¿Quieres que vuelva a golpearte?

—Tu derecha está en mi mano. —Alzó mi muñeca; a pesar de todo, su brazo izquierdo tenía una fuerza increíble.

Amagué con mi brazo izquierdo y él, con unos increíbles reflejos, lo atajó.

—¿Qué harás ahora, Coleman?

—¿Qué hará usted, sargento primero?

—Ese título ya no me corresponde.

—¿Señor Miller?

Parker negó con la cabeza, no entendí por qué.

Sus manos tiraron de mí hacia él.

—¿Estaría mal que te besara ahora?

Me estremecí de gusto. No hacía otra cosa que esperar eso desde que lo había besado en el parque de caravanas la otra noche.

Negué con la cabeza despacio, sin perder sus labios de vista.

Parker me arrastró un poco más hacia él.

Inclinó la cabeza hacia delante para llegar a mí. Sonreía y yo apenas si podía respirar.

—Estoy loco por ti y tú estás loca por permitirme hacer esto.

Quería que hiciese eso y mucho más.

Como no se decidía a tocar mis labios con los suyos, me alcé sobre mis pies. Él tenía mis manos juntas a la altura de su pecho; aun así, mis dedos estaban libres, libres para prenderse del cuello de su camiseta y tirar de él hacia mí.

La humedad de mis labios marcó los suyos sin que ninguno de los dos tuviese intenciones de apartar la vista. Quería mirarlo para estar segura de que ese momento no se evaporaría ante mí.

—Hay algo en ti...

—¿Algo en mí? —balbuceó en el mismo tono de voz apenas audible que acababa de utilizar yo para hablarle.

—Sí.

—¿Y qué es ese algo?

—No lo sé. No es algo que pueda explicar. Mi cerebro no acaba de procesarlo.

—A riesgo de sonar muy cursi, te diré que hay cosas que no se procesan con el cerebro, Yolanda; incluso cosas que no tienes que procesar, solamente sentir.

—Ah, ¿sí?

Asintió con la cabeza.

—Me cuesta creer en esa magia de la que hablas, pero si tú... —no pude seguir—, si tú crees —logré entonar después de concentrarme en la fuerza de su mirada—... si tú crees, eso me completa. Si en mí no hay espacio para eso, que lo haya en ti y que yo no permita que te alejes de mí.

Parker apretó los labios. Sus ojos se pusieron más cristalinos de lo que eran al cubrirse de lágrimas.

—Eso es lo que hay contigo: que tú crees y que quiero tener a mi lado a alguien que crea y que me dé esperanza.

—Definitivamente te mereces a alguien mucho mejor.

—No quiero a ningún otro. Solamente espero no aniquilar tu magia, porque la necesito conmigo.

—Yolanda...

—No hablemos más y bésame. No necesito nada más.

No me hizo falta pedírselo otra vez.

Su rostro cayó sobre el mío, con los párpados cerrados. Sus labios se posaron sobre los míos

sin besarme, como si sólo necesitasen descansar allí un instante. Se lo permití porque yo también necesitaba descansar en él, en su frente tocando la mía, en sus pestañas haciéndome cosquillas, en su respiración pausada y profunda.

Sus manos agarraron mi cintura.

Inspiré hondo sobre su piel.

—Qué difícil es asimilar que esto esté sucediendo entre nosotros.

Su frente resbaló por encima de la mía hasta que su sien izquierda tocó la mía.

En su voz había notas felices y otras muy tristes

Sentí el calor de sus labios sobre mi piel.

En cuanto hice el amago de moverme, me soltó. Despacio, mis brazos rodearon su cuello.

—Es estupendo tenerte así para mí —susurré en su oído, ignorando que Los Ángeles nos rodeaba y que nos habíamos quedado parados en mitad de una calle muy transitada. —Su mejilla se alzó, tocando la mía. Sus labios también me rozaron. Sonreía—. ¿Qué?

Se apartó un poco de mí, con su sonrisa todavía en alto.

—No oigo muy bien de ese oído. Perdí parte de la audición debido a la explosión.

—Lo siento.

—Mi lado izquierdo es un asco.

Mi brazo derecho bajó por su cuello, su hombro y luego su brazo, palpando de cerca su pasado. Nada en él era un asco. Era el resultado de una vida compleja, de una existencia muy distinta a la mía, la cual quería comprender.

—Tu lado izquierdo es único, Parker, igual que tú.

—Qué suerte tiene el mundo, porque con uno como yo es suficiente.

Alcé los labios hasta los suyos para darle un rápido beso.

—He dicho que es estupendo tenerte así para mí. —Mi brazo derecho rodeó su cuello para que todo mi cuerpo quedase pegado al suyo. Mi mano continuaba sobre su magullada piel, sintiendo las marcas que la explosión había dejado no solamente sobre la superficie, sino también en la carne y en él.

Sus manos asomaron en mi cintura por debajo de mi camiseta. Tener su piel haciendo contacto con la mía resultaba tan emocionante como saberme a punto de descubrir un nuevo planeta que estudiar. En ese caso, yo no quería estudiarlo, sino aprendérmelo de memoria, conocerlo como aquellas cosas que mi cerebro guardaba allí donde almacenaba la información importante.

—Me gusta tu boca.

Besé sus labios una y otra vez, de ida y vuelta, registrando su sonrisa, hasta que separó sus labios y comenzó a besarme también. Parker estrechó el agarre en mi cintura y sentí sobre mi abdomen, mis muslos y mi pecho la solidez de su cuerpo, de sus abdominales y sus piernas, que en ese instante nos sostenían a los dos en pie, porque yo ya no recordaba si tenía piernas siquiera. Su lengua acarició la mía y mi cerebro quedó al instante licuado. De haberlo intentando, no habría logrado llegar a la suma de dos más dos. ¿Cómo pensar cuando su boca me arrancaba, a

deliciosos y estupendos bocados, partes de mí que por lo visto siempre debieron de ser tuyas? Y yo sin saber de él, sin tener ni la menor idea de que existía la posibilidad de que alguien me hiciera sentir todo lo que él me hacía sentir.

Parker respiró hondo sobre mí y a continuación su beso me atrapó por completo, tanto o más que sus manos empujándome contra él.

Agradecí que no llevase chaleco antibalas, porque lo sentí como si él fuese el sol... y no había mejor sensación que quemarme con su calor.

Su mano izquierda subió por debajo de mi camiseta y, con su boca sobre mí, deseé que la Tierra quedase desierta; nosotros dos como único supervivientes..., allí, en ese instante, ése era mi más profundo anhelo.

Apretándome más contra él, subí mi otro brazo hasta quedar dependiendo de la apabullante contundencia de su cuerpo. Había esperado mucho más de lo que creí que había esperado para poder tenerlo solamente para mí así.

La humedad en sus labios, su lengua haciéndome cosquillas por todo el cuerpo pese a que no se alejaba de mi boca...

No era sólo el perder la cabeza por su cuerpo y por cada uno de sus movimientos... Adoraba que las puntas de sus dedos se hubiesen puesto de pie sobre mis vértebras, igual que escaladores orgullosos de haber llegado a la cúspide de la más alta montaña; eran sus brazos rodeándome, su abdomen tenso sosteniendo el eje de su universo que era el resto de su cuerpo, era su pecho retumbando contra el mío en el ascender y descender más sexy que existiera jamás. Sí, su respiración pesada y profunda me hacía perder la cabeza.

El cuerpo no miente. El suyo no mentía y el mío, frente a él, no necesitaba pentotal sódico para escupir toda la verdad ante la primera inocente pregunta.

«Responda con la verdad. ¿Cuál es su nombre?», podrían haberme preguntado frente al polígrafo, y el modo en el que mi cuerpo reaccionaba ante él en ese instante hubiese sido la respuesta que hubieran obtenido.

No sabes cómo te llamas hasta que entiendes todo lo que puedes ser. Me llamaba mi firma, que confirmaba la transferencia de dinero; la maldita tabla periódica dando vueltas por mi cabeza; las palabras de la última página leída del libro que Parker había visto entre mis manos... Me llamaba sus brazos sobre mí y la promesa de conocerlo. Me llamaba las ganas de tenerlo conmigo y las de pensar en el futuro. También me llamaba los miedos del pasado que nunca me dejarían, y quizá mejor así, porque necesitaba verlos de frente para no olvidar que la vida puede terminarse en cualquier momento.

Las Vegas, él conduciendo, él en la pasarela en el Gran Cañón, mi madre dándome clases, mi padre intentando enseñarme a batear, Daisy empujándome entre carcajadas hacia mi primera borrachera.

Él en mis brazos; él en mis brazos y la oportunidad de tener su boca para mí.

—Mejor os buscáis una habitación.

Detrás de la frase, sonaron risotadas y la aceleración de un motor.

Parker interrumpió nuestro beso para asomarse por encima de mí hacia el asfalto.

—¡Estáis celosos! —les gritó, y entonces los vi: eran tres chicos que iban en un descapotable. No debían de tener más de diecinueve años.

Los jóvenes rieron y volvieron a gritarnos de todo, entre otras cosas que allí, a dos calles, había un hotel y que a la vuelta quedaba una farmacia para que fuésemos a comprar preservativos.

Me reí cuando en otro momento me hubiese gustado que la tierra me tragara.

—¡Ya quisierais vosotros estar en mi lugar! ¡Id a buscaros una vida, haced algo útil! —les soltó Parker sin perder la sonrisa, y así, con su magnífica dentadura a la vista, alzó su mano izquierda y les dedicó una peineta que fue mucho más potente que cualquier grito vociferado a voz en cuello.

Los chicos le devolvieron el gesto entre gritos burlones. La gente se volvió a mirarnos y a ellos también.

—Ya déjalos —le pedí, tironeando de su brazo izquierdo hacia abajo.

—Son unos envidiosos. —Rio.

—Sí, claro... —Lo cogí de la mano. Su mano izquierda, en nada, se había transformado en una de las cosas más preciadas para mí—. Anda, larguémonos de aquí. Ha sido un día muy largo. — Mis dedos rodearon su mano y él me devolvió el gesto, olvidándose de los chicos del automóvil.

—Tranquila, yo conduzco. Vamos a buscar el repelente y después un sitio donde pasar la noche.

Su pulgar acarició mi mano. Despacio, con aquella caricia, me atrajo hacia él.

Sonriendo como dos bobos, buscamos la farmacia que los chicos nos habían dicho que quedaba justo a la vuelta de la esquina.

Compramos repelente y Parker adquirió un frasco de paracetamol que me costó una dura batalla conseguir que me permitiese pagar.

Regresamos a la autocaravana y, de allí, pusimos rumbo hacia el norte.

Mi plan original era salir directamente a la interestatal después de pasar por el banco, pero Parker sugirió que nos alejásemos un poco de la ruta para buscar algún lugar cerca de la playa en el que pasar la noche.

No me pareció mala idea, llevaba un buen tiempo sin ver el mar.

Le entregué las llaves y le permití disponer de nuestro destino.

Mientras conducía, le pedí disculpas un momento y me fui atrás a llamar a mis padres. Ya le contaría la verdad al completo, pero necesitaba hacer eso con un poco de privacidad.

Parker me sonrió para darme confianza y me dijo que me cogiese todo el tiempo que necesitase.

No me gustó ni dejarlo solo ni apartarme de él y, de hecho, no me alejé demasiado. Fui a sentarme a la mesa y marqué el número de casa; a esa hora debían de estar los dos allí, porque mi padre no abría el bar hasta al cabo de un rato.

—¡Cielo! —exclamó mi madre a modo de saludo—. ¿Cómo va todo? ¿Has dejado a las chicas en el aeropuerto?

—Hola, mamá. Sí, me he despedido de ellas hace un rato. Imagino que deben de estar embarcando ya. ¿Cómo va todo por ahí?

—Bien, hija, aquí estábamos, con papá, esperando tener noticias tuyas, pues ha visto en un informe de tráfico que el camino de Las Vegas a Los Ángeles era caótico. No es ninguna novedad, pero temíamos que las chicas llegasen tarde.

—Sí, tráfico había; de hecho, era infernal. —Obvié comentar una palabra sobre lo sucedido con Parker; no creía que, por el momento, fuese a mencionarlo, pues mi madre no se tomaría muy bien eso de que estuviese en la autocaravana con un extraño y que, además, tuviese planes de llevármelo a la cabaña conmigo—. De todas maneras, las chicas han llegado a tiempo porque ya habíamos previsto que eso podía suceder.

—Me alegro. Entonces... ¿lo habéis pasado bien?

—Sí, mami, después te paso más fotos. Todo el lugar, mires hacia donde mires, es increíble.

—¿Dónde estás ahora?

—Todavía en Los Ángeles. Pasaré la noche aquí para descansar, que el día se me ha hecho muy largo. Saldré a la carretera mañana temprano.

—Me parece lo mejor.

—¿Está papá ahí?

—Sí, está aquí conmigo, acaba de entrar de la calle.

—¿Puedes poner el altavoz? Me gustaría contaros algo a ambos.

Mi madre guardó silencio un instante.

—Yolanda...

—Todo está bien, mamá.

—¿Seguro? Puedo volar hacia allí esta misma noche. ¿Te sientes mal?

—No, mamá, tranquila, me encuentro bien.

—Te noto rara.

—Pues estoy bien.

—Deberías venir a pasar unos días aquí.

—Te repito que estoy bien, mamá. Te juro que no es nada malo. Bueno, el resultado no es malo.

Un semáforo nos detuvo y Parker espío en mi dirección por encima de su hombro derecho. Volvió la vista al frente de inmediato.

—Eso suena... ¿Qué sucede?

—¿Pones el altavoz?

Al momento, capté el sonido ambiente de un modo distinto al que recibía el altavoz cuando hablábamos normalmente.

—Hola, papá.

—Hola, cariño. ¿Qué ocurre? Tu madre, de pronto, se ha puesto pálida. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien. Mejor que eso.

—Pues eso suena estupendo. Bueno, aquí nos tienes a los dos, ¿de qué quieres hablarnos?

—De las hipotecas de la casa.

—¿De las hipotecas de la casa? —repitió mi madre.

—¿Qué sucede con ellas?

—Bien... —Me mordí el labio inferior; no sabía por dónde empezar. Me aclaré la garganta—.

Como sabéis, he estado en Las Vegas...

—¿Yolanda...?

—Tuve suerte.

—¡Yolanda! —chilló ella—. ¿Suerte? Yolanda, ¿de qué hablas? Prometiste que jamás volverías a jugar, que aquello no era más que una travesura de adolescente. ¿Nos mentiste y has seguido jugando?

—No, mamá, claro que no. No volví a jugar a las cartas ni por Internet ni de ningún otro modo hasta el otro día en Las Vegas. Lo juro. Es que... —me interrumpí—. Tenía que intentarlo. Me fue bien, mucho más que eso... Hace un rato os he transferido dinero.

Oí que mi madre se atragantaba.

—¿Qué dinero, cielo?

—Tuve suerte con las cartas, papá.

Hacía muchos años que los dos se habían enterado de que, durante largas noches y también durante muchos días, cuando estaba aburrida tendida en una cama sin poder hacer mucho más que usar mi cerebro, había aprendido a jugar.

—Yolanda, has mencionado «las hipotecas». No nos tomes por tontos. Eso es más que suerte. ¿Acaso has perdido la cabeza? ¿Con qué dinero apostaste? ¿Cómo se te ocurre hacer una locura semejante? Se suponía que ibais allí a celebrar el 4 de julio, nada más.

—Cariño, a tu madre está a punto de darle algo. ¿Podrías aclararnos qué es lo que intentas decirnos?

—Lo que intento explicaros es que jugué unas cuantas manos y obtuve muy buenas ganancias, papá —le contesté, imaginando a Parker allí delante, sonriendo, llamándome tramposa una y otra vez mentalmente—. Os he transferido dinero suficiente como para pagar lo que quedaba de ambas hipotecas.

—Pero...

—Está bien, papá. Mamá, te prometo que no volveré a pisar Las Vegas en mi vida, solamente quería intentarlo.

—¿Con qué dinero apostaste?

Con el que Andrew me había prestado supuestamente para pagar mi deuda con la universidad. Él no tenía ni idea de mis intenciones y, cuando se enterara de lo que había hecho, pondría el grito en el cielo, igual que mi madre, porque se enteraría por ella, no me quedaban dudas. Andrew me

lo había dejado con gusto para que ya no debiera nada a la universidad; insistió en que se lo devolviese cuando y como pudiese. En ese momento, ya se lo había devuelto.

—No te preocupes, eso ya está solucionado.

—Todavía no me has dicho a quién se lo pediste.

—Mamá, todo está bien. ¿No podemos intentar ver el lado positivo de la situación?

—¿Desde cuándo me hablas en ese tono?

—Mami —le dije en español—, en ningún momento perdí de vista el dinero con el que fui.

—Eso implica que lo tenías todo planeado —soltó, ahogándose.

De nada serviría negarlo.

—Quería intentarlo. Os lo debía.

—Yolanda, ¿qué locura es ésa? Podrías haberlo perdido todo, incluido lo que pediste prestado. Nadie resuelve sus finanzas así. ¿Nos lo debías? Hija, no nos debes nada. Por Dios que no puedo creer lo que dices.

—No debiste hacerlo —susurró mi padre.

—Pero lo hice y os he transferido el dinero. Ahora tendréis que pasarle vosotros el dinero al banco, para cancelar las hipotecas. Yo ya me he ocupado de transferir el dinero que debía a la universidad, para saldar también esa deuda. Se acabó. El pasado ha quedado atrás, ya no tenemos nada más que penar.

—Yolanda, nosotros no tenemos nada que penar desde el día en que saliste del hospital.

—El dinero es dinero, hija —añadió mi padre—. Tarde o temprano hubiésemos acabado de pagarlo todo. Tú vales más que cualquier deuda y nosotros simplemente estamos felices de verte vivir tu vida, de que puedas hacer lo que te gusta. No necesitábamos más que eso.

—Pues bien, ahora tenéis eso y, además, os habéis librado de la deuda con el banco. Os toca pensar cómo disfrutaréis de vuestro dinero en adelante, porque ya no tenéis el pasado pisándoos los talones.

—Tampoco lo teníamos antes. Yolanda, lo que has hecho es una locura.

—Quizá, pero al menos me ha salido bien —intenté bromear, pero a ninguno de los dos les hizo gracia.

—Ni siquiera me atrevo a preguntar cuánto ganaste, que no quiero ni imaginar lo que hiciste allí. ¿Las chicas también apostaron? A Andrew le dará un ataque cuando se entere de que Daisy... ¿La idea fue tuya? Yolanda, de verdad que apenas puedo creer lo que hiciste.

—Mamá, no pasa nada; no se trata de que sea adicta al juego, solamente quería intentarlo y lo he conseguido... Está hecho.

—Pero pudiste perder.

—Gané, mamá.

—Es una locura —susurró con un fuerte tono de preocupación.

—Yolanda, admito que tu madre suele ser la más alarmista de los dos, pero en este instante tengo muchas ganas de volar hacia allí y mirarte a la cara para intentar reconocer a mi hija. Ni

siquiera entiendo de dónde ha salido todo esto.

—Sigo siendo la misma, papá. El caso es que quería cortar con el pasado, nada más. Lo he logrado. Lo que pasó es un capítulo acabado de mi vida, y mañana por la mañana me marcho a Oregón para quedarme unos días en la cabaña, tal como lo tenía planeado, para pasar allí mis vacaciones.

—Esto es increíble.

—Mami, por favor, está hecho. Sólo pretendía que éste fuera un momento feliz. De verdad que no me he convertido en una adicta al juego ni nada parecido. Quería intentarlo y me ha salido bien.

—Podrías haber perdido —insistió.

—Sí, bueno, pero no lo he hecho. Supongo que tendría las estrellas de mi parte.

—¿Desde cuándo crees en esas cosas? —soltó mi madre.

—Es evidente que ha tenido las estrellas de su parte —murmuró mi padre—. Ha ganado el dinero suficiente como para pagarlo todo —le dijo a ella—. ¿Comprendes lo que has hecho? —Eso último iba dirigido a mí.

—Sí, papá. Y volvería a intentarlo. Mamá, tranquila, Daisy no apostó, y Sandra y Alicia ni siquiera se han enterado; no quería montar un alboroto. Y, para que acabes de entrar en crisis, porque sé que te acabarías enterando, voy a contarte que el dinero me lo prestó Andrew, pero para pagar mis deudas con la universidad. También debo decirte que me ha quedado una cantidad que quizá...

—¿Una cantidad? Yolanda, pero ¿qué has hecho? —Esta vez le tocó el turno a mi padre de atorarse con las palabras.

—Escuchadme: simplemente lo hice. Eso fue el miércoles, ya ha quedado en el pasado y no puedo volver el tiempo atrás, ni tampoco quiero. Estoy bien, eso ha quedado atrás. Solamente tenéis que ocuparos de transferir el dinero al banco y listo, así podremos seguir todos adelante.

—Todavía no puedo creerlo.

—Ojalá puedas ponerte contenta.

—Yolanda, no es que no esté contenta o que esté enfadada contigo —comenzó a decirme mi madre—, es que no necesitabas arriesgarte, ni correr el riesgo de endeudarte. No era necesario, cielo. Tu padre y yo tenemos todo lo que necesitamos. Una cuenta pendiente con el banco no nos quitará jamás la felicidad de tenerte con nosotros.

—Eso, cariño, que todo ese asunto del dinero...

—Necesitaba hacerlo. —No pasaba un día sin que me sintiese ahogada por culpa de la maldita deuda que les había generado.

—Deberías venir a casa.

—Estoy bien, papá. Os quiero. De verdad que estoy bien. Estoy contenta y ahora sí estoy tranquila.

—Hija, en ningún momento intentamos hacer que te sintieses responsable... Era sólo dinero, Yolanda. Tu salud bien valía todas las deudas del mundo.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—No habéis sido vosotros, mamá: era yo quien lo necesitaba.

Se quedaron en silencio y también yo.

—Ni siquiera puedo imaginarte en una mesa del casino.

—Debí pedirle a Daisy que me sacara una fotografía —le contesté a mi padre, y mi madre me regañó en español, llamándome por mi nombre completo.

No tenía ningún sentido discutir aquello, por lo que, a la fuerza, llevé la conversación por otros rumbos; les conté cosas del viaje, el vuelo en helicóptero y los lugares que habíamos visitado.

Sabía que, cuando cortase la comunicación, ellos continuarían dándole vueltas al asunto; de todas formas, poco a poco fui despidiéndome, prometiéndoles que me pondría en contacto con ellos al día siguiente.

Me rogaron que no hiciese ninguna otra locura y, cuando lo mencionaron, alcé los ojos hacia Parker.

Mi vida con esas pizcas de locura estaba mucho más viva de lo que lo había estado jamás.

Les repetí infinidad de veces lo mucho que los quería y lo afortunada que me sentía por tenerlos como padres y finalmente colgué.

Tuve que tomarme un momento antes de levantarme del sillón, porque con ellos sabiendo la parte de la verdad que necesitaban saber (la otra me la guardaría para permitirles vivir en paz sin tener que preocuparse aún más por mí), esa nueva realidad se tornaba mucho más material. En mi pecho palpitaba la sensación de haber terminado de leer un libro muy denso y considerablemente angustiante, pero con un final aceptable, uno quizá un tanto abierto.

Dejé el móvil en la mesa y alcé la vista hasta Parker.

Delante de mí tenía el futuro, con todas las oportunidades al alcance de la mano.

El sol comenzó a bajar por el horizonte.

Viajando hacia el norte, la costa se instaló a nuestra izquierda, con sus playas, el mar y el atardecer.

Suspiré aliviada, embelesada por los rayos que daban en Parker y en mí.

Tuve ganas de correr al mar, a pesar de tener que pisar la dichosa arena; quería gritar mi alivio a los cuatro vientos; quería besarlo y no tener que detenerme allí. Quería disfrutar de una buena cena, beber cerveza y reír hasta que me doliese el rostro.

Parker giró la cabeza y me vio mirándolo, sonriendo.

—¿Qué? —preguntó, esbozando también una sonrisa.

—Estoy feliz.

—Definitivamente necesitas celebrarlo.

—Lo celebraremos, yo invito.

—No, nada de eso.

—Insisto.

—Yo insisto.

—No fastidies, Parker. Yo invito y fin de la discusión.

—Eres muy mandona.

—Sí, bueno, acostúmbrate. ¿Has visto eso? —Con el mentón y una mano, apunté hacia la playa —. ¿No es una belleza?

Parker volvió su cara hacia el mar.

—Es increíble que el mundo tenga caras tan distintas. Viendo esto podrías decir que la vida es maravillosa, tranquila, que no hay lugar para el dolor, el sufrimiento o las guerras.

—Pero lo hay. —Suspiré—. Nos aburriríamos de eso si fuese lo único —añadí, medio en broma, medio en serio.

—No sé si nos aburriríamos; de lo que sí estoy seguro es de que no lo valoraríamos igual. —Tendió su mano derecha hacia mí; la sujeté fuerte con mi izquierda. Sonrió.

12

Milagro

—Andando. —Parker apagó el motor y comenzó a ponerse de pie. Había detenido la autocaravana en mitad de la nada, frente a un parque. Al otro lado de la calzada estaba la playa, desierta y sin más adornos que el mar y el atardecer.

Muy a lo lejos, mirando hacia el sol, creí divisar a unos surfistas sentados sobre sus tablas, dejando las olas pasar. En ese sector de la playa no había absolutamente nadie.

Podríamos reclamar como nuestra la extensión de arena en cuanto la pisásemos. Bueno, en realidad yo no planeaba pisar mucho la arena, pero de pronto necesitaba que el aroma salado del mar llegase a mis pulmones. No era la misma masa de agua que en casa, pues del horizonte marino salía el sol, no se ocultaba; sin embargo, de todas maneras, afloró en mí la necesidad de regresar, al menos en sentimiento, a casa.

Lo seguí. Él tenía las llaves en una mano.

—Demos un paseo.

—¿Recuerdas que te dije que no me gusta la arena?

—Puedes dejarte las zapatillas puestas.

—Se me llenarán de arena.

—Si quieres, te cargo —propuso, dedicándome una seductora sonrisa.

—Tampoco soy una loca maniática.

—¿No?

Le di un empujón juguetón y él atrapó mi cintura antes de que pudiese apartarme.

—Un poco loca estás —susurró sobre mis labios.

Su cuerpo contra el mío me afectaba todavía más.

Ladeó la cabeza, con sus labios encima de los míos, sin dejar de sonreír.

—Sólo por eso, tendrás que cargarme.

—Entonces, ¿sí eres maniática?

—Odio la arena en las zapatillas —admití, admirando su rostro con muchas ganas de tener su boca solamente para mí durante todo el tiempo que se me antojara.

—¿Eso significa que no podré revolcarme en la arena contigo? —jugó.

—¿Revolcarte?

—Por toda la playa —murmuró entre mis labios.

—No, en la arena, no.

—No seas aburrida —canturreó, sonriendo todavía más—. La playa es sexy.

—Ni por casualidad, Parker.

—¿Y qué es sexy? —disparó, sin darle tregua a mis ojos.

—Tú —le contesté, sin retroceder ni un milímetro.

—Yo, en la playa, con arena hasta en el culo.

—Eso sí que no. —Reí—. La arena no entra en la ecuación y, si pretendes terminar en ese estado, no cuentes conmigo.

—Sé que puedo convencerte. —Uno de sus brazos trepó por mi espalda y el otro bajó por mi trasero, provocando que la cabeza comenzara a darme vueltas—. Puedes tocarme el culo, pero la arena no lo hará.

—¿Acaso no has visto nunca una de esas películas románticas en las que las parejas...?

—No pienso hacer nada contigo en la arena.

Su mano en mis nalgas me apretó aún más contra él.

—¿Segura?

—Completamente.

Bajó su boca a la mía y su lengua acarició el interior de mi labio superior. Las rodillas me fallaron.

—Tú y yo, en la arena caliente.

Su aliento caliente... Ya ni siquiera me apetecía bajar a la playa. Incluso mejor si nos quedábamos allí y me permitía arrancarle de encima la camiseta.

—No. —Mi voz sonó más firme de lo que me sentía debajo de mi piel en sus brazos.

—Esto no quedará así, te lo aseguro. —Me soltó y retrocedí un paso.

Alzó su pierna izquierda y comenzó a desatarse los cordones de la bota.

—¿Qué haces?

—Desvístete —soltó, tirando de los cordones para aflojarla.

—¿Qué?! —Una corriente de nervios y emoción corrió por mis venas.

—Es broma. Me quito las botas para que no acaben llenas de arena. Tengo ganas de pisar la playa y, si voy a cargarte, no podré hacer esto contigo a mi espalda.

—¿Bajarás a la calle descalzo?

—Sí, ¿por qué? ¿Nunca has caminado descalza en la calle?

Negué con la cabeza.

—Dudo que sea salubre o seguro. Podrías clavarte algo.

—Algo, ¿como qué?

—No sé, cualquier cosa.

Se arrancó la bota y el calcetín y retrocedió un poco para apoyarse contra la pared junto a la puerta y quitarse la otra.

—Deberías intentarlo alguna vez.

—No pienso caminar descalza por la calle.

—Apuesto a que en casa lo tienes todo meticulosamente en orden.

—Pues te equivocas.

—¿Sí? Te hacía con unos cuantos tics obsesivo-compulsivos.

Le di un empujón juguetón.

—No soy así, es sólo que no me gusta la arena y no quiero acabar con un corte en el pie.

De un tirón, se arrancó la bota y el otro calcetín.

—¡Listos para salir!

—¿De verdad bajarás así a la calle?

—Para tu horror, sí. —Dio un paso hasta mí y besó mis labios—. Andando o nos perderemos el atardecer.

Abrió la puerta y salió sin esperarme.

En el parque había algunas personas haciendo ejercicio.

Esa zona era bastante tranquila. A lo lejos había pocas casas, no muy ostentosas, y sobre la playa, más al norte, un parador.

Lo seguí.

Eso, más que una simple calle, debía de ser una carretera. Por suerte, el tráfico era escaso.

Parker me ofreció su mano y, después de que dejásemos pasar un vehículo que circulaba en sentido norte, corrimos hasta la playa, él descalzo y yo con mis deportivas puestas.

—Bien, anda, salta sobre mi espalda, que te cargo; así vamos hasta la orilla; me apetece mojarme los pies en el mar.

—¿Seguro? No tienes que llevarme. Si camino con cuidado, no me entrará arena en...

Apretó los labios, conteniendo la sonrisa.

—Me cuesta tanto creer que crecieras en Miami...

—Bueno, mientras crecía no tuve demasiadas oportunidades de ir a la playa y en las pocas que lo hice... Me incomoda la arena.

Con un gesto dulce, se dio la vuelta y me ofreció su amplia espalda.

—Salta, puedo cargarte hasta el mar. He llevado hombres de noventa y tantos kilos. Puedo contigo.

Involuntariamente, mis ojos bajaron hasta su pierna izquierda. Lo había visto cojear. Parker siguió la dirección de mi mirada.

—Puedo contigo —repitió.

Dudé.

—Soy capaz de hacerlo, Yolanda. Lo más probable es que no pases de los sesenta kilos.

—No, pero...

—Vamos; si no, cuando lleguemos a la orilla, se nos habrá ido el sol. —Se dio la vuelta y me ofreció su espalda de nuevo—. Salta de una vez. Te juro que no te dejaré caer.

Di un paso al frente. Alcé los brazos, con la vista fija en sus hombros. Deseaba sentir su carne debajo de las palmas de mis manos. La urgencia que sentía era tanta que me resultaba imposible impedir que mi cuerpo se hiciese eco de esa necesidad, provocando que mi cerebro y mi corazón

funcionaran a destiempo, como si la carga que les daba vida no fuese un fluir constante, sino un suministro que fallaba en algunos momentos y que, en cambio, enviaba más voltaje del normal en otros.

Posé mis manos en sus hombros.

Hubiese jurado que se estremeció debajo de mí.

Inspiré hondo y salté sobre su espalda para rodear su cuello. Nuestra coordinación fue suprema. Sus manos atraparon mis muslos, mis brazos se aferraron a él. Su coronilla quedó frente a mi nariz. Su cabello olía a champú y a él.

Acomodó sus manos sobre mí y su espalda a mi torso para ajustar el modo en que nuestros cuerpos se acoplaban.

Mi instinto reaccionó, haciendo a un lado las funciones racionales de mi cerebro.

Lo abracé con todo mi cuerpo, porque en mi vida me había sentido tan segura en manos de otro ser humano. Mi intención no era ponerme melancólica, y el romanticismo no se me daba demasiado bien; sin embargo, un océano de lágrimas inundó mis ojos, porque ese instante no pudo ser más sobrecogedor. De pronto, y sin más influencias externas que el contacto de su firme cuerpo contra el mío, me sentí como si regresase a mi cama de hospital en aquellas largas horas en las que creí que el colchón me succionaría para llevarme a los brazos de la muerte; esos momentos en que mi única conexión con el mundo de los vivos era mi madre sosteniendo mi mano, su voz susurrándome que aguantase, que no parase de luchar.

Se me encogió el corazón dentro del pecho, haciendo espacio en el interior de mi costillar para guardar lo que jamás creí que sentiría por nadie y que sentía por él.

—Yolanda... ¿estás bien?

—Sí. —Me costó recuperar la voz de entre tanto sentimiento.

—¿Segura? Porque parece como si tuvieses miedo de que te dejase caer.

—No, sé que no lo harás.

—Pues empiezo a tener mis dudas, porque... —percibí que su voz salía algo forzada—... me estás ahorcando.

En cuanto lo dijo, noté la tensión en mis brazos.

—Lo siento. —Compungida, aparté todo lo que pude los brazos de su cuello, sintiendo su pecho, debajo de mis palmas y antebrazos, esforzándose para corregir la posición de su centro de gravedad, puesto que, al alejarme un poco de su espalda, tiraba de él todavía más hacia atrás, convirtiendo mi cuerpo en un contundente contrapeso.

—Así está mejor. —En su voz noté que sonreía—. Definitivamente es mucho más placentero cargarte a ti que a un soldado de noventa y tantos kilos vistiendo su chaleco antibalas. —Dio un primer paso hacia la playa propiamente dicha. Parker tenía los pies delgados y largos. Sus dedos se perdieron en la arena—. Llevaba tiempo sin ver el océano —comentó unos pasos más tarde—. Es genial estar aquí contigo.

Me acomodé en su lado derecho, intentando devolverle lo que él me daba con sus palabras. No

quería que sintiese que me aferraba a él como si solamente pretendiese usarlo de anclaje para evitar que me arrastrase la corriente. No me quedaba muy claro si yo podía darle lo que él me daba a mí con sus acciones, pero al menos quería hacerle saber que haría lo posible para ser lo que él era para mí.

El viento que provenía del mar nos envolvía. El sol descendía despacio. La playa estaba desierta... En suma, la escena era inmejorable.

La sal del océano se pegó a mis labios con aquel ínfimo rocío que el viento traía hasta nosotros desde el rompiente.

Nuestra banda sonora eran las olas desplazándose por el borde de la arena en un ritmo pausado y constante.

Parker me llevó hasta la orilla. La primera ola lavó sus pies, mojando también sus pantalones.

—Esto es fantástico. ¿Seguro que no quieres poner los pies en el agua?

—¿No está helada?

—Fresquita —contestó, volviendo su rostro hacia mí.

—Estoy mejor aquí.

—Ahí atrás no puedo besarte.

—¿Intentas extorsionarme?

—¿Qué más se puede pedir que un beso junto al mar?

—¿Tan romántico eres?

—No. Es que no quiero desperdiciar la oportunidad, aunque igual es agradable tenerte así. —
Sonrió.

Bajé la cabeza y besé su cuello.

—Todavía mejor. —Parker suspiró profundamente—. Hubo un tiempo en el que no creí que tuviese oportunidad de tener nada semejante para mí otra vez. —Hizo una pausa—. Es tan fácil perder la perspectiva; las cosas que das por sentado... La vida es tan frágil... La paz puede escurrirse entre tus dedos en un segundo. Crees que siempre volverás a ver el sol cuando pase la noche y, de pronto, sucede algo que te deja en la oscuridad. La vida cambia y jamás volverá a ser lo que era.

—Parker... —me estremecí.

—Y luego vuelve a cambiar. —Una vez más, se asomó en mi dirección—. Sé que la vida no es perfecta, que mi vida no lo es, que incluso la normalidad es algo complicado de tener en mi día a día. —Dejó pasar un par de segundos—. Esto contigo me devuelve un poco de normalidad, de calma. Es difícil ver a la humanidad como algo más que la posibilidad de dañar, después de... —
Lo noté perder el aliento—. Somos tan dañinos y, cuando nos lo proponemos, tan insensibles al dolor ajeno... Llega un punto en el que no encuentras más excusas para justificar lo que has hecho y que entiendes que lo que se escurrió entre tus dedos se escurrió entre tus manos y nada más. Es muy difícil volver a verse a uno mismo como algo más que aquello que destruyó.

—Sé que eres mucho más que eso, Parker.

—No, no lo sabes.

—No es una certeza racional, es un sentimiento.

—Comienzo a nublar tu juicio.

—No, empiezas a demostrarme que hay algo más que el cerebro. Lo siento hasta en los huesos, Parker. También en rincones de mí que no puedo precisar. Ojalá pudiese explicarte por qué nos suceden las cosas que nos suceden, por qué debemos sufrir o ver sufrir. ¿Qué sentido tiene el dolor?, ¿realmente nos enseña algo? Ves que hay personas que viven sus vidas de un modo tan distinto y te preguntas si ellos nacieron más fuertes que tú, si ellos ya pasaron por eso y a ti te ha tocado aquí y ahora padecer... —Se me cortó la voz—. Me gustaría decirte que las cosas que viviste tuvieron un sentido. Me gustaría poder decírmelo a mí misma cuando estoy enojada con la vida. No puedo. No encuentro justificativos que valgan. Lo que sí sé es que somos mucho más que lo que la vida nos pone delante. Estás aquí ahora. Eres mucho más que tu pasado. Contigo aquí, es paz, de esa forma única en que será este instante siempre para nosotros dos.

Parker inclinó la cabeza y besó mi brazo.

—Bájame.

—¿Segura?

Asentí y él me permitió descender suavemente por sus piernas.

¡A la mierda la arena o si las zapatillas se me mojaban con el agua de mar!

—Incluso entre millones de estrellas... —empecé a decirle, buscando espacio debajo de su brazo izquierdo para rodear su cintura con el mío—, puedes sentirte muy solo.

La triste sonrisa que me dedicó me partió el alma.

Su brazo izquierdo rodeó mis hombros. Enredé los dedos de mi mano izquierda en la suya.

—Y de pronto una se te acerca un poco más de la cuenta, invadiendo tu órbita o lo que sea — lanzó.

Reí.

—Sí, es más o menos eso. Un evento estelar inesperado e impensado.

—Deberías escribir una tesis o algo así sobre esto.

—No, prefiero guardármelo para mí.

—Yo creo que todo el mundo debería enterarse de que tienes los pies en el agua, con las zapatillas puestas. Considero esto un acto de entrega único —bromeó.

—Lo es. Dudo que se repita, disfrútalo. No durará mucho más. —Sonrió—. Es muy incómodo y siento que la arena que el agua trae de regreso comienza a meterse en mis deportivas. —Parker rio y su risa se expandió a nuestro alrededor—. No es gracioso, es condenadamente molesto. Y, sin duda, no tiene ni una pizca de romántico.

—¿Y qué hay de eso de las estrellas y...?

—Soy científica. Esto no es lo mío. Ni siquiera tolero el polvo de la biblioteca.

Su risa sonó más fuerte. Se inclinó sobre mí para coger mi cuello entre sus manos. Su sonrisa se pegó a mis labios.

—Podemos ser románticos.

—No, no podemos; tengo las zapatillas empapadas. La arena raspa.

Sus labios atraparon los míos, su mano izquierda llegó a mi nuca. El efecto maravilloso que causaba en mí su tacto comenzó a bajar por mi espalda y mi pecho, contrarrestando el de la incomodidad que subía por mis piernas.

Su beso buscó el mío y lo encontró, venciendo las estructuras mentales de mi cerebro. Después de ese momento, probablemente comenzaría a amar la arena, el mar e incluso tener las zapatillas empapadas de agua marina.

Con su mano izquierda sobre mi nuca, la derecha buscó mi cintura para acercarme más a él.

Me colgué de su cuello sin despegar las zapatillas de la arena que me enterraba más con cada ola.

De pronto comprendí lo mucho que nos había costado a ambos llegar hasta allí y, durara lo que durase, al menos era para mí un modo de hacer las paces con la vida, de terminar de dejar atrás y recriminarle lo que me había obligado a padecer.

Sabía que jamás olvidaría, que continuaría teniendo pesadillas y, sin embargo, ese instante de mi corazón latiendo enloquecido, de sus brazos cogiéndome, de su boca lanzando mi cabeza a la estratosfera me demostraba que eso no se trataba solamente del dolor que puedes soportar, sino del amor que te animes a vivir. Para enfrentar ambas cosas son necesarias iguales cantidades de valor. Amar no es necesariamente más fácil que soportar una enfermedad. Arriesgarte a vivir no es lo mismo que esforzarte por sobrevivir.

Parker se apartó un poco, rompiendo con delicadeza nuestro beso. Sus labios fueron a parar a mi frente.

—Es bueno saber que hay alguien como tú en el mundo, y esto lo digo dando un paso a un lado del romanticismo. Hay personas que le dan luz y tú eres una de ellas. Espero que lo sepas.

Me sentí sonrojar.

—Dices tonterías. No hago nada de eso, yo no tengo ninguna luz. Soy la cosa...

—No eres una cosa, eres un... eres una de esas personas que, sin quererlo, irradia energía y esperanza.

—Estás mal de la cabeza, Parker. —Reí, empujándolo para apartarlo de mí. Eso comenzaba a ponerse extraño; el caso es que no tenía costumbre de oír a nadie hablándome así.

—Es real. Es como si flotase a tu alrededor.

—Deliras.

—Es bueno estar a tu lado. Me habría conformado con que hubiésemos podido ser solamente amigos. —Me quedé mirándolo con una ceja en alto—. Es verdad.

—Pues yo no me conformo. Para que te conste, odié cada segundo que la vi a tu lado.

Sonrió con timidez.

—Lo siento, a veces hago estupideces..., más a menudo de lo que quisiera; te prometo que no volverá a suceder.

—Más te vale.

—Después de esto... —Bajó sus ojos hasta mis pies.

—Ni siquiera lo menciones, que estoy comenzando a ponerme histérica. Quisiera arrancarme las zapatillas.

Su carcajada vibró en mi pecho además de en el suyo, y fue grandioso.

—Tus deportivas en el agua salada, con la arena...

—¡Parker! —chillé.

—Vamos a quitártelas.

—No andaré descalza por la arena.

—Estás loca.

—No estoy loca. No me gusta.

—Sí, soy consciente de ello: se te crispa la frente y debo añadir que tienes una mirada un tanto asesina.

—No es cierto.

—Si pudiese sacarte una foto para que te vieras... Anda, vamos hasta allí para que te las quites.

—No pisaré la arena descalza.

—Será peor si vas así por la arena. Luego querrás quemar las zapatillas o algo así, por el estado en el que quedarán.

Tenía razón.

Me tendió su mano y la acepté.

Yo caminando como un pato y él avanzando como si todo el mundo fuese su terreno seguro, nos movimos hasta mitad de la playa, con el sol dando forma a largas sombras de nuestros cuerpos sobre la extensión de arena.

—Siéntate, te ayudaré a sacártelas, que, así mojadas, te costará.

Le lancé una mirada de desconfianza a la arena y él puso los ojos en blanco.

Cedí, rogando que la playa respetase mis límites.

Me senté sabiendo perfectamente que la arena haría lo que quisiese.

Parker se agachó y empezó a desanudar mis zapatillas.

—Yo también llegué a convencerme de que no tendría oportunidad de vivir momentos así — solté, y él alzó la vista de mi calzado a mis ojos. Me permitió seguir deteniendo el movimiento de sus manos. Quería contarle cosas de mí y lo iba a hacer. Inspiré hondo—. Después de tanto tiempo de estar hospitalizada, creí que jamás saldría de allí.

—A mí no me sorprende que salieras de ésa. Sea lo que sea lo que tuviste, eres un hueso duro de roer.

—No tanto. Más de una vez tuve ganas de rendirme.

—No lo hiciste. —Continuó desatando mis cordones.

—Lo más extraño de todo es que, cuando al fin me deshice de todos mis males y me libré de

los hospitales, la vida aquí fuera terminó resultándome completamente extraña. Jamás fui al colegio, no tuve amigos en mi calle. No sé lo que son las fiestas de Halloween y salir a pedir caramelos, ni tampoco las celebraciones de cumpleaños o los campamentos de verano, y creo que el 4 de julio atrasado que tuvimos en el parque de caravanas fue mi primer 4 de julio con todas las de la ley, porque, después de pasar por la universidad... Bueno, en el ambiente en el que me nuevo no somos muy dados a esos festejos. Mi vida jamás ha sido muy normal, incluso después de curarme. A los dieciséis comencé a asistir a la facultad, porque ya había empezado a cursar asignaturas desde el hospital, y allí todos mis amigos eran bastante mayores que yo.

—Lo cuentas como si te diese vergüenza y no tienes de qué avergonzarte. Cada vida es única. Lo único que me interesa saber es que ahora estás bien. ¿Lo estás?

Asentí con la cabeza.

—Una vez, una de las doctoras que solía tratarme me dijo que lo mío había sido un milagro. — Sus ojos me sonrieron—. Mi cuerpo, de un día para el otro, empezó a mejorar sin que variasen el tratamiento, sin que nadie hiciese nada más de lo que ya hacían para mejorar mi lamentable estado. Fue como si... —se me puso la piel de gallina y tantas lágrimas como para formar un océano inundaron mis ojos—... como si me diesen una segunda oportunidad. —Parker apartó sus manos de mis zapatillas para posarlas sobre mis rodillas—. Nadie pudo explicar cómo o por qué de pronto los valores en mis análisis comenzaban a mejorar o por qué yo me sentía con más fuerzas. Simplemente sucedió. —Sus manos apretaron mis rodillas, sonreía para mí—. Las enfermeras me apodaron *Milagros*, en español, y yo apenas podía creerlo, porque todo lo que batallamos, de repente, pareció ridículo. Los tratamientos a los que me sometí, todas las penurias por las que debieron pasar mis padres..., su preocupación, la cantidad de veces que me dieron a entender que no llegaría a adulta, que debía prepararme para lo peor.

—Yolanda...

—Estaba muy cabreada porque de repente nada tenía sentido. Porque, por un lado, me hicieron creer que era solamente lo que la ciencia pudiese hacer por mí mientras Dios me ponía a prueba y, por el otro, celebraban el milagro de mi curación. Lo odié por hacerme aquello, por manipularme de ese modo. Sin importar qué nombre tuviese, lo detesté y le juré que jamás confiaría en Él otra vez, porque sí, yo crecí con el catolicismo de mi madre y el judaísmo de mi padre. Al final acabé convenciéndome de que fue algo que solamente sucedió, algo parecido al Big Bang. De la nada al todo, así como todo puede volver a ser nada. —Parker se inclinó sobre mí para acunar mi mejilla con su mano—. No sonrías así. Juraría que sé lo que piensas. —Su sonrisa se amplió y yo me arranqué a llorar—. No existen los milagros, porque no hay personas que merezcan más que otras, tener salud o una segunda oportunidad.

—¿La ciencia es más justa? —me preguntó, sin perder la sonrisa.

—No lo sé. Yo no tengo todas las respuestas. —Lloré, con mi pecho estremeciéndose. Estaba soltando lo que quedaba en mí de la angustia contenida durante mucho tiempo.

—Nadie las tiene.

—Por eso mismo, que algo no se pueda explicar no implica que sea un milagro. —Parker soltó mi mejilla, dejando caer su trasero sobre la arena. Así sin más, se estaba carcajeando de lo lindo —. ¿Qué te parece tan gracioso?

Con ambas manos, me limpié las lágrimas de las mejillas, pero fue en vano, porque al instante volvieron a quedar empapadas.

—Pues que alguien me dijo que lo mío también fue un milagro. Tenía todas las de perder y aquí estoy.

Sorbí por la nariz y barrí las lágrimas una vez más.

—¿Después de la explosión?

Asintió con la cabeza.

—Según las probabilidades, nadie con mis heridas podría haber sobrevivido. —Estuve a punto de decirle que no se burlara de mí, que lo que me contaba no podía ser cierto—. Durante mucho tiempo tuve ganas de devolverle su milagro y le repetí hasta el cansancio que se había equivocado conmigo, que aquello que me dio, sin duda, alguien lo merecía más que yo. Dudo que nadie sepa por qué está aquí en esta vida, sea cual sea la vida que le toca vivir. —Parker se movió por la arena hasta mi lado. Su brazo derecho me rodeó—. De modo que somos dos milagros. —Limpié mis lágrimas de nuevo—. Deberías comenzar a creer en ellos.

—El día que tú aceptes que te merecías uno.

Reí y lloré al mismo tiempo. Sabía que a él, tanto como a mí, le costaba estar allí en ese momento, sentado en la arena, viendo el sol caer, percibiendo el olor del mar, su humedad, el fresco de la noche avanzando por la tierra situada detrás de nosotros, sabiendo que allí arriba, sobre nuestras cabezas, cientos de estrellas existían a años luz y que la luz de otras que ya no existían aún brillaban para nosotros.

Parker rio y me abrazó.

—Hecho. Te tomo la palabra. Entonces supongo que, a partir de este instante, nos dedicaremos a intentar aceptar que, por algún motivo, continuamos aquí.

Viendo el mar, abrazados, permanecemos unos minutos en silencio.

—Parker.

—¿Sí?

—No podría estar más feliz de que seas un milagro. Supongo que tendré que agradecerle de que estés aquí conmigo.

—¿Estoy devolviéndote la fe? Eso sí que no me lo creo.

La fe en la vida, con todo lo que eso podía implicar.

En respuesta, me estiré para besar sus labios.

—Ya puedo morir en paz.

—Ni se te ocurra dejarme ahora.

Parker negó con la cabeza.

—Aquí me quedo.

Y allí nos quedamos hasta que del sol no quedó más que un tenue brillo sobre el horizonte y mis zapatillas terminaron helando mis pies.

Me las quité y, caminando por la arena que comenzaba a enfriarse, llegamos hasta la calle.

De su mano, crucé la calzada descalza, y en ese mismo estado anduve hasta el asiento del acompañante, para acomodarme a su derecha.

La ciudad de sangre y polvo

Espié hacia atrás por el espejo retrovisor, esperando ver lo que no estaba allí. Los pocos vehículos que nos acompañaban en el camino parecían inofensivos e iban cambiando con el correr del kilometraje de nuestro viaje.

Sabía que debía llamarlo, que tenía que intentar llegar a un acuerdo; para ello necesitaba tomar distancia de él y de toda la situación y contar con la privacidad suficiente. No pensaba permitir que ninguna de las palabras que debía articular alcanzara los oídos de quien iba a mi lado, lanzando en mi dirección dulces miradas cada pocos segundos.

Todavía no era capaz de acabar de asimilar su historia. Ella había sobrevivido a un cuerpo que, desde su primer día de vida, había hecho todo lo posible para arrastrarla a la muerte.

Mientras conducía, me contó parte de su historial médico; casi todos sus órganos la habían dado problemas en algún momento.

Cuando nació, a su madre le dijeron que probablemente no pasaría del mes de vida. Viéndola en la actualidad, con sus mejillas bronceadas por el sol, el brillo en sus ojos y su cabello despeinado por el viento salado del mar, no podías imaginarte que hubo un tiempo en el que no tuvo fuerzas ni para levantarse de la cama del hospital.

Yolanda había crecido lejos de su hogar, conviviendo más con médicos y enfermeras que con sus propios padres. Dijo que muchas veces se sintió más una rata de laboratorio que un ser humano y que le costaba conciliar su existencia con la del resto del mundo. Las estrellas siempre habían sido su lugar seguro, pese a que en muchas ocasiones pasó meses sin ni siquiera poder ver el cielo a través de una ventana. Por más que intentase ponerme en su lugar, no conseguía hacerme a la idea de que muchos de sus cumpleaños habían pasado en salas de cuidados intermedios o intensivos, entre pacientes que jamás saldrían del hospital por sus propios medios.

Fue muy fuerte escucharle decir que la mayoría de la gente que había conocido en su vida finalmente no sobrevivió, personas con las cuales no pudo reunirse al salir del hospital; sé que fue difícil para ella contármelo.

A su voz le costó salir de sus labios cuando admitió que las únicas relaciones que le quedaban de esa parte de su vida eran las que había tenido con los especialistas que la trataron y con pesar añadió que, si bien sus padres todavía se veían de tanto en tanto con los médicos que la habían cuidado, a ella le resultaba muy complicado tenerlos cara a cara, porque aún la conocían como Milagros, lo que suponía para ella un escenario que su cerebro todavía no podía procesar.

De nada sirvió que le dijera que su vida bien valía un milagro. Yolanda, con su vista lejos de la

mía, perdida en algún punto del horizonte al fondo de la carretera, susurró, más para ella que para mí, que un día descubriría por qué se había curado.

No pude decirle que lo dejara estar, porque mi mente funcionaba a base de una pregunta entonada infinidad de veces: ¿por qué no fallecí en la explosión?

Para qué hablar del por qué no morí luego, cuando todo indicaba que así debía ser.

Es ridículo buscar fuera de uno las pruebas de que la vida es injusta cuando tú mismo eres la prueba de que las cosas, en ocasiones, simplemente son como son y no como deberían ser.

Miré una vez más y ya no vi los lustrosos automóviles con placas de California, sino los Humvees cubiertos de polvo avanzando por la calle destrozada, dando saltos entre los baches; allí era común que ni siquiera hubiese asfalto; escombros, polvo e incluso sangre solía ser nuestro camino, cuando no cuerpos o restos de cuerpos testigos de algún atentado o enfrentamiento. Incluso, si a la vista no quedaba la cara más cruel e impactante de la guerra, perduraba en el ambiente la inigualable desolación que deja a su paso la muerte, al atronador e interminable grito del dolor... El aire huele a miedo, aunque no veas un alma a tu alrededor y sobre tu cabeza brille el sol; puede ser una calle tranquila, con el asfalto apenas cubierto por un poco de esa tierra fina que se levanta en cuanto das un paso y, de cualquier modo, al cerrar los ojos lo ves... Quizá fuese otra calle a docenas de calles de ésta, puede que incluso estuviese haciendo muchísimo frío en vez de un calor abrasador y, sin embargo, allí estaban el humo, el olor a quemado, el llanto y los quejidos, tus parpadeos ansiosos a través de la mira en busca del enemigo, la sensación de una nueva inminente explosión... y desconfiar de cualquier rostro es lo mejor que puedes hacer, por tu bien.

Aparté la vista del espejo retrovisor y volví a mirar al frente.

Al otro lado de cristal, sentado en el umbral de un edificio semiderruido, un hombre de barba canosa con el rostro curtido tenía sus ojos fijos en mí, sus dedos entrelazados, sosteniendo el vacío que deja la guerra.

Mi intuición alcanzó un punto en que distinguir víctima de verdugo se tornó casi imposible; el caso es que muchos verdugos han sido víctimas...; eso le hace el dolor a la gente, la empuja a cometer lo impensable en un estado de paz.

De esas calles la paz fue desterrada hacía mucho tiempo; era un pariente que se vio forzado a huir lejos para sobrevivir. El temor y el caos se quedaron allí, reemplazándola. Los ves a ambos en las miradas de todos, incluso en la de los niños que nacieron en ese estado de constante desazón y que no pueden entender que hay otra vida en la que los niños de su edad van por la calle sin correr peligro de quedar frente a frente con un atentado terrorista.

La autocaravana ya no me rodeaba, sino la estructura acorazada del Humvee, y no iba al volante, sino en el asiento del acompañante, con la radio en la mano, a la espera de poder comunicar cualquier novedad.

Un vendedor de pan, a unos metros de distancia, esperaba clientes o quizá nosotros fuésemos sus clientes, porque los disfraces del enemigo son muchos. Para algunos, eliminar a un par de

soldados es un honor que los convierte en héroes para su entorno y, según creen, les granjeará un tratamiento especial al abandonar esta vida, porque morir, para ellos, parece tener un significado completamente distinto al nuestro. En Estados Unidos, el paraíso es donde vivimos, con todo a nuestra disposición, siendo aquí y ahora, disfrutando de todo lo que podemos comprar, de todo lo que podemos permitirnos experimentar.

El viento levantó una nube de polvo delante del Humvee.

—¿Vamos bien? —me preguntó desde el volante.

—En apariencia, sí —le respondí.

—Esto parece un domingo de verano por la tarde en mi barrio. Demasiado silencio —comentó Foster.

—Para ser mi barrio, le falta música. Un poco de salsa —exclamó Aguirre.

—A mí no me molestaría estar en mi barrio ahora mismo —acotó Craig.

—Tranquilos, muchachos. Solamente necesitamos estar atentos.

Ante mis palabras, oí que atrás alguien toqueteaba su arma y las correas de ésta se movían, emitiendo ese sonido único..., parte de las voces que nuestras armas tenían, además del sonido del disparo.

—Aquí Bravo cero uno. Podemos continuar.

—Aquí Bravo cero dos. Entendido jefe, lo seguimos —me contestaron por radio.

—Bravo cero uno, aquí Bravo cero cuatro. Todo tranquilo en la cola, jefe.

—Bravo cero cuatro, sois mis ojos allí atrás, estad alerta. —Dicho esto, devolví la radio a su sitio.

—Bates no vería ni a un elefante por más que éste se parase frente a él.

—Foster —entoné su apellido para llamarle la atención; las riñas entre Bates y él comenzaban a pasarse de la raya y los necesitaba a los dos de mi parte, trabajando juntos, no enfrentados.

—Vamos, que jamás nos ha fallado —le recordó Aguirre.

—Aun así, no me siento cómodo confiándole mi retaguardia.

—Entonces mejor que enfrentes al enemigo y no salgas huyendo.

—Aguirre, Foster, ya basta. No soportaré tener que volver a presenciar otra discusión sobre Bates, ni descubrir que la habéis tenido en mi ausencia. Debería valeros que yo confíe en él. Foster, si vuelves a decir algo en su contra...

—Lo lamento, jefe; no diré nada más —aceptó medio a regañadientes.

Tenía muy claro que eso no terminaría allí. Volví a concentrarme en el camino, no era momento de ocuparme de aquello.

—Parker. —Oí su voz y me costó entender por qué sonaba allí dentro del Humvee, estando en esa calle a las afueras de Kabul.

Giré la cabeza hacia la izquierda y lo miré, iba atento al camino, siendo mi segundo par de ojos.

—Parker, te has pasado la salida.

Debió de notar que lo miraba, porque soltó el volante y, sin despegar su puño de éste, alzó un pulgar para mí.

—¿Parker?

Quise preguntarle si aún confiaba en mí, pese a que parecía que me desmoronaba. Ni siquiera podía controlar a mis hombres, quienes comenzaban a reñir entre ellos por cualquier tontería. El grupo se escapaba a mi control y no podía culparlos por estar tensos; sobrellevar una pérdida no es tarea sencilla, no lo estaba siendo para mí. La muerte de uno de los nuestros nos afectaba pese al paso de los días. Era como si la unión que le daba la vida a nuestra coraza se hubiese resquebrajado, como si nos faltase una placa del blindaje, placa por la cual, en cualquier momento, podría filtrarse otra bala, cuando no un misil o un suicida.

—Parker. —Yolanda volvió a llamarme y, de no ser porque puso su mano sobre mi hombro derecho y, allí dentro del Humvee, a mi lado derecho no cabía nada, no habría conseguido reaccionar.

Parpadeé y, al hacerlo, percibí el pegajoso sudor que empapaba mi piel. Por encima de mi cabeza pasó un cartel indicador.

—Mierda —gruñí al darme cuenta de lo que había hecho.

Oí al GPS darme indicaciones.

—¿Estás bien? —Movié su mano desde mi hombro hasta la base de mi cuello.

—Lo siento.

—No te he pedido que te disculpes, te he preguntado si estás bien. No tienes buen aspecto. Parker...

Noté el miedo en su voz.

Me dije a mí mismo que no debía estar allí, que no tenía derecho a exponerla a eso. Mi cabeza voló muy lejos, mis ojos perdieron de vista la carretera. Podría haber chocado, ella podría haber salido herida.

—Parker.

—De verdad que lo lamento muchísimo.

Oí que el GPS me daba las nuevas indicaciones para salir de la autopista y dirigirme hacia el hotel en el que habíamos elegido pasar la noche.

—No vuelvas a repetir eso, no tienes que pedirme disculpas. Solamente quiero saber si te encuentras bien. Estoy aquí contigo. —Sus dedos ascendieron por mi nuca, empapada en sudor—. Dime si estás conmigo. Yo estoy aquí y no te dejaré.

—Estoy aquí. —Miré hacia atrás por el espejo retrovisor, buscando la camioneta negra. Ni rastro de ésta. Entendía que mi mente estaba cada vez peor por culpa de la tensión. En condiciones normales, la ciudad de sangre y polvo se limitaba a reaparecer en mis sueños o, mejor dicho, en mis pesadillas. Eso era algo muy distinto, un eco distante de mis primeras semanas tras regresar al país.

Giré la cabeza y la enfrenté.

—¿Dónde estabas?

—En la ciudad de sangre y polvo —admití, y ella ni siquiera parpadeó; en cambio, su mano abrazó mi nuca como si pretendiese sostener todo mi cuerpo desde allí—. En recuerdos poco agradables de Kabul. Últimamente la ciudad regresa demasiado a menudo a mí. Lo siento. Lamento exponerte a esto. —Volví a centrar la vista en la carretera.

—No me expones a nada, ni siquiera sé qué es... Quizá si lo hablastes conmigo... No digo que sea una cura milagrosa, pero quiero saber, y puedes confiar en mí. Si necesitas mi ayuda para lo que sea... No tienes por qué guardártelo, Parker. Estoy aquí contigo en el más amplio sentido de la palabra.

—No me gusta perder el control contigo a mi lado. —La vergüenza me quemaba por dentro.

—Tal vez si lo hablaras... No tienes por qué soportar tú solo el peso.

—Y tú no tienes que soportarlo por mí; no creo que sepas en lo que te estás metiendo.

—Lo desconozco, pero sí sé que necesito saberlo. De nada me sirve tenerte a mi lado si no sé qué sucede dentro de tu cabeza, Parker. No quiero ir a medias contigo. Puedes contarme lo que sea, de verdad.

Giré la cabeza y espíe en su dirección. Sus ojos me brindaron el apoyo que necesitaba, pese a lo culpable que me sentía.

—Habla conmigo, Parker.

Que me llamase así hizo que se me pusiese la piel de gallina.

La verdad a medias.

Una imagen.

Lo que pasaba dentro de mi cabeza.

Ella no se merecía eso. Sin duda, su milagro no se merecía el mío. El de ella era un regalo, la verdadera justicia, lo que estaba bien. El mío no era un regalo, era lo que me merecía, lo que sabía que tenía que soportar como pago por mis errores, por eso a lo que había llegado a ser ese mismo día, por estar allí con ella.

Le hice caso al GPS y abandoné la autopista en la siguiente salida.

—Parker, no pienso seguir tolerando tu silencio.

La miré.

—Tendrás que hablar conmigo.

—No aquí, no así.

—Bien, cuando estemos instalados en el hotel. —Su tono me indicó que no me dejaría escapatoria.

Dime lo que ves

Pagué por la estancia y, después de darle las gracias al recepcionista, recogimos nuestras cosas para subir a nuestra habitación.

El hotel nada tenía que ver con los de Las Vegas; se trataba de un simple motel de carretera, con el parking a los pies de las habitaciones; las ventanas, en dirección al oeste, iluminadas con reflejos parpadeantes de los huéspedes que miraban la televisión; el largo pasillo del primer piso, con vistas privilegiadas al horizonte; el murmullo lejano de una película y los sonidos tranquilos de la noche, con el tráfico escaseando ya.

Parker insistió en cargar mi mochila y de nada sirvió que procurase recuperarla.

Estaba preocupada por él y me carcomía por dentro la necesidad de que confiase en mí para escuchar lo que tenía por contar. De modo alguno pensaba permitirle que continuase soportando el peso de sus angustias solo; allí estaba yo, y allí junto a él deseaba quedarme.

Alcanzamos la escalera y me cedió el paso con una sonrisa y un gesto de su mano derecha.

Estirándome, posé un beso sobre su mejilla para que algo de mí se quedase con él y comencé a remontar los escalones.

—Deberíamos pedir algo de cenar. Yo invito.

—¿Seguro que quieres invitar? Las tripas me crujen —bromeé. En cuanto él mencionó la cena, mi cuerpo reconoció esa necesidad. Me apetecía una cena tranquila con él, nosotros dos en la habitación, lejos del mundo, a salvo de todo—, y se me antoja de todo. Podría salirte caro pagarme la cena. —Fisgué hacia abajo por encima de un hombro. Respiré aliviada al ver que las facciones en su rostro se relajaban cada vez más.

—Puedes pedir todo lo que quieras, lo abonaré con gusto.

—¿Qué te apetece a ti?

—Me da igual, escoge tú.

—¿Sabes que ésa es una de las mejores cosas que un hombre puede decirle a una mujer?

Parker se detuvo para sonreírme. Me alegré de lograr que regresara un poquito a mí.

Bajé un escalón para aproximarme algo más a él. Enmarqué su rostro con ambas manos y, con suavidad, toqué sus labios con los míos. Inspiré hondo sobre su piel y él cerró los ojos.

—Si supieras lo feliz que me hace tenerte aquí conmigo.

—¿Porque pagaré tu cena?

Le di una ligera sacudida a su cabeza.

—Marcas la diferencia en mí, Parker. —Quiso subir un escalón con la clara intención de

escaparse de ese momento; le corté el camino—. No quiero sentir la desesperación que veía en los ojos de mi madre cuando ella quería ayudarme y no podía hacer nada. Quiero intentar hacer algo por ti si me lo permites.

—Me gusta eso que hiciste con mi mano, eres buena dando masajes.

—Cuando tú quieras, puedes hablar conmigo. Aquí estaré para escucharte. No te forzaré a contármelo. Entiendo que...

—¡Como si, con lo que te sucedió, no hubieses tenido ya suficiente!

—No tuviste suficiente tú con lo tuyo, y además me has escuchado a mí contarte mi lamentable historia.

—Tu historia no es lamentable.

—Y la tuya no es menos importante que la mía. Quiero ver a través de tus ojos lo que viviste; quiero que confíes en mí para compartirlo, Parker.

Sus labios, de pronto, se alzaron hasta los míos. Su boca estalló sobre mí mientras sus brazos, a pesar de cargar nuestras cosas, rodearon mi cintura. Me tambaleé y por poco pierdo el equilibrio. Él atajó mi peso con el suyo. La necesidad en su beso se hizo mía. Mis brazos se prendieron de él mientras sus labios arrancaban sin piedad trozos a la vida que cada quien había vivido por su cuenta, para que quedase únicamente ese momento, en el que los dos juntos éramos algo más.

Su cuerpo me dio la seguridad que el mío no tenía para subir los escalones que faltaban para llegar al pasillo.

De espaldas y sin soltarme, me hizo avanzar.

Le entregué mi espalda porque sabía que él me cubriría y protegería de cualquier daño. Cerré los ojos, inspiré su aliento.

Sus labios se apartaron de mi boca para bajar por mi mandíbula hasta mi cuello.

Me pegué a sus caderas. Nunca en la vida había necesitado tanto el contacto de una piel como necesitaba la suya.

Prendida de su camiseta y con su incipiente barba sacando chispas de mí, abrí los ojos. No tenía ni idea de dónde estábamos. De casualidad, por delante de mis ojos cruzó el número de una de las puertas. Faltaban tres habitaciones para llegar a la nuestra.

Aparté un poco la cabeza y busqué su rostro.

—Dime que te quedarás conmigo, que soy capaz de mantenerte aquí a mi lado.

En respuesta, sus labios mordieron los míos.

—Me quedaré aquí contigo.

—No quiero que regreses allí. —Que llamase a Kabul la ciudad de la sangre y el polvo me angustiaba. Entendí la desesperación de mis padres al no poder hacer nada por mi cuerpo, pues vivía su desesperación al no poder hacer nada por su cerebro o incluso por su lado izquierdo.

Posé mi mano derecha sobre su mejilla izquierda.

Parker permitió que la tira de mi mochila resbalase por su antebrazo para quedar colgando de

su codo. Posó su mano izquierda sobre mi mano. Sus párpados cayeron lentamente.

—Si me voy, tú me traes de regreso. Lo has conseguido dos veces. Sigo aquí por ti.

Cogí su mano y la atraje a mis labios para besar las marcas en la piel del dorso.

Entrelacé mis dedos con los suyos y lo guie hasta nuestra puerta.

No pensaba permitir que se perdiese de mí. Fuera como fuese, lo mantendría en la seguridad de mis brazos.

Abrí la puerta sin perderlo de vista.

Lo atraje hacia mí y hacia el centro de aquella estancia cuyo aspecto ni siquiera tenía importancia.

Parker cerró la puerta de una patada.

Las luces de las mesitas de noche estaban encendidas.

Arrojó sus cosas al suelo y yo solté su mano izquierda para que pudiese librarse de las mías.

Di un paso al frente para meter mis pies entre los suyos.

—Eres mi milagro.

—¿No has dicho que no creías en milagros?

—Creo en ti. —Alzándome sobre las puntas de mis zapatillas, me alcé hacia sus labios, prendiéndome de su camiseta—. No sé si era tu intención o no, pero, desde que te conozco, el mundo parece muy distinto, menos frío. Tengo la impresión de que, desde que nos encontramos, desconozco el mundo; es como si tuviese la certeza de que hay muchas cosas que ni siquiera sospechaba que existían. Lo que pensaba que eran mitos se convierte en realidad —susurré entre sus labios.

—¿Qué mitos?

Su tono fue apenas un suspiro.

—Siempre creí que era una ridiculez que la gente dijese que podías perder la cabeza por una persona.

Me contempló con una ceja en alto.

—Desde que apareciste frente a mí, tengo la sensación de que he perdido la cabeza. ¿Cómo volveré a trabajar si no la encuentro? —bromeé, y él sonrió.

Sus manos abarcaron mi cintura.

—Ahora me siento todavía un poco más culpable.

—Culpable, ¿por qué?

—Mírame y dime lo que ves.

—¿De verdad quieres que haga eso? —No despecué mi mirada de sus ojos azules, que se veían como el mar en un día nublado.

Asintió con la cabeza. Sus manos se prendieron de mí como si necesitase sostenerse de alguien. Me gustó que se aferrase a mí así, como yo me aferraba a él; seríamos uno el sustento del otro.

Inspiré hondo.

—Veo a un hombre que ha tenido una vida en letras mayúsculas y que no baja los brazos frente

al futuro. Veo a ese tipo que estuvo allí para que Daisy no se perdiese la experiencia de poner sus pies en el vacío. Veo a quien encendió los fuegos artificiales, al que me llevó sobre su espalda por la playa, al que me mira y habla conmigo como nadie me ha hablado ni mirado jamás. Veo al hombre que cree en la magia y los milagros, al hombre que hace vibrar mi cuerpo con su tacto, al que pone a mi cerebro fuera de órbita cuando me besa. Veo al hombre que no ve al que está debajo de sus músculos —moví la mano derecha hasta su hombro izquierdo y, de allí, deslicé mis dedos por su brazo—, debajo de las cicatrices. —Mis dedos tocaron las marcas en su piel; la rigidez de las cicatrices no afectaba en nada su interior. Pese a todo, pese a haber pasado por la guerra, me daba la impresión de que Parker continuaba con su humanidad intacta, o quizá fuese aún más humano que los que veíamos las escenas de dolor y terror por la televisión. Para él, aquello no desaparecía con apagar la tele o cerrar el periódico; eso fue su vida y siempre sería parte de su existencia. Siempre creí que los momentos duros a los que la vida te somete no te endurecen, sino todo lo contrario, te ablandan, pues te llevan a entender lo delicado y preciado de la vida, lo fútil de todo a lo que nos aferramos para creer que tenemos algo cuando lo único que necesitamos es lo que está dentro—. Veo al hombre que sobrevivió. Tú hiciste el milagro posible, Parker. —Entrelacé mis dedos con los suyos—. Sé de sobra que la vida no es siempre un cuento de hadas y desde ya te digo que no pienso obviar las cosas por las que debiste atravesar y que todavía no me has contado. Lo único que digo es que podrías ser un hombre muy distinto al que eres.

El pecho de Parker se hundió cuando exhaló todo el aire que tenía en los pulmones. Bajó la vista, empezando a alejarse de mí. No se lo permití. Con la mano izquierda, alcé su mentón lo suficiente como para que me mirase a la cara.

—No me dejes, Parker. Estoy aquí contigo. —Sus dedos apretaron mi mano—. Te quiero aquí conmigo. —Estirándome, besé sus labios—. Aquí estoy —susurré, para besarlo de nuevo—. Aquí me quedo.

Su boca me devolvió el gesto con una delicadeza extrema.

—No sabes lo que haces.

—Sí lo sé. —Negó con la cabeza—. Que sí; soy lo suficientemente inteligente como para comprender en qué me estoy metiendo.

—No tiene que ver con la inteligencia, sino con la intuición.

—¿Por qué intentas alejarme?

—Porque todo esto es demasiado complicado. Deberías buscarte a alguien tan perfecto como tú. Lo que tienes frente a ti no está bien ni por dentro ni por fuera.

—Ni siquiera me molestaré en volver a explicarte que lo que tú tienes frente a ti no es ni remotamente perfecto. Nuestras vidas son distintas, complicadas. No es que yo sea el premio gordo.

—Lo eres para mí. Contigo es como hacer saltar la banca.

—Eres muy idealista, ¿lo sabías?

—Realista.

—Idiota —entoné frente a su boca, y comencé a besarlo.

Parker no reaccionó durante un instante, pero, en cuanto mi mano llegó a su cuello, la respiración se le alteró. Ya no pudo sofocar lo que yo sabía que deseaba en igual medida que todo mi cuerpo.

Sus manos se asomaron tímidamente entre la cintura de mi camiseta y de mis *shorts* vaqueros.

Su beso intensificó la velocidad en la que mi cerebro realizaba sus procesos, intentando no perder ningún rastro de todas las señales que le enviaba mi cuerpo al estar en contacto con el suyo. Nuestros dedos se enredaron todavía con más fuerza, evidenciando la necesidad de demostrarnos lo mucho que nos habíamos necesitado mientras no teníamos ni idea de que el otro estaba ahí fuera, esperando por ese momento.

Mi mano izquierda bajó por su cuello hasta su pecho.

Sus pectorales se tensaron bajo mi palma. Mi mano disfrutó del tacto incluso a través de su camiseta, pero no se detuvo allí..., quería el calor de su piel en mí.

Despacio, bajé por sus abdominales. Parker tenía una condición física envidiable, como si aún se mantuviese en forma para enfrentar cualquier posible nueva batalla.

No se lo ordené a mi cuerpo, fue una acción completamente instintiva: mi mano presionó sus abdominales para que éstos le diesen una prueba de que eran reales. Parker empujó hacia mí, sus músculos tiraron de su cadera hacia delante. Su cadera se llevó por delante la mía y fue un placer.

«¡Ignición!», gritó una voz dentro de mi cerebro.

Le di un tirón a su camiseta al llegar a su cintura. Iba a tirar hacia arriba la prenda para quitársela, necesitaba su pecho sobre mí. Parker atrapó mi mano con su firme agarre.

—¿Qué? —Su respuesta fue quedarse mirándome—. ¿Parker?

—No es un panorama bonito.

—¿A qué te refieres?

—Todo mi lado izquierdo es un desastre. Una bomba hizo volar el Humvee en el que viajaba con cuatro de mis hombres. No fue la única bomba. Las marcas no son agradables de ver, porque, además de eso, tuvieron que operarme varias veces. Un trozo de metal se clavó entre mis costillas por el costado; perforó mi pulmón porque las explosiones me habían arrancado el chaleco y también el casco. —Apretó los labios, sus mandíbulas se tensaron—. Multitud de esquilas impactaron sobre todo mi cuerpo. Tengo cicatrices en la espalda, en la cabeza... —Noté que tragaba con dificultad—. Mi pierna izquierda... cuando la vi después de la detonación, estuve seguro de que la perdería. Hicieron lo máximo que pudieron; de hecho, consiguieron que no necesite una prótesis, como les ha sucedido a muchos.

Mi mano cambió el modo en que tomaba la suya. Le entregué mi sostén, le di mi apoyo.

—¿No sé si has notado que en ocasiones...? A veces, lo que quedó de mi pantorrilla izquierda parece no estar conmigo.

—Me ha parecido percibir que renqueabas.

—Hay momentos en los que el dolor, aún hoy, me quita el aliento. Como sea, lo que hay debajo

de la ropa...

—Lo que hay debajo de la ropa eres tú, Parker. No saldré huyendo, no me horrorizaré. Eres un hombre hermoso.

—¿Hermoso? —Sonrió.

—Por dentro y por fuera.

—Te puedo asegurar que mi pierna izquierda no es hermosa y que mi...

Me lancé sobre su boca; nada de lo que pudiese decir me convencería de que lo que sentía y no podía explicar no era la verdad.

Aterricé sobre su pecho, lanzándome con mi brazo izquierdo a su cuello. Su brazo derecho me atrapó por la espalda mientras su lengua me sujetaba. Su mano rastreó mi espalda sobre mi camiseta mientras retrocedíamos hacia una de las camas, completamente entorpecidos por nuestras ganas de arrancarnos la ropa. De pronto su mano izquierda estaba en mi nuca, desarmando el nudo en el que tenía sujeto el pelo. Tiré de su camiseta hacia arriba. Mi pelo cayó sobre mi espalda y él se quedó mirándome como si contemplase la maravilla que, sin duda, yo no era. Allí mismo entendí lo inmensamente feliz que me hacía que me viese de aquel modo, pero no porque necesitase que Parker levantara mi autoestima, sino porque qué más podía pedir aparte de que fuese él el responsable de que mi corazón patease como un loco dentro de mi pecho, como si nunca hubiese estado al borde de detenerse; que me viese como ves a quien te arranca la seguridad y la capa de fría lógica que en ocasiones nos echamos encima muy poco a poco y casi sin darnos cuenta, para sofocar aquello maravilloso que la naturaleza nos ha dado, nuestra humanidad.

Quizá fuesen solamente mis ganas, pero hubiese jurado que su mirada me devolvía lo que yo quería entregarle con la mía.

Muchas veces había intentado trasladar hacia mis sentimientos la palabra «amor» sin conseguir una asociación justa, una seguridad, sobre todo cuando se trataba del amor romántico, porque el amor que sentía por mis padres era distinto.

Hablo del amor que nace de conocer a la persona que tiene todo lo que a ti te falta, la persona a la que, con un poco de suerte, también puedas completar.

Mis dos manos se instalaron sobre la cintura de su camiseta. La agarré con decisión. Parker bajó los brazos; su mirada continuó en la mía. Ya no opondría resistencia.

Comencé a levantar la prenda sin perderlo de vista.

Para mí, alzó los brazos en señal de rendición. Su brazo izquierdo quedó un poco más abajo; supuse que su hombro izquierdo, después de la guerra, no tenía la misma movilidad.

Perdí de vista aquella sonrisa mansa suya que estaba tejida con hebras de picardía, de dulzura, de una experiencia de vida que probablemente tenía muchos motivos para no volver a sonreír. Su sonrisa era testigo de todo lo que los seres humanos somos capaces de hacer y esa era una carga demasiado pesada para cualquiera.

Tiré hacia arriba y él inclinó los hombros para ayudarme a quitársela.

Su sonriente rostro volvió a mí.

Solté la camiseta y él terminó de arrancársela para arrojarla sobre la cama situada detrás de él. Sus ojos apuntaron hacia su pecho. Acompañé su mirada.

La guerra se había prendido con fiereza y sin piedad de su carne. Y yo que creía que había sufrido toda mi vida... Me avergoncé de haber sentido lástima de mí misma. Allí estaba yo, en pie y sin una sola marca. Sí, cargaba con los recuerdos, al igual que él, pero él, además, tenía que enfrentarse cada día, y a todo ser humano que se le pusiese delante, a las marcas impresas a base de dolor y sufrimiento sobre su piel.

Mi corazón se encogió al imaginar lo que debió de ser para él vivir aquel momento.

Con miedo, mis dedos se posaron con cuidado sobre la parte baja de sus abdominales, justo encima de la hebilla del cinturón que ajustaba sus vaqueros a sus caderas. Las mismas esquirlas que volaron sobre su brazo para clavarse en su carne debieron de impactar también contra el costado izquierdo de su torso; las cicatrices tenían la misma forma. Despacio, arrastré las yemas de los dedos por su piel, hasta llegar a uno de esos cortes, que debieron de ser profundos. Todo su cuerpo se contrajo y se le puso la piel de gallina.

—¿Estás bien?

Con los labios convertidos en una delgada línea, la que divide la cordura de la locura y la felicidad de la tristeza, asintió con la cabeza.

—¿Te duelen cuando te toco?

Negó con la cabeza, apenas meneándola.

—La piel está engrosada y tiene poca sensibilidad.

Mi mano trepó por sus abdominales, registrando cada una de aquellas marcas. Su pectoral izquierdo dio una sacudida cuando mi mano siguió subiendo.

—Aun así, te siento. —Rio bajito. Alcé la vista para ver que su sonrisa se tornaba un poco más sexy.

—Eso está bien. —Le devolví el gesto.

—Más que bien.

Mis dedos, con las yemas en él, se movieron hasta su costado. Parker apartó su brazo izquierdo un poco hacia atrás. La herida más seria, que debió ser producida por el objeto que perforó su pulmón, era estremecedora.

—¿Es ridículo que te diga que me hubiese gustado estar allí para ti? Allí, cuando todo sucedió, para ayudarte.

—Me alegra que no estuvieras allí, no fue un espectáculo bonito. Jamás deberías ser testigo de nada semejante. —Las yemas de sus dedos acariciaron la curva de mi cintura del lado izquierdo.

—Aun así. Lamento mucho lo que te sucedió.

—No fue culpa tuya y estás aquí conmigo ahora, lo cual es mucho más de lo que pudiera o debiera pedir.

Lo miré, cubriendo su herida con mi mano. Parpadeé y visualicé la sangre manando de la carne

desgarrada.

Parker posó su mano sobre la mía.

—Estoy bien ahora —susurró en mi oído, bajando la cabeza hacia mi lado izquierdo.

—No quiero que vuelvas a sufrir. —Mi voz apenas salió, y eso se debió a que intentaba contener las lágrimas dentro de mí.

—¿Qué?

Lo enfrenté, apartándome un poco de su pecho.

—Decía que no quiero que vuelvas a sufrir.

—No es tu responsabilidad. Perdona, es que no oigo muy bien de ese lado. Ya te lo dije: regresé de Afganistán un tanto averiado. —Le sonreí—. Es una buena excusa no oír cuando quieres que alguien repita ciertas palabras para ti.

—Parker —lo regañé, aunque sin demasiada convicción.

—De verdad que no oigo bien de ese lado. —Rio—. No bromeo.

Mis manos treparon por su pecho.

Sus labios, todavía sonrientes, encontraron los míos.

—Me habría desesperado tenerte allí —murmuró en mi boca—. Ni siquiera deberías escuchar de mis labios cómo fue. Tu vida se merece estar muy lejos de todo aquello —declaró, bajando a besos por mi mandíbula hasta mi cuello.

Hundí mis manos en su nuca.

—Tendrás que contármelo un día. Quiero conocerte. No quiero que me ocultes nada, porque no quiero perderte de vista. Ya te lo he dicho, quiero ayudarte, quiero tenerte conmigo, quiero que me tengas.

Aspiró hondo sobre mí, con sus manos requisando, necesitadas, primero mi vientre y luego mi pecho izquierdo.

—Tu piel es tan suave... —me regaló, y volvió a probarla con sus labios, humedeciendo la base de mi cuello y mi clavícula—. Es lo que planeo hacer, lo que hago... tenerte. —Su mano izquierda bajó de mi espalda a mi trasero. Con decisión, me agarró por el culo, apretándome contra sus caderas. Una parte de mí que no sabía que existía se enorgulleció de lo que sentí a través de sus ropas y de las mías; no podía dar como real que un hombre como él tuviese esa reacción por mí. Despertar el deseo en alguien sumado al poder conversar, a lo que sentía cuando contaba con su simple pero tan valiosa compañía, hizo que en un momento acabase de descubrir a la mujer que era y a la que podía ser.

Yo no tenía esa veta sexy que Alicia iba desperdigando a su paso, y «mis conquistas», por llamarlas de alguna manera, jamás me provocaron el deseo que en ese instante me quemaba.

No me incomodó lo más mínimo que Parker metiese su mano por debajo de mi sostén para cubrir mi pecho, adueñándose así de los pocos reparos que podían quedar en mí.

Cuando entre con dos dedos atrapó mi pezón, mis caderas se alzaron hacia él y mi boca aspiró hondo sobre la suya.

Quería que me arrancase la camiseta y al mismo tiempo no quería apartarme de su boca, la cual volvía a besarme mientras yo intentaba encontrar en ese beso lo que necesitaba para saciar ese deseo de él cada vez mayor.

Mis manos se deslizaron por su pecho, sintiendo las hondonadas que sus músculos marcaban en su topografía; quería besar cada hueco, inspirar sobre cada poro.

Apartándome un poco, obligué a Parker a tener que soltarme un segundo.

Sin decir nada y con su mirada puesta en mí, tiré de mi camiseta hacia arriba para quitármela. Su mano izquierda continuaba sobre mí, sosteniéndome.

Disfruté del modo en que me vio hacer, del modo en que escaneó cada centímetro de mi piel, que de pronto quedó expuesta a él. Me quité el sostén y lo dejé caer a un lado. Mantuve a raya el primer impulso de mis hombros de encogerse sobre mi pecho.

Parker me sostuvo por la cintura con ambas manos, para volver a acercarme a él.

Sus labios tomaron por asalto los míos mientras sus dedos se clavaban en mi carne.

Pronunció mi nombre una y otra vez. Y yo, que había envidiado a Alicia, dudaba de que eso fuese lo mismo.

Su boca se lanzó otra vez a registrar el terreno que tenía delante. Sus labios bajaron por mi cuello, en esa ocasión del otro lado.

Con cuidado, me empujó hacia la cama. Yo con gusto me hubiese tirado sobre ésta de cabeza teniéndolo allí conmigo, pero él fue más delicado de lo que yo tenía el temple de ser.

Le hice lugar entre mis piernas mientras él acariciaba mis muslos y atrapaba mi pezón entre sus labios. Se me escapó un gemido.

Su mano derecha bajó por mi pantorrilla hasta encontrarse con mi zapatilla. No necesitó volverse para dar con los cordones, desanudarlos y, a continuación, desnudar mi pie.

Cogió mi talón y lo llevó hasta su trasero, envolviendo su cuerpo con mi pierna, apretándose todavía más contra mí, con su erección haciendo presión sobre mi pelvis.

—Parker... —Su nombre se escapó de entre mis labios. Quise volver a entonarlo, pero su lengua asomó en mi boca para recorrer el interior de mi labio superior, apenas tocándolo.

En nada, mi otra zapatilla salía de la ecuación.

Con mayor presteza de lo que las creía capaces, mis manos encontraron la hebilla de su cinturón para soltarlo mientras nos besábamos. Desabroché el botón de sus vaqueros y bajé la cremallera. En cuanto mi mano entró en su ropa interior, dio con su erección. Mis dedos no dudaron y Parker se estremeció sobre mí cuando lo cogí con firmeza y comencé a acariciarlo.

Despacio, comenzó a moverse sobre mí sin quitarme los ojos de encima. Lo disfrutaba y yo también.

—Quiero tenerte dentro de mí —susurré después de atrapar su labio inferior entre los míos. Su cuerpo caliente en mi mano me volvía loca de placer y no podía imaginar lo que debía de ser tenerlo en mi interior.

Apoyado sobre su mano izquierda y sus rodillas, Parker soltó mis vaqueros cortados y tiró de

éstos hacia abajo lo suficiente como para descubrir los huesos de mi cadera y para que mi pelvis sintiese el calor de su cuerpo.

—Tengo preservativos en la mochila. —Se inclinó sobre mí y me besó una vez más. Lo solté y, así, se levantó para regresar hasta donde había quedado nuestro escaso equipaje, abandonado en el suelo.

Me alcé sobre mis codos para espiar en su dirección. ¿Cómo se contiene una sonrisa frente a tamaña felicidad?

Lo vi agacharse, con los pantalones a mitad de su trasero, y mi sonrisa se ensanchó todavía más.

Parker abrió su mochila a tirones y rebuscó dentro, rezongando por lo bajo.

Reí divertida y él se dio la vuelta.

—¿Qué es tan gracioso?

—Nada. Que eres adorable.

—Ya te demostraré lo adorable que puedo llegar a ser.

Fue la amenaza más sexy y deliciosa que nadie me había dedicado jamás.

—¡Aquí! —exclamó, alzando su puño hacia el cielo en señal de victoria.

Reí.

Se puso de pie y, sin dar ni un paso, se arrancó la bota derecha y el calcetín, todo de un tirón. Fue a por la izquierda. Corrió de regreso hasta mí mientras yo me quitaba mis *shorts* para quedarme solamente en bragas, sentada sobre el borde del colchón.

Se detuvo ante mí.

En cuanto lo tuve delante, con sus pies entre los míos, mis manos ascendieron hasta la cintura de sus pantalones. Tiré de éstos hacia abajo, llevándome también su ropa interior; lo quería todo para mí.

La cintura de sus pantalones descendió por sus muslos. Mis ojos se movieron lentamente hacia su lado izquierdo. El torso de Parker estaba un tanto bronceado, por lo que las cicatrices, dentro de todo, se disimulaban un poco. Justo por debajo de sus oblicuos y del hueso de su cadera, la piel que llevaba mucho tiempo sin ser expuesta al sol lucía como si toda la maldad del mundo su hubiese ensañado con él para dañar aquella parte de su cuerpo. No eran únicamente los cortes de las esquirlas que habían volado debido a la explosión, como pasaba en la parte superior, sino también profundas quemaduras que se expandían por todo el lateral de su muslo hasta el exterior de su rodilla. Más allá de ese límite, las formas de la anatomía humana perdían allí todo sentido. Un ramalazo de dolor atravesó mi pecho justo por encima de mi corazón.

—Hicieron todo lo que pudieron —dijo Parker en voz muy baja—. Al menos puedo pisar sobre mi pie izquierdo.

Pese a que evidentemente había recibido injertos, porque las costuras eran más que visibles, así como también las marcas donde debieron de estar los soportes que rearmaron sus huesos para

volver a formar su pierna, su pantorrilla tenía un diámetro mucho menor que la de su pierna derecha. Los músculos tuvieron que resultar muy dañados con la explosión.

—Creí que había volado por completo —añadió, y su voz se extinguió de golpe.

Despacio, moví mi mano hasta su pierna y alcé mi frente para mirarlo a la cara.

—Estás de pie.

Me sonrió.

—Sí, lo estoy. No fue fácil, pero volví a ponerme en pie. A veces doy pasos en falso y no tengo la misma fuerza que antes, y para qué hablar de mi estabilidad. Al menos no estoy frente a ti con una prótesis. ¿O quizá hubieses preferido una? —bromeó.

—Me hubiese dado igual, seguirías siendo tú. —Rodó los ojos haciendo una mueca exagerada—. Ven aquí, idiota. Eres tú y te quiero para mí.

—Sí, sabía que mis heridas te volverían loca.

Lo cogí de la mano izquierda y tiré de él hacia mí al tiempo que me tumbaba en la cama.

Parker aterrizó con su mano derecha junto a mi hombro, con sus rodillas entre mis piernas. Acaricie su rostro con mi mano libre, disfrutando del tacto de la barba que asomaba en su rostro.

—Podría haber presumido tanto de ti con mis hombres... —Me sonrió, mirándome a los ojos. El pesar en su mirada era imposible de pasar por alto.

—Eres tan... —No encontré las palabras. Mis manos se quedaron quietas sobre sus mejillas—. Mi viaje a Las Vegas no ha podido resultar mejor.

—Imposible que sea más de lo que tú eres para mí. Para alguien que no cree en la magia, tienes el poder de enamorar con un parpadeo.

Mi corazón les dio una patada a mis costillas, como si fuese un puntapié de quien quiere llamarte la atención y reprenderte para decirte «Ves, ahí lo tienes... y tú que nunca pensaste que te sucedería... o peor, que jamás creíste que fuera posible perder el corazón a manos de alguien, sin ni tan sólo tener la intención de entregarlo ni siquiera en préstamo».

—Nunca en la vida me han dicho nada tan cursi. —Apreté los labios; no quería sonreír, no quería arruinar el momento.

—Soy cursi, soy adorable.

Con la sonrisa que desplegaron sus labios a continuación, también terminó de poner de manifiesto lo muy sexy que podía ser.

Su mano derecha encontró mi cintura y, desde allí, las yemas de sus dedos caminaron por mi vientre hasta mi ombligo. Hizo una mueca terriblemente cómica y sus dedos se deslizaron despacio para husmear por debajo de mi ropa interior.

Se me cortó la respiración cuando éstos alcanzaron mi clítoris y se movieron suavemente sobre él.

Su boca me arrancó un terrible beso que sentí hasta en los dedos de los pies.

Sus dedos siguieron camino hasta la entrada de mi vagina, haciéndome estremecer de gusto. Mi cuerpo se retorció sobre sí mismo. Su boca abandonó la mía para ir a morder mi cuello.

Gemí ante sus caricias mientras mis manos también buscaban su cuerpo.

Nuestras bocas se encontraron otra vez, mis piernas se enroscaron alrededor de las suyas, pegándolo a mí. Estaba volviéndome loca de placer, borrando los recuerdos de cuando lo oí con Alicia, pulverizando a los otros hombres que habían pasado por mi vida. Nada era como eso, nada se comparaba a él sobre mí, con su mirada sujeta a la mía, con su piel fundiéndose contra mi carne.

—Te quiero en mí —susurré en su oído izquierdo, y él sonrió cuando lo repetí en su oído derecho, girando la cabeza delante de él. Lo enfrenté y volví a repetírselo mirándolo a los ojos.

Parker cogió la caja de preservativos que había quedado sobre la cama y se colocó uno mientras yo, sin pudor alguno, lo veía hacer. Todo su cuerpo era una maravilla y tenía suerte de haberlo encontrado, de saber que, lo que aquellos músculos contenían, era sin duda una de las cosas más importantes que me habían sucedido en la vida.

Sus dedos pescaron mis bragas y, despacio, las deslizaron por mis muslos.

Con las comisuras de sus labios empujando sus mejillas hacia arriba, se inclinó otra vez sobre mí.

Mi pierna derecha se enroscó alrededor de su pierna izquierda y Parker agarró mi muslo derecho para alzarlo sobre su cadera. Su mano me tocó y me hizo temblar de placer al acomodar su pene en la entrada de mi vagina. Sus dedos dibujaron pequeñas galaxias sobre mi clítoris.

Sus dedos entraron en mis músculos cuando empujó hacia delante para penetrarme despacio.

En sus labios sobre los míos encontré el significado de la palabra «pasión», la explicación para no poder ser, en ese momento, otra cosa que yo a su lado.

Sin querer, mi mano estrujó su mano izquierda cuando él entró un poco más en mí.

—Estoy tan loco por ti... —Salió un poco de mi interior mientras sus labios soltaban su aliento sobre mí—. Tengo que dejar de estar tan loco por ti... —Se impulsó dentro de mí otra vez. Me estremecí de placer. Todo mi cuerpo tembló—. Yolanda...

—Estoy igual de loca por ti.

—Debería hacerte cambiar de opinión.

—No lo conseguirías. —Mis abdominales se tensaron, tironeando de mi torso y alzando mis caderas hasta las suyas.

Su cabeza bajó sobre mí hasta que su frente quedó apoyada en mis labios. No paraba de moverse en mí, arrancándome jadeos de placer.

—Parker...

—Tendrás que pedirme que me vaya —gruñó entre dientes para, a continuación, embestirme con todas sus fuerzas. Sus caderas golpearon las mías, mis muslos; los dos resbalamos sobre la cama, pese a que creí que quedaría enterrada para siempre en ésta, por él.

—No quiero. —Mi mano izquierda abandonó su espalda para buscar su cuello con todas mis fuerzas, porque él se resistía; lo obligué a alzar la cabeza otra vez—. Parker —sus ojos se movieron sobre los míos. Afiancé el agarre de mi mano sobre su rostro, porque él amagó con

bajar la cabeza—, quédate aquí conmigo. Te quiero aquí. —Mis piernas lo atrajeron contra mi cuerpo mientras mi mano derecha estrujaba la suya. Parker se enterró en mí; mi columna pegó un tirón, echando mi cabeza hacia atrás. Todo el aire se escapó de mis pulmones y él aprovechó que mi cuello se encontraba completamente expuesto a sus labios para besarlos una y otra vez.

No creí que hubiese un modo de poner en palabras lo que me hacía sentir. Eso no era tener un orgasmo, era morir en las llamas para renacer otra vez.

Mi cuerpo, al borde del colapso, pidió más y más de él, y él me lo dio.

Busqué sus labios de nuevo, porque quería tenerlo en mi boca igual que él estaba dentro de mí, licuando mi interior, incinerándolo de placer.

Su mano derecha llegó a mi pecho izquierdo para cubrirlo por completo. Estrujó mi carne, y mis pechos, que estaban duros y tensos, me cegaron en una mezcla de disfrute y dolor.

Tuve que cerrar los ojos, porque lo que sentía me aturdió. Era demasiado para, además, ver o escuchar. Él dentro de mí era todo lo que podía pedir y mucho más. Con él, el resto de mi existencia podía sobrar.

—En algún momento el tiempo se ha torcido, cometiendo el peor error posible —susurró. Abrí los ojos y él buscó mi mirada—. Te amo. —Su voz, apenas audible, hizo eco dentro de mi cabeza y en todo mi interior. Fue el grito más fuerte, tan contundente que todo se transformó en energía sin forma, sin límites y sin explicación. Así se perdieron todas las leyes de la física, de la lógica. Así el raciocinio cayó muerto o quizá se evaporó, porque todo mi cuerpo ardió por él.

Sé que sonreí, que quise responderle que dentro de ese pecho que no creía ni en milagros ni en magia una mezcla de ambas cosas acababa de nacer.

Alcé la cabeza para buscar sus labios con los míos, para arrancarle todos los besos que llevaba una vida sin darme, todos los que me faltaban por cada día que no supimos que el otro existía, por cada inspiración que dimos a solas y por cada momento de dolor que pensamos que no superaríamos.

Con el más dulce espasmo, mi cuerpo terminó de conectar con el suyo y así no quedó más separación entre nosotros.

Parker cayó sobre mí para ocultar su rostro entre mi cabeza y mi hombro derecho, susurrando mi nombre una y otra vez.

—Tú haces que deje de doler —susurró justo en mi oreja.

—Y tú lo curas todo —entoné muy cerca de su oído bueno. Lo abracé rodeando su estupenda y fuerte espalda, la que un día... un fatídico día, debió de quedar empapada en sangre. Las cicatrices aún estaban allí y podía sentir las sin verlas. Las marcas se esparcían por toda su anatomía—. Estaremos bien.

Lo oí inspirar sobre mi oído al tiempo que su respiración se desaceleraba muy poco a poco, con mi pecho todavía retumbando debajo del suyo después de haber estallado en llamas para dejarlo entrar por completo.

Acaricié su nuca. Nada podía percibirse mejor que su cabello entre mis dedos.

Parker se alzó sobre su codo para mirarme a la cara. Sus dedos acariciaron mi mejilla izquierda; se deslizaron suaves hasta mi oreja, para apartar mi cabello de mi rostro húmedo de sudor. Se quedó observándome sin emitir una palabra, si bien me dio la impresión de que quería decir algo.

—¿Todo bien? —Por un segundo me atacaron las dudas y meforcé a no pensar en compararme con nadie, en preguntarme si podía darle lo que necesitaba y demás cosas que no tenía sentido que me cuestionase en ese instante, porque lo arruinaría todo.

Su sonrisa hizo acto de presencia y volví a respirar aliviada.

—Mi milagro... —expresó mientras sus dedos sobre mi mejilla repetían aquellas palabras una y otra vez.

Cogí su barbilla.

—Y tú eres el mío.

Sin perder la sonrisa, meneó la cabeza. Sus labios descendieron muy despacio hasta los míos para volver a besarme.

—Eres increíble. —Rozó sus labios con los míos una vez más—. Maravillosa.

—Deja de exagerar.

—Y qué cuerpo —añadió, desplegando una sonrisa sexy. Su mano derecha bajó de mi mejilla a mi cuello, de allí remontó mi pecho para pasar por encima de mi pezón. Sus dedos, cargados de electricidad, una que me sacaba chispas, bajaron por mi vientre. Mi temperatura, que todavía no había bajado, comenzó a subir de nuevo, porque sabía dónde se dirigían sus dedos.

Se me cortó la respiración cuando éstos encontraron la humedad de mi cuerpo, que era producto de lo que él me había hecho.

Le arranqué un beso con la boca, desesperada de eso que él había despertado en mí. Me sentía libre, salvaje; quería quedarme para siempre entre sus brazos.

Su mano y su boca me dejaron exhausta de tanto placer. Caí rendida con él en mis brazos, con él entre mis piernas.

15

Emboscada

Con sumo cuidado para no hacer ningún ruido, cerré la puerta detrás de mí. Yolanda dormía profundamente y no quería despertarla. Que disfrutase del privilegio de haber conciliado el sueño para permitir que la mente descansase.

La mía amenazaba con no encontrar la paz jamás, menos que menos después de haber estado con ella.

Desde hacía un par de minutos, no paraba de repetirme dentro de mi cabeza que nunca debería haber venido con ella, que no debería haber entrado en esa habitación y que jamás jamás jamás debería haberle dicho que me había enamorado. La verdad era que había sido verla para entender que lo imposible es posible, que lo que creía que nunca pasaría siguiera cerca de mí; de un empujón, se coló por mis poros para adherirse a mi carne y a mis huesos, para lanzarse a fluir por mis venas, dándome vida otra vez. Ella, su voz, su tacto, su piel y su cabello, y para qué hablar de su mirada, eran un bálsamo para mis dolores físicos y también el nacimiento de nuevos dolores, aquellos males que aquejan al cuerpo por completo; dolores que no son físicos, sino que suman peso a la culpa, a las preocupaciones.

«No he debido, no he debido, no he debido», continué repitiendo ese mantra mientras perdía de vista el tenue hilo de luz que era la habitación en la que la dejaba.

Tendría que haberla dejado, pero definitivamente. Lo mejor para ella sería que recogiese mis cosas y me largase para siempre.

Tenía que hacerlo.

No podía hacerlo. No quería dejarla.

«Egoísta.»

Era un hijo de puta con todas las de la ley, porque aún permitía que me continuase llamando así; aún daba lugar a que ella viese de mí lo que solamente quería que viese de mí.

Sabía que lo mejor que podía hacer para espantarla era acabar de contarle toda la verdad.

Yolanda ni siquiera sabía con quién estaba.

Retrocedí un paso, alejándome de la puerta, sintiendo el fresco de la noche en mi nuca y colándose por mi sudadera.

Delante de mí quedaba el silencio de nuestra habitación, para que llegasen a mis oídos los sonidos de la noche, que incluían la televisión encendida de alguna de las estancias contiguas, la música sonando lejana, el muy escaso tráfico más allá del parking del motel...

Con un paso más hacia atrás, mi cadera chocó contra la reja del pasillo. Me agarré de la

barandilla. Debí golpearme a mí mismo con todas mis fuerzas, pero, en vez de eso, estrujé el metal, deseando retorcerlo como si fuese mi cuello... No pude dañarlo, sólo me lastimé las manos al raspar contra la dura pintura descascarillada y el borde afilado del interior de la barandilla.

—¿Hermano? —Su voz me hizo pegar un respingo, pese a que solamente sonó dentro de mi cabeza, porque allí era el único lugar en el que aún podía existir.

Me aparté de la baranda y giré sobre mis talones, buscándolo. Hubiese dado cualquier cosa por poder ver su rostro otra vez, por poder escuchar su voz con mis oídos y no exclusivamente en mi mente; verlo vistiendo su uniforme, a mi lado, conduciendo, con su mirada confiada... Él apostaba por mí, creía en mi palabra, en mis decisiones; no dudó jamás en poner su vida en mis manos. Si yo le decía «avanza», él avanzaba, así en su camino se encontrase con un tiroteo de fuego enemigo. A él jamás se le hubiese cruzado por la cabeza desacatar mis órdenes o dudar de mi juicio. Mi hermano era mi pilar, quien me impedía flaquear; el que, con un simple gesto, me devolvía el alma al cuerpo; ese que siempre me hacía creer que el mundo tenía una solución y que yo podía ser parte de ella... al menos una muy pequeña, pero que valía.

Lo único valioso era su vida y yo la había perdido.

Nunca debió confiar ciegamente en mí, nunca debió ponerse al volante de mi vehículo. Jamás jamás jamás debió otorgarme el título que la sangre no nos había dado. Solía llamarme «hermano»; decía que era el que sus padres no le habían dado y que la vida reparó ese error al ponerme en su camino.

Ahora mi hermano ya no estaba allí y su sangre continuaba en mis manos, debajo de mis uñas.

Quité las manos de la barandilla y las alcé delante de mí.

Esas mismas manos habían tocado a Yolanda sin ningún derecho. Esas manos la habían ensuciado. Y, si no tenía cuidado, esas manos podrían cargarse con el peso de la sangre de ella también.

«¡Lárgate! —me gritó su voz dentro de mi cabeza—. Tienes que irte, hermano. Tienes que irte o tu vida llegará a ella y ya no podrás salvarla.»

Un sudor frío empapó mi espalda.

Me entraron náuseas, pese a que no tenía nada en el estómago, porque no habíamos cenado.

Mis tripas se retorcieron una y otra vez.

Fuera de control, me largué escaleras abajo.

Mis odios se llenaron de sonidos muy distintos.

«¡Morid, cerdos!», gritó alguien en darí.

Oí disparos silbando en el aire, en la amplitud de la bóveda nocturna que, de no haber sido por aquella fuerza que perforaba el aire destino a su objetivo, hubiese sido un lago en calma.

Tropezando con mis propios pies, descendí aquellos peldaños para tomar distancia de ella, de lo que había hecho, del modo en el que aún permitía que me llamase, del modo en el que aún continuaba consintiendo que me viese, poniendo delante de mí los motivos más egoístas.

Había sido una emboscada y la había atrapado. Yolanda ni siquiera era consciente de la trampa

en la que había caído.

Los jugos gástricos treparon por mi garganta. Mis oídos empezaron a pitar, mi vista se llenó de chispas blancas que, al final, terminaron cubriéndolo todo para no permitirme ver dónde pisaba.

Antes de quedar ciego había divisado, a un lado de la escalera, unas macetas con arbustos; hacia ellas me lancé, esperando tener la suficiente puntería.

Vomitó con el olor a carne quemada pegada a mi nariz, ahogándome como si lo que entrase en mis pulmones fuese aquel denso humo negro en vez del fresco aire de la noche de California.

Más que vaciar mi estómago, fue vaciar la angustia que yo mismo generaba con lo que hacía. Las arcadas me dejaron sin resuello, con el cuerpo temblando y dolorido.

Acabé sentado sobre el suelo de hormigón, procurando ubicarme en tiempo y espacio.

Me pasé ambas manos por mi rostro helado de sudor. Sonaron unos pasos detrás de mí. Esperé oír a alguien ofreciéndome su ayuda. Avergonzado de mi patético estado, aparté las manos de encima de mi cara, abrí los ojos y giré la cabeza, dispuesto a decirle a quien fuera que avanzaba en mi dirección que me encontraba bien y que no necesitaba ayuda.

—¿Qué pasa, soldado? ¿Te ha caído mal la cena? Ah, no, si todavía no han pedido la comida. ¿Es esto lo que has salido a hacer? ¿Vas a buscar comida para tener una tardía y romántica cena con tu chica? ¿O a ésta también la cambiarás por otra en unos días?

Sin importar cuán rápido corras, tus problemas siempre te alcanzan.

—¿Y bien, soldado?

Más pasos me rodearon.

Vi a aquellos hombres de negro formar un semicírculo a mi alrededor.

—¿Intentas escapar?

No respondí.

—¿Te queda claro que no podrás librarte de esto con tanta facilidad? Estás de mierda hasta el cuello, soldado. —Hizo una pausa—. Quizá necesites un incentivo para comprender en el lío en el que estás metido.

Lo vi alzar los ojos hacia la escalera.

—Hunter, ve a hacerle una visita a la chica de aquí nuestro amigo.

Por el rabillo del ojo izquierdo vi que el aludido sonreía. Era un hombre que debía de tener una cabeza menos de altura que yo, pero lo que le faltaba de estatura lo compensaba en robustez. Una sonrisa libidinosa apareció en sus labios.

Todo mi cuerpo reaccionó ante la urgencia. No pensaba permitir que tocase ni uno solo de sus cabellos.

Salté, sacando fuerzas de donde no las había, y me puse en pie, lanzándome en su dirección para cortarle el paso, todo a la vez. Impacté contra el tipejo al tiempo que dos de sus compañeros se me venían encima. Recibí un potente puñetazo en los riñones y otro en la boca del estómago. Fui a gritar de dolor, pero mi quejido fue sofocado por un trozo de tela que alguien metió en mi boca convertido en una bola. En vez de gritar, me atraganté.

Patearon mi pierna izquierda y ya no pude mantenerme en pie. Quedé colgando de las manos que me sostenían sólo para que otras pudiesen tener acceso a mi cuerpo para volver a darme duro en el estómago.

—El dinero —gruñó alguien en mi odio derecho—. El dinero o ella será la primera cuota de intereses que nos cobraremos. Y no intentes huir, porque, si lo haces en dirección opuesta, dejándola como parte de algún acto heroico que salga de tu alma de soldadito, iremos tras ella y nos lo cobraremos igual. —El sujeto me agarró por la barbilla, clavando sus dedos en mí para mover mi rostro en su dirección—. No podrás escaparte.

Escupí el trapo a un lado.

—Conseguiré el dinero. Ella no tiene nada que ver. Ni os atreváis a...

Un nuevo puñetazo en la boca del estómago me nubló por completo la vista, quedando todo negro. Fui testigo del modo en que mi diafragma quedaba paralizado y se hizo dueña de mí la desesperación de no lograr volver a ponerlo en funcionamiento.

El tipo alzó mi cabeza, obligándome a enderezarme pese a que mi cuerpo quería encogerse, hacerse un ovillo.

Mi diafragma volvió a funcionar. Aspiré una gran bocanada de aire.

—No me dirás qué hacer. Ya no estás al mando. Hace tiempo que perdiste tu rango, soldado. Ahora quien manda aquí soy yo. Te limitarás a hacer lo que se te dice. A ver si puedes, que la última vez fallaste en tu misión.

—Él tenía el dinero...

—Sé que sí —soltó, interrumpiéndome—, y ya nos lo cobramos, pero todavía está en deuda con nosotros, igual que tú. —Me sonrió con sorna—. Los intereses suben y suben cada día. —Dirigió los ojos hacia arriba, hacia el largo balcón al que daban todas las habitaciones—. Me la cobraré si quiero, ¿lo entiendes? Solamente porque me estás dando trabajo, porque me fastidias y porque comienzo a hartarme de tu cara.

—No puedo conseguirlo de un día para otro.

—Mejor te das prisa.

—Necesito tiempo. —A mi pesar, mi voz sonó demasiado a ruego.

—Y a mí me caería genial la compañía femenina que tienes allí arriba. —Se relamió el labio inferior—. Es muy bonita. A diferencia de la otra, ésta parece buena niña.

Intenté lanzarme sobre él, pero las manos que me sostenían me retuvieron.

Esta vez me gané una patada en la entrepierna.

Me soltaron riendo a carcajadas. Fui a parar al suelo de hormigón de nuevo, retorciéndome y bufando de dolor, convertido en una pelota tensa e indefensa.

Alguien plantó su bota sobre mi muslo izquierdo; el tacón de ésta se me clavaba en la carne con toda saña, matándome de dolor. Apreté los dientes, no podía gritar.

Gruñí porque creí que el dolor haría que me estallase la cabeza.

—¿Una vieja herida de guerra? —se burló el muy hijo de puta, presionando todavía más mi

decrépita pierna—. ¿No me dirás que todavía te duele? —Levantó su pierna de mí, pero solamente para coger fuerza. La punta de su bota pateó mi muslo por detrás, metiéndose entre mis músculos. El dolor alcanzó mi fémur, arrancándome un grito que no logré contener, porque fue demasiado para mí. Me cayó encima para taparme la boca con el trapo de antes. Por debajo de éste, continué bufando de dolor, con los ojos llenos de lágrimas que no pude evitar soltar.

—¿Te dieron una medalla por esto? —me preguntó, presionando mi pierna con su bota de nuevo. Su rostro, enrojecido y sonriente, se plantó frente al mío.

—Debiste morir.

«Sí, así debería haber sido», pensé.

—Eres una vergüenza, soldado.

Lo era, no me quedaban dudas de ello.

—¿Qué dirían tu padre, tu hermano e incluso tus hermanas si supiesen lo bajo que has caído? —Se mantuvo un momento en silencio, parpadeando sobre mí, con aquella desquiciada sonrisa suya enfrentándome.

—A diferencia de ti, yo hago mi trabajo de maravilla y sé exactamente dónde golpearlo para que duela. Conmigo no se juega, soldado. —Me quitó el trapo de la boca y sólo entonces pude llenar mis pulmones de aire en toda su capacidad—. ¿Nos entendemos ahora?

No respondí, quería matarlo. De haber tenido mi arma encima, me lo hubiese cargado, a él y a los demás, sin pensarlo dos veces, sin parpadear, sin meditar las consecuencias, hubiera disparado hasta la última bala en mi poder. Para mi desgracia, algo dentro de mí me hizo sentir sed, de venganza; necesitaba haberlos tenido frente a mí en el campo de batalla para tener una justificación para deshacerme de ellos también.

El sudor me escocía en los ojos al tiempo que se mezclaba con mis lágrimas.

—Te he hecho una pregunta. ¿Nos entendemos?

Me dio un puntapié con la bota lo suficientemente fuerte como para hacerme soltar un rosario de insultos en todos los idiomas, pero no tan potente como para dejarme fuera de juego y con el cerebro en cortocircuito por culpa del dolor.

—Sí. —La voz apenas me salió.

—Mejor así.

—Largaos —jadeé. Me aterraba que alguien viniese o que nos vieses de lejos y llamasen a la policía.

—Tú no me dices qué hacer. —Se inclinó—. ¿Sabes que a tu chica le fue muy bien en el casino? —Me sonrió con sorna—. Ése es el motivo de que la hayas cambiado por la otra, ¿no es así?

Apreté los dientes para no insultarlo.

—¡Contesta!

Otro puntapié, en esa ocasión en la pantorrilla izquierda.

Con eso no podría caminar bien en una semana.

Amenazó con volver a patearme.

—Sí, lo sé —escupí a toda velocidad—. Sé que ganó dinero.

—Mucho.

—Mucho —convine, sintiéndome asquerosamente mal. De cualquier modo, ése no era el motivo por el que estaba con ella. Era por ella, por el modo en que me sentía a su lado, por cómo me sentía al tenerla entre mis brazos o con su mirada sobre mí, porque aún me miraba a los ojos, porque hacía que el dolor y la vergüenza desapareciesen, porque a su lado no tenía miedo.

En ese instante temía por ella, y la vergüenza no tenía suficiente espacio dentro de mi cuerpo para entrar por completo.

—Mi tarifa es cara, soldado, y estás haciendo que alguien pague de más, así que no está feliz por la cuenta que deberá abonarme cuando esto termine. Le prometí que tú te harías cargo de mis honorarios a partir de ahora. ¿Qué te parece eso? Mis chicos tampoco son baratos. —Rio—. Ya verás tú cómo sales de ésta.

Oí un par de voces reírse de mí.

—Que disfrutes del resto de tu noche, soldado, si es que puedes. Me encantaría quedarme para ver cómo mierda haces para subir la escalera otra vez. Deberías buscarte un bastón.

—O mejor una pierna ortopédica —se mofó otro.

—Buenas noches, soldado.

El sujeto me lanzó una última mirada y se dio media vuelta para alejarse. Sus hombres lo siguieron, burlándose de mí, riendo.

Desaparecieron de mi vista y, al cabo de un par de minutos, oí un vehículo alejarse.

Me quedé en silencio, sin poder levantarme de allí. Mi cuerpo era una masa infame, inservible, gobernada por el dolor.

Debió de pasar una eternidad antes de que lograra incorporarme para, al menos, no ser una cosa desparramada por el suelo de hormigón a pocos metros de la escalera.

Arrastrándome, llegué hasta una de las macetas para apoyar la espalda contra ésta.

Unos minutos más tarde, cuando los puñetazos sobre mis riñones y mi abdomen dejaron de arder, apuntalándome sobre mi pierna buena, dediqué todas mis energías a ponerme de pie.

Probablemente ese malnacido tuviera razón, necesitaría un bastón para andar. Sosteniéndome de la pared y dando saltos, anduve hasta el parking situado frente a la recepción, donde había instaladas unas máquinas con *snacks* y bebidas. El plan inicial era tomar un poco de aire, de distancia, y buscar algo de comer.

Al final, no tuve fuerzas para sostenerme frente a las máquinas, así que me vi obligado a sentarme en el bordillo y quedarme allí un buen rato para recomponerme.

Le permití al frío de la noche actuar sobre los golpes. Necesitaría hielo y muchos calmantes; tal vez también un bastón. Por encima de todo, necesitaba aclarar al menos un poco las cosas con Yolanda, cuando no todas, porque, a mi pesar, el hecho de haberla metido en mi vida no tenía vuelta atrás.

La madrugada y la luna eran muy distintas de ese lado del mundo. La luna allí era más grande y luminosa; la madrugada, más profunda y quizá también más bella y, en muchas ocasiones, más escalofriante, o las dos cosas al mismo tiempo. Cuando teníamos misiones nocturnas, el cielo lucía mucho menos inocente, al menos visto desde la luna y las estrellas, que eran los ojos que atestiguaban nuestros actos de guerra. Detrás del azul estaba convencido de que su personalidad era otra, pues era ese satélite quien nos brindaba sus sombras para que pudiésemos actuar a escondidas con la intención de ser mucho más letales y destructivos. Ella nos permitió hacer tantas cosas que no debimos hacer...

Cerré los ojos y los vi a todos a mi lado riendo otra vez, con sus cascos puestos, sus pieles bronceadas bajo el polvo acumulado en sus mejillas. Oí la música que mi hermano ponía en ocasiones para conducir, cuando realizábamos alguna incursión de rutina. Los oí decir tonterías, burlarse del corte de pelo del teniente Pullman. Amenazaron con pelar a Foster.

Allí donde los vi, brillaba el sol y el calor nos asaba dentro de nuestros uniformes.

Deseé quedarme con ellos para siempre; no quería volver a perderlos y al mismo tiempo me daba vergüenza tenerlos todavía en mí, acompañándome allá donde fuera. Sus familias debían extrañarlos más, necesitarlos más, y yo era el responsable de que no estuviesen con ellos; por mi culpa sus vidas terminaron allí, demasiado lejos de todo, en un sitio que desbordaba furia y dolor.

Les arrebaté poder verlos una última vez para decirles adiós y con algunas de sus familias hice algo peor: les arrebaté la posibilidad de enterrar un cuerpo.

Sus voces fueron alejándose de mí muy poco a poco. Continuaban riendo, se iban sin mí, me dejaban allí, pagando por lo que había hecho.

Despacio, abrí los ojos. Temía encontrar a mi alrededor tonos de amarillo y marrón, aquel cegador reflejo dorado; en su lugar, al despegar los párpados di con el asfalto oscuro del parking, el hormigón del edificio a mi alrededor, el azul de la noche sobre mi cabeza.

Me costó un par de profundas inspiraciones reunir fuerzas para ponerme de pie, lo cual no resultó tarea sencilla, porque la pierna izquierda me mataba de dolor.

A saltos, llegué hasta la máquina expendedora de bebidas. Saqué un par de latas y unas botellas de zumo. De una máquina que se suponía proveía de alimentos saludables, retiré yogur, sándwiches y unos bollos dulces. Lo metí todo en un doblez que hice con mi sudadera, volviéndola hacia arriba como si fuese la bolsa de un canguro. Saltando sobre el pie derecho, procurando no apoyar para nada el otro y atajándome con una mano porque la otra la tenía ocupada sosteniendo hacia arriba la cintura de mi sudadera, llegué hasta la escalera. Allí, detenido frente a ésta, permanecí observándola; no podría subir con una sola pierna, me rompería el alma.

Tragué en seco y subí el primer escalón con mi pierna mala. El dolor trepó por dentro hasta mis caderas y, de allí, se expandió por todo mi cuerpo, aturdiéndome otra vez. Inmediatamente subí la pierna derecha para restarle un poco de peso a la otra. Así, muy despacio y sudando de dolor, logré llegar arriba.

Con la pierna entumecida, me arrastré sobre mis dos pies hasta la puerta de la habitación que compartía con Yolanda.

Cuidando de no hacer ningún ruido, abrí la puerta. La empujé un poco hacia dentro y asomé la cabeza. Ella todavía dormía plácidamente, vuelta hacia el otro lado de la estancia.

Mordiéndome el labio inferior entré, todavía sobre mis dos piernas. Me di la vuelta y cerré la puerta. Por suerte la distancia hasta la cama libre no era mucha.

Mi trasero cayó como plomo sobre el colchón. No daba más de mí por del dolor.

Vací mi cargamento sobre la cama y comencé a quitarme las botas, porque no soportaba tener puesta ninguna de las dos; además, debía ir a recoger los calmantes de mi mochila y no quería hacer ruido. Tiré de los cordones sin el menor cuidado y las bajé al suelo, porque pesaban demasiado como para dejarlas caer. Me dejé un sándwich y una Coca-Cola sobre la cama y el resto de las cosas volví a meterlas en mi sudadera para llevarlas hasta el refrigerador.

De regreso, me traje mi mochila; allí estaba mi arma y prefería tenerla cerca.

Abrí el refresco y con un buen trago bajé por la garganta uno de mis calmantes, de los cuales no me quedaban muchos. Sin muchas ganas, ingerí el sándwich, porque la pastilla requería tener algo en el estómago para no perforarlo y hacía un rato que había vomitado lo que fuera que podía quedarme allí desde la última vez que comí.

Con la pistola a mano, la luz apagada, el envase del sándwich y la lata de Coca-Cola allí vacíos, empujé las almohadas hacia atrás y me apoyé contra éstas para ver los reflejos de la luna colarse por la ventana.

La noche avanzó ajena a mí, a las cosas que me pasaban por la cabeza.

No pude pegar un ojo, pese a que estaba agotado. El dolor apenas había remitido y, además, mi mente me llevó una y otra vez de regreso a Afganistán.

16

En el horizonte

Lo primero que percibí fue un aroma que me era ajeno: el de las sábanas que no eran las de mi cama y tampoco las de la litera de la autocaravana.

Inspiré hondo, esperando encontrar su perfume junto al mío. Estupendos recuerdos aún circulaban por mis venas y otros tanto más duraderos anidaban en mi pecho. Sonreí como una tonta al recordarlo decirme que me amaba. El pulso se me aceleró de la felicidad.

Abrí los ojos y vi sobre la pared los reflejos del sol de la mañana.

Con una mano me refregué la cara y luego me giré, esperando encontrarlo al otro lado, durmiendo tranquilamente. ¿Qué mejor regalo de cumpleaños que amanecer con él allí conmigo?

Pero Parker no se encontraba conmigo en la cama, sino en la cama de al lado, sentado contra las almohadas, completamente vestido y con la vista perdida en la pared de enfrente, la cual sostenía un televisor apagado.

No debía de haberse percatado de que me había despertado, porque sus ojos no se movieron del punto que miraba. Su cara de agotamiento era más que evidente; no había pegado ojo en toda la noche.

Sobre la mesita detecté la presencia de una lata de Coca-Cola y el envoltorio de un sándwich. Mi estómago crujió al instante, recordándome que no había cenado.

—Parker —lo llamé, incorporándome arrastrando las mantas conmigo. No dio señales de haberme oído siquiera—. Parker... —lo intenté una segunda vez.

Nada, su mente debía de encontrarse en otro mundo, mejor dicho, en otro país; en uno con una realidad muy distinta.

—Parker, ¿te encuentras bien? ¿Parker? —Alcé la voz todavía más para llamarlo esa última vez y sólo así logré traerlo de regreso. Dio un respingo y volvió su rostro en mi dirección.

Sus facciones, tensas y demacradas, recuperaron un poco de vida cuando sus labios reaccionaron a mi presencia, sonriéndome.

—Buenos días.

—Buenos días —respondí al cabo de unos segundos. Su sonrisa no terminaba de tranquilizarme, porque no tenía buen aspecto. Tenía los ojos inyectados en sangre y profundas y oscuras ojeras que parecían extenderse dentro de su cráneo.

—¿Te encuentras bien?

Parte de la sonrisa se le escurrió de la cara, así como sus mejillas perdieron fuerzas para continuar en alto para mí.

—Estoy dolorido.

Así sin más, me olvidé de mi cumpleaños. En realidad no tenía costumbre de celebrarlo, pero había pensado que con él allí podría ser distinto. Lo era, sin duda. Me sobraban ganas de festejarlo a su lado; sin embargo... lo que frenó mis intenciones fue que su voz y la mueca en su rostro me preocuparon y angustiaron.

No sé por qué, mis ojos bajaron otra vez hasta la mesita de noche. Vi, más allá de la Coca-Cola, un frasco naranja de medicamentos.

—¿Has dormido? —Tiré de las sábanas, llevándomelas conmigo para ir hasta él mientras éste negaba con la cabeza.

—No he podido conciliar el sueño en toda la noche.

Con sumo cuidado, me senté junto a su pierna derecha y descendí la vista hasta su muslo izquierdo.

—Deberías haberme despertado. No tenías por qué pasar por esto solo. Estoy aquí para ti. — Busqué su mano derecha y la cubrí con las mías. Él se aferró a mí—. ¿Qué puedo hacer por ti? — Mi mano izquierda ascendió hasta su rostro; me pareció sentirlo un poco más caliente de lo que debía estar. Moví la mano hasta su frente—. Parece que tienes un poco de fiebre. —Al tacto de mi palma, los párpados de Parker cayeron—. Podríamos quedarnos aquí hoy, para que descanses.

—No. —Abrió los ojos—. Si no te molesta conducir, preferiría que siguiésemos camino. No quiero ser un lastre para ti.

Definitivamente no pensaba decirle que era mi cumpleaños, pues no quería que se sintiese más culpable todavía.

—No eres un lastre y si estás dolorido... —se me formó un nudo en la garganta por la desesperación de querer hacer algo por ayudarlo y no saber qué... el movimiento no te hará ningún bien.

—Puedo resistirlo. Además, estoy deseando llegar a la cabaña. —Sus párpados cayeron otra vez. Estaba agotado y se le notaba hasta en la voz—. Añoro el aroma a bosque. Quisiera estar allí ahora mismo.

Mi mano viajó de nuevo hasta su mejilla.

El mejor regalo sería tenerlo allí conmigo. No necesitaba nada más. Mi celebración era todo lo que desbordaba de mi pecho al tenerlo cerca.

—Claro, como prefieras. —Me quedé mirándolo—. Insisto en que deberías haberme despertado. Me siento culpable por haberte dejado solo toda la noche en ese estado. ¿Cuándo empezó a dolerte? ¿Fue por...?

Parker sonrió, interrumpiéndome.

—No, esto no es culpa tuya. Tranquila, a veces me pasa. —Soltó aquellas palabras con la mirada baja, posiblemente puesta en nuestras manos entrelazadas—. En la nevera hay yogur, un sándwich y unos bollos dulces que fui a buscar anoche mientras dormías.

—Lo repito: deberías haberme despertado. Fuiste a por comida y yo durmiendo como un

tronco.

Sonrió de nuevo.

—Tranquila.

—¿Quieres que vaya a buscar café antes de salir?

—No, pensaba que podríamos pasar por algún sitio de camino.

—Sí, bien, no hay problema. Desayunamos con lo que tenemos aquí y ya en ruta buscamos una buena dosis de café, aunque quizá deberías tomar otra cosa, que necesitas descansar. Yo conduzco y tú duermes. —Le di un apretón a su mano.

—Odio estar así y ponerte en la obligación de conducir.

—No pasa nada; piensa que de cualquier modo era yo quien debía conducir todo el trayecto.

—Ni siquiera soy buena compañía.

—Me harás feliz si puedes dormir. —Me incliné sobre él y besé sus labios—. Sólo quiero que intentes descansar. No necesito nada más. Deseo que mejores, eso es todo. Iré a darme una ducha, ¿de acuerdo?

Asintió con la cabeza.

Me quedé mirándolo otra vez; el estado en el que se encontraba me partía el corazón.

—Podemos pasar por un hospital, para que te vean —propuse.

—No pueden hacer nada por mí. Tengo mis calmantes. Estaré bien.

—Como quieras, pero que quede claro que no sería un problema llevarte. —Asintió con la cabeza y besé sus labios de nuevo—. Iré a intentar recomponer mi imagen.

—Estás preciosa así —me dijo, poniendo para mí una cara de amor que hizo que me entrasen ganas de comérmelo a besos.

—Sí, claro. —Intenté levantarme y no me lo permitió. Sus manos aferrando mi mano derecha me regresaron a su lado.

—Anoche fue... —Se interrumpió—. Esto contigo es mucho más de lo que tengo derecho a pedir siquiera.

—Parker, por favor... —solté a toda prisa, viendo entristecer su mirada.

—Es cierto.

—Te falta sueño. No sabes lo que dices.

—No esperaba enamorarme de ti. Ni siquiera pensé que pudiese sentir nada por nadie nunca más. Estaba convencido de que me lo habían arrancado todo.

—No, aún estás aquí y yo permaneceré a tu lado. Sea lo que sea lo que vivieras allí, no consiguió acabar contigo porque tu corazón es fuerte. Eres un superviviente, mi milagro —le sonreí—, jamás olvides eso. Todavía puedes sentir y sin duda eres digno de ser querido. —Alcé sus manos hasta mis labios y besé sus nudillos.

—Te amo. Sé que es pronto, que es una locura, y no tienes que responder nada. Con sentirlo ya me basta.

—Parker...

—Si pudiera hacerte entender lo grande y maravilloso que es esto que siento por ti...

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Apreté con fuerza mis labios contra los suyos.

—Tienes que ponerte bien. Te pondrás bien, yo te ayudaré. Pronto estaremos en el bosque y olerás los pinos y la tierra húmeda. Podrás oír el susurro del lago y a las ardillas correteando por el techo... y verás lo malditos que pueden ser los mosquitos —bromeé y sonrió—. Estaremos bien. Cuidaré de ti.

—No quiero que tengas que cuidar de mí.

—En cambio, yo quiero saber que, si te necesito, estarás allí para mí.

—Aquí estaré, a tu lado.

—¿Lo ves? Es lo mismo, Parker. Necesitas descansar, tener paz, lo demás llegará poco a poco. Está ahí, en el horizonte. Llegará, te lo aseguro. Déjame coger parte de tu dolor y de tu cansancio, de tus angustias, y todo será más sencillo.

—¡Como si no hubieses tenido suficiente!

—No, no tenía suficiente y ahora tengo mucho más de lo que creí que tendría. Lo ves, estamos hechos el uno para el otro.

Sonrió.

—¿Ahora me dirás que crees en el destino? Soy mala influencia.

—Terrible. La peor. —Besé sus labios una vez más y me levanté—. Necesito una ducha.

—Desearía poder acompañarte, pero ni siquiera estoy seguro de poder mantenerme en pie.

Apreté los dientes ante su sufrimiento.

—No te preocupes, en la cabaña hay una bañera de las antiguas, es enorme. Allí cabremos los dos.

Una de esas sonrisas sexis que hacían saltar de alegría mi corazón apareció en sus labios.

—Suená bien.

—Sí. Ahora mejor me pongo en movimiento. Cuanto antes partamos, antes llegaremos.

—Todavía me fastidia tener que hacerte conducir.

—Me gusta conducir. Tú relájate, descansa. ¿Necesitas que te alcance algo?

—No, estoy bien.

—Perfecto. Entonces voy a ducharme, que tengo el cabello que es una maraña infame y eso sí es culpa tuya —bromeé y él rio—. No me echés mucho de menos.

—Te echaré muchísimo de menos.

—Intenta resistir. En un momento estoy contigo.

—Aquí estaré, esperándote, como un maldito inválido que no puede ni levantarse de la cama hoy.

—Todos tenemos nuestros días.

Asintió con un parpadeo.

Le sonreí. Di media vuelta y, después de coger mi mochila, me largué al baño.

Me duché lo más rápido que pude, pero mi cabello no me lo puso fácil.

Al regresar a la habitación, lo encontré desayunando un yogur, lo que me dio ánimo. Que tuviese apetito era buena señal.

Me puse a recoger mis pertenencias mientras conversábamos sobre la ruta que íbamos a tomar. Parker quiso ayudarme a poner orden; se lo prohibí. De todas maneras, se me rompió el corazón cuando lo vi padecer al intentar ponerse de pie. No podía pisar con la pierna izquierda y gritó de dolor ante el esfuerzo. Al instante corrí hacia él para socorrerlo. No podía andar solo y tuve que ayudarlo a salir de la habitación. Bajar la escalera hasta el parking resultó un suplicio para él.

Lo primero que hice antes de ir a la recepción a avisar de nuestra partida fue dejarlo a él y nuestras cosas en la autocaravana. A Parker no le quedaron fuerzas para rezongar; sí noté su angustia por sentirse una carga para mí. No era eso, ni nada parecido.

Cuando regresé al vehículo, lo encontré sentado en el asiento del acompañante.

—¿Qué haces ahí? Lárgate a la cama ahora mismo.

—Yolanda...

—No lo repetiré dos veces. Necesitas descansar y no puedes estar sentado aquí con tu pierna dolorida, sólo lo empeorarás todo. Necesitas recostarte y reposar. Al menos tiéndete en el sofá.

—No quiero dejarte.

—No me dejas, Parker. Conozco el camino a la perfección. Sé cómo llegar a la cabaña hasta con los ojos cerrados —exageré, y él puso los ojos en blanco—. Hablo en serio. Anda, te ayudaré a ir hasta la cama. En cuanto encuentre un sitio para comprar café y algo de comer, te avisaré. Tendrías que intentar dormir.

—No quiero.

—No te ayuda ser tan condenadamente cabeza dura. A la cama en este instante. Es una orden.

Se quedó allí sentado, con sus ojos azules sobre mí.

—Ven aquí. —Le tendí mis brazos, aflojando el tono—. Apóyate en mi hombro.

—Odio ser un maldito inválido.

—No digas estupideces, que no lo eres. —Solté un gruñido ante el esfuerzo de ayudarlo a levantarse, porque él puso más de su peso sobre mí del que había puesto antes y su cuerpo era muchísimo más alto y voluminoso que el mío, sin contar con que él tenía músculos que en mi cuerpo ni siquiera debían existir.

—¿Estás bien? Perdona, es que me mata el dolor.

—No te preocupes por mí, puedo contigo. —Acomodé mi cuerpo debajo del suyo para que me fuese posible caminar con su peso encima—. ¿Puedes tomar más calmantes?

—Sí, ahora sí. Tomaré uno en cuanto me acueste.

—Bien, vas entrando en razón. —Sin consultarle nada, me lo llevé directo a la cama que se encontraba al otro lado de la mía. Su mochila había quedado allí en el suelo.

Mientras se acomodaba, le pasé una botella de zumo y esperé a que tomase su pastilla antes de dejarlo.

Tres veces le pregunté si no necesitaba nada más y si no prefería pasar por el hospital. Insistió

en que estaría bien y no me quedó más remedio que confiar en su palabra.

Dejándolo allí atrás solo, me puse al volante para salir a la carretera de nuevo, con el GPS indicándome el camino.

Conduje algunos kilómetros preguntándole cada dos minutos si estaba bien y él contestándome que se pondría bien.

Encontré un lugar que tenía buen aspecto y fui a buscar algo de comer para ambos.

Tomamos aquella especie de *brunch*, él recostado en su litera y yo sentada en la mía.

Al final no me quedó más remedio que volver a dejarlo solo, porque no quería que se me hiciera muy tarde.

Una media hora después, Parker ya no contestaba porque dormía.

Continué conduciendo hacia el horizonte.

Dos horas más tarde me detuve a estirar las piernas y reforzar mi dosis de cafeína en sangre. Fui a revisar su estado y lo encontré durmiendo profundamente. Al tocar su frente noté que ya no estaba caliente.

Regresé al volante y contesté una llamada de Daisy con el manos libres de la autocaravana. A gritos, me cantó el *Cumpleaños feliz* y me dijo que me ponía más vieja y que, en cuanto regresara a casa, me daría mi regalo, porque su idea había sido entregármelo antes de partir a Hawái, pero se lo había olvidado. Le dije que no necesitaba regalarme nada y ella insistió en que me gustaría. Después de pasarle el teléfono a Sandra para que me saludara, se pegó al aparato para preguntarme cómo íbamos Parker y yo, y si habíamos celebrado juntos mi aniversario. Me limité a contarle que habíamos pasado una buena víspera y que en ese momento íbamos de camino a la cabaña. No le expliqué que no le había dicho a Parker que era mi cumpleaños porque sabía que pondría el grito en el cielo.

Le conté que Parker dormía porque no se encontraba bien. Por supuesto, Daisy no tardó en insistir en que debía celebrarlo como correspondía con él. Conversamos unos minutos sobre cómo estaban pasándolo ellas por allí. El hotel era estupendo, según me explicó, y Alicia ya le había echado el ojo a otro. Aun así, se largó de la habitación cuando Daisy la avisó de que me llamarían para felicitarme. Daisy estaba enojada con ella y me costó algunos minutos convencerla de que era comprensible y que no se enfadara con ella.

Daisy se despidió diciéndome que Parker y yo estábamos hechos el uno para el otro y que disfrutase mucho de mi cumpleaños. En cuanto terminé mi conversación con ella, mi teléfono sonó otra vez; eran mi madre y mi padre, para cantarme la misma canción, ella en castellano y él en inglés. Los tres nos emocionamos y tuve que aguantarme las lágrimas mientras me decían lo mucho que les hubiese gustado tenerme en casa ese día.

Poco a poco, mientras charlábamos, fuimos dejando atrás el momento de emoción para hablar de mi viaje y de sus vacaciones. Les expliqué que estaba otra vez de camino hacia la cabaña y que todo iba bien.

Con la tarde avanzando, volví a detenerme. Esa vez, antes de bajar a comprar, fui a ver a

Parker y entre susurros lo llamé para saber si quería comer algo, porque llevaba durmiendo varias horas y no me gustaba que ni comiese ni bebiese nada. Le pregunté si le apetecía algo en particular y él me dijo que le llevase cualquier cosa.

Lo vi comer y beber más dormido que despierto; no insistí en que terminase su comida, porque se notaba que se caía de sueño.

Lo recogí todo y me largué para permitir que continuase recuperándose.

Al volante y con el sol cayendo, continué el trayecto hasta la cabaña, porque yo también me moría de ganas de estar allí... de estar allí con él, para poder disfrutar de paz, tranquilidad y la intimidad que brindaba aquel lugar.

El horizonte, que amenazaba con no permitirme alcanzarlo nunca —sensación que se incrementaba con la siesta de Parker, pues todavía duraba—, no dejaba de preocuparme; al final empezó a materializarse mi objetivo a mi alrededor, por los cambios en el paisaje. Los árboles, de ser verdes salpicaduras al lado del camino, se convirtieron en murallas que lo flanqueaban para esconder a ratos la presencia de la luna, que empezaba a ascender en el cielo.

Con los faros iluminando la calzada, continué en dirección al siguiente pueblo. Necesitaba detenerme para descansar un poco, comer algo y beber bastante café. Todavía me quedaban un par de horas al volante.

El próximo pueblo estaba a menos de unos diez minutos de distancia; sin embargo, la primera casa apareció a mi izquierda; la reconocí al instante, porque todo allí me era familiar, hasta el color de su fachada. La siguieron una gasolinera y las luces al lado del camino, más casas en las afueras. La vida que empezaba a dormirse allí.

Aquel pueblo solía ser tranquilo y todavía más a esa hora de la noche.

Recordaba con exactitud dónde quedaba el restaurante que abría las veinticuatro horas y hacia allí me dirigí, desviándome apenas una calle de la ruta principal.

Pese a que la autocaravana era enorme, no tuve problemas en conseguir dónde aparcarla.

En cuanto apagué el motor, esperé a que la falta de ruido y movimiento lo despertasen; eso no sucedió. Me quedé quieta al volante un instante, esperando verlo aparecer por el pasillo.

Si continuaba mal, lo llevaría directo al hospital.

Me desabroché el cinturón de seguridad y me levanté del asiento.

Las luces bajas del mueble de la cocina estaban encendidas, pero no iluminaban mucho más allá de mis rodillas y mis pies.

—Parker... —lo llamé en voz baja, avanzando en su dirección.

Lo vi tendido en la cama, durmiendo boca arriba y con el brazo izquierdo flexionado para que su mano descansara sobre su pecho.

No parecía tener fiebre. Su rostro tenía un color normal y no estaba sudado.

Abrí el compartimento donde tenía mis cosas y saqué un chaleco, porque, entre el cansancio y el fresco de la noche, sabía que lo necesitaría. Me lo enfundé encima de la sudadera. Lo llamé una vez más mientras subía el cierre.

—Parker, despierta. Todavía no hemos llegado, pero creo que deberías levantarte a comer algo. Parker... —Sus ojos se movieron debajo de sus párpados—. Parker, soy yo, Yolanda.

Me agaché a su lado y en ese momento exacto abrió sus ojos para mí. Me vio y sonrió. Fue una sonrisa remolona, aún un tanto dormida, pero así y todo me hizo muy feliz saberlo despierto.

—Hola. ¿Cómo te encuentras?

—Hola. —Movié la mano derecha hasta el borde de la cama y las mías le facilitaron el viaje, alcanzando la suya a mitad de camino—. ¿Es de noche? —Se pasó la mano izquierda por el rostro.

—Sí.

—Deberías haberme despertado. Llevas horas conduciendo. Tienes cara de cansada.

—Estoy bien y tú no habías pegado ojo en toda la noche. ¿Qué tal estás?

—Creo que necesito más calmantes.

—Entonces, primero a cenar.

—¿Ya hemos llegado? —Trepó un poco por la almohada. Solté su mano y me senté a su lado.

—No, quedan un par de horas de viaje todavía. He parado frente a un restaurante que conozco. A veces me detengo aquí. ¿Puedes bajar o traigo la cena?

—No has debido conducir todos esos kilómetros tú sola.

—No es problema, me encanta. Entonces, ¿qué dices?, ¿bajamos a estirarnos un poco?

—Sí, supongo que sí. Tengo todo el cuerpo entumecido, necesito moverme.

—¿Necesitas que te ayude?

Me miró y suspiró una sonrisa.

—Sí, supongo que sí. Los espacios aquí son un tanto complicados y con mi cuerpo en el estado en el que está...

—Será un placer.

Su mano derecha buscó la mía para darle un apretón.

—Anda, vamos, salgamos, que necesitamos un poco de aire puro y aquí ya huele a bosque. Verás que te sentirás mejor en cuanto salgas.

Alzó mi mano hasta sus labios y besó el dorso.

—No hacen falta las galanterías. Sólo levántate de ahí y acompáñame a comer. Ése es el mayor gesto de amor que me puedes dedicar. —Parker se rio de mis tonterías—. Qué alivio verte despierto. Me moría de preocupación. Pensaba que tendría que llevarte al hospital.

—No, ya he tenido suficiente de hospitales.

—Bien, vamos. —Solté su mano y salí de la litera para ponerme en pie.

Se quejó de dolor al moverse. Toda su cara se contrajo para no exteriorizar por completo, en quejidos, lo que su cuerpo le hacía padecer. Ni falta que hacía ningún sonido para entender lo mucho que le dolía.

Con ambas manos ayudó a su muslo izquierdo a bajar de la cama.

—Despacio. No hay prisa, tómate tu tiempo. No necesitas ponerte en plan duro conmigo.

—No me pongo en plan duro. Me meo —soltó con desparpajo, guiñándome un ojo.

—Ni se te ocurra dejar un charco aquí, ¿me oyes? Que luego lo limpiarás tú.

Se rio.

—Anda, préstame tus hombros para que pueda sostenerme.

—Sí prometes no morderlos —bromeé, porque había tomado cuenta de éstos la noche pasada y la verdad es que no me molestaría en absoluto que volviese a hacerlo.

—No te oí quejarte.

—Yo sí soy dura.

Volvió a reír y me agaché para facilitarle la tarea de ponerse en pie.

Pasó su brazo izquierdo por encima de mis hombros y lo ayudé a enderezarse. Noté que apenas si pisaba con el pie izquierdo.

—¿Listo para ponerte en marcha?

Asintió con la cabeza; sin embargo, no parecía muy convencido.

Él fue dando saltos y yo, intentando sostener el peso de su cuerpo con mi mano en su cintura y la otra agarrando su muñeca, la del brazo que tenía sobre mí.

Medio saltando, un poco renqueando, alcanzamos la puerta, por la cual no podíamos pasar los dos juntos, pues la escalera era demasiado angosta.

—Sostente aquí un segundo, abriré la puerta y...

—No, está bien; puedo salir solo, me sujetaré de los lados.

—No necesitas lastimarte todavía más.

—Yolanda, realmente puedo bajar solo; tú espérame fuera junto a la puerta.

—Bien —rezongué.

La brisa nocturna nos trajo el perfume de los bosques y las montañas que nos rodeaban.

Inspiré hondo.

Descendí los escalones y me volví para verlo bajar. Saltó los escalones con una sola pierna para bajar a la acera, colgándose del borde de la puerta, sin pestañear siquiera. Aparecí a su lado para ayudarlo a sostenerse.

—Huele increíble —exclamó, y se me puso la piel de gallina—. Llevo mucho sin ver tanto verde. El aire es completamente distinto aquí.

—Lo es. —Di un paso con él a mi lado y cerré la puerta.

—Allí hay montañas, pero todo son rocas. —Giró su rostro en mi dirección—. Creía que nunca saldría de allí y con eso no me refiero a abandonar Afganistán de forma física. —Negó despacio con la cabeza, sin apartar sus ojos de los míos—. Me refiero a dejar la guerra lejos de mí al menos por un rato. —Efectuó una pausa—. Consigues que logre alejarme de aquellas montañas, de esas calles. Era un constante sentir mi uniforme sobre mí, la presión del chaleco sobre mi pecho, el peso del arma sobre mi hombro... —Movié la mirada hasta la colina cubierta de árboles que se alzaba al final de la calle, unos cincuenta metros más allá del restaurante—. Es increíble, tan

pacífico, tan bonito... ¡y está tan vivo! Es como si, en vez de ser países diferentes, fuesen dos mundos distintos.

—Quédate aquí en mi mundo, Parker —fue lo único que atiné a decirle, porque sus ojos se entristecieron y a mí se me atoraron todas las lágrimas en la garganta.

—Tenemos que hablar.

—Primero tienes que comer. Ya me contarás todo lo que tengas que contarme, Parker, pero cuando llegemos, con calma. Todo estará bien.

—Es que...

Lo interrumpí besando sus labios. No quería que se angustiase aún más, suficiente tenía con el dolor.

—Luego. Tenemos tiempo.

—Yolanda, yo...

Mis dedos volaron hasta sus labios, impidiéndole decir nada más.

—Vamos. —Agarré su brazo izquierdo y lo colgué de mis hombros—. Me muero de hambre, ¿tú no?

—Sí. Escucha, quizá deberíamos pasar la noche en algún establecimiento de por aquí. No puedo conducir y llevas horas al volante.

—No pasa nada; en cuanto cene, estaré mejor.

—Yolanda...

—De verdad que estoy perfectamente —le aseguré mientras continuábamos avanzando de camino a la entrada del local—. Además, anhelo llegar. Quiero que veas la cabaña. El lugar es increíble. Tenemos el lago a unos pasos. ¿Te he hablado del mirador?

Parker negó con la cabeza.

—Hay un mirador construido en un árbol... Es como una casita de árbol pero para adultos, para ver las estrellas. Es estupendo. Andrew mandó construirlo cuando Daisy era pequeña. Lo remodeló hace unos años y quedó estupendo. Subiremos allí con el telescopio... —Parker hizo una mueca que interpreté al instante—... cuando te encuentres mejor.

Anduvimos unos pasos más. Una pareja salió del restaurante y se dirigió hacia un automóvil aparcado más adelante en la calle.

—¿Has tenido un viaje tranquilo hasta aquí?

—Sí, no he encontrado mucho tráfico. Esto no es Los Ángeles.

—No. —Rio medio sin ganas.

—Relájate, ¿de acuerdo? Ha estado bien. Piensa que en unas horas habremos llegado y podrás descansar de verdad.

Nos aproximamos a la entrada. Parker insistió, con gestos, en soltarse de mis hombros. Entre renqueando y saltando otra vez, se adelantó a mí para abrirme la puerta. En cuanto tiró de ésta, me rodeó un tentador aroma a comida pese a que el restaurante tenía doble puerta, que supuse que era para que no se colase al interior el frío de fuera en invierno.

Me cedió el paso y aproveché para adelantarme y abrir la segunda puerta para él. Al darme la vuelta después de poner un pie dentro del local, lo vi parado allí, aún con la manija de la primera puerta en la mano, mirando en dirección a la calle.

—¿Todo va bien?

Mi voz debió de sorprenderlo, porque su cuerpo pegó una sacudida. Giró su rostro en mi dirección.

—Sí, todo bien.

Me bastó con una mirada para comprender que no era así.

Andando con dificultad, entró, permitiendo que la puerta se cerrase tras su espalda. Al alcanzarme, le ofrecí mis hombros una vez más, pero me dijo que podía solo.

El lugar estaba bastante concurrido, de modo que no nos quedaron muchas opciones de mesa para elegir. Fuimos hasta la más próxima, en mitad del salón hacia la izquierda, no muy lejos de la puerta de entrada.

El exquisito olor a comida me hizo crujir las tripas.

No habíamos terminado de sentarnos cuando una camarera muy jovencita ya se nos aproximaba con una jarra de agua en las manos para darnos la bienvenida.

Rellenó nuestros vasos mientras iba relatando las especialidades de la noche con un tono cantarín y un tanto entusiasta en exceso para mi cansancio.

Sus palabras, básicamente, me entraron por una oreja y me salieron por la otra, y creo que Parker ni siquiera la oyó. Por suerte, capté que explicó que todo estaba en el menú, incluidos los platos especiales de aquella noche.

La chica, al final, se retiró, diciéndonos que regresaría en un momento para tomar nota de nuestro pedido. Alcé mi carta y Parker la suya.

—No he escuchado ni una palabra de lo que ha dicho, pero me tienta todo. ¿Qué te apetece?

—No sé, no tengo ni idea. —Cogió su vaso y bebió un largo sorbo. Luego desvió la vista hacia un lado; una camarera acababa de pasar con una bandeja cargada de platos—. Todo tiene buena pinta.

—La comida es buena, al menos lo era la última vez que estuve aquí.

Me sonrió y bajó la mirada hacia su menú otra vez.

La camarera regresó y nos tomó nota. Tuve que contenerme para no pedir la carta completa, porque, con el hambre que tenía, todo me apetecía.

Nos quedamos un momento en silencio. Lo vi atisbar hacia fuera.

Busqué su mano y él regresó su mirada a mí.

—¿Te ha sentado bien descansar?

—Sí, estoy un poco mejor.

—Las camas de la autocaravana no son lo más cómodo...

—Igual ha estado bien.

—Estoy feliz de tenerte aquí. —Tenía la impresión de que necesitaba escucharlo otra vez.

Sus dedos se prendieron de los míos.

Nos pusimos a conversar. Le conté cosas sobre el sitio donde nos encontrábamos, sobre los alrededores y sobre las actividades que había para hacer cerca de donde estaba la cabaña. Nuestra comida llegó y yo la atacé con ganas. Parker no fue tan efusivo. Parecía distraído; movía la comida de un lado al otro del plato y cada tanto miraba hacia fuera. Le pregunté algunas veces si todo iba bien y en todas las ocasiones me contestó que sí.

Cenamos y, después de una buena dosis de café y de discutir por quién pagaría la cuenta —al final terminó pagándola él—, regresamos a la autocaravana.

Parker se acomodó a mi lado, en el asiento del acompañante.

Antes de volver a la carretera, puse a hacer más café y me cambié los *shorts* vaqueros por unos pantalones de pijama más cómodos y calientes.

La noche se tornó más cerrada y el tráfico, escaso. De cualquier modo, me mantuve alerta y Parker también, escaneando la ruta hacia todos lados, como si esperase que algún coche apareciese por arte de magia por delante o por detrás de nosotros.

A la hora de conducir, nos detuvimos en una estación de servicio para estirar un poco las piernas y para que yo pudiese orinar, porque ya no me aguantaba.

Regresé al volante con Parker preguntándome cada cinco minutos si estaba bien.

—Sí, ya deja de preguntarlo. No falta nada para llegar.

—Pareces agotada.

—Tú también tienes mala cara.

—No es broma.

—Mañana dormiré hasta tarde.

—Te lo mereces. Tienes mucho aguante.

—Lo ves, soy más dura de lo que aparento. —Me sonrió y se quedó observándome—. ¿Qué? —le pregunté al notar que no me quitaba los ojos de encima. Meneó la cabeza y volvió la vista al frente—. ¿Puedo contarte algo sin que te enfades? —le pregunté, fisgando en su dirección.

—¿Sin que me enfade?

—Sí... Estoy casi segura de que lo harás, por no habértelo contado antes.

—¿Qué podrías decirme tú que me hiciera enfadar?

—¿Que hoy es mi cumpleaños? Todavía me quedan unos minutos.

—¿Qué?! —estalló.

—Lo ves, sabía que te enfadarías.

—¡Yolanda!

—No grites, no es preciso. Estoy aquí a tu lado. —Reí.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque estaba preocupada por ti.

—¡Perfecto! Eso hace que me sienta muchísimo mejor —resopló con sarcasmo.

—No tengo por costumbre celebrar mis cumpleaños. No me gusta hacerlo. De todas maneras,

que no te quepa duda de que éste ha sido muy especial. Entré en mi aniversario del mejor modo posible.

—Yolanda... —gimió mi nombre, como si también le doliese.

—Está bien, de verdad, no es problema. Sólo te lo digo ahora porque quedan unos minutos y quería que supieras que eres el mejor regalo de cumpleaños que podría pedir. —Sacudió la cabeza, negando—. Es cierto. Me hace muy feliz estar contigo, oírte decirme que... —desvié la mirada hacia él—... oírte decirme que me amas. Para alguien que no cree en la magia, eso es jodidamente mágico, te lo aseguro.

—No puedo creer que te hayas pasado todo el día de tu cumpleaños conduciendo, y yo tirado allí atrás como un vegetal. Incluso durante la cena...

—Que has pagado. Ése también ha sido buen regalo de cumple.

—Debería haber pedido una tarta.

Se me escapó una carcajada.

—¿De dónde podrías haber sacado una a esa hora?

—Al menos una porción de *pie*... no sé, algo... Tendría que haberte buscado una vela para soplar. —Volví a reír—. Gracias a mí has tenido un cumpleaños... —Enmudeció—. Te lo compensaré mañana.

—No hace falta.

—¡Claro que sí! Era tu cumpleaños y me has permitido arruinarlo.

—No lo has arruinado, aún estás conmigo. —Levanté mi mano derecha del volante y la tendí en su dirección, buscando su izquierda. Nuestros dedos se entrelazaron una vez más.

—Igualmente.

—No te lo he contado para que te sientas culpable, sino para que sepas que eres... —Lo miré un segundo.

—Soy como un grano en el culo.

—Sí, uno del que me estoy enamorando. Así de mal va esto —bromeé.

Me miró sin decir nada.

—Juro que te lo compensaré mañana.

—Tienes muchos días para compensármelo. —Le guiñé un ojo y regresé la mano al volante—. Más te vale que lo hagas.

Sonriéndome, meneó la cabeza.

—Compraré una tarta y brindaremos y te compraré un regalo. ¿Qué se le regala a una astrofísica?

—Me conformo con un planeta. Podrías intentar que alguien le pusiera mi nombre a una estrella.

—¿Eso se compra *online*? —bromeó.

Le tiré un golpe juguetón.

—No necesitas darme nada. Me da vergüenza recibir regalos de cumpleaños.

—¿Vergüenza?

—Sí, porque no estoy acostumbrada. Gran parte de mis cumpleaños los pasé en el hospital.

—Dudo que yo sea una buena compensación por todo aquello que no tuviste.

—Lo eres. ¿Puedo contarte algo un tanto incómodo?

—¿Es momento para confesiones?

—No es una confesión, es hacerte entender que eres importante para mí, que todo esto que vivo contigo lo es.

—Bien, te escucho. No sé qué puedes contarme que haga que se me pase este asco que siento por mí mismo en este instante por haber dormido durante todo tu cumpleaños.

—Mi primera vez fue en una cama de hospital y el chico en cuestión era un enfermo terminal de leucemia.

Sentí su mirada fija sobre mí; no parpadeaba y tenía cara de horror.

—Yolanda...

—Y mi último novio era narcisista, pedante, un idiota acomplejado porque su coeficiente intelectual era menor que el mío —le expliqué, riendo, pero él no se rio—. Definitivamente, eres una mejora considerable a mi primera y última relación.

Su expresión de horror no aflojó, pese a que intenté hacerlo sonreír.

—Parker, cambia esa cara, que ahora me siento mal por habértelo contado. No lo he dicho para darte pena.

—¿Es cierto?

—Sí, le molestaba lo indecible que su coeficiente fuese menor que el mío —intenté bromear otra vez.

—Digo lo de tu primera vez con ese chico.

—Mike. Sí, es cierto. Él estaba muy mal. Nos hicimos amigos y después novios... Los dos internados en el mismo hospital, muy romántico.

—Yolanda, yo no sé qué...

—Son cosas de la vida. Creímos que ninguno de los dos saldría de allí y entonces tomamos la decisión de hacerlo. Él era un año mayor que yo. Su hermano nos consiguió preservativos. Usamos sólo uno. —Le sonreí y sonreí al recordar aquel momento, que era una mezcla de sentimientos entre tristes y muy felices—. Lo organizamos todo a la perfección, pues los dos sabíamos de memoria la rutina de las enfermeras. Vino a mi habitación. Fue un momento muy torpe, con un enredo de tubos y vías, debido a su medicación y la mía. —Tragué saliva—. Mike murió cinco semanas más tarde.

Nos quedamos en silencio.

Todavía entonces me pesaba no haber podido asistir a su funeral y haber sido incapaz, tras salir por fin con el alta médica, de ir a visitar su tumba. Su muerte era un hecho que hasta ese día me costaba acabar de procesar.

—A ti no te dejaré partir con tanta facilidad. Ni lo sueñes —bromeé, volviéndome hacia él.

—Soy un asco.

—No, claro que no. Me diste una noche estupenda; ha sido la mejor víspera de cumpleaños que he tenido jamás.

—Aun así.

—Bueno... para que te quedes tranquilo, mañana me compras una tarta y globos. Ah, y una buena botella de *champagne*.

—Considéralo hecho —contestó, recuperando un poco de su sonrisa.

17
Sobrevivir

—Y, bien, ¿qué te parece? —me preguntó Yolanda tras apagar el motor, después de colocar la autocaravana en el camino frente a la cabaña. Las luces del vehículo aún continuaban encendidas, iluminando la fachada.

Cada vez que había dicho «cabaña», yo había imaginado una casita rústica de campo; es decir, unos pocos metros cuadrados contenidos debajo de un techo a dos aguas, con ventanas y un porche, todo de simple madera.

Pues sí, era de madera; sin embargo, de simple no tenía nada ni tampoco eran unos pocos metros cuadrados, sino probablemente un centenar. No me había equivocado con lo del techo a dos aguas, pero sí con la cantidad de techos, pues a la cabaña le sobresalían estructuras por todas partes y más parecía un castillo de madera en constante expansión que una casita en el bosque. La vivienda debía de haber crecido con éste tanto hacia arriba como hacia los lados, puesto que el porche se extendía por detrás en una terraza que parecía como si se terminase donde empezaba el lago, o al menos esa impresión me dio desde allí.

—Es... —Aparté los ojos del edificio y la miré—. Esperaba una simple cabaña.

Sonrió.

—Es una simple cabaña grande —replicó, pícara.

—En vez de alistarme en el Ejército, debería haber sido profesor de astrofísica.

Yolanda rio con ganas.

—No te lo recomiendo. Andrew heredó esta propiedad de su padre. Toda su familia es de aquí, tienen tierras por todo el estado. Los hermanos de Andrew aún manejan las empresas familiares; el padre de Daisy fue el único en salirse del camino familiar para dedicarse a algo diferente.

—Eso lo explica.

—Bajemos. Querrás verlo todo. El lugar es increíble.

—Sí, ya lo veo. Andrew es muy generoso contigo por permitirte venir aquí.

—Es como parte de mi familia.

—Me encantaría tener un tío así de generoso. —Uno que tuviese unos billetes de sobra para poder cubrir mi deuda.

—Andando. —Se quitó el cinturón de seguridad y se levantó—. ¿Necesitas que te eche una mano?

Negué con la cabeza. Mi última dosis de analgésicos había ayudado a que el dolor de las patadas en mi pierna remitiese un poco, lo suficiente como para mantenerme en pie. Además, no

quería que tuviese que continuar cargándome.

Mi cerebro me recordó que no podía seguir a su lado sin contarle la verdad, pero, cada vez que la veía mirarme, sonreírme y decirme lo feliz que se sentía de tenerme allí, me aplastaba la culpa de un modo tal que ni ganas me daban de abrir la boca.

Tenía que conseguir el dinero e intentar acabar con eso. No podía permitir que llegasen a ella, que se le aproximasen siquiera.

Sosteniéndome del asiento que ella acababa de dejar libre y del mío, me impulsé hacia arriba, tragándome los quejidos de mi pierna ante el esfuerzo de tener que soportar otra vez el peso de mi cuerpo.

Yolanda se volvió hacia atrás. Forcé una sonrisa.

—¿Vas bien?

—Mejor, sí.

—¿Quieres que lleve tus cosas? Creo que puedo con todo y, si no, haré un par de viajes. Tú todavía necesitas descansar.

—No, tranquila. Puedo hacerlo.

Yolanda fue a por su equipaje, y yo, a por el mío. Bajar los escalones de la autocaravana me resultó un suplicio y, en cuanto divisé los que ascendían hasta el porche, me arrepentí de haber dicho que podía con el peso de mis pertenencias.

Con el vehículo todavía abierto y con las luces encendidas para iluminar la entrada, remontamos el corto tramo de camino que nos separaba de la escalera que ascendía al porche. Yolanda fue por delante. Las luces se encendieron para ella. Debía de haber algún detector de movimiento instalado en alguna parte. Al ir tras ella, lo vi en la esquina derecha del techo del porche. No vi cámaras de seguridad, lo que lamenté. Allí estábamos demasiado solos. Los vecinos más próximos habían quedado atrás, a unos cinco minutos en coche de donde nos encontrábamos, y el centro del pueblo más cercano estaba a un cuarto de hora.

Las llaves tintinearón en su mano.

Preocupado, tomé nota de la cantidad de ventanas fácilmente accesibles. La puerta tampoco era gran cosa.

Yolanda se asomó hacia atrás por encima de su hombro derecho, buscándome. Sonreía.

Qué magnífico regalo de cumpleaños era yo.

—Entremos y te pones cómodo. Yo iré a por el resto de las cosas, que tengo una caja con víveres en la autocaravana, pues en ocasiones me da mucha pereza conducir hasta el pueblo.

—¿Cuántas veces te has quedado aquí sola? Este lugar está bastante aislado, lejos de todo.

Empujó la puerta y las luces del interior se encendieron; a través de la ventana, vi un par de lámparas que colgaban del techo, iluminando alfombras y sofás, así como algunas de pie que custodiaban pilas de libros situadas sobre mesas de apoyo aquí y allí, además de unos focos sobre una gran chimenea que debía de ser tan alta como yo.

—No sé, he perdido la cuenta. A veces me escapo cuando necesito trabajar y estoy estancada.

La tranquilidad de aquí me sienta bien. En invierno es precioso. En una ocasión se acumuló tanta nieve fuera que no salí durante dos días.

—¿Nadie vino a por ti?

—Las comunicaciones estaban muy complicadas y yo me encontraba bien. No hubo necesidad.

—¿No vino la policía a ver si necesitabas ayuda?

—Llegaron al día siguiente, porque no sabían que yo estaba aquí. Pensaron que la casa estaba vacía.

No pude decidir si era peor tener a la policía así de lejos o que pasasen por ahí cada tanto para ver cómo iba todo.

—¿Qué pasa?, ¿por qué pones esa cara? Anda, entremos. —Su mano todavía sujetaba la manija de la puerta. Ni ella ni yo nos habíamos movido un solo paso de donde nos encontrábamos cuando la abrió.

No contesté.

—Parker... —Se quedó mirándome, con el rostro cubierto de una densa capa de nubes, de la cual no quería ser responsable.

Yolanda arrojó sus cosas dentro a un lado de la puerta y se movió hasta a mí.

—Tomémonos esto con calma, ¿de acuerdo? —Su mano derecha vino a apoyarse al costado de mi cuello en mi lado izquierdo—. Si quieres irte ahora, tan sólo tienes que... —Se le cortó la voz—. Puedo llevarte al pueblo...

—No quiero irme. Incluso aunque sé que debería. Solamente te traeré problemas y no estoy jugando al decirte esto, es real.

—¿Qué clase de problemas? ¿Acaso serías capaz de lastimarme? ¿Lo dices por lo de la mañana en que te desperté de una patada en la cama? Lo siento, estaba cabreada, celosa. No volveré a hacer nada igual. Ahora soy consciente que tus pesadillas...

—No es por mis pesadillas. Soy un lastre, Yolanda, y no lo digo exclusivamente porque, por culpa de mi pierna, muy a menudo quedo convertido en una masa de huesos y músculos inservible. Desde que llegué no he conseguido conservar un trabajo. Vivo de una pensión y... —Tuve que detenerme, porque me quedé sin aliento; a mis pulmones les costaba trabajar y eso se debía a la presión que las verdades ocultas ejercían en mi pecho—. Lo que soy es lo que solía hacer. No sé hacer otra cosa. Aquello era mi vida y, al final, resultó que ni siquiera era bueno para eso.

Yolanda, súbitamente, acortó la distancia entre nosotros para plantarse ante mí con sus labios a escasos centímetros de los míos.

—No digas eso —susurró, acariciando mis labios con sus palabras.

—Es la verdad. Soy responsable...

—Todos somos responsables de lo que hacemos y dejamos de hacer. Los desaciertos son un mal de quienes se atreven a tomar decisiones.

—Era responsable de mis hombres.

—Parker...

—Temo no poder cuidar de ti. —Nada más que la verdad. El detalle era que ella no tenía ni idea de por qué debía cuidarla.

—Puedo cuidarme sola.

Mi cabeza se movió despacio de un lado al otro. Ella frenó mi movimiento tocando mis labios con los suyos.

—Lo único que he hecho hasta ahora, desde que regresé, ha sido sobrevivir.

—Pues ahora volverás a vivir. —Sus ojos se clavaron en mí—. Quieres vivir, ¿sí o no? Es tu decisión. Ya sobreviviste una vez, toca que elijas si quieres vivir o no. Estoy aquí sin importar todo lo demás, Parker.

Yo continuaba permitiendo que me llamase así.

Inspiré hondo.

—No quiero dejarte ir, pero, si no quieres quedarte aquí, no te obligaré. —Se apartó un poco de mí, quitando su rostro de encima de mí.

Lo último que quería era perderla.

Lo último que quería era lastimarla.

Yolanda se quedó observándome.

La mochila y mi bolsa de viaje pesaban sobre mi espalda. Mis manos no tenían la suficiente fuerza y, sin embargo...

Inspiré el olor del bosque, el perfume de Yolanda rodeándome.

Fue mi responsabilidad dar un paso al frente. Mis manos fueron hasta su cuello.

—Me has traído a la vida otra vez —articulé frente a su boca—. ¿Cómo podría querer dejarte?

Mi boca se la llevó por delante. A tropezones, entramos en la cabaña. Solté mis cosas en el suelo, sin poder parar de besarla y tocarla.

Vi que el interior de la vivienda no era cualquier interior. Allí dentro, se palpaba el lujo y el dinero. Me importó una mierda todo; lo único de valor allí, para mí, era ella. La necesitaba, la amaba y, más que nada en el mundo, quería que me quisiera, quería merecerla y hacerla feliz. Quería ser su milagro de verdad, porque ella sin duda era el mío.

No le puse freno a lo que las manos de ambos comenzaron. Le arranqué el chaleco, y ella, mi sudadera. Dimos contra una mesa y todo se sacudió. La despojé de la sudadera y me quité mi camiseta.

La puerta había quedado abierta, y las luces de la autocaravana, encendidas. A ninguno de los dos nos importó. Nuestra necesidad del otro se lo llevó todo por delante. Un tanto a tirones, entre besos que nos robaban el aliento, acabamos desparramados en una alfombra.

Sus dedos se clavaron en mi espalda. Mis manos requisaron todo su cuerpo. Tocarla era el mismísimo placer.

Mi cabeza era un caos debido a tantas cosas que intentaba procesar: la necesidad, el deseo, el amor, mi vergüenza, su pasado, el mío. Antes de conocerla, cuando mi mente entraba en esa vorágine, no podía sentir más que confusión; a partir de estar con ella, lo experimentaba todo, lo

vivía dentro de mí, en las puntas de los dedos, en mi lengua tocando la suya, en sus pezones duros debajo de mi pecho, en sus caderas chocando contra las mías, en su calor y su humedad impactando en mí como dardos.

Sus gemidos sonaron en mi oído bueno.

Yolanda me pedía más.

Yolanda llamándome una y otra vez por aquel nombre...

Los dos íbamos a estallar allí dentro y la cabaña se incendiaría, todo se terminaría.

Con la voz entrecortada, me dijo que no me fuera, que me quedara con ella. Se prendió a mí con todo su cuerpo.

Me empujé todavía más dentro de ella.

Con Yolanda, eso era único; hacía que mi cuerpo volviese a ser el de antes de la explosión. Con ella me sentía completo de nuevo, en cuerpo y alma..., entero, no solamente trozos desgarrados de mí. Ella me reconstruía una y otra vez con sus jadeos, con sus miradas.

Su espalda dio un latigazo, todo su cuerpo se tensó debajo del mío. Su placer hizo volar en miles de pedazos el mío, provocando una tremenda onda expansiva que se dispersó en todas direcciones.

Mis labios la buscaron al instante.

—Te amo —le dije tras encontrar su mirada. Quería que me mirase a la cara al decírselo, porque ése era yo, no Parker. Solamente yo.

Yolanda se enredó en mí. Yo todavía estaba en su interior.

Comenzó a besarme.

—Estamos vivos. —Me besó—. Estamos vivos. —Sus labios tomaron los míos. Repitió aquello durante una eternidad, entre beso y beso, entre caricia y caricia, con mis dedos hundidos en su cabello, con sus manos sobre mí, tocándome como nadie podría para llevarme al éxtasis.

No tengo ni idea de cuándo tiempo pasamos allí tendidos, compartiendo un solo cuerpo.

Cuando noté que su respiración se tornaba pesada. La envié a la cama diciéndole que yo había dormido demasiado durante el día y que todavía me quedaban energías para terminar de traer el resto de las cosas de la autocaravana.

Yolanda se ofreció a ayudarme, pero, ante mi primera negativa, se marchó escaleras arriba, hacia el cuarto principal.

Mi objetivo no era únicamente entrar las cosas que quedaban en el vehículo y cerrarlo. Hice eso y, además, fui a echar un vistazo por los alrededores para reconocer el terreno, porque eso podía transformarse en mi próximo campo de batalla y pretendía estar preparado. No volvería a perder a nadie más.

La mañana me atrapó revisando las ventanas, pasando las trabas en todas, reconociendo puertas, escaleras y recovecos. De la cocina, cogí unos cuantos cuchillos con aspecto afilado y los escondí en puntos estratégicos alrededor de toda la casa.

Fuera había descubierto un cobertizo que estaba cerrado con candado. Busqué las llaves y

también encontré las de un pequeño muelle cubierto. Fui a echar un vistazo, allí dentro había una lancha y varios bidones de gasolina. En el cobertizo había herramientas varias que también podían ser útiles.

Pese a que el cansancio atenazaba mi cerebro, otra vez conseguí formar en mi cabeza un par de planes de contingencia.

No le tocarían un solo cabello a Yolanda, eso se lo podía asegurar.

Con la mañana ya aclarando las copas de los pinos, fui a rendirme a su lado, quitándome toda mi ropa para poder sentir su piel en mí una vez más.

Me cubrí con las sábanas y mantas y esperé un momento antes de moverme hacia ella sobre aquella inmensa cama. Cuando estuve seguro de que no me había sentido llegar y como si llevase horas durmiendo a su lado, rodé hasta ella y la abracé por la espalda.

Cerré los ojos e inspiré hondo sobre su nuca. Yolanda se removió un poco entre mis brazos, solamente para terminar de acoplar mi cuerpo al suyo.

Caí rendido, cubriéndola.

Lo que quedaba de mi cuerpo era de ella. Sería su escudo, su chaleco antibalas, todo lo que la vida me permitiese ser para ella.

Interrumpiendo el silencio

De puntillas, rodeé la cama en dirección a la puerta. Las tablas del suelo crujieron un poco ante mi peso, pero Parker no se despertó. Su respiración continuaba profunda y pesada. No tenía ni idea de a qué hora se había metido en la cama; sí lo había notado removerse ansioso a mi lado una media hora atrás y por eso me había despertado.

Sus pesadillas iban a por él, agitando su respiración, haciéndolo sudar.

Entre susurros, le había hablado. No quería despertarlo, sólo lograr que se calmara.

No paraba de preocuparme su estado y todo lo que había vivido hasta ese día, y no entendía qué hacía lejos de su familia cuando más la necesitaba, ni qué hacían ellos lejos de él, porque, por más que no les pidiera ayuda, debían de tener muy claro el estado en el que un soldado regresaba a casa tras haber pasado por lo que él había pasado.

En ocasiones no tienes que esperar a que te pidan ayuda para darla, sólo tienes que estar allí y nada más.

Le eché un último vistazo y salí de la habitación en penumbras, entornando la puerta.

Una vez en el pasillo, pisé tranquila. La casa era lo suficientemente grande como para absorber todos los sonidos y, con el bosque rodeándonos, allí cualquier ruido del interior se camuflaba con los que se filtraban desde fuera: el canto de los pájaros, el susurro del viento entre los árboles, el movimiento lejano del agua chocando contra el muelle sin demasiada intención, solamente delimitando su espacio, tentando a la tierra...

Llegué abajo y vi que Parker había acomodado nuestro equipaje a un lado de la escalera. Mi ropa estaba sobre uno de los sofás más próximos.

Busqué el cargador en la mochila y fui a rescatar mi móvil del bolsillo de mi chaleco. Todavía le quedaba algo de batería, así que aproveché para enviar un mensaje a mi madre.

Con el sol que entraba por las ventanas para acariciar las tablas del suelo de madera color canela, me alejé en dirección a la cocina. Pasaba de media mañana, por no decir que era ya casi mediodía, y mi estómago demandaba atención.

Incluso antes de entrar en la cocina vi la caja con víveres sobre la mesa. Parker había ido a buscarla la noche pasada, después de que me acostara. En unas bolsas de papel estaba el resto de la comida que tenía en la autocaravana.

Lo adoré por haberse tomado la molestia de traerlo todo.

Cogí las bolsas de papel y rodeé la barra para ir a colocarlo todo en su sitio y luego preparar algo de café.

Dejé las bolsas sobre la encimera y abrí la nevera. Parker también había traído la leche, el zumo, las bebidas y el resto de los alimentos que necesitaban refrigeración.

Cargué la cafetera y la encendí.

Puse la radio y fui a por la caja para colocarlo todo y preparar el desayuno, almuerzo o lo que fuese.

Las noticias, por suerte, no eran gran cosa, lo mismo de todos los días; sin embargo, agradecí cuando pusieron música.

Preparé *hotcakes* y me serví cereales, que mezclé con fruta fresca.

Dejé huevos revueltos cerca del calor del fuego para que Parker los tuviese listos para el desayuno.

Después de un par de temas musicales, pasaron el parte meteorológico; el mal tiempo avanzaba hacia la región. Se pronosticaban fuertes lluvias.

No era que la lluvia me molestase, pero, con el lago tan cerca y tantos lugares bonitos que mostrarle a Parker, hubiese preferido tener por delante días soleados.

«Bien, nos quedaremos dentro», pensé, sonriendo. Ése tampoco era tan mal plan. Parker hacía que estar con él fuese simplemente sublime. Bastaba con que me mirase para que todo mi cuerpo entrara en combustión por él.

Lavé el cuenco en el que había comido los cereales y, ya con todo en su sitio y sin mucho más que hacer allí dentro, me serví una taza de café y salí a disfrutar del sol. Deseaba tener a Parker en ese instante conmigo; sin embargo, despertarlo me parecía criminal. Su sueño era demasiado inestable y me daba la impresión de que llevaba mucho tiempo sin dormir de verdad.

Si no despertaba en una hora, lo levantaría para que luego no le costase conciliar el sueño por la noche.

Busqué mi libro y, con mi taza de café en la mano, salí a la terraza posterior.

Saqué una de las tumbonas del porche a la terraza y me instalé a disfrutar de aquel lugar tan único.

A la media hora tuve que sacarme la sudadera, porque el sol estaba fuerte y me moría de calor. Me anudé el cabello en lo alto de la cabeza y me dispuse a lo que nunca hacía: intentar coger un poco de color.

Cerré el libro y le di la cara al sol para entrar en un delicioso sopor de calma.

Me perdí en el brillo dorado intenso detrás de mis párpados que era el sol bailoteando entre las copas de los árboles.

El viento me hizo cosquillas en las piernas desnudas. El sol calentó mis *shorts*. Los pelos se soltaron de la nuca y se humedecieron de sudor.

Los párpados eran el arrullo perfecto para completar esa forma única de silencio, esa que está poblada de sonidos agradables que llevan al cerebro a un estado de desconexión total, igual que si en realidad mis oídos no estuviesen captando nada.

Poco faltaba para que me quedase dormida... poco, casi nada... hasta que oí unos pasos

interrumpiendo el silencio.

Abrí los ojos y, todavía adormilada, me di la vuelta sobre la tumbona, esperando encontrar a Parker caminando en mi dirección. Mi cerebro tardó en reaccionar frente a lo que mis ojos captaban desde hacía unos segundos. El hombre que avanzaba por el porche en el lado derecho de la casa no era Parker.

Intenté no asustarme, pero no lo logré. El sujeto me sonreía como si me conociera de toda la vida. Sin detenerse, se quitó las gafas de sol y las guardó en el bolsillo interior de su chaqueta negra. Por un instante, aunque quizá fuese una idea equivocada, lo asocié con Parker, porque tenía el aspecto de un soldado: muy buena complexión física, alto, pelo cortado casi al rape, rostro duro y mirada imperturbable. Mi cerebro me dijo que quizá fuese un conocido suyo. Parker en ningún momento me había avisado de que se hubiese puesto en contacto con nadie, pero, después de todo, la noche anterior él se había acostado mucho más tarde que yo y aún no había despertado.

Su hermano no era, pues no les encontré ni pizca de parecido. ¿Algún excompañero?

Me puse en pie.

—Hola, buenas tardes —me saludó alegremente. La distancia entre nosotros se acortó todavía más.

Procuré no mostrarme todo lo incómoda que estaba ante la presencia de un desconocido allí, sobre todo porque éste continuaba su avance, en ese instante por la terraza, como si estuviese en su casa o como si se sintiese con el derecho de reclamar como suyo todo lo que lo rodeaba.

—Hola. ¿Qué puedo hacer por usted?

Su sonrisa se ensanchó y no comprendí a cuenta de qué.

Las botas de tipo de combate que llevaba hicieron vibrar el suelo de madera de la terraza; lo noté debajo de mis pies e incluso en las rodillas.

—¡Qué estupendo lugar! —exclamó, alzando una de sus manos hacia el paisaje situado detrás de mí.

Lo conocía de sobra. Ni siquiera se me ocurrió girar un poco la cabeza, no iba a perderlo de vista.

Deseé que Parker saliera por la puerta exterior en ese instante.

Espié sutilmente en dirección a las puertas acristaladas que daban a la sala de estar; desde allí se veía casi todo el interior, y ni rastro de Parker; debía continuar arriba, durmiendo. No me atreví a alzar los ojos hasta la terraza un piso por encima de donde me encontraba, porque el tipejo estaba a tres metros de mí.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Es la casa de los Hardy, ¿no es así? Debe de serlo. Me adelantaron que era una propiedad estupenda, pero no tenía ni idea de que lo fuera tanto. ¡Qué vistas! Este sitio es el paraíso. —Sin esperar una respuesta, pasó junto a mí para detenerse en la barandilla que daba a la escalera que descendía hasta el terreno y, de allí, al lago—. Es una maravilla —cerró los ojos— lo bien que huele aquí.

Despacio, giró la cabeza en mi dirección.

—Debes de ser su hija menor, imagino. Marissa, ¿no es así?

—No. Disculpe, creo que se ha equivocado de casa.

—¿Sí? —Sus cejas treparon por su frente. Giró otra vez para enfrenar el lago—. Estaba convencido de que ésta sería la casa. Me comentaron que era la casa más bonita y he supuesto que se trataba de ésta. Me he dejado llevar. —Posó las manos sobre la barandilla—. Disfrutas de unas vistas increíbles aquí. Un lujo. —Sus manos se quedaron posadas donde estaban; espió en mi dirección—. Tienes una propiedad estupenda. Te envidio. A mí me encantaría despertar cada día en una casa así. —Se volvió un poco en dirección al edificio, conservando su mano derecha sobre la barandilla. Lo vi alzar la cabeza hacia la terraza que daba a la habitación principal—. Amanecer allí arriba ha de ser un placer... sobre todo si se cuenta con buena compañía.

Sus últimas palabras hicieron que todas mis alarmas se pudiesen a sonar a la vez, ensordeciéndome.

—No es la casa de los Hardy. Si me dice qué dirección le dieron, puedo indicarle cómo llegar.

—¿La autocaravana que está estacionada al frente es tuya? ¡Es una máquina fantástica! —exclamó—. ¿Te gusta viajar?

—El pueblo está a...

—Sé dónde está el pueblo, he pasado la noche allí. —Hizo una pausa, durante la que atisbó hacia el interior de la casa por las puertas acristaladas.

Tuve ganas de gritar el nombre de Parker.

—Con tanto bosque alrededor, da la impresión de que el resto del mundo estuviese deshabitado. Las noches aquí deben de ser muy tranquilas, y algo escalofriantes también. Tú sabes, por más que grites...

La sonrisa malévola que me dedicó me hizo retroceder un par de pasos para ganar distancia de él.

—Lo lamento, pero tendré que pedirle que se vaya. Es propiedad privada. Si no quiere que lo ayude a llegar a la casa de los Hardy...

—Lo que a mí me gustaría es poder volver a casa. —Su rostro se solidificó en una mueca rígida y para nada feliz—. Soy de Texas. —«Igual que Parker», pensé, pero no dije nada—. ¿Conoces Texas? —Negué con la cabeza—. No eres de aquí, ¿no es así?

—Si no se larga ahora mismo...

Dio un rotundo paso en mi dirección y retrocedí, intentando no llevarme nada por delante.

—¿Te molesta mi presencia?

—No estoy sola —solté, retrocediendo un poco más. Mi corazón, disparado, daba golpes en el pecho. Me costaba respirar. En un parpadeo regresaron recuerdos de cuando mis pulmones no colaboraban con mi supervivencia. Tuve la impresión de que me ahogaba, de que no volvería a respirar con normalidad. No quería terminar en el hospital, y mucho menos muerta.

Su sonrisa se burló de mí sin ni siquiera intentar esconder lo gracioso que le resultaba que le

dijera que había alguien conmigo.

—Sí, claro —entonó—. Supongo que he empezado con el pie izquierdo. —Se detuvo, bajó la cabeza un poco y comenzó a reír—. El pie izquierdo —repitió entre carcajadas. Alzó la cabeza y se limpió las lágrimas que se le habían escapado de tanto reír—. Supongo que he debido presentarme antes. Si te digo mi nombre, ¿te quedarás tranquila?

Lo miré sin contestar.

—Soy Frank. Es un placer conocerte. —Me tendió la mano.

Completamente adrede, dejé su mano suspendida. Quería que se largara de una maldita vez.

Me miró, miró su mano en el aire y la bajó.

—Deduzco que no esperabas tener compañía.

—¡Lárguese!

Sacudió la cabeza.

—Ésas no son formas de tratar a las visitas.

—Usted no es mi invitado.

—No, eso es cierto, pero conozco a Tyler.

—¿Qué? ¿A quién?

La carcajada que soltó a continuación me hizo saltar. El tipo no paraba de reírse. En ese instante odié que la casa quedase tan alejada de todo, que no hubiese vecinos cerca.

—¿Que no lo conoces, dices? —Continuó partiéndose de risa—. No puedo creerlo. ¿En serio no sabes quién es Tyler Johnson?

Ni siquiera pude negar con la cabeza, porque tenía el cuerpo medio entumecido a causa del miedo.

Por el rabillo del ojo fisgué en dirección a la puerta, intentando calcular la cantidad de metros que me separaban de ésta. Sobre la mesa de café de la sala de estar había un enorme y pesado candelabro de plata que podía utilizar como arma.

—¡Eh! ¡Aquí! —Chasqueó los dedos, demandando mi atención—. Tú y yo estamos manteniendo una conversación, Yolanda. Mírame a los ojos cuando te hablo y, por favor, responde a mi pregunta.

Así sin más, mi cuerpo dejó de tener miedo. Fue como si éste se me hubiese caído a los pies igual que una pesada capa. En lugar de miedo, todo fue preocupación.

—¿Quién eres, Frank? ¿Qué es lo que haces aquí?

—Estoy aquí por Tyler.

—Ya te he dicho que no tengo ni idea de quién es Tyler.

Sus ojos se movieron hasta el balcón del piso superior.

«¿Parker?»

Mi corazón se echó a latir a toda velocidad otra vez.

—¿Cómo te ha dicho que se llama?

No necesitaba más palabras que ésas para comprender que eso no iba nada bien y que muy

probablemente Parker me había mentido. ¿Cómo podía ser que Parker ni siquiera fuese Parker? De pronto ya ni tan sólo supe con quién había estado, con quién estaba.

—Entonces, Yolanda... ¿te ha mentado sobre su nombre? Deduzco que es así. Tengo mucha curiosidad por saber cómo te ha dicho que se llama.

No respondí.

—¡Contesta! —gritó, y su vozarrón se expandió por todo el terreno a nuestro alrededor, para hacer eco sobre la superficie del lago.

No pronuncié ni una palabra.

—Si yo sé que tu nombre es Yolanda Coleman, ¿cómo es que tú no sabes el nombre del tipo con el que llegaste anoche hasta aquí?

—Parker —articulé con miedo.

—¿Parker? —Una sonrisa amagó con darle nueva forma a sus labios otra vez—. ¿Parker Miller?

Tragué en seco, sin responder. En todo caso, creo que mi rostro, que sentí que se me deformaba de temor y duda, le contestó por mí.

—No puedo creer que te haya dicho que se llama Parker Miller. —Retrocedió un paso—. Sí que tienes problemas, Yolanda. La verdad es que lo lamento muchísimo por ti.

—¿Quién demonios eres? ¿De qué lo conoces? ¿Estuviste en el Ejército con él? —Esa vez era yo quien avanzaba y él quien retrocedía de espaldas—. ¿Quién es Parker Miller? ¿Es que ni siquiera existe? ¿Cómo sabes su nombre? ¿Cómo sabías que estaba aquí? —Conmigo siguiéndolo, llegamos al porche lateral—. ¿A qué has venido? ¿Por qué me has dicho que buscabas a los Hardy? Dudo que los Hardy existan...

Sonrió.

—No quería asustarte.

—¿Y qué era lo que querías, entonces? Dime a qué has venido. ¿Quién eres?

—Pregúntaselo a él.

—¿Cómo sabes que su nombre no es Parker y quién es Parker?

—Lo dicho, tienes muchos problemas. Deberías ser más cuidadosa a la hora de subir a desconocidos en tu autocaravana... y para qué hablar de meterlos en casa. Bueno, sé que ésta no es tu casa y que la autocaravana no es tuya.

—¿Cómo es que sabes todo eso? ¡Contesta!

Ignorándome, dirigió la mirada hacia el horizonte.

—Parece que la tormenta llegará antes de lo que pronosticaban. Dicen que será muy fuerte. Deberías asegurar las ventanas. Esta casa deja muy expuestos a sus habitantes. Prepárate para la tormenta, Yolanda. —Sacó unas gafas de sol del bolsillo de su chaqueta—. Que tengas muy buena tarde. Estoy seguro de que nos volveremos a ver. —Se las colocó y me dio la espalda, para echar a andar como si nada.

—¡Alto! Dime qué has venido a hacer aquí. ¿De dónde lo conoces? ¿Por qué te vas así sin

más? ¡Detente!

No me hizo el menor caso.

Vi que, junto a la autocaravana, había estacionada una camioneta negra. Los cristales eran ahumados, por lo que no se podía ver nada, pero desde el interior, alguien abrió la puerta del acompañante.

Bajó la escalera a toda prisa y yo detrás de él.

—¡Alto!

No creí que fuese a hacerme caso; sin embargo, se detuvo en seco y se volvió en mi dirección.

A unos cuatro metros detrás de él, la puerta del conductor de la camioneta se abrió. Por ésta emergió un hombre vestido de negro que parecía como si compartiese uniforme con el tipejo que tenía delante de mí.

—Yo que tú, Yolanda, haría lo posible para quitármelo de encima lo antes posible.

—¿De dónde lo conoces?

—Que sea él quien te conteste todas las preguntas que me has planteado. —Hizo una pausa—. Realmente me caes bien, no tengo nada en tu contra; el caso es que estoy cansado y me he hartado de viajar. Quiero regresar a casa. Él ya lo sabe, se lo advertí. Ahora te lo advierto a ti.

—¿Qué es lo que me adviertes?

—Que se me acaba la paciencia, Yolanda. —Suspiró largo y tendido—. Mi trabajo aquí está hecho. Que acabes de pasar bien el día, Yolanda.

Dio media vuelta y se largó. El tipo de la camioneta no me quitaba la vista de encima y no se metió dentro de ésta otra vez hasta que el tal Frank cerró la puerta al otro lado.

Petrificada a los pies de la escalera, los vi alejarse por el camino para retomar la ruta hacia el pueblo.

Volví a quedarme sola. Esa vez el silencio era real, los pájaros ya no cantaban y el viento se había detenido. El sol quedó cubierto y todo a mi alrededor perdió color.

Aturdida, giré sobre mis talones y enfrenté la casa. Por las ventanas delanteras también podía verse el interior y, desde allí, divisaba a lo lejos la escalera que daba al primer piso.

Parker debía de dormir todavía.

Lo llamé y al instante intenté retroceder sobre mis pasos. Ése ni siquiera era su nombre.

Era muy real, no tenía ni idea de a quién había metido en la casa, a quién había metido en mi vida.

Mi piel se enfrió.

Me sentí como una idiota. Fuera lo que fuese que sucedía allí, con él, era evidente que me había dejado engañar por lo que necesitaba, por lo que pensaba que podía tener. Lágrimas de furia se abrieron paso por delante de mi visión, empañándola. No podía estar más cabreada conmigo misma. ¡Furiosa! Mi primer instinto fue desconfiar de él y, al cabo de nada, lo había metido en la autocaravana con Daisy y las demás. Parker, o como mierda se llamase, se acostó con Alicia y luego yo lo recibí a mi lado sin pensarlo, como si nada.

Con el corazón latiendo desacompañado otra vez, eché a andar en dirección a la puerta trasera, porque la delantera estaba cerrada.

Una potente ráfaga de viento me llevó por delante e hizo sonar varios de los carrillones que colgaban en la terraza. Mis ojos buscaron al instante la plataforma en lo alto del árbol. El molinete del anemómetro instalado allí arriba giraba a toda velocidad. Andrew era aficionado a la climatología. En la plataforma también había instalado un pluviómetro y fuera, junto a la puerta, estaba colgado un barómetro, al cual no le presté atención; no necesitaba que ningún instrumento me dijese que iba a llover, pues se percibía en la carga del aire, en el olor del viento que sacudía los árboles con mucha fuerza en ráfagas desiguales provenientes de direcciones que cambiaban con cada uno de mis pasos.

Antes de entrar, fui a recoger mi taza y el libro y, a tirones, arrastré la tumbona hasta debajo del techo del porche, porque era más que evidente que el sol no volvería a salir. La plegué y la apoyé contra las demás, para evitar que el viento la arrastrase por la terraza.

Entré y cerré la puerta.

Pese a que era temprano, encendí un par de luces de camino a la cocina. Allí dejé la taza y mi libro, y desenchufé mi móvil para meterlo en el bolsillo trasero de mis *shorts*. Cuando lo cogí, tuve un primer impulso de llamar a la policía; no lo hice porque no quería quedar como una idiota. El poco orgullo que me quedaba se negó a ponerse en evidencia, por la vergüenza de tener que darle la razón a todos cuando me decían que poco y nada sabía de la vida y que no debería quedarme allí sola, que debería haber viajado a Hawái con las demás.

Odié mi vida de principio a fin por ser tan patética.

Detesté todos los ridículos planes de futuro que había hecho en cuestión de horas sin tener idea de nada.

Me odié un poco más.

Aproximándome a los pies de la escalera, agucé el oído. No se oía nada más que el viento allí fuera. Debía de continuar durmiendo.

Despacio, remonté los escalones uno a uno hasta llegar arriba.

Por mis venas corría una mezcla de furia y bochorno; tenía ganas de echarlo a patadas por hacerme sentir así, por mentirme, por permitir que me mintiera. Estaba tan fuera de mí que ni siquiera me interesaba saber por qué había mentido respecto a su nombre o quién era el tal Frank. Incluso dudaba de si me había dicho la verdad al contarme que fue soldado y cómo se hizo las profundas marcas que tenía en todo el lado izquierdo de su cuerpo, las cuales, evidentemente, el tal Frank conocía y por eso había repetido lo del pie izquierdo. Tuve la certeza de que aquel tipo conocía mucho mejor que yo a quien dormía en la habitación principal en ese momento.

Mis pies se detuvieron sobre la alfombra del pasillo del primer piso.

Giré un poco la cabeza hacia la derecha para ver la puerta todavía entornada, tal cual la había dejado al salir.

«¿Por qué me has mentido?», le pregunté mentalmente una y otra vez de camino a la puerta.

Detenida frente a ésta, oí el viento hacer crujir las persianas y los porticones. Si no las cerraba bien, éste las azotaría contra los cristales.

Las yemas de los dedos de mi mano derecha empujaron la puerta para abrirla.

Lo vi todavía tendido sobre la cama, boca arriba, con un brazo por fuera de las mantas, cruzado sobre su lado derecho para cogerse el izquierdo. Tenía la mano a la altura del corazón o un poco más abajo.

Di un paso dentro de la estancia.

—Par... —Mi voz casi no salió y la detuve al instante; no volvería a llamarlo de aquel modo. Ni siquiera sabía quién era Parker Miller.

«Miller, como la cerveza —había dicho—. Para que no lo olvidara.»

¿Qué más de todo lo que me había contado era mentira? ¿Acaso la totalidad?

—Tyler.

Fue muy extraño llamarlo por aquel nombre. Susurré en su oído derecho, el que creí que era el bueno y en el que había susurrado su nombre falso docenas de veces mientras estaba conmigo en la cama. Me había permitido hacerlo.

Estremeciéndome, di un paso más dentro de la habitación.

«¿Cómo has podido?», le pregunté calladamente.

—Tyler —lo llamé alzando la voz, y él continuó sin reaccionar. ¿Habría mentido el tal Frank? Mi cabeza se convirtió en un torbellino de confusión—. Parker —probé, y otra vez nada. Di otro paso hacia la cama y no quise acercarme más. Por mi mente pasó una visión de mí corriendo escaleras abajo para huir de él y ni siquiera sabía si debía hacerlo. Aun así, deseaba que se largara para poder olvidarme de la vergüenza que me causaba haber confiado ciegamente en él.

Su tranquilo rostro por poco me engaña una vez más, al alterar mi corazón.

—Tyler. —Nada—. Tyler —Subí un poco el volumen de mi voz—. Tyler —solté, enojándome un poco más—. ¡Tyler! —El grito emergió desde lo más profundo de mi pecho e hizo eco en toda la casa, al tiempo que él se incorporaba de un salto, boqueando como si hubiese estado sumergido bajo el agua durante demasiado tiempo.

No sé si sus pulmones ardían por la falta de oxígeno; los míos, sí.

Sus ojos azules registraron todo lo que lo rodeaba. Me figuré que no terminaba de recordar dónde estaba y procuraba ubicarse en tiempo y espacio. La vez anterior que lo había despertado sobresaltándolo había resultado fatal. Eso no estaba bien, porque lo que importaba era si empeoraba todavía más.

Sacudió la cabeza, abriendo y cerrando los ojos, y al final movió su mirada en mi dirección.

—Tyler —lo llamé una vez más, entre dientes, porque, si no los mantenía apretados, me arrancarían a llorar, y no quería llorar delante de él.

Se puso pálido.

—¿Te llamas Tyler? —le pregunté, y nunca en la vida me había costado tanto pronunciar unas palabras.

Despegó un poco los labios, pero no respondió. La sorpresa, plasmada en sus cejas en alto y lo crispado de su frente, fue lo único que obtuve ante mi reclamación.

—¡Contesta!

—Yolanda... —Apartó las sábanas y la manta de encima de su cuerpo para mover sus piernas hasta el borde del colchón.

Retrocedí.

—¿Tu nombre es Tyler? —Mi voz tembló y la odié por ello.

—Yolanda, yo... Escucha, iba a contártelo. —Bajó de la cama. Iba en bóxers. Su magullado lado izquierdo quedó expuesto a la luz del día.

Intenté no mirar su cuerpo. Me sentí ridícula al haber dado por cierta cada cosa que me había explicado.

Alcé los ojos hasta los suyos de nuevo.

—¿Quién te lo ha dicho? —me planteó al encontrarse nuestras miradas.

—¿Eso es lo importante, quién me ha dicho cuál es tu verdadero nombre? ¡¿Quién mierda es Parker Miller?! ¡¿Quién eres tú?!

—Escucha, comprendo que estés enfadada, pero te juro que iba a decírtelo esta misma mañana.

—Claro, qué conveniente —gruñí, tragándome las lágrimas. Mi rostro se puso a arder.

—Te lo juro.

—¿Y esperas que crea en tu palabra?

—¿Quién te ha dicho mi nombre?

—No pienso responder a tus preguntas hasta que no me digas quién eres y qué es lo que haces aquí. ¿A qué has venido? ¿Por qué estás conmigo? ¡¿Qué haces aquí?! —le grité.

—Tienes que calmarte. —Tendió su mano izquierda en mi dirección y yo la aparté de un golpe.

—No te atrevas a volver a tocarme. Quiero que te largues. Recoge tus cosas y vete. Te quiero fuera de la casa en este instante.

—Yolanda, por favor, escúchame. —Dio un renqueante paso hacia mí.

—Vete.

—Lo siento. De verdad que lamento todo esto. Yolanda, jamás ha sido mi intención lastimarte. Por favor, te digo la verdad. Te lo juro por mi vida. No me echas.

—¿Tienes el descaro de pedirme que no te eche? ¿Hay algo de todo lo que me has contado que sea cierto?

—Sí..., sí... Todo lo que te he dicho...

—¡No, no todo! —repliqué, cortándolo—. ¿Por qué me mentiste con tu nombre? —Se quedó mirándome—. ¿Acaso existe Parker Miller?

Con sus ojos sobre los míos, dejó caer los hombros. Su pecho se hundió al soltar el aire que había en sus pulmones. Tyler, Parker o como narices se llamara retrocedió hasta la cama y, apuntalándose en sus manos, se sentó en el borde de ésta. Se quedó allí quieto un segundo para, al final, alzar ambas manos y pasárselas por la cara.

Alzó la cabeza y me miró a los ojos.

—Parker Miller es real.

—¿Quién es?

Se demoró un par de segundos en contestar.

—Era uno de mis hombres. Mi mejor amigo. Hicimos juntos nuestro entrenamiento. Estuvimos en el Ejército siempre juntos, porque los dos éramos de Texas. Nos convertimos en hermanos. Parker era mi hermano.

Los ojos se le pusieron rojos y cristalinos.

—Parker era mi mano derecha. Era mi conductor, mi par de ojos extra, mi centro, mi alma, mi corazón. Era quien mantenía mis pies sobre la tierra, quien evitaba que enloqueciera por culpa de la guerra. —Se detuvo un momento e inspiró hondo—. Parker era más mi hermano que cualquiera de mis hermanos de sangre. —Se interrumpió al pasarse una mano por los labios y el mentón.

Por detrás de él y de las ventanas, el cielo se iba poniendo cada vez más gris. Fuera todo se sacudía por culpa del viento, incluidos los porticones y persianas, que comenzaban a golpear contra la pared. Si no los cerraba, terminaría rompiéndose un cristal.

Regresé los ojos a él, intentando encontrar en su mirada algún síntoma de verdad. No parecía mentir, pero tampoco me lo había parecido antes.

—¿Cómo voy a creerte?

—Te estoy diciendo la verdad.

Hundí los hombros.

—Parker conducía el Humvee en el que íbamos cuando fuimos atacados, el día de la explosión. Estábamos en una misión por una de nuestras rutas de siempre, solamente patrullando. Yo estaba agotado, todos lo estábamos. Estaba estresado porque ya había perdido a uno de mis hombres... Lo que te conté, cuando me preguntaste si me habían disparado... La moral de todo el grupo estaba resentida y la mía... Nunca antes había tenido dudas sobre lo que hacía, pero a partir de la muerte de Barris todo cambió. Ni siquiera me sentía yo mismo... —Se interrumpió—. Íbamos en un convoy de cuatro vehículos, todo mi equipo; por delante de nosotros apareció un camión con niños. Nunca había visto nada así y, sin embargo, en vez de ponerme a analizar que aquello no era normal, me quedé observando a los críos, porque uno de ellos jugaba con un caleidoscopio. Mi mente se fugó muy lejos de allí, mientras veía al pequeño que alzaba su juguete en dirección al sol, en vez de quedarse atenta al camino, buscando posibles peligros. Casi podía olfatear las bombas y los problemas. Era el mejor; mis hombres confiaban ciegamente en mí. ¡Mierda, que solía ser tan bueno que daba miedo! —Su cabeza cayó un poco hacia delante, con su vista a la altura de los dedos de sus pies, no mucho más allá—. No ese día. —Meneó la cabeza y la alzó—. Ese día la parte más importante de mí estaba muy lejos y sólo quedaba allí un inútil que no pudo darse cuenta de que metía a todos sus hombres en la boca del lobo.

No pude decir nada.

Él siguió adelante.

—El tráfico se desaceleró cada vez más hasta finalmente detenerse en una calle angosta que era un embudo, con edificios de tres y cuatro plantas a los lados. De pronto noté que poco a poco la gente que circulaba por la calle había desaparecido. —Tragó con dificultad—. Eso me alertó... eso y que una niña, al fondo del camión, lloraba desconsoladamente abrazada a otra. Las lágrimas marcaban profundos surcos en su sucio rostro. También noté que el vestido de la mayor estaba sucio de sangre. Mi cerebro comenzó a sumar dos más dos y de repente lo entendí: habíamos caído en una emboscada. —Una triste sonrisa apareció en sus labios—. Parker me preguntó si todo iba bien. Imagino que los dos nos dimos cuenta al mismo tiempo de que estábamos en graves problemas, sólo que la responsabilidad era mía, no suya. Di la orden de retroceder, de dar marcha atrás, porque no había forma de salir de esa calle si no era desandando nuestro camino. —Meneó la cabeza—. Había sido un día muy largo y el calor... Los chiquillos terminaron de desestabilizarme, porque yo solía jugar con un caleidoscopio a la misma edad del niño que tenía uno allí, en el camión. La vida es tan jodidamente incomprensible a veces. No podía parar de comparar mi infancia con la de aquel crío. —Se pasó una mano por la frente. Noté que sudaba—. Sabía que, si no actuaba de inmediato, aquella misión también se convertiría en una pesadilla. Cogí la radio del vehículo y transmití la orden. Me preguntaron qué sucedía, si hacía falta que bajásemos a investigar. Insistí en que retrocediesen. Todos ellos eran mi responsabilidad; debía sacarlos de allí. —Inspiró hondo—. Miré hacia atrás por el espejo retrovisor y vi al último vehículo del convoy comenzar a moverse para desandar el trayecto que nos había llevado hasta allí. Tengo grabada en las retinas la imagen de un Humvee separándose del otro. Nunca olvidaré el reflejo en ese espejo. —Tyler se quedó en silencio, con sus ojos viendo a través de mí—. No lograron alejarse demasiado, sólo lo suficiente para darme esperanzas. Les dispararon con un misil y el Humvee estalló en una nube infernal de llamas y humo negro que retorció el metal en todas direcciones y de un modo que no creía posible. Fue como si el vehículo hubiese sido lanzado al cielo. La explosión, de cualquier modo, se quedó en la tierra, contenida por los edificios y lo angosto de la calle. El estruendo nos aturdió a todos e hizo temblar la tierra y el Humvee en el que viajaba con Parker y los demás. Grité por radio la orden de abandonar los vehículos al instante. Me desgañité, gritándoles que salieran y que se pusieran a salvo. Si nos quedábamos allí, volaríamos por los aires igual que los demás. Al regresar la vista al frente, vi a los niños correr hacia el interior del camión y, a quienes lo conducían, saltar de éste para salir disparados lo más lejos posible, hacia el fondo de la calle donde se suponía que se había producido el atasco, motivo por el cual no habíamos avanzado. Al tráfico no le pasaba nada malo, aquello estaba preparado. Nos esperaban y caímos en la trampa. Yo caí en la trampa. De pronto tuve muy claro que el camión volaría también, pero no por un misil, sino porque debía contener una bomba. Sucedió lo inesperado. Parker quiso abrir su puerta y no pudo. —La sonrisa más triste apareció en sus labios—. La maldita puerta se había atascado; eso jamás había sucedido. Recuerdo verlo renegar y empujar la puerta con el hombro izquierdo, con todo su lado izquierdo. Parker era muy rubio y de piel muy blanca, con nada se ponía rojo como el ketchup. A veces lo

llamaba así solamente para molestarlo. —Su mirada se perdió otra vez en la nada, en un sitio muy distante de allí—. Tiré de él hacia mí, arrastrándolo conmigo hacia fuera porque mi puerta era la única salida posible. A trompicones y bajo una lluvia de disparos, alcanzamos el asfalto cubierto de tierra. Sonó una segunda detonación que nos hizo trastabillar. Parker quedó a mi izquierda. Continué tirando de él para meterlo conmigo en el espacio que quedaba entre dos edificios, una especie de pasillo en el que había un montón de porquería acumulada. Parker estaba aferrado en parte a mi brazo izquierdo y en parte al borde interior de mi chaleco antibalas. Yo lo sostenía a él por la cintura del suyo, porque no quería soltarlo. Debía conservarlo a mi lado. Había prometido que lo devolvería vivo a casa. —Las lágrimas no paraban de rodar por su rostro—. No paré de gritarles a todos que salieran, que corrieran... No nos dio tiempo a alejarnos demasiado. La explosión fue... —Tyler se llevó una mano a la boca, encorvándose hacia delante.

A mí se me revolvió todo por dentro, me entraron náuseas.

—Tyler...

Alzó la cabeza y me miró.

—El camión explotó, matando a los niños... Nos hizo volar por el aire, derribó parte de los edificios, se lo llevó todo por delante sin piedad. La onda expansiva fue devastadora. El humo, el calor..., mis oídos pitaban. Tenía la impresión de que no pararía de volar por el aire jamás, que nunca regresaría el silencio, que el miedo jamás me soltaría. —Su voz se quebró con la salida de un torrente de lágrimas incontenible—. La explosión se lo llevó también a él, arrancándolo de mis manos sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Su cuerpo me protegió de morir al instante. Su cuerpo me hizo de escudo. Aterricé contra aquella pared para quedar rodeado de olor a carne quemada, un calor insoportable y un denso humo que no me permitía respirar. A la detonación le sucedieron disparos de mortero. Nos atacaron con todo lo que tenían. Sonaron granadas también y disparos de ametralladora. Fui el único que sobrevivió.

—Yo... —No supe qué decir.

—Su cuerpo evitó que el mío volara en pedazos. ¿Entiendes lo que eso significa? —No me dio tiempo a responder—. Lo arrastré conmigo. Si lo hubiese soltado, probablemente ahora estaría vivo. Parker tendría que estar vivo, Yolanda. Él, no yo. Parker tenía todo por lo que vivir. Era un tipo increíble. Todo el mundo en la base lo conocía, lo adoraban. Era un hombre muy especial... único. —Hizo una pausa—. Nos conocíamos desde los diecisiete años; él siempre había estado allí para mí. Lo único que debía hacer era devolverlo a casa, junto con su esposa embarazada. Parker no iba a volver conmigo en la siguiente misión, tenía pensado retirarse. Tenía una niña en camino y yo sólo debía devolverlo a casa para que la conociera, porque, cuando volviésemos a Texas, ella ya habría nacido. ¿Qué hice en vez de eso? —Se detuvo, todavía llorando a mares—. Su sangre estaba en mí, en mis manos, en el suelo a mi alrededor, por todas partes. Yo lo maté. —Negué con la cabeza—. A él y al resto de mis hombres. Y a esos niños también. Sabía que el camión explotaría y los dejé allí. Los dejé allí... Debí dar órdenes a mis hombres de que me

ayudasen a bajarlos. No lo hice. Solamente podía pensar en sacar a Parker de la zona de peligro. Todos murieron menos yo. Debía de haber unos seis o siete niños en el camión.

—Tyler, la explosión del camión no fue culpa tuya; esos hijos de puta...

—Esos hijos de puta solamente nos querían fuera de su ciudad, de su país. —Se quedó mirándome en silencio después de barrer sus mejillas con un gesto desesperado de sus manos—. Parker debería estar en Texas con su esposa y su hija, y yo no debería estar aquí. Le he rogado tantas veces a Dios que volviese el tiempo atrás para cambiar nuestros lugares... —Sus labios amagaron una sonrisa—. Recuerdo como si fuese ayer el día en que Parker se presentó ante mí; alguien le había comentado que vivíamos en ciudades próximas. «Parker, Parker Miller» me dijo. «Miller, como la cerveza», añadió, señalando con un dedo el parche sobre el bolsillo justo encima de su corazón. —Quedé muda y me sentí como el peor ser humano del universo—. Intentaron borrarlos del mapa y casi lo logran, porque continuaron disparando en dirección a los vehículos incluso después de que explotase el camión bomba. No querían que quedase nada de nosotros... Casi lo consiguen. Por un instante, tras la explosión y cuando se hizo silencio otra vez, cuando logré poner en funcionamiento mi cerebro, al ver el estado en el que había quedado mi cuerpo, deseé morir e ir a parar al infierno. El dolor no llega de inmediato y a veces tu cuerpo hace que no lo sientas siquiera. Tenía aquella cosa clavada en el pecho y mi pierna era un amasijo informe. Comprendí que me desangraba, que no sobreviviría. Llamé a Parker y no obtuve respuesta. Nadie contestó. Lo único que me rodeaba era el denso humo, el olor... —Sacudió la cabeza—. No esperas sobrevivir a algo así. Había visto hombres con miembros amputados, con heridas severas... Lo mío era una combinación de todo lo peor. Cuando Parker... —Se detuvo—. Él estaba agarrado a mi chaleco y con la explosión... Sus manos y la explosión tiraron del chaleco, soltándolo, por eso el metal se clavó en mi carne. Perdí también mi casco y mi radio, pues estaba sujeta a mi chaleco; ésta se deshizo en mis manos cuando la alcancé. De cualquier modo, conseguí dar la alarma. En ese momento no lo sabía, sinceramente creía que nadie me había oído pedir ayuda. Mi cuerpo empezó a fallar en nada. Oí pasos y por una milésima de segundo tuve la esperanza de que alguno de mis hombres hubiese sobrevivido. Él... Solamente deseaba verlo a él en pie. No era Parker ni ninguno de mis soldados. Así sin más, con el cuerpo medio destrozado, quedé de frente al enemigo. Sus ropas flotaban en el humo; iba vestido de civil, aunque imagino que por debajo llevaba su uniforme. Del hombro le colgaba un rifle. Saqué el arma de mi cartuchera y lo apunté. El gatillo se me escurría del dedo por culpa de la sangre y no podía fijar la vista porque estaba a punto de desmayarme. Creí que me mataría. No lo hizo. En un inglés muy básico, dijo que había mucha sangre, mi sangre, la cual no paraba de escaparse de mis venas. Meneó la cabeza y dio un paso atrás, dispuesto a abandonarme a mi propia suerte, la cual ya estaba echada. Se dio media vuelta y, andando despacio, muy tranquilo pese a que lo apuntaba, se largó. Lo llamé en darí, en ruso, en inglés y en un par de dialectos de allí. El sujeto, simplemente, se olvidó de mí. Su trabajo estaba hecho. Él lo sabía, también yo.

—¿Te dejó allí para que murieras?

—No faltaba mucho para que eso sucediera. Debió de pensar que se ahorraría una bala. Yo también lo pensé... Si es que incluso sentía el modo en que mi corazón latía cada vez más pesado y, desde que había retomado la consciencia, percibía el burbujeo en mi pecho por el pulmón herido. No necesitaba que un médico me comunicase que, si no hacía algo pronto, no duraría mucho más. —Di un paso al frente; él no se movió de su sitio—. Desgarré lo que quedaba de la pernera izquierda de mi uniforme para ver hasta qué altura se expandía el daño. —Se detuvo e inspiró hondo—. Parte de nuestro equipo de emergencias que cargamos en el chaleco es una banda para hacer un torniquete. La coloqué a la altura de mi ingle para evitar perder tanta sangre. Fue un suplicio hacer fuerza con mi brazo izquierdo y apretar mi muslo hasta sentir que cortaba la circulación. Volví a pedir auxilio gastando lo último que me quedaba de esperanza. A continuación terminé de quitarme del chaleco, que ya tenía todo suelto. En el chaleco llevaba un par de compresas y vendas. —Se detuvo una vez más, poniéndose más pálido todavía—. Con aquella cosa clavada en el pecho, intenté incorporarme un poco hacia delante y, con las vendas... —se detuvo de nuevo; vi su cuello ensancharse como si tragase con mucha dificultad—... con las vendas y las compresas, junté sobre el hueso y la parte más o menos sana de mi pantorrilla los desgarrones de carne y piel chamuscada. Creí que sentiría dolor; solamente experimenté asco; olía a carne quemada y la tocaba y era como si ya no formase parte de mí. Como pude, lo uní todo y... me alejé de allí poco a poco, arrastrándome por el suelo, dejando a mi paso un surco de sangre. De refilón vi que partes humanas habían quedado a mi alrededor, pero ni siquiera estaba seguro de que fueran mías o... —Las lágrimas fluían sin piedad otra vez por su rostro—. Lamento haberte mentido. No debería haberte dado su nombre... Deberías haberlo conocido a él, no a mí. Él merecía la pena.

—Tyler... Yo quería conocerte a ti. —Me interrumpí porque fuera los porticones y persianas comenzaban a azotarse contra las paredes con fuerza—. Deberías haberme contado esto antes.

—Te juro que planeaba hacerlo hoy. Es que... cada vez que me llamabas por su nombre... Esto ha sido una locura y es culpa mía. Todo es culpa mía.

Me moví hasta detenerme frente a él. Alzó los ojos hasta mí.

—¿Cómo saliste de allí? ¿Qué sucedió luego?

—Ese pasillo atravesaba toda la manzana, comunicando los edificios y sus patios. Conducía a la calle paralela. Allí había humo, porque parte de los edificios habían volado. Había gente herida. Nos les importó lastimar a civiles. Fue una masacre. Un hombre joven estaba agachado a un lado de la salida del pasillo; tenía entre sus brazos a un anciano cuyo pecho estaba empapado en sangre. Lloraba a mares; al oírme, alzó la cabeza. En darí me explicó que era su padre, que había perdido a su padre. Él también estaba herido. Casi sin querer, vi que le faltaban un par de dedos de la mano derecha y sangraba. Tenía un corte en la frente. Vi algunos cuerpos a lo lejos. Mujeres llorando de rodillas en el suelo. Todo era caos. Jamás había vivido una escena semejante. Volví mis ojos al joven y le pedí que me ayudase. Él alzó la cabeza y tosió, escupiendo sangre. Le pregunté si le dolía en algún lado. Me contestó que en la espalda y se movió un poco hacia

delante, despegándose de la pared. Su camisa tenía un orificio en la espalda justo a la altura del corazón. Ante mí, la vida fue abandonándolo poco a poco. Su mano cayó de encima del hombro de su padre y, al final, su cabeza... Sus ojos vacíos y sin vida se quedaron mirándome. Recuerdo que me puse a llorar, porque me dije que todos morían menos yo y eso era lo único que deseaba en aquel instante, quería morir y acabar con todo. Ya no podía más y sabía que no soportaría salir vivo de aquello. Así y todo, no logré quedarme sentado frente a él sin más; era como si la muerte estuviese gritándome que me fuese, que me largase de allí en ese instante, porque no me daría otra oportunidad. Gritaba en mis oídos, enloqueciéndome. Los disparos empezaron a sonar de nuevo. Hubo otra explosión, una mucho menor. Supe que tenía que irme. Así como estaba, en ese patético estado, fui arrastrándome por el suelo, contra la pared, alejándome en el sentido en el que el último Humvee de mi convoy había intentado alejarse. Si pretendía huir sin ser descubierto, mi sangre no me lo permitiría. El borrón rojo era más que visible. No sé cuánto avancé, pero sí sé que casi no veía, que se me escurrían las fuerzas del cuerpo a medida que mi sangre quedaba por el camino. Todavía no sé cómo reconocí las calles para avanzar en la dirección que creí segura. Dentro de mi cabeza pensaba que ya estaba lejos, pero no era así; sólo logré alejarme tres calles del lugar de la explosión, pero al menos estaba otra vez sobre nuestra ruta. —Hizo una pausa—. Cuando oí el motor de un vehículo que se aproximaba, no supe si ponerme feliz o preocuparme. Al borde de la inconsciencia, vi un Humvee levantando polvo en todas direcciones y, detrás de éste, un vehículo más pesado con una torreta de la cual comenzaron a partir disparos. Como pude, me arrastré hasta mitad de la calle para que me vieran. Lo hicieron. Los vi llegar a mí y entonces me desmayé. Volví a recuperar la consciencia muy de tanto en tanto; en uno de esos instantes fue cuando me sacaron del Humvee para meterme en el helicóptero. Desperté cuatro días más tarde en el hospital de la base, deseando morirme. Me informaron de que todos mis hombres habían fallecido y, de añadido, comentaron que muy probablemente perdería la pierna, al menos la mitad inferior por debajo de la rodilla. No perdí la pierna y me mandaron de regreso a casa no siendo nada. Todo lo que solía ser se quedó en Kabul, con los cuerpos de mis hombres. De algunos no recuperamos sus cuerpos, ni yo conseguí volver a mí después de aquello... No hasta que te conocí, no hasta que te vi en el parking del hotel, porque ésa fue la primera vez que te vi, cuando llegaste con las chicas... —Lloró—. Y luego me topé contigo en el casino. Ni siquiera sé por qué miré en tu dirección, por qué me quedé con los ojos sobre ti, viéndote jugar tan concentrada. No entiendo por qué fui a hablarte en la recepción, pese a que me dije a mí mismo que no debía. Sí sé por qué te dije su nombre y no él mío: no pasa un solo día en el que no sienta vergüenza de lo que soy.

—Tyler —me agaché frente a él, posando mis manos sobre sus rodillas. No existía modo de que pudiese estar enfadada con él. Toda su historia... Me imaginé que, en su lugar, yo habría quedado deshecha, perdida, igual que él. Me hubiese gustado encontrarme con él habiendo estado en su situación.

—Debería dejarte en paz. No tenía derecho a meterme en tu vida, a meterte en la mía.

—Tyler... Yo... Lamento muchísimo lo de Parker.

—Es culpa mía.

—Tyler, escucha: hace un momento ha aparecido un hombre fuera, un tal Frank. Ha sido él quien me ha dicho tu verdadero nombre. ¿Quién es? Iba con alguien más, en una camioneta negra que, ahora que lo pienso, juraría que ya la había visto antes —le expliqué, al tiempo que procesaba que así era—. ¿Han estado siguiéndonos? —Casi podía jurar que sí.

Asintió con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Quiénes son esos tipos? ¿Son del Ejército?

—No, ellos no tienen nada que ver con el Ejército. Frank es un desgraciado que trabaja con un hijo de puta al que le pedí prestado dinero.

—¿Qué? ¿Para qué necesitabas dinero? ¿Quiénes son esos tipejos? Claramente han aparecido aquí para amenazarnos. Ha mencionado que se queda en el pueblo y que, si algo me ocurría aquí, nadie lo oiría... Tyler, ¿qué está sucediendo?

—La esposa de Parker iba a perder su casa por culpa de la hipoteca. Tenía pagos atrasados y con la muerte de su marido... Además, como no encontraron su cadáver, todo el papeleo por su defunción... No podía permitir que ella, además de perderlo a él, perdiese su casa. Con la niña... —Los ojos se le anegaron otra vez—. Yo no tenía mucho y con mi paga y... mi cuerpo en este estado... Cuando regresé no fue sencillo, tuve problemas con los analgésicos y solamente quería escapar..., pero antes de terminar de escapar debía asegurarme de que ellas no perdiesen su propiedad. En el peor de los sitios, conocí a esa basura, que aceptó darme el dinero para que April pudiese conservar su vivienda a cambio de que hiciese algo por él.

—Que hicieses, ¿qué?

Tyler no me contestó; bajó la cabeza, escondiéndola entre sus brazos.

—Tyler, explícamelo.

Continuó en silencio.

—Tyler, dímelo, por favor. Te lo suplico, tienes que contarme la verdad. Estoy aquí, habla conmigo. No te vayas otra vez. Por favor, cualquier cosa es mejor que el silencio, cuéntame la verdad —rogué, pese a que imaginaba que lo que escucharía no sería nada ni remotamente bueno—. Tyler. ¡Tyler! —le grité, y sólo así emergió del escondite de sus brazos—. ¿Qué te pidió que hicieras a cambio del dinero?

Sus ojos azules me partieron el corazón; estaba roto de dolor.

—Un tipo le debía dinero, mucho dinero. Me pidió que fuera a por él.

Mi corazón se paralizó durante un par de segundos.

—¿Que fueras a por él?

—Que lo matara.

No pude articular palabra, ni siquiera respirar.

—Debí imaginar que ése sería mi destino también. Solamente podía pensar en el dinero. Al menos la vivienda está segura, April no se quedará sin la casa que Parker y ella eligieron para

formar una familia.

—¿Qué sucedió? —Temía preguntar si lo había hecho, si había asesinado a aquel hombre.

—Fui hasta Las Vegas a buscarlo para cumplir con mi parte del trato. Creí que podría, que no sería un problema. La primera vez que matas a alguien... Tuve pesadillas durante semanas, creí que no lo superaría jamás, pero entonces vuelve a suceder, lo haces una y otra vez sin pensar. Sabes que es tu vida o la del tipo que tienes enfrente. Pensaba que sería lo mismo que en Afganistán, que podría hacerlo sin pensar. —Movi6 la cabeza de un lado al otro muy despacio—. No es lo mismo cuando te topas con alguien que te apunta a la cabeza en mitad de una guerra sanguinaria que cuando entras en una habitación de hotel y el tío en cuestión está desnudo... —Se detuvo—. Tenía toda la intención de hacerlo, pero no pude. No pude ni podría. No quiero poder. No quiero volver a eso jamás. Creía que después de Parker, los niños y los demás, después de Kabul, daría lo mismo si agregaba la sangre de alguien más a la que me mancha. No lo maté, Yolanda. Por eso han estado siguiéndonos. No hice mi trabajo, no cumplí con mi parte del trato. De todas maneras, creo que él recuperó el dinero que ese tipo le debía, porque lo tenía en una maleta en la habitación del hotel..., del hotel en el cual estábamos hospedados.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—En cuanto nos conocimos. —Hizo una pausa—. No dejo de pensar en lo que habría sucedido de no haberte conocido. Todo cambió desde que apareciste.

—¿Por qué viniste con nosotras?

Tyler me miró y suspiró.

—Fue una mezcla de no querer alejarme de ti y necesitar tomar distancia de lo que casi hago. Tenía miedo de perderte, aunque sabía que jamás te tendría, y no quería volver a perderme a mí mismo. Necesitaba acabar de descubrir si aún estaba aquí y luego... No pensé que sentiría por nadie lo que siento por ti. Sabía que lo arruinaría y quise arruinarlo; preferí arruinarlo antes de arruinarte a ti.

—Por eso... ¿Alicia?

—Sí —Suspiró—. Fui muy hijo de puta con ella. No debí permitir que sucediera. Mi vida hasta ahora, desde que regresé, ha sido eso. Estaba convencido de que no había nada más para mí. Y, sin embargo, cada vez que te miraba..., cada vez que me miras a los ojos y ahora cada vez que pronuncias mi nombre... —Sin parar de llorar, me sonrió—. Estoy vivo otra vez, tan vivo como estaba antes de que todo se fuese a la mierda, antes de perderlo todo. Tú ante mí..., tu vida..., que sobrevivieras, haber sobrevivido. —Se interrumpió—. Lo siento. Por más que te pida perdón, no repararé lo que he hecho, ni lo que te he hecho ni lo que pensé que podría hacer. Imagino que en parte soy ese hombre que creyó que podía continuar matando.

—Si fueses ese hombre, lo habrías hecho —afirmé, completamente convencida de mis palabras. Era mi corazón exponiendo una seguridad sobre otro ser humano que no había sentido antes en la vida. Era como si una parte de él, la que no podía describirse, la que se suponía que no tenía materia, fuese una parte de mí. Sin importar su nombre o su pasado, algo sin nombre, sin

explicación, me unía a él. Todo mi cuerpo se aflojó y, así, las lágrimas fluyeron, dejando escapar todo lo que debía soltar y lo que quería expresar y no podía.

—No lo sabes. ¿Cómo podrías tener la certeza si te acompañé hasta aquí engañada?

—Mentiste sobre tu nombre y no me contaste la verdad sobre Las Vegas; sin embargo... —Mi mano derecha buscó su mano izquierda. Sus dedos se adelantaron a los míos, entrelazándose—. ¿Es esto mentira? ¿Finges cuando me tocas, cuando me miras o cuando me besas?

—No, por supuesto que no —sentenció, con sus ojos perforando los míos con una mirada profunda y certera, con la mirada de un superviviente que había visto lo peor que un hombre puede ver. Sobrevivir a la crueldad, al dolor, a la pérdida, hace que mueras y renazcas; te cambia, te muta, te empuja a ser más consciente de ti mismo, de lo que te rodea. Él lo era y yo también. Hablar de morir con alguien que ha estado al borde de la muerte, hablar de sufrir con alguien que sufre, hablar de la vida con alguien que quiere seguir viviendo, hablar del amor con alguien que descubre que, pese a todo, éste todavía es posible es volver a la esencia de lo que nos hace humanos, de lo que a veces se pierde en el ruido de lo que creemos que es la vida.

«¿Es un milagro la vida?»

Sonriéndole, lo miré a los ojos.

«Por supuesto que lo es», me contesté a mí misma.

Lo era él, lo era yo.

Cogí su mano izquierda y la llevé a mis labios.

—Cuando ese hombre me ha dicho tu nombre he creído que te había perdido. Soy una idiota: no te he perdido, te he encontrado al fin. Al fin he llegado a ti; al fin estoy donde tú estás. —Lo miré entre mis lágrimas—. Al fin estoy contigo. Al fin estás conmigo.

Sollozando, Tyler se dejó caer al suelo de rodillas para abrazarme y llorar en mi hombro, repitiendo una y otra vez que me amaba.

Sus brazos me lo decían en silencio, al igual que su pecho, estremeciéndose debajo del mío.

No hay silencio, por más profundo que sea, que logre eclipsar lo que no necesita de sonido alguno para ser escuchado; es como cuando ves el cielo en el borde del infinito azul y sabes que la vida continúa incluso más allá de los más diminutos puntos de luz que el telescopio puede ver. Sabes que está allí, no necesitas que nadie te dé pruebas de ello; es enorme y palpita, y no hay maldad, crueldad, cobardía o dolor que consiga ponerle fin, ni carne que logre contenerla.

«Aquí está tu magia», entonó una voz que sonó muy parecida a la mía dentro de mi cabeza.

Mis brazos estrecharon su cuello con más fuerza, me pegué a él todo lo que pude. Besé su mejilla mientras mis lágrimas se mezclaban con las suyas.

—Te amo, Tyler Johnson —le susurré al oído.

Su cuerpo dio una sacudida debajo del mío cuando su llanto le arrancó sollozos que me partieron el corazón.

Acaricié su nuca allí donde también había cicatrices de lo que había vivido.

—Chist... No llores más. Estoy aquí contigo y tú estás aquí conmigo. Estaremos bien,

estaremos bien, ya verás que sí. —Aparté mi rostro un poco de él para mirarlo a los ojos—. Estaremos bien, Tyler. —Limpié sus mejillas y él sonrió para mí—. Me gusta tu nombre.

Ante mis palabras, rio y lloró al mismo tiempo.

—Lo digo en serio. Me encanta tu nombre. Me gusta que sea tu nombre.

Sonrió y apretó los ojos para llorar con fuerza otra vez.

—Tyler —susurré con mi boca sobre la suya—. Tyler. —Le enmarqué con fuerza la cara—. Tyler, Tyler, Tyler, Tyler, Tyler, Tyler, Tyler. —Reí mientras las lágrimas caían de mi mandíbula hasta el espacio inexistente entre nosotros dos.

Abrió los ojos para mí.

—Yolanda.

No necesitaba decirme nada más.

Mis labios se lanzaron a los suyos y él me recibió en la seguridad de quien entiende que nada en esta vida es seguro.

Apretados el uno contra el otro, nos quedamos allí en silencio, amándonos, sin despegarnos el uno del otro, sin movernos del abrazo que nos unía.

Misericordia

El viento sopló cada vez más fuerte y la habitación se oscureció, en parte por la hora del día, en parte porque el cielo se nubló poco a poco hasta quedar cubierto por una gruesa capa de nubes que se solidificó sobre el bosque y el lago, encerrando las corrientes de aire sobre nosotros. El furioso viento rugía por su encierro, ensañándose con todo lo que estaba sobre la superficie de la tierra. Los árboles, a nuestro alrededor, se quejaban de las sacudidas, y la casa, de los golpes que el viento le daba al chocar contra ella.

No podía seguir quieta allí sin hacer nada. Si permitía que el viento siguiese sacudiendo a su antojo los porticones y las persianas, los cristales acabarían destrozados.

Por un instante, casi lo llamo Parker.

Resultaba tan extraño haber descubierto quién era Parker Miller y saber que el hombre que me acompañaba tenía otro nombre.

—Tyler.

Alzó la cabeza de encima de mi hombro y me miró. Una media hora atrás, después de que le trajera un vaso de agua del baño y su mochila de los pies de la escalera para que cogiera sus pastillas, había tomado un calmante para el dolor y a continuación me explicó por qué le dolía la pierna de esa forma. El tal Frank había aparecido en el motel para amenazarlo, y él y sus hombres lo golpearon donde sabían que más le dolía. ¿Cómo podían ser tan salvajes, tan sádicos?

Tyler me contó que ellos sabían lo que le había sucedido. Estaban al tanto de absolutamente todo, porque así conoció al tal Hogan, el tipejo que le prestó el dinero, conversando con unas cervezas de por medio en un bar en las afueras de su ciudad al que solía recurrir cuando sus calmantes no lo ayudaban con el dolor y las pesadillas no le permitían descansar. La primera vez que se vieron, Tyler le mencionó que había sido soldado y no mucho más. En la siguiente ocasión, le comentó por qué estaba allí y resultó que el tipo le ofreció un par de pastillas para ayudarlo a relajarse un poco. Su tercer encuentro se dio porque Tyler fue a buscarlo porque necesitaba más pastillas. El tipo no quiso ni dárselas ni vendérselas, y le pidió a Tyler que le contara todo lo que le sucedía, de principio a fin, y él lo hizo porque el tal Hogan se ofreció a intentar echarle una mano en todo lo que pudiese.

Tyler, desesperado, soltó toda la verdad, lo que incluía lo mucho que le pesaba que el banco quisiese ejecutar la hipoteca sobre la casa de Parker, amenazando con dejar en la calle a su pequeña niña y a su viuda.

Me dijo que, en cuanto April le explicó que la echarían a la calle, le juró que haría lo que

hiciese falta para que pudiese conservar la propiedad.

Hogan le pidió a Tyler que se encontrase con él la noche siguiente, en un sitio diferente, un parking olvidado detrás de un restaurante no muy lejos del bar en el que se habían conocido.

Esa noche Tyler aceptó hacer lo que le propusieron, a cambio del dinero para saldar la deuda de April con el banco.

Me contó que ni siquiera lo meditó. Dijo que sí y hasta ese día no se había arrepentido. April y su pequeña lo valían. Había dado su palabra y la cumpliría.

De lo único que mencionó que se arrepentía era de haberse quedado a mi lado, porque sabía que, de haberse largado en otra dirección después de nuestra estancia en el parque de caravanas, muy probablemente yo no estaría corriendo peligro en ese momento.

Dedicó un mes a seguir al sujeto que debía matar porque le debía mucha pasta a Hogan, hasta encontrar su oportunidad. Descubrió que pasaría unos días en Las Vegas y lo organizó todo.

Después de hacer su trabajo, se largaría muy lejos y no volvería a dar su nombre a nadie. Tenía planeado no ponerse nunca más en contacto con su familia. Sólo quería desaparecer.

Eso, hasta que su vida y la mía se cruzaron.

¿Qué hubiese sido de mí si nuestras vidas no se hubieran cruzado?

Sus ojos azules estaban tan oscuros como el cielo plomizo en el exterior.

—¿Estás mejor?

—Sí, quizá un poco.

—Necesito ir a cerrar los porticones y persianas o el viento los arrancará o romperá los cristales de las ventanas.

Los oí azotarse allí fuera.

Tyler giró la cabeza.

—Te ayudo. —Su voz apenas tuvo la fuerza suficiente como para recorrer la distancia hasta sus labios. Más allá de éstos, resultó ser un sonido agonizante que murió antes de hacer contacto con el barullo de la tormenta aproximándose en el exterior.

—No, tranquilo. Despreocúpate. Puedo sola.

—Voy contigo. —Giró un poco más y, sosteniéndose de la cama, se impulsó hacia arriba para ponerse en pie, todavía con la frazada con la cual lo había cubierto sobre sus hombros—. Tan sólo espera que me vista.

—No hace falta.

—Sí, sí hace. No puedo continuar aquí sentado sin hacer nada.

—Tyler —lo llamé y, antes de llegar a los pies de la cama, se dio media vuelta.

»Tengo dinero... Lo que sobró de lo que gané en el casino. No es mucho; con esa pasta pensaba dar una entrada para comprarme un piso... Es sólo dinero, y hasta hace una semana no tenía siquiera para pagar mi deuda con la universidad. Yo ya no arrastro mi pasado y no necesito nada más. Llámalo y dile que se lo das a modo de adelanto. Conseguiremos el resto. Andrew..., si se lo pido, no tendrá problemas en prestármelo y no hará preguntas. Ya le he devuelto a su cuenta lo que

me prestó para ir a Las Vegas. Él lo entenderá. Por supuesto que él no tenía ni idea de que el dinero era para apostar. Tampoco preguntó para qué lo necesitaba. No preguntará ahora. Tan sólo dime cuánto le debes y nos desharemos de Hogan. —Se quedó mirándome sin parpadear—. Tyler, llamaré a Andrew en cuanto aseguremos las ventanas. Estoy segura de que para mañana por la mañana podré disponer del dinero; lo que me preste más lo que ya tengo.

—De ninguna manera.

—¿Por qué no?

—Esto lo resolveré yo.

—¿Cómo?

—No pienso aceptar tu dinero.

—¿Sabes una cosa? Cuando te acercaste a mí en el casino pensé que era porque me habías visto ganar; creí que ibas tras mi dinero.

—Te vi ganar, pero no iba tras tu dinero y no lo quiero ahora.

—Ya lo sé... Tyler, pero permíteme ayudarte. Es sólo dinero.

—No.

—¿Podrías no ser tan necio?

—No te quitaré tu dinero para dárselo a Hogan.

—No me lo quitas, te lo doy.

Sin decirme nada, se dio media vuelta y recogió sus pantalones de los pies de la gigantesca cama.

Se sentó en el borde y comenzó a vestirse. Le costó horrores meter la pierna izquierda dentro de la prenda.

Caminé hasta él para plantarme frente a sus pies. Cruzándome de brazos, lo encaré.

—Es sólo dinero.

—Es mi responsabilidad.

—No, Tyler, no todo lo que sucede en este mundo es tu responsabilidad. No decidiste que Parker muriera, no pusiste a esos niños en el camión. Sucedió y ni siquiera fue culpa tuya. No estabas solo allí. Puedo entender que fueses muy bueno como soldado, que hicieses tu trabajo como ningún otro... pero... Tyler, no trabaste la puerta de Parker. Lo sacaste de allí, intentaste salvar a tu amigo. —Busqué su mano izquierda y él se resistió a que la apartara del lado de su cuerpo; al final conseguí moverla hasta el espacio existente entre ambos—. Aceptaste matar a un hombre, con el valor que la vida tiene para ti, a cambio del dinero necesario para que April y su hija no perdiesen la casa. —Me detuve—. Ya has hecho suficiente, Tyler. —Se quedó mirándome, otra vez en silencio—, Te daré el dinero y...

—No —me cortó, desembarazándose de mi mano. Se soltó de mí, pilló su camiseta y se la pasó por la cabeza.

—Mañana mismo iré a retirar el dinero.

—No, Yolanda.

—Si tú no quieres, yo misma me encargaré de buscar a Frank en el pueblo.

—Ni se te ocurra.

—No me dirás qué debo hacer.

Con la sudadera convertida en una pelota entre sus manos, se dio la vuelta y me enfrentó.

—¡Yolanda!

—No estás al mando aquí —le espeté, y me alejé de él para rodear la cama e ir hacia la ventana.

—¡Yolanda!

—A estas alturas deberías saber que la vida no es todo lo que tú quieres. Te aguantas. —Giré la manija de la ventana e intenté abrirla. El viento era tan potente que no conseguía hacer salir la hoja que se abría hacia fuera. Me puse de lado y empujé la puerta con el hombro. Por el rabillo del ojo lo vi venir hacia mí, mientras se enfundaba la sudadera.

—Hablaré con él. Te quedas fuera de esto, Yolanda.

—Si por *esto* te refieres a tu vida, olvídalo. No pienso quedarme fuera, no a menos que me hayas mentido todas las veces que me has dicho que me amas. —Empujé la puerta y conseguí abrirla un poco. Una potente ráfaga de viento se coló en el interior de la habitación, echándome el cabello en el rostro y sacudiendo las cortinas por detrás de mi espalda. Empujé la puerta y ésta me empujó a mí. Arremetí contra la corriente, consiguiendo abrirla un poco más. Sentí la fuerza del viento sobre mí, luchamos... Creí que no lograría mantenerla abierta, porque el viento se arremolinaba allí delante. Creí que me mandaría de vuelta a la habitación, pero entonces noté su brazo moverse por detrás de mi espalda. Tyler plantó su mano derecha sobre la puerta de madera y cristal desde atrás. Su brazo izquierdo pasó por delante de mi pecho. Su mano izquierda se aferró al borde de la puerta, dándome la seguridad que me faltaba.

Giré la cabeza y lo miré.

El viento rugía a nuestro alrededor ya con la puerta más abierta.

—No te perderé. No te perderé, Tyler. Dudo que Parker quisiera esto para ti, esto que crees que te mereces. —El viento sacudió mi cabello entre nosotros—. Tyler...

—Me cuesta comprender por qué quien permitió que lo de Kabul sucediese te ha puesto en mi camino.

No pude decir nada; se me puso la piel de gallina y no por el frío que entraba del exterior.

—Bien, parece que sí necesito ayuda con los porticones. Una vez que los atranquemos y cerremos las persianas, lo discutimos.

¿De dónde demonios había salido esa tormenta? Nunca había visto nada semejante. Anunciaban mal tiempo, pero eso...

—Mejor nos damos prisa.

Entre los dos empujamos la puerta y salimos a la terraza. El viento por poco me arranca de ésta como si no pesase nada.

Cerrar las persianas de las ventanas que daban a la terraza de la habitación principal y atrancar

los porticones por poco acaba con nosotros. Tyler no luchó solamente contra el viento, sino contra su pierna izquierda, la cual le complicaba la estabilidad.

Si bien todavía no había caído ni una gota, se oían los truenos a lo lejos y la carga eléctrica en el aire se percibía sobre la piel.

Cerramos las persianas y los porticones del resto de las habitaciones del piso superior y bajamos a hacer lo mismo con las pocas que había en la planta baja.

—Deberíamos buscar algo con que tapiar las que no tienen porticones, ¿no crees? —le pregunté, aproximándome a una de las lámparas de pie para encenderla. Fuera era prácticamente de noche, sin serlo. Cada vez que sonaba un trueno, toda la casa se estremecía. En honor a la verdad, los cristales desnudos me daban más miedo por aquellos sujetos que se habían presentado antes que por la tormenta, si bien ésta ya daba muestras de los estragos que podía causar.

—Lo que debería hacer es sacarte de aquí —me contestó, lanzándole una mirada a nuestro equipaje todavía en el suelo, junto a la escalera, y a continuación girándose un poco en dirección a la puerta.

—¿Sacarme de aquí?

—De la ciudad, llevarte hasta algún aeropuerto. Podrías ir a casa de tus padres.

—No voy a ir a ninguna parte... No sin ti al menos.

—Recoge tus cosas.

—Me has contado que han estado siguiéndonos todo este tiempo. ¿De verdad crees que te permitirán que me mandes lejos de aquí?

Vi la desesperación tomar forma en sus facciones.

—Tyler —lo cogí del brazo y lo obligué a girar en mi dirección—, aquí me quedo. Ahora, vamos a intentar asegurar las ventanas para que no las rompa ninguna rama ni ninguna otra cosa que pueda volar por el aire por culpa de la tormenta.

Apretó los labios.

—Tyler.

Lentamente, deslizó sus ojos hasta mí otra vez, bajándolos de su línea de visión.

—Bien, cerremos las persianas que quedan. Supongo que bastará con que aseguremos bien las ventanas. Todas las que no tienen porticones están debajo del porche, ¿no?

Lancé un rápido vistazo a mi alrededor. Desde allí, a unos pasos de la escalera, se veía la parte delantera de la casa, el fondo y todo el lateral derecho; en el izquierdo estaba la cocina, la despensa, el estudio y otra de las salas de estar; era de ese lado donde no había porche y sí persianas y porticones.

—Sí, eso creo.

—Cuando hay tormenta, ¿suele cortarse la luz? Vi un grupo electrógeno en el cobertizo ahí fuera.

—Nunca he pasado por una tormenta como ésta aquí. Los huracanes en Miami son una cosa, pero esto... —Mis ojos se perdieron al otro lado de los cristales del lateral derecho de la

vivienda: trozos de brotes verdes de los pinos y hojas y flores que el viento había arrancado de donde pertenecían correteaban por el césped sin control—. Un momento —me detuve y lo miré a los ojos—, ¿fuiste al cobertizo?

—Lo siento. Anoche, cuando te acostaste, me dediqué a revisarlo todo; necesitaba inspeccionar el terreno, porque temía que Frank apareciese. Te diré dónde escondí unos cuchillos que puedes utilizar como arma en caso de que sea necesario, aunque espero que no sea así.

—¿Qué?! —solté, atragantándome.

—Ya no tiene sentido que te ahorre el hecho de que soy un soldado y de que, a fuerza de mucho machacar, me enseñaron a sobrevivir. Además, no iba a permitir que esto nos cogiese por sorpresa..., aunque lo de esta mañana... En fin, anoche aseguré las ventanas...

Me quedé mirándolo sin aliento, sorprendida.

—Lo lamento, Yolanda, pero éste soy yo hasta que pueda resolverlo o, al menos, sacarte de este embrollo. No soy un hombre inocente. Lamento que te enteres así.

—Esto no es Afganistán, Tyler, no tienes que...

—Es como si lo fuera, como si volviera al Ejército y tú fueses esos niños. Los civiles deberían quedar fuera del enfrentamiento; no siempre la vida es así de comprensiva. ¿Sabes conducir el bote?

Asentí con la cabeza.

—Anoche le cargué el combustible que vi allí.

No fue mi intención, pero otra vez me quedé observándolo, sin parpadear.

—Lo siento —se disculpó de nuevo.

—No es eso. Es que... se me ha puesto la piel de gallina. Eres mucho más de lo que creía que eras, de lo que pensaba, de lo que me dejaste ver. Perdona si es una estupidez, pero de pronto te he visualizado vestido de uniforme, haciendo tu trabajo, siendo tú cuando...

—Perdóname por brindarte imágenes poco agradables. Intentaré mantenerme fuera de tus pesadillas.

—No digas tonterías, Tyler. No es eso, es que... me gustaría pedirte que no vuelvas a intentar ahorrarme los detalles. Tienes que decirme las cosas como son.

—Eso intento. Lo que no quiero es asustarte. No quiero que me temas. Solamente hago lo que necesito hacer para mantenerte a salvo. Me disculpo por toda esta locura.

—Basta de pedirme perdón. —Tragué saliva—. Estando aquí, una sola vez se cortó la luz. Sé cómo encender el grupo electrógeno. Hace mucho, Andrew me enseñó a usarlo. Se supone que debería haber combustible para cargarlo. Aquella vez él mencionó los bidones.

—Los bidones están allí, los vi anoche.

Nos quedamos en silencio.

—Mi arma está en la mochila. Está cargada. Hay cargadores de repuesto —soltó sin anestesia.

Mis rodillas flaquearon lo que duró un suspiro, pero logré mantenerme en pie.

—La pistola es mía, no la robé del Ejército ni nada parecido; como te dije, tengo un permiso.

Jamás la he usado para otra cosa que no fuera dispararle a latas u otras cosas que pudiese usar de blanco. Jamás he... —Con los labios separados, se interrumpió—. Lejos de la guerra, jamás le he quitado la vida a nadie, lo juro. No soy esa clase de hombre. Llegué a pensar que lo era, pero no...

—Está bien, ya me lo has explicado.

—Es que necesito que entiendas...

—Te entiendo.

—La usaré para defenderte si es preciso. No lo pensaré dos veces. Si algo sucede, sales de esto. Les dirás que no tenías ni idea de nada. No quiero que te acusen por intentar encubrirme ni nada semejante, Yolanda.

—No digas eso.

—Es un escenario que podría darse. Si tengo que matar a medio mundo por ti, lo haré.

—Tyler, no digas esas cosas.

—Júrame que, si algo sucede, te olvidarás de mí y seguirás adelante con tu vida.

—Deja de hablar así, ¿quieres? No... —la voz me tembló—... vuelvas a decir nada semejante. Resolveremos esto juntos, le daremos al tipo su dinero y... No quiero que le dispaes a nadie más. Ya has tenido suficiente de eso.

—Pueden haberme quitado mi uniforme, pero sigo siendo lo que soy, lo que siempre fui. No soy el mejor y dudo que a mi padre continúe gustándole hablar de mí en público...

—Nadie que te conozca bien, que sepa quién eres, podría avergonzarse de ti.

Tyler sonrió, agarrándose la cabeza.

—Deberías odiarme.

—Bueno, ya lo ves, ¡qué decepción!, quizá no sea tan inteligente. Cerremos esas persianas de una vez. —Di media vuelta y me alejé de él en dirección a las ventanas, porque el viento seguía rugiendo con furia fuera.

Oí sus pasos por detrás de mí después de que sonara un trueno.

—¿De verdad te pidieron que te fueras del Ejército por lo que pasó?

Alcanzamos juntos la pared izquierda, pese a que él renqueaba un poco.

—Dejé un enorme desastre detrás de mi descuido, Yolanda. —Bajó la vista y luego la alzó hasta la manija de la ventana—. El grupo que llegó en respuesta a mi llamada de socorro aniquiló al grupo que nos atacó; fue una verdadera masacre por los dos bandos, aquello duró horas. Después de dar mi informe oficial, cuando todavía me encontraba en el hospital esperando que me operasen de la pierna por tercera vez, me enseñaron fotografías de lo que quedó de nuestra misión. De algunos de mis hombres no recuperaron... —Meneó la cabeza, con las manos sobre la manija, pero sin abrir la ventana—. Trozos de sus placas, partes de los uniformes. Poco que identificar —articuló con dificultad—. Se ensañaron hasta con sus restos. Puede que parezca una tontería, pero, para muchos, no tener un cuerpo que enterrar es un dolor mucho mayor que poder recibir un féretro. Tenemos estatutos de procedimientos. Para una familia no es agradable tener

que esperar a que decidan dar por muerto a tu ser querido. Para el Ejército me convertí en un gigantesco problema: perdí a mis hombres, fui el responsable de treinta y seis bajas civiles y les costé un dineral en aquel ataque que precedió a mi rescate. Mi padre intervino, consiguió que me diesen un puesto de oficina, porque, además, mi estado físico... Les contesté a mis superiores y a mi padre que de ninguna manera aceptaría un puesto de burócrata.

—Fue entonces cuando golpeaste...

—¿A mi superior? Sí. Destrozado como estaba, le di duro. Fui amablemente invitado a retirarme. —Cerró los ojos e inspiró hondo—. Yo sólo quería regresar, ni siquiera me importaba con qué cargo. Quería... necesitaba volver con mis hombres. Ellos se quedaron allí. Yo también debí quedarme, con ellos...

—¿Querías morir allí?, ¿es eso lo que me estás diciendo?

—A veces oigo la voz de Parker dentro de mi cabeza. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Lo extraño. —Posé mi mano sobre su hombro izquierdo y me pegué a él—. Al poco de conocernos, nos prometimos que estaríamos siempre juntos. Parker me hizo jurárselo y yo añadí que estaríamos juntos incluso en la muerte. Él me aseguró que no moriríamos, que no dijese estupideces. Él era el soñador, siempre decía que todo iría bien. En cambio, yo era el que siempre supo que podíamos no regresar. —Se tomó un momento—. Sí, yo solamente deseaba regresar y morir allí.

—¿Qué sucedió entre que te licenciaron del Ejército y que conociste a Hogan? ¿Qué hiciste durante todo ese tiempo?

—¿Además de no saber qué hacer con mi vida? —me respondió, con una triste sonrisa en los labios.

Asentí con la cabeza, sonriéndole.

Inspiró hondo.

—La vi crecer. Victoria nació cuando yo todavía estaba en el hospital. Tal como quería Parker, April me nombró su padrino.

Mi mano estrujó su hombro.

—Es tu ahijada...

—Parker era un idiota que no sabía lo que hacía y April... Ella no es consciente de lo que ha hecho. Jamás debió seguir adelante con la voluntad de Parker.

—¿Podrías tener un poquito de misericordia contigo mismo?, ¿al menos un poco? Todo lo que has sufrido... No debes sentirte miserable, debes entender y aceptar lo que sucedió.

—Lo acepto.

—No lo aceptas, te culpas, que no es lo mismo. ¿Te acuerdas de cuando te hablé de mi primera vez?

—¿Del tal Mike?

—¿Recuerdas su nombre?

—Es un hombre que pasó por tu vida. Eso no lo olvidaría jamás.

—Mike está muerto, Tyler. Te conté que falleció al poco de que nosotros dos... A los dos días de acostarse conmigo, le diagnosticaron gripe. Yo había estado resfriada, y él, con sus bajas defensas debido a la leucemia... La gripe se transformó en una pulmonía...

—Yolanda, no tenías edad para pensar en que él podía contagiarse, no fue culpa tuya.

—Claro que sabía que podía contagiarse; sabía que no debía estar conmigo, nos habían prohibido visitarnos el uno al otro, porque los dos nos encontrábamos en muy malas condiciones.

—No es lo mismo.

—Eso lo dices tú. Yo lo viví como si... Es muy difícil ponerlo en palabras y sé cómo te sientes. Me sentía tóxica. Esa sensación, en ocasiones, vuelve. A veces también siento que soy muy poco merecedora de estar viva, con todas esas otras personas que han pasado por mi vida y que ya no están aquí. Sé exactamente cómo te sientes, que no te quede la menor duda. Estamos juntos en esto. —Mi mano bajó por su brazo hasta su mano izquierda. Sin decir nada, Tyler soltó la manija y cogió mi mano—. La vida es algo muy extraño; está repleta de infinidad de sucesos que no comprendes, de sentimientos que no puedes acabar de definir. —Me quedé en silencio—. Algunos viven las vidas que otros no quieren ni ver en pesadillas, Tyler.

Sonó un trueno que hizo temblar la casa.

Vi que su mirada estaba puesta en nuestras manos unidas.

—Vosotros dos os hubieseis hecho muy buenos amigos al instante.

Sonreí.

—Estoy segura de que sí.

—Él era un magnífico soldado y un estupendo ser humano.

—Su hija necesitará que le cuentes cosas de su papá cuando sea mayor.

—April es del mismo parecer.

—Imaginaba que así sería. Anda, cerrémoslo todo, antes de que se arranque a llover.

Entre los dos abrimos la ventana; en ese caso fue más sencillo, porque la ventana abría hacia dentro, de modo que tuvimos ayuda del viento.

Luchamos con los porticones y conseguimos cerrarlos.

La casa crujía por todas partes, como si fuese a volar por los aires en cualquier momento.

Remolinos de polvo y viento recorrían el terreno alrededor de la casa.

Las ráfagas eran tan fuertes que nos vimos obligados a atar las tumbonas unas con otras para evitar que el viento las arrastrara por toda la terraza.

Mientras Tyler terminaba de sujetarlas, descolgué los carrillones, que se habían enredado por culpa del viento.

Entramos en la casa calados de frío.

—Jamás había visto una tormenta así aquí —le comenté después de que cerrase la puerta por detrás de mí. La superficie del lago estaba por completo encrespada y las ráfagas levantaban torbellinos de diminutas gotas.

—No es muy oportuna, la tormenta.

Por un instante pensé algo que jamás había pensado: «Estará sucediendo por algo».

—¿Quieres que bajemos al sótano para ver si allí hay algo con lo que tapiar las ventanas desde dentro?

—Sí, claro —me contestó, y asomó la vista hacia fuera.

Vi que comenzaban a caer algunas gotas.

—Es un milagro que con este viento todavía no haya volado ningún poste de luz.

No terminó de articular la palabra «luz» cuando las luces de la casa parpadearon dos veces y, a continuación, se apagaron.

Se me escapó una carcajada, mitad nerviosa, mitad divertida.

—Putra mierda —rezongó—. Para qué habré abierto la boca. Iré a encender el grupo electrógeno.

—Yo puedo hacerlo, baja a ver qué encuentras. En la cocina hay unas linternas. Llévate una mientras enciendo el equipo.

—Bien —gruñó.

—Cambia la cara, Tyler. Resolveremos esto. Estamos juntos. —Me acerqué a él y lo agarré del pecho de la sudadera para tirar de él hacia mí; mejor dicho, para quedar colgada, porque él no cedió ni un solo grado de la rectitud de su columna vertebral—. Debería dejar sin electricidad la casa, sería más romántico.

—No es un momento romántico, Yolanda. Estoy preocupado.

—Sí, ya me he dado cuenta. Yo también lo estoy. —Alzándome sobre las puntas de mis zapatillas, me arrimé a sus labios—. La tormenta podría destrozar la casa con nosotros dentro antes de que cualquier otra cosa llegue a suceder. —Besé rápido sus labios y sonreí.

—¿Y se supone que eso es gracioso? ¿Debo sentirme aliviado?

—Dadas nuestras experiencias personales, deberías. Siempre tuve la constante sensación de que alguien aparecería para reclamar su milagro.

—Nadie te va a quitar nada a ti. Eso, sobre mi cadáver.

Me di cuenta de que hablaba medio en broma, medio en serio.

Le di otro rápido beso en los labios y lo solté.

—Anda, ve a buscar algo con lo que tapiar las ventanas.

—Deberías echarme de aquí como has dicho antes que harías.

Negué con la cabeza.

—No. Tenía pensado echar a Parker Miller, pero Tyler Johnson me cae bien.

Le tocó el turno de negar con la cabeza.

—Pero ¿qué te he hecho?

—No sé, no preguntes, no importa. Anda, ve a por algo antes de que el viento atraviese una ventana con una rama.

Sin darle tiempo a que pudiese decir nada más, lo empujé hacia la cocina para que bajase al sótano; yo iría a buscar las llaves del cobertizo y cortar la corriente eléctrica, para que la

instalación no volase por los aires cuando, tras conectar el grupo electrógeno, el servicio de electricidad se restableciese.

Mientras Tyler se iba en la dirección opuesta, salí por la puerta de la cocina. Al abrirla, por poco salgo volando.

Salí a la terraza y anduve pegada a la pared hasta que ésta se terminó. Corrí a merced del viento hasta la barandilla y, sujetándome de ésta, fui hasta la escalera y bajé por ésta. Me costó reunir valor para soltar la barandilla y correr de camino al cobertizo. Las gotas pegaban contra mi rostro como pequeños guijarros y, si bien no me importaba mojarme, era más la incomodidad de no poder sostener la cabeza en alto que cualquier otra cosa.

Había sujetado mi cabello en lo alto de la cabeza con una goma de pelo que a mitad de camino pasó a la historia por culpa de las fuertes ráfagas. Los húmedos mechones me daban en la cara y en el cuello como si fuesen latigazos.

Obligada a avanzar agazapada, porque si caminaba erguida por completo el viento podía conmigo, llegué al cobertizo.

Abrir el candado fue una proeza; cerrar la puerta detrás de mí, otra.

Al menos, dentro se estaba bien, salvo por el miedo de que aquella pequeña estructura fuese arrancada de sus cimientos mientras yo me encontraba allí.

Recordé que, sobre los estantes situados a mi derecha, había una linterna. Medio a tuestas, porque la única ventana era del tamaño de una caja de zapatos y el cristal no estaba muy limpio, además de que afuera había oscurecido considerablemente, la busqué.

Logré encenderla sin problemas y la dejé donde estaba, porque allí iluminaba lo suficiente como para que pudiese ver el grupo electrógeno.

Busqué uno de los bidones y comencé a cargarlo. Por suerte el combustible no se había echado a perder.

El equipo encendió al segundo arranque y poco a poco se estabilizó en su marcha.

Abrí la puerta y vi el reflejo de luz dentro de la casa.

Con la carga que tenía de combustible, debía durar al menos hasta bien entrada la noche y quizá un poco más.

Cerré la puerta del cobertizo con el candado otra vez y me marché de regreso a la casa. Las gotas que habían caído sueltas ahora eran una lluvia copiosa.

Por poco debo regresar gateando a la casa de lo fuerte que estaba la tormenta.

Entré para ver a Tyler llegar desde el pasillo; cargaba unas placas se conglomerado que eran lo suficientemente grandes como para tapar unas cuantas ventanas.

—Hemos tenido suerte. Felicita a Andrew de mi parte por ser tan precavido. Tendrás que echarme una mano con esto.

—Sí, claro. —Me aparté el cabello de la cara con ambas manos.

—Buen trabajo con la luz.

Sonreí.

—Parece que la tormenta se ha puesto bien fea —comentó, requisando mi aspecto de pies a cabeza. Sus labios sonrieron para mí.

—Puedes apostar a eso.

—Aquí la experta en apuestas eres tú. Yo pierdo siempre a las cartas; en la base solíamos jugar por las noches, cuando no teníamos que salir a realizar ninguna misión. No había vez que no me desplumaran.

—Puedo enseñarte unos cuantos trucos.

—Sí, lo sé. Abre, vamos a poner éstas.

Entre los dos logramos tapiar algunas ventanas. Tyler sostenía las tablas mientras yo las fijaba a la pared con unos tornillos de rosca que él había encontrado abajo y la ayuda de un taladro.

Para cuando terminamos, estábamos empapados, porque ya llovía a mares y el viento lanzaba las gotas en todas direcciones.

Tapiamos unas ventanas laterales y una del frente, después de que Tyler decidiera cuáles eran las que prefería dejar descubiertas para tener buena visibilidad del terreno circundante. Más allá de que su humor había cambiado un poco y me sonreía de tanto en tanto, aún estaba preocupado; también yo. En cuanto tuviese oportunidad, hablaría con Andrew para pedirle el dinero. Tyler aún no me había dicho cuánto debía, pero no importaba; sabía que entre lo que yo tenía y lo que él pudiese darme, pagaríamos su deuda. Necesitaba quitarle ese peso de los hombros a Tyler, porque me había contado que, desde que toda esa historia comenzó, sus pesadillas se habían vuelto peores que nunca, incluso las visiones y hasta su dolor en la pierna.

La lluvia ya no paró de caer.

Un poco de paz

—¡Es noche de chile! —canturreó.

Alcé la cabeza para ver, antes que nada, las botas color arena de Parker. Mi mirada ascendió por sus piernas, recortadas por la poca luz que iluminaba esta parte del exterior de la base. Mi vista subió por su cuerpo hasta sus manos; llevaba dos platos humeantes.

Iba en camiseta y sonreía.

—¡Noche de chile! —repitió, amagando unos pasos de baile, como si aquella comida implicase fiesta y diversión. De hecho, desde ahí se oía que sonaba música fuera.

Mi cabeza no estaba para motivos festivos ni para ningún otro asunto. Me latían las sienes y el dolor en el hombro no paraba de fastidiarme.

—¡Extra picante para mi mejor amigo! —exclamó llegando a mí. Tenía el rostro rojo, pero limpio. Noté que se había cortado el pelo. Solía pedirme a mí que se lo afeitara; seguramente debió de buscarme para que lo hiciera, pero yo no estaba allí. Odié no haber estado allí para él como siempre.

—Te has rapado la cabeza.

Parker se detuvo frente a mí.

—Sí, estaba demasiado largo para mi gusto.

—¿Has podido hacerlo solo?

En respuesta, giró sobre los tacones de sus botas. Vi que se había hecho al menos dos cortes en la parte de atrás.

—Tendrías que haberle pedido a alguien que te echara una mano.

Volvió a girar en mi dirección.

—Nadie más que tú tiene permiso para poner un filo sobre mi cráneo. Aguirre se ofreció. Le contesté que de ninguna manera. Me mandó a la mierda y me dijo que nosotros dos debíamos buscarnos un cuarto. Creo que empiezan a creer que somos pareja —bromeó, y me tendió el plato de chile.

—No tengo hambre. —Lo movió hasta delante de mi rostro—. Parker, no fastidies, no tengo hambre.

—No me jodas y cógelo. No puedes estar sin comer. No te he visto almorzar. Comerás esto. Pica como la puta madre. A ver si así espabilas.

Acepté el plato solamente para que no me molestase más.

Lo bajé al suelo, casi se me cayó la cuchara.

Parker me tendió una botella de agua que sacó del bolsillo posterior de sus pantalones.

—Me gustaría tener una cerveza. —Sacó otra botella del otro bolsillo y se dio la vuelta para sentarse a mi lado, sobre la base del bloque de hormigón.

—Y a mí.

—¿Cómo te ha ido? —me preguntó, agarrando la cuchara para enterrarla en el chille, que olía muy bien. Quise sentirme tentado por la comida, pero no lo conseguí.

Parker tenía razón, no había almorzado, sólo había recogido de pasada una barra energética y eso, después del desayuno, era todo lo que ya no tenía en el estómago. Bueno, en realidad sí había bebido mucho de ese pseudocafé asqueroso que teníamos allí.

Giré la cabeza en su dirección; no había vez que Parker no se acomodase a mi lado, tal como íbamos en el Humvee, él siempre a mi izquierda. Era un buen lugar para la persona que es tu corazón.

Mi corazón probablemente llevaba un buen rato buscándome.

Un rato antes, un par de hombres se habían cruzado conmigo y me habían saludado con respeto. Imaginé que debía de habérselos encontrado y que por eso en ese instante estaba allí, ya que nadie más sabía dónde me hallaba, nadie más había pasado por ahí desde que había salido en busca de un poco de paz.

Alcé la cabeza al cielo estrellado.

—¿Entonces? —insistió.

—Todo está bien, supongo. No ha sucedido nada más de lo que se suponía que iba a suceder.

—Es lo correcto. —Le sostuve la mirada. Parker, que iba a llevarse una cucharada de chile a la boca, se quedó observándome—. ¿Qué?

—Fue un descuido mío.

—En todo caso, fue un descuido de todos, porque ninguno los vio, Tyler. Podrían haberte liquidado a ti también.

—Barris está muerto.

—Lo sé.

—Le dispararon en la cabeza. Se puso delante de mí para protegerme.

—Lo mismo que hubiésemos hecho cualquiera de nosotros. —Aparté la vista, no soportaba más su ingenua mirada—. Tyler...

—No quiero volver a perder a otro de mis hombres. —Lo expresé en voz alta porque no soportaba más la presión en el pecho.

—Lo sé.

—Barris es el tercero.

—Tyler...

—No quiero volver a perder a nadie más.

Cambió el plato de mano y agarró mi mano izquierda con su mano derecha para apretarla con fuerza.

—Sé que no. Tranquilo, Tyler. No sucederá.

—No lo sabes.

—No pienses en eso.

—No puedo no pensarlo.

—Tienes que dejarlo atrás o acabarás como el desquiciado de Jones, con nombres tatuados sobre tus costillas.

Jones tenía cinco apellidos impresos con tinta en sus costillas, del lado izquierdo. Los cinco hombres que llevaba perdidos allí.

Cuando conocí a Jones, él llevaba un tiempo en Afganistán. Una de las primeras cosas que hizo fue hablarme de su tatuaje. Al principio creí que solamente era un loco desquiciado, pero en ese momento entendía por qué lo hacía. La muerte de Barris estaba carcomiéndome por dentro.

—Tyler —me llamó Parker. —Volví un poco mi rostro hacia él—. Habla conmigo.

—No hay mucho más que pueda decir. Todo el asunto ha quedado claro. No es culpa de nadie. Listo, asunto cerrado.

—No te pido que discutamos el informe oficial, Tyler. Hablo de lo que pasa dentro de tu cabeza. —Soltó mi mano para darme un puñetazo sobre el corazón—. Y aquí. Nosotros confiamos en ti, sabemos que lo haces lo mejor que puedes, que te exiges cada día. —Hizo una pausa—. Nadie te recrimina nada. Todos estábamos atentos e igual sucedió.

—Esto se pone más difícil cada día.

—Pues regresa a casa. Nos retiraremos juntos. Así terminarán de convencerse de que somos pareja. Nos reuniremos a beber cerveza cada noche, engordaremos y nos dejaremos crecer el pelo.

—No quiero retirarme. —Era la verdad. A pesar de todo, no conseguía imaginar mi vida fuera de allí, haciendo otra cosa.

—Podrías pedir un cambio de destino. Tu hermano está en Inteligencia. No tienes por qué salir a las calles a diario. Puedes seguir trabajando desde casa, incluso. Si lo hablaras con tu padre, seguro...

—No haré eso. No quiero. Sabes que no soy bueno para estar tras un escritorio.

—Tu experiencia les sería de ayuda.

—Mi experiencia es útil aquí.

—Tyler, ya has dado suficiente.

—¿Tú crees?

—Tómame un descanso, al menos.

—Descansaré cuando esta guerra acabe.

Parker soltó una carcajada.

—¿De verdad crees que querrán acabarla algún día? Nosotros sabemos por qué hacemos lo que hacemos, pero ¿crees que a alguien más le importa lo que suceda con esta gente o con el país?

Se me escapó un suspiro.

—No ven lo que vemos cada día. No tienen ni idea de lo que es la vida de estas personas. Sólo ven el dinero, el poder... Ven esa porción de lo que nosotros hacemos que creen que llevará a la gloria a nuestro país. —Terminó de decir aquello con una sonrisa—. Así de ridículo es. —Lo era—. Tyler... —Miré al cielo una vez más y, a continuación, bajé la vista hasta sus ojos—. No es responsabilidad tuya salvar al mundo. Acepta que no puedes, hermano. Somos sólo unos insignificantes hombres de carne y hueso. —Con sus ojos sobre los míos, se quedó un instante en silencio—. Hacemos lo que podemos, hermano, pero no somos perfectos, ni somos Dios. Solamente Él sabe por qué sucede todo esto. Por algún motivo nos puso aquí, y aquí, en este exacto momento, con un plato de chile, muy lejos de casa, bajo un cielo completamente distinto, te digo, Tyler Johnson, que no eres responsable de ninguna muerte, así como tampoco de ninguna vida excepto de la tuya, y ésta es exactamente la que descuidas. Regresa a casa, conoce a una chica, engáñame con ella —bromeó—. Sé feliz. Haz planes para cuando esto ya no sea tu vida. Haz planes para que esto deje de serlo, porque esto no es vida, tú y yo lo sabemos. Por mucha vocación que tengas, quizá esta guerra se termine y comience otra, pero tú no estás hecho para vivir en guerra, estás hecho para la paz y jamás encontrarás paz como soldado, Tyler. —Toda mi piel se erizó, me estremecí. Sus palabras se metieron muy dentro de mí—. Encontrarás otro modo de ayudar a Dios, porque quién mejor que un hombre que ha visto el dolor, el sufrimiento y la muerte tan de cerca puede comprender el increíble valor que tiene la vida. —Mi vista se inundó de lágrimas que no logré contener—. Quién mejor que el hombre que llora —añadió, sonriéndome.

Bajó el plato al suelo, me cogió por la nuca y me arrastró hasta su hombro. Lo dejé hacer porque necesitaba llorar, necesitaba su abrazo. Necesitaba a mi hermano.

Parker me abrazó y yo me prendí de él sin poder contener los desgarrones en que mi pecho se deshacía con el llanto.

—Eso es —su puño se prendió con fuerza de mi camiseta—, déjalo salir. —Más que dejarlo, entraba en mí todo lo que no me había permitido sentir durante todos esos años allí—. Y luego dices que yo soy puro corazón. —Alcé hacia él mi rostro empapado en lágrimas—. No sería una vergüenza que buscaras otro modo de ayudar si crees que aquí ya no puedes hacer más, Tyler. A veces, simplemente, es hora de moverse. —Alzó sus ojos al cielo—. Él te lo hará saber cuando sea tu hora de moverte, tu hora de ir a ayudar a alguien distinto.

—La gente amará tus sermones. Tendrás la parroquia llena.

—Con mantener lleno un solo corazón, me sentiré feliz. —Su puño agarró mi camiseta por delante—. Él sabía muy bien lo que hacía cuando te puso en mi camino.

Me limpié el rostro con las manos.

—No estoy muy seguro —bromeé.

—No dudes ni por un segundo de lo que Él hace. —Sacudí la cabeza—. Piénsalo, Tyler. Incluso podrías ayudarme allá en casa.

Me reí.

—No, no tengo madera para eso.

—Claro que sí, eres un gran líder. —Reí con más fuerza—. Lo eres. Crees que los que te rodean apenas notan tu presencia, y te equivocas. Sabes muy bien que otros hombres pagarían por estar en tu grupo; sabes que todos hemos aprendido una enormidad de ti y que estamos orgullosos de tenerte como superior. Te hemos visto defendernos, te hemos visto luchando codo con codo y sin miedo con nosotros, hemos presenciado tu humanidad e incluso esa pequeña porción de divinidad que llevas en ti.

—¿Divinidad? No me jodas, Parker.

—Hay personas iluminadas.

—Yo no soy un iluminado.

—Lo eres, por eso no lo ves, por eso no quieres creer que lo eres, por eso sufres, por eso aún continúas con vida.

—Deliras.

—Claro que no, es que tú crees que para ser un iluminado hay que ser un héroe o un mártir. Son los gestos de cada día, Tyler, las pequeñas cosas que haces, como afeitarte la cabeza, como decirle a Aguirre en español que todo está bien, que todo resultará bien cuando él pierde el norte, como cuando aplaudes a Foster cuando canta y cuando te ríes de los chistes de Craig, aunque no tengan la menor gracia. Eres tú cuando llenas tus bolsillos con caramelos para repartirlos entre los niños y la infinidad de veces que has detenido nuestro convoy para ayudar a alguien; el que regala su ropa, su comida, el que se detiene a acompañar el llanto de alguien que ni siquiera conoces. Eres el que se queda mirando las estrellas como si fueses capaz de ver mucho más allá. —Me quedé mirándolo sin saber qué decir—. Anda —recogió su plato—, come, que lo necesitas. —Enterró la cuchara en la comida, pero no se la llevó a los labios hasta que yo levanté mi plato y comí la primera cucharada.

—Gracias —le dije después de tragar; él aún masticaba—. Gracias por todo.

—No tienes nada que agradecer, para eso somos hermanos —me contestó con la boca todavía llena.

Continuamos comiendo en silencio aquel perfumado chile...

—¿Quieres probarlo?

Con la vista puesta en ella, de pie frente a los fogones, con la cuchara de madera en alto sobre la cacerola en la que se cocía el chile, regresé a la realidad. Allí y en mis recuerdos olía exactamente igual.

—¿Tyler? Te preguntaba si quieres probarlo. Creo que sabe bien. A ver qué opinas, que no sé si le falta algo.

De un salto, bajé de la banqueta, poniendo demasiado peso al aterrizar sobre mi pierna izquierda, la cual flaqueó un segundo. Intenté enderezarme enseguida. Yolanda notó mi despatarrado aterrizaje. Soltó la cuchara sobre la encimera y vino a ofrecerme sus manos.

—¿Estás bien? —Me cogió por los codos, soportando gran parte de mi peso con sus brazos.

«La habrías adorado, Parker», le dije mentalmente, esperando que el mensaje le llegara donde fuera que estuviese.

—Sí, gracias. He saltado con demasiado entusiasmo. Es que eso huele muy bien... —Le ofrecí mi mejor intento de sonrisa.

Mirándome con un deje de desconfianza, Yolanda me soltó.

—¿Dónde estabas? —indagó, regresando hacia la encimera para recoger la cuchara y remover el chile.

Entonces sí la sonrisa salió sola, aunque no fue del todo feliz.

—Cada tanto preparaban chile en la base. Lo sirvieron una noche a los pocos días de morir Barris. Yo había tenido una reunión con mis superiores. No me encontraba bien, no solamente porque el hombro me doliera, sino porque ya no sabía lo que hacía, porque estaba convencido de que había sido culpa mía. La reunión fue correcta, me comentaron que siguiera adelante con mi trabajo, que lo hacía bien. Por supuesto no era de la misma opinión que ellos. Estaba fuera, intentando hallar un poco de silencio en la noche, y entonces apareció Parker con dos platos de chile, uno para mí y otro para él. —Hice una pausa—. Él sabía mejor que yo cuándo lo necesitaba y esa noche, definitivamente, lo necesitaba. —Caminé hasta ella y posé mi mano izquierda en su cintura y la otra fue hasta la suya para que removiésemos juntos el chile—. Conversamos un rato, mejor dicho, él habló. Parker era muy bueno para hablar con la gente. Iba a convertirse en reverendo para la iglesia de su pueblo cuando regresara.

—No me habías contado eso.

—Él creía sin dudar. Su fe era muy fuerte y la transmitía. El aroma del chile me ha recordado esa noche.

—Lo extrañas. —No fue una pregunta, ella entendía que así era.

—Como nada en este mundo. Bueno, probablemente... —Me detuve para quedarme mirándola—. Me hace tanta falta como probablemente me faltarías tú.

—No iré a ninguna parte.

Rodeé su cintura con mi brazo, pegándome a ella.

—No perderé a nadie más —le aseguré, para arrimar mis labios a su sien derecha. Delante de mis ojos se materializó la piel tatuada de Jones. En mi cuerpo no había suficiente espacio para poner los nombres de todos los que había perdido, porque mis cicatrices ocupaban demasiada extensión de mi piel; en modo alguno permitiría que ella se convirtiese en una cicatriz más—. Te amo, Coleman.

Levantó su rostro en mi dirección. Sonreía.

—Te amo, Johnson.

Me tragué las lágrimas.

—Veamos qué tal está ese chile. ¿Te he contado que soy un experto en la materia?

Yolanda negó con la cabeza sin parar de sonreír.

—De haberlo sabido, te habría obligado a ti a prepararlo.

Junto con su mano, alcé la cuchara y me llevé una pequeña porción a los labios. Soplé porque estaba muy caliente. Ella esperó.

El sabor inundó mi boca y me regresó a Parker riendo mientras metía la cuchara una y otra vez en el chile. Desde lo más profundo de mi corazón, le agradecí devolverme a mi hermano con una sonrisa en los labios, con sus mejillas bronceadas, con su fe puesta en mí, con su alegría a flor de piel y con todos sus planes de futuro justo frente a él. Entonces, sin más, estallaron dentro de mi cabeza infinidad de recuerdos en los que preponderaban nuestras carcajadas, bromas estúpidas, momentos de camaradería y compañerismo, momentos de esos que llenan el corazón para toda la eternidad. No verlo en el Humvee a mi lado antes de que todo terminara resultó un gran cambio.

Su risa sonó en mis oídos mezclada con la de Yolanda mientras le decía que el chile estaba muy bueno, pero que le faltaba la mano de un texano.

Ella me mandó a la mierda sin parar de reír y me dijo que a partir de entonces debería cocinar yo.

—Haré todo lo que tú quieras —le aseguré, besándola.

—Perfecto, pues entonces comenzarás por aceptar mi dinero y quedarte a mi lado. ¿Qué te parece intentar pasar un tiempo en Pasadena con cierta astrofísica?

Mi corazón respondió antes de que mi cabeza pudiese decir que no.

—Podría intentarlo.

La sonrisa de ella se hizo enorme.

Fuera sonó un trueno que nos hizo encogernos.

Reímos juntos al volver a incorporarnos.

Comimos el chile allí en la cocina, ignorando todo lo que existía más allá de esas paredes, incluida la infernal tormenta que aún caía fuera.

Poco antes de medianoche nos fuimos a la cama y, si bien mi idea era volver a bajar en cuanto ella se quedara dormida, los planes de Yolanda no incluían dormir, no al menos de inmediato. Sus manos me arrebataron mi ropa y yo le robé la suya, eso más toda su piel, más una cantidad jamás suficiente de besos a los que les sumé sus gemidos de placer sobre mi oído bueno, porque ella siempre buscaba con sus labios mi oreja derecha para pronunciar mi nombre, cuando no lo hacía sobre mi boca.

La amé hasta que fue demasiado y los dos nos rendimos.

En silencio y con los ojos abiertos, permanecí a su lado hasta que se quedó dormida.

Despacio, abandoné la cama y me vestí.

Salí al pasillo. Vi que las luces parpadeaban.

El grupo electrógeno debía de estar quedándose sin combustible.

Bajé la escalera y fui a por el impermeable que había visto colgado en el armario de la cocina, junto a la puerta posterior.

Con mi arma en el bolsillo trasero de mis tejanos, salí a la tormenta para ir a apagarlo; mejor que reservásemos el combustible para el día siguiente, por si la tormenta seguía, no regresaba la

luz y no podíamos ir a buscar más.

Pese a la bestial tormenta que poco permitía ver, en un recorrido rápido que efectué por el terreno, no di con ninguna señal de que estuviesen vigilándonos. De cualquier modo, no me confié; con esa gente no podía confiarme ni quedarme en paz.

Regresé a la casa y encendí algunas velas. Preparé una buena cantidad de café y, con una taza, me dediqué primero a deambular por la sala de estar con la pistola todavía en el bolsillo y mi móvil en el otro.

Cuando el cansancio comenzó a afectarme, me senté en uno de los sillones y me cubrí con una manta, para beber mi segunda taza.

Los rayos iluminaban de tanto en tanto las ventanas que habían quedado descubiertas.

No tuve pesadillas porque apenas pegué ojo vigilando y no tuve visiones porque la realidad requería toda mi intención.

«No perderé a nadie más —le aseguré a Parker—. No volveré a perder a nadie.»

El superviviente solitario

Mi pie izquierdo cayó sobre el último escalón y desde allí lo vi, rendido en uno de los sofás, cubierto con una manta, con la cabeza ladeada hacia el respaldo.

«El superviviente solitario», pensé.

No me sorprendió en absoluto encontrarlo allí solo, de cara a los ventanales del lado derecho de la casa. Es más, tenía muy claro que había permanecido gran parte de la noche, sino toda, despierto, muy probablemente vigilando.

Tyler había regresado de Afganistán; sin embargo, aún estaba en guerra.

«Sólo los muertos han visto el final de la guerra.»

Cuánta razón tenía Platón.

Descendí el escalón que faltaba para llegar abajo.

Al otro lado de los cristales todavía llovía; no con la intensidad de la noche anterior, pero sí de forma constante.

El viento había cesado; sin embargo, las marcas de su paso continuaban fuera.

Al levantarme había abierto las persianas para ver muchas ramas rotas sobre el terreno y al menos un árbol caído muy cerca de la orilla del lago, en la parte izquierda de la casa.

Lo siguiente que había hecho al levantarme había sido comprobar si teníamos luz.

No.

El grupo electrógeno debía de haberse apagado y quizá el servicio eléctrico todavía no se había normalizado.

Pisé con suavidad sobre las maderas para no hacer ruido; no quería despertarlo. Ése era mi turno de montar guardia, de protegernos a ambos.

Con sumo cuidado, me alejé en dirección a la cocina. Antes de perderme por el pasillo que conducía a ésta, eché un vistazo hacia atrás. Tyler continuaba durmiendo plácidamente.

A medida que fui alejándome de él y aproximándome a la cocina, caminé con más y más normalidad.

Suspiré aliviada al entrar en la estancia.

Fui directa a la caja de controles.

Di paso al servicio eléctrico y probé con la luz del techo. Nada. Imaginé que debía de haberse caído algún poste con la tormenta o que el viento, simplemente, había arrancado el cableado en alguna parte.

Me enfundé el chubasquero que estaba colgado junto a la puerta y salí de camino al cobertizo,

vigilando los alrededores de la casa para no volver a ser centro de una sorpresa como la de la tarde anterior.

La lluvia era mi única compañera.

Abrí la puerta y, dejándola entreabierta para que entrase algo de claridad, pese a que estaba bastante oscuro por lo cubierto del cielo, le eché un vistazo al equipo. Estaba apagado. Tyler debió de venir por la noche a desconectarlo.

Revisé el nivel de combustible, lo cargué y lo puse en marcha.

Al darme la vuelta, vi un tenue reflejo de una de las lámparas del salón.

Dejé el grupo electrógeno, cerré la puerta con el candado y regresé a la casa, registrando la devastación que había dejado la tormenta a su paso. El jardín estaba cubierto de restos de plantas y de pequeñas ramas tiernas; el lago aún continuaba encrespado y su oscura superficie era de temer.

Una ráfaga de viento me llevó por delante y sólo entonces me percaté de que me había detenido en mitad de la nada vuelta hacia el lago. Oí crujir las maderas que le daban cuerpo a la pequeña cabaña dentro de la cual se encontraba el bote. Las grandes extensiones de agua no eran mi ecosistema favorito; no podía decir que le temiese al océano o a ese lago en particular, pero al volver a procesar con mi cerebro lo que veían mis ojos, me estremecí. El lago parecía querer lanzar manos en todas direcciones con el fin de capturar cualquier cosa que pasase cerca de su orilla. No sé por qué, lo imaginé hambriento, quizá también furioso, como si necesitase descargar con alguien lo que su inmovilidad de aquel espacio que había ocupado siempre le impedía conseguir.

Di un respingo y a toda prisa me largué en dirección a la cabaña, procurando no mirar, ni siquiera por accidente, otra vez hacia el lago.

Alcancé al fin la protección del porche, me quité el impermeable y lo sacudí.

El ambiente templado del interior de la casa fue un gran alivio.

Así como había sacudido el chubasquero para quitarle las gotas de lluvia, sacudí mi espalda para desembarazarme de la extraña sensación que cargaba sobre mi piel.

Fui directa a preparar la cafetera; sobre todo por haber salido a la lluvia, necesitaba algo caliente en mi estómago. De pasada a buscar el pan, me quité el móvil del bolsillo y lo puse a cargar.

Metí un par de rebanadas dentro de la tostadora y fui a espiar a Tyler.

Desde el pasillo comprobé que aún dormía.

No fui a apagar la única lámpara que estaba encendida porque no quería despertarlo. De cualquier modo, su luz, reflejada sobre la mesa de madera y la pila de libros, le otorgaba un toque más cálido al ambiente, calidez que la luz gris que entraba por las ventanas intentaba robarle a la casa.

Lo dejé solo, descansando, y fui a ocuparme de lo que me tocaba.

Me serví una taza de café, le eché un chorro de leche y lo llamé.

—Hola, Yolanda. Me has leído la mente, estaba a punto de llamarte.

—Buenos días, Andrew. Perfecto, te he ahorrado el trabajo.

—¿Cómo va todo por ahí? En las noticias he visto que anoche pasó una tormenta muy fuerte. ¿Estás bien? Si necesitas ayuda, no tienes más que decírmelo: llamaré a mi hermano para que envíe a alguien; incluso podrían ir a buscarte para que te quedases con ellos. He oído que hay problemas con el suministro eléctrico.

—Sí, la luz se cortó ayer. No te preocupes, tengo el grupo electrógeno funcionando. Después me llegaré hasta el pueblo a comprar combustible y a averiguar cuándo recuperaremos el servicio.

—Pero ¿te encuentras bien? ¿Aún llueve? ¿Cómo has pasado la noche?

—Estoy bien. Todavía llueve, pero por suerte no tanto como anoche, y ha parado un poco el viento, que daba la impresión de que iba a llevarse hasta la casa.

—Tu madre querrá matarme cuando se entere de la noche que has pasado allí. Deberías haber ido con Daisy a Hawái.

—Estoy bien, Andrew. La casa continúa en pie.

—Me quedaría más tranquilo si fueses a hospedarte a un hotel en el pueblo al menos hasta que regrese a luz; eso si no quieres quedarte en casa de mi hermano. Puedo llamar ahora mismo para pedirte una habitación. Sabes que el hotel es de la familia. Te conseguiré una enorme *suite*. ¿No te tiente? Es que no me gusta nada la idea de que te quedes allí sola.

Le había pedido a Daisy que si hablaba con su padre no le contase nada de Tyler; bueno, en realidad, cuando se lo pedí, era Parker. El caso era que mis padres tampoco sabían de él y a Andrew, de momento, no pensaba mencionarle ni una palabra.

—Estoy perfectamente bien, tengo muchos libros y velas, y sabes que me encanta estar aquí.

—Sé lo que te gusta la casa, pero no me entusiasma la idea de que estés allí sola con ese clima. Podría acercarme unos días. Si trabajamos juntos, adelantaremos mucho y luego podremos descansar. En algún momento tienes que aprender a no hacerlo todo sola. Sé que odias trabajar en equipo; bien, técnicamente no seríamos equipo, sino pareja. —Me quedé en silencio y él tampoco añadió nada más—. Ignora lo que acabo de decir, no ha sido con la intención de... tú ya me entiendes.

Lo hacía.

Cuando Tyler bromeó con que pudiese haber algo entre nosotros, yo lo negué por completo... pero mentí, así como en muchas cosas prefería continuar mintiéndome a mí misma. Fue una estupidez de la que nos avergonzábamos ambos, porque sabíamos que nada tenía que ver con la relación que teníamos hasta la noche de la presentación del libro de un colega. Andrew había bebido unas copas, aunque no las suficientes como para estar ebrio ni nada que se le pareciese. Yo también había bebido un poco. Se debió a que pasamos toda la noche juntos, conversando, riéndonos de nada y de todo. Me acompañó a casa; habíamos ido caminando porque la primavera estaba instalada en la ciudad y hacía una noche estupenda. Nos detuvimos frente a mi puerta y de pronto, sin saber cómo ni por qué, estábamos besándonos. No fue un mal beso, pero sí una

sensación muy extraña, rayana en lo anormal, al apartarme y enfrentar al hombre que él solía ser para mí.

Andrew me pidió disculpas y yo me disculpé también. Habíamos avanzado los dos al mismo tiempo y sin pensar.

Lo que él soltó a continuación no fue sin pensarlo. Me dijo que me quería, con todo lo que eso implicaba.

El «con todo lo que eso implicaba» continuaba dando vueltas por mi cabeza, porque no le había preguntado qué implicaba.

Para mí, él continuaba siendo uno de mis mejores amigos, mi gran apoyo, un modelo que seguir, alguien a quien admiraba profundamente, más que familia, más que todas las cosas juntas.

Hasta ese día me había dado miedo descubrir cómo me veía él a mí, si bien intentaba que todo continuase fluyendo con normalidad entre nosotros.

El resultado de no aclarar lo sucedido era ése, que, ante la mención de algo semejante a lo que él acababa de pronunciar, me quedara un tanto desconcertada.

Su trato conmigo no había cambiado; sin embargo...

—¿Yolanda?

—Sí, aquí estoy.

—No he querido decir eso. Es que... me preocupo por ti. Sabes que puedes entrar y salir de la cabaña, incluso llevar a quien quieras; de hecho, creo que preferiría que no estuvieses allí sola en este momento.

—Me las arreglaré bien, no te preocupes.

—Mientras no lo digas solamente para que no vaya hasta allí... —bromeó, y noté que era sincero.

—No, no es por eso.

—Ve al hotel. Yo me encargo de todo. Corre de mi cuenta, lo sabes.

—No, prefiero quedarme aquí; tarde o temprano la tormenta pasará.

—Tu madre me mataría si te ocurriese algo.

—Nada me sucederá.

—Bien, contigo es imposible discutir.

—Sí, ya lo sé. —Reí.

—Eres imposible, con muchas cosas. Esta mañana, revisando mis extractos bancarios, he descubierto una transacción. Te dije que no necesitabas devolverme el dinero y, sinceramente, no me esperaba en absoluto verlo en mi cuenta a los pocos días de habértelo prestado. Lo primero que he pensado es que te habías arrepentido y que no habías pagado la deuda con la universidad. —Hizo una pausa—. Me he comportado como no debía y he estado investigando. Resulta que sí has pagado esa deuda.

—¿Me has estado espiando? —intenté bromear.

—A continuación he llamado a Daisy. Me ha dicho que ella no sabe nada de nada. Debería

haberte llamado primero... pero tenía la certeza que de no querrías contármelo ¿Puedo saber qué sucede? ¿Cómo has logrado pagar lo que debías en la universidad y devolverme el dinero a la vez? ¿Eso tiene alguna relación con Las Vegas?

—Sí —admití, bajando la vista pese a que él no podía verme—. Mi madre ya lo sabe, de modo que ahora te toca a ti enfurecerte. Aposté y gané. Fue bastante. Estaba en una mesa importante. Tuve suerte.

Andrew se quedó en silencio un par de segundos.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—No lo puedo creer.

—Pues créelo.

—¿Cómo es que tu madre todavía no ha ido a buscarte para devolvarte a Miami y encerrarte en casa?

—Ganas no le han faltado.

Andrew rio.

—La verdad es que prefiero no hacer preguntas.

—Mejor no las hagas.

—No volverás a pisar Las Vegas.

—Descuida, no tengo la menor intención, no al menos de entrar en la sala de un casino. La ciudad no tiene la culpa.

—Lo tenías planeado, ¿no es así? Casi puedo ver la verdad en tus ojos, aunque no te encuentres frente a mí.

Me tomé un momento. No tenía ningún sentido intentar engañarlo a él con eso.

—Sí. Tuve suerte. De todos modos, no es que fuese a lo tonto y a lo loco; una vez que empecé a ganar, guardé siempre la suma que te había pedido prestada.

—Que nadie se entere de esto, Yolanda —dijo riendo.

—Ésa es la idea.

—Este día se está poniendo cada vez más raro.

«Se pondrá todavía más.»

—¿Se pondrá todavía más raro? —soltó, adivinando mi último pensamiento.

—Necesito pedirte dinero otra vez.

—¿Qué? ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Qué sucede? Me parece que lo mejor es que te haga una visita.

—No, Andrew, de verdad que no es preciso.

—Aún no me has dicho para qué necesitas el dinero. ¿Tuviste problemas estando en Las Vegas? Daisy tendrá que darme explicaciones. Se suponía que debíais cuidaros entre vosotras.

—Creía que me pediste que fuera con ellas para que yo las cuidara.

—No eres su madre —replicó con un tono bastante distinto.

—Tranquilo, Andrew.

—No te creeré si me dices que Daisy no sabía nada acerca de lo que tenías planeado hacer.

—Entonces no lo diré.

—¿Por qué necesitas de nuevo dinero?

—No puedo decírtelo, no al menos por el momento.

—Yolanda, no me hagas esto. Si necesitas ayuda, te la daré. El dinero lo tienes y lo sabes, lo que me preocupa es que suceda algo más que el dinero no pueda resolver.

—Intentaré resolverlo con dinero.

—Joder, no puedo creer lo que estoy oyendo. —Nunca antes había oído a Andrew soltar una palabrota, no fuera de su despacho o de su trabajo, cuando tenía entre manos algo que no podía resolver—. Yolanda, por favor, cuéntame qué pasa. Juro que no le comentaré nada a tu madre. Tienes que confiar en mí, te ayudaré en lo que haga falta.

—No estoy segura de cuánto dinero necesito —solté muy a mi pesar, alejándolo de mí. Me impresioné de lo fría que soné y, si bien no solía ser demasiado amorosa, comportarme así con él me revolvió las tripas.

—Lo que sea. Te transferiré dinero a tu cuenta de inmediato. Si necesitas más, avísame.

—Gracias.

—Yolanda, no tienes que agradecerme nada. Sólo... solamente dime qué más puedo hacer por ti. Si estás en problemas de algún tipo... puedo poner a todo un bufete de abogados a tu disposición. Nadie más tiene por qué enterarse.

—Por lo pronto no creo que sea necesario llamar a ningún abogado.

—¿Por lo pronto? Me preocupas cada vez más.

—Espero resolverlo hoy mismo, y juro que te lo devolveré.

—No tienes que devolverme nada. ¿Te parece que te transfiera lo mismo que te presté?

—Sé que es mucho pedir, pero...

—¿El doble?

—Estaba pensando en un poco más.

Andrew se quedó en silencio unos segundos.

—¿Qué extraño sueño es éste en el que apuestas en Las Vegas y luego me pides...?

—Hay vida más allá de nuestros laboratorios —lancé sin pensarlo demasiado, y él soltó una risa seca no demasiado feliz.

—Son extremos demasiado opuestos y jamás te imaginé al otro lado. ¿Me lo explicarás algún día?

—Sí, es muy probable; más que posible.

Ahora sí, su risa fue mucho más alegre.

—Te transferiré el dinero. Si necesitas más, llámame de nuevo y, si quieres que te consiga un abogado o lo que necesites, avísame. Sabes que no le diré ni una sola palabra a nadie.

—Lo sé. —Por eso recurría a él.

—Supongo que también sabes que en este momento estoy muy preocupado por ti.

—Sí, lo siento. Es mucho más de a lo que tengo derecho...

—No digas tonterías. Tan sólo prométeme que te mantendrás a salvo. Necesito que regreses aquí de una sola pieza, ¿lo entiendes?

—Sí.

—Prométeme que, si necesitas cualquier cosa, me llamarás. No te pediré explicación alguna.

—Lo juro, lo sé. Lo sé y lo lamento. No tengo derecho a ponerte en esta posición. Estoy abusando de...

—No digas ni una palabra más. Sólo mantenme al tanto.

—Lo haré.

—No quiero despedirme. No quiero dejarte sola allí.

No tuve el valor de decirle que no estaba sola.

—Te llamaré pronto, lo prometo.

—Aquí estaré.

—Gracias, Andrew.

—De nada, Yolanda.

Terminamos de despedirnos y dejé mi móvil sobre la encimera para que se acabase de cargar.

Bebí el resto de mi café con leche, que se había enfriado, y mastiqué una tostada sin demasiado interés, con la vista perdida en la lluvia que caía al otro lado de la ventana.

A los cinco minutos recibí un correo electrónico con la confirmación de Andrew de que ya había efectuado la transferencia de fondos a mi cuenta. La suma me dio palpitaciones, pero, como no tenía ni idea de lo que Tyler debía, la acepté. Me juré que, fuera como fuese, le devolvería hasta el último centavo.

Le escribí un *mail* agradeciéndoselo otra vez y me comí una segunda tostada intentando disfrutar su sabor.

Tras acabarla, la soledad de la cocina se me hizo demasiado pesada. En todas mis otras estancias allí, carecer de compañía no había supuesto un problema, todo lo contrario; sin embargo, en ese momento en que sabía que él existía, la soledad ya no tenía sentido y, más que eso, me resultaba una opción tentadora acompañarlo.

Me preparé un segundo café con leche, llené una taza para él y salí a su encuentro.

Desde el pasillo, vi que continuaba acurrucado contra el respaldo del sillón, durmiendo.

Despacio para no sobresaltarlo, anduve hasta el sofá en el que se había acostado.

Sobre la mesa que tenía la lámpara encendida, dejé nuestras tazas. Me quité las zapatillas y las hice a un lado. De puntillas, terminé de acortar la distancia entre nosotros.

De encima de su hombro derecho, tomé el extremo de la manta y la levanté con toda la intención de colarme a su lado en el sofá. Lentamente, tomé asiento junto a sus caderas.

—Soy yo —le susurré al oído mientras me pegaba a su cuerpo, metiéndome por debajo de la colcha.

Tyler, sin abrir los ojos, sonrió.

—Buenos días. Te he notado muy solo aquí. —Abrió los ojos y espió en mi dirección—. He pensado que te vendría bien un poco de compañía.

Con su sonrisa por todo lo alto, volvió su rostro hacia mí. Alzó su brazo izquierdo y me pegó a su cuerpo.

—No cualquier compañía. La tuya. —Besó mi sien derecha—. Buenos días, Coleman.

—Buenos días, Johnson. ¿Cómo has dormido?

—Bien. ¿Y tú?

—Mejor hubiese dormido si te hubieses quedado conmigo en la cama.

—Lo siento, quería...

—Tengo el dinero —solté, interrumpiéndolo—. Ya sé lo que querías y no permitiré que vuelvas pasar una noche de desvelo por eso.

—¿Qué dices? —A pesar del sueño, abrió mucho los ojos.

—Que tengo la pasta. No sé cuánto pediste prestado... Andrew acaba de depositar en mi cuenta una suma que imagino que será suficiente. Además de eso, yo todavía tengo un pico que me quedó de Las Vegas. Si no alcanza, me lo dices.

—Yolanda, ¿qué has hecho?

—Lo que debía hacer. Iremos al pueblo y buscaremos al tal Frank. Le dirás que tienes el dinero y que él te diga cómo quiere que se lo hagamos llegar.

—Yolanda... —susurró.

—Lo resolveremos juntos. —Meneó la cabeza—. Lo dicho, que no quiero que vuelvas a pasar una noche en vela por este motivo. Te ayudaré en todo lo que pueda para dejar la guerra atrás.

Se dispuso a decir algo, pero nada salió de sus labios.

Alcé mi mano derecha hasta su rostro y lo acaricié, moviéndolo hacia mí.

—No estás solo, Tyler.

—No has debido hacerlo.

—Está hecho. Le devolverás su dinero y haremos que esto se termine para que puedas vivir tu vida en paz. Dime cuánto le debes.

—No sé ni qué decir. Trescientos mil dólares, ésa es la cantidad que le debo...

—Desayunemos y, cuando estés listo, vayamos al pueblo a buscarlos. Los quiero lejos de aquí, lejos de ti, lo antes posible.

Otra vez sus labios se abrieron, buscando lo que no necesitaba decirme porque lo veía allí en sus ojos.

Besé sus labios y fui a por las tazas.

Nos quedamos un buen rato allí tendidos en silencio, abrazados, hasta que oí crujir su estómago. Le dije que iría a prepararle el desayuno; él no quiso dejarme hacerlo sola. Tuve que ayudarlo a llegar hasta allí, porque haber dormido en el sofá no le había hecho ningún favor a su cuerpo.

Tyler desayunó, se tomó un calmante y después se fue a la ducha mientras yo acababa de poner

orden en la cocina.

Cuando él se fue me tocó el turno de vigilar, porque me pidió que estuviese atenta a que nadie se aproximase a la casa. Después, mientras me duchaba yo, lo visualicé montando guardia otra vez y eso me angustió.

Salí de la ducha tan rápido como pude y me preparé para salir a toda prisa, sin poner demasiada atención a lo que me echaba encima.

Bajé a buscarlo y lo encontré con las manos dentro de su mochila, la cual se encontraba sobre el sofá en el que había dormido.

—Estoy lista para salir.

Tyler giró la cabeza, paralizándose con las manos dentro de la mochila.

Negó con la cabeza.

Inspiró hondo.

—Tú te quedas aquí. Iré solo.

Su mano izquierda salió vacía de dentro de la mochila; la derecha, con su puño rodeando lo que identifiqué como un cargador.

A toda prisa cerró la mochila y se metió el cargador en el bolsillo trasero de los pantalones como si pretendiese evitar que yo notase que lo tenía. Supuse que debía de tener su arma encima también. Se me formó un nudo en el estómago.

—No. Voy contigo. El dinero está en mi cuenta. Necesitaré pedirlo; no sé si podré tener el efectivo en el momento, pero seguro que podemos conseguirlo para mañana. No tiene sentido que lo retrasemos todo un día más.

—Te quedas.

—Voy. —Me cerré el abrigo hasta arriba y fui a la cocina a buscar las llaves de la autocaravana. Noté cómo me seguía.

—Si necesito que vayas a sacar el dinero, lo haremos mañana. No vendrás conmigo ahora.

—No pasarás una noche más sin dormir por esto. Podemos hacerlo todo, juntos, ahora.

—Llueve a mares todavía.

—¿Y tú crees que porque llueva me quedaré aquí? —Descolgué las llaves de la pared. Tyler intentó arrebatármelas de la mano y eché el brazo hacia atrás; él me tiró otro manotazo y pescó mi puño, pero no consiguió quitármelas—. Voy.

—No.

—¿Prefieres que me quede aquí sola?

—Yolanda, por Dios, no me hagas esto. Suficiente me amarga que hayas pedido el dinero.

—No seas idiota. Voy contigo; es más, yo conduciré, tú en ese estado no puedes hacerlo.

—Ah, gracias —soltó, socarrón. La preocupación y la tensión se le escapaban por la voz.

—Lo siento, pero es la verdad, y si me necesitas, allí estaré. Yo conduzco.

A regañadientes, soltó mi puño.

—Te quedarás en el vehículo. Júralo —me instó—. No quiero a esos sujetos ni remotamente

cerca de ti otra vez.

—No quiero que los enfrentes tú solo.

—Eso no es negociable. Te lo repito: no los quiero ni remotamente cerca de ti otra vez. No puedo conducir, pero puedo con ellos. —Apreté los dientes al recordar el cargador—. Yolanda, tienes que prometerme que esperarás en la autocaravana o te dejo aquí atada a la cama.

—No harías eso.

Se quedó enfrentándome con una ceja en alto.

—¡Bien! —exclamé a regañadientes.

Retrocedió un paso.

—Todavía no puedo creer que hayas pedido el dinero. No debería aceptarlo.

—No te queda otra opción. Vamos, quiero que terminemos con esto cuanto antes.

Vi en los ojos de Tyler una mirada de recelo que no me inspiró demasiada confianza. Entendía que estábamos lidiando con gente poco ética, por decirlo de alguna manera, y no tenía ni idea de hasta qué punto, que Tyler no hubiese matado a aquel hombre, fastidiaba al tal Hogan, pero si él ya había recuperado parte del dinero que el tipo le debía y ahora recuperaba el de Tyler, no tenía por qué seguir poniendo su atención sobre nosotros, ¿o sí?

Rogué porque tuviese asuntos más interesantes que ir tras un exsoldado y una astrofísica que no tenían mucho más que darle.

Utilizando el impermeable a modo de paraguas, porque en toda la casa no pudimos encontrar uno, fuimos hasta la autocaravana. Me puse al volante con un silencioso Tyler a mi lado.

Con la lluvia estallando sobre la luna delantera y el parabrisas funcionando, conduje por la ruta que era un rastro continuo de lo que la tormenta había dejado a su paso: árboles caídos, ramas, algún que otro mueble de jardín robado por el viento de una de las propiedades cercanas..., incluso nos topamos con la fuente de uno de nuestros problemas; dos grúas y tres camionetas de la compañía eléctrica, cuyos operarios trabajaban para volver a poner en pie uno de los postes de luz derribado por un tronco que no había terminado de caer porque aún colgaba del cableado. Había dos coches patrulla detenidos desviando al tráfico a uno solo de los carriles para mantenernos a todos lejos de la zona de trabajo, que debía de ser peligrosa.

Al ver a los policías allí en pie, debajo de sus gruesos impermeables y sus sombreros con fundas para la lluvia, me dio un escalofrío.

Uno de los policías nos dedicó un saludo después de indicarnos que podíamos seguir adelante y yo procuré no mirarlo a los ojos mientras estrujaba el volante a causa de los nervios.

—Deberías haberte quedado en la cabaña —me recriminó Tyler cuando los dejamos atrás.

—Estoy bien. No pasa nada. Al menos sabemos que están trabajando en reparar la luz. No necesitamos comprar más combustible.

Lo vi amagar una sonrisa.

—Es una buena señal —insistí, porque yo también necesitaba creerlo.

El resto del camino lo realizamos en silencio.

Al entrar en el pueblo, la tensión creció todavía más dentro de mí, porque todo el mundo allí conocía la autocaravana de Andrew y también reconocían mi rostro. No sería sencillo encontrar a aquellos tipejos sin llamar demasiado la atención.

Tyler me hizo detenerme cerca de un café que estaba apenas entrar en el pueblo y no hubo forma de hacerle entender que allí estábamos lejos de todo.

—Tendrás que caminar demasiadas calles para llegar al centro del pueblo. Por aquí cerca hay un motel, pero...

—Tú no te preocupes por eso. Los encontraré... si es que ellos no me encuentran antes a mí. —Se desabrochó el cinturón de seguridad—. Espérame aquí.

—Tyler... —quise comenzar a replicar, pero no me lo permitió.

—Hemos acordado que te quedarías aquí. No quiero que bajes siquiera. Cierra todo cuando yo salga.

Tyler fue hasta el impermeable y comenzó a ponérselo.

—Volveré lo antes posible. —Todavía acabando de cerrárselo, regresó a mí y, cogiéndome por la nuca, me dio un beso en los labios—. Te amo. Espera aquí y no hagas ninguna tontería. Prométemelo. —El agarré de su mano en mi nuca se tensó.

—Te lo prometo.

—Genial, porque es una orden y odio que me desobedezcan —intentó bromear.

—Vete a la mierda.

—Este desacato de ahora te costará caro, Coleman.

—Asegúrate de regresar para castigarme —fue mi intento de ponerle un poco de humor a ese momento de tensión.

—Lo haré. No pienso perderme por nada del mundo poder castigarte. —Me dio otro rápido beso y se apartó con su pierna izquierda complicándole el andar—. Ven a cerrar.

Con un nudo en la garganta, lo vi salir del vehículo.

Cerré y volví corriendo a mi asiento para ver en qué dirección se alejaba.

Despacio, encogido debajo del impermeable, se encaminó hasta el café.

Debió de permanecer una media hora allí dentro.

Cuando salió, enfiló en la dirección contraria a la que se encontraba la autocaravana. Iba hacia el centro del pueblo.

Con la tensión adueñándose de mi cuerpo, lo perdía de vista a la distancia, más allá de la cortina de lluvia que no paraba de caer.

Titanes y criminales

Imaginaba que mi presencia, un desconocido a pie, andando bajo la lluvia únicamente cubierto por un impermeable amarillo; un sujeto sin nombre y sin dirección en busca de otro que no pertenecía al pueblo y que tampoco era un turista, debía de levantar suficientes sospechas. Alguien hizo el intento de preguntarme dónde me alojaba, si había llegado solo. Quisieron saber cómo había pasado la noche de la tormenta y si tenía luz. Di las respuestas más vagas posibles y me alejé de allí con el objetivo de dar con el paradero de Frank, esperando que la lluvia lavase mis pasos, dejando el camino limpio de mí.

No fue tarea sencilla descubrir dónde estaba sin terminar consiguiendo que todo el pueblo supiese a quién buscaba. Fui sin prisa, precavido y, por eso en ese momento nadie iba tras de mí y nadie me prestaba atención.

A través de la cortina de lluvia, vi la camioneta estacionada en el parking del motel.

Poco antes, una chica que trabajaba allí me habló de Frank. Me la topé en uno de los cafés a los que entré; ella acababa de finalizar su turno y paró en ese local a desayunar antes de irse a casa a descansar. Conversamos un buen rato de cualquier cosa mientras ella comía y yo bebía café sin parar; me iba a salir una úlcera de ingerir tanto ese día.

No le di mi nombre y eso no me pesó; me preguntó si me quedaría por allí unos días y me dio la clara impresión de que quería volver a verme; me hice el idiota y le sonreí. Ella no me sonrió cuando la dejé frente a la puerta del establecimiento, despidiéndome como si nos conociésemos de toda la vida, y yo como si no fuésemos a vernos jamás, porque en realidad éramos dos extraños.

Creo que hizo el amago de volver a llamarme; quizá le había quedado algo por decirme o tal vez pretendía que intercambiásemos números de teléfono o que, al menos, le diese una dirección precisa de dónde me hospedaba para poder localizarme, más allá de saber que estaba en casa de unos conocidos cerca del lago. Eso fue todo lo específico que fui con ella.

La lluvia resbalaba por la pintura negra de la camioneta, así como por encima de los pocos automóviles aparcados allí.

Recorrí toda la hilera de coches y, desde el final, divisé a un hombre fumando debajo del alero que cubría las entradas a todas las habitaciones de ese lado, sirviendo de pasillo para las habitaciones del piso superior.

El tipo detectó mi presencia e identificó mi rostro, así como yo recuperé el recuerdo de sus facciones en mis retinas. Era uno de los esbirros de Frank, uno de los responsables de que mi

cuerpo no me dejase respirar sin dolor.

Se quitó el cigarrillo de los labios y soltó el humo a la lluvia. Arrojó la colilla al suelo, ignorando la presencia del cenicero a un metro de él, y lo aplastó con una bota.

Sin abandonar el cobijo que le ofrecía el techo sobre su cabeza, se movió en mi dirección, estirando el cuello. ¿Esperaba ver a alguien más? De todo corazón deseé que no fuese a Yolanda, que ni siquiera supiese de ella.

En cuanto lo pensé, comprendí que me estaba intentando engañar a mí mismo, a pesar de que sabía que no daría resultado. No estaba funcionando, y de ahí la aceleración de mi pulso.

Durante la siguiente docena de pasos me concentré en sosegar mi respiración; tenía que recuperar la concentración y mantener la cabeza fría.

—¿Qué te trae por aquí en este día de mierda, soldado? ¿Quizá te han echado a la calle?

—Vengo a ver a Frank.

—¿Tu chica te contó que fuimos a visitarla? —Él continuaba al resguardo bajo el alero, y yo, bajo la lluvia.

—¿Dónde está Frank?

—De modo que le diste otro nombre, no el tuyo. ¿No es eso de cobardes? Creía que los soldados eran valientes hombres de palabra, no sabandijas que se esconden detrás de chicas que conocen en Las Vegas. Deberían quitarte tus medallas por eso.

Mi mano izquierda voló hasta su cuello. Me lo llevé por delante con todas mis fuerzas mientras sacaba el arma y se la clavaba en el estómago, subiendo el ángulo del disparo para que entrase por su pecho. La cabeza del sujeto se estrelló con violencia contra la pared, entre la puerta y la ventana de la que imaginé que debía de ser su habitación. No disparé la pistola, pero tampoco la moví de su sitio.

—Para ser un jodido lisiado sigo siendo bastante buen soldado, ¿no crees? —Con mi mano apretando su cuello en el lugar preciso, le ponía difícil hablar—. Al menos no he olvidado mucho de lo importante que me enseñaron. Dudo que quieras que te haga una demostración práctica de todos los trucos que sé hacer. La carne es carne, y todos tenemos la sangre del mismo color. Para mí no hay diferencia... Me basta con que sea del enemigo, y tú eres mi enemigo. Vosotros me estáis intentando joder la vida y eso no sale gratis.

Su agarre en mi muñeca derecha, la mano con la que sostenía el arma, y en la izquierda, con la que lo tenía sujeto por el cuello, se aflojaron.

—No vuelvas a mencionar a soldado alguno; tu boca no tiene derecho a meterse con ninguno de nosotros.

—Ya no eres uno de ellos. —Su voz sonó estrangulada.

Mi mano izquierda hizo que su cabeza impactase otra vez contra la pared.

—Nunca dejas de serlo, aunque no estés en la guerra. —Aflojé la presión en su cuello porque su rostro tenía un preocupante color rojo pese a que acababa de dejarle meter un poco de aire

dentro de los pulmones—. Deberían haberte advertido de que soy muy bueno, tanto que ahora tengo una bonita colección de medallas que tú nunca verás.

—Los titanes y los criminales caen a la misma velocidad, sargento primero. Puede que tengas medallas, pero no eres menos criminal que nosotros; eres solamente un salvaje con permiso de serlo. Todos vosotros lo sois. ¿Crees que no sabemos las cosas que hacéis allí? Sois unos suicidas desquiciados que no tenéis ni la más remota idea del valor de la vida humana y...

No lo soporté más: retrocedí mi codo derecho y, girando un poco el puño, le lancé un golpe con la culata de la pistola directo a la mejilla, poniendo especial atención en no golpear su ojo, porque no era mi intención dejarlo ciego..., no al menos de momento. Quería que entendiese que los soldados son hombres de palabra, que no somos salvajes que usamos la fuerza bruta o nuestras armas sin pensar.

Mi mano izquierda lo soltó y, así, él se encogió, agarrándose la cara y maldiciendo.

Al parpadeo siguiente, vi sangre entre sus dedos.

Me insultó con ganas a viva voz y eso atrajo la atención de quien yo deseaba ver.

—Frank —lo saludé cuando éste apareció con una pistola en la mano derecha, al lado de su muslo.

Su cara de sorpresa pasó a una de comprensión.

—Soldado, qué honor nos hace al visitarnos. ¿Qué lo trae por aquí en este día tan espantoso?

—Supongo que podría decirse que te devuelvo la visita.

Se sonrió con malicia mientras sus hombres ayudaban a entrar al idiota al que había golpeado.

—¿Nos visita solo? —curioseó con falsa ingenuidad, asomando la cabeza hacia fuera—. ¿Su chica ya no está con usted, sargento?

—¿Vuelvo a ser sargento y no un simple soldado?

—Se lo merece, le reconozco el mérito de haber venido hasta aquí. Por fin se digna hacerle frente a la situación. Debe de saber que hay alguien que sigue sin estar muy contento con usted.

—Dile que le devolveré lo que me prestó.

—Y lo que le debes por mis servicios.

—Lo que sea. Os daré el dinero. Os quiero lejos de aquí cuanto antes.

Frank sonrió.

—Sargento primero, es usted un gran enigma. No he conocido a muchos soldados en mi vida; sin embargo, su historia... sin duda es única. Todavía no comprendo cómo se metió en el agujero en el que está. Explíquemelo, de verdad que me interesa entenderlo. ¿Cómo pasó de ser un hombre valiente a esto? Admito que el suyo me pareció un gesto increíblemente noble, darle el dinero a la viuda de uno de sus hombres fallecidos..., aceptar matar a otro con tal de obtenerlo. No creo que haya muchos hombres dispuestos a nada semejante. —Inspiró hondo—. Si le interesa mi opinión, le diré que era previsible que no matara a nadie. Esto no es Afganistán y los dos lo sabemos. Puede hacerse el duro conmigo, ahí, de pie con su arma en la mano... No obstante, usted y yo no nos engañamos. Sargento primero, no es un soldado cualquiera, de esos que se pone ciego en el

frente y que le dispara a todo lo que se mueve. Supe que usted, allí, era un gran hombre y que llegó aquí convertido en nada. —Se quedó mirándome un instante—. Algo lo ha vuelto a cambiar, ¿qué es?

No le contesté, aunque imaginé que sabía que todo era distinto de nuevo porque tenía algo que podía perder y que no quería hacerlo; antes habían sido mis hombres, en ese momento era ella, motivo suficiente como para traerme de regreso, como para impulsarme a luchar.

—Hay misiones más importantes que otras en esta vida, ¿no es así? —Otra vez su sonrisa—. Bien, no necesita decir nada, ahora me queda muy claro. Entiendo por qué planta batalla de nuevo. Supongo que deberá agradecerle a ella más de un favor. Me imagino que le ha contado la verdad, ¿no? Ahora sabe quién es usted en realidad. —No le dije ni que sí ni que no—. Por mi parte, mientras tenga dinero para pagar la deuda y mis honorarios, estaremos en paz; no puedo asegurarle nada en lo que le atañe al señor Hogan, porque está bastante cabreado. Hablaré con él. Vine a buscarlo para recuperar su dinero y, si me dice que lo tiene, por mí, perfecto.

—Lo tengo, se lo devolveré.

Frank dio un paso al frente, cerrando un poco más la puerta en su avance.

—Usted y yo no somos muy distintos. —Me ahorré decirle que sí lo éramos porque ni siquiera me interesaba continuar discutiendo con él—. A los dos nos entrenaron para luchar por un objetivo.

Negué con la cabeza.

—A mí me entrenaron para marcar la diferencia.

—¿La diferencia? ¿Cree que usted es el bueno y que yo soy el malo?

—No, no soy bueno. El arma suele estar tan contaminada como la peste que tienes como misión eliminar. Es un efecto secundario de hacer esto, no lo puedes evitar. Lo que es distinto es lo que yo espero del resultado de mis actos..., es lo que pretendo dejar a mi paso, no mis pasos. Ni siquiera es parte de mí, y por eso es bueno. Esa diferencia es la vida que jamás tendré, es el mundo en el que nunca viviré. No lucho por mí ni por mi beneficio.

Frank soltó una estruendosa carcajada.

—¿Se cree usted un santo, sargento primero? —me soltó entre risas.

—Todo lo contrario. Dile que tengo su dinero. Mañana te lo daré.

—¿Así de fácil?

—Los temas con vosotros se arreglan así de fácil porque no sois más que esto.

Frank se envaró.

—Ten cuidado, Tyler, podría no importarme terminar lo que esos tipos allí en Kabul no pudieron.

—Esa rata que tienes allí dentro probablemente necesite puntos de sutura. Deberías ir a echarle una mano. ¿Alguna vez has cosido a alguno de tus hombres?

Frank negó, despacio, con la cabeza.

—¿Has visto morir a alguno de ellos?

Se quedó mirándome en silencio. Al final, negó de nuevo.

Guardé mi pistola.

—No vuelvas a pisar los alrededores de la casa, Frank. Te lo repito: mi fin es bueno, pero yo no. No os quiero a ninguno de vosotros ni remotamente cerca de ella.

Di media vuelta y comencé a alejarme de allí.

—Sargento primero, tenga cuidado con a quién amenaza.

—Y tú ten cuidado con a quién te comparas.

—Hogan no es un enemigo fácil, sargento primero.

—Solamente haz tu trabajo —me limité a contestarle, sin detenerme.

La lluvia se dio el gusto de caer sobre mi cabeza con todas sus fuerzas otra vez. Procuré mantener el ritmo de mis pasos, no darle importancia al dolor de mi pierna. No pensaba demostrar debilidad alguna ante ellos, porque no sería débil con ellos si debía llevar esa situación hasta las últimas consecuencias. Haría lo que tuviese que hacer, sin importar qué.

No volvería a dejar a nadie tras mis pasos, jamás.

Yolanda era la paz que necesitaba conseguir y la sacaría adelante fuera como fuese.

Encogido debajo del impermeable, desanduve el camino que me había alejado de ella. Alcé un poco la cabeza y la vi ponerse en pie detrás del volante.

Yolanda salió de allí corriendo. La perdí de vista porque dentro de la autocaravana estaba todavía más oscuro que fuera.

Mi paso, a ritmo desacompasado porque ya no me alcanzaban las fuerzas para mantenerme estable, iba a retrasar nuestro reencuentro.

Con las gotas resbalando por mi cara, seguí el movimiento de la puerta del vehículo al abrirse. Ella se lanzó a la lluvia sin pensarlo y corrió en mi dirección para tirarme los brazos al cuello.

—Iba a salir a buscarte en este instante —me dijo en mi oído derecho, alzando la voz para que se oyese por encima del clamor de la lluvia. Sus brazos estrecharon mi cuello. La capucha del impermeable había caído sobre mi espalda, pero tanto daba, ella estaba empapándose por mí.

—Tenías órdenes de permanecer donde estabas.

—No debería haber permitido que fueras solo. —Sacudió la cabeza—. No quiero volver a separarme de ti —añadió, con la lluvia cayéndole por el rostro, pegando mechones que arrancaba de su moño a la cara—. Júrame que no volverás a pedirme que me quede atrás. No quiero volver a ver a nadie partir de mi lado sabiendo que puedo ir con él, menos que menos si ese alguien eres tú. No necesito un héroe, Tyler, te necesito a ti a mi lado, nada más. —Posó su mano derecha sobre mi mejilla—. ¿Te encuentras bien?

Asentí con la cabeza.

—¿Los has encontrado?

—Sí.

—¿Y?

—Le he dicho a Frank que tengo el dinero; le pasará mi mensaje a Hogan. —Yolanda me regaló

una enorme sonrisa. —Hay tantos héroes como seres humanos, titanes que se mantienen en pie incluso cuando la lucha les ha quitado las fuerzas para sostenerse sobre sus propias piernas. Eres mi heroína. Me has salvado, me salvas a cada momento.

—¿Qué dices?

—Y yo te sacaré de esto sea como sea.

—Tyler...

—Regresemos a la autocaravana. Estás empapada.

Sus ojos se movieron, inquietos, sobre los míos. No se movió ni un ápice de donde estaba parada.

—Vamos.

—Júrame que no harás ninguna locura.

—No, nada de locuras.

—Tyler...

La besé y, a continuación, sin darle tiempo a más, me la llevé de regreso a la autocaravana.

Yolanda condujo en silencio hasta el banco. Me tocó el turno de esperar solo en el vehículo. Al regresar a mi lado, media hora más tarde, me explicó que no había sido sencillo, pero que había acordado con el gerente tener el dinero disponible para el día siguiente por la tarde. Admitió ante mí que le habían formulado docenas de preguntas, que no se habían guardado que les parecía sospechoso que quisiera retirar aquella gran cantidad de dinero en efectivo. Cuando puso las manos sobre el volante, éstas todavía temblaban.

Lo bueno fue que, cuando íbamos de regreso a la cabaña, los de la compañía eléctrica ya habían terminado su trabajo. Una cosa menos de la que preocuparnos.

A mitad de camino, la lluvia paró y, como si nada hubiese sucedido, el cielo comenzó a abrirse para enseñarnos un increíble atardecer de tonos dorados y cobrizos.

Los alrededores de la cabaña aún eran la muestra de lo sucedido; sin embargo, a la luz de los rayos del sol no parecían tan ominosos.

En cuanto abrí la puerta de la autocaravana para bajar, oí los pájaros cantar y a mi nariz llegó el perfume de la tierra mojada y de los pinos.

Descendí y la esperé a los pies de la escalera.

Ella llegó para ofrecerme sus hombros, cubiertos con mi sudadera, para facilitarme el andar.

Yolanda fue a darse una ducha caliente y a cambiarse de ropa mientras yo preparaba de cenar.

Al subir a buscarla un rato más tarde, la encontré en pijama, sentada en la cama, hablando por teléfono con su madre. Quise darle la vuelta para darle privacidad, largándome de regreso a la cocina, pero no logré alejarme demasiado. Ella me llamó con una mano que tendió en mi dirección. Cogió mi mano y tiró de mí para que me acomodase a su lado.

—Bueno, mamá, es probable que os visite pronto, antes de que se acaben mis vacaciones.

Una voz femenina que contenía mucha autoridad en su tono sonó al otro lado de la línea, pero no alcancé a captar lo que decía. Yolanda sonrió.

—Sí, yo también tengo ganas de veros, mamá. —Una pausa por su parte mientras escuchaba lo que le decía—. No, no me quedaré en casa. Buscaré un hotel. No te preocupes. —Otra vez se detuvo y la voz de su madre articuló palabras a toda velocidad—. No, mami, no es que no quiera quedarme con vosotros, es que no iré sola.

Yolanda me miró y yo, involuntariamente, estrujé su mano.

—¿Qué haces? —le dije más con el movimiento de mis labios que con la voz.

—No, mamá, no iré con Daisy. Me acompañará alguien que quiero que conozcáis.

Me entró pánico; no quería defraudarla.

—Bueno, no os he hablado antes de él, pero ya lo haré.

Su madre debió de quedarse sin aliento tras lo que le soltó mientras Yolanda me sonreía y me miraba a los ojos como si nada, como si yo no hubiese traído nada malo a su vida, como si estuviese contemplando lo mejor que podría haberle sucedido. Ella era lo mejor que me había sucedido a mí; sin embargo...

—Tengo que colgar ahora, mamá —concluyó, acariciando el dorso de mi mano con los dedos—. Os llamo mañana. Dile a papá que lo quiero. —La obligaron a detenerse y su sonrisa se amplió todavía más—. Sí, mamá, no te preocupes. Sí, yo también te quiero. Buenas noches para ti también. —Su madre le dijo algo más y ella puso los ojos en blanco y, a continuación, se rio—. No, no me lo tomo a broma, mamá. Gracias por las recomendaciones. —Se inclinó sobre mí, con sus labios flotando a pocos centímetros de los míos—. Adiós, mamá... Sí, mamá, sí, claro que sí... No, mamá. Tengo que colgar. Voy a colgar. Adiós... adiós, mamá. —Esas últimas dos palabras las dijo en español—. También te quiero —agregó a continuación, también en ese idioma. Colgó y dejó el móvil sobre la cama para quedarse quieta frente a mí—. Ya no tienes escapatoria —susurró sobre mis labios.

—No la tenía desde antes.

—¿Estás enfadado?

—No, solamente tengo miedo.

—Miedo, ¿de qué?

—De que no quieras volver a saber de mí cuanto todo esto termine.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Nada en mi vida es sencillo; sobradas muestras de eso has tenido ya.

—No te librarás de enfrentar a mi madre. Sin importar todas las excusas que pongas, tendrás que viajar a Miami conmigo.

—Yolanda...

—Me muero de hambre. —Estampó otro beso en mis labios y se puso de pie de un salto—. Bajas solo o necesitas que te cargue.

—Estás loca.

—Y tú eres un gallina que tiene miedo de enfrentar a mi madre.

—¡Claro que no! —repliqué, fingiendo tener el orgullo herido.

—Gallina.

—Repítelo y verás.

—Gallina, gallina, gallina... —soltó a toda velocidad, para, a continuación, salir corriendo de la habitación pegando alaridos.

Me lancé tras ella.

Mi pierna izquierda me impidió alcanzarla hasta que llegamos abajo.

Noté que Yolanda deseaba, y quizá también necesitaba, poner un poco de normalidad entre nosotros, por lo que me esforcé por hacer a un lado, al menos durante unas horas, lo que completaba el escenario de nuestra relación.

Cenamos en una mesa romántica con velas entre nosotros, conversando de temas lo más distantes posibles de los hechos de los últimos días, y tranquilamente lo recogimos todo como si fuésemos una pareja normal, en condiciones normales, sin prisas, sin problemas, sin pasados complicados, sin miedo al futuro. Sentimos como si entre nosotros todo fuese increíblemente sólido, como si hubiésemos estado conectados siempre. Mientras veía cómo metía en el lavaplatos la última pieza de vajilla que le acababa de pasar, me invadió una certeza desconcertante incluso para mí —que creía que, más allá de lo que podemos ver y tocar, existe una fuerza superior que da suaves toques en nuestras vidas para guiarnos en la dirección en la que debemos avanzar para hacer de este camino algo más que respirar, trabajar, dormir y comer— de que cada día de mi vida había sido un paso necesario para llegar a ese instante.

Maravillado, me quedé allí observándola colocar el plato en la rejilla mientras me contaba las ganas que tenía de mudarse a un sitio en el que pudiese tener un perro.

—¿Tuviste mascotas de niño? —Alzó los ojos hasta mí para recibir su respuesta al tiempo que cerraba la puerta de la máquina—. ¿Qué? —preguntó ante mi falta de respuesta—. ¿He dicho algo gracioso? ¿Por qué me miras así? ¿Hablabas muy rápido? A veces me sucede... Me pierdo si me dejan hablar y no me interrumpen; suele sucederme en la universidad. —Una mueca le dio aspecto divertido a su rostro—. No me destaco en las interacciones sociales; de esas no tengo muchas fuera del trabajo. Bueno, tú ya lo sabes, no necesito explicarte nada más. —Continué en silencio, sonriéndole—. ¿Estoy quedando como una idiota? —No pude decirle nada—. Lo siento, es que... creo que me han puesto nerviosa las velas. Sé que soy yo quien las ha puesto ahí, pero todo esto... —Nos señaló a ambos y a todo lo que nos rodeaba—. Quiero intentarlo de verdad, por eso le he dicho a mi madre que iremos. Toda la situación me desconcierta un poco, no es mi terreno habitual. —Se detuvo para quedarse en silencio unos segundos, con los ojos sobre mí—. Te estoy aburriendo, ¿no es así? —Negué con la cabeza, sin borrar la sonrisa de mis labios—. Quiero que sepas que he intentado no hablar de mi trabajo. Daisy me ha taladrado la cabeza hasta el cansancio con eso; dice que no debo hablarle de mi trabajo a la gente normal, porque se aburre.

—No estoy aburrido, Yolanda. ¿Gente normal?

—Sí, ya sabes, personas con vidas normales como Daisy y tú.

Me carcajeé, no pude evitarlo.

—No sé nada de la vida de Daisy, pero... ¿tú crees que la mía es normal?

—Sí, lo es. Al menos un poco más normal que la mía, supongo. Ella dice que yo no soy normal, igual que su padre. —Yolanda se cruzó de brazos, incómoda; luego los descruzó y volvió a cruzarlos a la inversa.

—¿Qué te pasa?

—Estoy nerviosa. Esto ha sido algo así como nuestra primera cita. Ya sé que... Bueno, no es que... Ha pasado mucho entre nosotros y... sin embargo... así es la vida normal, ¿no?, cuando te ocupas de lo mundano y trivial.

—Sí, supongo que así es cuando dejas de hablar de guerras, de hospitales, de negocios poco...

—Es esto, ¿no?

Asentí con la cabeza.

—Tampoco estoy muy seguro de ser bueno en esto. Si tú estás nerviosa, yo estoy aterrado. Parker decía que estaba casado con mi uniforme, que ésa era mi relación más estable. Y ya ves cómo terminó la relación más larga de mi vida... —Esperé—. No muy bien. No tengo ni dónde colgar mis medallas.

Debió de hacerle gracia, porque se rio una vez y, con ambas manos, se tapó la boca. Siguió riendo allí abajo.

—Sí, muy gracioso, puedo asegurarte que mi uniforme, reventado por la explosión y empapado en sangre, no era una imagen que causara risa.

—Lo siento, Tyler, no he pretendido reírme. Han sido más los nervios que otra cosa.

—Sí, claro —resoplé.

—Lo siento, de verdad.

Yolanda destruyó la distancia entre nosotros para detener sus pies frente a los míos.

—Durante mucho tiempo he tenido que soportar que Daisy me dijera que terminaría sola y arrugada, seca como las páginas de los libros que me llevo a todas partes. —Me reí—. Daisy es terrible. Es implacable y no le preocupa demasiado soltar lo que piensa.

—Parker me decía que debía expresar en voz alta por mí lo que sabía que yo pensaba porque no quería hacerles caso a mis propios pensamientos.

Mordiéndose el labio inferior para contener una sonrisa que era mucho más que el reflejo del cerebro hacia algo divertido, rodeó mi cintura con ambos brazos.

—Puedo prestarte a Daisy cuando quieras, para que te diga lo que necesitas escuchar.

Moví los brazos alrededor de la suya.

—Ahora te tengo a ti.

—Naaa... No soy tan buena expresándome con las palabras. Recuerda que lo mío son los números.

—Y las estrellas, y las estrellas son románticas. —Aproximé mi boca a la suya.

Apretó los labios.

—No del modo en que yo las veo.

—No arruines el momento, Yolanda —me quejé falsamente, y ella estalló en una carcajada.

—¿Quieres hacer algo romántico?

—Algo más, querrás decir, porque yo creo que esto... —Moví las caderas de un lado al otro, llevándola conmigo por su cintura—. ¿Bailar en la cocina después de cenar no es de lo más cursi del universo?

—No hay música.

Me reí.

—¿Y por eso no cuenta?

—Mi idea es mejor.

—No competimos.

—No, pero lo es. Digo que mi plan es mejor.

—¿Qué plan?

—Podríamos subir al mirador con una manta..., el cielo está completamente despejado.

—Has ganado. —Besé rápidamente sus labios—. Me encanta la idea, pero mi romanticismo no incluye dormir allí fuera. Ni creas que pasaré la noche a la intemperie. He tenido suficiente vida rústica para unas cuantas vidas.

Se rio de mí.

—Bien, regresaremos a dormir aquí. —De un salto de entusiasmo, se liberó de mí—. ¡Voy a por unas mantas! —exclamó, saliendo de la cocina.

—Eh, no corras. Deberías ir con calma, que el lisiado de tu novio no puede moverse a tu velocidad.

Oí su lejana risa y fui tras ella.

—¿Dónde estás? —le pregunté, saliendo del pasillo al enorme espacio de la sala de estar.

—Aquí. —Su mano apareció al otro lado de la escalera. Oí que un armario se abría.

Su mano desapareció para reaparecer a los pocos segundos. Sin mirar en mi dirección, me tiró una manta.

—¿Así tratas a un exsoldado? ¿Qué son esos modales?

—Gracias por su servicio, sargento primero. —Salió de detrás de la escalera abrazando otra manta—. ¿Puedo hacerte una pequeña confesión?

—Sí, por supuesto.

—Siempre he soñado con subir allí con alguien.

—¿Al mirador? ¿Con alguien? ¿Soy alguien?

—Un alguien muy especial. —Caminó hasta mí y, alzándose de puntillas, besó mis labios—. No me cansaré de decirte lo afortunada que soy por haberte encontrado.

Aparté la vista.

Ella cogió mi rostro y me obligó a enfrentarla.

—Mi milagro.

—No sabes lo que dices.

—Estoy viva y amándote. Si eso no es sinónimo de ser una persona afortunada, ¿qué lo es? — Inspiré hondo—. Mi valiente. —Solté una carcajada seca, negando con la cabeza—. El par de ojos más hermosos con los que podría ver la vida.

—Definitivamente, estás muy loca.

—El ser humano más humano que he conocido jamás.

Sus últimas palabras me llegaron más de lo que esperé que lo hicieran, más de lo que quería permitirme que me llegaran.

Me quedé mirándola sin poder decirle nada.

—Te amo, Tyler. Acompáñame a ver las estrellas. Te hablaré de todas esas cosas de las que Daisy no quiere que hable.

No me quedó más opción que reír.

Salimos de la casa los dos abrigados con las mantas sobre nuestros hombros.

—¿Cómo se te ocurrió estudiar astrofísica? —le pregunté, trepando por detrás de ella por la escalera pegada al árbol que nada tenía de rústica o improvisada, lo mismo que el resto de la cabaña. No era una simple plataforma en la copa de un árbol, sino una estructura de diseño que, sin duda, podría sobrevivir sin problemas a varias tormentas seguidas del tipo de la que habíamos padecido la noche anterior.

—Cuando tu experiencia de vida se resume a una habitación de hospital, lo lógico es que sueñes con estar ahí fuera, en lugares amplios sin paredes sin barreras. El universo es lo suficientemente grande. Soñaba con alcanzar hasta el último de sus rincones. Aún sueño con eso... con ver más allá. Estudiar astrofísica me dio libertad. Mi trabajo no tiene barreras ni límites. Bien, en realidad sí los tiene, pero nos esforzamos cada día en derribarlos.

—Creo que te entiendo.

—¿Tu vocación estuvo siempre allí o fue por tu padre? —Le tocó el turno de curiosear mientras continuábamos con nuestro ascenso.

La plataforma se encontraba todavía más alta de lo que me había parecido desde abajo, y no sólo por lo que estaba costándome subir esa escalera por culpa de mi pierna mala, sino porque desde allí ya podía verse la orilla opuesta del lago perdiéndose en la profundidad de la noche.

—La vocación de servicio de mi padre tiene otro enfoque. Él, más que nada, ha trabajado siempre en Inteligencia. En cambio, yo siempre tuve la necesidad de ir allí donde pudiese hacer algo de verdad. Además, mi cabeza no daba para otra cosa. —Terminé riendo. Alcé la cabeza y la vi pasar de la escalera a la plataforma. Nunca había sido de temerle a las alturas; sin embargo, agradecí que la escalera tuviese una protección que la rodeaba.

Continué ascendiendo hasta que delante de mi rostro apareció su mano, ofreciéndome ayuda.

La acepté y ella agarró la mía como probablemente nunca nadie me había sostenido jamás.

—Dudo que tu cabeza tenga límites, Tyler. —Tiró de mí hacia arriba y acabé de impulsarme con mi brazo izquierdo para emerger sobre la plataforma.

Se apartó, dándome espacio y tiempo para subir.

Una ráfaga de aire frío dio contra mi rostro. Apenas podía creer lo que veía. La plataforma estaba por encima de casi todo. Era como viajar en un helicóptero que sobrevolara a baja altura, pero sin el estruendo del motor y las aspas, sin la vibración, sin la mano del hombre manoseándolo todo.

Descubrí una cantidad infinita de estrellas en el horizonte, sobre las copas de los pinos, que se veían más azulados que a la luz de día debido al reflejo plateado de la luna. La vida nocturna a esa altura llenó mis oídos y también mi pecho. Resultaba simplemente increíble.

Vi, sobre una estructura metálica, una especie de cúpula y, por encima de ésta, fija al árbol, un travesaño también de metal con algunos instrumentos meteorológicos.

—Allí dentro está el telescopio —me explicó Yolanda—. ¿Quieres usarlo?

—Sí, luego; de momento... —Las vistas me tenían sin aliento—. Este lugar es una locura. Andrew es un astrofísico con unos gustos algo excéntricos.

—Sí, bueno, puede permitírselo.

—Sí... —La busqué a mi lado y la miré—. Tendré que darle las gracias por esto también; por el dinero y por esto. Dudo que haya visto nada semejante en mi vida. —La cogí de la mano—. Este cielo es fantástico.

—La tormenta ha dejado limpia la atmósfera. Creo que tampoco lo había visto así jamás. Es como si no hubiese nada entre ellas y nosotros. —Alzó la vista al cielo—. Es bueno, porque somos parte de lo mismo. Es bonito pensar que se es parte de esta maravilla —añadió, con los ojos todavía puestos en la inmensidad de la noche—. Es como reencontrarte con una parte de ti que perdiste en algún momento, no sabes cuándo.

Su voz fue perdiéndose en la brisa de la noche.

Embobado, me quedé mirándola.

—Definitivamente eres parte de las estrellas.

Sonriendo, dirigió su rostro hasta mí.

—Los dos. —Negué con la cabeza—. Los dos —insistió, pasando su brazo derecho por debajo de la manta que me cubría para pegarse a mi lado—. Una estrella sabe muy bien cuándo ha encontrado a otra.

No me quedaron palabras con las que refutar las suyas.

La noche nos regaló un espectáculo increíble que disfrutamos un buen rato en silencio. Yolanda destapó el telescopio y me enseñó cosas del cielo que nunca antes había visto. Reímos, nos besamos, vimos las estrellas y, cuando no soportamos más el frío y el cansancio, regresamos a la cabaña.

Nos acostamos el uno junto al otro. Haciendo oídos sordos a las recomendaciones de mi cerebro, me quedé dormido a su lado sin pensar en nada que no fuese aquel momento con ella.

No me despertaron ni las pesadillas ni el miedo, y dormí como llevaba una eternidad sin dormir.

Ese soldado, ese titán, ese criminal, ese ser humano, ese insignificante pedazo de universo...

tenía de nuevo algo por lo que luchar.

Todos los cielos

Nos permitimos despertar como cualquier otro par de seres humanos enamorados. Despacio y con gestos que se quedarían grabados en la superficie de mi piel para siempre, Tyler me ayudó a ver, una vez más, lo muy humana que podía ser. En sus manos, mi cuerpo era más parte de mí que nunca antes, profundamente conectado con mi cabeza y con un corazón que había creído que no tenía materia para eso.

Mi boca jamás tendría suficiente de besarlo; mis piernas nunca se sentirían del todo satisfechas por más que me jurasen una eternidad a su lado, porque enredarlas en las suyas mientras se hacía espacio en mi interior solamente me servía para que lo desease todavía más.

Un corazón que late por otro nunca tendrá vida suficiente para hacerle honor a la vida compartida con ese otro ser humano que está compuesto de las mismas partículas interestelares que tú.

El dolor más hermoso es el de tu corazón estallando de felicidad, y por eso se me llenaron los ojos de lágrimas al tener su rostro por debajo del mío, con la almohada enmarcándolo, con mis manos irrumpiendo en su cabello como si fuesen el pincel de un artista intentando añadir pinceladas innecesarias a la obra de otro pintor.

Ni todos los cielos del universo me harían sentir jamás lo que me hacía sentir él.

No fueron las palabras, sino las miradas y el tacto de sus manos, el de sus labios, lo que me hicieron sentir amada. Sus bromas me hicieron reír, pero fue su felicidad la que puso a mi corazón a dar saltos de gozo.

Comimos en la cama, con un desayuno que él insistió en preparar solo.

Nos tomamos más horas de las necesarias para desayunar y remoloneamos entre las mantas, con las ventanas abiertas de par en par para permitir que entrase el sol, la brisa y los sonidos de la naturaleza que nos rodeaban.

Todo hubiese sido irrealmente perfecto de no ser porque ambos le lanzábamos, cada tanto, miradas no muy bien disimuladas a su móvil sobre la mesita de noche a la espera de un mensaje o una llamada que nos permitiese terminar de enviar el pasado lo más lejos posible de ambos.

Las horas pasaron y el móvil no sonó.

Nos duchamos y vestimos.

Tal como había acordado con el banco, pasé a recoger el dinero. Fue una situación bastante incómoda y extraña. El gerente de la entidad bancaria intentó, otra vez, sonsacarme mis motivos

para ello y tuve que hacerme la tonta, poniendo entre nosotros sonrisas bobas que no eran mi estilo.

Se puso todavía más complicado cuando el director me preguntó por Andrew y por la casa, además de querer saber cuántos días me quedaría por allí.

Sólo me restó esperar que el tipo fuese lo suficientemente profesional como para no desperdigar por todo el pueblo que la persona que solía quedarse en la casa de Andrew cada cierto tiempo acababa de retirar del banco trescientos mil dólares, y en efectivo.

Salí del banco de regreso a la autocaravana, en la cual me esperaba Tyler, nerviosa y mirando hacia todos lados, pero no por miedo a que me robasen, sino como si fuese yo la que acabara de atracar el banco.

Tyler me preguntó si todo había ido bien y apenas si le respondí con palabras que luego no conseguí recordar.

Fue un alivio ponerme al volante de nuevo, para perder de vista la bolsa negra con el dinero y, de hecho, fue él quien se encargó de bajarla del vehículo para llevarla hasta la cocina y esconderla en uno de los muebles situados bajo la encimera.

Procuré olvidarme del dinero.

Nos dedicamos a preparar el almuerzo. Asamos carne y vegetales en la parrilla y aprovechamos el sol de la tarde en la terraza, sin hacer mucho más que estar pegados el uno al otro.

Intenté leer un rato. No lo logré y ni siquiera me molesté en intentar trabajar, porque, con el transcurrir de los minutos, la tensión crecía a nuestro alrededor.

El silencio en el móvil de Tyler era demasiado opresivo como para que pudiésemos continuar con nuestro día como si nada.

Tyler se puso inquieto y también un poco más distante.

Su mirada y su cabeza se alejaron de mí en unas cuantas ocasiones y me costó traerlo de vuelta. Cada vez que se perdía dentro de su mente, involuntariamente se tocaba el pecho, el lado izquierdo, y también la pierna.

Todas las veces que le pregunté si le dolía, me contestó que se encontraba bien.

El sol continuó con su ruta para empezar a caer sobre el lago.

—Iré a preparar café. ¿Quieres o prefieres té?

—Café está bien —le contesté, con ganas de decirle mucho más. ¿Sería ponerle todavía más presión encima si le sugería que se pusiese en contacto con Frank o con el propio Hogan para obtener una respuesta? No quería ponerlo aún más nervioso, pero el hecho de no tener novedades de nadie me preocupaba y, además, tenía la sensación de que el dinero que Andrew me había prestado me quemaba en las manos. Necesitaba deshacerme de aquella monstruosa suma.

Hubo una época en la que me aferraba a cada día con la desesperación surgida del miedo de que el día siguiente fuese el último. En ese momento necesitaba desesperadamente llegar a mañana, para que ese día fuese el último con todo aquello en nuestras vidas.

Con el sol cayendo y la brisa soplando un poco más fuerte tras acariciar la superficie del lago para arrancarle parte del frío de sus aguas, me estremecí bajo mi camiseta.

Volví a ponerme la sudadera, que me había quitado cuando el sol todavía brillaba con fuerza.

Solté el moño que me había hecho y, después de desenredarme el pelo con los dedos, volví a sujetarlo para apartarme de la cara todos los mechones que el viento le había arrebatado.

¿Cómo podía ser que, ante el ofrecimiento de devolverle el dinero más los intereses que le quisiese cobrar, aún no hubiese finalizado toda esa situación?

Un nudo de náuseas se retorció en mi estómago. No quería que Tyler tuviese que soportar eso ni una sola hora más..., no por haber evitado que la esposa de su mejor amigo perdiese su casa, no por haber procurado silenciar la culpa sin sentido que gritaba dentro de su cabeza y de su corazón.

No se merecía ni un solo minuto más de sufrimiento, no después de que la muerte se burlara de él, arrebatándole a su gente, a aquellos a quienes quería.

Con todas mis fuerzas, deseé ver a Frank aparecer para reclamar la pasta. No sucedió.

Quien sí regresó fue Tyler, con dos tazas de café.

Antes de volver a su tumbona, me tendió una.

—Huele bien —le dije después de darle las gracias.

No contestó.

Maniobrando con cuidado para no derramar el café, volvió a sentarse, pero no cómodamente recostado como estaba antes de partir, sino en una posición hasta diría que inquieta en el borde izquierdo de la misma.

—¿Has tenido novedades? —disparé, sin beber siquiera un sorbo antes.

Sus labios, que sí habían tocado la superficie del café, se quedaron allí paralizados. Alzó la vista en mi dirección.

Lo vi terminar de beber.

Colocó la taza en el suelo de la terraza y apoyó los codos sobre sus rodillas.

Negó con la cabeza.

—No, y me preocupa. —Sus manos, crispadas, se entrelazaron entre sus piernas, al tiempo que se inclinaba un poco más hacia delante, hacia mí—. Es la tercera vez que los llamo y ninguno de los dos contesta.

—¿Qué? ¿La tercera vez que los llamas?

—No quería ponerte nerviosa.

Yo ya estaba más que nerviosa. No se lo dije. Me quedé allí en silencio, esperando.

—Los he llamado cuando estabas en la ducha y luego...

—No importa cuando ha sido, Tyler. No necesitabas hacerlo a escondidas.

Soltó sus manos y se pasó la derecha por el rostro, dirigiendo los ojos en dirección al lago.

Su mano, desesperada, trepó hasta lo alto de su cabeza para bajar por detrás como queriendo sujetarse de algo sin encontrarlo. Al final detuvo su camino en su nuca, de la cual tironeó.

—Lo siento. Esto no va nada bien. —Volvió su rostro hasta mí otra vez—. Necesito sacarte de aquí.

—No iré a ninguna parte.

—Yolanda, por favor. Llevamos horas simulando ignorar la realidad. Eso no funcionará más. Esto no me gusta nada, no está bien. El hecho de que ni siquiera hayan contestado o venido hasta aquí... —Su mirada se perdió en dirección a la fachada frontal de la casa—. Las cosas no están resultando como esperaba. ¿Conoces a algún vecino de la zona?, ¿alguien de las casas más próximas? Preferiblemente, una a la que puedas llegar caminando por la orilla del lago sin tener que salir a la carretera...

—¿Qué?! No pienso dejarte aquí solo.

—Necesito que vayas, pidas un taxi y te largues al aeropuerto.

—No.

—Yolanda, no es buena idea que te quedes aquí.

—¿Crees que no me encontrarán?

—No te buscarán si ya me tienen a mí.

—No.

Inspiró hondo.

—Yolanda, por favor. Procuraré resolverlo para que no tengas que preocuparte de esto en el futuro. —Se estrujó las rodillas con las manos—. No puedo hacerlo contigo aquí. Tengo que sacarte de la casa. Deberías irte cuanto antes, no quiero que tengas que caminar por ahí sola con la noche cayendo sobre ti.

—Pues no te preocupes por eso, porque no iré a ninguna parte sola.

—Escúchame: si hay algo que me has ayudado a comprender es que no puedo controlarlo todo. Sé lo que quiero conseguir, pero es probable que... —Se detuvo—. No correré riesgos innecesarios.

—Bien, no me envíes sola a casa de ningún vecino, entonces. Me quedaré aquí contigo.

—Yolanda, tengo muy claro que te defenderé con mi vida... pero quizá ni siquiera eso sea suficiente.

—No digas eso.

—Bebe tu café, recoge tus cosas y lárgate.

Negué con la cabeza, posando mi taza sobre la mesa junto al libro que no había conseguido seguir leyendo.

—No podrás llevarte todo el equipaje, sólo lo que entre en tu mochila.

—No pienso ir a ninguna parte.

—Tienes el dinero de Andrew.

—No me daré a la fuga, no huiré.

—No es ni fugarte ni huir, es intentar ponerte a salvo.

Negué con la cabeza.

Tyler se puso de rodillas en el suelo y luego se movió hasta mí.

—Si hubiese podido evitar que todos mis hombres estuviesen en esa calle aquel día, lo habría hecho. Puedo evitar que tú estés aquí.

—No, lo siento, no puedes.

Agarró mis manos con fuerza.

—Vete —rogó.

—De ninguna manera. ¿Crees que Parker te hubiese dejado?

—Yolanda, no eres un soldado y ciertamente ésta no es tu guerra, es la mía.

—No.

—No estoy pidiéndote que me abandones, ¿de acuerdo? Sólo te pido que me ayudes.

—¿Tan estúpida me crees? —Me liberaré de sus manos para cruzarme de brazos—. Me quedo.

—Que te quedes será tentar al destino. ¿Crees que tenemos derecho a pretender que se nos dé otro milagro más? Sobrevivimos a la muerte, nos conocimos y ahora esperas que nada malo nos suceda. —En silencio, se quedó observándome sin parpadear—. No pretendo abusar de lo mucho que me ha sido dado.

Se me puso la piel de gallina.

—No digas esas cosas.

—Es la verdad. Suficiente suerte he tenido hasta ahora. No pienso continuar dependiendo de ella. Sería demasiado estúpido hacerlo. Nunca confié en la suerte; no comenzaré a hacerlo hoy.

—Aquí me quedo. —Erguí la espalda, enfrentándolo.

Tyler gruñó y resopló, todo al mismo tiempo.

—No me hagas esto, Yolanda.

—No me iré. Podrías necesitar el dinero. No me moveré de aquí hasta que no tengas una respuesta.

—Cabe la posibilidad de que la respuesta no llegue en un inocente mensaje o en una agradable llamada.

—Me quedo. Tú tomas tus decisiones, yo tomo las mías. No me iré.

—Me odiarás por quedarte.

—Me odiaría a mí misma por irme. No te odiaré; quiero quedarme aquí contigo, es lo que necesito hacer. Estamos juntos en esto. —Tyler se pasó una mano por el rostro—. Mejor concentras tus energías en otra cosa, porque las malgastas en intentar convencerme. —Recogí mi taza del suelo y bebí un sorbo.

Tyler dejó caer su trasero en el suelo, apuntaló los codos sobre sus rodillas, bajó la cabeza y se la cubrió con los brazos.

Instantáneamente, me sentí como si fuese su peor pesadilla.

—Escucha. —Se mantuvo sin moverse—. Tyler. —No respondió—. No puedes escoger por mí. Es cierto lo que has dicho antes: no lo controlas todo. —Alzó la cabeza—. Es mi elección, no la tuya.

Su largo suspiro me hizo sonreír.

Bebí un sorbo de café.

—Está muy bueno.

Sacudió la cabeza, rindiéndose, y se inclinó hacia atrás para recoger su taza.

Bebimos sin añadir nada más.

No era que me agradase convertirme en una pesadilla, es que no se me ocurría un modo de convencerme a mí misma de que era mejor largarme que quedarme.

La tarde continuó avanzando sobre nosotros, con el sol zambulléndose muy despacio tras las copas de los árboles.

Dudo que ninguno de los dos, en realidad, tuviese apetito; sin embargo, nos embarcamos en la tarea de preparar algo de pasta para la cena.

Comimos meramente por hacer algo más que pensar en lo que no podíamos controlar. Tyler había intentado, en otras dos ocasiones, ponerse en contacto con Frank y con Hogan; les dejó mensajes que ninguno de los dos respondió.

Terminamos la jornada agotados de tanto estrés, los dos acurrucados en un sillón, cubiertos por una manta, viendo el fuego crepitar.

—Deberías subir a descansar.

—Aquí estoy bien —le contesté, arrebujándome a su lado—. ¿Cómo va tu pierna?

—Mi pierna está bien. La cama es más cómoda.

—Prefiero quedarme contigo.

—La cama es enorme.

—Por lo pronto, estoy bien aquí.

—No necesitas quedarte conmigo.

—No te quedarás montando guardia toda la noche. Necesitas descansar.

—Y tú.

—Al menos podríamos turnarnos.

—No, eso sí que no. —Negó con la cabeza—. No haremos turnos.

—Necesitas dormir.

—Estoy acostumbrado a no hacerlo.

—No tiene sentido que te arrastres a ti mismo a un estado de extenuación total. Admito que no sé disparar, pero podría avisarte si oigo algo. —Mis ojos se dirigieron solos hasta el espacio que él cubría con su lado derecho, entre el apoyabrazos y el almohadón; allí había puesto el arma antes de que yo llegara de la cocina cargando dos tazas de chocolate caliente.

—No.

—Tyler...

—No —sentenció, en un tono que no dejó lugar a réplica.

Iba a estírame a besarlo y me detuve porque la angustia y la preocupación en su mirada volvieron a minar mi corazón de culpa.

—Lo siento —susurré.

—No quiero que me pidas disculpas, Yolanda. No quiero hacerte sentir mal; quiero que entiendas que... —Se detuvo y lentamente giró la cabeza hacia atrás, en dirección al frente de la casa.

Yo lo había oído también y, al instante, mi cuerpo se olvidó de la hora del día que era, arrinconando el cansancio a un lado. Fue como si me inyectaran adrenalina directamente en las venas. Mi corazón se puso a latir a toda velocidad y así sin más, pese a la penumbra en la que nos encontrábamos, vi con más claridad, notando detalles que hasta un segundo antes me habían pasado por alto. Mi cerebro, saltando del letargo a trabajar a toda máquina, me gritó que me pusiese de pie.

Aparté la manta de encima de mis piernas y salté del sillón.

Era un vehículo deteniéndose en el camino delantero de la casa.

Tyler se puso de pie detrás de mí, sacando la pistola de su escondite, todo al mismo tiempo.

Lo vi quitarle el seguro.

El motor del coche que se había detenido delante de la propiedad enmudeció.

—Quédate aquí, agáchate.

Me quedé donde me encontraba, pero no me agaché.

Tyler se abalanzó en dirección a una de las ventanas más próximas a la puerta de entrada y espió hacia fuera sin bajar el arma.

Cuando se dio la vuelta para enfrentarme otra vez, su cara de preocupación era total.

—Son ellos.

Sentí como si me diesen una patada en el estómago y mi diafragma se hubiese paralizado. Tuve que obligarme a volver a respirar.

Hice el amago de avanzar hacia él, pero Tyler me detuvo alzando su mano izquierda en mi dirección.

—Vuelve a ponerte las zapatillas.

—Tyler...

Él estaba calzado.

—Ahora. —Fue una orden. Me senté en el sillón a toda prisa, me las puse y las anudé.

—Si te pido que te largues, lo harás, ¿queda claro? Sin peros, Yolanda. Si te digo que corras hasta la casa del vecino más cercano, lo harás sin rechistar.

El corazón me subió por la garganta.

—Júramelo —me urgió, con la espalda pegada a la puerta.

Le contesté que sí con la cabeza, porque las palabras no me salían.

Tyler volvió a atisbar hacia fuera al tiempo que yo me ponía en pie.

Llamaron a la puerta, como si fuesen visitas comunes y corrientes.

—No digas nada —me indicó, guardándose la pistola en la parte posterior de la cintura de los pantalones para cubrirla con la ropa.

Pegué los labios.

Lo vi descorrer los cerrojos.

Por todos los medios, procuré convencerme de que llegaríamos a un acuerdo con ellos. Les daríamos su dinero y todo acabaría.

Dando un paso atrás, Tyler abrió la puerta.

Por encima de los hombros de él, vi a Frank y al hombre que había salido por la puerta del conductor en su última visita a la cabaña. Con ellos había dos hombres más, vestidos de negro y con el mismo aspecto físico general, y un tercer tipo, alto, elegantemente vestido y con un corte de pelo quizá un tanto pasado de moda, increíblemente acicalado; todo su aspecto desprendía una apariencia sintética, como si, en vez de ser un ser humano, fuese algo hecho de plástico, o quizá algo más resistente que eso. Por debajo del impecable traje se notaba una espalda de proporciones considerables, de anchos hombros y potentes brazos. Intuí que ése debía de ser Hogan.

—Buenas noches, sargento primero. ¿Interrumpo algo? —Al preguntarlo, sus ojos se fijaron en mí para no moverse de allí durante unos muy largos cinco segundos—. ¿Podemos pasar?

Tyler ni siquiera miró en mi dirección antes de contestar.

—Seguro que podemos arreglar esto fuera.

Hogan sonrió.

—No, no podemos. Cacheadlo —les indicó a sus hombres apenas inclinándose hacia atrás.

Frank asintió con la cabeza y sus tres hombres se adelantaron para, prácticamente, llevarse a Tyler por delante, quien forcejeó procurando librarse de ellos. Uno lo agarró del brazo izquierdo y se lo retorció hacia la espalda mientras otro lo obligó a retroceder. El tercero detectó la presencia de su pistola y se la quitó.

—Éstos no son los buenos modales que esperaba de un hombre del Ejército, sargento. Actúa usted como un simple maleante.

Empujaron a Tyler todavía más hacia dentro.

Hogan se plantó en la sala de estar mientras Frank cerraba la puerta.

—Llevo todo el día intentando ponermé en contacto con vosotros. Esperaba que acordásemos un sitio para entregaros el dinero.

Hogan le dedicó una media sonrisa, tan falsa como el resto de su aspecto.

—De modo que tiene el dinero, sargento. ¿Dónde está?

—Te lo entregaré en el pueblo.

Hogan negó con la cabeza.

—No pone las condiciones, sargento. Sus posibilidades de negociar se terminaron cuando decidió incumplir su parte del trato.

—Sácalos de aquí y te lo daré —soltó Tyler, lanzando una mirada en dirección a Frank.

—No, nadie saldrá de esta sala. Creo que la situación no acaba de quedarle clara, sargento primero. —Con una sólida pisada, Hogan se plantó frente a Tyler—. No estoy ni un poco contento

con lo sucedido en Las Vegas. —Su mirada paseó por el rostro de Tyler—. Cumplí con mi parte del trato, te di mi dinero sin hacer preguntas —pasó a tutearlo—. Confié en ti. Pensé que eras un hombre de palabra, Tyler. —Efectuó una pausa—. ¿Tienes idea de lo mucho que me has decepcionado?

Tyler no pronunció palabra, se quedó allí enfrentándolo con la cabeza en alto, desarmado y flanqueado por cuatro hombres armados que en una ocasión, sin necesidad de sus armas, lo habían dejado fuera de juego y dolorido hasta ese día.

—No, no la tienes, si no habrías bajado ya la frente. No necesito decirte que tus medallas ya no me impresionan, Tyler. Nada en ti. No eres más que un hombre, uno que me jodió la vida y me dejó muy mal parado. ¿De verdad creíste que sería tan fácil como devolverme el dinero y listo?

El estómago se me cayó a los pies.

—¿Comprendes que me hiciste quedar como un idiota que ni siquiera puede controlar a sus hombres? ¿Cómo te hubieses sentido tú si uno de los tuyos hubiera desobedecido tus órdenes? ¿Si te hubiese hecho quedar como un estúpido sin carácter que no es capaz de eliminar a una sabandija que se ha reído antes en tu cara, llevándose un dinero que te debía?

Tyler ni siquiera parpadeó.

—Me debes mucho más que dinero.

La sala quedó en silencio.

Hogan movió los ojos en mi dirección una vez más, sin mover el resto de su cuerpo.

Ahí mismo, Tyler bajó la guardia, siguiendo la dirección de su mirada hasta mí. Hogan giró la cabeza para verlo mirarme.

—Ella queda fuera de esto.

Hogan negó con la cabeza.

—¿Dónde está el dinero?

—Deja que se vaya.

—Mi dinero.

—Primero la dejas ir y después arreglamos esto entre tú y yo.

—No, así no funcionará. —Chasqueó los dedos y el golpe llegó al instante. Uno de los hombres de Frank le pegó un puñetazo a Tyler en los riñones, derrumbándolo sin piedad.

Apenas si escapó un muy amortiguado quejido de sus labios; yo solté un grito.

Atajaron a Tyler por las axilas, evitando que cayera al suelo.

—No, Tyler, esto no lo resolveremos así, porque me has hecho quedar como un idiota. Pisoteaste mi reputación y eso tiene un precio. No podías creer que te dejaría ir así sin más. Lo que suceda contigo sentará un precedente, hará que los demás comprendan que lo que tú no pudiste hacer, yo sí lo haré. La gente no suele desobedecerme, Tyler, ni salirse con la suya. Un trato que se hace conmigo es un trato que se cumple. No es tan sencillo como pedir perdón.

—El dinero es mucho más de lo que te debe —solté—. Nadie volverá a saber de él. —Miré a Tyler—. Esto se terminará aquí. —Me sorprendí a mí misma al oír que mi voz había sonado

segura, pese a que todo mi cuerpo temblaba.

Hogan se concentró en mí.

—¿Así que tú eres la que ganó dinero en Las Vegas? Una muy pequeña y agradable sorpresa. —Dio un paso en mi dirección. Tyler quiso lanzarse encima de él, pese a que lo tenían agarrado por los brazos. No llegó a nada, porque al instante le cayeron golpes después de que Hogan le conectara un puñetazo en el estómago que hizo que se doblara en dos—. ¿Explícame cómo es que una chica de aspecto tan dulce acabó en Las Vegas y luego junto a un tipo como éste? —Con la cabeza, apuntó hacia atrás mientras caminaba en mi dirección—. Sé que esta propiedad no es tuya ni de tu familia. Es de un colega, ¿no es así?

No respondí.

—Te lo preguntaré otra vez. —Su rostro se retorció en una mueca de incompreensión—: ¿Cómo has acabado a su lado?

—No tengo que explicarte nada. Coge tu dinero y lárgate.

Hogan soltó una carcajada.

—Sí que tienes carácter. Más que él, por lo visto. Quizá a ti no te hubiese temblado el pulso a la hora de hacer lo que se suponía que él debía hacer. ¿Cómo es que, siendo quien eres, le permites quedarse aquí contigo? No me quedan dudas de que sabes de él, porque has sido tú quien ha conseguido el dinero para pagarme.

No me interesó preguntarle cómo sabía todo aquello.

—Yolanda, hazme el favor de entregarme mi dinero.

—Que lo suelten primero.

—El dinero, Yolanda. No quiero tener que perder tiempo revisando toda la casa.

Negué con la cabeza.

—Déjalo ir.

—Él no tiene a dónde ir, es un hombre sin futuro. Mi dinero.

—Es mi dinero hasta que lo sueltes.

No lo vi venir hasta que fue demasiado tarde.

Su puño impactó en la boca de mi estómago en un golpe muy bien estudiado, o quizá debería decir con mucha experiencia.

Caí como si mi cuerpo no hubiese sabido jamás cómo mantenerse en pie.

Mi diafragma, paralizado por el puñetazo, dio lo mejor de sí para asfixiarme.

No conseguí reunir los reflejos suficientes como para intentar amortiguar mi caída; además, mis dos manos estaban sobre mi estómago, buscando un modo de volver a hacer que mi cuerpo recuperase aquel movimiento que se suponía que debía realizar involuntariamente.

Caí sobre la alfombra, todavía boqueando.

Oí la voz de Hogan, pero no entendí lo que decía. Mi vista se nubló.

No me hablaba a mí.

Con mi cerebro aturdido por la falta de oxígeno, los noté acercárseme.

Conseguí aspirar una bocanada de aire, aunque no fue mucho.

Vi a alguien sobre mí, pero, con los ojos llorosos como los tenía, no logré distinguir rostros. Me sujetaron de las muñecas, tirando de mis brazos hacia arriba. Algo duro y de bordes afilados se me clavó en la carne, aplastando mis muñecas una contra la otra.

La voz de Tyler apareció en mis oídos, llamándome.

Mis manos, sujetas con un plástico negro.

Los vi tirar de mí para ponerme en pie. A mi derecha, uno de los hombres de Frank, sosteniéndome en alto. A mi izquierda, Hogan. Por el rabillo del ojo vi aparecer el arma, plateada y lustrosa, justo sobre mi sien.

—Ya he perdido suficiente tiempo al tener que venir hasta aquí para arreglar yo mismo mis asuntos porque parece que hoy en día todo el mundo es incapaz de hacer su trabajo como corresponde. ¡Mi puto dinero, Tyler! —Apretó la boca del arma contra mi cabeza—, o éste será otro cadáver que pesará sobre tus hombros, ¡al igual que el de tus hombres! ¡Mi dinero, ahora! —bramó, empujando mi sien con la pistola.

—¡En la cocina, en la cocina! —soltó Tyler a toda prisa, intentando moverse en mi dirección. Lo frenaron agarrándolo por los hombros. Uno de los esbirros de Frank plantó una pistola sobre su nuca, y otro, en su espalda—. En el mueble que hay bajo la encimera, justo junto a la puerta.

Sin que nadie le diese ninguna orden, Frank salió a paso raudo hacia la parte posterior de la casa, como si la conociese. No me quedaron dudas de que sabía exactamente dónde quedaba la cocina.

Tyler se quedó allí mirándome, con las manos en alto, muy quieto. Moviendo los labios y sin que de éstos partiese un solo sonido, me pidió disculpas.

Del mismo modo, le contesté que estaba bien.

—No deberías haberlo traído aquí contigo, Yolanda.

Deslicé mi mirada muy despacio hasta Hogan.

—Frank me contó que ni siquiera conocías su verdadero nombre. ¿Me encantaría saber cómo pasasteis de eso a ir a buscarle tú el dinero para saldar sus cuentas pendientes?

—No es asunto tuyo.

Tironeando de mis muñecas sujetas, Hogan clavó el arma en mi cabeza, enarbolando una mueca furiosa en el rostro.

Tyler reaccionó entonando mi nombre, gruñendo para lanzarse hacia mí en un intento de defenderme. Sin necesidad de que Hogan tuviese que dar ninguna orden, lo derribaron a golpes literalmente, porque primero lo patearon y su pierna izquierda no lo resistió. Le dieron un culatazo en la cabeza. Tyler gritó de dolor y se desplomó en el suelo, tocándose con una mano la zona sobre la que le acababan de dar el golpe. Su única mano libre, la izquierda, intentó amortiguar la caída. No fue mucho lo que pudo hacer.

Me olvidé del arma que tenía en la cabeza e intenté lanzarme hacia él. Podría haberme volado la cabeza, pero, en vez de eso, Hogan me agarró por las muñecas. Mis brazos dieron un latigazo

cuando se me terminó el largo de éstos para moverme hacia él. El tirón, que subió desde mi brazo izquierdo por mi cuello, me arrebató la visión por un segundo. Cuando volví a ser capaz de ver, me encontré con la pistola apuntando directamente a mi cara.

Oí a Tyler quejarse de dolor. Lo golpeaban, no me quedaron dudas.

—¡Aquí está la pasta!

Giré la cabeza hacia mi izquierda y vi a Frank aparecer con la bolsa negra en una mano.

—¡Déjame ver! —Con un gesto, Hogan le indicó al hombre que me custodiaba que se hiciese cargo de mí. Fue su arma la que me apuntó, incluso antes de que Hogan me soltara.

—Quieta. —Esa única palabra en su voz fue una amenaza muy clara.

Frank colocó la bolsa de viaje sobre el sillón en el que Tyler y yo habíamos estado recostados para abrirla y echar un vistazo dentro.

La lasciva sonrisa en los labios de Hogan al ver los billetes me revolvió las tripas.

—Nunca debiste ir a La Vegas —me dijo cerrando la cremallera de la bolsa—. Levantadlo —les ordenó, lanzando una mirada de desdén en dirección a Tyler—. Frank me comentó que hay un bonito bote ahí, en el muelle. ¿Qué tal si damos un paseo? Hace una noche estupenda.

—No —gruñó Tyler, forcejando con los hombres que querían levantarlo del suelo. Intentó lanzarles patadas mientras bufaba. Lo vi retorcerse en el suelo, luchando contra ellos. Me dio la espalda y vi un manchón oscuro en su cabeza; el culatazo debía de haberle cortado el cuero cabelludo, que en ese momento sangraba profusamente. Hice lo mismo para soltarme de quien me tenía sujeta por las muñecas.

Recibí una bofetada del lado izquierdo que me hizo soltar un grito, más que por dolor, por sorpresa. Perdí la estabilidad por un instante y mi boca se llenó del gusto metálico de la sangre. Con el golpe, Hogan me había partido el labio.

Tyler reaccionó a mi grito. Lo oí insultar a los hombres de Frank.

Por el rabillo del ojo, lo vi lanzar un puñetazo estando todavía en el suelo. En respuesta, le propinaron una patada en el costado opuesto. El otro hombre pateó su brazo sin dejar de apuntarlo con el arma. En un parpadeo, plantó la suela de su bota sobre la parte interna de su muñeca para aplastarla contra el suelo. Lo vi pegar el cañón de la pistola a la palma de Tyler y dispararle. Lancé un grito de sufrimiento antes de que la bala atravesara la mano izquierda de Tyler, quien no pudo evitar chillar.

El suelo de madera de la cabaña se comió la bala, pero la noche no encerró el estallido del balazo, sino que permitió que se expandiese en todas direcciones, mucho más allá de las paredes de la cabaña, para alejarse haciendo eco por el bosque.

Su nombre salió de mí desde lo más profundo de mi pecho. La sangre comenzó a manar al instante. Los dedos de Tyler se habían quedado completamente quietos mientras que él no paraba de retorcerse de dolor en el suelo.

—¡Salvajes! —Tironeé para soltarme de mi captor.

—¡¿Qué mierda haces?! —berreó Hogan.

—Este pedazo de mierda iba a golpearme.

—Yo no te dije que le dispararas.

—¡Clay!

—Estoy harto de este tipo —respondió el aludido ante el grito de Frank.

—No es decisión tuya hartarte de él. —Frank rodeó el sillón.

—¡Haced algo! —Tiré de mis brazos.

—Maldito imbécil —rezongó Frank, moviéndose hacia Tyler—. Ve a buscar algo para vendarle la mano.

El aludido sacó su bota de encima de la muñeca de Tyler y él, al instante, se llevó la mano al pecho. El otro hombre lo soltó, por lo que se cubrió la mano herida con la sana. Aun así, continuaba apuntándolo.

—Quédate quieto, Tyler. ¿Ves lo que has hecho? Esto es culpa tuya —le recriminó Frank.

En la alfombra había quedado un manchón rojo y el rojo brotaba por entre los dedos de Tyler y empapaba su ropa.

—Os mataré. Ninguno saldrá con vida de aquí —bufó Tyler, apretando las mandíbulas. Su rostro se había puesto completamente rojo.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo lo harás? Mejor quédate ahí muy quieto.

—Como si te hiciesen falta más cicatrices, Tyler —canturreó Hogan, caminando hasta él—. No paras de decepcionarme.

—Eres un maldito desgraciado.

—Te estás buscando otro balazo, Tyler. Yo que tú, cerrarías la boca ahora mismo —le advirtió Frank.

El hombre de Frank que había desaparecido para ir a buscar algo con que cubrir la mano de Tyler apareció con una toalla que le pasó a Frank y éste se la lanzó a Tyler sin el menor cuidado, convertida en una pelota.

—Tápate la herida. No quiero un reguero de sangre por toda la casa —le ordenó Hogan, sacudiendo su arma como si ésa fuese su casa y le fastidiase que la ensuciaran.

Tyler se envolvió la mano como pudo. Los dedos le temblaban y la sangre le resbalaba por el brazo en gruesas gotas. Rogué que el disparo hubiese pasado entre los huesos, pero a esa escasa distancia...

Quise matarlos a todos.

Aquello no fue un vendaje, sino un intento de evitar continuar perdiendo sangre. Tyler apretó la toalla alrededor de su mano con todas las fuerzas que la herida le permitió juntar. En un parpadeo, lo imaginé en Kabul, vendando su pantorrilla destrozada para poder escapar del lugar del ataque. Sin duda le sobraba coraje y valor; sin embargo, tenerlos no te evita el dolor, y era eso, el dolor, lo que le había dado nueva forma a sus facciones. Eso no era nada comparado con lo que le había sucedido aquella vez y, sin embargo, era de esperarse que la situación lo afectara todavía más; lo vi cuando, al sentarse, volvió la cabeza para mirarme a los ojos. Era su peor pesadilla.

Movió sus ojos azules hasta el hombre que me apuntaba y luego de regreso a mí. Volvió a pedirme disculpas con los labios, apretando su mano herida y cubierta con la toalla contra su pecho.

Lo del viaje en bote no sonaba nada bien y ambos así lo entendimos.

—Fuera, todos, ¡ahora! —vociferó Hogan—. Ayudadlo a ponerse en pie —añadió, lanzando una mirada desdenosa en dirección a Tyler—. Sacadla. Salgamos por detrás. No quiero tener más sorpresas y disgustos; por esta noche, es suficiente. —Nos esquivó y, rodeando el sillón, se largó cargando la bolsa.

El tipo que me sostenía por las muñecas tiró de mí.

—Tyler —lo llamé por encima del hombro.

—Estoy bien —me contestó medio quejándose.

No pude verlo, pero comprendí que estaban poniéndolo en pie, probablemente no siendo muy delicados con él.

Entre tirones y empujones, porque no tenía pensado ponérselo fácil, me arrastraron hasta la terraza.

La noche se había puesto helada y la superficie del lago, por efecto de la luz de la luna y de la brisa nocturna que provocaba pequeñas ondulaciones en el agua, parecía una placa de acero estirada a base de martillazos.

Una ráfaga de viento revolvió mi cabello.

—Hogan, déjala. Ella no tiene nada que ver conmigo. Tienes tu dinero. —Tyler intentó acercársele. Frank cortó en seco sus intenciones. Hogan ni siquiera se volvió a mirarlo—. Te lo ruego, permite que se vaya. Esto es entre tú y yo.

Hogan apenas si fisgó por encima de su hombro mientras bajaba la escalera.

—No tiene por qué pagar por mi error. Por favor, déjala marchar.

—Deja de lloriquear, Tyler. De verdad que a veces me parece increíble que pasaras por Afganistán.

Nuestros pasos, torpes, resonaron sobre los escalones de madera.

—Ella no irá a ninguna parte más que con nosotros. Deberías haberlo pensado antes.

—Tienes mucho más dinero del que te debo...

—Ya te lo he dicho: no es una cuestión de dinero, es una cuestión del honor, de respeto. Me diste tu palabra y no la cumpliste.

—Haré lo que me pidas.

—Es muy tarde para eso, Tyler. Solamente hay un modo de resolver esto y no será agradable.

Tyler me lanzó una mirada que, como una flecha, se dirigió al bosque. Sus brazos intentaron estallar hacia los lados de su cuerpo para llevarse por delante a Frank y al hombre que lo sostenía. Con el brazo derecho, le lanzó un codazo a Frank en toda la cara.

Tiré de mis brazos hacia mí, arrastrando conmigo al tipo que me sostenía. Mis manos se escaparon de las suyas. Con los puños bien cerrados, golpeé hacia delante. No tuve ni el tiempo ni

la templanza para apuntar muy bien, pero por fortuna di en la garganta del tipo, aunque quizá no con la fuerza suficiente.

Él medio cayó, doblándose en dos, tosiendo, y así como se derrumbó, me llevó por delante como si fuese un toro. Su hombro izquierdo impactó en mi abdomen. Caí al suelo de espaldas, con el tipejo encima.

Sonaron golpes, forcejeos que no pude ver... Era Tyler, enfrentándolos en una lucha que no era ni remotamente justa, porque no sólo lo superaban en número, sino que, además, los enfrentaba herido.

Alcé un poco la cabeza para verlo propinarle un puñetazo a uno de los secuaces de Frank. Dio en el blanco. Frank se levantó del suelo, su nariz sangraba a mares.

En la escena apareció Hogan. Sostenía su arma en alto, apuntando en dirección a Tyler.

—Se acabaron los juegos, sargento.

El disparo cortó la noche en dos y la hizo estallar como si fuese de cristal.

Tyler se tumbó hacia su lado izquierdo, agarrándose la pierna.

Vi su pantalón teñirse de rojo por la parte posterior.

El hombre al que se enfrentaba le dio un puñetazo en el estómago. Tyler terminó de caer al suelo.

Grité sin parar, poniendo todas mis fuerzas en levantarme.

Lancé patadas y codazos, forcejeé.

—Me estás jodiendo la noche, Tyler. Estoy harto de ti. —Hogan le propinó una patada a su pierna herida—. Podríamos haber hecho esto de un modo limpio y sin dolor. —Sacudió la cabeza—. ¿Necesitabas ponerte a jugar al héroe? Nadie te dará una medalla por esto. Eres un pobre desgraciado que envió a todos sus hombres a la muerte. No eres mejor ahora, no aprendiste nada. Eres egoísta, débil, un inepto. ¡Levantadlo! —vociferó, y dos hombres de Frank lo cogieron por las axilas y lo alzaron.

El rostro de Tyler, cubierto de sudor, se movió en mi dirección.

La angustia se apoderó de mí al ver cómo se caía a pedazos.

No eran las heridas de la carne, sino su interior, el que, habiendo sido seriamente dañado en el pasado, se rajaba inspiración a inspiración.

Me levantaron del suelo como si fuese una muñeca de trapo.

—Ve a preparar el bote —le ordenó Hogan a Frank, quien intentaba parar la hemorragia de su nariz echando la cabeza hacia atrás.

Frank lo miró.

—¡Ahora! —bramó Hogan, y a Frank no le quedó más remedio que apretar el paso en dirección a la pequeña cabaña que cubría parte del muelle y que le daba abrigo a la lancha con motor fuera borda que Andrew solía utilizar para salir a pescar.

De un empujón, me impulsaron hacia delante.

Hogan recogió del suelo la bolsa con el dinero y retomó la marcha.

Tyler no podía pisar. Iban prácticamente arrastrándolo. Su bota izquierda marcaba un surco en el terreno blando a causa de toda la lluvia caída. Resoplaba de dolor.

La toalla empapada en sangre había quedado atrás y por sus dedos se despeñaban gotas que a la luz de la luna se veían negras en vez de rojas.

Tyler tropezó, haciéndolos trastabillar. Uno tiró de él hacia delante mientras el otro lo golpeaba.

—¡Ya basta, dejadlo en paz!

Ante mi reclamación, le propinaron un puñetazo a su lado derecho. Las rodillas le fallaron. Lo tiraron hacia delante como si fuese un saco de patatas.

Tyler cayó desparramado sobre la tierra húmeda.

Hogan pasó por su lado sin ni siquiera mirarlo y a mí me obligaron a continuar avanzando. Intenté detenerme y lo único que logré fue arañar todavía más mis muñecas con el precinto con el que las tenía sujetas. Me asomé hacia atrás y vi que lo cogían de los antebrazos para arrastrarlo por el barro.

Forcejeé, porque darme por vencida no era una opción.

Mis manos no servían de mucho, así que le puse toda mi desesperación a la patada que lancé con la pierna izquierda.

De haber estado bien plantada sobre la pierna derecha, habría conseguido un mejor resultado, pero de todas formas mi pie dio en blanco. La rodilla del sujeto no resistió el golpe por detrás. Primero tiró de mis manos al caer y creí que caería con él de nuevo, pero tiré de mis brazos hacia atrás y él perdió su agarre. Fue a parar a tierra. Libre de él, salí disparada a toda velocidad hacia el lado opuesto para ir en busca de ayuda, porque tenía más que claro que no podía enfrentarme a todos ellos.

Con un poco de suerte, quizá corrí unos cinco o seis metros antes de que alguien me atrapara por el pelo, frenando en seco mi huida.

Alcé las manos por encima de la cabeza para intentar recuperar mi melena.

—Maldita zorra. —Tiró de mi cabello, desatando una increíble cantidad de dolor en mi cuero cabelludo.

Al abrir los ojos, vi que tiraba de mí otra vez hacia el muelle.

Sonó un disparo y la cerradura que mantenía la puerta cerrada voló para pasar a la historia como trozos de metal ya inservibles.

Frank pateó la puerta y de un manotazo encendió la luz del interior.

A rastras, me llevó hasta que alcanzamos a Tyler y los demás.

Frank salió de la caseta.

—Cargadlo en el bote —les ordenó Hogan.

Y, así, Tyler desapareció de mi vista al otro lado de la puerta.

—Preparad la camioneta, estaré de regreso en un momento. —Giró un poco hacia nosotros—. Éntrala. Los quiero a los dos en la embarcación.

Frank dio un paso adelante como si no hubiese oído las palabras de Hogan y éste lo detuvo, poniéndole una mano en el pecho.

—¿Acaso no me has oído decir que voy a preparar la camioneta?

Frank lanzó una mirada hacia el interior y luego me miró a mí. Quizá fuesen solamente mis ganas o mi necesidad de que alguien nos salvara de la situación en la que nos encontrábamos, pero me dio la impresión de que, por algún motivo que se me escapaba, él no estaba completamente de acuerdo con el modo en el que iba todo.

Retrocedió y bajó la vista.

—Tenedlo todo listo, nos largaremos de aquí en cuanto acabe de resolver esto. Porque, por lo visto, soy el único capaz de terminar con el problema de una maldita vez —soltó de malos modos.

Frank retrocedió un par de pasos más, apartándose de la puerta para que pudiesen entrarme en la cabaña. Sus ojos se movieron sobre mí y se hizo más material la impresión de que quería decirme algo.

Me entraron a la cabaña y mis pisadas hicieron eco entre el muelle de madera y la superficie del lago.

El esbirro que me arrastraba se apartó un poco y entonces vi a otro de los hombres de Frank inclinado sobre Tyler mientras el segundo saltaba al muelle. Hubiese jurado que le decía algo al oído.

El tipo se incorporó y, entonces, mi mirada se cruzó con la de Tyler a la vez que él volvía a cogerse la mano herida con la sana después de moverla desde el costado de su cuerpo, apretándola contra su pecho.

El sujeto saltó al muelle.

Los dos pasaron por nuestro lado de camino a la salida de la cabaña.

Hogan me apuntó con su arma.

—A partir de aquí me ocupo yo —le ladró a quien me tenía agarrada—. ¡Camina! Sube al bote, ¡ahora!

No me moví de mi sitio.

Hogan me dio un empujón. Temí perder la estabilidad, por lo que procuré separar las piernas para no caer del muelle. Sabía que allí la profundidad no era mucha, pero con las manos atadas... Además, el agua no acababa de gustarme.

—¡Que camines! —insistió, apuntándome a la cabeza.

Retrocedí de espaldas un paso para tomar distancia de la pistola.

—Eso es. Muévete. Cualquier cosa que intentes, lo empeorará todo, te lo juro. ¡Sube! —Con el arma, apuntó en dirección al bote.

Antes de moverme de donde estaba, vi que los hombres de Frank salían de la cabaña mientras éste se mantenía en su sitio, clavado y sin quitarnos la vista de encima.

Como pude, me agaché y bajé las piernas del muelle para que éstas quedasen colgando cerca del bote, calculando dónde aterrizar sin golpear a Tyler. A él lo habían recostado contra la proa,

de cara a la popa, con la espalda apoyada en el ángulo interior de las bellas paredes de madera del bote, que era una verdadera preciosidad a la luz del día y sin alguien apuntándote. Pero allí, en ese instante, con Tyler tendido sangrando, me producía mucha más aprensión que la que le hubiese tenido jamás.

Temiendo irme al agua, salté al suelo de la barca, que se balanceó. Caí de rodillas hacia delante y enseguida gateé hasta él.

Mis manos buscaron desesperadas sus heridas.

Sus dedos ensangrentados tocaron los míos.

—Tyler... —pronuncié con preocupación. Su mano derecha estaba helada.

—Tranquila —me dijo en voz muy baja, con sus ojos firmes sobre mí. Noté en su mirada azul una calma que no supe a qué adjudicar. Estaba herido, sangraba y Hogan pretendía partir a bordo del bote con nosotros dos. Nada de eso podía darme tranquilidad.

—¡Apártate de él! —me chilló Hogan.

Dándome la vuelta, me senté junto a las piernas de Tyler para ver a Hogan saltar al bote sin dejar de encañonarnos a ambos.

Por encima de éste vi a Frank; continuaba en el mismo lugar, siguiendo de cerca la escena. Si tramaba algo, que lo hiciese de una maldita vez, porque, en cuanto nos alejásemos del muelle, nuestra situación se complicaría todavía más.

Sin perdernos de vista, Hogan se aproximó al pequeño motor fuera borda. Andrew me había explicado cómo arrancarlo; los pasos se me habían olvidado ya, porque nunca lo había usado. No tenía por costumbre alejarme demasiado de la orilla del lago, a la que bajaba por el terreno situado en la parte trasera de la vivienda.

Hogan no pareció tener demasiados problemas en encontrar el modo de ponerlo en marcha.

—Por lo visto el dueño de la propiedad está acostumbrado a lo mejor de lo mejor. Tanto la embarcación como el motor cuestan una buena pasta. ¿Sabías que estos botes los fabrica, prácticamente todo a mano, un sujeto que los vende por un dineral?

Algo de eso me había comentado Andrew; no lo que le había costado, sino la forma artesanal en la que el bote había sido confeccionado.

—Estoy familiarizado con embarcaciones más grandes; sin embargo, debo admitir que ésta es una pequeña joya. —Aceleró el motor y comenzamos a movernos lejos del muelle, hacia la salida de la cabaña—. Me gustan los barcos. Desde muy pequeño quise tener uno. Me di el gusto de mayor. Tengo un estupendo velero.

No me lo imaginaba navegando pacíficamente con las velas desplegadas, permitiendo que el viento lo guiase.

—¿Te gusta navegar, Yolanda? Habiendo nacido en Miami, me figuro que estarás familiarizada con el agua. —No respondí—. Bueno, quizá no tuvieras mucho tiempo para eso, ¿no es así? —No era una pregunta; él sabía perfectamente que no, así como sabía que había nacido en Miami—. Es

una pena que, después de tu lucha por sobrevivir, todo vaya a terminar para ti de este modo, sin que puedas hacer nada al respecto.

Su arma apuntaba otra vez directa a mi cabeza.

La cabaña quedó definitivamente atrás para que la luna volviese a reinar sobre nosotros, acompañada de un impresionante séquito de estrellas.

—Supongo que la vida no te ha permitido aprender un par de lecciones por haber crecido en un hospital. Le ha faltado darte experiencia con las personas, para que pudieras ser capaz de reconocer a aquellos tipos con los que no deberías involucrarte jamás. —Movi6 la mirada hasta Tyler—. De cualquier modo, te aseguro que tener una vida normal no es garantía de nada, sino mira lo que me sucedió a mí, que, al igual que tú, me equivoqué con él creyendo que su palabra tenía valor. Supongo que permití que la parte más blanda de mí se asomase frente a él, seguro que fue por su historia. Permitir que me afectara fue una tontería. —Hizo una pausa mientras continuábamos alejándonos de la orilla.

Al subir al bote, Hogan había lanzado la bolsa de viaje con el dinero al fondo del barco; ésta había quedado detrás de sus pies. ¿Sería eso lo que Frank se había quedado revisando, el dinero?

—No importa. En ocasiones se cometen errores y yo me equivoqué con el sargento primero aquí presente y también con Frank, al creer que él haría bien su trabajo. Lleva más de una semana siguiéndote cuando esto no debería haber durado ni un día. Frank tendría que haberlo resuelto en cuanto tú te saliste del trato. Luego le tocará a él ajustar cuentas conmigo. ¿Dónde quedaron esos tiempos en los que la gente hacía lo que debía hacer en tiempo y forma?

Lancé una mirada a la orilla y vi a un hombre recortado ante el brillo tenue de luces lejanas, probablemente las de un vehículo.

¿Sería Frank?

—Esto es precioso. No pensaba que me gustaría la Costa Oeste. Debería considerar comprar una casa por esta zona —comentó como si tal cosa, mientras que, a mi pesar, continuábamos alejándonos de la orilla—. Es lamentable que la noche termine así para ti, Yolanda. Intuyo que eres una buena persona; de otro modo, jamás le habrías entregado el dinero que él necesitaba para saldar su deuda conmigo. ¿O quizá a ti también te ha enternecido su historia de héroe, de superviviente? No creo que existan muchos hombres como el sargento primero Johnson —soltó a continuación, sin darme tiempo a responder a su pregunta—. Incluso casi llego a entender que no pudiese matar a quien se suponía que debía eliminar para mí... después de todo lo que le sucedió. —Movi6 el cañ6n del arma hasta Tyler—. Nunca debió darme su palabra de que lo haría, nunca debió meterse en este asunto. Creo que lo que le ocurrió terminó de arrebatarle el valor que le quedaba, sus fuerzas, su hombría, su voluntad y hasta sus ganas de vivir. ¿Es eso, Tyler? ¿Dijiste que lo harías sabiendo que no podrías, solamente para terminar con tu pesadilla de una maldita vez?

Ante las palabras de Hogan, me estremecí. Volví la cabeza y lo miré.

Tyler parpadeó lentamente bajo mi mirada y, al abrir los ojos de nuevo, la suya estaba baja,

como si quisiese escapar de la mía.

—Pues no te preocupes, Tyler: tu pesadilla se acabará muy pronto. Lo que es lamentable es que ella te acompañará.

—Déjala marchar —pidió Tyler, con un tono que no sonó ni remotamente a súplica. Su voz fue firme, directa, y ni siquiera mostró el dolor que tenía que estar padeciendo por culpa de los disparos y los golpes. Era como una voz metálica, automática, muy mental. Una voz calculadora, de quien intenta controlar la situación.

—Me encantaría poder hacerlo, porque nada tengo contra ella. —Parpadeó lentamente—. Sabes que no es posible. Pero no te preocupes, no permitiré que sufra. Será rápido. Lo único malo es que deberás presenciarlo, porque ése será tu castigo. Que simplemente te matara sería más que ser benévolo contigo... y no te lo mereces.

Por la distancia que nos separaba de la costa, imaginé que ya no debíamos de estar muy lejos del centro del lago.

Las aguas a nuestro alrededor parecían sólidas, como hielo oscuro, muy antiguo.

Hogan detuvo el motor y la noche quedó prácticamente en silencio, permitiendo que se oyera el deslizarse del bote por la superficie del agua, impulsado por los restos de energía que le quedaban.

Mi corazón se puso a latir todavía con más fuerza.

Por el raballo del ojo vi que Tyler soltaba su mano herida para pasarse el dorso de la mano derecha por la frente, limpiándose el sudor.

Luego bajó la mano de nuevo, pero no hasta su izquierda otra vez, sino que llegó hasta mi espalda, para tocarme.

Sus dedos bajaron por encima de mí para, a continuación, moverse entre su cuerpo y el mío.

—Ponte de pie —me ordenó Hogan.

No me moví.

Noté la mano de Tyler moviéndose entre mi trasero y su muslo.

—¡Levántate!

Ante su grito, di un respingo, pero no me puse en pie.

Entre el ruido del chapoteo del agua contra el bote, percibí un ligero golpe en la madera.

Algo duro pasó por entre mi trasero y el muslo de Tyler.

—¡En pie! —Hogan se abalanzó sobre mí para coger mis manos atadas y tirar de mí hacia arriba para levantarme.

El bote se tambaleó. Tiré de mis manos hacia atrás al tiempo que noté a Tyler incorporarse.

Sonó un disparo y me encogí sobre mí misma, porque no sabía de qué arma había salido la bala ni en quién daría.

Hogan gritó. Por delante de mi muslo vi el arma en la mano completamente ensangrentada de Tyler.

Al volver la vista al frente, mis ojos se cruzaron con la mirada furiosa de Hogan, quien, antes de parpadear siquiera, tiró de mis brazos con sus manos hacia el costado, empujándome fuera del

bote. Perdí la estabilidad porque, con su peso y el mío, el bote se inclinó hacia nuestro lado. Sonó un disparo más, pero no hubo gritos ni quejidos.

Vi la noche tumbarse hacia mi lado derecho. De repente mi vista quedó a la altura de la lejana orilla... que allí se convirtió en agua. Había caído de la embarcación. Entré en pánico y, al mismo tiempo, me obligué a respirar hondo, llenando mis pulmones al máximo.

Otro disparo retumbó bajo la luna. No llegué a captar si hubo reacción o no, porque alrededor de mi cabeza y mi cuerpo estalló el agua helada del lago, la cual me arrancó todo el aire que contenía dentro.

El frío, instantáneamente, se clavó en mi carne con sus agujas de agua.

Mi cuerpo se hundió igual que si fuese un yunque.

Confusa y asustada porque de pronto no podía distinguir entre el fondo y la superficie, moví caóticamente los brazos y las piernas, procurando lograr salir al exterior para darle alivio a mis pulmones.

Todo a mi alrededor era oscuridad.

Di vueltas sobre mí misma y entonces, entre las burbujas que yo misma había creado en ese intento de nado sin manos, vi un reflejo de luz, hacia el cual intenté propulsarme con las piernas, aunque sin lograrlo demasiado, porque mi estado físico no era nada de lo que pudiese estar demasiado orgullosa y, definitivamente, nadar no figuraba entre mis actividades favoritas.

Mis pulmones se tornaron fuego por la falta de oxígeno. Se me taponaron los oídos y, por culpa del agua gélida, apenas si podía tener los ojos abiertos.

Me dije que no podía darme por vencida y pataleé una vez más para tener la angustiada sensación de que algo tiraba de mí hacia abajo, intentando llevarme de regreso a la oscuridad que no había podido tenerme cuando quiso.

Una voz dentro de mí me dijo que así finalizaba mi milagro, que, para ser quien debería haber muerto sin haber vivido casi nada, había tenido la suerte de continuar en esta vida demasiados años.

La presión en mi pecho aplastó mis pulmones y a mi corazón le costó continuar ejecutando su labor vital. Fue entonces cuando algo explotó a mi derecha en una efervescente nube de burbujas.

Abrí los ojos para ver el rostro de Tyler frente al mío, rodeado de aquellas diminutas partículas de oxígeno del agua del lago.

Con ambas manos, enganchó mis brazos alrededor de su cuello y, con la fuerza de sus brazos y piernas, pese a sus heridas, nos propulsó a los dos hacia arriba, hacia la luna y las estrellas.

Creí que no volvería a ver el cielo nocturno otra vez... y allí estaba.

Nuestras cabezas finalmente emergieron.

Abrí la boca y metí todo el aire que pude dentro de mí. La cabeza me daba vueltas.

El bote apareció a mi lado, sin tener demasiada idea de cómo.

Lo siguiente que vi fue la mano herida de Tyler lanzarse hacia el borde de la embarcación para quedar colgado de éste. Su mano derecha guio las mías para que pudiese sostenerme de allí.

Conseguí agarrarme. Tyler se soltó. Sus manos aparecieron en mi cintura.

—Arriba —me dijo, impulsándome. Lo oí tragar agua.

Nuestro primer intento no dio resultado; con el segundo, conseguí colgar mi pierna derecha del borde.

—Vamos, Yolanda —me rogó con su voz a trozos. Estaba quedándose sin fuerzas.

Tosió.

Me propulsó hacia arriba al mismo tiempo que yo rodaba hacia el interior de la embarcación.

Caí allí toda despatarrada, tosiendo y respirando a toda velocidad para hacer que el ardor en mis pulmones pasara de una vez.

Mi cuerpo temblaba sin parar por culpa de la baja temperatura del agua.

Esperé que subiese detrás de mí; el bote debería sacudirse de un momento a otro para recibirlo.

No sucedió.

—¡Tyler! —chillé, incorporándome. La cabeza me dio vueltas. Vi la bolsa allí donde había estado de pie Hogan. Me di la vuelta y vi la sangre allí donde Tyler había estado tendido—. ¿Tyler? —No podía creer que no estuviese conmigo ya. Eso, simplemente, no podía pasar—. ¡Tyler! —lo llamé a voz en grito, asomándome por el lateral por el que había accedido a la barca. El agua estaba tranquila, pues apenas si ondulaba contra el casco de madera—. ¡Tyler! —El chillido emergió desde lo más profundo de mi ser.

A lo lejos capté un chapoteo; no podía ser él. Me puse en pie. Vi que en el suelo había quedado un arma. Me agaché y la recogí, para empuñarla con ambas manos lo mejor que pude. Ésa no era la pistola de Hogan, sino con la que Tyler le había disparado a él, un arma que tampoco era la de Tyler, un arma que supuse que el último hombre de Frank, al alejarse de Tyler, había puesto debajo de él. ¿Eso le había susurrado?, ¿que le facilitaba una salida? ¿Por eso Tyler tenía aquella mirada tan precisa y concentrada?

—¡¿Tyler?! —volví a llamarlo, y nada. Me moví hasta el otro lado, para ver unas burbujas emerger a la superficie—. ¡¿Tyler?!

El chapoteo lejano continuaba aproximándose al bote.

—¡¿Tyler?! —chillé con todas mis fuerzas.

La embarcación se inclinó por el otro lado y por poco me caí de espaldas. Atiné a girar para ver su mano herida intentar subir a bordo. Oí furiosos resoplidos y a alguien ahogándose.

Al asomarme al agua, vi a Tyler con el rostro completamente rojo. Hogan tenía su codo derecho por delante del cuello de él, su antebrazo izquierdo por el costado de la cabeza de Tyler, y con la mano izquierda empujaba la cabeza de Tyler hacia delante.

La temblorosa mano derecha de Tyler buscó de qué aferrarse.

Hogan resoplaba, furioso. Lo iba a matar.

El bote volvió a sacudirse.

Con los ojos a punto de salirse de las órbitas, Tyler me miró y, con su mirada, no me

quedaron dudas de lo que debía hacer.

Planté los pies firmes.

Mis ojos fueron directos a su cabeza; mis manos, juntas sobre el arma, siguieron la línea de mi mirada.

No dudé, no parpadeé y creo que tampoco respiré. Todo mi cuerpo, salvo mi dedo en el gatillo, se quedó petrificado.

La estampida del disparo no me perturbó.

Mis ojos se quedaron fijos en el blanco que era la cabeza de Hogan. No vi la bala entrar, no lo oí gritar..., solamente capté la profunda inspiración de Tyler y, a continuación, el retroceso del arma, la cual se me escapó de las manos para caer en el bote.

Por un segundo perdí de vista a Tyler, pero de inmediato volvió a emerger. Su mano derecha estaba sobre el borde del casco. Con ambas manos, busqué la suya y tiré de él hacia arriba. Él, con su mano sana, también se dio impulso.

Me percaté de que el chapoteo estaba ya muy cerca de nosotros.

Alcé la cabeza y vi a Frank nadar en nuestra dirección.

Me asusté. Quería agacharme a recoger el arma, pero no podía soltar a Tyler.

—Arriba, sargento primero —le dije, empujándolo por detrás.

Tyler aceptó su ayuda sin rechistar.

Frank alzó la vista hasta mí.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber mientras ayudaba a Tyler a subir a la barca.

Asentí con la cabeza.

Me aparté y Tyler rodó a mis pies, resoplando agotado y dolorido, tosiendo.

Detecté otro chapoteo en el agua. Al alzar la cabeza vi emerger a uno de los hombres de Frank.

—¡Lo tengo! —soltó, escupiendo agua.

No supe a qué se refería hasta que él sacó del agua una mano rodeada de un puño de camisa.

Era el cuerpo de Hogan.

Se me revolvieron las tripas ante el recuerdo de lo que acababa de hacer.

Aparté la vista y me concentré en Tyler.

—¿Estás bien? —le pregunté antes de notar que temblaba como una hoja.

No pudo contestarme, porque los dientes le castañeteaban con fuerza.

Frank saltó dentro del bote. Al tiempo que tendía sus brazos hacia fuera, se volvió hacia Tyler.

—Sargento primero, aguante un poco más. Ya salió de esto una vez, puede hacerlo dos veces. —Tyler movió los ojos hacia él—. Ha hecho un buen trabajo, estoy orgulloso de usted. Bien —se interrumpió y me miró—, en realidad has sido tú la que ha hecho el trabajo. —Sus brazos se flexionaron, y por el borde apareció el cuerpo de Hogan.

—¿De qué hablas?

—Éste es un negocio complicado en el que te ganas muchos enemigos. Hogan debería de haberlo entendido y prevenirse de las consecuencias. Muy necio él, que no lo hizo. Se creía

superior a todos, tan inteligente, con su ropa elegante... —Abracé a Tyler pasando mis brazos, con las manos todavía aprisionadas por el precinto, alrededor de su cuello—. Su cabeza tenía un precio mucho más tentador que el que él me ofreció por la del sargento primero aquí presente. Además, ya no toleraba a ese tipo; lo único que me ha traído desde que lo conozco han sido dolores de cabeza.

Tyler y yo nos miramos.

—Antes de que el bote saliera del muelle, le he enviado con él un mensaje claro al sargento primero. Si hacía esto por mí, se ganaría su libertad. El mensaje le ha llegado acompañado de una pistola.

El hombre de Frank saltó al bote y, al mirarlo, mis ojos se toparon con el arma que yo había soltado.

—Estamos en paz, sargento primero. Ha sido un placer hacer tratos con usted.

Me quedé observándolo, sin poder acabar de procesar lo que estaba sucediendo.

—Puedes quedarte con tu dinero, Yolanda. —Dejó pasar un largo segundo en el que su mirada se quedó prendida de la mía—. Tiene suerte de tenerte —me dijo tras espiar en dirección a Tyler—. Dame tus manos para que pueda soltarte —añadió, llevándose ambas manos hacia la parte baja de su espalda.

Al devolverlas al frente, mostró una navaja. Desplegó el filo, sonriéndome.

Sin soltar a Tyler, estiré los brazos en su dirección.

Con sumo cuidado, Frank cortó el precinto.

—Gracias —gemí, masajeándome las muñecas, doloridas y magulladas por el plástico.

—De nada, Yolanda. Ha sido un placer. —Se aclaró la garganta—. Si no os importa, me lo llevaré. —Apuntó con la cabeza al cadáver de Hogan—. Es la prueba de que he cumplido con mi trabajo. Quiero cobrar mi dinero.

Por poco vomito las tripas.

¿Qué clase de persona necesita que le lleven un cuerpo como comprobante de que un asesinato se ha realizado?

Me contesté a mí misma que mejor no descubrirlo.

El hombre de Frank puso el motor fuera borda en marcha.

—Espero que hayas aprendido tu lección, Tyler. Ya ves que no sirves para esto. Llegué a creer que sí; de hecho, tenía planeado ofrecerte trabajar conmigo. —Meneó la cabeza, negando—. No tienes madera para esta profesión —pronunció, desplegando en sus labios una gran sonrisa—. En cambio, tú, Yolanda... —comenzó a decir, y se interrumpió.

Le dediqué una mirada de furia.

Frank se carcajeó con ganas.

—Tranquila. No iba en serio. Es broma. Sé que solamente lo has hecho para salvarle la vida.

Estreché a Tyler entre mis brazos.

—Menudo par de héroes, vosotros dos —nos dijo—. A partir de mañana deberíais considerar

retiraros y vivir una vida más tranquila. Ya sabéis: una casita con jardín en un barrio apacible, un perro, niños..., ese tipo de cosas.

Tyler apretó su mano derecha alrededor de las mías.

Frank volvió a reír.

—Sí, claro que sí —prosiguió entre risas—. Tan sólo aseguraos de no volver a cruzaros en mi camino, porque, os lo aseguro, no podéis esperar de mí que os salve el pellejo una segunda vez. Mi bondad y buenas intenciones se acaban esta noche, cuando llegemos a la orilla. —Frank se detuvo un instante. Noté que se quedaba mirando a Tyler—. Un amigo mío murió allí hace un par de años. Nos conocíamos desde pequeños. Yo estaba orgulloso de él. Era muy buen soldado y tenía una gran familia que lo esperaba en casa. —Se interrumpió y lo único que se oyó fue el barullo que metía el motor—. No vuelvas a cagarla, Tyler. Ten un poco de respeto por los que no regresaron y vive tu vida como mereces vivirla. Demuéstrame que no me he equivocado contigo al darte una oportunidad de seguir con vida. Vive tu maldita vida y aléjate de toda esta mierda y, por encima de todo —me miró—, ten mucho cuidado con lo que haces. Si me entero de que la has lastimado de cualquier modo... —Frank me sonrió y bajó sus ojos hasta Tyler—, te meteré una bala en la cabeza yo mismo.

—Eres un mal-maldito des-desgraciado —tartamudeó Tyler, intentando sonreír.

—Y tú, un hijo de puta con demasiada suerte... mucha más de la que probablemente te mereces.

—Lo soy —susurró Tyler, estrujando mi mano.

Volvimos a quedarnos en silencio.

Frank palmeó la pierna izquierda de Tyler.

—Aguanta, que ya llegamos.

—No pienso morirme ahora —le contestó.

Su cuerpo temblaba descontroladamente.

—Más te vale, porque... ¿qué voy a hacer con tu cuerpo si te mueres? —Nos dio la espalda un segundo, para dirigirse a su hombre—. ¿No puede ir más rápido esta cosa?

—No.

Frank gruñó.

—Aguanta.

—Sí.

—Lamento los balazos. Espero que te sirvan de escarmiento.

—Tranquilo, no es la primera vez que me disparan.

Frank sonrió.

La orilla comenzó a ser más visible.

—Tendrás que llevarlo al hospital cuando llegemos. ¿Crees que podrás conducir? —me preguntó.

—Sí —respondí con firmeza.

—Podemos acompañarte hasta la entrada del pueblo, pero nada más.

—De acuerdo.

—Y obviamente no puedes contar la verdad. Di que entraron a robar. El hecho de que retiraras todo ese dinero del banco es un buen motivo para que trataran de llevárselo; alguien podría haberte visto sacándolo e intentara entrar a robar en la cabaña y dispararte. Cuéntales que huyeron, que no viste sus rostros. ¿Podrás hacer eso?

Asentí con la cabeza.

—Muy bien. Te ayudaremos a cargarlo en la autocaravana.

—Gracias. —Fue un agradecimiento verdaderamente sentido, a pesar de lo enredada de la situación.

—A ti sólo te toca aguantar un poco más, Tyler. Tienes que llegar al hospital, ¿entendido?

Lo miré. Estaba increíblemente pálido.

Su mano y su pierna no paraban de sangrar.

—Aguante, sargento primero. Aguante, que esto no es nada para usted. Por sus hombres y por todos los que no volvieron a casa, debe resistir un poco más.

Giré la cabeza de Tyler a la orilla y vio que el muelle estaba apenas a unos metros de distancia.

—Resiste, resiste... —Besé su cabello—. Tienes que aguantar. Te llevaré al hospital. Aguanta. —Su mano ya no sostenía la mía con la misma fuerza que un momento atrás. Lo miré, sus párpados estaban medio caídos—. No puedes dejarme.

—No quiero dejarte —me susurró.

El bote entró en la cabaña del embarcadero, moviéndose en paralelo al muelle.

Frank le lanzó la soga a sus dos hombres que nos esperaban allí.

—Tenemos que sacarlo de aquí rápido —les comunicó mientras uno de ellos anudaba la soga a uno de los pilotes—. Ayúdanos, Yolanda.

Con el bote tambaleándose para todos lados, Frank, dos de sus hombres y yo sacamos a Tyler de la barca.

Sus quejidos de dolor apenas emergieron de sus labios.

Frank me ayudó a subirlo al muelle.

Sacaron el cuerpo de Hogan del bote y también la bolsa con el dinero.

Mientras cuatro de nosotros cargábamos a Tyler hasta la autocaravana, el hombre que había conducido el bote hasta el muelle arrastraba a Hogan por el blando terreno. Dejó el cuerpo en el suelo, detrás de la camioneta, la rodeó y vino a soltar a mis pies la bolsa con el dinero. Ante la petición de Frank, salió corriendo para ir a buscar las llaves de la autocaravana.

Para mi desesperación, Tyler parecía estar al borde de la inconsciencia.

—Quédate conmigo —le rogué una y otra vez.

Frank se quedó allí a mi lado mientras dos de sus hombres cargaban el cadáver de Hogan en la parte trasera de la camioneta.

En un suspiro, las llaves de la autocaravana estuvieron en mi mano.

Abrí el vehículo. Frank y el hombre subieron a Tyler, para sentarlo en el asiento del acompañante y ponerle en cinturón de seguridad.

A toda prisa, me senté al volante mientras ellos lo cubrían con una manta.

—No puedes perder tiempo —me urgió Frank.

Puse el motor en marcha.

—No puedes decir nada.

—No lo haré.

Oí un golpe atrás y me di la vuelta para ver a quien nos había ayudado a subir a Tyler tirar la bolsa con dinero al interior.

—Te acompañaremos hasta la entrada del pueblo y luego nos iremos. Confío en que no volveremos a vernos.

—También lo espero —le respondí.

Frank me sonrió.

—Buena suerte —me deseó.

—Gracias.

Sin decir una palabra más, se bajó a toda prisa y cerró la puerta.

Puse la marcha atrás y, antes de que terminase de maniobrar, vi a Frank subir a la camioneta por la puerta del copiloto. Ellos tocaron el camino de asfalto antes que yo y aceleraron por éste, abriendo la ruta para mí.

Pisé el acelerador con todas mis fuerzas, mirando antes hacia Tyler.

No paré de suplicarle que aguantase mientras él iba y venía de la consciencia.

El trayecto hacia la entrada del pueblo se me hizo eterno.

Por muchos motivos, fue un tremendo alivio ver la camioneta negra hacerse a un lado del camino para dejarme pasar.

Seguí de largo y espíe hacia atrás por los espejos retrovisores para verlos girar en una curva y comenzar a alejarse en dirección opuesta.

El hospital del pueblo no era gran cosa, pero lo único que debían hacer por mí era mantenerlo con vida.

—Ya casi hemos llegado —lo avisé al divisar el centro médico a poca distancia.

No estuve segura de que me oyera.

Tyler se me escapaba de las manos.

Pisé el acelerador con todas mis fuerzas y luego frené en seco al alcanzar la entrada de ambulancias, pasado el parking casi vacío. Por poco choco contra una de las ambulancias, lo que atrajo la atención de varios empleados, que salieron por la puerta de Urgencias al oír la frenada.

Apagué el motor, me arranqué el cinturón y, pidiendo ayuda a gritos, corrí hacia la puerta de la autocaravana para abrirla de un empujón.

—¡Necesito ayuda! —grité hacia fuera—. Le han disparado dos veces; tiene una herida en la pierna y otra en la mano. Está muy mal, ha perdido mucha sangre.

Ante mis palabras, una mujer que a todas luces era médica les gritó a los dos hombres que estaban con ella que fuesen a por una camilla.

Con ella, regresamos al interior; me ayudó a levantar a Tyler del asiento.

Antes de alcanzar la escalerilla, los dos hombres ya estaban allí para auxiliarnos. Lo tendieron en la camilla y se lo llevaron corriendo.

Fui tras ellos mientras revisaban su cuerpo a toda prisa.

Dijeron algo sobre sus pulsaciones.

Tyler tenía los ojos cerrados.

La doctora se inclinó sobre él sin dejar de correr.

—No respira —soltó.

El cielo, al completo, cayó sobre mí, aplastándome.

La mujer bajó la barandilla de la camilla, se inclinó sobre Tyler y le hizo la respiración boca a boca. Estaba realizando una reanimación cardiopulmonar.

—Tyler —gemí, sin dejar de correr tras la camilla.

Tuve la impresión de que alguien intentaba arrancarme el corazón del pecho.

Una puerta apareció ante nosotros.

—No puede pasar —me anunció alguien, cruzándose en mi camino.

—¡Tyler! —Quise seguir avanzando a la carrera, pero me agarraron de los brazos para detenerme.

La puerta se cerró ante mí.

Lo último que vi fue a la doctora inclinada sobre él.

—Tiene que permitirme pasar.

—Tranquila, se ocuparán de él.

—No respiraba... —Las lágrimas me rompieron.

—Harán todo lo que puedan —me dijo, y solamente entonces me percaté de que era una mujer con la piel del color del chocolate y una agradable sonrisa.

—Tienen que ayudarlo, por favor. No pueden permitir que muera.

—Lo harán. Tú tienes que esperar aquí. —Me obligó a retroceder—. ¿Cómo te llamas?

—Yolanda.

—Bien, Yolanda, aguarda aquí. Iré a ver qué sucede. ¿Cómo se llama él?

—Tyler. Tyler Johnson —respondí, y así sin más volví a ese preciso instante en el que él, de pie frente a mí, me dijo cómo se llamaba la primera vez... «Parker, Parker Miller; Miller, como la cerveza.»

Mi cuerpo se vino abajo como un castillo de naipes y, de no ser por la mujer, habría dado con todo mi cuerpo contra el suelo.

La chica me abrazó.

Oí que llamaba a las enfermeras.

Aparecieron un hombre y una mujer y me ayudaron a ir hasta unas sillas próximas, al lado del

mostrador de admisiones.

Alguien puso en mis manos un vaso de agua.

—Yolanda, soy la doctora Landrieu. Iré a ver qué puedo averiguar sobre Tyler. Quédate aquí, ¿de acuerdo? En un momento estaré de regreso.

Sin darme tiempo a contestarle nada, la vi alejarse.

—¿Hay alguien a quien puedas llamar para que te haga compañía? —me preguntó una enfermera.

—Mi móvil ha quedado en la cabaña —le contesté.

—Puedes usar el teléfono de aquí.

Al instante pensé en Andrew. Necesitaba su ayuda.

—Gracias. Sí, debería llamar...

—Estás temblando, estás empapada. Te iré a buscar una manta. Iré a por una primero y luego me encargaré de que puedas llamar, ¿te parece?

—Sí. Gracias.

Me dejó sola.

Mi vista quedó fija en la puerta por la que se habían llevado a Tyler.

Estaba muerta de miedo; sin embargo, no podía permitirme, en modo alguno, pensar que él no pudiese sobrevivir a esa noche. Tenía que poder; su vida no podía, simplemente, terminar así. Lo nuestro no podía acabar así.

Las lágrimas se me escaparon a mares y el corazón me dolió como nada me había dolido jamás.

Alguien vino a ponerme una manta sobre los hombros.

Di las gracias, pero sin ver a qué rostro correspondía el gesto, porque mis ojos no se movían de la puerta.

Tal vez ni siquiera habían pasado cinco minutos, pero nada podía ser tan eterno como aquel tiempo transcurrido desde que la doctora se había ido... hasta que por fin la vi aparecer por aquellas puertas.

Debí dejar de respirar hasta que noté que sonreía, y entonces estallé en llantos y risas.

La doctora llegó a mí para ponerse en cuclillas justo delante de mis piernas.

—Ha sufrido un paro cardíaco cuando ha entrado, pero lo han recuperado enseguida. Cualquiera diría que Tyler es un luchador.

—Lo es. Es un luchador —le aseguré, alzando la cabeza al tiempo que me limpiaba las lágrimas de la cara.

—Ha pasado por mucho, su cuerpo es una muestra de ello.

—Estuvo en Afganistán.

La doctora asintió con la cabeza.

—No te preocupes, Yolanda, se recuperará. Están atendiéndolo. Ha perdido bastante sangre; sin embargo, las heridas no le han ocasionado demasiadas lesiones. El disparo de bala que ha

impactado en la mano no ha roto ningún hueso, y el de su pierna no ha tocado ninguna arteria. Lo están atendiendo. Se pondrá bien.

—Gracias.

—La policía viene de camino. Necesitan saber qué ha sucedido.

—Han entrado a robar, le han disparado —mentí, sin apartar los ojos de los de ella.

—Tú estás bien, ¿no es así?

—Sí, supongo que sí.

—Bien, tranquila. Todo saldrá bien. Deberías llamar a alguien para que venga a hacerte compañía.

—Sí, llamaré, no soy de aquí. Estoy hospedándome en la cabaña de un amigo en las afueras del pueblo. En la casa de Andrew Green.

—¿Andrew Green, de la familia Green originaria de aquí?

Asentí con la cabeza. La misma que era dueña de casi medio pueblo y gran parte de sus alrededores.

—Oh, bien. Deberías llamarlo. —Se puso en pie—. Tranquila, Tyler se recuperará.

—Muchísimas gracias por todo... y avísenme en cuanto pueda verlo.

—Como te he dicho, lo están atendiendo todavía, pero, en cuanto sea posible, enviaré a alguien a buscarte.

—Muchísimas gracias.

La doctora me dijo un «de nada» con una sonrisa y me dejó allí para desaparecer por la puerta de la recepción de admisiones.

A los pocos minutos vinieron a buscarme para permitirme hablar por teléfono.

Después de marcar su número, me alejé todo lo que pude de la enfermera que trabajaba al otro lado del mostrador.

Iba a darle un buen susto llamándolo a esa hora.

El teléfono sonó una infinidad de veces.

—¿Hola? —contestó Andrew, con voz de dormido.

—Andrew, soy yo, lamento despertarte.

—¿Yolanda?! —La alarma se le escapó por la voz—. ¿Qué sucede?

—Necesito ayuda.

—¿Necesitas más dinero? ¿Qué pasa? ¿Dónde estás? ¿Te encuentras bien? —soltó a toda prisa.

—Estoy en el hospital y no, no es dinero lo que necesito.

—¿En el hospital?! —chilló.

—Tranquilo, yo estoy bien. No estoy herida; sí hirieron a quien está conmigo.

Andrew se quedó en silencio.

—¿Quién está contigo? —Su tono no fue muy feliz y no tenía derecho a esperar otra cosa.

—Se llama Tyler Johnson. Lamento no haberte contado nada antes sobre él.

—¿Qué ha ocurrido?

—Le han disparado.

—¿Por qué? —me preguntó, sin perder la compostura.

—Por eso mismo te necesito.

—¿Por eso mismo me necesitas?

Atisbé en dirección a la enfermera y la vi levantarse de su silla para alejarse hacia el interior de la recepción.

—Sí, porque tengo que decir que fue un intento de robo.

—¿Qué?

—No puedo contártelo todo por teléfono. Te lo explicaré después. Me han dicho que la policía viene en camino. Diré que intentaron entrar a robar, porque ayer retiré el dinero que me prestaste del banco y que posiblemente alguien lo descubrió y por eso vinieron a la casa... Tyler recibió dos disparos, uno en la mano y otro en la pierna.

—Yolanda...

—Es un buen hombre, te lo juro. Te lo explicaré todo cuando pueda. Necesito pedirte un último favor. Supongo que nos hará falta un abogado.

—¿Quién le disparó?

—Se han ido y no volverán. No puedo decir quiénes son. Eso se acabó. Tiene que terminarse aquí. —Tragué—. Será lo último que te pida, Andrew. Te lo prometo.

—No necesitas prometerme nada. Escucha, no digas una palabra. Ya mismo llamo a nuestro bufete de abogados de allá para que alguien vaya a asistirte. No digas nada si puedes y, si te ves en la obligación de decir algo, que sea lo mínimo. Pondré a nuestros abogados al tanto de lo que me has contado. Salgo hacia allá ya mismo.

—Gracias.

—¿Él está bien?

—Sí, están atendiéndolo. He creído que lo perdía, ha sufrido un paro cardíaco al llegar.

—¿Que lo perdías?

—No quiero perderlo, Andrew —declaré, rompiéndome otra vez.

—Bien, supongo que tendré que confiar en tu juicio. En cuanto llegue el abogado, explícale lo que ha pasado, para que él maneje a la policía. Te sacaré de esto como sea. Fue una maldita idea eso de que fuerais a Las Vegas.

Yo no me arrepentiría jamás de haber decidido ir allí, pero no se lo iba a decir, no al menos esa noche.

Nos despedimos.

Regresé a mi silla.

Me trajeron un café.

Llegó la policía y me hicieron algunas preguntas. Dije que estaba muy nerviosa, que todo lo sucedido era un revoltijo de confusión en mi cabeza.

Cuando intentaba escurrirme de las preguntas de los dos policías frente a mí, llegó el abogado

de la familia de Andrew, quien los alejó de mí y les dijo que no estaba en condiciones de seguir adelante con esta especie de interrogatorio al que me estaban sometiendo. Culpó al hospital de no haber revisado mi estado.

Me llevaron a un *box* y me pusieron otra manta. Me abrigaron y volvieron a traerme algo caliente.

Mientras estaba allí, el teléfono del abogado sonó; era Andrew, para avisar de que estaba a punto de subirse a un avión.

El amanecer comenzó a asomar mientras le contaba la verdad al abogado, toda la verdad de principio a fin. Escuchó mi relato sin emitir opinión y, simplemente, se limitó a decirme que él se ocuparía de todo, que no me preocupase.

La policía regresó y él habló con ellos, incluso con un reportero del periódico local, porque resultó que lo sucedido había corrido como la pólvora por el pueblo.

Pedí ver a Tyler y no me lo permitieron; se limitaron a informarme de que estaba estable y fuera de peligro.

Agotada, al quedarme sola, permití que el sueño me venciera.

Cuando desperté, Andrew estaba a mi lado.

Vinieron a traerme la cena y, comiéndola, le conté toda la verdad, pese a que el abogado ya lo había puesto al tanto de todo.

En cuanto acabé de cenar, un policía pidió hablar conmigo otra vez para tomarme declaración, la cual fue supervisada de cerca por el abogado, quien ya me había indicado qué debía decir y qué no.

Toda la situación fue demasiado surrealista; sin embargo, sabía que no tenía más opción que mentir descaradamente.

Al final, cuando todo finalizó, era de noche otra vez.

Volví a pedir poder ver a Tyler y me dijeron que él estaba dormido y que podría verlo a la mañana siguiente, cuando lo trasladasen a una habitación, pues de momento estaba en la unidad de cuidados intensivos. Ya habían llamado a sus padres y éstos venían de camino.

Andrew mandó que se llevaran la autocaravana y también que volvieran a ingresar el dinero en el banco y, después de mucho negarme, no me quedó más opción que llamar a mis padres, porque Andrew puso el teléfono en mi mano y me amenazó con que, si no lo hacía yo, lo haría él.

Como era previsible, mi madre enloqueció y me regañó por no haberla llamado antes para contarle lo sucedido y por no haberle hablado de Tyler.

Amenazaron con volar hacia Oregón, pero por suerte Andrew les aseguró que no era necesario, que yo me encontraba en perfecto estado y que él se ocuparía de mí y de toda la situación, y eso hizo. Ya fuese por su posición o porque se habían tragado mis mentiras y las del abogado, la policía lo dejó estar. Los ladrones no se habían llevado el dinero y literalmente habían desaparecido sin dejar rastro... Eso porque el abogado ya había enviado a alguien a ocuparse de borrar todos los rastros posibles en el interior y exterior de la casa, lo que incluía el bote y la

cabaña del muelle. Además, a nadie en ese pueblo se le ocurriría poner un pie en un terreno propiedad de los Green sin antes pedirles permiso.

Pasada la medianoche, conseguí convencer a Andrew de que se fuese a dormir, y él, habiéndose despachado ya conmigo por mentirle —también llamó a Daisy para aclarar algunos puntos con ella—, se largó a descansar.

Volví a caer rendida.

Salvaje y libre

—Bueno, ahora saldré para llamar a tu madre y decirle que te encuentras bien. Espero que reconsideres tu respuesta. No puedes seguir así, sin rumbo.

—No tengo nada que reconsiderar, papá.

—¿No? —Se quedó un momento observándome, como si esperase que mi mirada se rompiera ante la suya, para que así se me escapase la verdad—. ¿En serio esperas que me crea eso que le has contado a la policía? Tyler, soy tu padre, te conozco. Mentías, y ese abogado que te han contratado también. Además, ¿cómo esperas que me trague eso de que un simple ladronzuelo logró dispararte así sin más? ¿Piensas que he olvidado el tipo de entrenamiento por el que pasaste? Sé que no estás en tu mejor condición física, pero mi hijo, el sargento primero Tyler Johnson, jamás...

—Fue eso lo que sucedió. —Me planté firme sobre mis palabras, si bien en ese instante sería incapaz de mantenerme en pie sobre mis piernas.

Mi padre alzó una ceja. Aquel pequeño gesto suyo era, lo aprendí de pequeño, una señal de que la discusión no se acababa ahí.

—Hablaré con tu hermano. Tienes mucha experiencia, es ridículo que malgastes todo lo que eras dejando pasar el tiempo. No quiero que acabes trabajando de cualquier cosa, y mucho menos que aparezcas tirado por ahí, otra vez herido de bala.

—No he aparecido por ahí.

—No, te ha traído esa chica que conociste en Las Vegas. ¿De verdad es astrofísica? No lo parece.

—Sinceramente, papá, no me importa lo que ella te parezca; no es asunto tuyo.

—Sargento primero, cuide el modo en que me habla.

—Ya no soy sargento de nada, papá, y, si te molesta el modo en el que me dirijo a ti, mejor cuidas el tono en el que hablas de Yolanda.

—Todo ese asunto del dinero y ese otro tipo que está con ella...

—¿Sabes qué? Sí, me metí en problemas, no fue un simple robo. Ahí lo tienes, ¿qué harás con eso ahora? ¿Piensas actuar como mi padre y no como mi superior por primera vez en tu vida? Ya no estoy en el Ejército, ni pienso volver. No quiero trabajar en Inteligencia, ni volver a tener un arma en la mano, ni entrenar a chicos que no...

—Eras excelente en lo que hacías. No seas necio, Tyler. Era tu vida; sé que tu vocación aún continúa ahí dentro.

—Sí, aquí está. Lo que no comprendes es que aquí dentro también hay un montón de sentimientos contra los que he estado luchando desde que regresé. Fui el primero en pretender que podría dejar atrás lo que sucedió, así sin más, y entiendo que a todos os resultara más fácil que yo lo hiciese. No puedo seguir de este modo. Perdí a mis hombres y, desde entonces hasta hace dos noches, no había tenido una sola noche en paz. Yolanda es quien lo ha cambiado.

—Buscaremos ayuda.

—Buscaré ayuda.

—No tienes por qué hacer esto lejos de tu familia.

—Papá, por favor. Sé muy bien que lo que sucedió te pesa casi tanto como a mí, sólo que por motivos diferentes. No me esconderás en una oficina detrás de montañas de papeleo. No podrás silenciar lo que ha sucedido, si bien ya no queda nada por decir, porque los policías ya lo han comentado: no hay mucho más que hacer al respecto. —Lo miré a los ojos; era muy extraño verlo de paisano, sin su uniforme—. No sé qué haré de mi vida, pero sí tengo algo muy claro: no volveré a casa contigo y tampoco al Ejército.

Comenzó a negar con la cabeza.

—Es mi última palabra, papá.

—Sé que no. Tyler, tienes tanto que enseñar... Sabes que los cadetes te querrían. Serías su héroe. Podemos borrar lo que pasó.

Me reí. Imaginaba que sí; con su posición, podía hacer básicamente cualquier cosa.

—¿Héroe? Ni me siento ni me sentiré jamás como un héroe. No es eso lo que soy ni lo que me interesa ser.

—Tyler, conseguiste algo que tus hermanos jamás conseguirán, la admiración de tus hombres y la de los que no lo eran. Tienes algo único que brinda confianza en quienes te rodean. Sabes que lo que sucedió no fue culpa tuya. Ocurrió. No puedes cambiarlo. —Se detuvo un momento. Bajó las manos y aferró el borde de la cama, a mis pies—. Puedo encontrar un millón de soldados —meneó la cabeza—, pero no es tan sencillo encontrar un líder. Lo que tú tienes no es algo que se pueda inculcar.

Mi cerebro dudó, pero no porque estuviese funcionando su intento de convencerme con vanas adulaciones; dudé porque aún permanecía en mí la necesidad de hacer algo útil, de ayudar... de al menos intentar ayudar a cambiar algo de lo mucho que estaba mal en el mundo.

—Regresa a casa conmigo, Tyler.

—No, papá. Creo que me tomaré un tiempo antes de volver a casa.

—Tu madre quiere verte, está preocupada por ti.

—Le explicaré que ya no tiene de qué preocuparse. Regresé de Afganistán. Al fin estoy en casa. —Mis palabras no podían ser más significativas. Por primera vez desde que había vuelto me sentía como si de verdad estuviese en casa, lejos de aquel desgraciado lugar en el que se quedaron personas que tan importantes fueron para mí—. Mamá está acostumbrada a ser la esposa y la madre de soldados. No la uses para obligarme a regresar.

—Tyler, nadie se acostumbra jamás a ser el padre de un soldado. Tu madre no es la única que ha tenido miedo de perderte, y no porque dude de tus capacidades, sino porque sabe muy bien quién eres. Tengo muy claro que hubieses preferido morir allí. Lo creas o no, a mí me da más miedo perderte aquí, porque sé que eres el líder que hubiese entregado su vida por los que se quedaron allí. No me avergüenzo de ti, Tyler —me dijo por primera vez, con su mirada fija en la mía—. Sólo estoy muy asustado. Temo perderte. No quiero perderte, hijo. Soy el cobarde que no soportaba mirar en tu dirección porque no tenía ni idea de cómo ayudarte con tu dolor, y con eso no me refiero únicamente al físico. No soy tú; si hubieses estado a mi mando, no habría sabido cómo manejar tu situación, así como tus superiores no pudieron ayudarte a ti. Tú mantuviste a tus chicos en pie después de lo de Barris. Estuviste allí para ellos, no huiste.

—Me vine abajo con su muerte.

—Pero tu grupo no. Soportaste el peso de ellos. Los mantuviste en pie, hiciste que continuasen luchando por su nombre. —Parpadeó lentamente—. Estoy orgulloso de ti, Tyler; siempre lo he estado, mucho más de lo que puedas imaginar. Eres el soldado que me hubiese gustado ser, el hombre que muchos deberían ser.

Aparté la mirada, parpadeando rápido para meter las lágrimas de regreso a mi interior.

—Tyler, April me ha llamado esta mañana porque, no sé cómo, se había enterado de que estabas ingresado en el hospital. Probablemente tu madre se lo comentó a alguien y la noticia se esparció por todo el pueblo. Quería saber cómo te encontrabas. Estaba muy preocupada por ti.

Me mantuve en silencio. No me apetecía hablar de April con él.

Mi padre sonrió.

—Tendré que decirlo yo, ¿no es así? Tú jamás me lo contarías de motu proprio, ¿verdad?

Ni siquiera despegué los labios.

—April me ha explicado que estuvo a punto de perder su casa.

Apreté los dientes, intentando no parpadear. No quería dar mi brazo a torcer.

—Me ha dicho que tú le diste el dinero para cancelar la hipoteca. Tyler, April ha mencionado la suma que le diste y también me ha contado que fue un regalo, que no querías que te lo devolviera. Hijo, no soy estúpido. Tú no tienes ese dinero, porque casi todo lo que has ganado lo has donado.

No tenía idea de cómo había descubierto eso.

—En un par de llamadas me enteré de que lo que ganabas estando fuera e incluso lo que cobras de pensión ahora lo destinas a ayudar a niños en zonas de guerra. No tienes nada, hijo.

—No más que lo puesto —admití, para terminar con las mandíbulas apretadas, temblando por dentro, necesitando soltar lo que cargaba desde hacía años.

—No, no más que lo puesto —repitió él, con sus ojos llenándose de lágrimas—. ¿Entiendes ahora por qué estoy tan orgulloso de ti?

No logré contestar. Nada de lo que hacía era para que alguien se sintiese orgulloso de mí. Era lo que necesitaba hacer y nada más.

—Tyler, no quiero perderte.

—No me perderás, papá. Sólo necesito un tiempo para descubrir quién soy y qué quiero hacer a partir de ahora, eso es todo.

—Puedes hacerlo en casa.

—No quiero hacerlo lejos de ella.

Sus ojos se movieron en dirección a la puerta; sabía que Yolanda debía de estar al otro lado, esperando para entrar. Desde que me había despertado, mi habitación había sido un desfile de personas, desde médicos hasta el abogado que Andrew había contratado para nosotros, la policía, los doctores otra vez, las enfermeras... y en ese momento, mi padre. Yolanda y yo apenas habíamos pasado cinco minutos juntos y lo único que podía hacer era desear tenerla a mi lado allí en la cama; deseaba abrazarla, sentir el aroma de su cabello, el de su piel; sus besos en mis labios, su cuerpo pegado a mi maltrecho lado izquierdo, completándome como solía completarme Parker. Quería tener la oportunidad de dar todo de mí para intentar hacerla feliz, para cuidar de ella. Más que nada en el mundo, deseaba oírla hablar de sus planetas, de sus estrellas y de todas aquellas cosas que me hacían sentir insignificante ante la magnificencia del universo. Quería ser diminuto a su lado, una pequeña chispa de vida; el infinito en una pequeña partícula, así como ella lo era para mí..., el infinito, todo lo que era posible incluso cuando no tenía ninguna prueba de que fuese real.

Quería volver a ser su salvaje para que ella fuese mi libre y que, así, el mundo nos quedase pequeño. Con ella, el mundo ya me quedaba pequeño.

Mi padre inspiró hondo, soltando la cama.

—Me quedaré aquí hasta que te den el alta hospitalaria. Tienes tiempo para pensarlo.

—No queda mucho por pensar, papá. No digo que no te quedes. —Me detuve—. Me alegra verte, de verdad. —Permití que una sonrisa asomara a mis labios—. Solamente digo que no lo hagas esperando que regrese contigo.

Me miró una última vez, sonriendo también.

—Mejor voy a llamar a tu madre.

—Sí, ve. Dile que la llamaré luego.

Mi padre asintió con la cabeza y se alejó, abrió la puerta y, antes de salir, me miró una última vez. Fue la mirada de un padre, no la de un superior, y aquello llenó mi pecho.

La puerta no permaneció cerrada ni dos segundos.

—¿Se puede? —entonó Yolanda, asomando la cabeza hacia el interior, sin soltar la puerta.

Mi corazón debió de crecer al doble de su tamaño normal con tan sólo verla.

—Se puede, se debe. Es necesario. No hay nada que pueda querer más que tenerte aquí a mi lado.

Ella me regaló una enorme sonrisa.

Cerró la puerta.

—¿Cómo te ha ido con él? —preguntó, avanzando hacia la cama.

—Mucho mejor de lo que creí que pudiese ir jamás.

—¿De verdad? —Su rostro se hizo eco de la felicidad que yo sentía.

—Sí. Ha sido un comienzo muy bueno.

Alcanzó la cama y cogió con sumo cuidado mi mano izquierda, vendada. Era un milagro que la bala hubiese entrado y salido sin dañar ni un solo hueso.

Era un milagro que hubiese sufrido un paro cardíaco al llegar al hospital y aún estuviese allí.

—Ven aquí. Ahí estás muy lejos. —Sin atender las quejas del dolor en mi pierna y el resto de mi cuerpo, me moví por la cama hacia la derecha para hacerle espacio.

Yolanda se acurrucó a mi lado, con la cabeza sobre mi pecho.

—Ahora sí que estoy mucho mejor.

Alzó los ojos hasta mí sin despegar su mejilla derecha de encima de mi corazón.

—No te haces una idea de lo enormemente agradecida que estoy de poder estar aquí contigo. No digo que me guste que estés en el hospital; me refiero a que estemos juntos. —Se detuvo un instante—. Primero creí que moriría y llegaste para sacarme del agua. Me salvaste la vida. Luego creí que te perdería cuando Hogan...

—Y me salvaste la vida —solté, interrumpiéndola—. Y volviste a salvarme al traerme aquí. Te debo dos vidas. ¿Podrás darme tiempo suficiente para agradecértelas?

Sonriendo, se incorporó un poco para acercar sus labios a los míos.

—Una estupenda forma de darme las gracias sería venir conmigo a Pasadena. Pretendo mudarme. Pensaba buscar una bonita casa con jardín en un barrio apacible. Adoptar un perro. Ya sabes, una vida tranquila —me dijo, usando las palabras de Frank—. Me gustaría compartir los gastos con alguien, porque, te lo advierto, una científica no gana mucho que digamos; esta vida no tiene mucho de glamurosa.

—Yo te estaré agradecido por la oportunidad, porque no tengo dónde vivir y la pensión de sargento primero tampoco es muy glamurosa. Lo único que tengo que brilla son un par de medallas que ni siquiera me gusta mirar.

—Ok, te mudas conmigo si me permites exponer las medallas.

—Eso no lo creo.

—Pues tendrás que convertirte en creyente. Las quiero donde puedas verlas cada día, para que asumas que son parte de quien eres. —Con sus ojos fijos en los míos, besó mis labios—. ¿Y bien? ¿Qué dices, aceptas mudarte con esta aburrida astrofísica?

—¿Y qué ha pasado con aquello de ser salvajes y libres?

—¿No lo somos ya?

Le sonreí.

—Sí, sí lo somos. —Alcé un poco la cabeza para besarla.

Yolanda apoyó sus manos en mi pecho y se quedó mirándome.

—¿Qué?

—Entonces, ¿somos dos milagros? —me preguntó, con una dulce mirada en los ojos.

—Si te incomoda el término... podemos ser dos supervivientes.

—Dos prodigios.

—Yo no soy un prodigio. —Reí—. Ésa eres tú, por tu cerebro. ¿Me enseñarás a hacer eso que haces con las cartas?

Riendo con ganas, negó con la cabeza.

—No volveremos a pisar Las Vegas.

—Me refiero a jugar contigo, no para ir a Las Vegas. No me dejarás en inferioridad de condiciones. Eres un peligro, una tramposa.

—No soy una tramposa, y lo hice solamente una noche. —Rio.

—Sí, buena excusa la tuya. Timadora.

—¡Chist! —me acalló, riendo—. Andrew está ahí fuera.

La abracé, estrechándola contra mí.

—¿Cómo lograré agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros?

—Dice que le basta con que no volvamos a meternos en problemas. Se lo he contado todo sobre ti. Ahora está un poco más tranquilo, ya no quiere matarte.

—Qué alivio.

—He hablado con Daisy hace un momento. Te manda un beso. Dice que espera verte en Pasadena, que tendremos que invitarla a unas cervezas para contarle todo lo que ha sucedido. También quiere que le prepares de cenar.

—Eso puede hacerse.

—Quiere ayudarnos a buscar casa.

—¿Bromeas?

—No. Es que le he contado... Andrew me ha dicho que nos quedemos con el dinero, que nos lo presta.

—¿Qué?

—Lo ingresé de nuevo, tal como me pidió, pensando que quería que se lo devolviera por transferencia. Pero no me dejó hacérsela. Prefiere que lo utilicemos para algo que valga la pena. Le conté que iba a pedirte que vinieses a vivir conmigo y fue entonces cuando me propuso que lo usásemos para buscar una casa.

—No creo que... Es decir..., no sé si deberías aceptarlo.

—En todo caso, «si deberíamos», porque no me lo presta sólo a mí. Es un préstamo que nos hace a ambos. Eres igualmente responsable de devolverlo. —Eso fue un alivio—. En resumen, que te mudas conmigo. No tienes opción. De momento estaremos un poco apretujados en mi piso; no es gran cosa y está lleno de libros.

La arrimé más fuerte a mi pecho.

—Me encanta estar apretujado contigo. —Volví a besarla—. Quiero vivir así todo lo que me quede de vida.

—Pues que sea mucha.

—Eso espero.

Toqué sus labios con los míos y ya no pude parar de besarla.

Epílogo

—¡Cuidado con el telescopio!

Ante mi grito, mi hermano abrazó el aparato y se quedó paralizado junto al camión.

—¿Pretendes que lo deje caer o que lo mantenga a salvo? No necesitas gritar así. ¡Mierda, que ya lo tenía bien sujeto!

—Casi lo dejas caer.

—¡Claro que no! —soltó, ofendido.

—Es muy delicado.

—Lo tenía agarrado como si fuese un misil. No pensaba dejarlo caer, sé que se rompe si se estampa. Deja ya de dar órdenes, que no eres el de mayor rango aquí.

—¡No, el de mayor rango aquí soy yo! ¡Wyatt, Tyler, parad de reñir y moveos, que las cosas no se descargarán solas del camión! —vociferó nuestro padre.

—Imbécil —me dijo mi hermano pasando por mi lado, con el telescopio abrazado contra su pecho. Sonreía.

Ni en mis mejores sueños hubiese imaginado tenerlo a mi lado el día que me mudara a mi nueva casa con la mujer que amaba y con la cual pretendía casarme.

Él, su esposa, sus niños, mi padre y mi madre habían viajado desde Texas hasta allí para echarnos una mano para trasladar las cosas a la casa nueva, la cual llevábamos seis meses remodelando después de tardar otro tanto en encontrarla.

Mi hermano, en esos seis meses, se había escapado hasta Pasadena varios fines de semana para ayudarme a pintar y con algunos trabajos de carpintería y electricidad. Juntos, montamos la biblioteca en la oficina de Yolanda y todos los muebles de la cocina. Bebimos cerveza al atardecer en el jardín trasero después de trabajar y hablamos de cosas de las que en la vida habíamos hablado, supongo que porque ninguno de los dos se había esforzado demasiado para que conversaciones semejantes tuviesen lugar entre nosotros.

Hablamos sobre su trabajo, sobre lo sucedido en Kabul, del futuro, del pasado, de la vida, de Yolanda. Hablamos como yo solía hablar con Parker, y eso fue increíble, porque sentí que recuperaba una parte de él a mi lado, que le daba algo de vida permitiendo que lo que había tenido con él, eso que pensé que no volvería a tener, renaciese.

Hablamos de Parker y de lo que yo hice para evitar que April perdiese su casa. Le conté lo que en realidad sucedió en la cabaña y él juró que no diría una palabra a nadie.

No lo hizo.

En esos últimos once meses, mis padres también habían pasado de visita por allí, así como

nosotros viajamos a Texas para que Yolanda pudiese conocer a April y a la hija de Parker. Desde entonces, ellas dos hablaban por teléfono casi cada día, y April y la niña iban a venir a visitarnos en cuanto terminásemos de instalarnos en casa.

Hubo también un viaje a Miami; mi primera vez allí para conocer a quienes se iban a convertir oficialmente en mis suegros en ocho meses.

Debo decir que mi suegra no me miró con muy buena cara al principio, pero, en cuanto le hablé en español, me gané un par de puntos a mi favor.

Para mí fueron unos días increíbles allí, porque vi parte de lo que había sido la vida de Yolanda. Con ella, regresamos al hospital en el que prácticamente había crecido, para visitar a algunas de las personas que la habían atendido mientras había estado hospitalizada.

También tuve el privilegio de acompañarla a llevar flores, por primera vez, a la tumba de Mike.

Paseamos por la playa, vimos un partido del equipo de béisbol de su padre, bebimos unas cervezas con él en su bar...

Cada día me maravillaba más el hecho de que, antes de conocerla, apenas consideraba el hecho de poder tener una familia y, además, me negaba a tener un futuro. En ese momento, mi familia había crecido, ganando unos suegros que eran una delicia, había recuperado la mía y, encima, me había ganado una postiza, por los amigos de Yolanda, quienes me aceptaron sin dudar, entre ellos Andrew, quien se había hecho el duro conmigo al principio y, sin embargo, en la actualidad era una de las personas más cercanas a mí, alguien que no paraba de darme ánimos para comenzar nuevos proyectos y para hacer algo con mi vida; por eso, teníamos un gran proyecto en común que me entusiasmaba lo increíble y que fomentaba a diario mis ganas de dar algo más de mí, de ser verdaderamente útil.

Giré la cabeza y vi la espalda de mi hermano alejarse en dirección a la puerta de entrada de la casa. Todavía me costaba asimilar que eso fuese real. Tantas veces había oído a otros soldados, incluso a los muchachos, hablar de futuros semejantes, soñando en voz alta con formar una familia, vivir en una casa bonita, trabajar en algo completamente distinto a lo que hacíamos allí... Y, por encima de todo, todos ellos hablaban de algo en particular, eso que marcaría la verdadera diferencia. Mi verdadera diferencia en la vida apareció por la puerta para sonreírle a mi hermano. Yolanda palmeó su hombro. Oí su estupenda risa. Él siguió camino hacia dentro, ella volvió su rostro en mi dirección y, con esa luz tan particular suya en aquellos ojos más profundos e inmensos que el universo, me miró.

—¡Muévete! —me gritó mi padre—. Te has vuelto muy lento, hijo. Anda, mueve tu trasero hasta aquí: tengo una caja grande y pesada que darte.

Giré hacia el camino delantero para enfrentarlo.

—Gracias, papá, ¡qué considerado por tu parte! —bromeé, caminando hasta el camión.

—No quiero oír que te quejas. Puedes con una simple caja repleta de libros. Esto no es nada para ti. —Sin más, soltó la caja en mis brazos sin piedad.

—¡Eh, papá!

—No querrás que tu prometida te oiga lloriquear.

—No lloriqueo —protesté.

—Sí lo haces.

—¿Puedes con eso, amor?

Oí su voz y al instante sentí sus manos sobre mis hombros.

—Anda, no te pongas en ridículo y lleva eso dentro.

—Te ayudo —me propuso.

—Está bien. Puedo solo.

—¿Seguro?

Asentí con la cabeza.

El disparo en mi pierna se había complicado. Tuvieron que volver a ingresarme en el hospital cuando regresamos de Oregón a Pasadena. La herida se infectó por dentro y pasé un par de meses sin poder caminar bien siquiera. Llevaba sólo unas pocas semanas sintiéndome realmente bien en mi cuerpo. Aun así, por las noches éste me pasaba factura por todo el esfuerzo físico. Eso sí, el dolor no me detendría jamás para darme el gusto de amarla.

Embobado, me quedé mirándola. Estirando el cuello, la besé una y otra vez, hasta que se puso roja y espió disimuladamente por encima de mi hombro, en dirección a mi padre.

Moví los labios hasta su oído.

—No veo la hora de quedarme a solas contigo para estrenar cada cuarto de la casa —le dije, y su mano le dio un involuntario tirón a mi camiseta a la altura de mis abdominales bajos. La amaba y hacía que mi cabeza y todo mi cuerpo estallasen de locura por ella. ¿Qué más podía pedir?

—Deberíais saber que he oído eso último.

—¡Papá! —me quejé, y él se carcajeó con ganas.

Riendo bajo, Yolanda escondió su rostro en mi cuello. Su gesto solamente ocultó el ardiente beso que imprimió en mi piel para después darme un mordisco.

Eso sí que mi padre se lo perdió.

—Vengaré el mordisco que acabas de darme —le susurré al oído en voz muy baja.

—Eso espero. —Su voz fue un suspiro por encima del lóbulo de mi oreja.

Me entraron ganas de echarlos a todos de allí y de que las cosas se quedasen en el camión. No necesitábamos ni muebles ni libros ni nada de nada.

—Sigo esperando aquí. Vamos, moveos los dos, que hay mucho trabajo por hacer —nos gritó mi padre, y ella se rio.

Con una sonrisa, se despidió de mí para moverse hacia él.

Continué camino hacia la casa.

Una docena de pasos después, oí los suyos detrás de mí.

—¿Te he dicho hoy lo mucho que te amo?

Me detuve y la miré por encima de mi hombro izquierdo.

—Te amo —me dijo cuando nuestras miradas hicieron contacto—. Te amo, salvaje.

Así me llamaba cada vez que la cubría de besos, cada vez que mis manos recorrían su cuerpo con sumo cuidado, intentando protegerla de cualquier mal.

—Te amo, libre —le contesté. Así me hacía sentir ella cada vez que me hacía poner un ojo en uno de sus telescopios para intentar ver algo a cientos de miles de kilómetros de donde nos encontrábamos.

* * *

Tyler saltó, celebrándolo, riendo y gritando. Chocó los cinco dedos de su mano izquierda con Dylan para atrapar su única mano. El chico había perdido su brazo izquierdo seis meses atrás, por culpa del cáncer de huesos.

Cuando llegó al centro, Dylan no sonreía, no hablaba con nadie y se negaba a participar en cualquier actividad, sobre todo si ésta era al aire libre. Se escondía, escondía que le faltaba un brazo y que había estado enfermo. Sin embargo, en ese momento Dylan era uno de los primeros en acercarse a los niños que llegaban al centro para presentarse sin más y contarles toda su historia, enseñándoles su manga derecha vacía, explicándoles por qué ya no tenía esa extremidad.

El resto del equipo llegó para rodearlos. Niños y niñas de todas las edades abrazaron a Tyler y chillaron con él de felicidad, y yo con ellos, pero no porque hubiesen ganado el juego, sino porque irradiaban enormes cantidades de alegría, y porque Tyler se veía completo y feliz entre ellos.

Llegar a ese punto, con el centro funcionando como había soñado, no resultó sencillo, pero Tyler jamás se dio por vencido. Sobrepasó la burocracia, el trabajo de montar las instalaciones, de buscar a los mejores especialistas, desde médicos hasta psicólogos y profesores. Con el apoyo económico de Andrew, Tyler había fundado un centro gratuito de ayuda a menores con minusvalías físicas, y no solamente para ayudarlos a reintegrarse en la sociedad después de experiencias como las de Dylan, sino para rehabilitarse después de accidentes o incluso para conseguir mejoras cuando los problemas físicos eran de nacimiento.

El centro daba apoyo psicológico a los niños y a sus familias. Era un lugar de esparcimiento, un sitio en el que los niños descubrían que, sin importar cuáles fuesen sus impedimentos físicos, podían tener un futuro brillante, con muchas más oportunidades de las que la sociedad podía hacerles creer.

Tyler era un pilar para los críos que lo rodeaban y para los que no estaban allí en ese momento, y también para los familiares, que tenían programadas sus competiciones para el siguiente fin de semana. Fuesen adolescentes ácidos y difíciles o niños más dóciles y retraídos, su forma de llegar a ellos era única. Tyler iba siempre con la verdad, con la sinceridad por delante, demostrándoles que la vergüenza y el miedo no debían tener espacio en sus vidas. Allí las cicatrices se llevaban a la vista y las muletas, andadores, sillas de ruedas, piernas y brazos ortopédicos no eran algo que ocultar. De su mano, los niños aprendían a sentirse orgullosos de la batalla que para ellos era

diaria, y todos los pequeños sabían quién había sido él y qué había vivido, porque en la entrada del centro había una gran fotografía de Tyler junto a Parker y el resto de sus hombres, en Afganistán, de pie frente a sus Humvees en la base, que ocupaba casi toda a pared a un lado de la entrada. La fotografía era pura luz, con todos ellos sonrientes con sus uniformes, alrededor de Tyler, siendo su coraza, siendo el cuerpo que rodeaba aquel gran corazón, esa alma cuya existencia jamás podría negar.

Los niños conocían los nombres de cada uno de ellos y los saludaban al entrar como si fuesen parte de la familia, como si ellos estuviesen allí, dándoles fuerza. Era conmovedor, como nada de lo que hubiese vivido antes, ver a esos chicos saludar a Parker con el mismo cariño que le dedicaban a Tyler.

Tyler se volvió en mi dirección. Tenía en brazos a Érica, una niña a la que le faltaba una pierna. Había nacido con una malformación y le faltaba desde debajo de la rodilla. La fundación que Tyler y Andrew mantenían junto con el centro le había conseguido a la pequeña una pierna ortopédica, por lo que caminaba sin necesidad de ninguna ayuda, y otra, la que tenía puesta en ese instante, con la cual podía correr con la misma libertad que cualquier otro chiquillo, o incluso más rápido que otros niños de su misma edad.

—¡Hemos ganado! —exclamó.

—Has hecho trampa, Tyler —le gritó Daisy avanzando desde el otro lado del campo.

—No he hecho trampa.

—Claro que sí —protestó ella, jadeando. Estaba roja por el esfuerzo y por el sol que brillaba fuerte sobre nuestras cabezas—. Tu marido es un tramposo. Contigo no se puede jugar a las cartas y con él no puedes competir en nada, porque siempre juega sucio. ¡Me ha empujado!

Los niños del equipo de Daisy se le echaron encima a Tyler sin que les importase lo más mínimo si acababan de perder o no.

—Es la última vez que me obligáis a correr así. —Se detuvo a dos metros de mí, inclinándose hacia delante para poner las manos en sus rodillas y bajar la cabeza.

—Eres muy mala perdedora, Daisy.

Ella alzó la cabeza y una mano para apuntarlo con un dedo amenazador.

—De no ser porque eres el padre de mi sobrino... —gruñó en su dirección.

Así como lo mencionó, Parker me dio una patada que sentí también en mi mano derecha, colocada sobre mi vientre.

—¡¡Auuu!! —me quejé.

—Amor, ¿estás bien?

—Sí, no pasa nada. Acaba de darme una patada.

—Lo ves, es un salvaje, igual que su padre. Él también me ha dado un puntapié.

Tyler vino hasta mí al tiempo que los niños se dispersaban por el campo.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Sí, tranquilo, no pasa nada. Todavía faltan unos días. Es sólo que me parece que está ansioso

por salir.

—Podemos ir a la clínica si crees que... —Tyler puso sus dos manos sobre mi vientre.

—No, todavía falta. Sólo es que llevo mucho rato aquí de pie, además de este calor.

—Deberías sentarte. Ven. —Tyler me cogió por la cintura y entonces lo noté. Me quedé paralizada. Era una contracción, no me quedaron dudas.

Vi a Tyler y a Daisy ponerse pálidos de pronto.

—¿Qué? —me preguntó Tyler con miedo.

—He tenido una contracción, pero estoy bien. No pasa... —Quise dar otro paso más, pero no llegué a hacerlo. Mi barriga se puso tensa—. Mierda —gemí.

—¿Yolanda? —Daisy tenía los ojos muy abiertos y no se movía de su sitio.

—¿Otra contracción?

—Sí —respondí, y una nueva contracción aflojó mis rodillas.

Tyler tuvo que sujetarme para que no me cayese al suelo.

Noté una contracción más.

—No creo que esto sea una falsa alarma.

Le tocó el turno a Tyler de abrir los ojos al máximo.

—Está bien, tranquila, ahora mismo vamos al hospital. Te llevaré al coche. Daisy, ve a por las llaves, están en la recepción.

Mi amiga salió disparada a toda velocidad mientras Tyler me ayudaba a llegar al coche dando órdenes a diestra y siniestra, con un revuelo de amigos, familiares y niños a nuestro alrededor.

Parker Coleman Johnson nació ese mismo día, a las ocho y trece minutos, con un peso de tres kilos cuatrocientos setenta y siete gramos.

* * *

Tyler me rodeó la cintura con su brazo izquierdo y, con la mano derecha, apartó la manta que cubría el lado donde estaba la cabecita de Parker. Juntos, nos volvimos hacia la enorme fotografía de la entrada del centro.

—Ves a ese tío guapo de la fotografía —le dijo a Parker, que lo miraba haciendo sus deliciosos ruiditos de siempre, con los que se comunicaba con su papá—. Bien, ése tío guapo de la fotografía es tu padre, es decir, yo. Ahora bien, junto a tu papá hay alguien muy especial en esa foto. ¿Lo ves a mi izquierda? Ése es Parker, Parker Miller. Él era mi mejor amigo, mi compañero; por él llevas ese nombre. Mamá lo escogió para ti y papá no podría estar más feliz..., más feliz de tenerte aquí, más feliz de haber encontrado a mamá. —Sus ojos azules subieron hasta los míos—. Te amo hasta las estrellas y más allá —me dijo con los ojos llenos de lágrimas.

—Hasta las estrellas y mucho más allá —le contesté, y comencé a besarlo.

Biografía



Nací en 1977 en la ciudad de Buenos Aires y allí resido en la actualidad. Me licencié en Administración y Organización Hotelera.

Disfruto con las buenas historias, la música y la cocina. Y cuando la inspiración llama, también con la pintura y el dibujo.

Pero mi verdadera pasión es escribir. Cuando lo hago me pierdo, desconecto de todo. Básicamente escribo para mí, porque es mi motor, mi energía y también un modo de intentar entender o asimilar muchas de las cosas que me suceden. No por ello deja de ser increíblemente gratificante poder compartir mis novelas y saber que esas palabras provocan una reacción en quienes las leen. Que amen, rían, lloren y odien con los personajes que he creado me hace increíblemente feliz y acorta a cero la distancia con personas que se encuentran a miles de kilómetros de distancia pero que, en realidad, no son tan distintas a quien puso aquellas palabras allí.

Soy autora de la saga «Todos mis demonios», de la bilogía *Insensible* y *Sensible*, y de las novelas *Elígeme*, *Ultra Negro*, *Siroco*, *Deseo*, *D.O.M.*, *Mystical*, *Un hermoso accidente* y *Lo que somos*.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

<<http://verofleitassolich.blogspot.com.es/>> y <<https://www.facebook.com/vafleitassolich?fref=ts>>

Salvaje y libre
Verónica A. Fleitas Solich

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: / Shutterstock
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Verónica A. Fleitas Solich, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21795-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

